

Ana Martín Méndez

Tú eres el lugar  
al que siempre  
quiero volver



# Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

1. La felicidad

2. La familia

3. La cita

4. La casa

5. La receta

6. El trabajo

7. El armario

8. La afición

9. El escaparate

10. La cena

11. El matrimonio

12. El sábado

13. El fin de fiesta

14. La historia

15. El tío Primo

16. El libro

17. La regla de las tres

18. El wasap

19. El segundo wasap

20. La segunda cita

21. El restaurante

22. La mirada

23. El postre

24. El amanecer
25. La perfección
26. La conversación
27. La comida
28. El concierto
29. El beso
30. La pizarra
31. El desayuno
32. La luna
33. El enredo
34. El viaje
35. El cielo
36. El despertar
37. El segundo viaje
38. El embarcadero
39. La fiesta
40. La decisión
41. El tiempo
42. El encuentro
43. La ciudad
44. La batalla
45. La lluvia
46. La tienda
47. El segundo encuentro
48. La ensalada
49. El café
50. El tercer encuentro
51. El desencuentro
52. La enfermedad
53. El máster

54. El gran azul

55. El piano

56. La boda

57. El espectáculo

58. La segunda decisión

59. La carretera

60. El final

Referencias a las canciones

Biografía

Notas

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Compa**

## Sinopsis

«Yo era una mujer feliz. Y lo había sido siempre. Es más, ni siquiera estaba a disgusto con mi pelo —lamido por una vaca—, como le suele pasar al resto de la humanidad, al menos a la femenina. Además, tenía un buen trabajo —escaparatista de tiendas de lujo—, un buen sueldo y buenos amigos. Es decir, que yo me sentía a gusto con mi persona y con mi vida, siempre convencida de que los días son más que horas; también son la sonrisa de un desconocido que te pone a ti otra en el alma —hasta en el lunes más aciago— o un viaje inesperado que te hace no solo descubrir un sitio, sino tu lugar en el mundo. Desgraciadamente, hubo un día en que esa situación y sensación cambió. ¿Y qué fue lo que pasó? Que me enamoré».

No te pierdas esta novela romántica en la que, además del amor, la amistad y la felicidad toman un papel protagonista, y que te enseña que, si eres capaz de enamorarte y de llegar a querer tanto a la persona equivocada, ¿te imaginas cuánto podrá quererte a ti la persona correcta?

# TÚ ERES EL LUGAR AL QUE SIEMPRE QUIERO VOLVER

Ana Martín Méndez

Esencia/Planeta

*Para Esther Escoriza, porque puso voz a mis palabras cuando nadie quería oírlas. Y para todas esas personas maravillosas <sup>1</sup> que conocí en Instagram, porque con las suyas dieron alas a las mías, incluso antes de que se publicara mi primer libro:*

*@anama223; @lectorcillosly; @ladrona\_de\_historias;  
@isabel.isateje; @ahr965; @rafa\_kno; @divastyleplus;  
@claudiandrea694; @julirestrepo21; @luzmdiaz;  
@gomez\_pachi; @literariamaxime;  
@se\_tu\_propio\_coach; @lectora.naufraga;  
@dimeunlibro; @chicas\_viajandopormexico1506;  
@lourmanias5908; @carmenruizpi; @luciagrcvv;  
@rsmistral; @mariamrodzmariona;  
@sovereignofbooks; @lecturapolis; @\_luisji;  
@josegildebiedma\_; @beso\_eterno; @elena\_cardenal;  
@trisasss; @letra\_blanca; @un\_mundo\_que\_gira;  
@vanessamartazaccaria; @nutre\_networkers;  
@editordelibros; @cosmospma; @at.da.ty\_; @jacolld;  
@versootersooprr; @poetaramos; @somosunmundo;  
@acapela.books; @desdelacasaroja; @aboraworld;  
@bymaryhope; @paloalvarezdf; @leeresgenial\_;  
@azucenaalcayaga; @salmorelli;  
@anonymous\_poet.932; @poetaxaccidente;  
@sitimiradanomiente; @iceduca\_r; @pacotevar;  
@pettazettas; @luz.deluna7; @\_mgalvess\_;  
@meriuribarrisj; @david\_visiet; @seryolo\_poesia;  
@seryolo097; @joseph\_kernel; @negretemanel;  
@josefidalgorico; @mariacaixach;*

@elquisquillosobyvic; @roxypazp; @juanmahpieski;  
@lo\_que\_escribo; @estrella6254; @fernando.tdi;  
@monicandreo; @paulareven; @laura\_eso\_dicen;  
@grizzly67\_; @gennydimitrakopoulou;  
@estercristinanoelia; @fabianawidensky;  
@readmakesmehappy; @lachicacuriosa\_;  
@accionpoeticausa; @aitor.castrillo;  
@anatorradoramos89; @insta\_top\_writer;  
@esther\_y\_ya; @jorgecardenas777\*\*\*; @maduventud;  
@antotaj; @lagalletalibrosycafe;  
@\_somosloquesomos3; @alquimista74; @leidasfrases;  
@bell\_\_\_end; @cristina\_pernas;  
@patricia\_photos\_art; @huertadesanvicente;  
@claravictoriadelrio; @greta\_in\_blues; @masmundo;  
@pedro.gd66; @lo\_que\_escribo; @amaliavasquez\_;  
@pamar13; @setenta.segundos; @vallejocabezueloroc;  
@puritascon; @montanals1; @fotogenia27;  
@ali.hervert7; @javieravmunoz; @alfonaraque;  
@juan.\_meh; @b.\_mellow; @subookish; @msolmon;  
@fotoj1m; @amantedelibros\_eme; @viajoenmislibros;  
@estefaniaaperetti; @espiruly; @\_\_\_iria\_\_\_;  
@florencialovi; @acuarelato; @escribeom;  
@serlikalao; @leeconlaura; @ani\_jiro; @spuquita;  
@primo\_mnl; @yalycaballero; @josecaracuel;  
@milmaneresdellegir; @j\_andres\_marsar;  
@venturasanabria; @famuluslibertatis; @monicasahg;  
@rafaelmalvido; @majoquim; @abepemari;  
@carlotamartelg; @martamarban; @tatafernandez73;  
@walter\_fg; @entre\_lineas\_y\_cafe.; @arantxacb81;  
@totidraco; @peribautista; @anaochoa68;  
@carmartelc; @asunmuriel; @nani.p.\_versan\_dote;  
@honeytehoney; @fernando\_cler; @\_davidgo;  
@manoloestevez2; @fergomor;  
@notodoestaescritoentucuerpo; @andres\_adakis;  
@belenmb63; @evacarralero; @candycandy044;  
@abetanco1; @tambien\_paco; @juanfran7sv;  
@cokroacheck; @caldaseloy; @dmqsespartano;  
@vicente\_san.; @agalopezjose; @urban\_stone\_65;  
@diariodeunpoetaanonimo; @carmenpe\_ro;  
@indomitaalma; @lauatcrossroads; @pikara10;  
@patriciasaud\_; @julialopezh;  
@musaagradecidaporhoras; @utlaquiescencia;  
@somosnoeyalfre; @jagoel; @sinbanca;

*@josemanueldezsantos; @tatis\_lt; @mary.rogersg;  
@hanagudosierra; @roicom8; @fluirtienesucosica;  
@eval20981; @adnaloy.r.l;  
@galeriaphotos.canarias18; @monicanicanica5;  
@solanillos; @victorulavin; @pilarbarreiro;  
@corazondepoeta23; @inma1406; @aledorosa;  
@\_victor\_ph; @eugenia\_dalmau; @krinaaraya03;  
@morenadcaramelo; @conchacar41; @veronicaconce;  
@jasanta1; @ritarmonia; @mis\_mandalas\_rs; @ie2ad;  
@fenixalfe; @magvi.xi; @jujukinsquotes;*

*@avinandanmukherjee; @andrewhelmy; @ali\_chawky;  
@alexandros\_robotis.*

# 1

## La felicidad

Yo era una mujer feliz. Y lo había sido siempre.

Así, si algún logro había conseguido en mis treinta y un años de vida era precisamente la felicidad. De hecho, ni siquiera me molestaba ese uno que se me acababa de sumar a la treintena y que me acercaba peligrosamente a los cuarenta y, con ello, al medio siglo, porque a adelantada —y a exagerada— tampoco había quien me ganara.

Además, yo era una mujer feliz aun cuando no lo era.

Lo que quiero decir es que a mí no se me podría definir como una loca feliz, de las que ignoran el mundo en el que viven o piensan que sus problemas se van a solucionar mirando para otro lado, sin caer en la cuenta —por ejemplo— de que Hacienda lo ve todo, y sobre todo los impuestos que no has pagado. Y a ellos sí que les da igual que haya sido a tu buzón donde has decidido no mirar, dentro del cual se encuentra la notificación con el embargo que pesa sobre tu casa, que, mires hacia donde mires, no te van a levantar.

No, yo no era esa clase de mujer. Mi felicidad tenía sentido y, sobre todo, trabajo, mucho trabajo, porque mucho hay que esforzarse para alcanzarla en este mundo en el que existen más amarguras que dulzuras.

Por lo tanto, la razón principal de mi felicidad se debía a la fuerza de voluntad, que la tenía, y en abundancia, ya que la vida me había cerrado en algunas de las rotondas del camino, sin dejarme mucho espacio para maniobrar.

Además, también contaba con lo que yo llamaba mi *constitución anímica*, el equivalente a un perfil positivo muy fuerte que me hacía ver siempre el lado

bueno de las cosas, aunque a veces no lo tuvieran.

En mi caso, pues, no era yo y mis circunstancias, sino yo y mi lado feliz.

Es más, ni siquiera estaba disconforme con mi nombre —Andrea— o con mi pelo —lamido por una vaca—, como le suele pasar al resto de la humanidad, la femenina. Y hasta en un acto de generosidad para conmigo misma había hecho las paces con mi talla, la 40, que a decir verdad fluctuaba, aunque más al alza que a la baja.

En consecuencia, estaba a gusto con mi persona y con mi vida, siempre convencida de que los días son más que horas; también son tortillas de patatas saboreadas un domingo con amigos, la sonrisa de un desconocido que te pone a ti otra en el alma —hasta en el lunes más aciago— o un viaje inesperado que te hace no sólo descubrir un sitio, sino tu lugar en el mundo.

Es decir, que era una persona *disfrutona*.

Incluso cuando tenía un mal día lo acogía con optimismo, porque sabía que más pronto que tarde pasaría, y daría forma a uno nuevo, y bueno, sin nubes de ningún tipo. Y es que a mí me gustaban los cielos limpios, azules, de los que Madrid —ciudad en la que vivía— era casi excedente, de tantos como tenía.

Por lo que se refería a mi entorno, contaba con pocos pero buenos amigos, a mi entender carentes de defectos, o perfectos, para emplear una palabra más precisa, puesto que, al igual que me pasaba con la vida, yo sólo veía el lado bueno de la gente y, sobre todo, de aquellos que me querían.

En lo que a ellos se refería, si a veces se equivocaban era porque se confundían, o así lo interpretaba yo, principalmente porque albergaban una virtud: aguantarme a mí, que aglutinaba los defectos de los que ellos carecían.

¿Y cuál era el más llamativo de todos ellos? Mi perfeccionismo, que ponía en práctica en cualquier ámbito de la vida, como mi indumentaria, sin ir más lejos.

De todos es sabido que la ropa constituye una de las pasiones de las mujeres, si bien la mía había evolucionado de devoción a perdición: la de ir conjuntada. Y ese extremo no sólo lo aplicaba a la fachada; es decir, que

coordinaba el exterior con el interior o, lo que es lo mismo, lo que los demás veían con lo que sólo veía yo, desde los calcetines al sujetador, pasando por los pijamas o demás vestimenta para estar por casa.

No obstante, en mi descargo diré que esa uniformidad en colores, texturas o cualquier otro baremo que empleara me producía una sensación de equilibrio que propiciaba aún más mi inherente felicidad.

Cómo de arraigada estaría en mí esa costumbre que hasta solía ser tema de conversación —cómica— en las reuniones de amigos, y motivo de que una de ellas, Patricia, me hubiera bautizado como *la Barbie Conjuntos*, razón de que mi correo electrónico respondiera a esa dirección. Y no hará falta decir que más de una situación jocosa me había granjeado esa decisión.

—Ese perfeccionismo tuyo te va a llevar a la tumba, de la que resucitarás para hacerlo mejor la segunda vez y, por supuesto, para vestirte a juego con el ataúd —solía burlarse Patricia de mí.

Bromas aparte, y dejando de lado también la parcela indumentaria, donde verdaderamente se hacía evidente mi defecto era en el trabajo.

Yo me dedicaba a decorar escaparates, principalmente de tiendas de lujo, y para todos aquellos que consideren superficial mi profesión les diré que nada más lejos de la realidad. Y la razón se debe a algo tan sencillo, y básico, como soñar, que excede al deseo que te genera comprar un determinado objeto y que se concreta en cómo te hará sentir cuando lo tengas en tu poder. Se trata, pues, de una emoción, y no de una mera adquisición.

Los sueños no tienen por qué ser grandes, ni cambiar nuestro destino o el de la humanidad. A veces son pequeños, y limitados en el tiempo, e incluso se reducen a un pensamiento que se cruza por tu mente en un momento dado pero que hace de ese día uno más amable. Y ésa era la sensación que se desprendía de mis escaparates.

Además, si lo que te hace feliz en la vida son los pequeños detalles, también son los sueños pequeños los que la hacen más fácil y accesible. Así, es posible que no alcances a ser la reina de España, si ése es tu afán, pero

puede que llegues a comprarte un bolso de Loewe y sentirte princesa por ello, y con ello.

Sin embargo, mi perfeccionismo profesional tenía un lado negativo, que era la enorme cantidad de tiempo que le dedicaba a cada escaparate —en general, hasta que el cliente que me había contratado, harto de mí, me echaba de allí—, aunque un lado positivo a su vez. Y éste era mi prestigio en el sector, habiendo ganado numerosos premios, lo que llevaba aparejado un buen sueldo y, en consecuencia, una buena casa, no por grande, pero sí por bien situada.

Se trataba de un ático ubicado en la calle Alcalá, muy cerca de El Corte Inglés de Goya, con una gran terraza para disfrutar los veranos de la ciudad. En verdad, ésta ocupaba la mitad de la casa, mientras que la otra se había concebido como un loft, un único espacio donde confluían todos los ambientes y usos.

Me encantaba esa terraza, su luz tibia por las mañanas y profunda al atardecer, cuyos destellos se entremezclaban con la fragancia que se desprendía cada tarde tras regar. Y es que todo su perímetro se remataba con unas jardineras bajas en las que se alternaban diferentes tipos de plantas, así como antorchas solares, de distintas formas, alturas y grosores, que tomaban el relevo por las noches al sol como suministradoras de luz.

En el extremo opuesto, junto a la puerta de acceso al interior de la casa, se encontraba lo que yo llamaba mi árbol de velas, porque lo era, un candelabro gigante de cuyas ramas pendían decenas de ellas contenidas en pequeñas burbujas de cristal, cuya superficie transparente hacía que la iridiscencia de aquéllas se reflejara y se propagara aún más.

El resultado era tan cálido y acogedor que habitualmente no encendía las lámparas exteriores, eléctricas, que se acomodaban sobre el muro de ladrillo, ni siquiera cuando organizaba cenas, lo que solía hacer con frecuencia.

Con ese fin había comprado una mesa, de acuerdo con mis gustos y necesidades, más cuadrada que rectangular, de manera que había espacio tanto para los invitados como para la comida, que en verdad era otro invitado más a

la fiesta, porque la celebrábamos como si lo fuera..., aunque acabara devorado.

Y, lejos de comprar platos preparados para esas celebraciones de amigos, de su elaboración me encargaba yo, dado que si por algo me distinguía, además de por mi perfeccionismo, era porque me gustaba cocinar, afición que —aunque esté mal que lo diga yo— no se me daba nada mal. Y, feliz como era, eso se traducía en los fogones en que no se me cortaba ni la mayonesa.

¿El truco? Huevos del tiempo, aceite, sal y un poco de limón —en ese orden— y no mover la batidora del fondo hasta que el aceite empieza a cuajar.

Por otra parte, aunque todavía con el verbo *cuajar* en mi cabeza, el que no lo hacía era el amor en mi vida, situación que no me incomodaba en absoluto, o más bien al contrario, ya que estaba y siempre había estado soltera, por voluntad propia, y sin relaciones que merezca la pena destacar. Es cierto que tuve un primer amor..., seguido de un segundo, después de un tercero y de unos cuantos más, que se iban tal como venían, sin una sensación de continuidad y, sobre todo, de profundidad.

Sin embargo, yo me sentía agradecida, y feliz, por todo lo demás que sí tenía.

Desgraciadamente, hubo un día en que esa situación, y sensación, cambió, y no debido a que se me cortara la mayonesa, sino la felicidad.

¿Y qué fue lo que pasó?

Que me enamoré.

## 2

### La familia

—¿Todavía no has salido?

La que me llamaba era mi hermana Olga, en verdad, casi una madre para mí debido a la diferencia de edad que existía entre nosotras, de veinte años, o diecinueve para ser exactos; es decir, que tenía cincuenta. Y, a pesar de que nuestros padres nunca llegaron a aclarar el motivo de esa disparidad cronológica entre ambas, a mi entender o el accidente fue ella o lo fui yo.

No obstante, a efectos legales, la que en verdad ejerció de madre para las dos fue mi tía Conchita, una hermana de la nuestra, que nos acogió cuando nuestros padres murieron.

—Pero ¿tienes pensado salir hoy?

Olga empezaba a impacientarse. Habíamos quedado para comer en un restaurante nuevo que habían abierto al lado de su casa y al que tenía mucho interés en acudir por cuanto quería conocer al dueño.

Pero yo tenía que pensar el conjunto, y coordinarlo, lo que no siempre era tarea fácil. Para aligerarla, solía quedarme dormida pensando en el modelo que luciría al día siguiente, de la misma manera que otras lo hacen pensando en el viaje de sus sueños o en el amor de su vida.

En ese sentido, yo era mucho más práctica, y lo que pretendía era ahorrarme trabajo al despertar y, sobre todo, muchos quebraderos de cabeza, principalmente en lo que al amor se refería. Sin embargo, el día anterior me había acostado tan tarde, y tan cansada, que mis neuronas se habían rendido al mismo tiempo que mis ojos nada más meterme en la cama.

El motivo era que mi amiga Patricia había celebrado una fiesta en su casa

para celebrar el inicio de la primavera. Y allí había conocido a alguien interesante, por no decir especial, al que tal vez podría considerar mi duodécimo amor, si es que llevara la cuenta de los que le habían precedido, lo que en verdad no era el caso.

—Anda, date prisa, que no voy a poder avisar a las niñas si llegamos tarde, que han salido antes a dar una vuelta con las amigas.

Las niñas a las que mi hermana se refería eran sus hijas, que en verdad podrían serlo mías, hermanas, dado que se trataba de unas gemelas de veinte años de edad que eran la consecuencia de un arrebató no tanto de amor como de estupidez de Olga.

Tras conocer a Álvaro un viernes por la noche, éste le propuso: «Si el domingo seguimos juntos, nos casamos», y lo hicieron, creyendo que ese brinco en el corazón que habían sentido ambos iba a durar toda la vida — aunque no llegó a botar más allá de unos cuantos fines de semana—, con la certeza además de estar viviendo esa historia de amor de la que años después te habrías arrepentido de no haberla llevado a cabo.

Por el contrario, lo que sucedió fue que pocos meses después lo único que quedaba de aquel matrimonio era un anillo —lanzado al Manzanares por mi hermana para que los peces hicieran pompas con él en la escasa agua del río — y un embarazo, que más que de gemelas pareció de quintillizas, de tanto como engordó.

—El mundo es de los valientes —se defendía Olga cuando el tema salía a colación.

—Y de aquellos cuyos padres no se pusieron condón —solía responderle yo—, que no existirían de haber tomado esa precaución.

En cualquier caso, Daniela y Jimena eran dos jovencitas maravillosas que se merecían por méritos propios formar parte de este mundo..., a pesar de que habitualmente no estuvieran muy conectadas a él, o al menos con su madre.

—¿Y por qué no? —le pregunté al extrañarme su comentario acerca de la imposibilidad de dar con ellas—. ¿No les funcionan los móviles?

—Seguro que sí, pero ya sabes cómo son los jóvenes: comen con el móvil, cagan con el móvil y duermen con el móvil, pero los llamas y no te cogen el teléfono.

No pude por menos que echarme a reír y darle la razón. Y mira que Olga las amenazaba con cortarles la línea si no respondían a sus llamadas. Sin embargo, para ellas debió de inventarse la expresión «como el que oye llover».

Pero no, hoy no llovía. Hacía uno de esos días luminosos de comienzos de primavera que te reconcilian con el mundo, en caso de estar peleado con él. Y es que el sol, al igual que hace germinar las plantas, nos hace florecer, tanto por dentro como por fuera, sacando lo mejor de nosotros mismos, porque más allá de su vitamina D lo que nos aporta es algo de fe, y también esperanza, en que sólo cosas buenas pasarán en el día en curso, así como en todos los que vendrán detrás.

—¿Lo ves? —protestó Olga—. Acabo de hacer la prueba y ninguna de las dos se ha dignado descolgar. Y eso que su WhatsApp dice que están en línea ahora mismo, como no podía ser de otra manera.

Bien conocía yo esa dependencia que los adolescentes de hoy en día tienen con el móvil —y algunos tardíos, tanto que alcanzan hasta a los de mi generación—, si bien en el caso de mis sobrinas rayaba en la adicción.

—Y tanto —aseguró cuando se lo hice notar—. Yo a Daniela, ya de mayor, sólo la he visto llorar una vez, y no fue cuando la dejó el novio, sino cuando le robaron el móvil. Y Jimena casi sufre un síncope cuando el suyo se estropeó y no podía poner emoticonos. ¿Te imaginas? ¡Qué horror! Tener que usar palabras en su lugar.

Me estoy muriendo.

«La que faltaba —me dije al ver el mensaje que mi tía Conchita acababa de enviarme—, que tendrá el día fagocitador», concluí con mi reflexión.

—¿Y hoy va a ser verdad? —le pregunté hastiada en cuanto marqué su

número.

En absoluto se trataba de que yo fuera una sobrina desagradecida, que no supiera reconocer el papel que desempeñó en nuestras vidas en su momento, pero tenía mis razones, y una de ellas era que mi tía era la encarnación de la hipocondría y el egocentrismo.

Así, cientos de veces me había hecho salir corriendo de mi casa, cuando no de importantes reuniones con clientes, con la excusa de que su fallecimiento era inminente, para descubrir al llegar que lo único que había muerto no era ni siquiera una de sus uñas, sino el esmalte que la cubría. Es decir, que la urgencia no se debía a que hubiera que tomarle medidas para el ataúd, pero sí a su necesidad de una manicura. No obstante, presumida como era hasta la obsesión, puede que lo interpretara como una cuestión de vida o muerte... estética.

—¿Qué dices? —se hizo la despistada, fingiendo no haber oído mi contestación para dejarme un breve margen de tiempo a fin de que modificara mi respuesta.

—Que si hoy va a ser verdad —me mantuve firme, sin embargo.

—Pues algún día lo será —aseguró lo más lánguida que pudo a continuación.

—Claro, pero ¿va a ser hoy?

Por más que insistí no conseguí sacarla de sus trece, o de sus quince, que fue exactamente el número de veces que me repitió la inmediatez de su defunción.

Finalmente, y para salir del punto muerto en el que nos encontrábamos, opté por poner la oración en pasiva.

—La que me voy a morir soy yo, pero asesinada, como le dé plantón a Olga. He quedado con ella dentro de media hora, todavía no he salido de casa y tengo que atravesar medio Madrid para llegar hasta allí.

Aunque permanecía en silencio, podía oír cómo rumiaba sus pensamientos al otro lado de la línea, atravesando de lado a lado sus hemisferios, como lo

hace la comida en el estómago de una vaca, venga a ir y a volver, que no por ser un símil poco elegante dejaba de ser cierto.

Conocedora del mal carácter que se gastaba mi hermana en esos casos, de lo poco que le gustaba que la hicieran esperar y de la bronca tan monumental que le caería si al final su urgencia resultaba ser una nadería, Conchita se contuvo.

—Tal vez pueda engañar a la muerte..., aunque sólo por esta vez —afirmó—. Pero recuerda que tienes una tía moribunda a la que debes venir a ver. Esta mañana me he pillado el pelo con el cabecero de la cama y se me ha abierto una brecha tan enorme que la vida se me está escapando por ahí.

—Pues qué bien que la poca que te quedaba te haya alcanzado para agarrar el móvil y llamarme —sentencié.

Al no obtener contrarréplica por su parte, he de decir que me alegré porque, sin llegar a tener el genio de mi hermana, mi tía también se las gastaba. Y como ejemplo mencionaré que cuando llegaba su cumpleaños, nada más despertar el alba —sin quitarse siquiera la legaña—, se sentaba en un sillón al lado del teléfono, junto con una lista en la que previamente había escrito los nombres de amigos, parientes y demás conocidos, y de allí no se movía hasta que daba la medianoche.

¿Su objetivo? Tachar, pero no sólo de la lista, sino también de su vida, a todos aquellos que no tuvieran a bien felicitarla. Y a fe mía que lo hacía.

Cuando por fin conseguí deshacerme de ella y llegar al restaurante, mi hermana ya me estaba esperando en la puerta.

—¿Me vas a decir ahora por qué tienes tantas ganas de conocer al dueño? —le pregunté de inmediato.

—Es por una cuestión de trabajo —aseguró—. Se trata de una cadena gallega, que está creciendo mucho, por lo que tienen pensado abrir más establecimientos en Madrid, de manera que necesitarán personal, y yo pienso ofrecerme como encargada de éste o de cualquiera de ellos.

Desde hacía varios años, Olga desempeñaba ese mismo puesto en una

cafetería en su barrio, donde trabajaba mucho pese a no cobrar en consonancia, lo que implicaba —con dos hijas y un padre de las criaturas que la ayudaba bastante poco— que sus fines de mes fueran la fiesta del cinturón, de tanto como había que apretárselo para superarlos.

Yo la ayudaba todo lo que podía, o lo que me dejaba, porque mi hermana tenía un sentido de la dignidad muy elevado en lo que al dinero se refería, de forma que sólo en circunstancias extremas se avenía a un préstamo, y siempre con la condición de devolvérmelo.

Por tanto, cambiar de trabajo era una de sus prioridades.

—¿Qué te parece? —me preguntó con una sonrisa ufana nada más poner un pie dentro del local, como si más que pretender formar parte de su plantilla fuera su propietaria.

A decir verdad, más no me podía gustar, y viniendo de mí era un piropo en toda regla, ya que, debido a mi profesión, mis gustos estéticos se situaban a un nivel muy elevado.

Se trataba de un espacio cuadrado en el que lo más destacable era un entramado realizado con madera en el techo, en el que tablas de diferentes tamaños se entrecruzaban entre sí creando formas abstractas y en cuyos huecos habían colocado helechos, que pendían de la estructura con alturas irregulares, creando un efecto de jardín colgante.

En cuanto a las mesas, todas y cada una de ellas eran distintas entre sí, así como las sillas, sólo uniformadas por el color, el mismo verde suave que los helechos, aunque decapado. Y ese efecto cromático las diferenciaba y embellecía aún más, ya que el lijado al que habían sometido a la pintura no lo habían realizado por igual.

En consecuencia, el resultado era magnífico, merecedor de la sonrisa de Olga y de un gran aplauso por mi parte.

—Y ya verás el exterior —aseguró a continuación tras oír mis palabras de alabanza.

Y así fue. Si ya el interior me había gustado, la terraza me entusiasmó. La

decoración era una prolongación del interior, salvo que en este caso era el subsuelo el que alojaba el jardín, ya que para cubrir un desnivel existente habían colocado una plataforma de cristal a través de la cual se adivinaban plantas, flores y todo un pequeño mundo que invitaba a descalzarse y a disfrutar de un césped que se antojaba mullido.

Afortunadamente, y dado el buen día que hacía, pudimos comer en la terraza, en la que ese viento sedoso y ligero de la primavera susurraba a los árboles que la rodeaban la forma en la que debían moverse sus hojas, suave, casi sutilmente.

—Y con la carta vas a alucinar —comentó finalmente Olga.

A modo de aclaración diré que hay ciertas comidas que me encantan y no sólo en las estaciones en las que suelen ser habituales, como las fresas, porque acercan la primavera, o las sandías, porque anticipan el verano, esos veranos azules llenos de gazpachos con sabor a risas y a mar.

En este sentido, *disfrutona* como era yo de cualquier actividad en la que participara, la comida significaba para mí mucho más que un alimento. Así, de la misma manera que el sol te reconcilia con el mundo, aquélla te descubre otro, igual de amable, que se desliza desde tu boca hasta tus entrañas. Por ejemplo, mis tés, los que yo preparaba en casa, olían y sabían a hogar.

Por consiguiente, a lo que a mi hermana se refería con su mención a la carta era que en ella se recogían algunos de los platos que despertaban en mí esa clase de sensaciones.

—Cuatro ajoblanco y cuatro *esqueixadas* también —pidió Olga para todas, incluidas mis sobrinas, que acababan de llegar—. Y de postre helado de Jijona, y así lo dejamos ya todo solucionado.

—¿Y el dueño? —me interesé entonces—. ¿Tienes concertada una cita con él? Porque es el verdadero motivo de que estemos aquí, ¿no?

—Claro, aunque todavía no sabe que existo. Pero Araceli, mi vecina, me ha dicho que, como el restaurante lo acaban de abrir, suele acercarse a las mesas

para agradecer la visita a los clientes, ya sabes, como estrategia de marketing. Y ésa será mi oportunidad.

—¿Y crees que es buena idea? —le planteé, por cuanto las encerronas no suelen ser buenas tácticas para abordar cuestiones laborales.

—Di que es la única. Ya he intentado llamar por teléfono y, o te conoce, o no hay manera de que se ponga.

—Tendrá una secretaria, ¿no?, o alguien a quien poder dejarle un mensaje.

—Sí, una muy eficiente que hace todo lo que le dicen y que, por tanto, lo único que me hace a mí es darme largas.

Así las cosas, la opción de mi hermana no parecía tan descabellada, aunque no por ello dejaba de ser arriesgada.

Tras un buen rato de sobremesa, y después de degustar una comida que fue una verdadera delicia, en un entorno que lo era todavía más, la única mancha de la jornada la ponía el dueño, que no daba señales de vida.

—¿Y si no viene? —le pregunté, por si tenía algún plan B.

—Pues te veo comiendo aquí todos los días, hasta que venga a aclamarte como la clienta más entregada, que seguro que vendría.

—O sea, que el que tú quieras cubrirte el riñón con un trabajo mejor pagado me va a costar a mí uno de los míos —le dije mientras le guiñaba un ojo.

—Igual el favor te lo hago yo a ti —aseguró acompañando sus palabras de una sonrisa pícar—. Según me ha dicho Araceli, tiene muy buena facha, y buena planta, así que a lo mejor te gusta.

—O igual te gusta a ti —me desmarqué—. Además, por si lo has olvidado, te recuerdo que en breve me tendré que marchar porque tengo una cita, con lo que esa faceta, al menos por hoy, la tengo cubierta.

—¿Y quién es el afortunado? —me preguntó burlona, como si no supiera nada.

—Ya te dije que ayer, en la fiesta de Patricia, conocí a un chico, y hemos quedado para tomar algo.

—¿Sábado, sabadete? —sonrió más pícaro todavía.

—De eso nada, bonita —me hice la ofendida—. Yo no soy una chica fácil, de forma que, como pronto, domingo, dominguete —aseguré soltando una carcajada acto seguido.

Olga nunca me lo decía, pero yo estaba convencida de que entre sus esperanzas se encontraba, en lo que a amores se refería, que me fuera a mí todo lo bien que no le había ido a ella. Así, de alguna manera, yo sería su segunda oportunidad, la que ella no había podido permitirse al haberse equivocado en su primera elección y tener que dedicarse después, y en exclusiva, a sacar a sus dos hijas adelante.

Pero yo no parecía genéticamente predeterminada para ese amor con mayúsculas del que mi hermana hablaba..., al igual que lo hacía el resto de la humanidad, dicho sea de paso. Los míos siempre eran minúsculos, tanto en el espacio como en el tiempo, porque no duraban más allá de unas cuantas citas a lo largo de unos pocos meses.

Y con uno de ellos estaba a punto de encontrarme, si es que podía marcharme por fin de allí.

—Y sigue sin venir... —constaté, refiriéndome al dueño del restaurante mientras miraba el reloj con impaciencia, ya que el tiempo empezaba a apremiar.

—Pero el que sí viene hacia aquí es el chef, probablemente para sustituir al dueño en su ronda de saludos —casi me susurró Olga.

—¿Les ha gustado la comida? —inquirió el recién llegado en ese sentido.

—Todo perfecto —aseguró mi hermana, cerrando su afirmación con una sonrisa generosa.

Su voz —la de él— sonó profunda, y penetrante, pero al haberse colocado detrás de mí no pude ver el cuerpo del que procedía, aunque sí sus manos al girar yo ligeramente el cuello, que movía con precisión y suavidad.

En lo primero que se fijan muchas mujeres al conocer a un hombre es en sus ojos, o incluso en sus zapatos, por cuanto desvelan de la personalidad de su

propietario. Yo, sin embargo, a lo único que prestaba atención era a las manos, ya que a mi entender revelan la identidad de quien las sustenta, e incluso su carácter y su temperamento. Y en mi caso, en concreto, me gustaban los hombres con manos grandes, al presuponer que agarrarían la vida con fuerza.

Y ésa era la clase de manos que el chef tenía.

### 3

## La cita

Para mí el amor era como esos diez euros de gasolina que echas al coche para evitar que entre en reserva... y que en un suspiro se acaban.

No obstante, a diferencia de lo que creía mi hermana, yo siempre había considerado que había estado enamorada, sólo que poco, y me refiero a poco tiempo.

Por tanto, para mí no representaba ninguna tragedia, o incluso todo lo contrario, ya que experimentaba sus beneficios pero no sus contrariedades, como ese desamor tan doloroso que hasta llega a partir el alma.

Por el contrario, para mí el amor era como el agua que fluía a mis pies, cada mañana, mientras me duchaba. El de los demás, sin embargo, tarde o temprano se acababa atascando, arremolinándose en el desagüe y aumentando de volumen hasta desbordar el plato. Y más allá de resultar molesto, e incómodo —y peligroso para el vecino de abajo—, representaba un problema cuya solución dependía de un profesional, sin que hasta el día de hoy se conozca de la existencia de ningún fontanero sentimental.

Así pues, ése era otro de los motivos que me hacían ser una persona feliz, ya que mi ducha emocional siempre se encontraba en perfectas condiciones.

Y con ese pensamiento en la cabeza me fui desde el restaurante donde había comido con mi hermana hasta el lugar en el que había concertado la cita, una cafetería situada en la calle San Joaquín, en el número 3, Tipos Infames, cuya característica más destacada era que, además de servir bebidas, se vendían libros.

Aprovechando el buen tiempo, me fui andando la mayor parte del camino

pensando que el sitio elegido no podía ser más perfecto por cuanto los libros —y me refería a hojearlos— podrían rellenar muchos vacíos, de llegar a producirse.

La noche anterior, Hugo, que así se llamaba mi cita, no me había parecido la persona más habladora del mundo, aunque lo poco que me contó me pareció lo suficientemente interesante para querer oír un poco más.

Según me relató durante la fiesta que Patricia celebró, se dedicaba al diseño gráfico, principalmente a las cubiertas de libros, teniendo como clientes a editoriales, por lo que el lugar en el que habíamos quedado venía muy al caso, ya que podríamos rellenar cualquier hueco que se creara en la conversación gracias a los cientos de cubiertas que ocuparían las estanterías del local.

Además, cualquier tienda, aunque fuera mitad cafetería, tiene un escaparate... que comentar en caso de quedarnos los dos en blanco.

A modo de explicación debería reconocer que mi especialidad no eran precisamente las primeras citas, y menos aún los primeros momentos de éstas, ya que mis nervios solían hacer prisionera a mi garganta, que se cerraba como la de un asmático sufriendo un *shock* anafiláctico. Por tanto, yo siempre buscaba nexos de unión, que para mí representaban lo que la inyección de adrenalina para un alérgico —el equivalente a volver a respirar—, y el trabajo solía ser el mejor de ellos.

Y es que, a diferencia de lo que sucede con aquellos que tienen hijos, que los utilizan como recurso para crear puentes de aproximación entre desconocidos, a los que no los tenemos no nos queda más remedio que encontrar otros temas alternativos.

Cada vez que ese asunto pasaba por mi cabeza, yo siempre me acordaba de mi hermana cuando acudía a alguna boda sin conocer a nadie, y su súplica antes de salir de casa con respecto a sus compañeros de mesa: «¡Por Dios! ¡Que tengan hijos!».

En consecuencia, en esa ocasión, acudía a mi cita algo más tranquila de lo

que solía, al estar prácticamente convencida de que nada podría salir mal.

Hugo, además, se había mostrado más interesado en mí de lo que era habitual entre el sexo masculino, aunque parco en palabras cuando nos despedimos.

—¿Nos vemos? —me preguntó únicamente.

Y nos vimos, y como prueba allí estábamos los dos, llegando a la vez a la cafetería.

—Qué día tan estupendo hace, ¿verdad? —aseguró para romper el hielo tras darnos los dos besos de rigor.

—¡Y tanto! Más de primeros de verano que de primavera —comenté yo, que ya notaba cómo mi garganta adoptaba la posición de esclusa.

A la luz del día, Hugo me pareció menos atractivo que el día anterior. Al fin y al cabo, es lo que tiene la noche, que todo lo trastoca, y hasta lo que es feo consigue convertirlo en bonito.

Aun así, tenía unos ojos grandes y profundos, redondos, como canicas, y con su mismo brillo, que se incrementaba cuando la claridad de la tarde incidía sobre ellos.

Había sido un acierto quedar a esa hora. Si algo ocurría y la cita no prosperaba adecuadamente, no habría necesidad de prolongarla de manera innecesaria. Un café rápido y cada cual por su lado o, lo que es lo mismo, jamás me acordaré de haberte visto, que era mi versión mejorada del popular «si te he visto no me acuerdo». Una cena, por el contrario, implicaba al menos un plato y un postre, aunque contara con la ventaja de poder atiborrarse de vino para hacer más llevadera la espera hasta que la velada concluyera.

En cualquier caso, Tipos Infames era bien conocido por tener una buena selección de vinos, por lo que en caso de desesperación podría darme a la bebida con antelación.

Haciendo un pequeño inciso aclararé que de sobra sabía que el alcohol nunca es la solución, pero el aburrimiento tampoco. Y, feliz como era yo, a lo

que nunca estaba dispuesta era a desperdiciar unas horas preciosas con tedio en lugar de minutos, o hastío en sustitución de sus correspondientes segundos.

—¿Pasamos dentro? —me preguntó a continuación.

Tenía la voz bonita, aunque tal vez demasiado cantarina para mi gusto, si bien la modulaba con precisión, haciéndose agradable de oír.

Tras asentir con la cabeza a su sugerencia, entramos en el establecimiento, donde de inmediato nos dirigimos a la barra a fin de pedir algo.

—¿Qué te apetece? —me preguntó solícito.

—Un café —respondí ágil, aunque mis ojos salieron disparados hacia una estantería llena de botellas de vino que se situaba a mi derecha.

—Tomaremos dos cafés, pues —le indicó al camarero.

A punto estuve de soltar acto seguido el tan poco original por demasiado manido «¿y vienes mucho por aquí?», pese a que al final me contuve. Afortunadamente, la sensatez sujetó mi lengua porque el silencio, aunque incómodo, suele constituir una mejor estrategia de comunicación que la estupidez.

—¿Qué? ¿Te gustaría meterles mano a esos escaparates?

Al parecer, Hugo había pensado lo mismo que yo, que el trabajo era la mejor maniobra de aproximación.

—Aunque de los dos sólo uno está disponible para la decoración —precisó.

Efectivamente, el que se situaba a la derecha de la puerta de entrada contaba con una mesa y tres sillas —ocupadas en ese momento por unos amigos que se entretenían con su charla tanto como en criticar a los peatones que a esa hora paseaban por la calle—, mientras que el ubicado a la izquierda, ése sí, contaba con una buena selección de libros colocados sobre un par de estantes.

—Debe de ser bonito acercarse al interior de la tienda, y su esencia, a la gente —se mostró atento.

«Y profundo —pensé también—, y acertado», añadí mentalmente pocos

segundos después.

—Para mí, sí, hasta el punto de que se ha convertido en una forma de ver la vida, tanto desde dentro como desde fuera del escaparate —aseguré, haciéndole ver que yo también podía elaborar pensamientos del mismo calado que los suyos.

—¿Y cuál de los dos lados tiene la mejor perspectiva?

—El cristal la tiene, que es el que lo tamiza todo.

De inmediato noté que le gustó mi contestación, porque arqueó la boca en sentido ascendente, con un gesto inequívoco de satisfacción.

—¿Y cómo empezaste? —quiso saber.

—Por casualidad. Una amiga acababa de abrir una tienda y, tratando de que ahorrara, pensé que no pasaba nada por probar.

Era cierto. Y mi amiga era Patricia, quien empleó la herencia de una tía que acababa de morir para hacer realidad su sueño, consistente en un establecimiento donde vender sus propias creaciones, ya que era diseñadora de ropa. Por tanto, decidida a gastar la menor cantidad de dinero posible, optó por encargarse ella de la decoración del local..., hasta que se dio cuenta de que con los espacios no era tan diestra como con las telas. Y ahí fue donde entré yo.

Siempre me acordaré de aquel escaparate. Primavera como era entonces, pensé que sería buena idea trasladar esa estación a su expositor, por lo que convertí su suelo en un jardín. Además, senté al primero de los maniqués en un columpio —que previamente había colgado del techo—, mientras que al segundo lo puse de pie y le coloqué, a modo de sombrilla, un paraguas que forré entero con flores, tanto por dentro como por fuera. Y, en cuanto al tercero, lo situé encima de un banco, que había recubierto de un césped mullido, que de puro verde era hasta violento.

Y es que, en caso de duda, yo siempre seguía el consejo de mi madre, aunque transmitido a través de mi hermana, ya que no llegué a conocerla: «Sé osada en la vida: mejor que te vean a pasar inadvertida».

Puede que fuera su influjo desde allá donde esté su alma, porque lo cierto es que la tienda empezó a tener un éxito enorme, así como su escaparate, que recibía tantas visitas como la ropa que mostraba, incluyendo la del dueño de Exseption —un establecimiento de lujo situado en la calle Velázquez—, que me contrató para decorarle el suyo.

Y así fue cómo empezó todo, seguido de una intensa campaña anunciada a través de ese altavoz tan potente que responde al nombre de boca a boca.

—Si tuvieras que decorar este escaparate, ¿qué harías? —me preguntó Hugo con verdadero interés.

—Colocaría los libros colgando de maquetas de aviones y dentro de las cestas de globos aerostáticos porque, en última instancia, es lo que hacen los libros, dejar volar la imaginación, ¿no?

Inmediatamente observé el tamaño de su sonrisa, que se había agrandado con respecto a la anterior. Pero, a pesar de ser cierto, mi pensamiento iba más allá, ya que a mi entender los escaparates muestran no sólo objetos, sino que trasladan un mensaje, y la intención, y hasta el alma de quien los creó.

—Pero tú sabes bien de lo que hablo —proseguí—. Al fin y al cabo, les haces los escaparates a los libros, ¿o me equivoco?

De nuevo esa sonrisa, que se había agigantado ahora. Y yo, por fin, podía relajarme, porque la conversación discurría fluida y, además, percibía que se estaba empezando a establecer una conexión entre nosotros.

Asimismo, puede que lo hubiera juzgado mal físicamente, al inicio de la tarde, puesto que ahora me parecía más atractivo de lo que se me antojaba hacía un rato. O tal vez la razón se debiera a que cuando conoces a alguien por dentro te olvidas de cómo es por fuera.

En mi descargo diré, en lo que se refiere a los hombres, que ese primer impulso visual lo sentimos todos, y que resulta difícil sustraerte a él, de la misma manera que te cuesta comprarte un libro cuya cubierta te desagrade, aunque te hayan asegurado que el contenido compensa.

Así pues, yo no iba a ser diferente de los demás, puesto que en primera

instancia los hombres te entran por los ojos y sólo si son de tu agrado permites que se queden dentro.

En el caso de Hugo, era algo más alto que yo, lo que quiere decir que debía de medir un metro ochenta centímetros que se repartían adecuadamente, ya que todas sus extremidades parecían bien proporcionadas. Y de talla tampoco andaba mal, puesto que, sin llegar a ser delgado, lo que no podía considerársele era gordo.

En cuanto a sus facciones, eran amables, aunque generosas, es decir, nariz grande, boca grande y orejas grandes, de soplillo para más señas, que no se molestaba en disimular dado que llevaba el pelo rapado, casi al cero, probablemente para disimular una incipiente calvicie. O sea, que había llevado a cabo un ejercicio de reflexión, y de compensación: o Tintín o *Dumbo*.

—¿Trabajas para alguien? —prosiguió con sus preguntas.

—No. Por mi cuenta.

—¿Y eso es lo habitual?

—Las grandes cadenas y, en general, las firmas cuentan con sus propios equipos, que son los encargados de planificar y coordinar los diseños de todas las tiendas de acuerdo con la imagen que pretendan ofrecer. Pero a mí me va bien sola.

—¿Y cuáles son los aspectos más importantes que considerar a la hora de proyectar un escaparate? —inquirió a continuación.

—Yo diría que el esquema de colores que vayas a utilizar, los soportes que necesitarás, la organización y la distribución del espacio, sin olvidar la iluminación. Pero, en mi opinión, lo más destacable es la imaginación y la creatividad, que son las que te conducen a la idea, así como entender las necesidades del cliente, tanto las del tuyo como las del suyo. O sea, tanto del que te paga como del que pretendes que compre el producto que expones.

A diferencia de lo que solía suceder con otros hombres, Hugo parecía realmente interesado por mi profesión y, a decir verdad, a mí también me

interesaba la suya, por lo que había llegado el momento de preguntarle al respecto.

—¿Y tú con los libros? ¿En qué te basas?

Mientras esperaba su respuesta, mi móvil sonó.

—Perdona —me disculpé—, pero tengo que cogerlo. La que me llama es mi tía, que ejerció de madre para mí y está delicada de salud.

Hasta a mí misma me dio vergüenza haber elegido una mentira tan burda a modo de excusa, porque en el caso de Conchita no podía ser más cierto ese refrán que equipara a la mujer enferma con la mujer eterna, pero aun así atendí su llamada.

—¿Qué tal te encuentras? —me adelanté a su discurso, antes de que me reprochara no preocuparme por ella.

—Mal, e incluso un poco injuriada.

—¿Y eso? —me extrañó la segunda parte de su frase.

—Pues que se ha muerto la hija de unos vecinos, pequeña, con tan sólo cinco años...

—¡Uy, pobres! ¡Qué horror! —no pude por menos que interrumpirla.

—Así que no estoy nada contenta.

—¡No me extraña! La situación no es para menos.

—No me refiero a eso, sino a que eso no es lo peor.

—¡Ah! ¡¿No?! —exclamé aterrada, pensando en qué otra revelación me haría a continuación.

—Pues no. Lo peor es que no me han atendido nada bien.

—¿Perdona? —inquirí, sin alcanzar a entender el sentido de sus palabras.

—De lo que te estoy hablando es de que cuando me he acercado al tanatorio para darles el pésame apenas me han hecho caso.

—¡¿Me lo estás diciendo en serio?! —la increpé atónita.

—¡¿Verdad que es increíble?! A mí también me ha sorprendido muchísimo y, sobre todo, ofendido.

Mi tía Conchita, la reina del egocentrismo, era capaz de, en un contexto

como ése, abstraerse del hecho en sí, y del entorno, para auparse como la única protagonista del suceso.

—Pues sí —continuó con su explicación—. Después de tener el detalle de ir hasta allí, con el calor que hace hoy, y no han estado conmigo ni media hora, y porque he tenido que insistir.

—¿Y ese tiempo te parece poco?! ¡Que acaban de perder a su hija!, que es lo más duro que te puede pasar —intenté hacerle ver la realidad, la de esa circunstancia y probablemente la de la vida.

—Lo que se da se quita —me respondió, en cambio, tan convencida como resuelta—, y los importantes somos los que quedamos aquí. Bien poco podemos hacer por los que se marchan, incluida esa niñita, lo que no sucede con los presentes, y yo entre ellos. ¡Y encima con lo malísima que estoy con la brecha tan enorme que me he hecho esta mañana! ¡Y bien que se lo he dicho cuando me han llamado por teléfono!

—¿A quiénes? —me horroricé de antemano, previendo la coyuntura.

—A los abuelos, que son los que me han comunicado la noticia. Y cuando he llegado allí los padres de la niña ni siquiera se han dignado preguntarme qué tal me encontraba. ¡Es para retirarles la palabra y, si me apuras, de juzgado de guardia!

—¿Y qué es exactamente lo que les has dicho? —casi le grité por su inconmensurable falta de sensibilidad.

—Pues que la de la niña no era la única desgracia que había acontecido en el día porque, para desgracia, la mía.

Yo siempre aseguraba que mis amigos no tenían defectos, y menos mal que mi tía no era uno de ellos, puesto que, de serlo, sería la excepción. Olga y yo achacábamos su forma de ser a que no había tenido hijos, por lo que no concebía otro mundo que no fuera el suyo propio..., lo que me hacía temer que yo pudiera acabar como ella.

Por consiguiente, le había firmado a mi hermana un poder para practicar una eutanasia precoz —y feroz— si llegaba el caso.

Y, hablando de mi hermana, cuando regresaba a casa tras mi cita también me llamó.

—¿A que no sabes lo que ha pasado en el restaurante cuando te has marchado?

En vista de que el dueño no aparecía, y de que yo llegaba tarde, Olga me había dado permiso para ausentarme. «Anda, vete, que ya me quedo yo un rato más con estos dos móviles en cuyos extremos hay dos niñas», me despachó.

—Cuéntame —le pregunté, pues.

—Al cabo de un rato, no más de diez minutos después de irte, apareció por fin y, cuando me propuse para el cargo, ¿sabes lo que me dijo?

—¿Qué? —me vi incapaz de adivinar.

—Que si le hacía un buen guiso el puesto era mío.

—Pero si tú no sabes cocinar y, además, el trabajo es de encargada, no de chef...

—¡Claro! —me interrumpió—. Lo mismo le dije yo..., bueno, lo segundo. Lo primero no me atreví a confesárselo.

—¿Y cuál fue su respuesta?

—Que estábamos hablando de un restaurante y que el encargado tenía que saber apreciar la comida.

—¿Y no sirve con apreciarla comiéndola? Porque la que hemos probado hoy me ha parecido buenísima.

—¡Y tanto! Y en esos mismos términos se lo he planteado yo, pero no ha habido manera de convencerlo.

—¿Y qué vas a hacer?

—Di mejor qué vamos a hacer, porque aquí te quiero ver, y en cuestión de segundos, para que me enseñes a cocinar lo que sea. Así que de camino para acá compra todo lo que necesites y en cuanto llegues nos ponemos manos a la obra.

Dicho así parecía hasta fácil, pero Olga era una inútil en materia de fogones. Y es que si a mí no se me cortaba la mayonesa, ella no sabía ni cascar

los huevos.

—¿Y cuánto tiempo tenemos? —quise situarme en el contexto.

—El suficiente. He quedado mañana por la mañana a primera hora, antes de empezar yo en la cafetería.

«El suficiente para estrellarnos», pensé yo, lo que a su vez me dio una pista, ya que quizá la mejor opción consistía en enseñarle a hacer unos huevos estrellados, que, al fin y al cabo, ya vienen maltrechos de origen.

—Y lo peor de todo...

—¿Peor? —hice un inciso a sus palabras, a punto de tirar la toalla antes de comenzar.

—... es que el plato lo tengo que preparar delante de él y del chef. ¿Te acuerdas de él?

Pero no, yo no me acordaba de él. Sólo de sus manos.

## 4

### La casa

Yo era una persona tan feliz que hasta me divertía llevando a cabo las tareas del hogar, esas de las que la mayor parte de la gente reniega al encontrarlas aborrecibles y alienantes, o desagradables y aburridas en el mejor de los casos.

Por el contrario, en lo que a mí se refería —y experiencia tenía, porque a esas labores me dedicaba todos los domingos, tal como tenía previsto hacer hoy—, disfrutaba con su realización por cuanto me encantaba el resultado, el de una casa con olor a limpieza y sabor a orden.

Y este hecho es mucho más importante de lo que *a priori* pueda pensarse, ya que cuando entras en una así la sensación que te invade es gratificante y, además, de ese modo puedes dejarte llevar por lo verdaderamente importante, como si resulta cálida y acogedora, y no concentrarte en la suciedad o el desorden, que será lo único que destaque en sentido contrario.

Curiosamente, Hugo, mi cita del día anterior, había mencionado algo parecido, aunque con respecto a los libros, asegurando que la tarea del editor y del corrector de la obra resulta esencial.

—Su mérito reside en que dejan la obra limpia, perfecta, para que el lector pueda paladear sus páginas, y no enojarse a fuerza de tropezar con erratas, párrafos incoherentes o textos mal montados —aseguró.

Me gustó Hugo, mucho más de lo que solían gustarme los hombres en una primera cita.

Era cálido y acogedor, como las casas que a mí me gustaban, y también relajado y tranquilo, con una paz que nacía de su mirada y que encajaba muy

bien con mi felicidad.

Es más, esos ojos suyos, que eran como bolas de vidrio, te hipnotizaban hasta conseguir descansar los tuyos, ojos que no daban ganas de dejar de mirar nunca, ya que incorporaban la calma. Y calma, a su vez, que deseabas que se pegara a tu piel, más como un pegamento que como una crema, una especie de Super Glue espiritual que, una vez adherido a las fibras, de la naturaleza que sean, no se puede despegar.

A lo largo de la tarde, de las horas que pasamos juntos, mucho hablamos de trabajo, del suyo y del mío, aunque poco de todo lo demás, y me refiero a todas esas confianzas que hacen más íntimas y profundas las charlas, y que propician también las conexiones emocionales, aunque en ocasiones sean subliminales.

Sin embargo, por desgracia, no sucedió así. Aunque hubo un momento en el que yo consideré que sí.

Tras pasar un rato en Tipos Infames, y hablarme mucho sobre libros, Hugo se ofreció a llevarme a su casa para enseñarme los suyos, su biblioteca particular. A decir verdad, yo nunca he tenido una idea preconcebida sobre esas primeras visitas a domicilios ajenos, masculinos, de las que la intuición te dice que suelen acabar en horizontal y sobre un colchón.

A mi entender, el sexo es uno de los tantos entretenimientos que te ofrece la vida, de manera que yo lo podría incluir perfectamente en el de ocio, al que le dedicas alguno de tus ratos libres. En consecuencia, y siempre sin esperar más de lo que la otra parte puede ofrecerte, si te apetece, ¿por qué no?

En general, si te reprimes —en una primera cita, como era mi caso en aquellos momentos—, se debe a los prejuicios, los suyos, el más que trillado por utilizado «¿qué va a pensar de mí?». Sin embargo, a mí eso solía darme igual porque mi consigna era un tanto diferente: «Si te apetece, hazlo, pasa un buen rato y ya verás qué pasa después».

Muchos hombres consideran que el sexo traumatiza a las mujeres hasta el punto de querer una relación después de haberlo mantenido, cuando no un

anillo que las conduzca hasta el altar, pero no se trataba de mi caso. En lo que a mí se refería, el sexo era sólo sexo.

De hecho, yo solía equiparlo con las vacaciones, ese tiempo que pasas en un lugar que, por muy maravilloso que sea, ¿de verdad te quedarías a vivir en él? En mi opinión, muchos sitios hay que visitar para encontrar alguno al que te mudarías.

Supongo que de alguna manera sucede lo mismo que con las ranas, que muchas hay que besar para que alguna se convierta en príncipe..., si es que entre tus planes se encuentra agenciarte un príncipe, porque más de una mujer se quedaría gustosa con la rana, y hasta con un sapo.

Pero, volviendo a mi cita con Hugo y a la situación a la que tal vez me enfrentara en breve, si llegado el caso me apeteciera, ¿por qué rechazar un rato de asueto, una escapada imprevista de fin de semana?

Además, en su caso, no parecía que el sexo fuera su intención, sino ciertamente enseñarme esa colección de libros de la que se mostraba tan orgulloso. Y no era para menos.

—¿Qué opinas? —me preguntó nada más entrar.

—De todo punto impresionante —fue lo más que alcancé a decir, porque era verdad que lo estaba, impresionada.

No obstante, mi sorpresa se debía no sólo a sus libros, sino a la casa entera, que en realidad era una prolongación de aquéllos.

—Cuando compré el piso lo tiré todo, para poder dejar la mayor parte posible diáfana —me explicó.

Y eso era lo que se observaba ya tras el primer vistazo. De este modo, tres de las paredes estaban cubiertas por estanterías, prolongándose desde el suelo hasta el techo, y todas ellas eran iguales, así como básicas en su diseño, para que lo único que destacara fueran los libros que las llenaban. Y, por lo que se refería a la cuarta pared, en verdad no era tal, sino una enorme cristalera que daba salida a la terraza.

La única parte de ese espacio que no estaba cubierta por libros era la

central, ocupada por una mesa, de estilo isabelino, con patas torneadas y tablero con filos curvados. A pesar de no ser una experta en la materia, yo habría dicho que era verdaderamente antigua, aunque la hubieran sometido a un decapado para adaptarse al mundo moderno y que, además de proporcionar algo de contraste a la decoración, debía de ser su zona de trabajo.

Finalmente, disimulada detrás de una de las estanterías, se encontraba una puerta que comunicaba con el resto de la casa: una cocina abierta al salón, así como el cuarto de baño y su dormitorio.

—Tienes mucho gusto —le reconocí—. Está todo precioso.

—Te lo agradezco. Como suelo trabajar en casa, puse todo mi empeño en que quedara bien, sobre todo cómodo, pero también bonito. Por cierto, ¿te apetece beber algo? —me ofreció solícito a continuación.

Yo le habría pedido una botella de vino, entera, para mí sola, porque ya adivinaba que la conversación sobre su piso estaba llegando a su fin, y lo cierto era que no se me ocurrían más temas generales sobre los que tratar.

—¿Puede ser un café? —me contuve finalmente, en aras de estar despejada para lo que pudiera pasar.

—¡Claro! —exclamó—. ¿De qué tipo? Porque tengo varios.

Con una mano me indicó que me colocara detrás de la encimera que escondía la cocina, mientras que con la otra me señalaba un cajón, en el que, efectivamente, había una gran variedad de cápsulas.

Mientras me detallaba con qué color se correspondía cada sabor, intercalado entre *macchiato* y *cappuccino*, de repente afirmó:

—Me gustas, ¿sabes? Mucho más de lo que suelen gustarme las personas, y no sólo las chicas, cuando conozco a alguna. Y eso es algo que no suele sucederme a menudo. Creo que me entiendes bien y que, de igual manera, yo te entiendo bien.

No hará falta decir que agradecí enormemente su comentario, sobre todo porque me pareció asexual, lo que lo hacía todavía mejor, hasta poder considerarlo como una declaración de amistad.

—Te puedo asegurar que el sentimiento es mutuo —le respondí yo también ambigua, sin querer aclarar el alcance de dicho sentimiento, pero siendo consciente de que en mi caso se acercaba más al terreno emocional que al amistoso.

—¿Quieres un *volluto* entonces? —me preguntó al ver que mi mano se había detenido en una cápsula dorada, y dándome a entender a su vez que el momento de las confesiones había llegado a su fin.

—De acuerdo —le respondí, aunque fuera accidental que mi mano se hubiera detenido allí, pero aceptando con mis palabras tanto su ofrecimiento como que el instante de los halagos hubiera concluido.

—Una buena elección. Es dulce y ligero. Así que, si no te importa, te voy a copiar y me voy a tomar yo otro.

—¡Estás en tu casa! —exclamé con una sonrisa.

—Que espero puedas considerar la tuya.

Lo dijo con tanta naturalidad que me pareció sincero, y conmovedor, porque albergaba esperanza.

—Te lo agradezco de corazón —le respondí lo más amablemente que pude para, de esa manera, poder corresponder a sus palabras, aunque las mías fueran escasas en comparación con las suyas.

Poco a poco, mientras me desvelaba anécdotas sobre lo horribles que fueron las obras de su piso, yo notaba que nuestras risas nos acercaban, incluso físicamente, ya que con cada movimiento tenía la sensación de que nuestros cuerpos se aproximaban.

—¿Encuentras algo fuera de lugar? —quiso saber en un momento dado.

—Yo creo que no —le contesté ágil, aunque me asombrara su pregunta.

No obstante, obediente, giré el cuello en todas las direcciones para comprobar si algún objeto me parecía disonante, o discordante, con el resto, lo que no fue el caso. Y así se lo hice saber.

—¿Y si te beso?

Una sonrisa asomó a mis labios como primera respuesta, mientras mi

cerebro procesaba una segunda que fuera algo más explícita.

—Estás en tu casa, y creo que yo también —le dije al fin, con la intención de que sonara lo más genéricamente posible.

Y creo que lo entendió porque, mientras se acercaba, aseguró:

—Creo que es la mejor contestación que podría haber esperado.

Pero esperar, lo que se dice esperar, Hugo no esperó, ya que apenas un segundo después sus labios ya estaban abarcando los míos..., sus labios, que eran más gruesos de lo que había sospechado, y que incluso parecían acolchados, ya que absorbían los míos, hasta sentir que desaparecían..., porque yo empezaba a intuir que esos besos, sumados a los afectos que estaban despertándose en mí, tenían una consecuencia, y era una sensación de conexión, de complementación o de integración tal que me conducían a formar parte de algo que era mayor que yo. Y eso no lo había experimentado jamás.

Cientos de besos, pequeños, y aparentemente superficiales, dejó Hugo en mis labios, recorriendo cada milímetro de ellos, de comisura en comisura, aunque en mí crearan el efecto contrario, el de la desmesura, el de querer más, el de necesitar más, y más grandes, y más dilatados, y más profundos..., que llegaron, y hasta en avalancha.

Tantos eran, en verdad, que ni siquiera cabían, de modo que se acabaron escurriendo por mi cuello, por mi pecho, resbalándose..., como sus manos, que más que deslizarse se escabullían para situarse fuera de la vista, escondidas al abrigo de mi ropa, en principio sólo para ocultarse, subrepticamente, si bien instantes después volvieron a alcanzar la luz tras deshacerse de las prendas que antes las cubrían, las mismas que ya no cubrían mi cuerpo, que en cuestión de segundos se había quedado completamente desnudo.

—Necesitaban pasar —me susurró a modo de explicación, que no de justificación.

Y las mías también lo necesitaron, y con una urgencia mayor, o con mayor premura de lo que solía ser habitual en mí. Y es que si en el sexo yo disfrutaba tanto con el prólogo como con el epílogo, aquella tarde mi cuerpo parecía

desesperado por alcanzar la conclusión. Y el sofá en el que estábamos sentados, o ya tumbados, no parecía ser suficiente para lograrlo, porque allí, entre los dos, lo que había era codicia, ansia, hambre, esa clase de hambre que hace que te retuerzas, pero no sólo por dentro, en tus entrañas, sino tu cuerpo entero.

El suelo, en cambio, empezó a ejercer una atracción inmensa sobre nosotros, como un imán que, lejos de atraparnos en un punto en concreto, nos empujaba a recorrerlo, aunque más que abrazados, o sujetos, o anclados, o clavados, remachados el uno al otro.

Decenas de vueltas, o de revueltas, dieron nuestros cuerpos, porque parecían empeñados en rebelarse aunque, eso sí, tras aliarse.

No obstante, cuando percibí que a Hugo ya le había llegado su fin de fiesta, a mí todavía me quedaba por tomarme el postre. A modo de aclaración diré que en ningún caso se trataba de que yo no hubiera comido bien, que lo había hecho, y generosamente. De lo que se trataba era de que me faltaba el colofón, la guinda que remata el pastel.

Por tanto, mi conclusión fue que algunas cosas son mejores mientras las esperas, o mientras las imaginas. O, dicho de otra manera, que lo que habíamos tenido Hugo y yo había sido una buena escalada, pero sin llegar a conquistar la cumbre de ninguna montaña, y menos aún la del Everest.

Sin embargo, más allá de esa sensación física de falta de plenitud, lo que me sorprendió fue que yo siempre había oído que cuando los sentimientos se funden con el sexo éste se convierte en trascendental, lo que definitivamente no había sido mi caso. Así, a pesar de que yo era capaz de reconocer afectos desconocidos en mí, el efecto no había sido ni más intenso ni más profundo que otras veces, ni me había generado endorfinas, las hormonas responsables de vincularte de manera irremisible a la otra persona.

En consecuencia, a Hugo no se lo podía equiparar con esas vacaciones de ensueño de las que, aunque vuelves, no acabas de regresar del todo.

«Tiempo al tiempo», me dije. Y, además, aún nos quedaba esa parte tan

íntima que tiene lugar al acabar y con la que las mujeres disfrutamos tanto, la de los abrazos, la de los besos sutiles, la de las confidencias, que estaba segura nos uniría tanto o más que el sexo.

Desgraciadamente, también en eso me equivocaba.

—Me vas a tener que perdonar, pero tengo que marcharme —aseguró bien poco después de haber terminado, a eso de las ocho, aunque acompañando sus palabras con un gesto de disculpa que parecía sincero.

—¡Claro! —exclamé tras adoptar una postura facial lo más neutra posible, que no desvelara mis verdaderos pensamientos, e incluso sentimientos.

Alguna vez me había sucedido en el pasado, que mi pareja escapara inmediatamente después, e incluso yo misma me había fugado en un par de ocasiones. Pero no era frecuente, sobre todo porque suele implicar una falta de respeto hacia la otra persona, que puede sentirse en primer lugar utilizada y, seguidamente, desechada.

De cualquier manera, no se trataba de mi caso, ya que en ese sofá quienes se sentaron fueron dos adultos, sin ningún acuerdo previo o compromiso posterior salvo pasar un rato íntimo juntos. Asimismo, en un acto de generosidad para con Hugo, di en pensar que tal vez no contara él con que nos fuéramos a acostar aquella tarde, de manera que verdaderamente podría estar falto de tiempo para acudir a una cita prevista con anterioridad.

No obstante, en el sexo suele aplicarse la misma regla universal que rige para los seres humanos: cuando alguien te cae mal, habitualmente el sentimiento es mutuo. De la misma forma, si tú te has quedado insatisfecho, suele haber un viceversa en el aire funcionando como un bumerán.

—Tengo una reunión familiar a la que no puedo faltar —me aclaró a continuación—. Mis padres celebran sus treinta años de casados con una cena por todo lo alto y, además de asistir, tengo que ir a ayudar.

—Espero que no te hagan trabajar mucho, pero, sobre todo, que lo pases bien —afirmé ofreciéndole una sonrisa conciliadora, aunque casi más dirigida a mi estado de ánimo que a su situación.

Desafortunadamente, esa sonrisa no pudo auparlo, ya que la sensación con la que yo me quedé tras despedirnos —con ese habitual aunque poco probable «a ver cuándo repetimos»— fue amarga.

Al final, la conclusión a la que llegué fue que esos sentimientos nuevos que yo empezaba a descubrir me habían hecho confiarme, como esa señal de *Stop* que no respetas y que conviertes en un mero ceda el paso, de manera que sólo miras de refilón y ni siquiera frenas, lo que provoca un golpe del que tú eres el único responsable.

## La receta

Tras salir de la casa de Hugo, de donde me había despachado, y con bastante urgencia, lo único que podía hacer mi cabeza era darle vueltas al asunto.

«Ha sido una excusa», me dije en cuanto comencé a caminar. Y a todas las razones que ya me había expuesto a mí misma añadí una más: cogerle el teléfono a mi tía mientras estábamos en Tipos Infames. Ciertamente era que eso no había impedido que me ofreciera su casa, con todo lo que contenía, él incluido, pero tras reflexionar un rato llegué a la conclusión de que ese tipo de comportamiento —el mío— la mayor parte de la gente lo interpreta como falta de interés, cuando no como una muestra de mala educación. Y eso, más pronto que tarde, acaba descompensando la balanza, la de los afectos.

Mira que Olga me lo tenía dicho: «No le hagas ni caso. Olvídate de ella. El día que le pase algo de verdad no nos llamará a nosotras, sino al 112. Ni un pelo tiene de tonta..., aunque los mismos tenga de cansina».

Y precisamente hacia casa de mi hermana me encaminé, después de hacer un alto en el supermercado a fin de hacerme con todos los ingredientes necesarios para el plato que debía enseñarle a preparar. La comida en la que había pensado era fácil aunque lustrosa; es decir, que podría lucirse sin correr el riesgo de fastidiarla: un guiso que me había enseñado a hacer un novio norteamericano con el que había salido unos cuantos años atrás y al que le gustaba cocinar tanto como a mí.

Se trataba de un *clam chowder*, compuesto por beicon, cebolla, patatas, almejas —de lata—, leche y nata líquida, con un resultado similar al de una crema, aunque con tropezones, con muchos tropezones.

La receta no podía ser más sencilla. En primer lugar había que freír cinco lonchas de beicon cortadas en trozos pequeños, en un poco de aceite de oliva y, una vez crujiente, apartarlo. A continuación, en ese mismo aceite, se sofreía una cebolla previamente troceada que, una vez dorada, indicaba el momento de incorporar un vaso y medio de agua, así como el caldo en el que se conservan las almejas en su lata, lo que equivalía a otro medio vaso más. Acto seguido, y tras esperar a que el agua hirviera, se añadían ocho patatas cortadas en dados. Después de unos veinte minutos, tiempo suficiente para su cocción, se agregaba al conjunto las almejas, un vaso de nata líquida y dos de leche, reservando un poco de esta última para desleír una cucharada de harina con el propósito de espesar la crema. Finalmente, después de remover un poco y dejar que hirviera de nuevo, sólo hacía falta espolvorear un poco de sal, así como una pizca de pimienta negra, para que el guiso estuviera completo, aunque, eso sí, justo antes de servir el plato había que colocar el beicon encima a modo de adorno.

El resultado era jugoso, y cremoso, rico en olor y profundo en sabor, de esos platos de cuchara que más allá de alimentarte te reconfortan hasta las entrañas.

Bien pensado, quizá fuera algo espeso y contundente para la época del año en que nos encontrábamos, pese a que a mi entender tenía ese toque de cocina de abuela con el que yo esperaba que el dueño del restaurante se identificara.

Además, tenía un cierto aire exótico por tratarse de un plato típico de pescadores, y originario de Nueva Inglaterra, con lo que mi hermana podría lucirse también ofreciendo una explicación en caso de que aquél desconociera su existencia.

Igual de cierto es que podría haberle enseñado a preparar cualquiera de mis recetas, de las que yo me inventaba, a fin de que el plato fuera original, si bien consideré que para alguien como ella, una indocumentada gastronómica, se trataría de una apuesta demasiado arriesgada. Y es que una ambición

excesiva funciona como un bumerán, que si no impacta en el objetivo previsto regresa a su punto de origen... impactando con mayor fuerza aún.

—¿Qué tal la cita? —me preguntó Olga nada más abrirme la puerta.

—Directa al baúl de los recuerdos.

—¿Y eso?

—La tía Conchita hizo acto de presencia, y puede que el trabajo también estuviera demasiado presente en nuestra conversación —le ofrecí como única información.

Si no quise reconocerle a Olga que Hugo y yo nos habíamos acostado en nuestra primera cita en ningún caso se debía a que fuera a juzgarme. Todo lo contrario, ya que era incluso más abierta de mente que yo para esos asuntos. Así pues, la única razón radicaba en que el mal sabor de boca que aún paladeaba se habría hecho mayor de habérselo contado.

Además, en mi fuero interno existía otro motivo que nunca sacaba a colación, pero que siempre merodeaba por mi cabeza. Y se trataba de que, aunque yo hubiera hecho las paces con mi talla, en determinadas circunstancias, en las que yo intuía un posible rechazo, mi cerebro me convertía de nuevo en aquella que fui no tantos años atrás, la que en lugar de la 40 actual apenas entraba en una 44.

Y, desgraciadamente, si algo recordaba de aquella época era que la mayor parte de los hombres está en pie de guerra con los kilos de más, de los que yo tenía excedente. En consecuencia, al igual que ellos me entraban a mí por los ojos, yo les entraba a ellos por idéntico espacio visual. Y sus miras siempre fueron demasiado estrechas para mi aspecto.

No obstante, feliz como era yo, sólo necesitaba un poco de tiempo para que mi cerebro me recolocara de nuevo en la situación actual, y no me refiero sólo a mi físico.

¿Y cuál era mi mecanismo? Relativizar, o, lo que es lo mismo, comparar, a los que tienen menos con los que tienen más. Y, a todas luces, yo era una privilegiada, dado que el amor no tiene por qué provenir necesariamente de un

hombre, como era mi caso, puesto que todos aquellos que me rodeaban me querían..., salvo la tía Conchita, que se quería a sí misma y casi nunca a los demás.

Pasé el resto de la tarde, pues, con una agradable sensación de hermandad, aunque no sólo con la mía propia, sino con el resto de la humanidad, y lo mismo me sucedió durante la noche.

A la mañana siguiente, domingo como era —y mientras esperaba la llamada de Olga para ponerme al corriente sobre el resultado de su entrevista culinaria —, me dispuse a limpiar mi casa, como era mi costumbre en ese día.

Y atacando al polvo estaba cuando mi móvil sonó.

—¿Me invitas a comer?

Se trataba de Patricia, mi amiga, quien al parecer no tenía el mejor día.

—Por supuesto —le confirmé de inmediato.

Su voz sonaba triste, por lo que deduje que habría visto a Hernán, el amor de su vida, acompañado de su nueva novia.

Patricia era mi amiga más vieja, aunque no por mayor, sino por antigua, ya que nos habíamos conocido nada más empezar el colegio, cuando apenas teníamos cinco años edad, el mismo día que conocimos a Hernán a su vez. Es decir, que los tres éramos compañeros de clase. Y lo seguimos siendo hasta que acabó el instituto.

Pero, a diferencia de mí, que siempre lo encontré un niño cargante en exceso y demasiado repipi, Patricia bebía los vientos por él, hasta el punto de que nunca pudo escaparse de su influjo, invalidando cualquiera de sus relaciones, tanto pasadas como presentes, y probablemente futuras.

Y Hernán, que de estomagante pasó a ser un tarambana años después, en la actualidad se dedicaba a encadenar tanto las malas decisiones laborales como las sentimentales, trabajo tras trabajo (que desaprovechaba siendo un informal) y novia tras novia (de las que se aprovechaba siendo un caradura).

Pero nada de esto veía Patricia. Sólo el amor, posiblemente todavía infantil, que sentía por él.

En consecuencia, supuse que la tristeza que yo intuía en ella se debía a una nueva novia, de la que conocía su existencia por mi hermana y de la que me había informado la tarde previa.

Como el día había amanecido igual de luminoso que el anterior, decidí preparar la mesa en la terraza, sólo que, en lugar de organizar una comida al uso, opté por un *brunch*, esa mezcla entre desayuno y almuerzo que inventaron los británicos y que suele servirse al mediodía, pese a que yo lo pospondría un par de horas. Al fin y al cabo, entre el horario gastronómico de los españoles y los ingleses también hay esas dos horas de diferencia, con lo que quedaba más que justificado. Y, en última instancia, me apetecía, con lo que no necesitaba de ninguna otra razón.

Además, en el frigorífico tenía todos los ingredientes para los platos que había ideado: brochetas de queso feta con tomate, tostas de manzana con queso, tostadas francesas con frutos del bosque, patatas rellenas con cebolla caramelizada y, finalmente, lo que yo había dado en llamar magdalenas de sándwich mixto con huevo que, en verdad, nada tenían que ver con ese bollo.

El motivo de que las hubiera bautizado con ese nombre se debía únicamente a que el plato lo cocinaba en el mismo recipiente en el que se hornean las magdalenas, esos moldes con huecos en los que se deposita la masa, salvo que lo que yo colocaba era, en primer lugar, una rebanada de pan de molde, seguida de una loncha de queso, otra de jamón y, por último, el huevo en el centro del conjunto. Y directo que iba todo al horno tras salpimentar.

Una vez cocido, y desmoldado, el resultado se parecía a un pequeño pastel con un cierto aspecto de flor, por cuanto el pan, el queso y el jamón se ondulaban ligeramente, mientras que el huevo hacía las veces de pistilo, como si se tratara de una margarita..., pero en la que se podía mojar.

Recién puesta la mesa sonó el portero automático, lo que indicaba que Patricia había llegado justo a tiempo.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunte nada más abrirle la puerta.

—Regular —me respondió parca en palabras, aunque no en gestos.

—Y me da que conozco el motivo —le confesé.

—¿En serio? —se sorprendió.

—¿Hernán ataca de nuevo? —formulé una pregunta retórica.

Lo cierto era que, además de conocer por mi hermana esa información, Patricia sólo se entristecía debido a esa circunstancia, por lo que no hacía falta ser vidente para adivinar cuál era la raíz de su problema.

—Sí —me confirmó—. Y, además, su nueva novia es una chica de nuestra clase.

—¿En serio? —me sorprendió su revelación por cuanto mi hermana no me había puesto al corriente de ese extremo.

—Sí, y se trata de Princesa.

Hasta el nombre lo tenía cursi la tal Princesa, que en verdad se llamaba Florentina, sólo que de pequeña era tan bonita que sus padres la apodaron de esa manera, más propia de película de Disney —dicho sea de paso— que de Feo Alegre, que eran los apellidos que venían detrás del nombre. Y es que ya hay que tener mala suerte para que un Feo se enamore de una Alegre; aunque, bien pensado, peor habría sido que un Feo se casara con una Triste, Tontini o Delano, que también las hay en el censo español. Así, puestos a ser poco agraciado, onomásticamente hablando, mejor estar contento por ello.

No obstante, lo cierto era que, por carácter, Princesa y Hernán eran tal para cual..., a cuál más afectado, pretencioso y nocivo, que en eso sí parecían tener sangre real ambos..., la de Maléfica, esa reina malvada que se la tenía jurada a La bella durmiente.

Además, todo lo guapa que había sido ella de pequeña se evaporó con la llegada de la adolescencia, esa época tan perniciosa en la que no sólo se trastoca el ánimo..., dado que a veces, fuera de los cuentos, son las princesas las que se convierten en ranas.

—Ya es desgracia —se lamentó Patricia— que elija a alguien de la clase y no sea a mí.

—Si no te ofendes, yo te diría que la desgracia habría sido que te eligiera a ti... otra vez.

—Ya estás a vueltas con eso...

—Por supuesto —la interrumpí—. Pero ¿tú no te das cuenta de cómo trata a las mujeres? O, para ser más exactos, cómo te trata a ti cuando estás con él, en su línea de usar y desechar. Mi hermana me contó ayer que a la última novia la despachó acudiendo a un cumpleaños con la siguiente. O sea, que cuando llegó proclamó: «Os presento a mi nueva pareja», a la sazón, Princesa, delante de todos y de la anterior, que se enteró en ese preciso momento de que él ya había pasado página... y cambiado de libro.

—Eso es porque todavía no se ha dado cuenta de quién es la mujer adecuada para él...

—Eso es porque es un impresentable —volví a interrumpirla—, y si me apuras, un cretino. Y lo que somos no cambia ni cuando nos morimos.

—Pero...

—¿No ves que con ese tipo de hombre lo mejor que te puede pasar es que te ignore? Y, si me apuras, lo ideal sería que te ignorara para siempre, y no ese juego del ratón y el gato que os traéis y que a ti siempre te hace más mal que bien —quise remachar antes de que acabara su frase.

Sin embargo, para ella, al igual que un abrazo puede ser un lugar del que nunca quieres marcharte, el amor era ese sitio al que siempre quieres volver.

—El amor es valiente —se defendió finalmente.

—Es inconsciente —la rebatí.

—Es aventurado —insistió.

—Es arriesgado —no desistí.

—Es atrevido —persistió.

—Es osado —me empeñé.

—Es audaz —perseveró.

—Es torpe —me obstiné.

—Es perseverante —porfió.

—Es ignorante —me empeñé.

—Es inevitable.

Y ahí ya no pude decir nada más.

—¿No entiendes que no puedo olvidarlo? —intentó clarificar aún más su postura.

Pero no, yo no podía entenderlo, porque a mí se me escurrían los afectos entre relación y relación, con la misma facilidad con la que el moreno abandona la piel después del sol del verano.

El resultado de la comida fue que Patricia se marchó no con la sensación de salir para adentrarse en una tarde luminosa de primavera, sino que lo que se encontraba al otro lado de la acera era un lunes grisáceo más propio del otoño.

Al menos, y lo pensé yo por ella, si existe una verdad universal es que hasta la noche más oscura acaba y el invierno más gris pasa.

Poco después de despedirla, el teléfono sonó, con mi hermana al otro lado de la línea esta vez.

—Ya son horas de que me digas algo. ¡Llevo esperando tu llamada desde esta mañana! —le recriminé.

—Es que nada más acabar me he tenido que ir corriendo a la cafetería —se disculpó— y no he tenido ni un solo minuto libre desde entonces.

—¿Y qué tal ha ido todo? —le pregunté, tan intrigada como nerviosa.

—Pues el dueño no lo sé, pero el chef se ha dado cuenta de que no sé cocinar.

—¿Por qué lo sabes?

—Porque cuando el jefe se ha marchado me lo ha dicho.

—¿Y se va a chivar? —inquirí preocupada, por cuanto esa revelación podría dar al traste con los planes de Olga.

—¡Qué va! Parece un chico muy majó, y se ha reído mucho cuando le he explicado que, salvo abrir el frigorífico, poco más sé hacer en la cocina.

Tras soltar una carcajada yo también, volví a la carga con mi batería de

preguntas.

—¿Y el *clam chowder* te ha salido bien?

—Estupendo. Parecía que te tuviera metida en la oreja, como uno de esos pinganillos que utilizan en la televisión.

—Entonces ¿le ha gustado al dueño?

—Yo creo que sí, porque se ha relamido.

—¿Y sabes cuándo te dirá si te contrata?

—¡Ya lo ha hecho! ¡Y estoy dentro!

—¡Y no me lo dices! —la regañé, aunque eufórica por el descubrimiento—. ¡Qué noticia tan estupenda!

Y verdaderamente lo era porque, además, ponía un fin dulce a un día que había sido agrio, a causa del desamor que sentía mi amiga Patricia.

—¿Sabes qué? —continuó Olga—. El chef me ha preguntado si me había enseñado alguien...

—Bueno, es lo normal —la interrumpí—. Al fin y al cabo, si le has reconocido que tú no sabes cocinar, alguien tendría que haberte dado las indicaciones.

—Claro, pero me ha preguntado si esa persona eras tú.

—¿Yo? —me extrañé—. Pero si no me conoce.

—Conocerte, no, pero fijarse en ti sí que se fijó —me respondió con picardía.

Mucho no me fiaba yo de esas apreciaciones de mi hermana, dado que, en lo que se refería a mí y a las ganas que tenía de un final feliz, nunca dejaba que la realidad le estropeará el plan que hubiera previsto.

—A ver, descríbeme los hechos, que de tu interpretación no me fio —le exigí en consecuencia.

—Pues que cuando le he dicho que quien me había enseñado a preparar la receta era mi hermana, me ha preguntado si era la misma persona que estaba ayer conmigo allí.

—Pero si yo no lo vi...

—Pero él a ti sí —no me dejó acabar mi frase.

—En cualquier caso, eso no quiere decir nada —contraataqué—. Es una simple pregunta en un contexto que la propiciaba.

—Hazme caso. Le gustas y él me gusta para ti —zanjó la cuestión.

Sin embargo, mis oídos no prestaron atención a esas palabras, sino al timbre del portero automático, que de repente sonó.

—¿Quién es? —pregunté extrañada.

—Mensajero, que vengo a traerle un paquete.

Y aún más extrañada me quedé entonces, al desconocer que se hicieran entregas los domingos. Pero, dado que dijo mi nombre alto y claro, no me quedó más remedio que abrirle la puerta.

Ya con el paquete en mi poder, cuando rompí el sobre vi que su interior contenía un libro, cuyo título —*Y al final siempre el mar*— era igual de magnífico que su cubierta. Y es que para el diseño de ésta habían empleado unas olas de papel que parecían hechas en tres dimensiones, y que la recorrían entera, en las que se adentraban sendos barcos en cuyos laterales figuraban tanto el nombre del autor como el de la novela.

Mucho no tardé en intuir que el envío debía de proceder de Hugo, mi cita del día anterior, y ninguna duda tuve cuando observé que era su nombre el que firmaba la dedicatoria:

En todo buen libro siempre encontrarás un corazón que late. Y que hará latir el tuyo.

Y era verdad, porque el mío acababa de empezar a hacerlo.

## 6

### El trabajo

Aunque el lunes no era mi día favorito de la semana, tampoco entraba en paroxismo cada vez que el domingo perdía su sitio en el calendario. Al fin y al cabo, si aborreces los lunes, abominas de los martes, odias los miércoles, detestas los jueves y padeces los viernes hasta que llega el fin de la jornada laboral, que es cuando empiezas a celebrar la vida, habrá cinco de cada siete días a lo largo y ancho de tu existencia en los que en lugar de persona serás un café con mala leche, y sin azúcar que lo endulce.

Así las cosas, si con suerte vas a vivir hasta los ochenta años, pongamos por caso, en términos de días eso implica que tienes asignados 29.200 de ellos, que se quedarán reducidos a 7.680 si reniegas de los laborables. Y si, además, descuentas las horas de sueño de los fines de semana —que, aunque necesarias y placenteras, no estás consciente cuando suceden—, te encontrarás con que has perdido casi otro día de esos dos, a poco dormilón que seas.

En consecuencia, mejor reconciliarse que estar peleados con el trabajo porque, a no ser que exista un gordo de la lotería o una herencia de por medio que sea causa de separación, se trata de un matrimonio en un país católico... del que es imposible divorciarse.

Y, por lo que a mí se refería, lo cumplía a rajatabla, y con gusto, porque lo disfrutaba.

Por otra parte, mi lunes no podía presentarse mejor, dado que me enfrentaba a uno de los retos más apasionantes e importantes de mi carrera: un espectacular escaparate que me había encargado la firma Louis Vuitton.

La casa francesa celebraba el treinta aniversario de la primera tienda que

abrió en Madrid, la situada en la calle Ortega y Gasset, y con ese fin había organizado una fiesta en el propio establecimiento, al jueves siguiente, con lo que aún me quedaban por concretar los últimos detalles de un proyecto en el que había estado trabajando durante más de seis meses.

La base del mismo radicaba en lo que la dirección de la empresa esperaba: algo más que un montaje espectacular, con un buen despliegue de su mercancía. Así, lo que pretendía era que tras sus cristales se reflejara su esencia, su entidad, no como sinónimo de lujo, sino de anticipador de las necesidades de sus clientes en un mundo siempre cambiante.

Durante unos días dediqué exclusivamente a pensar, hasta que finalmente logré dar con la idea, que se concretó en mi convencimiento —como ya he puesto de manifiesto antes— de que, más que cosas, algunos objetos son sueños.

En mi opinión, una fotografía —por ejemplo— es un objeto en sí mismo, aunque proyecta un recuerdo, enlazando con un tiempo pasado que suele trazar una sonrisa en nuestra cara. De la misma manera, un bolso te puede hacer sentir lo mismo, e incluso de cara al futuro, al imaginarlo como parte del transcurrir de tus días.

En consecuencia, ambos conceptos fueron los que quise plasmar en ese escaparate tan especial, para un día que también sería especial.

Como no podía ser de otra manera, el acto tendría lugar por la noche, pero con el inconveniente de que la tienda estaría abierta en su horario normal, hasta las ocho y media de la tarde, y con su escaparate habitual. De esta manera, apenas si contaba con una hora hasta el comienzo de la fiesta para desmontar el existente y colocar el nuevo.

La dirección de la marca había puesto a mi disposición una cohorte de operarios y estilistas a fin de que pudiéramos cumplir el horario y ajustarnos al plan, que comenzaría cuando la tienda echara el cierre, momento en el que cubriríamos los cristales con unos paneles en los que estaría impreso el logotipo de la casa, las famosas «LV» entrelazadas.

Nuestro propósito era que nadie desde fuera pudiera ver lo que sucedía en el interior, donde yo podía aventurar ya que habría un ritmo frenético con objeto de que todo se desarrollara de acuerdo con lo previsto.

Y más me valía que fuera así.

Si algo no se me escapaba era que me jugaba mi prestigio con este proyecto porque, al igual que sucede en otras profesiones, en la mía vales lo que tu último escaparate, de manera que si Louis Vuitton quedaba descontento, esa información se propagaría como un reguero de pólvora entre el resto de mis clientes.

Y a ellos les daría igual que yo considerara que los objetos son algo más que cosas, con ese matiz siempre positivo que yo les otorgaba, porque también pueden tener connotaciones negativas, como el horno de mi hermana..., al que se había pasado toda la noche amartillando con el ablandador de la carne.

—Pero ¿qué te ha pasado? —le pregunté en cuanto me lo contó a última hora de la tarde.

—Como debía de tener unos treinta años —«el equivalente en vida humana a unos doscientos, al igual que sucede con los perros», me precisó—, se ha muerto de madrugada, pero dando guerra, para que su *exitus* no pasara inadvertido.

Tras soltar una carcajada, volví a insistir, a fin de que me explicara los pormenores de la situación.

—El problema era con el temporizador, que, sin venir a cuento, se ha puesto, no a hacer ruido, sino a desgañitarse, aullidos incluidos, de manera que o acababa con él o seguro que algún vecino llamaba a la policía para denunciarme por contaminación acústica.

—¿Y qué has hecho?

—Lo que todo el mundo —me respondió con aire de superioridad.

—Pues comprar uno nuevo no, a menos que lo hayas hecho por internet —argumenté.

—¡Claro que no! Buscar en Google, mujer, que es donde cualquier

problema encuentra su solución.

—¿Y qué decía? —inquirí tras volver a sonreír.

—Desde todos los pasos, y bien fotografiados, para saber cómo arreglarlo —«algo para lo que como bien sabes no estoy capacitada», me reconoció—, hasta darle martillazos, que es la opción por la que me he decantado.

—¿Y ha funcionado? —le pregunté en cuanto la risa me lo permitió.

—En absoluto. Le he hecho un boquete en la puerta y como si nada. Es más, para ser exactos, la he desgraciado entera y ahí seguía el *jodio* reloj, como si fuera un cantante de ópera al que le hubieran acoplado un megáfono.

—¿Y los vecinos? ¿No han protestado?

—¡Qué va! ¡Sonaba más el horno que mis martillazos! —se rio esta vez ella.

—¿Y qué ha pasado al final? —quise saber.

—Que he tenido que quitar la luz, la general, lo que al fin y al cabo nos da igual, ya que tenemos tantas bombillas fundidas que estamos a oscuras.

—¿Todavía no las has cambiado?! —le recriminé a Olga, aunque bien sabía de sus aptitudes, tan experta en el arte de la cocina como en el de las chapuzas domésticas.

—Pues no. ¡Y maldita la hora en la que llené la casa de halógenos!, porque es esa pequeña arandela central que tienen, la que impide que se caiga todo el mecanismo, la que me impide a mí a su vez encajar la bombilla en el hueco. ¡Y mira que lo intento!, que parezco una egipcia sólo que en posición inversa. Pero, eso sí, con las manos por delante y el cuello para atrás, que destrozaditas tengo las cervicales de tanto mirar al techo.

—Pues algo tendrás que hacer al respecto —le sugerí divertida.

—Y ya lo he hecho. Al principio cocinaba con la puerta del frigorífico abierta, para utilizar la luz interior, pero me llegó tal factura al mes siguiente que tuve que ingeniármelas, con lo que empecé a usar una linterna..., hasta que vi lo incómodo que era sujetarla con una mano y cocinar sólo con la otra. Entonces opté por comprarme un casco de espeleólogo, de esos que llevan la

linterna incorporada, así que ya lo tengo todo solucionado. ¡Y tan orgullosa!, que a punto estoy de fundar un club de mujeres inútiles para las labores domésticas.

El ataque de risa que me dio casi hizo que me cayera de la silla, imaginándome a mi hermana vestida con un salacot, seguida de una *troupe* de mujeres a cuál más desorientada, explorando ese lugar enigmático e ignoto llamado casa.

No obstante, dejando de lado esas turbulencias propias de las tareas del hogar que la ofuscaban, Olga era una mujer de bandera, y no sólo por haber sacado adelante a sus hijas prácticamente sola, sino porque también hizo lo mismo conmigo. Además, por lo que se refería a su aspecto físico, se conservaba estupendamente, hasta el punto de que rara vez la gente adivinaba la diferencia de edad tan grande que existía entre nosotras (lo que posiblemente no dijera mucho a mi favor, dicho sea de paso). Es más, todo lo redondita que era yo —si no me cuidaba—, ella lo tenía de espigada; de la misma manera, mi pelo, que bien podría servir para anunciar un alisado japonés en grado extremo, contrastaba con el suyo, que tenía un precioso rizo natural. Por otra parte, mientras mi mirada era tan marrón como mi melena, la suya era rubia y sus ojos verdes.

Y, sí, las dos habíamos nacido de los mismos padres, sin infidelidades de por medio, lo que dejaba el motivo de nuestra disparidad física a ese refrán, el que asegura que cada uno es de su padre y de su madre, Olga idéntica a ésta mientras que yo era un clon de aquél.

—Y, cambiando de tema, ¿cuándo empiezas en el trabajo nuevo? —le pregunté.

—Los quince días de rigor, que cuentan desde ahora mismo porque ya lo he comunicado, ¡y se acabó la cafetería!

—Te ha salido todo perfecto.

Por una vez en la vida, así era, y yo no podía alegrarme más, ya que Olga no había tenido la mejor de las juventudes, ni tampoco su edad adulta se

convirtió después en un camino de rosas, sino que, por el contrario, más se parecía a la avenida de las espinas.

—Además —prosiguió—, todavía no te lo he contado, pero sin tener que decir esta boca es mía el dueño del restaurante me ofreció casi el doble de mi sueldo actual.

—¿En serio?! —exclamé atónita.

—¡Y tanto! Así que a lo mejor me estiro y contrato a un electricista... para que me cambie las pilas de la linterna, que ya les va haciendo falta.

De nuevo, a punto estuve de tener un accidente, uno de esos domésticos que dicen que suelen ser los más frecuentes, al casi perder mi silla el equilibrio por la fuerza de las convulsiones que me provocaban las carcajadas.

—La verdad es que no me ha podido salir mejor —continuó—, e incluso más cerca de casa. Salgo ganando en todo.

En mi opinión, Olga se merecía este trabajo y cualquier otro del mundo, sobre todo porque tenía un sentido de la moda muy peculiar. Así, cuando la vida la acorralaba, su uniforme consistía en arremangarse las mangas de su camisa —hecha con un tejido conocido como *no rendirse jamás*—, que acompañaba con una falda cosida con fuerza de voluntad, conjunto que completaba su sonrisa, pintada con un carmín denominado *a mal tiempo siempre buena cara*.

Así, si yo era feliz, ella era la euforia personificada.

Y cuando el traje se rompía tenía hilos de todos los colores para remendarlo, sobre todo de ese verde que llaman esperanza.

—Y tú vendrás a verme el primer día, que quiero presentarte al chef, que, por cierto, se llama Ignacio —aseguró, porque, para mi desgracia, la fragancia con la que perfumaba cualquiera de sus atuendos respondía al nombre de Celestina.

Sin embargo, yo no tenía la cabeza para ningún Ignacio, sino para Hugo, al que todavía no había respondido tras recibir su libro el día anterior.

Tal vez fuera por miedo a ese latido que brincó la noche previa en mi

corazón, por cortedad, o por el recuerdo de la tarde del sábado, que no acabó como yo esperaba, pero pensé que quizá fuera mejor poner un día entre nosotros, a fin de averiguar lo que ese tiempo tenía que decir.

Y, por lo que yo podía oír veinticuatro horas después, me daba la sensación de que el amor era un milhojas, ese postre que se compone de unas ligeras capas de hojaldre enmarcando a un gran merengue, del que, al parecer, hasta el momento no había catado el centro.

## El armario

Ser una Barbie Conjuntos no era una tarea nada fácil la mayor parte de las ocasiones. Y el motivo se debía a la infraestructura, pero, sobre todo, a la planificación.

Por lo que se refería al primer apartado, todo el peso recaía sobre mi armario, que era una prolongación de mí misma, es decir, de ese perfeccionismo tan exacerbado que me definía y para cuya distribución hasta me había hecho un plano, aunque en versión jeroglífico, porque, salvo yo, nadie más habría sido capaz de entenderlo.

No obstante, de lo que se trataba era de que tuviera toda mi ropa a mano, a la vista y en perfecto orden, ya fuera por colores, tipos de prenda, o incluso texturas. Y eso lo había conseguido.

Por ejemplo, me encantaban las camisetas, de las que tenía varias decenas, que se encontraban apiladas en bloques de diez, todas las blancas juntas, después las azules, empezando por las más oscuras abajo y ascendiendo hasta las más suaves, colocadas arriba. Y así sucesivamente.

En cuanto a los pantalones, los vaqueros sin ir más lejos, de los que tenía varios similares, los organizaba por cómo me quedaban una vez puestos, lo que simplificaba mi elección cuando tenía que elegir uno de ellos.

Este sistema, más allá de ser la consecuencia de un trastorno obsesivo-compulsivo —como creían algunos de mis amigos—, tenía un único objetivo, que era el de hacerme la vida más fácil al poder seleccionar las prendas con más rapidez, aligerando el tiempo que le dedicaba a ese cometido por las mañanas.

Muchos dirían que mi estrategia no era sino una muestra de frivolidad, y otros incluso de superchería, pese a que lo único que yo perseguía era la comodidad. Además, lo que nunca me sucedía a mí es lo que les ocurre a otras mujeres, que cuando buscan algo en su guardarropa —esos espacios que más que un caos son un agujero negro—, en lugar de adentrarse en sus profundidades prefieren volver a comprar la prenda en cuestión, probablemente por miedo a que el armario las atrape a ellas.

Yo, por el contrario, siempre sabía dónde estaba todo..., lo que no quería decir que todo estuviera siempre disponible.

Así, más de un disgusto me había dado esa *conjuntitis* aguda mía antes de una cita, como en una ocasión, en la que minutos antes de salir me di cuenta de que para completar el atuendo que había previsto me faltaban unos calcetines azul marino que, por otra parte, no se verían, dado que irían dentro de unos botines y estarían tapados a su vez por unos pantalones largos, cuya longitud igualaba la del tacón.

Pero como mi síndrome rayaba en lo que podría ser considerado patológico, me vi incapaz de ponerme unos negros, por ejemplo, ante la certeza de que me saldría un sarpullido en los pies y se me contracturarían todos los músculos, por no hablar del colapso que se produciría en mis neuronas.

Desesperada, pues, y un poco descerebrada también, que no me duelen prendas reconocerlo —que además viene muy al caso esta expresión—, mi única solución consistió en poner la lavadora, para dos míseros calcetines. De sobra sé que los ecologistas se me van a echar encima al reconocerlo públicamente, debido al gasto en agua y en electricidad, que bien pude haber aprovechado para lavar de paso toda la ropa de color, pero no estuve ágil yo para gestionar correctamente una situación de tanta tensión. Al menos, lo que sí hice fue llamar a mi cita para disculparme, asegurándole que me había surgido una urgencia familiar que motivaría un retraso de aproximadamente una hora.

Mientras tanto, yo me quedé sentada delante de la lavadora, animándola tanto con mis ojos como con mis gestos y palabras, totalmente convencida de que iría más rápida por ello. Y repetí el mismo proceso con la secadora, por supuesto, no fuera a sentir que la hacía de menos.

Desgraciadamente, cuando el programa estaba a punto de concluir recibí un wasap de la cita asegurando que a él también le había surgido una urgencia familiar que motivaba que no pudiera volver a quedar conmigo jamás.

«Donde las dan las toman», me dije entonces, lo que motivó a su vez que allí me quedara yo, con una cara de gilipollas que era más grande que la ventana de la secadora, a través de la cual aún se veían los dos calcetines azul marino girando sin parar..., al mismo ritmo que lo hacía mi cabeza.

Sin embargo, como de todo se aprende, la siguiente vez que me ocurrió algo parecido mi estrategia se basó en ¡lavar los calcetines a mano y secarlos con el secador!

Años después, por fortuna, había conseguido perfeccionar considerablemente mi técnica, ya que preparaba con días de adelanto el conjunto, completo, a fin de que estuviera todo limpio, planchado y listo para ser lucido. Incluso había dispuesto una zona, en mi vestidor, consistente en un perchero acoplado a la pared y una banqueta debajo en la que colocaba todas las prendas o accesorios que necesitaría.

En consecuencia, aquel día, que era martes, ya tenía previsto cuál sería mi atuendo para la cita que Hugo y yo habíamos concertado para el próximo viernes, lo que a mis efectos resultaba perfecto, dado que la fiesta de Louis Vuitton ya habría pasado y yo podría relajarme y disfrutar.

La noche anterior, y con tantos nervios como indecisión, apenas podía concentrarme en pensar cuál sería la mejor alternativa de entre todas las existentes para agradecerle el libro que me había enviado el domingo y, de paso, poner un punto final a mi resquemor sobre la forma en la que había acabado nuestra primera cita juntos.

Al fin y al cabo, todo el mundo se merece una segunda oportunidad, y los

que sin lugar a dudas se la merecían también eran mis sentimientos hacia Hugo, que, lejos de desaparecer, se habían incrementado. Y, con respecto al sexo insatisfecho, llegué a la conclusión de que a muchas parejas les hace falta conocerse bien, en todos los sentidos, para llegar a sus cotas más altas, nada que, en última instancia, no propiciara un poco de práctica y conversación.

De entre todas las opciones que se me presentaban, mandarle un simple wasap de agradecimiento me parecía un gesto escaso y frío para lo cálido y grandilocuente que había sido el suyo. En segundo lugar, una llamada quizá dejara traslucir mi inquietud y, en cualquier caso, se tratara de un contacto demasiado personal. Pero, al fin y al cabo, ¿no lo había sido el suyo? ¿O el rato íntimo que, aunque escaso, ya habíamos compartido?

Además, a diferencia de él, cuyo trabajo se resumía en un objeto que cabía en un sobre, el mío necesitaba de un número en una calle, y no creía yo que ninguna mensajería me fuera a aceptar el envío.

Por tanto, la llamada parecía finalmente la única opción viable.

—¿Hugo? —pregunté, utilizando su nombre más como una muletilla, de las que se emplean en una frase para rellenar los huecos, que como si en verdad tuviera alguna duda de que no fuera a ser él quien me contestara.

—Hola, ¿qué tal? —me respondió afable.

—Genial, y sobre todo después de recibir el libro tan estupendo que me mandaste. Me encantó, tanto el ejemplar como el detalle, por no mencionar la dedicatoria, que no puede gustarme más. Y tu trabajo es espectacular.

—Muchas gracias. Me supo mal el otro día tener que marcharme tan precipitadamente, y más aún en las circunstancias en las que nos encontrábamos, por lo que pensé que debía compensarte, y disculparme.

—No hay por qué. Y yo siento no haberte llamado antes, pero he tenido un día muy complicado de trabajo y, desgraciadamente, me ha resultado imposible.

—Tranquila. Las cosas buenas son atemporales, y esta llamada lo es.

Casi se me sale el alma por la garganta, por no hablar de un gallo, de esos

que te dejan en mal lugar cuando tu voz desafina de puro nerviosa que estás, pero, por fortuna, tras unos segundos, pude hacerme con el control de la situación.

—Te lo agradezco un montón. La verdad es que eres muy amable.

—¿Y con qué escaparate estás tan liada? —me preguntó a continuación, dejando claro que el momento de la gratitud había pasado.

—Uno un tanto especial, para la firma francesa Louis Vuitton —aseguré.

Tras contarle con todo lujo de detalles —a petición suya— en lo que consistía el acto y consistiría el montaje, se mostró realmente interesado en que lo informara del resultado.

—Yo creo que tenemos que quedar el viernes para me cuentes qué tal ha ido todo, ¿te parece bien?

Por supuesto que me parecía, y mucho más que bien, aunque algo en mi interior me decía que tenía que ser comedida y no mostrar demasiado entusiasmo en mi respuesta, y más teniendo en cuenta que ya nos habíamos acostado juntos. Es decir, como Olga solía asegurar, «en esas circunstancias hay que comportarse como un compositor de canciones, que no pone toda la carne en el asador en la primera estrofa, sino que se reserva lo mejor para el estribillo».

—Claro —le respondí contenida, siguiendo la línea marcada por mi hermana—. Creo que es una idea estupenda.

—¿Te apetecería ir al Tandoori Station? Es un restaurante indio en el que se come muy bien, y que también está en Ortega y Gasset, por lo que después de cenar podríamos acercarnos hasta la tienda para ver el escaparate. La verdad es que me encantaría.

Y a mí me encantaba no sólo él, sino las sensaciones que empezaba a experimentar, como jamás antes lo había hecho. Y de entre ellas destacaría las que advertía en mi corazón, que de repente se había convertido en alpinista, escalando por las paredes de mi garganta, desde donde quería ponerse a gritar un yodel, ese canto danzarín y agudo a más no poder tan típico del Tirol.

Por otra parte, además de deleitarme con el momento —como persona feliz que era—, lo que no se me escapaba era la razón por la que se producían dichas sensaciones, principalmente porque la desconocía.

No obstante, como también hay belleza en la ignorancia, me dispuse a disfrutar de lo que a ciencia cierta sabía: el nombre del restaurante, lo que me permitía investigar la clase de sitio que era a fin de decidir qué ropa debería llevar, en función del contexto.

Google fue, pues, mi primera parada, mientras que mi vestidor fue la segunda, donde —tras varias horas, incluidas algunas de insomnio nocturno— opté por unos pantalones negros, una camiseta blanca de licra con tirantes y, encima, una chaqueta larga del mismo color. Ésta era de punto de seda, tan asimétrica como fina, para vestirme a juego también con la climatología, dado que internet auguraba una noche de verano.

Finalmente, para completar el conjunto luciría un maxicollar realizado con arena compactada, en forma de flores, unidas las unas a las otras mediante cordones gruesos tejidos con ganchillo, que, aunque esté mal que lo diga yo, era espectacular.

Por último, aunque no por ello menos importante, llevaría unos pendientes de mi madre —engarzados con un pequeño brillante—, porque estaba convencida de que la luz que desprendían atraería su mirada allá donde estuviera, para que acomodara todos sus buenos deseos en mi camino.

Con todo el atuendo a punto, y preparado tanto en el perchero como sobre la banqueta que había destinado a ese fin, afortunadamente pude relajarme y dedicarme a saborear el momento..., que bien poco me duró, ya que mi tía Conchita me llamó a primera hora de la mañana.

—No he podido pegar ojo en toda la noche —aseguró molesta a modo de saludo.

—¿Y eso? —le pregunté con tanto sueño como desgana.

—Unos vecinos tienen la culpa, que son unos maleducados.

—¿Qué ha pasado? —volví a preguntar antes de que me acusara de no

preocuparme por ella, como era su costumbre.

—Pues resulta que ayer —empezó a ponerse cómoda, en su línea habitual, ya que su voz se relajaba cuando alguien la escuchaba porque, junto con fastidiar al prójimo, no había cosa en el mundo con la que disfrutara más— me encontré con María, la del tercero, y su nuera, que justo llegaban de la calle de dar clase de manualidades.

—¿Y qué problema hay con eso? —me extrañé, al no alcanzar a comprender el trasfondo, ni de la cuestión ni de su disgusto.

—Con la excusa de enseñarme su nueva cocina, que es horrorosa, por cierto, María me invitó a su casa para que su nuera presumiera de las figuras de cerámica que pinta, porque sabe que yo me dedico a lo mismo en mis ratos libres.

—Hasta ahí todo bastante normal, diría yo...

—Por supuesto —me interrumpió—, salvo por lo de su cocina, que le han colocado un blanco tan intenso que, en lugar de preparar un bizcocho, de lo que te dan ganas es de acuchillar a alguien para que un poco de rojo matice ese blanco nuclear.

«Mi tía..., siempre tan dulce y tierna —me dije—, y con esos instintos tan maternales..., de los que se serviría para matar a su perro a fin de hacerse un abrigo, si le hiciera falta para el próximo invierno.»

—Pero a lo que voy —prosiguió—, que una vez dentro me llevó hasta el salón para mostrarme las supuestas obras de arte de la nuera, que las enseñaba con tanto orgullo como si las hubiera hecho ella.

—Bueno, eso dice mucho de María —quise puntualizar—. Parece una buena suegra, lo que es de agradecer.

—Sólo lo hacía para dejarme a mí en mal lugar, te lo puedo asegurar.

—¿En serio? —pregunté algo despectiva, por cuanto sus palabras me sonaron despreciativas.

—¡Claro que sí!, porque acto seguido va y me espeta: «¿A que están perfectas?».

—¿Y por qué te ofendió esa frase? —pregunté desconcertada.

—¡Porque no lo estaban! Y así se lo hice saber, señalando además todos los defectos que englobaban: pintura demasiado rebajada con agua, el trazo del pincel no era firme y no siempre discurría en la misma dirección..., y así hasta casi una docena. ¡Y es que era tan obvio que saltaba a la vista!

—Y se enfadaron —me adelanté a los acontecimientos.

—Eso vino después. Primero me vi en la obligación de puntualizar los hechos, de manera que la conminé a que dejara de hacer chapuzas y se dedicara a esos tres hijos suyos, que van llenos de manchas y tienen cara de hambre también, que yo creo que con tanta manualidad no les da ni de comer. ¡Menos mal que estaba yo allí!, porque a veces hace falta alguien con sentido común e inteligencia que diga las cosas tal y como son: al vino, vino, y al pan, pan, que alguna hogaza no les vendría mal a esos niños.

Ya me imaginaba yo la situación, mi tía creciéndose con cada defecto que sacaba a colación, y sin dejarse ningún adjetivo calificativo en el tintero, mientras las otras dos mujeres indefensas se encogían en proporción inversa, hasta querer desaparecer de la faz de la tierra.

—Y no te vayas a creer que se encogieron —debía de haber adivinado mis pensamientos—, porque, ¿sabes lo que me dijo la muy grosera de María?

—¿Qué? —me picó esta vez la curiosidad.

—Que si tuviera tanto tiempo libre como yo, que no hago nada en todo el día salvo preocuparme de mí misma, seguro que su nuera me desbancaba. ¿Qué te parece?

«Pues que fue hasta correcta para el chorro que le cayó a ella», pensé para mis adentros, si bien mi contestación fue mucho más políticamente correcta.

—Para la próxima vez, ya sabes: mantener la boca cerrada es siempre la mejor opción.

—La sinceridad, ante todo —me replicó.

—Bueno, eso es lo mismo que debió de pensar ella...

—Ni hablar —no me dejó acabar—, porque lo mío era sinceridad,

mientras que lo suyo mala educación.

Ésa era mi tía. Genio y figura.

Y por lo que se refería a esta última, a su aspecto físico, lo que más llamaban la atención en ella eran sus orejas, de *hobbit*, o de elfo, que no sé qué es peor. De cualquier manera, eran puntiagudas, con una clara tendencia hacia un cielo que en ningún caso se merecía, por más que ella se pasara todo el día encendiendo velas a sus santos favoritos para que la protegieran de las penas del infierno, sin darse cuenta de que el infierno lo llevaba ella dentro.

En cuanto al resto de la cara, redonda en sus tiempos, había adoptado la posición de caída libre en la actualidad; es decir, que la piel se le despegaba —por no decir desperdigaba— de la estructura ósea, hasta el punto de que parecía tener más cantidad colgando que sujeta.

Por lo demás, su nariz era convencional, no así sus ojos, que de puro pequeños simulaban ser una raya, que además se achicaban aún más dado que se negaba a usar gafas, motivo por el que los entornaba para enfocar.

Su rostro, asimismo, presentaba algunas curiosidades faciales, entre las que destacaba que cuando se constipaba sólo lo hacía la mitad de él; o sea, que era un único ojo el que lloraba y un solo agujero de la nariz el que moqueaba producto de la congestión, en una suerte de asimetría gripal y anatómica cuando menos peculiar. Y, para completar el excéntrico panorama visual, al sonarse, parte de la mucosidad se le escapaba por el lacrimal. Tan cierto como desagradable, y anormal.

En lo concerniente al resto de su cuerpo, era excedente en kilos, y en ruidos, ya que su exceso de peso hacía que sus huesos sonaran cuando caminaba, que más se me antojaba una casa antigua cuando cruje que una persona, hasta el punto de que si la oías por las noches parecía que era la nuestra la que se desvencijaba. Es más, a diferencia de lo que pensaba su traumatólogo, yo había llegado a la conclusión de que no era osteoporosis la enfermedad que padecía, sino carcinoma, esa afección de la madera por la que

se acaba deshaciendo merced a la voracidad de un insecto, sólo que en el caso de Conchita el desgaste se debería a la mala sangre, sin bichos de por medio.

Por otra parte, mi tía tenía una extraña manía consistente en que le gustaban los cuadros torcidos, de manera que siempre los ladeaba. Durante muchos años creí que se trataba de una deformación similar a la que sufría El Greco, ese pintor griego afincado en Toledo que dibujaba figuras alargadas debido a un defecto en la vista. Sin embargo, al final me convencí de que su único propósito era llevar la contraria y, de paso, sacar de quicio a la gente.

En otro orden de cosas, mencionaré que Conchita era viuda y, hasta donde yo recordaba, lo había sido siempre, probablemente durante toda su vida, una de esas mujeres que nacen con el estado civil pegado al carnet de identidad; de esa clase de viudas infelices y amargadas vestidas siempre de luto, color que también lucía en sus entrañas, por no hablar de su alma.

Y es que hay personas que no pueden evitar ser lo que son... ni lo pretenden.

Así, si hay gente que no sabe ser feliz si no es atormentando a los demás, mi tía portaba su bandera.

Afortunadamente, mi móvil sonando me sacó de mis luctuosos pensamientos.

Se trataba de mi amiga Patricia, en respuesta a una llamada mía para averiguar qué tal se encontraba.

—¿A que no sabes lo que ha pasado? —me preguntó nada más descolgar.

## 8

### La afición

Cada mañana, nada más levantarme, lo primero que hacía era tomarme un café bien cargado a fin de espabilarme, porque mi sueño, más que denso, era compacto. O sea, que me tenía que poner hasta tres despertadores para ser consciente de que la fase REM había terminado.

A decir verdad, de los tres, el único que me funcionaba era uno antiguo, de campana, de esas que repican tanto como las de las iglesias, aunque he de reconocer que la primera vez que lo utilicé casi me dio un infarto del sobresalto. Es más, tupida como estoy a esas horas, lo que alcancé a pensar fue que un coche de bomberos, una ambulancia, la policía, la Guardia Civil y demás servicios de protección civil se habían colado en mi casa, con toda la parafernalia sonora y acústica en funcionamiento, con algún incierto propósito que la ofuscación de mi cerebro no me permitía esclarecer, aunque bien podría haber sido precisamente apagarme el despertador, dado que yo no conseguía hacerme con la situación, lo que estaba creando otra alarma..., social en este caso.

Pero volviendo a mi rutina matinal, tras tomarme mi café, pues, me preparaba mentalmente para el día porque, como ya he mencionado con anterioridad, nadie es feliz por casualidad y, además, yo me desplazaba por Madrid en mi propio coche. Y si saco esta circunstancia a colación es porque, de la misma manera que el automóvil se ha convertido en el último reducto de intimidad para el hombre —donde puedes pensar a tus anchas, dejar que la música te relaje o incluso sentirte parte del mundo que se encuentra fuera con

sólo bajar la ventanilla y dejar que el aire te invada—, también es la guarida en la que se esconde el animal salvaje que todos llevamos dentro.

En consecuencia, lo que solía suceder cada mañana cuando bregaba con el asfalto era que la mayor parte de los conductores con los que compartía calzada parecían haber nacido con un arma cargada bajo el brazo, que pretendían usar para disparar a todo aquel que se encontraba a su alrededor.

«Menos mal que mi tía nunca se sacó el carnet», acostumbraba a pensar yo aliviada, ya que, en ese caso, habría consistido en el principio del fin de la humanidad.

No obstante, y dejando de lado los instintos asesinos de Conchita, lo malo de ese espíritu es que al final se te acaba contagiando, y eso era algo que ni mi felicidad ni yo podíamos permitirnos.

De cualquier manera, no se trataba de un ambiente que me resultara ajeno, dado que si a algo estaba acostumbrada era a las agresiones, y me estoy refiriendo a las verbales. No en vano, no fue fácil en su momento tener una talla 44 en un universo que venera la 38, con todo lo que implicó de ofensas, groserías y humillaciones, pero si algo me salvó en esos momentos de crisis tanto existenciales como estéticas fue el consejo de mi madre, una vez más, transmitido a través de mi hermana: «Si dudas, mírate en el espejo y recuerda siempre que eres única por dentro. Sólo tienes que encontrar la manera de sacarlo fuera».

Y yo encontré mi manera haciéndome coleccionista.

En este mundo extraño en el que vivimos, los hay que reúnen paraguas, muñecos *troll*, sillas en miniatura, conos de tráfico o las pelusas de su ombligo, mientras que lo mío eran las frases. Sí, frases, que recopilaba directamente de libros o de esa gran biblioteca que es internet, aunque todas ellas con un denominador común: su espíritu positivo, gracias al que mi moral se aupaba cuando estaba por los suelos, y a veces en el subsuelo, cuando no en el inframundo.

Entre mis favoritas se encontraban: «La vida es un diez por ciento lo que te

pasa y un noventa por ciento cómo reaccionas», «La vida te regala todos los días un cheque de veinticuatro horas. Tú decides cómo invertirlo», o «¿Tomas algo para ser feliz? Sí, decisiones».

No obstante, yo no me limitaba a llevarlas anotadas en el móvil y a echarles un vistazo cuando la situación pintaba fea, como un diabético se inyecta insulina cuando el azúcar flaquea. Lo mío era mucho más sofisticado, y elaborado, ya que las escribía en un cuaderno —o en varias decenas de ellos—, esmerándome en la letra, y a veces hasta empleando rotuladores de colores, para después enmarcarlas, o rodearlas con *washi tape*, esas cintas decorativas hechas con papel adhesivo que se hicieron populares hará unos años por la variedad de sus colores y sus estampados.

Así pues, mientras hay gente que se sirve del alcohol, la ropa o la religión para reforzar su autoestima, su amor propio, su valía o cualesquiera que sean sus flaquezas, yo necesitaba de mis frases para fortalecer mi felicidad. Y es que para mí sus palabras eran los hilos que tiraban de mi alma, y la estiraban, como esos puentes que se mantienen izados y erguidos merced a los cables de acero que los tensan, y los sustentan.

Mi amiga Patricia, por el contrario, no tenía ningún clavo donde asirse, por lo que inventé para ella un grito de guerra a fin de hacer reaccionar su espíritu cuando entraba en barrena.

«¡*Topanga!*!», le gritaba yo cada vez que la veía angustiada, sobre todo a causa de Hernán, que era lo que más desequilibraba su ecosistema.

«¡Todo para adelante, aunque no te den las ganas!», era lo que significaba mi acrónimo, ya que si bien existe un barrio en Los Ángeles con el mismo nombre, nada tenía que ver con mi eslogan.

Recuerdo perfectamente la primera vez que lo usé con ella. Unos diez años hará de aquella tarde, a primeros de mayo, en la que, cómo no, Hernán había vuelto a hacer de las suyas: liarse con una vecina de Patricia, que ninguna culpa tenía aquélla, dicho sea de paso, puesto que desconocía por completo

sus sentimientos, aunque lo que sí parecía era que él picoteaba todo lo que podía alrededor de mi amiga.

—Yo creo que lo hace aposta —se lamentaba—. Elige a cualquiera que esté cerca para que yo me entere y me ponga celosa.

—Mientras no le tire los tejos a tu abuela... —comenté yo intentando hacerla sonreír, para lo que incluso me salté una generación, puesto que su madre estaba de muy buen ver para la edad que tenía y alguna vez había visto yo cómo Hernán la miraba con ojos golositos.

Aquel día Patricia y yo estábamos las dos solas en un parque próximo a nuestra casa, faltando poco para que anocheciera, por lo que la mayor parte de las madres con sus correspondientes niños ya se habían marchado a casa.

Tan triste estaba mi amiga, asegurando que su vida consistía en días que sólo pasaban y noches que desperdiciaba si Hernán no estaba con ella, que no me quedó más remedio que contraatacar.

—Patricia, no puedes estar hablando en serio. El amor es un accesorio que te hará rematar el conjunto, pero nada más.

—No sabes lo equivocada que estás —aseguró convencida—. El amor es el traje, y estás desnuda si no lo llevas puesto.

—Pues yo me siento la mar de tapada cada día cuando salgo de casa, te lo puedo asegurar.

—Tú no te has enamorado nunca —replicó.

—Eso es mucho decir —me defendí.

—Lo que es mucho decir es lo contrario. Esto es igual que lo que aseguran los padres con respecto a los hijos: que no sabes lo que significan hasta que los tienes.

—Pues la verdad es que yo creo que puedo hacerme una idea bastante aproximada, tanto de lo uno como de lo otro, y lo digo con conocimiento de causa, porque yo siento que mis sobrinas son casi tan hijas mías como de mi hermana.

—Yo lo único que sé es que así no puedo seguir —me respondió obviando

mi comentario.

Sus palabras me sonaron tan grandilocuentes que parecían ciertas, por lo que decidí que había que revertir la situación.

Así pues, me levanté, me puse de pie encima del banco donde estábamos las dos sentadas, la insté a hacer lo mismo —lo que conseguí tras un buen rato de súplicas— y, una vez arriba, le pedí:

—Di *Topanga*.

—¿Qué?

—Dilo.

Tras otra ronda de ruegos conseguí que lo hiciera, tras lo cual yo repetí la palabra, aunque subiendo un poco el volumen de mi voz.

—Hazlo otra vez —le indiqué.

Y lo hizo, y yo también, de manera que, poco a poco, alternativa y consecutivamente, las dos fuimos incrementando el tono hasta que mi recién inventado *Topanga* se convirtió en un auténtico alarido que detenía el viento de aquella noche de primavera.

Cuatro pulmones parecía que teníamos cada una, porque el doble de aire del habitual inhalábamos para poder gritar cada vez más y más alto, hasta que nuestras dos voces se acercaron tanto que acabaron juntas, como si entre ambas hubiéramos contraído la obligación de llenar todo el espacio que nos rodeaba.

Y, tal como yo sospechaba, tal vez gritar no libere, pero lo que sí lo hace es sacar las penas fuera.

Afortunadamente, nadie protestó. Es más, un par de paseantes de perros se acercaron y o bien nos grabaron con sus móviles o se unieron a nuestro grito, entre expectantes y divertidos.

—¿Y qué significa? —me preguntó Patricia cuando estuvimos sentadas de nuevo en el banco, ella luciendo ya una incipiente sonrisa.

Tras desvelárselo, no obstante, añadí un segundo propósito:

—Y ahora también es tu abrigo, para cuando creas que estás desnuda.

A decir verdad, a poquito que se pusiera Patricia siempre alcanzaba el adjetivo de espectacular, porque lo era, alta, delgada y con unos intensos ojos azules que hacían competencia al cielo, y que a su vez contrastaban con una abundante melena castaño oscuro que le llegaba casi hasta la cintura.

Por extraño que parezca, ella no apreciaba, ni por ende valoraba, ninguna de sus afortunadas circunstancias estéticas, que bien podrían haberla convertido en modelo de haber querido.

Sin embargo, lo que ella deseaba era diseñar su propia ropa, y venderla sin necesidad de intermediarios, lo que consiguió gracias a la herencia de una hermana de su madre que, sin hijos, hizo testamento a su favor.

Me acuerdo como si fuera ayer de aquel día en la notaría, cuando le notificaron la cuantiosa suma que pasaba a ser de su propiedad y que hizo que aquella sala se convirtiera de repente en una cama elástica... de todo lo que Patricia saltaba. Y es que, de improviso, delante de ella se abría el mundo, su mundo, el que ella quería y con el que llevaba soñando desde que no levantaba más que un palmo del suelo.

Así pues, con el paso de los años —la tienda la abrió cuando tenía poco más de dieciocho, edad a la que yo también me inicié como escaparatista—, se fue convirtiendo en una reconocida diseñadora, incluso a escala internacional, con tantos éxitos profesionales como fracasos en el terreno sentimental.

Asimismo, la separación de sus padres, acaecida poco después de comenzar con el negocio, dejó bastante tocada a Patricia, que no supo asumir bien las infidelidades de su padre ni mucho menos sus posteriores matrimonios, que casi segura estoy de que apenas diez años después del divorcio ya había acumulado más de tres.

Recuerdo que tras la primera boda después de aquél, momento en el que conocía a la novia de su padre, el único comentario que le oí a la salida del juzgado fue el siguiente:

—Mi nueva madre es cinco minutos más joven que yo, o tal vez tres.

Durante todo el proceso anterior a la separación de sus padres, Patricia vio cómo su madre se consumía más y más, sobre todo por los esfuerzos que hacía para obviar las infidelidades y, además, tratando de evitar que su familia se rompiera. Incluso llegó a mandarse ella misma un ramo de flores, seguido de una caja de bombones, e ir a la peluquería fingiendo tener una cita con un supuesto amor. Su objetivo era darle celos a su marido, pese a que el único restaurante al que acudió se llamara coche, donde permaneció durante tres horas llorando, después de las cuales regresó a su casa —con el maquillaje recompuesto y una sonrisa desbordante pintada con carmín en los labios—, con el resultado de que su marido ni siquiera se había enterado de su ausencia, probablemente porque él ya se había marchado antes de haberse ido.

En ese sentido, a la mañana siguiente, Patricia se lo encontró en el portal, llegando ambos a su casa a la vez, motivo por el que le preguntó, con la voz cargada de desprecio:

—¿Todavía vives aquí?

—Mis cosas, sí —respondió él.

Yo siempre pensaba que la personalidad de su padre, mujeriego hasta lo mórbido —como esa clase de obesidad que convierte en un enfermo a quien la padece—, debería haberla ahuyentado de Hernán, porque éste parecía sufrir la misma clase de patología. Sin embargo, al parecer, cuando el corazón habla lo hace ex cátedra, de manera que nada de lo que la razón diga puede rebatir su infalibilidad, como consecuencia de lo cual Patricia se vio imposibilitada para mantener cualquier otra relación, aunque de vez en cuando lo intentara.

Lo más peculiar del asunto era que ambos nunca habían llegado a tener una relación plena, y menos aún longeva, ya que ella era para él el equivalente a la rueda de repuesto de un coche, de la que te sirves cuando alguna de las otras cuatro te deja tirado y a la que sustituyes cuanto antes por una nueva en condiciones..., si bien en su caso la utilizaba con frecuencia, ya que pinchaba a menudo.

Se trataba, pues, de un amor no ya inconcluso, sino nonato en lo que a

Hernán se refería, salvo que sí existía en las entretelas de Patricia, que lucían tal desgarrón que no había hilo suficiente en el mundo que pudiera zurcirlas, a no ser que el sastre fuera Hernán.

—¿Y qué es eso tan curioso que ha pasado? —le pregunté cuando me llamó un par de días después de nuestra comida en mi casa, tras saber que aquél estaba saliendo con Princesa.

—Que él y su nueva novia lo han dejado —me explicó eufórica.

—¡Pues sí que han durado poco! —exclamé asombrada—. Este hombre bate sus propios récords..., que a lo mejor es lo que se ha propuesto —di en pensar, lo que tal vez podría beneficiar a Patricia para que al fin se hiciera a la idea de que en ningún caso podría ser el hombre de su vida.

—No te disperses —me recondujo—, que ésa no es la cuestión.

—¿Y cuál es? —quise saber, más allá del hecho del fin de la relación.

—En primer lugar, que sé cómo ha sucedido la ruptura.

—¿Y cómo lo has averiguado? —me extrañó.

—Porque Princesa se lo va contando a todo el mundo que se encuentra por el barrio, y no sabes lo rápido que llegan los cotilleos a una tienda.

—Entiendo. ¿Y cuál es la razón?

—La razón, no: la forma —precisó—. Hernán la plantó justo después de haberse acostado juntos.

—¿En serio?! —no pude por menos que escandalizarme, ya que me pareció el colmo del mal gusto, de la falta de caballerosidad y hasta de humanidad—. ¿Y qué le dijo?

—Ni siquiera se molestó en mentir demasiado. Al parecer, llevaba días pensando en dejarlo, porque ella no lo satisfacía, en ningún sentido, pero como estaba seguro de que si se lo planteaba antes del polvo no iba a querer echarlo, prefirió esperar a después, para quedarse con un mejor sabor de boca.

—¡Será cabrón! —aseguré, sin todavía caber en mi asombro.

—Ella se lo ha buscado.

—No doy crédito a lo que oigo. Después de ese comportamiento, ¿lo vas a defender?

—Ella se lo quitó a otra. Y de malas maneras también. ¿O ya has olvidado su presentación como su nueva pareja en la fiesta delante de la novia anterior?

—Eso lo hizo él, no ella.

—¿Acaso no estaba Princesa a su lado?

—Pero no puedes culparla a ella por las decisiones que toma él.

—Por supuesto que puedo. Y donde las dan las toman —aseguró inflexible.

—¿No eres capaz de entender que si malo fue lo de la fiesta, mucho peor es lo del polvo de despedida, y en ambos casos el único responsable es Hernán? Ella tendrá otras culpas, como liarse con un tío que no estaba soltero, pero nada más. Y, desde luego, nadie se merece que lo dejen de esa manera.

Mil veces habíamos hablado Patricia y yo precisamente de ese tema, y las dos estábamos de acuerdo en que resulta paradójico que nosotras, mujeres, acabemos culpando en esa clase de situaciones a las de nuestro mismo sexo y disculpando a los hombres, que son los que en verdad han cometido la canallada.

—En este caso no es así —volvió a eximirlo.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad? —inquirí incrédula.

—Claro que no.

Lo que sí me quedaba claro era que Hernán trastocaba su razón y alteraba su orden de valores, incluidos los conceptos que atañen al bien y al mal, porque de tratarse de otro hombre el que hubiera tenido ese comportamiento estaría tan escandalizada como yo.

En cualquier caso, como los muros no suelen derribarse con palabras, opté por dirigir las mías hacia un terreno quizá más maleable, como lo era su supervivencia sentimental.

—Al menos, lo bueno de esta situación es que por fin te darás cuenta de la clase de persona que es.

—Si te lo he contado, además de por el cotilleo, es para que sepas que está

libre de nuevo y que creo que esta vez me voy a atrever.

—¿A qué? —quise confirmar lo que mis sospechas ya adelantaban.

—A plantearle que lo quiero y que lo he querido siempre.

El comentario de mi amiga se debía a que, a pesar de que en los últimos quince años Hernán y ella habían estado juntos en infinidad de ocasiones, nunca se había atrevido a desvelarle sus sentimientos más profundos, por miedo a asustarlo y a que no quisiera volver más con ella. Así, entre ambos se había establecido una especie de acuerdo tácito: él la usaba cuando se le antojaba y ella se dejaba usar, con la esperanza de que cada vez fuera la última vez. Por tanto, aunque siempre se juraba a sí misma no caer de nuevo en la misma trampa al comprobar que esa vez nunca llegaba, sólo hacía falta una promesa por parte de Hernán —la de dejar de sembrar en jardines ajenos— para que ella cambiara de opinión, lo que se traducía en una nueva oportunidad concedida.

—No estás pensando con claridad —aseguré, pues, en ese contexto.

—Pues yo creo que jamás he tenido tanta.

Si hay una verdad universal que suele darse por válida con respecto a los afectos es que el amor es ciego, si bien yo creo que se trata de un craso error. Así, lo que tiene es visión selectiva, dado que sólo ve lo que quiere ver; es decir, que enfoca en la dirección que considera oportuna y hace abstracción de todo lo demás. Es más, hasta diría que es creativo, ya que adorna la realidad... hasta la distorsión. Por tanto, a mi entender, lo que tiene el amor es mentalidad artística, con tendencia al cubismo, por poner un ejemplo.

—¿Tú no te das cuenta de que lo único que te va a pasar si te sinceras con él es que sufrirás, y más todavía de lo que ya lo haces? —quise remarcar.

Entre las dos opciones que se le presentaban, la menos mala era que Hernán la rechazara, lo que a fuer de ser sincera no parecía factible, visto cómo se había comportado con Princesa. Pendón como era él, no entraba dentro de lo posible que se resistiera a Patricia, que era una mujer de bandera.

En consecuencia, le esperaba un final similar al de nuestra antigua compañera de colegio: eliminada después de desempolvada.

En segundo lugar, y creo que no hará falta entrar en muchos detalles, si llegaba a iniciar una relación formal con él parecía más que evidente que mi amiga recorrería no el camino de la amargura, sino la senda de la tortura, pinchazo tras pinchazo, como la quinta rueda que en verdad era.

—Ya te lo he dicho más veces, y vuelvo a hacerlo una más —me plantó cara—: todo lo que le ha pasado a Hernán hasta el momento se ha debido a no estar con la mujer adecuada, alguien que lo haga asentarse y orientarse bien.

—Pues contigo ha estado unas cuantas veces, y tampoco ha servido de nada —me atreví a contrariarla, aun a riesgo de que me retirara la palabra.

—No es lo mismo —se negó a reconocer la coyuntura—. Esta vez voy a hablar con él con total claridad, y no le va a quedar más remedio que asumir los hechos, y a mí dentro de ellos.

«A ti y a la caterva de ruedas que debe de tener en el garaje de su casa», me dije, si bien no me atreví a manifestarlo en voz alta.

—Ya verás cómo la situación va a cambiar —concluyó.

Lamentablemente, ese no era el día para rescatar nuestro grito de guerra —mi *Topanga*, que tantas veces nos había sacado de apuros en el pasado—, ya que su propósito no era otro que levantar la moral en momentos de crisis, mientras que lo que Patricia necesitaba ahora era su opuesto, a fin de que se la apaciguara. Y, de paso, que le colocara un paracaídas a la espalda, porque mucho me temía yo que en los próximos minutos fuera a agarrar la puerta con el fin de lanzarse al vacío, previo paso por el precipicio y para acabar desembocando en el abismo.

No obstante, como si algo no podemos hacer es manejar a los demás, y menos aún doblegar su voluntad, me centré en los dos asuntos que sí entraban dentro de mis competencias y cuya resolución estaba próxima: mi escaparate para Louis Vuitton y mi cita con Hugo.

Por lo que se refería al primero, estaba segura de que lo tenía todo bajo

control, salvo un pequeño detalle que no se relacionaba con el montaje en sí, sino con una costumbre que estaba muy arraigada en mí —incumplida en esta ocasión— y que solía utilizar como una de mis técnicas más básicas para garantizar el éxito de mis escaparates: el empleo de colores, ya que, en mi opinión, son como la luz del sol en primavera, que nos hace olvidarnos del invierno, y del que a veces se instala en nuestra vida también.

En cuanto al segundo, nada había escapado a mi supervisión, incluido mi atuendo, y esa circunstancia me producía una sensación similar a la que me ocupaba tras limpiar mi casa: que todo lo impregnaba el olor a hierba recién cortada, lo que más que mi olfato reconfortaba hasta mi alma.

Aun así, estaba más nerviosa de lo que lo había estado jamás, por lo que, por primera vez en mi vida, algo podía entender a Patricia cuando me acusaba de no saber lo que era el amor.

Y lo que ahora me parecía era que se trataba del viento ante las ventanas desgastadas de una casa antigua, que, tras mover las cortinas, tarde o temprano se acaba colando en el interior de la vivienda.

## El escaparate

Por fin había llegado el día, mi gran día, el día de la fiesta de Louis Vuitton. Y aún me quedaban infinidad de detalles por ultimar.

Así pues, me levanté pronto —lo que conseguí tras añadir dos despertadores más a mi colección—, me tomé un café quíntuple —que englobaba concentrada la producción de una plantación entera— y me dispuse a marcharme a la tienda cuando el teléfono sonó.

—¿Cómo lo llevas? ¿Todo a punto?

Se trataba de mi hermana Olga, que, además de desearme suerte con vistas al evento, quería aprovechar para desahogarse de sus experiencias como madre.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté, pues.

—Resulta que ayer mandé a Daniela a El Corte Inglés para que enviara una carta urgente, porque ya sabes que allí hay una oficina de Correos que está abierta de diez de la mañana a diez de la noche.

—Cierto —le confirmé.

—Pues al cabo de un rato recibo una llamada suya para decirme que estaba en la sección de deportes y que no sabía cómo llegar a la estafeta.

—¿Y por qué no le preguntó a un dependiente? —me extrañé yo, porque *a priori* se me antojaba la opción más fácil y operativa.

—Justo lo mismo pensé yo: «¡Alma de Dios, que en ese centro comercial debe de haber al menos quinientos empleados que te pueden ayudar mejor que yo!». Pero por aquello de ser siempre la madre perfecta que acude en rescate de sus hijas cuando le piden ayuda, me dispuse a ofrecérsela.

—¿Y cómo? —me extrañé.

—Diciéndole que me describiera dónde se encontraba exactamente, a ver si me ubicaba yo.

—¿Y lo conseguiste?

—Espera a que te cuente primero.

—De acuerdo —le concedí divertida, por cuanto la situación se me figuraba jocosa.

—Como bien sabrás, mi sentido de la orientación es nulo, lo que ya de por sí no auguraba nada bueno. No obstante, me armé de valor y le dije que me fuera describiendo todo lo que tenía a su alrededor.

—¿Y qué fue?

—Empezó a contarme que a su espalda tenía el mostrador de...

—¿De qué? —inquirí, ya que no había terminado su frase.

—Eso mismo le pregunté yo, puesto que parecía que la comunicación se interrumpía.

—¿Y qué paso?

—Que como, además de desorientada, como es habitual en mí, estoy un poco sorda ya por la edad, lo que yo oí a continuación fue «Facebook», así que le pregunté sorprendida: «¡Ah! ¿Es que éstos hacen ahora ropa deportiva también?».

—¿Y qué te contestó?

—Lo siguiente: «¡Que no, mamá! ¡Que no te enteras de nada! ¡Que te he dicho “Reebok”!».

Y ahí ya solté yo mi primera carcajada, y me daba la impresión de que no iba a ser la última.

—«¡Ay, lo siento!», me disculpé con ella —prosiguió Olga—. «¿Y a tu izquierda?», continué con mis indagaciones.

—¿Y? —hice lo propio yo con las mías.

—Acto seguido oigo la palabra «conversos».

—¿Perdón?

—Lo mismito que dije yo, a lo que añadí: «¡Ah! ¿Es que ahora también tienen iglesia en El Corte Inglés? ¿Y especial para los que han cambiado de religión?», ante lo que Daniela bramó.

—¿Y qué fue lo que salió de su boquita? —le pregunté, ya con una sonrisa gigante en los labios.

—«¡Que no, mamá! ¡Que mira que estás espesa hoy! ¡Que te he dicho “Converse”!» —relató Olga.

Segunda carcajada de la conversación. Y en espera de la tercera, que segura estaba de que no tardaría mucho en llegar.

—Tras disculparme de nuevo —continuó mi hermana—, le propuse: «Vamos a empezar otra vez, ¿vale?», lo que aceptó, aunque no de muy buen grado, que todo hay que decirlo.

—¿Y después de eso?

—Me suelta que a su derecha hay un «chándal de adiós».

—¿«De adiós»? —me sorprendí.

—Al igual que tú, yo tampoco le encontraba el sentido, hasta que me gritó que había dicho «Adidas», y que tenía un veinte por ciento de descuento. «¿Y para qué me cuentas eso?», le pregunté extrañada. «¡Pues para ponerte en situación!», ¡va y me contesta!

Tercera carcajada, y a por la cuarta.

—¿Y qué hiciste entonces?

—Pues, ¡¿qué iba a hacer?! ¡Levantarme! ¡Para ponerme de verdad en situación! ¡Teniendo en el norte a Facebook, en el sur a los cristianizados, en el este las rebajas y en el oeste a la madre que parió a mi hija!

¡Y qué poco tardó en llegar la cuarta!

—¿Y qué conseguiste? —me moría de ganas por saber.

—¡¿Acaso lo dudas?! ¡Perderme en mi propia casa alrededor de los cuatro puntos cardinales!, porque ya sabes que yo a poquito que me mueva me desorienta.

La quinta, la sexta, la séptima carcajadas llegaron juntas. Y deseando

estaba que llegara la octava.

—Total —prosiguió mi hermana—, que al final acabamos ella enfada y perdida, y yo atónita y perdida, pero en mi propia casa, incluso mareada de tanto dar vueltas intentando ubicarme.

Y a mí las carcajadas se me acumulaban, que no conseguía dar salida a todas las que estaban retenidas en mi garganta.

—Para completar la faena —reanudó su explicación Olga—, Daniela va y me espeta: «¿Sabes qué te digo, mamá? Que no te enteras de nada, ni ahora ni nunca».

—¿Le respondiste algo?

—No en ese momento, pero sí pensé: «Y si no me entero de nada, ¿¿para qué me llamas?!».

Nueva ronda de carcajadas por mi parte y, a continuación, el desenlace de la historia por la de mi hermana.

—No habrían pasado ni dos minutos tras echarme el rapapolvo cuando me suelta: «Está visto que lo mejor va a ser que le pregunte a un dependiente, porque, desde luego, lo que eres tú no me sirves para nada».

—¿Y te callaste también?

—No. Ahí sí que no me pude contener, así que le lancé un bien merecido: «¡Es que eso es lo que deberías haber hecho desde el principio!».

—¿Y hubo alguna respuesta?

—Y tanto: «Y entonces ¿¿para qué estás tú?!». ¿Te das cuenta? ¡Para lo que hemos quedado las madres! ¡Para servir de callejero! —se lamentó Olga—. Y eso no es lo peor...

—¡Ah!, ¿no? —me extrañé.

—Claro que no. Perdida como estaba en mi propia casa, me tuve que poner el Google Maps en el móvil para reubicarme, y, como es su costumbre, me dejó la batería seca. Y, como no podía ser de otra manera, cuando fui a buscarlo resultó que las niñas me habían robado el cargador.

Tras colgar a mi hermana, todavía estuve unos cuantos minutos riéndome

sin parar, y sin ser capaz de centrarme en el asunto que era verdaderamente prioritario para mí aquel día: la fiesta de Louis Vuitton.

No obstante, en cuanto pude recuperar mi identidad como profesional del escaparatismo, me dirigí de inmediato a la calle Ortega y Gasset para cumplir con mi obligación.

Una vez allí, pasé toda la mañana y el resto de la tarde comprobando que el material estuviera en perfectas condiciones y listo para ser expuesto, así como organizando al personal que la casa había puesto a mi disposición.

Un minuto antes de las ocho y media, hora del cierre de la tienda, todo mi equipo y yo nos encontrábamos expectantes en la trastienda, esperando a que el reloj anduviera sesenta segundos más para empezar a correr, y frenéticamente, ya que apenas tendríamos una hora para desmontar el escaparate expuesto y montar el nuevo.

—¿Todo listo? —me preguntó la encargada de la tienda llegado ese momento.

—Todo listo —le respondí segura de mí misma.

Así pues, en ese mismo instante echó el cierre y, rápidamente, procedimos a colocar los paneles que ocultarían el frenesí que se situaría tras ellos.

La tienda de Louis Vuitton contaba con dos escaparates, uno a cada lado de la puerta de entrada, por lo que yo había previsto una decoración diferente para cada uno de ellos, aunque tendría un denominador común, a fin de ofrecerles a ambos una cohesión estética.

Y el nexo serían los viajes. No en vano, los orígenes de la firma se remontaban a las maletas, que fue lo que empezó fabricando su fundador. Por tanto, en mi opinión se trataba de un vínculo insuperable, que enlazaba a la perfección el pasado tanto con el presente como con el futuro, porque siempre hay alguien a punto de partir o nos queda algún viaje por realizar.

Por consiguiente, para el escaparate de la izquierda había mandado construir un baúl, una réplica gigante —de tres metros de altura por dos y medio de ancho— del primero que se creó en la casa, de aquellos que más se

parecían a armarios móviles, ya que incorporaban cajones en un lateral mientras que el otro lo ocupaba una barra destinada a colgar los trajes.

Sin embargo, en lugar de guardar en él las prendas habituales que se utilizarían a la hora de emprender un viaje, ya fuera ropa o complementos — en los que Louis Vuitton era prolífico—, lo que yo pretendía era dedicar cada espacio a un sueño, desde la maqueta de un barco en el que poder realizar un crucero hasta el Taj Mahal en miniatura, pasando por reproducciones de otros medios de transporte, así como el resto de las maravillas del mundo o demás edificios emblemáticos de diferentes países, todos ellos destinos maravillosos hacia los que encaminar la imaginación.

Por otra parte, por lo que al escaparate de la derecha se refería, había previsto dos ambientes. El primero de ellos se trataba de una montaña, toda ella formada por maletas apiladas —si bien de tamaño convencional en esta ocasión, aunque no así su forma, ya que simulaban el aspecto ascendente de aquella—, para la que había encargado además un estampado especial, representando precisamente la piel de la montaña, nevada en su cima y cubierta por árboles en su ladera.

De igual manera, había solicitado otro estampado, para el segundo ambiente, que imitara a la madera en este caso a fin de cubrir otras tantas maletas agrupadas como si fueran un par de tumbonas.

En cuanto al suelo de ambos escenarios, estaba íntegramente cubierto por pañuelos, dispuestos de tal forma que se asemejaban al mar y a la arena, acompañando a las tumbonas, así como a una pradera para servir de pie a la montaña.

Finalmente, y como los destinos no son tales sin nadie que los anhele, o los recuerde, contraté a ocho modelos que, vestidos con kimonos amplios de una sola pieza, llevaban impresos en ellos diversos mensajes: «Mi montaña», «Mi mar», «El viaje entre los viajes», «Los veranos de mi infancia», «El lugar en el que cambió mi vida», «Aquí conocí el amor», o «El sitio en el que seré feliz».

Y, por lo que concernía al escaparte de la izquierda, ocupado por el baúl gigante, dejé en exclusiva una modelo sólo para él, que se diferenciaba claramente de los demás, dado que el color de su kimono era blanco, contrastando con el beige de los otros, al igual que un desfile de moda siempre se cierra con el traje de novia. Su texto, además, también era especial por cuanto englobaba la esperanza que todo futuro debe contener, y que era «A donde la vida me lleve».

Y es que, desde mi punto de vista, la magia de los viajes no sólo radica en los recuerdos que despiertan la memoria, sino en los sueños futuros que ocupan nuestros días y que nos hacen querer descubrir otras gentes y otros mundos.

—¿Todo listo? —volvió a preguntarme la encargada cuando advirtió que el montaje estaba acabado.

—Todo listo —le respondí, de nuevo segura de mí misma.

Es más, nuestro engranaje había funcionado tan bien que nos habíamos adelantado cinco minutos con respecto a la hora prevista, que fue el momento en el que procedimos a retirar los paneles que impedían que fuéramos vistos desde el exterior, justo antes de la aparición de los primeros invitados.

Aunque esté mal que lo diga yo, asombro era la expresión con la que éstos observaban los dos escaparates, mis escaparates, en cuanto empezaron a llegar. Es más, hasta se amontonaban en la entrada de la tienda, sin querer pasar dentro, para poder saborear todos los detalles, desde la complejidad del estampado de las montañas —que en verdad era un fiel reflejo—, hasta lo cierto que se antojaba el mar, con olas de seda en diferentes tonalidades de azul, ese mar tornasolado de comienzos de verano que desembocaba en una playa de tela cuyo aspecto era tan real que hasta su arena parecía estar hecha de coral.

Tal fue la expectación que se formó alrededor —pero no exclusivamente entre los invitados, sino entre los paseantes, o incluso los vecinos, que bajaron de sus casas para poder contemplarlos, muchos de ellos alertados por las

redes sociales, donde se compartió— que fue necesaria la presencia de la policía a fin de organizar a los peatones al impedir éstos que los coches circularan por la calzada.

Ante semejante reacción, excuso decir que la dirección de la empresa quedó encantada con mis servicios, lo que disipó mis temores con respecto a un posible descalabro profesional mío. Es más, al final de la noche la memoria de mi teléfono estaba llena de mensajes con decenas de propuestas de trabajo provenientes de otros posibles clientes, entre los que se encontraba una de El Corte Inglés.

«A esos lo que les voy a diseñar es un mapa interno, y contrataré a Olga para que me ayude a elaborarlo. Y ya me la imagino, en plan azafata, moviendo los brazos en todas direcciones como si fueran los tentáculos de un pulpo», me reí para mis adentros.

Tras recibir las felicitaciones de toda la cúpula de Louis Vuitton y dar por concluida la fiesta, me fui andando hacia mi casa, dando un paseo, ya que no quedaba lejos de allí, cuando la pantalla de mi móvil se encendió de nuevo.

Se trataba de un wasap de Hugo en esta ocasión, que ponía un cierre perfecto a una noche que había sido especial:

Sé que no hace falta que pregunte, porque  
estoy convencido de que todo habrá ido genial.  
Pero mañana no te libras de contármelo. Y no  
sabes las ganas que tengo.

Lo que no sabía él era las que tenía yo, y que se acrecentaron aún más a raíz de la conversación que mantuvimos a continuación, cuando lo llamé para agradecerle su mensaje.

—¿Sabes? —me comentó—. En mi opinión, la tristeza es una emoción íntima, y solitaria, pero la alegría hay que compartirla, y celebrarla, para que sea plena. Y tener alguien con quien hacerlo es casi tan importante como el hecho en sí. Así que estoy muy contento de ser yo la persona con la que lo estás haciendo.

Era cierto. Parece que la alegría se muere un poco si no tiene a nadie que le haga compañía, siempre y cuando ésta sea la adecuada. Y él lo era.

Habitualmente, yo esa área la tenía bien cubierta con Olga y con Patricia, que celebraban mis éxitos como si fueran suyos, y viceversa. Sin embargo, los sentimientos que se estaban empezando a despertar en mí me decían que existía una parcela reservada para esa persona especial, la que se acomoda en tu corazón, lo que en última instancia te granjea una intensidad mayor, y mucho más placentera, de esa misma alegría.

Tal como yo lo veía, la diferencia entre ambos conceptos era similar a acostarse en una cama con las sábanas planchadas o en otra en la que no lo están. Nada sucede si están arrugadas, sólo que lo primero resulta infinitamente más agradable.

—Y yo también —le confesé en esa línea.

Aunque parezca un contrasentido, yo podía oír su sonrisa al otro lado de la línea, y de la misma manera deduje que él podría oír la mía, porque se había desplegado sola, y lucía inmensa, tan gigante y combada como las velas de un barco navegando en alta mar.

—Cuando llegues a casa, antes de subir, mira en el buzón, porque he dejado algo allí para ti —me advirtió.

—Pero... —amagué con protestar, hasta que me interrumpió.

—Ya sé, no tenía por qué. Aunque en realidad sí, porque me apetecía. Y, en mi opinión, ésa es la mejor razón para hacer algo. Y con la que más se disfruta. Aunque espero que no sea uno de esos regalos con los que la persona que lo entrega se entusiasma más que quien lo recibe.

—Estoy segura de que me va a encantar —aseguré convencida tras agradecerle infinidad de veces el detalle que había tenido conmigo.

—¿Y qué es? —le pregunté intrigada a continuación.

—Se trata de una sorpresa. Y no seré yo quien la arruine. Así que no te va a quedar más remedio que esperar.

Mentiría si dijera que no aceleré el paso, espoleada por la curiosidad. De

hecho, después de introducir la llave en la cerradura del portal, me abalancé sobre el buzón. Y allí estaba, un sobre mediano, del tamaño de una cuartilla, y rígido, así como grueso, lo suficiente para sorprenderme de que hubiera podido entrar por la ranura.

Tras rasgar el papel que a su vez lo envolvía, con lo que me encontré fue con un cuadro, en tres dimensiones, que simulaba ser el escaparate de Louis Vuitton, o la interpretación que Hugo había hecho de él sin verlo. Éste consistía en el interior de una caja de bombones, aunque en posición vertical, en cuyos huecos se alojaban —en lugar de los consabidos chocolates— unos bolsos en miniatura que bien podrían haber sido llaveros de la casa, ya que lucían el estampado característico de la firma.

Asimismo, adherido al cristal, en su parte interior, había una medalla con un número uno, que no me costó mucho deducir era el premio que Hugo consideraba que yo merecía por mi trabajo.

—Creo que es lo más bonito, y especial, que nadie me ha regalado jamás —le confesé al llamarlo para darle las gracias, comentario al que añadí una retahíla de adjetivos más, aunque todos ellos de similares características.

—Lo bonito, y verdaderamente especial, está ahora mismo al otro lado del cristal.

## La cena

Tras el éxito obtenido con el escaparate de Vuitton, decidí concentrar en la mañana todas las reuniones de trabajo que me habían surgido la noche anterior y dejar la tarde libre a fin de prepararme con tiempo para la cita.

El propósito de Hugo era que nos acercáramos después de la cena a la tienda para que él pudiera contemplar el montaje con sus propios ojos. Y, afortunadamente, no habría ningún problema con ello, dado que éste permanecería un mes expuesto, aunque, según me comentó el presidente de la firma, debido al buen recibimiento entraba dentro de lo posible que lo prorrogaran.

La única diferencia con respecto al día anterior sería que a los modelos los sustituirían igual número de maniqués, que lucirían los kimonos con los mensajes que yo había mandado imprimir. Pero, aun en ese caso, Hugo podría hacerse una perfecta idea de cuál había sido el resultado.

—Me habría encantado estar ahí —me confesó la noche previa, cuando lo llamé para agradecerle el pequeño escaparate que me regaló.

—¿En serio? —le pregunté un tanto sorprendida.

—¡Claro! ¿Por qué te extraña?

—Creo que eres el primer hombre que demuestra algún interés en mi profesión —le confesé—. La mayor parte de los que conozco, o he conocido, piensan que se trata de un trabajo frívolo, superficial o banal, que son algunos de los adjetivos que suelen emplear.

—¿Y ellos a qué se dedican? ¿A imprimir sellos en un sobre?

Mentiría si dijera que su comentario no me hizo reír, por divertido en

primer lugar, pero también por cierto.

—Salvar vidas debe de ser fantástico —prosiguió—, pero ni siquiera todos los profesionales de la salud lo hacen. No me imagino yo a ningún podólogo operando a corazón abierto un callo. Aunque algunos juanetes puedan hacer de tu existencia un lugar horrible, dicho sea de paso.

Tras soltar una carcajada, y al hilo de su explicación, proseguí con mi pensamiento anterior, por cuanto uno de los más combativos con el tema fue precisamente un novio que tuve cuya ocupación consistía en vender seguros, por teléfono, de esos que nunca te salvan la vida cuando te pasa algo, sino que te la amargan, entre otras cosas porque jamás te cubren lo que te pasa.

—Además —continuó—, en última instancia lo único importante es que tú te encuentres a gusto con lo que haces y que disfrutes con ello. En mi opinión, por ejemplo, como prueba de éxito no hace falta tener una mansión con un jardín espectacular. Puedes ser el hombre más feliz de la tierra con sólo un balcón, porque en él te caben una silla y un par de macetas.

Minuto a minuto yo iba notando cómo Hugo me gustaba más y más, pero no sólo por su forma de pensar, sino también por su manera de expresarse. ¡Y ganas me daban de cambiar el lugar de la cita para poder enseñarle mi terraza! Además, habiendo estado en su casa, y conociendo el mimo con el que la había diseñado y decorado, podía hacerme una perfecta idea de cuál era el trasfondo de sus palabras.

—Yo creo —añadió unas últimas frases— que, así como hay gente a la que la naturaleza dota con un don, los demás se pasan sus días encendiendo hogueras para intentar atraer a los espíritus, hogueras en las que la mayor parte de las veces acaban prendiéndose. Y en esta vida puedes ser niebla, pero nunca humo.

Me gustó muchísimo ese último comentario suyo, y en realidad todos los que había realizado hasta el momento. Y es que, aparentemente, dentro de él había una mezcla entre profundidad y humor que lo hacía muy atractivo, y que despertaba en mí tanto la risa como la inteligencia.

Además, cuando me llamó Patricia para desearme suerte antes de la cita me comentó que se trataba de un diseñador muy valorado en su trabajo.

—Le están tirando los tejos, profesionalmente hablando, desde una editorial norteamericana muy importante, ofreciéndole un sueldo igual de importante, lo que significaría también un impulso enorme en su carrera, por no hablar de lo lustroso que luciría su currículum con esa incorporación. Y, sin embargo, lo está pensando, entre otras cosas porque tendría que marcharse de Madrid e irse a vivir a Nueva York.

De nuevo, habiendo estado en su casa, ahora entendía yo, y en su justo contexto, ese balcón en el que se sentaba —que en verdad era una terraza— con vistas a dos macetas.

—¿Y por qué estaba en tu fiesta? —le pregunté a Patricia intrigada.

—¿Porque lo invité? —me contestó divertida.

—No, boba. Lo que quiero decir es de qué lo conoces —precisé.

—Casualidades de la vida. Unos días antes había ido a la imprenta donde me hacen los catálogos de mis colecciones para recoger una segunda edición del de primavera-verano, y me lo encontré allí.

—¿Y qué hacía? —me extrañó.

—Al parecer, una de las editoriales para las que trabaja imprime allí sus libros y, como es muy perfeccionista, suele acercarse cada vez que se publica uno de los suyos para comprobar que los colores de las cubiertas son los correctos.

Al parecer, también Hugo y yo compartíamos una personalidad común, o al menos uno de mis rasgos más característicos.

—Así pues —continuó Patricia—, y como nos hicieron esperar bastante a los dos hasta que nos atendieron, nos pusimos a hablar durante un buen rato. Me cayó bien y decidí invitarlo a la fiesta. Y eso es todo.

Ahora ya me quedaba claro cuál era el comienzo, no así adónde nos llevaría, aunque pocas horas faltaban para que lo descubriera. No obstante, antes de dedicarme a mí misma, quise preguntarle acerca de Hernán.

—¿Llegaste a hablar con él? —inquirí algo preocupada.

—¿Y qué te vas a poner? —eludió la respuesta.

—No cambies de tema —le recriminé.

—No lo hago. Sólo me estoy centrando en algo que de verdad importa.

Por las razones que fuera, no era ése un día en el que Patricia quisiera sincerarse, lo que me indicaba que el asunto no discurría por los derroteros esperados, o tal vez finalmente no se hubiera atrevido a dar el paso. Y, de ser así, no sería por falta de oportunidades. Y es que, para mayor desgracia de mi amiga, Hernán y ella se veían prácticamente a diario.

¿El motivo? Que como él era un bala perdida también en asuntos laborales y lo echaban de las empresas con tanta frecuencia como se lavan los dientes —en teoría, tres veces al día—, entre trabajo y trabajo recalaba en el negocio de su padre, a la sazón, fabricante de telas y uno de los proveedores de Patricia, al que ayudaba haciendo de transportista.

Y, con cada visita de Hernán a la tienda, Patricia languidecía un poco más, o se animaba, dependiendo del día, porque al igual que yo acumulaba frases positivas en cuadernos para los malos momentos, ella almacenaba historias para los buenos, historias que inventaba sobre un futuro común para ambos.

En mi opinión, lo que Patricia padecía con respecto a Hernán no era desamor, puesto que nunca había existido entre ellos la materialización de su contrario en la forma de una verdadera relación. Por tanto, en su caso no se podía hablar de ese proceso luctuoso que sobreviene tras una ruptura, ese duelo que tritura las almas hasta dejarlas convertidas en polvo.

Lo suyo era más bien una mala hierba arraigada en su corazón, de donde no había manera de arrancarla. Es más, a mí se me antojaba un árbol, de esos cuyas raíces son tan poderosas que pueden hacer tambalear hasta los cimientos de una casa. Y, además, el árbol tenía a su alrededor una plantación de ortigas, con lo que le escocían hasta las entrañas.

—¿No me lo vas a contar, entonces? —le insistí.

—Sería largo, y llevamos mucho tiempo hablando. Deberías empezar a

arreglarte ya.

Su voz me sonó triste, desde el principio hasta el final de la frase, pero impregnada de un pesar que se fue acrecentando a medida que las palabras salían de su boca, por lo que quise resumir en una sola mis sentimientos, convertidos casi en un ruego:

—*¿Topanga?*

Animarla no sé si lo logré, aunque, al menos, lo que sí conseguí fue hacerla reír.

—Uno de estos días me voy a tatuar ese *Topanga* tuyo, pero en el cerebro, para ser lo primero que piense cada mañana cuando me despierte y lo único que sueñe por las noches.

En verdad me habría gustado que me contara lo sucedido, si bien también era consciente de que algunas batallas tienen que librarse en solitario, sin ningún ejército que se sitúe en la retaguardia o que proteja la retirada.

En consecuencia, me centré de lleno en prepararme para la cita, y mentalmente también.

Gracias a ello conseguí relajar parte de la tensión, aunque sintiéndome como un miércoles, uno de esos que son fiesta y que durante todo el día tienes una extraña sensación de domingo.

Lo que pretendo poner de manifiesto es que no me hallaba ni me encontraba, básicamente porque esos nervios no eran propios de mí, y menos aún a causa de un hombre. Pero como persona feliz que era y, sobre todo, práctica, decidí que siempre es mejor asumir las circunstancias que no puedes cambiar, aunque, eso sí, intentando mitigarlas.

Por tanto, en lugar de ducharme, darme un baño se me antojó la mejor opción para relajarme, que era algo que no solía hacer con frecuencia por estar habitualmente falta de tiempo. Y que conste que, viendo mi bañera, eso podría ser considerado hasta pecado, ya que era todo un lujo, tanto para la vista como para el resto de los sentidos.

Así, se trataba de una estructura rectangular, y exenta, hecha totalmente de

cristal transparente —asentada sobre una plataforma de madera—, en cuya parte inferior se acoplaba una lámina gruesa de acero donde se encontraban instalados los chorros del *jacuzzi* —que también lo era—, así como la base del grifo. Asimismo, y probablemente fuera lo mejor de todo, sobre esa plancha metálica se situaba, atornillada, una tumbona de madera curvada, de las que se adaptan a la anatomía de la espalda, con lo que la experiencia de darse un baño no podía ser más placentera.

De hecho, cada vez que organizaba una cena o una comida en casa, mis amigos se pegaban por usarla.

Y fue precisamente uno de ellos, Luis, quien me ayudó a encontrarla, aunque no sólo la bañera, sino la casa entera. Ésta era propiedad de un constructor, quien la había comprado y reformado para su hija —y llevando a cabo una obra espectacular—, hasta que la crisis que asoló el sector unos años atrás lo obligó a venderla, o a malvenderla, para ser exactos. Y ahí fue donde entró Luis, quien, al ser agente inmobiliario, estaba al cabo de la calle sobre todas las ofertas que aparecían en el mercado.

—Hay un chollo que tiene tu nombre escrito en la puerta —me llamó de inmediato en cuanto se enteró.

Y yo, que andaba buscando un apartamento modesto cuya hipoteca pudiera pagar sin agobios, me acabé comprando un piso de lujo en uno de los mejores barrios de Madrid..., aunque con un precio similar al primero.

Pero de vuelta a aquel viernes, y a mi cita con Hugo —para la que ya quedaban pocas horas—, tras mi baño me impregné bien toda la piel con una crema hidratante con el mismo olor del perfume que utilizaría después. Mi propósito era que toda la ropa absorbiera su fragancia y que, de alguna manera, se convirtiera en parte de mí, o yo de ella, lo que en mi opinión constituye una de las mejores maneras de hacer que algo te siente bien, y que a su vez te sientas cómoda con ello.

Puede que, en general, la mayor parte de los hombres no sean capaces de apreciar estos gestos pequeños, que, en principio, les dedicamos a ellos,

probablemente porque nos los dediquemos más a nosotras mismas, aunque bien es cierto que todo lo que nos haga sentir mejor por dentro salta a la vista por fuera.

Afortunadamente, todo mi atuendo estaba listo y preparado, lo que me permitía contar con la certeza de tener la situación bajo control, al menos en lo que a mis tareas previas a la cita se refería, por lo que pude demorarme un poco con el peinado (intentando despegar la lengua de esa vaca que siempre me lo dejaba lamido) y el maquillaje (tratando de que mi cara de difunta tras el invierno fuera menos descolorida).

El único asunto que se me antojó preocupante fue que, cuando quedaba poco para salir hacia el restaurante, mis tripas comenzaron a rugir, si bien aquel sonido más se parecía a un triturador de alimentos sólidos, como esos que tienen los norteamericanos en sus fregaderos, o que al menos aparecen retratados en las películas. Y el motivo se debía a que apenas había comido.

Tras mi última reunión de la mañana pasé por el mercado de la Paz, que no quedaba lejos de mi casa y que contaba con puestos de una calidad excelente, a fin de comprar los ingredientes para hacerme una ensalada, algo ligero que me permitiera llegar igual de ligera a la cena. Sin embargo, tanto me llenaron los olores que se desprendían de las frutas y las verduras que adquirí —como esos tomates, que no hacía falta partirlos por la mitad para que su aroma alimentara, o esos limones, que parecían incorporar el árbol del que procedían de puro frescos y perfumados que eran— que finalmente no comí nada.

«Demasiado tarde», me dije nuevamente tras notar el ruido de mis tuberías digestivas quejándose por la falta de alimento, dado que ya estaba perfectamente maquillada. Y si no hay mayor verdad para una mujer que a veces hay que sufrir para estar bella, también lo es que en otras ocasiones hay que pasar hambre para estarlo, o cuando ya te has acicalado para parecerlo.

Así pues, salí de casa con dirección a la calle Ortega y Gasset con el estómago tan vacío como llena estaba mi cabeza de ilusiones, e incluso de esperanzas, por averiguar qué sería lo que me depararía la velada y si se

desarrollaría de acuerdo con esos sentimientos que se estaban empezando a despertar en mí.

Como iba bien de tiempo decidí dar un paseo hasta el restaurante, dejando que el aire de la noche se convirtiera en un segundo perfume para mi piel.

Siempre me han gustado las noches de primavera, porque su brisa tiene olor, uno fresco que invita al cambio, y no sólo de estaciones, sino que rezuma promesas de buenaventuras por acontecer. Y ése era el espíritu que yo necesitaba para mi cita y, por ende, para mí.

No obstante, antes de llegar al Tandoori Station me pasé por la tienda de Louis Vuitton para comprobar que todo estaba en orden y dispuesto para el pase de revista que tendría lugar después, ya con Hugo. Ahora que sabía que él era muy bueno en lo suyo, quería cerciorarme de que yo también lo era en lo mío, o que él lo pensara al menos.

Supongo que se trataba más de una inyección de autoestima que de una confirmación real de que el escaparate se encontraba tal y como yo lo había dejado a primera hora de la mañana, cuando fui a instalar los maniqués. Y la razón se debía a que yo tenía miedo, en todos los sentidos, dado que quería gustarle, en todos los sentidos también, tanto personal como profesionalmente.

Y, por fortuna, al menos en lo que se refería a este último aspecto, todo estaba perfecto.

Cuando finalmente llegué al restaurante, Hugo me estaba esperando ya en la puerta.

—Qué noche tan bonita, ¿verdad? —fue lo primero que me dijo nada más aparecer yo.

Lo primero que hizo, sin embargo, fue darme un beso en los labios, pero no uno rápido y apenas perceptible por sólo rozar piel con piel, sin apenas llegar a chocar, que era lo que cabría esperar. El suyo, por el contrario, fue ostensible, incluso audible, por cuanto parecía que sus labios traspasaban el tacto para convertirse en oído y, a través de él también, entrar en mí con la

intención de formar parte de mi torrente sanguíneo. Y que yo recibí con una alegría que fue no sólo física.

Una de mis dudas, la que más nervios me producía, consistía en qué hacer al vernos, ya que siempre resulta turbadora esa incertidumbre, la de no saber cómo actuar ante alguien que es prácticamente un extraño, pese a haber compartido con él la mayor proximidad que existe. Y más teniendo en cuenta el final tan abrupto que había tenido nuestro encuentro íntimo.

Y que Hugo hubiera conseguido reconvertir esa situación no minimizaba mi zozobra interior. Así pues, agradecí enormemente que él tomara la iniciativa, así como lo vehemente de su proceder, puesto que me situaba en el contexto.

Una vez dentro del local, y ya sentados a la mesa, fue él también quien rompió el hielo iniciando una conversación centrada en el trabajo, lo que he de decir agradecí, puesto que los temas cómodos son los más fáciles de abordar cuando se está nervioso, como seguía siendo mi caso. Así, tal vez después, más relajados tras un par de sorbos generosos de un buen vino, me resultara más asequible acometer los de índole personal. Y el hecho de haber compartido un par de charlas, e incluso la ya mencionada intimidad, en ningún caso nos convertía en íntimos.

—¿Y ya tienes previsto cuál será el siguiente escarapate? —me preguntó, pues.

—Lo cierto es que sí y, de hecho, empezaré el lunes con él —lo puse en antecedentes.

—¿De qué se trata esta vez? —quiso saber con verdadero interés.

—Una floristería, Bourguignon, no sé si te sonará...

—¡Claro que sí! —me interrumpió—. En cada aniversario de boda, mi padre le compra allí un ramo a mi madre. Según tengo entendido, es una de las mejores de Madrid.

—Efectivamente —le confirmé.

—¿Y qué tienes previsto para ellos?

—Me pidieron un montaje que diera la bienvenida a la primavera, para que

los clientes quisieran entrar a comprar parte de ella, así que yo he decidido sacarla fuera.

—¿Perdona? —se sorprendió.

—Lo que quiero decir es que parte del montaje estará en el exterior. En mi opinión, si algo marca el comienzo de esa estación es la floración de los almendros, por lo que pensé que sería buena idea reflejarlo en su escaparate.

—¿Y cómo lo vas a hacer? —inquirió, cada vez más atento a mis palabras.

—He diseñado un árbol, grande y grueso, cuyo tronco y ramas estarán tras los cristales. Sin embargo, las flores las colocaré fuera; es decir, que las pegaré en la parte superior del escaparate, pero dando una sensación de continuidad visual, de manera que parezca que el exterior es una prolongación del interior.

—¡Impresionante! —aseguró—. Y seguro que les habrá parecido una idea fantástica.

—Sí, pero lo que más les gustó fue la segunda parte.

—¿A qué te refieres?

—A que en cada cristalera (tienen varias) habrá un árbol, y en una de sus ramas, de cada uno de ellos, a media altura, colocaré sentada a una maniquí a la que le fabricaré un traje de fiesta todo él realizado con flores, con una gran cola, de manera que ésta se prolongará hasta el suelo desde una altura de metro y medio aproximadamente. Además, cada maniquí llevará un traje diferente.

—No me extraña que les haya gustado, porque suena realmente bien.

—Y yo espero que quede mejor —contesté cruzando los dedos, intentando atraer, y atrapar, toda la suerte que estuviera disponible en ese momento.

—Piensas a lo grande, ¿verdad? —cambió ligeramente la trayectoria de la conversación.

—¿Hay alguna otra manera de pensar?

De inmediato noté que le gustó mi respuesta, porque esbozó una sonrisa con su boca que era pareja a la que mostraban sus ojos, tan grandes ambas que

habrían llenado el restaurante entero de haber estado vacío.

—¿Y también en lo personal? —comenzó a aventurarse Hugo en un terreno mucho más íntimo.

Dado que fue un tanto ambiguo en la formulación de su pregunta, y que me dio miedo pedirle que precisara el alcance de sus intenciones, opté por ofrecerle yo una contestación generosa, que bien podría ser interpretada desde un ámbito laboral o particular.

—Digamos que no soy un bróker, que sólo arriesga el dinero de los demás, porque con el suyo siempre se muestra conservador.

En verdad, la visión que yo tenía de la vida se tamizaba a través de los mismos escaparates que diseñaba, y me daba igual que se tratara del de Cartier o del de una panadería de barrio, ya que la amplitud de miras —entendida como la necesidad de soñar, y de hacer soñar, generando felicidad con ello, tanto para mí como para los demás— era el denominador común que aglutinaba todas las facetas de mi existencia. Pero, a la luz de aquellas velas, las que iluminaban nuestra mesa en el restaurante Tandoori Station, tal vez fuera una perspectiva demasiado profunda para un primer contacto. Y, en cualquier caso, había llegado el momento de hablar de él.

—¿Y qué cubierta de libro tienes tú ahora mismo entre manos? —lo abordé en esa línea.

El camarero, cartas en mano, interrumpió su respuesta.

—¿Qué van a tomar los señores para beber? —se dirigió a ambos.

—¿Vino de la casa y agua? —reformuló la pregunta Hugo a fin de trasladármela a mí.

—Perfecto —afirmé, asintiendo también con la cabeza para hacer mayor énfasis en lo acertado de su sugerencia.

Habitualmente yo no bebía alcohol pero, de cuando en cuando, sobre todo en una cita, me gustaba esa sensación de distensión, seguida de otra de desinhibición, que hacía más placentera, y relajada, cualquier conversación. Y principalmente entre dos extraños, que, por mucho que hayan intimado

previamente, hasta que empiezan a conocerse, poco —por no decir nada— tienen que contarse.

«Un empujón nunca viene mal», solía decir yo, frase que completaba asegurando que puede que el alcohol no genere emociones, pero, desde luego, las potencia.

Tras echar un vistazo a la carta, ambos decidimos tomar el menú degustación, por probar un poco de todo, que, por otra parte, suele ser lo mejor que un restaurante tiene que ofrecer. Y no anduvimos errados, ya que si un plato era bueno el siguiente era mejor, destacando el emperador —bañado en sabor—, así como el curri de cordero —que se deshacía en la boca—, pasando por unas intensas lentejas y un potente pollo *tikka masala*.

En resumidas cuentas, que nos sirvieron una comida deliciosa, y con raciones abundantes, entre las cuales conseguí enderezar la conversación para centrarla esta vez en él.

—¿Alguna vez te has encontrado con dificultades para dar con la idea, me refiero para la cubierta de un libro?

—A veces cuesta un poco —reconoció—, pero sólo tienes que leer sus páginas con detenimiento y, en alguna de ellas, aunque en ocasiones agazapada, está siempre esa representación visual que necesitas.

—Visto desde fuera, parece una de esas tareas en las que, tarde o temprano, se agota la imaginación —comenté.

—En absoluto. Peor lo tiene el autor, que parte de cero. Al fin y al cabo, yo siempre tengo su texto, que me sirve de guía. No obstante, para un buen escritor, la imaginación es como los mocos en caso de constipado, que nunca se agotan.

No pude evitar soltar una carcajada, y bastante sonora, por cierto, por lo jocosos de su comentario, aunque había que reconocer también que no podía ser más acertado.

Me encantaba esa faceta suya, la divertida, la que dejaba escapar su ingenio, porque si algo se esconde siempre detrás del humor es la inteligencia.

—Por el contrario —prosiguió—, los diseñadores somos como los periodistas, que plasman la realidad en sus palabras, salvo que nosotros lo hacemos mediante imágenes y basándonos en una realidad individual.

Antes la risa, y ahora la profundidad. Me fascinaba esa mezcla, que pintaba una sucesión de sonrisas en mi cara para acabar dibujando después un interrogante, que era el que me hacía reflexionar.

A medida que avanzaba la cena, yo me iba sintiendo cada vez más a gusto, si bien me esforzaba para que mis preguntas, y también mis respuestas a las suyas, estuvieran a su altura, lo que he de decir que no era nada fácil. Aunque él no parecía notarlo.

Asimismo, estaba disfrutando enormemente observando cómo se despertaban en mí todas esas sensaciones de las que la gente hablaba al describir sus incipientes afectos: el estómago brincando y el corazón repicando. Y es que por fin empezaba a entender a los demás en materia de amores, lo que llevaba aparejada una sensación de cercanía con el resto de la humanidad que habitualmente no sentía.

Además, a fin de no fastidiar la velada, si algo me había propuesto era no cogerle el teléfono a mi tía en caso de que llamara, lo que solía ser habitual en ella cada vez que presentía que algo especial sucedía, con ese radar detector de felicidad que tenía... con el propósito de amargármela. En cambio, nunca daba señales de vida cuando era la desgracia la que aparecía, no fuera a tener que escuchar las penas de los demás.

Pero, una vez excluida Conchita de mis pensamientos, mi sensación era que esa noche, en el transcurso de esa cena, estaba creando recuerdos que, con el paso del tiempo, harían sonreír la memoria.

## El matrimonio

—¿Sabes? Yo estuve casado, hace unos años —me desveló Hugo en el transcurso de la cena en el Tandoori Station, cambiando de repente el tema de nuestra conversación.

—¡Ah! ¿Sí? —me sorprendió su confesión, y no porque tuviera nada en contra de los divorciados, sino porque no me parecía el tipo de hombre que se embarcara en un matrimonio, y menos aún tan joven, puesto que Hugo debía de tener mi edad.

Es más, la idea preconcebida que yo me había forjado de él se correspondía con la de uno de esos seres solitarios a los que les cuesta establecer conexiones con la gente, especialmente con las mujeres. En cualquier caso, aprecié su sinceridad.

—¿Y qué sucedió? —quise saber, y con verdadero interés.

—Queríamos cosas diferentes.

—¿Qué era lo que tú querías? —me vi en la obligación de preguntar al apreciar el silencio que siguió a su escasa explicación.

—Un hogar, una esposa, una familia... —dejó la frase sin concluir.

—¿Y tu mujer? —inquirí, al presuponer que fue ella la que invalidó la relación.

—Deberías preguntárselo al vecino de arriba, que fue con quien se lio.

—Lo lamento —aseguré lo más solidariamente que pude.

—Y yo —me confesó con una sonrisa amarga—, sobre todo porque nos habíamos casado hacía quince días; es decir, que ocurrió después del viaje de novios.

—¿En serio?! —no pude por menos que exclamar.

—Totalmente —me confirmó.

A modo de respuesta bien podría haber arremetido contra las mujeres, contra esa clase de mujeres que se creen que todo el mundo es suyo, especialmente los hombres que lo habitan, pero al carecer de información sobre las circunstancias que habían rodeado los hechos preferí mantenerme al margen e indagar algo más sobre lo sucedido.

—¿Y cómo te enteraste?

—Antes de llegar a ese punto te contaré que éramos novios de toda la vida, e incluso más allá: el típico amor infantil, de guardería que, con los años, se acaba transformando en algo más, algo serio, hasta el punto de que yo, por ejemplo, jamás había estado con ninguna otra mujer. O sea, la monogamia más absoluta, porque de verdad pensaba que ella lo merecía, porque siempre la había considerado el amor de mi vida.

Algo se reblandeció en mi interior no sólo al oír sus palabras, sino al advertir la forma en que las pronunciaba, envueltas en esa clase de pesar que nunca prescribe, hasta cuando los hechos ya han dejado de doler. Incluso estuve a punto de no proseguir con mis pesquisas, por si le ocasionaba un sufrimiento mayor. Sin embargo, me picaba tanto la curiosidad que finalmente no pude contenerme.

—¿Y ella? ¿Era de la misma opinión que tú? —quise saber, por cuanto intuía que ahí debía de radicar al menos uno de los problemas.

—Yo nunca albergué ninguna duda al respecto, ya que nada en su comportamiento lo hacía suponer —aseguró convencido—. Así pues, cuando llegó el momento, el del matrimonio, desde mi punto de vista no se trataba únicamente de la proyección lógica de la relación, sino que a mí me apetecía dar ese paso más, hasta el juzgado. Y no me estoy refiriendo al sentido contractual, u oficial, del término, pero sí al de la celebración del amor que lleva aparejado, ese presentar a las personas que quieres a la que tú has elegido para compartir tu vida.

Sin miedo a equivocarme podría asegurar que jamás había oído un alegato mejor acerca de ese vínculo mediante el que dos seres engarzan cuerpos, almas y días, con la certeza de que éstos serán infinitos, como los afectos que se profesan..., hasta que se vuelven tan limitados como unos pocos segundos aislados en una caterva de años.

—¿Y qué sucedió entonces? —pregunté cada vez más intrigada.

—Nada anormal, hasta que nos casamos. De hecho, tengo un recuerdo maravilloso del día de nuestra boda, un día pleno, feliz a más no poder.

En el tono de su voz aún se notaba un regusto de aquella felicidad, que, sin embargo, dio paso a la amargura cuando prosiguió con su explicación.

—No obstante, en el viaje de novios yo ya empecé a observar una transformación. Por ejemplo, de cariñosa pasó a ser arisca, y de comprensiva a intransigente. Incluso llegué a sospechar que estuviera embarazada y que fuera ese desajuste hormonal el que le estuviera provocando el cambio.

—Pero no fue el caso, ¿verdad? —aventuré.

—Efectivamente. Pero sí había un bollo en el horno: el pastel, uno de bodas tardío, que se descubrió poco después.

—¿Y de qué estaba relleno?

—Mejor di quién hizo el relleno, que fue el vecino de arriba, al que había conocido el día anterior a nuestra boda cuando fue a ultimar los detalles de nuestra mudanza, al coincidir con él en el ascensor.

—¿Se lio con él nada más conocerlo? —inquirí, por cuanto me pareció relevante para situarme contar con la confirmación de ese asunto en cuestión.

—Sí. Al parecer, fue un aquí te pillo aquí te mato. Tal vez quiso despedir de esa manera su vida de soltera (que por lo visto la tenía, independiente de la mía, según me enteré después), o quizá la asustara el paso que iba a dar al día siguiente, aunque el caso es que lo dio, y aparentemente sin problema.

—Sin embargo, lo cierto es que lo hubo —precisé.

—Y mayúsculo, que ya empezó a gestarse en el viaje de novios, como te acabo de comentar, y que se incrementó al volver, con una convivencia que se

hizo insoportable.

—¿Qué razones te daba ella para su comportamiento?

—Ninguna, que veía fantasmas donde no los había.

—Bueno, en vuestra casa tal vez no, pero sí en el piso de arriba —afirmé, aunque probablemente pecando de un exceso de humor negro que, afortunadamente, no pareció afectarle, o todo lo contrario, ya que transcurridos unos segundos esbozó una sonrisa.

—Yo diría más bien que el fantasma acabó estando por todas partes —precisó, aunque sin entrar en más detalles en ese momento.

—¿Cómo lo sospechaste?

—No lo hice. Me lo encontré. Un día me escapé de la oficina, para darle una sorpresa e invitarla a comer (ella trabajaba en casa), y lo que vi fue que ambos ya estaban bien servidos, el uno del otro; es decir, que se habían despachado a gusto, en mi cama, y que se encontraban en el momento de los postres, en el de las confidencias, de manera que pude oír claramente los planes de futuro que mi mujer tenía con respecto a nuestro matrimonio.

—¿Y qué fue lo que dijo? —pregunté con verdadero interés.

—«Le voy a hacer la vida imposible hasta que no le quede más remedio que separarse de mí. En esas circunstancias, siempre es más fácil que te dejen a dejar, sobre todo a la hora de dar explicaciones a la familia», fueron sus palabras exactas. Ya ves, al final el amor de mi vida pretendía convertirse en mi verdugo.

Sonaba tan magullado, tan compungido y tan sincero que me habría gustado ampararlo, aunque con carácter retroactivo, y no para proporcionarle una ayuda física en su momento, el consabido hombro en el que llorar, sino moral, a fin de intentar mitigar su dolor entonces. Y es que a veces no hay que arrimar el hombro, lo que hay que arrimar es el alma.

—Pues en ese caso —aseguré—, y a pesar de todo el dolor que seguro que te causó, yo creo que es lo mejor que te pudo pasar, ya que viste pronto quién era ella en realidad.

—¡Claro! —se mostró contundente—. Es algo que ya tengo superado y si te lo cuento es para que sepas quién soy, ya que todo lo que me ha pasado es lo que me ha conducido hasta aquí.

—No puedo estar más de acuerdo. Lo bueno y lo malo que nos sucede es lo que conforma quienes somos, incluida una relación muerta antes de nacer —precisé.

—Cierto. Mis padres, que llevan mucho tiempo casados, aseguran que el matrimonio perfecto es aquel en el que ninguno de los dos se resiste a abandonar. Y también que, en lugar de un anillo, lo que tendrían que intercambiar los novios debería ser una tuerca, ya que los matrimonios son un mecanismo que se desajusta con frecuencia, salvo que en mi caso el engranaje no llegó ni a arrancar.

—Me parece una buena definición, en ambos casos, aunque yo nunca haya estado casada, ni en ciernes —le reconocí.

—¿Nunca te has enamorado lo suficiente como para querer cometer una locura?

Su pregunta se me antojó grande, ya que, hasta el momento, le sobraba la parte final de la cuestión. Es decir, que debería reformularse para albergar únicamente las cuatro primeras palabras. No obstante, me negué a reconocerle la verdad, por vergüenza, puesto que la única respuesta sincera habría sido: «Hasta ahora no, pero a partir de ahora parece que sí». En consecuencia, mi contestación fue algo más opaca.

—Las locuras y yo nunca hemos sido pareja de hecho. Es más, no creo que hayamos llegado ni a intimar.

—Ojalá hubiera tenido yo ese sexto sentido cinco años atrás —se lamentó.

Existe una clase de atracción, la que desprende un hombre cuando te confiesa su pasado, y su dolor, sin tapujos, que en mí funcionaba como un imán, magnetizando mis sentimientos a los suyos. Por tanto, en el transcurso de aquella cena, aquella noche, necia debería haber sido para no darme cuenta de que Hugo me había atrapado un poco más.

Una vez que tomamos el postre, seguido de un par de cafés, y tras la pedir la cuenta —de la que él no me dejó abonar mi parte—, salimos a la calle con dirección a la tienda de Louis Vuitton.

—De todo punto impresionante —fueron sus palabras exactas al situarse frente al escaparate.

—Me alegro de que te guste —acepté el cumplido, aunque lo más humildemente que pude.

—No me gusta. Me encanta —rectificó mis palabras—. Y demuestras tener mucha sensibilidad, lo que no es habitual.

Una vez más le agradecí el piropo, profesional, e intenté desviar la conversación ligeramente hacia otro terreno más cómodo, ya que el de los halagos no era uno en el que me moviera con soltura.

—Bueno, cuando ponen a tu disposición todos los medios y el personal de la casa para un evento tan especial como éste resulta mucho más fácil acertar.

—Por descontado —me dio la razón—. Pero de alguien surgió la idea, ¿no? Y esas frases, ¿las pensaste tú o las pensaron por ti? —afirmó señalando las que aparecían estampadas en los kimonos.

Me callé, no sin antes sonreír lo más cordialmente que pude, tanto con mis ojos como con mis labios. Si un consejo de mi madre —transmitido por Olga, como era habitual— llevaba a la práctica siempre que podía era «las miradas amables son como las palabras bonitas: nunca hay que escatimarlas».

Así pues, y sobre todo cuando había agradecimientos de por medio, me esforzaba por aplicar ese principio, a fin de hacerle ver a la otra persona que su intención había calado en mi ánimo.

—¿Y adónde te va a llevar tu vida? —inquirió Hugo a continuación, mientras apuntaba con su dedo índice a la frase que acompañaba al baúl gigante.

Me pilló tan de sorpresa, una pregunta tan íntima, que no supe qué contestar. O quizá no lo fuera, íntima, puesto que entraba dentro de lo posible que se tratara de una muletilla en la conversación. No obstante, transcurridos

unos segundos de silencio por su parte, me vi en la obligación de responder lo mejor que supe y pude.

—Habría que preguntarle a mi GPS, pero, de momento, siempre recalculando. Y en eso consiste la vida, ¿no?

Tal vez me excedí de filosófica con el final de mi frase, pero preferí pecar de existencial y ambigua a entrar en detalles que pudieran comprometerme, sobre todo en lo que al terreno amoroso se refería. Sin embargo, para mi sorpresa, su contestación fue un paso más allá que la mía.

—Me gusta tu definición, aunque yo incluiría el amor entre las coordenadas de búsqueda, ¿no te parece?

«¿Amor?», me pregunté con asombro. ¿Estábamos ya en ese punto, el de poder abordar un tema tan delicado, o siquiera mencionarlo?

En mi opinión, malos son esos hombres que repelen el asunto, y con ello cualquier tipo de compromiso, pero pésimos son también aquellos que lo provocan, o que incluso lo fuerzan, y desde el minuto uno, tan infaustos como las mujeres que acuden a la primera cita habiéndose comprado ellas mismas un anillo de compromiso.

No me quedó más remedio, pues, que ponerme en alerta, por cuanto de sobra sabía yo que las relaciones llevan su tiempo, y si estaba tan convencida de ese extremo era porque ninguna de las mías había llegado verdaderamente a serlo.

Además, una cosa era sentir mariposas en el estómago, y disfrutarlas, y otra muy diferente dedicarme a su crianza.

Afortunadamente, Hugo debió de darse cuenta de que se había excedido con su comentario, y si bien no reuló, al menos reorientó la conversación.

—¿Y cuáles son tus raíces? ¿Qué me cuentas de tu familia? La segunda vez que nos vimos me dijiste que una tía tuya ejerció de madre para ti. ¿Qué fue lo que sucedió? —me preguntó, intentando descargar el ambiente de cualquier posible tensión.

Pero, para mí, ésa era una cuestión aún más escabrosa que el amor.

## El sábado

La lavadora hacía un ruido extraño aquella mañana, como de estar enfadada. Y la verdad era que no me extrañaba, ya que en ella daba vueltas la ropa que había utilizado para mi cena con Hugo la noche anterior, que probablemente estuviera tan disgustada como aquélla, o como yo, por la forma en que había acabado la cita.

Además, sumada a esa irritación se encontraba la extrañeza, al no haber recibido la llamada que mi hermana solía hacerme todos los sábados por la mañana para protestar por haber tenido que acudir de madrugada a recoger a mis sobrinas a casa de las amigas o a alguna fiesta.

En general, y dado que todo lo que tenía yo de perfeccionista Olga lo ejercía de repetitiva, su discurso solía ser el siguiente: «Anda que no se me llenaba a mí antes la boca criticando a los que sacan a pasear al perro a las tantas presumiendo de pijama, y ahora soy yo la que hace lo mismo cuando voy a buscarlas, ¡pero es que yo luzco hasta la bata de guata y calzo las zapatillas de estar por casa!», se lamentaba.

Asimismo, y aunque se negara a reconocerlo, con el paso de los años y la ausencia de sueño provocando estragos a esas horas que rodean la madrugada, mi hermana no sólo se había convertido en una conductora mal vestida, sino también disléxica, de esas que nunca sabes si van para la derecha o para la izquierda, entre otras cosas porque la mayor parte de las veces intentan ir a los dos sitios a la vez. De esta forma, lo que mi hermana lucía en el exterior de su coche no eran luces, sino pirotecnia de intermitentes, porque como los volvía locos, ¡acababan echando chispas!

No obstante, al final eran los de emergencia de los que echaba mano, pero no para fingir que estuviera en mitad de alguna urgencia, sino para poner de manifiesto que estaba perdida, principalmente en su cabeza.

Últimamente, al objeto de paliar en algo su falta de sentido de la orientación, se servía del Google Maps, si bien se extraviaba tanto como la aplicación la hallaba. Además, dado que empezaba a estar algo sorda, para poder oír la voz del navegador no le quedaba más remedio que inclinarse sobre el móvil, con lo que se parecía al jorobado de Notre Dame, aunque en versión lateral.

«Ya llegarás, ya —vaticinaba cada vez que me burlaba de ella por esos motivos—. Y no tienes más que mirar a la tía Conchita para saber lo que te espera.»

Y, pensando en ella, también me extrañó que no me hubiera llamado, puesto que era costumbre suya sacarme todos los sábados de la cama, a primera hora de la mañana, para informarme del estado de sus males, de tal gravedad todos ellos que era incapaz de priorizarlos. «No sé qué me duele más hoy —solía contarme en esos casos—, si la raya del pelo o el lóbulo de la oreja derecha. Y la cosa es grave, porque he quedado con mi amiga Piluca para tomar el aperitivo y, a este paso, no me voy a poder peinar y, menos aún, ponerme pendientes. Y hasta ahí podíamos llegar. Así que vente para acá, que me llevas a Urgencias, no sea que haya mucha gente esperando y me vaya a retrasar para la cita.»

—Bueno, si estás tan mala seguro que tu amiga lo entenderá —le respondí yo cáustica en aquella ocasión.

—Ella tal vez, pero la que me perdería los cotilleos sería yo.

Tan chismosa como hipocondríaca, y alérgica, o mejor eran los médicos los alérgicos a ella, que la rehuían como alma que lleva el diablo —que también — en cuanto la veían aparecer por el hospital. Es más, en la última visita que hicimos, la recepcionista —siguiendo las instrucciones de la dirección del

centro— le incautó la tarjeta de la Seguridad Social para asegurarse de que no pudiera hacer más uso de ella. ¡Y había que oírla después!

No obstante, antes de ese momento, varios episodios gloriosos tenía en su haber, como al pretender presentar una demanda contra un oftalmólogo por no creerla al asegurar que le dolían las pestañas. O cuando amagó con denunciar a un cirujano tras negarse a operarle una espinilla, alegando ella que ese grano facial ponía en peligro su supervivencia, la corporal.

Al final, el asunto se puso tan feo que hubo que recurrir a la Guardia Civil..., que le incautó el DNI también.

Pero no, aquella mañana de sábado mi tía Conchita no había dado señales de vida todavía, lo que no sabía yo si auguraba algo bueno o su completo contrario, por cuanto esa ausencia total de noticias no necesariamente implicaba para mí una paz transitoria, sino una guerra soterrada que acabaría estallando más pronto que tarde.

De la misma manera, el que tampoco había contactado conmigo era Hugo y, a decir verdad, no creía yo que fuera a hacerlo después de lo sucedido al final de nuestra cita. Ni entre mis planes estaba volver a contactar con él, dicho sea de paso.

Sin embargo, Patricia era harina de otro costal, por lo que a ella sí la llamé.

—¿Me vas a contar ya qué tal con Hernán? —inquirí nada más descolgar el teléfono.

—¿Y tú? ¿Cómo te fue en la cita? —me respondió evasiva.

—He sido yo la que he marcado —me zafé—, así que el derecho a hacer las preguntas lo tengo yo.

—Pues no como esperaba —se resignó.

—¿A qué te refieres? ¿Qué pasó?

—Como te conté, yo me había hecho a la idea de desvelarle cuáles eran mis verdaderos sentimientos, ahora que sabía que estaba soltero de nuevo.

Lo de «soltero» me parecía un eufemismo, ya que, en buena ley, salvo

consigo mismo, nunca había llegado a estar comprometido con nadie. No obstante, en aras de que la conversación se desarrollara lo más fluida posible, opté por no interrumpirla.

—Así pues —prosiguió—, a la mañana siguiente de haber tomado mi decisión, en cuanto apareció por la tienda para dejarme unas telas le pregunté si le apetecía tomar un café.

—¿Y se sorprendió?

El motivo de mi pregunta se debía a que en las pausas de esa no relación que mantenían lo que tampoco mantenían era el contacto entre ellos, en el caso de Patricia por estar enfadada con él por mentirle, y consigo misma por haberse dejado engañar una vez más. Y, en el caso de Hernán, porque siempre andaba ocupado adquiriendo ruedas nuevas.

Por otra parte —y éste era en esencia el fundamento de mi pregunta—, cuando la no relación se reanudaba siempre era Hernán quien tomaba la iniciativa, de manera que el hecho de que fuera ella la que diera un primer paso bien podía catalogarse como de novedad.

Así pues, incluso en los días en que compartían espacio común cuando Hernán le llevaba las telas a la tienda, poco más aparte del «hola» de rigor intercambiaban entre ellos.

—La verdad es que sí —me confesó—, y se le notó en el gesto, tanto que casi dio un brinco. No obstante, aceptó, y aparentemente de buen grado.

—¿Y qué pasó entonces?

—Nos fuimos a la pastelería que hay enfrente de la tienda, ya sabes, esa tan mona que está entera decorada de madera blanca y que relaja el ánimo nada más poner un pie en ella...

—¿Al grano? —la interrumpí para que abreviara el relato y se centrara en la materia, que ninguna necesidad había de que me retratara un establecimiento en el que había estado, por lo menos, quinientas veces.

—¡Ay, vale! —protestó—. Si te lo contaba era para ponerte en antecedentes, para que compruebes que el marco era apetecible, sobre todo

con ese olor a pan recién hecho que más que llenarte el olfato lo que te ocupa es el alma.

En eso no me quedaba más remedio que darle la razón, ya que pocas cosas reconcilian tanto los sentidos, y los predisponen a relajarse, como ese olor a harina fermentada crecida a golpes de calor y que, en general, te conduce a algún momento feliz de la infancia, a bocadillos compartidos con los mejores amigos, que, con un poco de suerte, nunca dejaron de serlo.

—Bueno —continuó—, el caso es que nos pedimos un café cada uno, me armé de valor a continuación y comencé a hablar.

—¿Y a bocajarro se lo dijiste? —me extrañó.

—¡No, mujer! ¡¿Cómo se te ocurre?! Lo que hice fue ir preparando poco a poco la conversación para llevarla al terreno que a mí me interesaba.

—¿Y cómo lo hiciste?

—Preguntándole en primer lugar qué tal le iba la vida.

—¿Qué te contestó?

—Que si su padre me había hecho una encerrona a mí para que le diera la charla yo a él.

—Normal —reconocí—. Teniendo en cuenta la situación es lo primero que se le pasaría a cualquiera por la cabeza.

—Puede, pero a estas edades nuestras debería saber que soy lo suficientemente adulta como para no hacer algo con lo que no estoy de acuerdo sólo porque un padre preocupado me lo pida.

—Bueno, en realidad Hernán no te conoce tan a fondo, con lo que no sabe cómo respiras con respecto a esos temas.

—Cierto, pero, en cualquier caso, lo que sí sabrá es que llega un momento en la vida en que tenemos que asumir las consecuencias de nuestros actos, y no hay palabra de padre que remedie eso.

—Pues yo diría que él todavía no ha caído en ese aspecto, a tenor de la vida que lleva...

—No empieces —me interrumpió.

—¡Pero si tú misma lo estás diciendo! ¿O acaso con treinta años no se ha dado cuenta de que pierde los trabajos por negligencia, o por desidia, que no sé qué es peor? —afirmé, aprovechando la ocasión para hacerle ver la clase de hombre que era—. Las cosas no siempre suceden por accidente; a veces los accidentes son provocados, y por nosotros mismos.

—En su caso, yo lo llamaría un cúmulo de decisiones equivocadas, debido a la influencia de las personas equivocadas.

—Déjate de monsergas —protesté—. Donde no hay nada hay. Esto es como en la cocina: no puedes sustituir sólo con sal la falta de sabor de un plato.

—Bueno, ¿aparcas ya los sermones y te cuento lo que pasó?

—Por supuesto —me avine a sus razones.

—El caso es que, tras negar que su padre tuviera algo que ver con el café que nos estábamos tomando, sí le comenté que últimamente lo veía mucho más por la tienda de lo que solía ser habitual.

—¿Y qué te respondió?

—Que si tenía algún problema con ello.

—No parece muy relajado, o propicio, el comienzo de la conversación.

—La verdad es que no, si bien intenté reconducirla hacia el plan que me había trazado.

—¿Cómo?

—Asegurando que esperaba que esas visitas no tuvieran otro motivo, mucho más personal.

—Pues sí que te lanzaste pronto al tema —afirmé sorprendida.

—Como lo oyes. Y, además, a eso lo llamo yo poner la oración en pasiva. Si quieres saber qué intereses tiene la otra parte en ti, no hay nada mejor que tantear el terreno.

—¿Y cuál fue su contestación?

—Antes de pronunciar palabra, calibró bien lo que iba a decir, o eso pensé yo, ya que le costó arrancar. No obstante, pasados unos segundos sí aseguró que recientemente había tomado la decisión de mantenerse alejado de mí.

—¿En serio? —inquirí, necesitando una confirmación por lo asombroso de esa afirmación.

—Totalmente. Y aún dijo más: «En realidad, debería rectificar, ya que la decisión ha consistido en mantenerte alejada a ti de mí».

—Pues fijate lo que te digo —afirmé convencida—, que desde ahora mismo me cae mejor Hernán. ¡Al final va a haber un alma buena detrás de ese cerebro (el de la empresaria) aparentemente perverso!

—¿A que es alucinante?!

—¡Y tanto! ¿Y tú qué le dijiste?, porque menudo brete, así, de improviso...

—Efectivamente —me interrumpió—, ya que no tenía nada previsto para algo como eso. Me quedé callada, mirándolo fijamente durante unos minutos, hasta que fue él de nuevo quien se hizo cargo de la conversación.

—¿Para decir? —le pregunté con verdadero interés.

—Que por hoy ya habíamos hablado bastante y que, además, a él poco más le quedaba por añadir.

—Pues eso es bueno, ¿no?

—¿Tú crees? —inquirió incrédula.

—¡Pues claro! Si hasta te ha hecho una declaración, de intenciones, lo que en mi opinión tiene más valor que si hubiera sido de amor.

—Yo no estoy tan de acuerdo.

—Ya me imagino —le concedí—, pero a mi entender parece que se va a concentrar en seguir siendo un bala perdida con las demás, pero no contigo. Y eso, además de liberarte, clarifica vuestras circunstancias, puesto que, a partir de ahora, ya sabes que él no estará disponible para ti.

Aún seguimos hablando un rato largo las dos, yo intentando convencerla de lo positivo de la situación mientras que ella sólo alcanzaba a ver lo negativo de la coyuntura, básicamente el hecho de que seguían sin estar juntos.

—No obstante —prosiguió Patricia—, puede que lo que suceda es que necesite tiempo para reorganizarse mentalmente, para replantearse su vida, y que sea eso lo que me ha pedido, aunque expresado torpemente.

—Voy a ser brutalmente sincera con lo que te voy a decir a continuación — le advertí—. Tú siempre has creído que lo único que necesita Hernán es tiempo para darse cuenta de lo que siente por ti. Sin embargo, lo que ocurre es que sólo te usa cuando está solo, y aun en esos casos ni siquiera te necesita.

Lejos de parecer enfadada, o dolida, lo que yo percibí fue que mis palabras caían en una tierra que ya estaba abonada; es decir, que no era la primera vez que Patricia consideraba ese punto de vista. Y por esa razón decidí proseguir con mi argumentación.

—Las mujeres somos expertas en elaborar excusas, o fabricar explicaciones complicadas, para situaciones que tienen una justificación mucho más sencilla, con la intención de desviar la coyuntura hacia el terreno en el que nos encontramos, o que nos conviene. Por ejemplo, si después de una primera cita un chico (que a ti te ha encantado) no te llama, solemos pensar que está muy ocupado con el trabajo, que se está enfrentando a problemas personales graves o incluso que ha tenido un accidente de tráfico, motivo por el que tampoco te coge el teléfono. Sin embargo, nos negamos a reconocer la parte más básica del asunto: que no le has gustado y punto, porque, en caso contrario, a buen seguro te llamaría.

—Entiendo lo que quieres decirme, pero de verdad creo que no se aplica a mi caso —se desmarcó, y de manera vehemente.

—Pero ¡alma de Dios! —exclamé en consecuencia—. ¿No te das cuenta de que no es sólo el universo el que te avisa de que, de llegar a producirse, se trataría de una relación fallida cien por cien, que sólo te haría sufrir? ¡Si es que te lo grita hasta el propio Hernán!

Sin embargo, mi amiga era como un diamante, que si por algo se distinguen no es sólo por su brillo, sino por su dureza... de entendederas.

Nada más colgarle vi, o mejor, oí que mi tía Conchita reclamaba mi atención. Y digo oí porque para reconocerla al instante le había adjudicado un tono especial a su número, consistente en la música de la película *Tiburón...*,

porque yo siempre tenía la sensación de que me acechaba, y no precisamente con buenas intenciones.

—Ya te estaba yo echando en falta —aseguré en cuanto la tuve al otro lado de la línea.

—Ya me extraña, porque vosotras no sois sobrinas, sois un tío, el de Alcalá, que ni es tío ni es *na* —afirmó tan apabulladora como siempre.

En aras de la paz, y de no amargarme la mañana, preferí ignorar su comentario y centrarme en intentar acabar con la conversación lo antes posible.

—Pues tú me dirás qué es lo que te duele hoy.

—¿Además del alma, quieres decir?

Las entrañas me dolían a mí pero, nuevamente, opté por hacer de tripas corazón y tratar de avanzar.

—¿Ninguna enfermedad destacable con la que ilustrarme el día?

—Ya que preguntas te diré que esta mañana, mientras desayunaba, se me ha caído el implante de una muela y he tenido que ir al dentista para que me lo arreglara.

Curiosamente, para todo lo hipocondríaca que era, no parecía especialmente afectada, o preocupada, por esa circunstancia, hecho que en cualquier otra ocasión habría generado una retahíla de agoreros presagios, así como aciagas desgracias por acontecer, por lo que no pude por menos que preguntarle al respecto.

—¿Va todo bien? —inquirí, pues.

—Todo lo bien que puede ir, teniendo en cuenta que el dentista se me ha insinuado.

A duras penas pude contener un ataque de risa, seguido de otro de perplejidad, dado que lo último que me esperaba yo de ella era que fuera a ligar. ¡Y en menuda situación! ¡Mella en ristre!

Además, mi tía los setenta no los cumplía, de manera que o bien el dentista estaba muy próximo a jubilarse o le gustaban talluditas. Cierto era que

Conchita, en lo que al aspecto físico se refería —y exceptuando alguna que otra particularidad, sobre todo facial—, no se conservaba del todo mal, por lo que entraba dentro de lo posible que resultara atractiva a los ojos de un hombre más joven. Así, todo lo excedente que era en kilos lo era carente de arrugas. Asimismo, como todas las mujeres egoístas que a lo largo de su vida sólo se han ocupado de sí mismas —y salvo en lo que se refería a sus huesos —, apenas había tenido desgaste, ni físico ni mental, y mucho menos emocional, lo que se reflejaba en la imagen de despreocupación que ofrecía.

No obstante, por si hubiera sufrido algún cortocircuito cerebral en el proceso de reconstrucción del premolar, me vi en la obligación de indagar un poco más.

—¿Y ha sido antes o después de ponerte la anestesia? —le pregunté en esa línea, no se diera el caso de que un exceso de analgesia hubiera obrado como distorsionador de la realidad.

—Ya te lo contaré en otro momento, porque justo me está llamando ahora. Yo creo que quiere quedar.

Y allí me dejó, con la palabra en la boca, y más intrigada de lo que nunca había estado con respecto a ella.

Tras reponerme ligeramente de la impresión, y una vez descartado Hugo — que a ciencia cierta no me llamaría—, la única con la que me quedaba por hablar aquella mañana de sábado era con mi hermana, cuyo teléfono ni siquiera daba señal.

Después de varios intentos, sin obtener más resultado que un inquietante apagado o fuera de cobertura, finalmente Olga dio señales de vida.

—¿Dónde te habías metido? —le recriminé, ya que empezaba a estar preocupada.

—En el restaurante. El dueño me ha hecho ir para que vaya conociendo el negocio. Además, esta tarde sale de viaje y no sabe cuándo regresará, por lo que quería darme al menos las instrucciones más básicas.

—¿Todo bien?

—¡Claro! Yo creo que él está contento de haberme contratado, y yo más feliz no puedo estar. Y cuando cobre la primera nómina no te quiero ni contar. Por otra parte, ¿sabes qué?

—En un acto de generosidad, ¿no me lo contarías sin que tenga que ponerme a adivinar? —casi le supliqué.

Lógicamente, yo no podía verla, pero sí oírla, su sonrisa, mitad pícara y mitad impaciente, tanto como anhelante.

—El chef, Ignacio, me ha preguntado por ti.

## El fin de fiesta

—¿A qué te refieres exactamente cuando dices que el chef ha preguntado por mí? —le inquirí incluso con algo de sorna a Olga, consciente de que su faceta de celestina solía hacerle apañar, o incluso amañar, la realidad para acoplarla a sus deseos o necesidades.

—A que, después de acabar con Vidal (que es como se llama el dueño), me he acercado a la cocina para saludarlo...

—¿Sólo saludarlo? —la interrumpí para poner de manifiesto mis dudas al respecto, puesto que lo que yo consideraba era que se habría colado, y de rondón, para abordarlo, y probablemente sobre la materia en cuestión.

—¡Pues claro que sí! ¡¿Quién te crees que soy?!

—¿Una metomentodo... sentimental? —aseguré, tras lo que solté una carcajada, imaginándome la escena, de la película, en la que mi hermana sería la protagonista, ofreciéndome a mí de personaje secundario, como si fuera el filete que el tal Ignacio tuviera previsto cocinar como menú del día.

—Pues no, y no te miento cuando te digo que sólo hemos intercambiado unas cuantas palabras educadas, él dándome la bienvenida a la empresa y yo contándole lo feliz que estaba por ello, cuando me ha preguntado: «¿Y tu hermana también se dedica a la restauración?».

En honor a la verdad debería decir que, tras el jarro de agua fría que significó el fin de fiesta con Hugo, no me habría venido mal ingerir una bebida caliente, a fin de reponer líquidos, potenciar una hidratación efectiva, y afectiva, así como generar algo de calor interno, pero lo que nunca había

hecho en el pasado era engañarme a mí misma, y no iba a ser ése el día que empezara a hacerlo.

—Por favor, Olga —protesté, pues—. Sólo se trata de una frase, probablemente para llenar un hueco en la conversación, nada que esté relacionado verdaderamente conmigo.

—No estoy de acuerdo —protestó ella esta vez—, sobre todo porque, después de decirle yo que no, aunque te encantaba cocinar, aseguró: «¡Ah! Pues en ese caso dile que se pase por aquí y a lo mejor podemos compartir recetas».

De nuevo, yo era consciente de que el «Hugo *affaire*» había despertado unos sentimientos en mí que se habían quedado huérfanos, y que tal vez necesitaran de un proceso de adopción. Sin embargo, al igual que sucede con los Servicios Sociales, tenía que asegurarme de a quién se los entregaba, no fueran a acabar desatendidos y/o maltratados. Y, por mucho que Olga se empeñara en ver señales de humo donde no había ni rescoldos, Ignacio no había encendido ninguna hoguera. Así, sólo se trataba de un compañero amable, y sólo suyo.

En cuanto a Hugo, cierto era que el postre lo tomamos en el restaurante al que acudimos a cenar. No obstante, los postres —mayúsculos y plurales— llegaron después, frente al escaparate de Louis Vuitton, tras preguntarme él acerca de mi familia y los motivos por los que mi tía se hizo cargo de nosotras.

En lo que a mí se refería, era un tema del que no hablaba jamás, ni siquiera con Olga, por considerarlo ambas ese pasado que nunca ha dejado de ser tal y que se mantiene latente. Es decir, como un virus, el de la varicela sin ir más lejos, que permanece acantonado en el organismo hasta que entra en contacto con la cepa que lo originó, para acabar produciéndote un herpes zóster y, con ello, acarrearle un proceso mucho peor que el mal que lo causó.

Así pues, opté por eludir sus preguntas sobre mis circunstancias familiares, intentando dar un giro a la conversación para alejarla de ellas, algo a lo que él

se resistió.

—¿Qué pasa? ¿Te molesta? —esgrimió al darse cuenta de mi maniobra.

—Bueno, digamos que no es un asunto que trate con desconocidos —me defendí como pude.

Tal vez estuve poco acertada yo en la elección de la frase, pero en mi descargo diré que es lo que tienen los nervios, que hacen que las palabras se precipiten sin haber adoptado con anterioridad su forma previa, y me refiero a convertirse en pensamientos antes que ser una suma de letras con mayor o menor sentido. Y es que, en mi opinión, dichos nervios hacen que las palabras se paseen por el cerebro más ágiles que las ideas, o quizá calzando sólo zapato bajo, lo que conlleva que se muevan raudas y veloces, frente a los pensamientos, que calzan tacón y precisan de más firmeza para desplazarse. O sea, que requieren de una elaboración mental mayor.

—Desde mi punto de vista, las citas sirven para que la gente deje de serlo —insistió Hugo, y con un tono algo molesto, o al menos eso aprecié yo.

—Por descontado —le reconocí—, pero hay otros muchos temas sobre los que hablar.

—De dónde vienes y adónde vas me parecen tan válidos como cualquier otro.

—Por supuesto —admití de nuevo—, aunque no creo yo que la mayor parte de las personas tengan muy claro el segundo de tus conceptos.

—Seguro que el primero de ellos sí.

—Puede, aunque no les apetezca compartirlo.

Más franca no pude ser y, al igual que Hugo —cada vez más molesto por mi falta de respuestas—, yo me encontraba cada vez más incómoda por su presión.

—Deberías entender que no es un tema fácil de abordar para mí —le planteé en esa línea.

—En eso consiste la vida, ¿no?, en superar aquello que nos cuesta.

—O en aprender a vivir con ello, con tanta soledad como silencio.

—Si no puedes hablar de ello es que hay una lección importante en la vida que no has aprendido.

—¿La del dogmatismo que algunos pretenden ejercer sobre los demás? Creo que en esa materia fui una alumna aventajada, incluso saqué matrícula de honor.

Una vez escuchada, y asimilada, mi contrarréplica, Hugo se calló, quizá sorprendido por la dureza de mis palabras. En cualquier caso, yo aproveché el momento para reorganizarme mentalmente, tras lo que le pregunté:

—¿Por qué es tan importante para ti?

—Debería ser importante para ti contarle, dejar que te conozcan.

—No es el caso, al menos, no en ese sentido —precisé.

—Pues entonces no creo que seas una persona que merezca la pena conocer.

Sorpresa es poco para describir la sensación que ese comentario provocó en mí. Es más, me pareció hasta un insulto, la continuación del intento previo de violación, la de mi intimidad, con el agravante de intimidación, aunque sólo fuera verbal.

De entre las múltiples opciones que se me presentaban —desde soltarle una grosería hasta hacerle un gesto obsceno—, opté por portarme como una señora. No en vano, yo siempre tenía presente uno de los consejos de mi madre, y era «que en cada pisada quede tu huella», no siendo la de una barriobajera la que yo quería dejar.

En consecuencia, antes de dar media vuelta para marcharme a mi casa, aseguré:

—Muchas gracias por la invitación a cenar y, dado que, afortunadamente, sólo somos dos desconocidos, a partir de ahora no tendremos ningún problema en seguir siéndolo.

Una vez dicho esto, me giré en redondo y volví sobre los mismos pasos que me habían conducido hasta allí un par de horas atrás.

Qué diferente me parecía ahora el aire de la noche. Y es que, mientras antes

se me antojaba cálido, cercano e incluso luminoso, ahora se me figuraba frío, distante e incluso oscuro, porque Hugo no sólo había apagado su propia luz — la que yo pensé que tenía en su interior—, sino toda la exterior a él.

Por un instante, además, creí que él vendría corriendo detrás de mí, para disculparse en primer lugar, pero también para ofrecerme algún tipo de explicación que justificara su comportamiento. Y me refiero a algún trauma de tipo infantil que, irreflexivamente, lo hubiera conducido a espetarme esa grosería.

De hecho, tras andar unos pocos metros me giré para comprobar su actitud y, para mi sorpresa, ya ni siquiera estaba. De haberse quedado, al menos habría significado que le dolía perderme, pero marcharse implicaba que yo no le importaba nada.

En consecuencia, a medida que caminaba más convencida estaba de haber obrado bien al no sucumbir a su presión. Al fin y al cabo, yo no era uno de sus libros, que tuviera que desentrañar, e incluso destripar, para llegar al meollo de la cuestión y convertirlo en el objeto de su cubierta.

Los seres humanos somos como una iceberg, cuya mayor parte permanece oculta bajo el hielo, de forma que sólo una porción es observable desde la superficie. Y, en el caso de las personas, además, podemos elegir la fracción que queremos mostrar.

Por tanto, ese pedazo de mí se quedaría donde estaba, al menos hasta que yo decidiera lo contrario.

Ni tan siquiera a Patricia, que era mi mejor amiga, le había dejado ver dentro, y si algo sabía ella era por la parte que vivió, al conocernos desde la infancia, pero no porque yo le hubiera permitido la entrada a ese rincón de mí.

Y, de momento, mi propósito era que siguiera permaneciendo bajo llave.

No obstante, dado que el solo recuerdo de aquellos años trágicos hacía que mi felicidad se hundiese, al llegar a casa no me quedó más remedio que darme un atracón... de frases felices, que era lo único que habitualmente conseguía izar mi ánimo.

Así pues, y ya que todas las que tenía anotadas en mis cuadernos se me antojaban pocas, o antiguas, por demasiado leídas, encendí el ordenador a fin de buscar más.

Horas estuve navegando sin encontrar ninguna que me satisficiera, ni siquiera de autores como Paulo Coelho, cuyos mensajes positivos anegan la red, o de poetas latinoamericanos como Pablo Neruda o Mario Benedetti, que más que otorgar felicidad a las almas las reconcilian con la vida por la belleza de sus palabras.

Es más, para mi desgracia, la mayor parte de las que se me venían a las manos, y por ende a los ojos, eran de amor, o de desamor para ser exactos, lo que desequilibraba aún más mi ya de por sí inestable ánimo. En consecuencia, y práctica como era, decidí que tal vez había llegado el momento de inventar las mías propias, lo que, teniendo en cuenta el esfuerzo que representaría, me serviría de más ayuda, en el sentido de que las valoraría más.

Cogí un bolígrafo, pues, porque nada hay como la tinta y el papel para intensificar y fijar los pensamientos, y me dispuse a escribir.

Un buen rato estuve sólo emborronando cuartillas, principalmente porque para decir algo resulta prioritario saber lo que quieres decir, lo que no siempre es fácil. Así, esa concreción en las ideas necesaria para unir palabras con el fin de que adquirieran un sentido tan profundo como estético no me resultó una tarea sencilla. Y la razón se debía, sobre todo, a que en el proceso resulta necesario incluir un análisis de tus sentimientos, desde donde parten y hasta donde han de alcanzar. Y ésa, sin lugar a dudas, era la parte más complicada.

No obstante, tras añadir algo más de afán por mi parte, logré un mínimo de dignidad en las siguientes líneas que surgieron de mis dedos: «La felicidad es como la energía: ni se crea ni se destruye, sólo se transforma..., o somos nosotros los que tenemos que transformarnos para adaptarnos a ella»; «La felicidad es como la vida: si no estás atento pasa sin más a tu alrededor»; «La felicidad es alcanzar, no un estado mental, sino civil, de compromiso, entre

ella y nosotros mismos»; «La felicidad es un lugar, perteneciente a un mundo, que para que exista tienes que hacerle un hueco en tus entrañas», o «La felicidad es un plano, ese en el que tu alma no está desenfocada».

En cualquier caso, y a pesar de que voluntad le puse, algo borrosa la veía yo, quizá porque ninguna de esas frases acababa de convencer a la mía. Y casi con toda seguridad se debía a que para ser verdaderamente feliz tienes que cumplir con una serie de requisitos, algo así como un ritual mediante el cual has de desprenderte, minimizar o al menos ser consciente de que la mayor parte de las cosas que suceden en la vida escapan a tu control, sobre todo las que tienen que ver con la opinión que los demás tienen sobre ti.

Sin embargo, y desgraciadamente, yo no había alcanzado ese nirvana existencial. Aquella noche, no.

A estas alturas de mi vida, mentiría si dijera que no tenía en mi haber más de una cita fallida. Pero existían dos grandes diferencias con cualquier otra que hubiera vivido en el pasado, siendo la primera de ellas que con anterioridad nunca me había sentido no ya repudiada, sino menospreciada. En consecuencia, si cierto es que no se puede mandar en la voluntad ajena, también lo es que rara vez tus sentimientos obedecen tus órdenes.

Y, por lo que se refería a la segunda, me enfrentaba a un problema que tampoco se me había presentado jamás, y eran precisamente esos sentimientos, afectivos, que Hugo había despertado en mí y que irremediablemente se habían quedado exentos, de él, y dolientes, en mí.

Por tanto, si en aquel momento hubiera tenido que definir el amor lo habría hecho comparándolo con un pijama, que en principio ha de ser amplio para que a su vez sea cómodo; sin embargo, tras la primera puesta compruebas que te has equivocado de talla, porque las costuras te aprietan, lo que, además de molesto, impide que duermas.

Además, a la mañana siguiente, mi lavadora enfadada no hacía sino confirmar mi creencia acerca de que los objetos tienen vida propia —aunque sea eléctrica—, dado que presienten, y se resienten, con nuestras vibraciones,

sobre todo con las negativas, y si no que se lo pregunten al horno de mi hermana, contra el que arremetió a hachazo limpio a las tantas de la madrugada.

En mi opinión, ésa es la razón de que los electrodomésticos, por ejemplo, se estropeen de tres en tres, debido al mal karma que exhalas al aire cuando sucumbe el primero, que se incrementa con el segundo y que, por el contrario, se convierte en súplica cuando la disfunción le llega al tercero.

Y enfrascada estaba yo en estos pensamientos, a la vez que sacaba la ropa ya limpia de la lavadora, cuando sonó el timbre del portero automático, lo que me extrañó, puesto que no esperaba a nadie en aquella mañana de sábado.

—¿Quién es? —pregunté, casi más intrigada que sorprendida ya.

—Mensajero. Traigo un paquete para Andrea Salazar.

Tras abrir la puerta del portal, unos segundos estuve dándole vueltas a la cabeza sobre qué podría ser, hasta que el ascensor paró en mi piso. Y tanta curiosidad tenía que antes de que él llamara yo ya había girado la llave a fin de que me lo entregara lo antes posible.

Una firma en el terminal, un «muchas gracias» seguido de un «espero que tengas un buen fin de semana», y me dispuse, casi con vehemencia, a rasgar el sobre, que venía sin remitente.

De cualquier manera, nada más abrirlo, y sin necesidad de leer nada, ya supe de quién procedía.

«Hugo», me dije, puesto que se trataba de otro libro, aunque esta vez su título era *En esto llegó diciembre*.

Por lo que se refería a su cubierta, era chocante, sobre todo por el contraste que se producía entre un título tan invernal y la imagen que la adornaba, consistente en la fotografía de un mar, tanto de agua como de personas (que perfectamente podría haber sido captada por un dron, dado que se había tomado a una cierta altura). Pero lo que más llamaba la atención era que las letras estaban formadas por flotadores, tan reales que parecían estar hechos en

tres dimensiones, alrededor o dentro de los cuales se encontraban algunos de los bañistas.

A decir verdad, el resultado sólo podría ser calificado de espectacular, independientemente de cuáles fueran mis sentimientos con respecto a él.

Y, en cuanto al susodicho, su huella personal la había dejado escrita con tinta en la primera página, con un mensaje tan pretencioso —y supuestamente profundo— como insuficiente:

Quizá debería aprender de los escritores cuyas portadas diseño, porque su máxima suele ser no tanto desarrollar empatía hacia sus lectores, sino hacia sus personajes. Y yo creo que he hecho lo opuesto contigo. Espero de todo corazón que puedas perdonarme.

Pero la cualidad que yo más valoraba en un autor no era la que él había descrito, sino la de implantar sueños en la vida de los demás, que adoptaban a su vez la forma de otras vidas, y ésa no era ni de lejos la sensación que su comportamiento o su disculpa habían producido en mí.

Aun así, después de analizar su explicación desde todas las perspectivas posibles, al final fui capaz de dar con la frase feliz que la madrugada anterior no había podido encontrar: «Ve, a donde sea, y haz que sea».

## La historia

Desde que tuve uso de razón, si una certeza me había acompañado en todos y cada uno de mis días era que la suerte estaba de mi lado, aunque en la mayor parte de las ocasiones hubiera tenido que esforzarme para pensar así. Y es que mi vida, y la de Olga, no siempre fue fácil, o casi nunca, o probablemente nunca.

No obstante, dentro de mí existía un mecanismo de compensación que se activaba cuando el viento se ponía en contra, lo que me hacía compararme, no ya con los demás, aquellos que se encontraban en unas circunstancias más desafortunadas que las mías, sino conmigo misma, lo malo frente a lo bueno, todo aquello de lo que carecía versus lo que sí tenía. Y, al final, ese espíritu positivo mío siempre lograba que el viento se pusiera de cara.

En cualquier caso, lo que nunca hacía era hablar de ello, de los aspectos negativos que habían conformado mi vida. Y la razón se debía a que mientras el dolor está encerrado dentro de ti es sólo tuyo, y está retenido, y contenido. Sin embargo, si decides liberarlo, y compartirlo, no sabes el uso que de él hará la persona que escuche tu historia, y menos aún si la acabará propagando, por lo que existe una posibilidad real de que tu dolor acabe en la tertulia de cualquier café siendo objeto de risión, cuando no de mofa o escarnio.

Además, con el paso de los años había llegado a un acuerdo con todos esos recuerdos, de manera que ya no me resultaban tan dolorosos, o incluso, al contrario, al haber encontrado la manera de ser feliz con ellos.

Así, yo lo era, a pesar de que mi madre murió al darme a luz, ya que mi hermana siempre aseguraba que ella a su vez murió feliz, sabiendo que yo

viviría. Y por eso, entre otras razones, siempre me he sentido en la obligación de serlo, primero por ella, pero después por mí, como si se tratara de una deuda contraída al nacer.

Por otra parte, yo también lo era, aunque mi padre falleció de cáncer seis meses después —o eso dijeron los médicos, porque Olga juraba que la verdadera causa fue la pena por perder al amor de su vida—, puesto que sus últimas palabras antes de morir fueron: «Siempre queda algo por hacer, como volver a sentir la luz del sol un día más, pero me voy conforme, porque he tenido una vida feliz y plena».

En consecuencia, también contraí con él una deuda similar, pero no sólo con respecto a prometerme a mí misma ser feliz, sino a disfrutar de la luz del sol, por él. Y ése era el motivo de que adorara los primeros días de primavera, los intermedios y los finales, que daban paso a todos los del verano, y después a todas esas mañanas tan azules como luminosas que llenan los otoños y los inviernos del cielo de Madrid, porque necesitaba sentir en mi cara todos los rayos que mi padre no pudo.

Asimismo, yo era feliz puesto que, pese a que mis padres habían muerto siendo yo un bebé, siempre tuve conmigo a mi hermana, que vivió veinte años con ellos, que me educó de la misma manera que ellos lo hicieron y que me entregó el mismo amor que ella recibió. No en vano, todas las noches de mi infancia, cuando Olga me acostaba siempre me repetía: «Te quiero, y papá y mamá también. No lo olvides jamás».

Y yo crecí con ese amor dentro de mí, con el de Olga y con el de mis padres, que era líquido, como mi sangre, y que me recorría entera.

Por otra parte, y como cuidadora mía que fue, a mi hermana le sucedió algo parecido a lo que les ocurre a los familiares al cargo de enfermos, que son los que llevan la peor parte, más aún que el propio afectado. Cierto era que yo no padecía ninguna patología, pero todo el mundo se compadecía de mí por haberme quedado huérfana, si bien nadie lo hacía de ella, a la que la vida se le partió por tener que ocuparse de mí.

Así, en primer lugar tuvo que dejar la facultad, la de Económicas, donde era una estudiante de matrícula, a fin de ponerse a trabajar, como camarera, para aliviar la carga que dos bocas más generaban en la economía de la tía Conchita.

Mi tía, que ya era viuda entonces, no tenía más ingresos que la pensión que le pagaba el Estado, que no era demasiado generosa, dicho sea de paso. Y, por otra parte, mis padres vivían de alquiler, con lo que tampoco hubo ninguna casa que vender que pudiera ayudarnos. Al menos, con el dinero que había en la cuenta corriente en aquel momento hubo suficiente para pagar los gastos de los dos entierros, por lo que no fue necesario pedir ningún crédito para afrontar ese gasto.

En otro orden de cosas, yo también me sentía agradecida porque Olga me hubiera ocultado la verdadera causa de la muerte de mi madre —para que no me culpara—, hasta que fui lo suficientemente mayor como para entenderla, hecho que sucedió unos meses después de haber cumplido la mayoría de edad. Y aun así fui tan afortunada entonces de contar, además de con ella, con el primer chico con el que salí, Berto.

Por tanto, cuando mi hermana me reveló las circunstancias —más el día en que ocurrió, un 23 de diciembre, seguido del velatorio el 24 y del entierro el 25—, yo no me derrumbé, porque Berto montó una Navidad para mí en julio, a fin de que siempre contara con un momento feliz que me recordara esas fechas. Y éste consistió en decenas de casas en miniatura agrupadas formando un pueblo, más un pequeño parque de atracciones, cuya noria giraba, o una pista de patinaje con figuras diminutas que atravesaban el hielo, todo el conjunto iluminado y rodeado de montañas nevadas, en la cima de una de la cuales había una pequeña pizarra con un mensaje escrito con tiza que decía: «El pasado está ahora dentro de ti; el futuro está fuera y, en él, un nuevo mundo feliz como éste te espera».

Y yo me sentí reconfortada, por tenerlo a él también, en ese mundo.

Y es que, si nadie debería morir en Navidad, y menos una madre, Olga me

aseguró que la mía lo hizo con gusto. «Una vida por otra. Es un trueque justo —dijo poco antes de morir—, aunque siento no poder regalarle más que la vida», afirmó, no obstante.

Sin embargo, Olga me dio todo lo demás, y Berto, por añadidura, un mundo que no por ser una miniatura era más pequeño que el real.

El verdadero problema fue mi tía.

Pero incluso con ella —o sin ella, para ser exactos— encontré el modo de ser feliz, y hasta de estarle agradecida.

Al fin y al cabo, bien podría haberme dado en adopción, teniendo en cuenta que los Servicios Sociales jamás hubieran consentido que Olga se hiciera cargo, legalmente, de mí debido a su juventud y a la necesidad de un trabajo mejor remunerado para mantenernos dignamente a ambas que el que pudo encontrar.

Por tanto, oficialmente, mi tía pasó a ser mi tutora, si bien fue mi hermana quien, oficiosamente, se hizo responsable de mí, y en todos los sentidos.

Por consiguiente, era Olga quien, antes de marcharse a trabajar a las seis de la mañana, dejaba el desayuno y la comida preparada para las dos, Conchita y la que suscribe, y la que hacía la cena, para las tres, en cuanto llegaba, cerca ya de las diez de la noche, cada noche.

A mi tía siempre había alguna pestaña que le dolía, o una uña rota que le generaba una ansiedad inquebrantable, por lo que sólo me mantenía con vida hasta que regresaba Olga, que era la que me la daba, la vida. Es más, en más de una ocasión, siendo yo un bebé, al volver de la cafetería se encontró con que Conchita no había hallado el momento entre sus múltiples ocupaciones — a la sazón, ninguna— para cambiarme el pañal, en todo el día, que en consecuencia se encontraba ya en proceso de descomposición, habiendo fermentado en él todas mis necesidades fisiológicas.

Mi tía consintió en que sobreviviera, pues, pero Olga me hizo vivir, en esa casa que ella se encargaba de limpiar también después de cenar, y fuera de ella, al mostrarme lo que había en el exterior, porque primero me dio las

raíces y después las alas, unidas ambas por un cordón imposible de cortar. «Amor, raíces y alas —solía decir—. Y en eso consiste la educación. Y la vida», concluía su argumentación.

Y es que, a diferencia de Olga, que no tenía corazón porque el suyo me lo entregó a mí, mi tía poseía uno enorme, aunque en exclusiva para ella. Al fin y a la postre, nada salvo cuidarlo hacía, y cuidarse, sentada todo el día, y todos los días, viendo la televisión e ingiriendo la comida que Olga preparaba, cuyos ingredientes se encargaba de comprar además en su día libre semanal.

Así pues, y ya de mayor, llegué a la conclusión de que no se trataba de que Olga no supiera cocinar, sino de que lo odiaba, porque le recordaba al infierno al que la vida y la propia Conchita la habían condenado.

Durante todos esos años, nunca oí quejarse a mi hermana, ni en verdad tampoco después, pero desde muy niña yo empecé a apreciar su esfuerzo, por lo que, con apenas cinco o seis años, ya realizaba algunas tareas domésticas, *motu proprio*, a fin de aliviar su regreso a casa. Básicamente éstas consistían en hacer las camas, limpiar el polvo o fregar el suelo de la cocina y del baño, las suficientes al menos para que tuviera un rato libre del que disfrutar.

No obstante, ni siquiera esas circunstancias hicieron mella en mi felicidad, porque siempre consideré que, de no haber firmado mi tía los papeles oficiales, yo no podría haber vivido con Olga. Y si era cierto que fue mi madre quien me entregó la vida, igual de cierto era que ella me la mantuvo, o quien me brindó una segunda, inmensa, tan llena de amor como de días.

En esa misma línea, tampoco me importó nunca que la mayor parte de las tardes mi tía no acudiera a buscarme al colegio, dado que, como sólo le importaba ella misma, tendía a olvidarse de lo demás, lo que incluía a los demás. Al fin y al cabo, más tarde o más temprano, Olga aparecía avisada por la directora, y al llegar me abrazaba, muy fuerte, para después susurrarme: «Jamás te preocupes. Si yo no estoy, papá y mamá siempre están contigo».

Y yo la creía, aunque Paula, la responsable del centro, no tanto. Por eso se quedaba conmigo hasta que Olga podía escaparse de la cafetería, lo que a su

vez significaba un nuevo motivo de agradecimiento para mí, ya que nunca dio parte a los Servicios Sociales del abandono al que Conchita me sometía. Así, Paula fue consciente que de hacerlo habrían apartado a Olga de mi lado, lo que se habría convertido en una segunda condena para mí.

Finalmente, su decisión consistió en echar una mano en todo aquello que estaba a su alcance, como llevarme al médico cuando estaba enferma para evitar que Olga tuviera que ausentarse del trabajo. E incluso en los días que se celebraban festivales infantiles, cuando el salón de actos se llenaba de padres tan cargados de sonrisas orgullosas como de cámaras para capturar unos momentos que siempre serían felices, Paula se hacía cargo de mí con el fin de que yo no notara la ausencia de mi tía, por desidia existencial, o la de mi hermana, por imposibilidad laboral.

Gracias a ella, nunca me sentí la única niña del colegio que no tenía padres; es más, me sentía aún más especial, puesto que de alguna manera era su protegida, porque en verdad me protegía, cogiéndome de la mano, abrazándome o besándome. Y luego Olga lo hacía todavía más cuando me recogía.

Tanto nos ayudó a ambas que hasta consiguió para mi hermana un trabajo mejor remunerado y al que tenía que dedicarle menos horas, a costa de pedir favores a los padres de otros alumnos. E incluso en una cafetería más cercana al colegio, para mayor alegría suya.

Así pues, si una verdad había sido siempre aplicable a mi vida era que, si ésta te quita algo, algo te da a cambio a su vez, o, dicho de otra manera, cuando te vacía las manos, te sitúa una persona al lado que las tiene llenas, con suerte de amor, y yo me veía en la obligación de ser feliz por ello. Además, Olga se olvidó de sí misma para que yo lo fuera, y ésa era una tercera deuda, contraída en este caso con ella.

Lo que nunca me contó fue si, en su lecho de muerte, les prometió a mis padres hacerse cargo de mí, o fue algo que se prometió a sí misma. No obstante, al convertirse ella en madre sí observé que a mí parecía quererme

incluso con más esfuerzo y ahínco que a sus propias hijas, y eso que tuvo que criar a las gemelas prácticamente sola, tanto económica como parentalmente hablando.

En cuanto a mí, mis escasos diez años de entonces —los que tenía cuando las niñas nacieron— no fueron impedimento para que la ayudara en todo lo que podía, y aprendía, porque llegó un momento en que hasta les sacaba los gases a los bebés con más soltura que Olga.

Así viva cien años jamás olvidaré la respuesta que solía dar a las vecinas cuando le preguntaban acerca de mi edad:

—¿Y cuántos años tiene ya tu hermana?

—Acaba de cumplir cincuenta —aseguraba convencida ella.

Y puede que fuera verdad, que naciera adulta, al igual que mi tía lo hizo egoísta, y viuda.

Cierto era que existían fotos que probaban que se casó, pero sin que en su ser se apreciara ningún rastro de la generosidad necesaria para querer a alguien.

Cientos de veces he pensado acerca de cuáles fueron los motivos que la llevaron a comportarse con nosotras como lo hizo, y en su descargo sólo puedo mencionar que tampoco debió de ser fácil para ella ver su vida invadida de repente por una veinteañera y un bebé recién nacido. Pero es lo que tienen las mañanas de niebla, que no siempre se convierten en tardes de paseo.

En lo que a mí se refería, crecí con el firme convencimiento de que la vida no es perfecta y que, además, a todos se nos entrega una moneda al nacer, con una cara y una cruz. Si Olga era la cara no hará falta decir cuál fue la cruz.

Yo la soportaba lo mejor que podía, y en general agradecida, ya que probablemente el único acto de generosidad que se permitió en la vida lo llevó a cabo conmigo, y fue dejar que creciera junto a mi hermana.

Por esa razón, ya adulta, siempre le cogía el teléfono cuando me llamaba para soltarme esa retahíla suya de enfermedades tan imposibles como

absurdas, porque si por algo se distinguía era por ser una hipocondríaca, e histriónica por añadidura. Y esa circunstancia, que habría sido hasta divertida de haber sido ella una viejecita adorable, se tornaba insidiosa en su caso.

La única dolencia que estaba probada que padeciera era una osteoporosis —que hasta parecía que sus huesos le doblaran la edad de puro desgastados que sonaban—, si bien el traumatólogo que la atendía aseguraba que también a ellos les quedaban muchos años de vida.

Yo, por el contrario, y quizá como mecanismo de compensación, jamás iba al médico, entre otras consideraciones porque pensaba que entrar en una consulta es como llevar el coche al taller, que nunca sabes si te va a costar cuatrocientos o cuatro mil euros la reparación. Es decir, que llegas con unos mocos y sales con un cáncer de pulmón.

Otro de los asuntos relativos a ella al que dediqué bastante tiempo y pensamientos durante mi adolescencia fue al de su matrimonio, al no alcanzar a comprender las razones por las que alguien querría casarse con ella. De haber sido Conchita una princesa habría dado por sentado que se trató de una cuestión de Estado, pero, sin ese pedigrí, huéspedes se me hacían los dedos.

Quizá fuera por la naturaleza oscura de ese matrimonio que mi tío falleció tan joven, con apenas treinta años. Como única explicación posible, Olga esgrimía que se quitó de en medio para no tener que aguantarla, o su versión más drástica, consistente en que prefirió morirse él antes que matarla a ella. Y es que, al parecer, su marido era un ferviente católico, con lo que ni el divorcio ni el asesinato se los permitía su religión.

En cualquier caso, fueran cuales fuesen las razones, su óbito fue tan inesperado como inaudito, ya que murió de puro convencimiento. Según me contó Olga, una tarde se sentó en el sofá del salón para asegurar segundos después: «Me llamo Primo González y me muero». Y dicho y hecho.

Nada irregular se encontró cuando se le practicó la autopsia: ningún rastro de infarto o de malformación congénita..., o de veneno, que era la opción que

barajaba mi hermana. «Pues no es tan fácil morirse, no, así que mucha voluntad debió de ponerle», aseguró el forense como única explicación.

En cuanto a la tía Conchita, se quedó viuda a los mismos treinta años que tenía él al fallecer, y cuarenta cuando se hizo cargo de nosotras, edad que pongo de manifiesto para que conste en acta que hacerse cargo de dos niñas no debería haberle resultado excesivamente gravoso, sobre todo teniendo en cuenta que una de ellas acababa de cumplir los veinte y era capaz de cuidar de sí misma. Y, además, que ella era ama de casa.

La pensión de la que vivía Conchita no destacaba por su cuantía, pero, al tener el piso pagado en su totalidad, resultaba suficiente para cubrir todas sus necesidades, motivo por el que nunca demostró mayor interés en trabajar.

Sin embargo, al tener que alimentar a dos bocas más tras fallecer nuestros padres, exigió de Olga una contribución a la economía familiar como condición *sine qua non* para permitirnos vivir con ella. Y mi hermana aceptó.

Lo que nunca sospeché fue que en realidad mi tía atesoraba una cuantiosa cantidad de dinero, heredada de su marido —a la sazón, hijo único de una acaudalada familia de banqueros—, consistente en varios millones de euros.

Fue pura casualidad que Olga lo descubriera, y se debió a algo tan sencillo como una carta del banco que la tía le entregó por error y que ella abrió sin prestar atención al destinatario que figuraba en el sobre.

*Perplejidad* es poca palabra para describir la reacción que experimentó. Tal como yo lo recuerdo, diría que entró en estado de *shock*, al ser consciente de que había estado diez años matándose a trabajar cuando nada le habría costado a nuestra tía mantenernos, al menos hasta que Olga hubiera terminado la carrera, permitiéndole así alcanzar una mejor posición en la vida.

—¿Lo que acabo de ver es cierto?! —gritó Olga entonces, mientras sujetaba con una mano la carta y con el dedo índice de la otra señalaba el saldo que figuraba al pie de la página.

La tía Conchita se puso roja en primer lugar, para quedarse lívida después, aunque bien poco le duró ese trasvase de colores, así como el estado mental

de confusión en el que parecía haberse sumido tras la revelación.

—Es mi dinero y no tengo por qué darte explicaciones —afirmó tras recuperar el habla.

—Soy la hija de tu hermana, y fue mi vida de la que te apropiaste, así que yo creo que sí me las debes, y una justificación también —contraatacó Olga.

—Os di un techo, ¿qué más quieres?

—Que yo tuve que apuntalar para que no nos aplastara.

Era cierto. El techo nos lo dio, aunque no las paredes, o el suelo, que a veces parecía que era en el abismo donde vivíamos, de puro abandonadas que nos tenía.

—O, en todo caso —prosiguió Olga—, podrías haberme hecho un préstamo...

—Que nunca me habrías devuelto —la interrumpió la tía.

—Pero ¿tú te estás oyendo?! ¿No te da vergüenza?! Tu hermana debe de estar revolviéndose en la tumba ahora mismo, o probablemente desde que se murió.

—¡Eres una desagradecida!

—¿Yo, desagradecida?! ¡Y tú, una negrera! Haciéndome trabajar, no sólo fuera, sino dentro de casa, mientras que tú te pasas todo el día sin hacer nada.

—Ésa siempre fue mi vida y no encontré ninguna razón para cambiarla —reconoció la Conchita más sincera.

Y, ante esas palabras, Olga ya no pudo contenerse más y explotó, calificándola de ser despreciable y sacando a colación los pañales que no me cambió de bebé o todas las veces que no me alimentó y que al llegar a casa se encontró con biberones llenos cuando deberían haber estado vacíos, esgrimiendo como única excusa un absurdo por descerebrado: «¡Ah! Pero ¿es que tenía que comer?».

—¡Si con todo el dinero que tienes hasta podrías haber contratado a una niñera para que cuidara de ella! —profirió Olga.

—La vida es larga, y nunca se sabe lo que puede suceder.

—¿Y cuántos años tienes previsto vivir? ¿Cinco mil? Además, a no ser que cambies de estilo de vida, te ciñes a tu pensión y no tocas nada de ese dinero.

—Y me gusta que sea así.

—Y así seguirá siendo —sentenció Olga—, pero a partir de ahora serás tú la que cocine y la que limpie la casa, porque Andrea y yo nos vamos de aquí.

Ese día coincidió en el tiempo con la boda de Olga, y además significó un punto y aparte en la relación entre ambas, y el punto final de esa familia tan poco convencional que formábamos las tres.

Así, Olga recogió todas nuestras pertenencias y las dos salimos por la puerta para no volver jamás, no sin antes afirmar:

—Seguirás siendo la tutora de Andrea los ocho años que le quedan hasta alcanzar la mayoría de edad, para que no haya problemas legales, pero si se te ocurre acudir a los Servicios Sociales para decir que ya no vive contigo te denunciaré por maltrato.

Poco después, cuando Álvaro abandonó a Olga y se confirmó que estaba embarazada, y de gemelas además, ésta no se planteó volver con la tía Conchita. De hecho, siempre se atuvo a la promesa que se hizo a sí misma de no recurrir a ella en busca de dinero y/o ayuda, «no sea que la maldad sea contagiosa», como solía asegurar.

Desde entonces, rara vez hablaba con ella y menos aún la visitaba, y si lo hacía era para abroncarla con respecto a mí, por ese acoso telefónico al que me sometía.

En lo que a mí se refería, probablemente, y como Olga decía, siempre la traté con más respeto del que merecía.

Una vez instaladas nosotras en nuestra nueva casa, y tras nacer las gemelas, la vida se nos puso un poco cuesta arriba a Olga y a mí, por cuanto el dinero no daba abasto ni abasto nosotras para atender a Jimena y a Daniela, que más que dos parecían un ejército, y siempre en pie de guerra.

No obstante, yo me sentía feliz, porque seguía teniendo a Olga, que me quería, y porque podía ayudarla. Es más, ese cariño de mis padres que ella me

transmitía, del que crecí rodeada y que ella misma me profesaba, era idéntico al que yo traspasaba a mis sobrinas, en una suerte de cadena transmisora de amor que me encantaba.

En cualquier caso, el que Olga destinaba para mí era especial por cuanto siempre me quiso como una madre, pero sin dejar de ser nunca mi hermana. Así pues, fue madre cuando lo necesité, y hermana, también.

Y, en cuanto a la escasez de dinero, con la buena maña que demostré como niñera, cuando no llegábamos a fin de mes completábamos lo que nos faltaba con mi sueldo como cuidadora de los niños de los vecinos, sueldo que poco a poco fue incrementándose a medida que fui haciéndome mayor, gracias a las clases particulares que impartía o a cualquier trabajo que pudiera reportarme algún dinero.

En consecuencia, si una constante hubo en mi vida fue que la felicidad superó siempre al dolor, incluso en la adolescencia, esa etapa tan canalla en la que a mi cuerpo le dio por engordar a fin de cumplir con su misión genética, que era convertirme en el clon femenino de mi padre.

Decenas de veces la gente me lanzó improperios por la calle, de manera que el que no me llamaba foca me llamaba flotador, o que era yo la que me había tragado el flotador, o cualquier lindeza del estilo de que en caso de naufragio todo el que se me acercara flotaría, ya que mi tamaño me hacía parecer una boya, y de las gigantes.

Sin embargo, y aunque me costaba, por doloroso, digerir ese tipo de improperios, con el paso de los años di en pensar que todos aquellos que necesitan hacer que los demás se sientan mal para sentirse ellos bien, o mejor, nunca merecen conseguir lo que pretenden. Y menos aún siendo ciegos, ya que en verdad no era a mí a quien veían cuando me insultaban, sino a sí mismos, en su mundo, en el que no pasaban de ser unos perfectos desgraciados.

Y, además, en el mío, yo tenía a Olga, que me quería tal y como era. Y yo era feliz por ello.

Siempre he pensado que esa sempiterna felicidad mía constituía la razón

por la que nunca he tenido problemas para encontrar pareja, o muy al contrario, puesto que era prolífica en pretendientes.

Tal vez esos hombres al acercarse a mí creían que se les podría contagiar mi felicidad, cuando en verdad se trata de un estado personal e intransferible y que, además, hay que trabajar muy duro para alcanzar. Así, la situación podría ser similar a cuando, frente a una puesta de sol, esbozas una sonrisa, sin que eso te convierta en el atardecer.

A modo de conclusión de todo lo expuesto, y aunque yo no compartiera con nadie mi pasado, sí subrayaré que siempre lo tenía muy presente. En mi opinión, la vida es como conducir, ya que, pese a tener que mirar necesariamente al frente, nunca hay que perder de vista los retrovisores a fin de ver lo que tienes atrás, lo que te sirve de referencia y, además, te permite avanzar con seguridad. Incluso cuando el paisaje trasero se pierde por completo y se sustituye por uno nuevo —algo que sucede continuamente—, el camino que has recorrido siempre queda registrado en el cuentakilómetros.

La única precaución que hay que tener es nunca cerrar los retrovisores hasta que no se ha apagado el motor, al ser garantía de colisión. Y es que el mismo dicho que se aplica a aquellos pueblos que si olvidan su historia están condenados a repetirla sirve para la vida.

En la mía siempre pesó el hecho de no haber conocido a mis padres, si bien nunca me sentí desgraciada o especial por ello. En última instancia, no debemos sentirnos diferentes por algo que les sucede a millones de personas en todo el mundo, y en peores circunstancias que las nuestras. Puestos a sentirse especiales, que sea por algo que sólo nosotros poseamos, y en mi caso era la felicidad, dado que la mayor parte de la gente no es feliz.

Tal vez ese *Topanga* mío, ese «todo para adelante aunque no te den las ganas», ya existía en mí antes de que yo creyera haberlo creado para Patricia. Y su consecuencia fuera que al acostarme cada noche, tras cerrar los ojos, yo nunca viera un fundido en negro, sino un cielo cuajado de estrellas.

## El tío Primo

Llamarte Primo constituye una broma cósmica, y de proporciones siderales, porque lo eres, casi con toda probabilidad, de alguien (carnalmente hablando), cuando no es alguien el que lo piensa de ti (intelectualmente hablando).

Además, desde la perspectiva de la familia, de un sobrino sin ir más lejos, no puede ser más ridículo referirte a alguien como tío Primo, ya que resulta hasta un anacronismo. «Y, en cualquier caso, te da la risa», como solía asegurar Olga cuando recordaba todas las veces que se le escaparon las carcajadas al dirigirse a él mediante esa fórmula que con otros nombres resulta tan convencional. Y eso sin mencionar al otro primo..., al de Zumosol.

Sin embargo, y aunque yo no llegué a conocerlo al morir él tan joven y ser mi nacimiento tan tardío, en las fotos se adivinaba que nada tenía que ver con el musculoso en cuestión por lo que a su cuerpo se refería, y menos aún su cara.

Si algo de cierto hay en que todos los rostros humanos se asemejan al de un perro o un gato, en su caso se trataba de un animal mucho más elevado, y menos doméstico, llamado jirafa. Y es que sus ojos estaban tan separados del eje central —y saltones, para más inri— que parecían nacer de los pómulos, hecho que, además de dotar su semblante de un aspecto cuando menos peculiar —por no decir jocoso—, no hacía sino empeorar el efecto que causaba su nombre de pila.

Por otra parte, tenía tanta frente como coronilla, y con un canal directo de comunicación. Es decir, que estaba carente de pelo, y desde bien joven, a tenor de lo que se apreciaba en las fotografías.

Sin miedo a equivocarme, yo siempre pensé que su calvicie se debía a la perniciosa influencia de mi tía sobre él, dado que en las fotos previas a su noviazgo el tío Primo lucía no una melena, sino un melenón, que se fue desmadejando con el paso del tiempo hasta desaparecer por completo.

«Es lo que conllevan las malas compañías —se mofaba Olga cuando el tema salía a colación—, que desembocan en consecuencias peliagudas.»

—Lo que más llamaba la atención era lo soso que era —me comentó la primera vez que me habló de él.

—Bueno, mejor soso que salado —le respondí yo.

—¿A qué te refieres?

—A que a algo soso siempre le puedes echar sal, mientras que lo salado no tiene remedio —le expliqué.

—Pero ¿tú te crees que el tío Primo era un gazpacho? Si lo vamos a comparar con una comida, más bien sería una lechuga, de puro insípido que era, y ni siquiera un iceberg, que se conservan durante años en la nevera, porque hay que ver lo poco que duró el pobre hombre.

Según me contó Olga, a pesar de esa insustancialidad que lo caracterizaba, nuestro tío era razonablemente normal hasta que se casó con Conchita, momento en el que su personalidad se transformó, pasando de ser un desaborido hasta convertirse en ciclotímico, uno de esos enfermos casi bipolares que tan pronto están eufóricos como deprimidos.

—Puede que fuera en un momento de bajón en el que se muriera, y el entusiasmo previo se debiera a que sabía que, más pronto que tarde, se libraría de ella —sentenciaba.

La tía Conchita, por su parte, aparecía en la mayor parte de las fotografías con un estilismo cuando menos peculiar para lo presumida que se había vuelto con el paso de los años. Así, sobre su cabeza lucía un pañuelo —doblado previamente por la mitad, adoptando la forma de un triángulo—, que anudaba en la nuca «y debajo del cual se colocaba un estropajo, para que el moño que lo sustentaba cobrara más altura», completaba la información Olga.

—Para mí que ese estropajo, y ya entonces, era su seña de identidad, porque no te creas que se trataba de un Nanas, uno de esos metálicos que abrillantan sin rayar, que el suyo era de baratillo, de los que no limpian pero sí rayan.

Puede que a las palabras de Olga las armara la antipatía que sentía hacia la tía, pero lo cierto es que las de ésta, habitualmente, estaban en pie de guerra, con todo el mundo.

—Además —proseguía Olga—, cuando no llevaba el estropajo en lo alto de la cocorota y se dejaba la melena suelta parecía aún más falaz.

—¿A qué te refieres? —le pregunté extrañada la primera vez que me lo contó, dado que el adjetivo elegido no me parecía el más apropiado para la conversación que manteníamos.

—A que se trataba de una de esas mujeres que aparentan tener mucho pelo cuando en realidad sólo cuentan con volumen, como si su cabeza fuera la rueda de una bici recién inflada y a punto de explotar.

—Sigo sin entender... —amagué con preguntar.

—¡Que se lo cardaba!

Risas aparte, lo que, según Olga, no había cambiado en ella era su voz, siempre impetuosa, y la mayor parte de las veces tortuosa, así como torturadora, que incluso a ella misma la hacía cautiva de sus propias palabras.

Si al tío Primo también lo tenía retenido y él solo se liberó es algo que nunca sabremos, pero de lo que sí estábamos al corriente —porque ella no dejaba de repetirlo— era de que no había conocido varón desde su fallecimiento, lo que a decir verdad a ninguna de las dos nos extrañaba, o, hablando con propiedad, lo que no nos sorprendía era que ningún hombre quisiera conocerla a ella. Y a modo de ejemplo mencionaré que tan agria era de carácter que no le picó jamás ningún mosquito, bien conocidos por sentirse atraídos sólo por la sangre dulce.

En este contexto, cuando Conchita me informó del intento de acercamiento del dentista —y tras superar el estupor que la noticia me había causado— di

por sentado que mi tía diría que no, fiel como se mantenía a la memoria del tío Primo.

Aun así, quise confirmar cuál era el estado de las actuaciones. Por tanto, dejé pasar un tiempo prudencial después de que me colgara para atender a su supuesta cita, tras lo que marqué su número, lo que he de decir que se trataba de una excepción, ya que solía ser ella la que me llamaba a mí. Pero me picaba tanto la curiosidad que no pude evitarlo.

—¿Qué ha pasado al final? —le pregunté en esa línea nada más descolgar ella.

—Hombres... —me respondió con suficiencia.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que ya sé yo de qué pie cojean.

Pues a mí, la verdad, no se me ocurría cómo podía saber tanto sobre ellos, dado que, desde que alcanzara el estado de viudedad a los treinta años, se había mantenido segregada no ya de la parte masculina de la humanidad, sino también de la otra mitad, puesto que a todos les hacía ascos.

—¿Podrías ser más precisa? —le reclamé.

—Al parecer, se quedó viudo hace un año, y está bastante solo, pero no de esa soledad que se te instala en el alma, sino de la que no te pone la lavadora o te prepara una comida caliente.

—¿Y te ha pedido una cita en la que expresamente ha incluido servicio personal de lavandería y comida a domicilio?

—¡Por supuesto que no! —exclamó—. Un mínimo de educación tiene, pero estaba implícito en la conversación.

—A ver, cuéntamela con detalle para que yo me pueda hacer una idea, pero desde el principio, desde la llegada a la consulta.

—Nada más aparecer yo por allí me ha saludado muy efusivo, mucho más de lo que es habitual en él.

—¿Cuándo fuiste la última vez? Quizá entonces su mujer todavía vivía, y de ahí el cambio de actitud.

—Efectivamente. Fui haré cosa de un año y medio y, como siempre hasta ese momento, mantuvo las distancias.

—Y, por cierto, ¿cuántos años tiene? —quise hacer un paréntesis a fin de hacerme una perfecta composición de lugar.

—Como comprenderás, nunca se lo he preguntado, pero más o menos como yo, o tal vez algo más joven.

—¿Y cómo es? Físicamente me refiero.

—Pues como todos los hombres a su edad: calvo, barrigudo y supongo que con excedente de próstata, porque se ha ausentado tres veces mientras me atendía.

—Pero ¿te gusta? —sonreí mientras precisaba un poco más la cuestión.

—¿Tú eres tonta?! ¡¿O te crees que lo soy yo?! —exclamó casi ofendida—. ¿A quién le puede gustar un viejo? ¡A mí los que me gustan son los de cuarenta!

Casi se me cayó el teléfono del ataque de risa que me dio. Jamás, en toda mi vida, la había oído hablar así, siempre tan amargada y circunspecta. Sin embargo, al parecer, mi tía no sólo tenía un corazón —hecho anatómico que yo ponía en duda—, sino algún otro órgano que le latía.

—¿Acaso te has propuesto conseguir algún yogurín? —no pude por menos que preguntarle, aún con las carcajadas escapándose de mi garganta.

—¿Tú te has convertido en extraterrestre en los últimos cinco minutos?! Porque desde luego mi sobrina no eres. ¡¿Cómo se te ocurre sugerir algo así?! —

—Sólo trataba de encontrar una explicación lógica a tu comentario —me defendí.

—La única razón es que, si a la vista le das alas, vuela libre.

¡Menudo día de sorpresas llevaba! Si al final iba a resultar que tenía una tía filósofa y mística, e incluso sensible.

—¿Y qué es lo que ha pasado entonces? —quise reconducir la conversación.

—Después de saludarme, muy afectuosamente, me ha pedido tutearme, con

la excusa de que nos conocíamos desde hace más de veinte años.

—Bueno, en eso no anda falto de razón, sean cuales sean las circunstancias...

—¡Por supuesto que no! —me interrumpió—. Las formas hay que mantenerlas, en cualquier circunstancia y condición.

—¿Y le has dicho que no? —me alarmé, al saberla capaz de haberle soltado un exabrupto a modo de contestación.

—¡Por supuesto que no! ¡¿Tú eres idiota?! ¡¿O te crees que lo soy yo?! En el mundo de las teorías yo no sería viuda, pero a lo que hay que estar es al mundo real, así que he aceptado, ¡y encantada! ¿No dicen que hay que sufrir para estar bella? Pues también hay que ceder para volver al mercado.

¿Quién era la extraterrestre ahora? Porque parecía evidente que la persona que estaba al otro lado de la línea no era mi tía Conchita; eso, o que el dentista le hubiera abducido su personalidad al mismo tiempo que le succionaba la saliva mientras procedía a la colocación del implante.

—¿Y qué ha sucedido después?

—Me ha preguntado acerca de la vida en general y de mi viudedad en particular.

—¿Cuáles han sido sus palabras exactas?

—«¿Cómo te trata la vida? Porque ya es raro que tantos años conociéndonos y que nunca hayamos intercambiado más palabras que el saludo de rigor.»

—¿Y tú qué le has dicho?

—Pues que no, que era lo normal, que poco se puede hablar cuando te están perforando una muela y, además, tienes un tubo metido que te extrae hasta los higadillos.

Conchita, siempre tan cáustica... y gráfica.

—¿Y luego? —inquirí a continuación.

—Le ha hecho gracia mi chascarrillo, por lo que ha dicho que seguro que mi marido se divertía mucho conmigo.

—Ya veo que iba directo al grano —apostillé—. ¿Lo sacaste de su error?

—Claro, y precisé que era viuda desde los treinta años.

En realidad, mi pregunta tenía un doble sentido, puesto que, si el pobre hombre creía que estar a su lado era divertido, además de dentista era un iluso. No obstante, en aras de que no hubiera un enfrentamiento entre nosotras, y a fin de que yo pudiera seguir cotilleando —lo que constituía mi única prioridad—, opté por callarme y proseguir con el interrogatorio.

—¿Ha hecho algún comentario al respecto? —le planteé, pues.

—Sus ojos sí, y se han alegrado.

Si al final mi tía iba a tener instinto para los hombres y, lo que era aún más importante, disposición para agudizarlo.

—¿Y qué más? —continué.

—Me ha explicado que su mujer falleció hace poco más de un año y que no lleva nada bien el hecho de estar solo, ya que la casa se le cae encima.

—Supongo que cuando has compartido la vida con una persona debe de hacerse muy difícil...

—Déjate de zarandajas —me interrumpió sin contemplaciones—, que si se le cae encima es por la suciedad que tiene acumulada, que esa tontería que dicen acerca de que el polvo no ocupa espacio es tan falsa como que la arruga es bella. ¡Y al joven que le gusten que se opere para ponérselas!

Este amorío de Conchita me estaba descubriendo una faceta suya que desconocía por completo, o tal vez se tratara de su verdadera personalidad, resuelta, desenvuelta y hasta divertida. ¡Mi tía!, que era la personificación de la desidia, la amargura y la antipatía. En cualquier caso, preferí obviar esa cuestión y proseguir con los derroteros de la conversación.

—Bueno, siendo dentista, dinero ganará, con lo que podrá permitirse una asistenta.

—O prefiere ahorrársela y agenciarse una novia.

—¿Acaso te lo ha propuesto? —me extrañó sobremanera.

—Pues claro que no, mujer, mira que estás espesa hoy. Es hombre, y por

tanto limitado, pero un salvaje no es. ¡Vamos! Me lo llega a pedir así, de buenas a primeras, y la lío parda y de todos los demás colores, porque le pongo yo la cara como un Pantone.

Lo dicho. Que mi tía se estaba transformando delante de mí en un alienígena, de esos que dominan todos los idiomas, incluido el que hablaban mis sobrinas. Y es que, gracias a ese don de lenguas que de repente le había sido concedido, empezó a utilizar expresiones como «mola mazo», «no me renta la vida» y demás jerga juvenil que hasta a mí me costaba alcanzar a comprender.

Es decir, que la tía Conchita se estaba saliendo de madre, lo que, sumado al hecho de que abuela no tenía —que a modesta no le ganaba nadie—, motivó que me viera en la obligación de situarla en el contexto familiar en que nos encontrábamos: una tía viuda de setenta años que aparentaba estar desenfrenada y su sobrina de treinta ejerciendo de apaciguadora.

Y es que la sensación que a mí me daba a medida que avanzaba la conversación era de que no se trataba de que Conchita no hubiera conocido varón tras la muerte de su marido, sino de que ninguno se le había puesto a tiro, porque aparentemente tenía hasta más ganas que él de quedar.

—Pero a ti ese planteamiento no te parecerá bien, ¿no? De hecho, ni siquiera limpias en tu casa, ¡como para hacerlo en la de otro!

A modo de explicación diré que desde que mi hermana y yo nos independizamos, y dado que Olga era la chacha —y yo la ayudante de la chacha—, mi tía decidió que no quería serlo ella, de manera que contrató los servicios de una profesional. Es decir, que llevaba veinte años sin oler un trapo o ver de cerca una fregona.

—¿Tú has perdido el norte hoy y te has golpeado la cabeza al encontrarte de repente en el sur? —me increpó, como si yo hubiera activado un resorte en su interior que me catapultara a mí hacia la inconsciencia y a ella hacia la suficiencia—. ¡Claro que me parece mal! Pero ¿qué te acabo de decir sobre transigir para volver a estar operativa?

Además de su descaro, había un segundo aspecto inquietante en su discurso, y se trataba de tanta sinceridad junta. Y bien podría haberle preguntado al respecto entonces, pese a que finalmente optara por seguir indagando en la línea fijada por la conversación que manteníamos.

—¿Y al final cómo habéis quedado? —me aventuré a preguntar.

—Pues cuando me estaba relatando sus desgracias con la intendencia doméstica, nos ha interrumpido un paciente con una urgencia en un premolar.

—¡Qué precisión! —no pude por menos que exclamar.

—¡Como para no recordarlo! Me lo ha repetido quince veces mientras se ponía rojo como un tomate, pero de ensalada, de esos que de puro maduros...

—Sí, ya me hago una idea —la corté, ya que ninguna falta hacía que me impartiera una lección alimentaria, pero sí sobre los motivos por los que el dentista se había puesto colorado.

—Porque estaba... —me ofreció la pertinente explicación tras demandársela aunque, eso sí, tras dudar unos segundos—, digamos que considerablemente próximo a mí cuando el otro paciente ha entrado en la consulta sin llamar a la puerta.

—¿¿Qué me estás contando?! ¡Con acercamientos ya, y sin haber mediado ni una cita entre vosotros!

—Perder el tiempo no parece ser uno de sus defectos.

No lo quise poner de manifiesto, para no ponerla nerviosa, pero si a mi tía se le había salido un implante, el que también lo estaba era el dentista.

—¿Y cómo has permitido que se te pegara tanto? —no pude contener mi curiosidad.

—Yo ya he perdido bastante el tiempo.

Y, en ese preciso momento, fue ella la que me puso nerviosa a mí.

—Si no he entendido mal —hice intención de recapitular—, después de que quedara claro que ambos sois viudos, y que él necesita una doméstica, se ha aproximado a ti con esas mismas intenciones, domésticas, a fin de hacerte una

limpieza a fondo, incluida una de dientes, que para algo tiene la profesión que tiene...

—¡No seas vulgar, Andrea! —me conminó.

—¿Yo soy la vulgar?! ¡Y vosotros dos los Speedy González de los devaneos! Pero centremos el caso —obvié finalmente su comentario—. El caso es que cuando el del premolar os pilla, el dentista se pone rojo, ¿y tú te marchas?

—Efectivamente, sin que mediaran más palabras entre nosotros.

—Hasta que te ha llamado por teléfono.

—Eso es.

—¿Para disculparse? ¿Para quedar?

—Las dos cosas. Vamos a ir esta tarde a bailar.

Una sorpresa más y mi cerebro explotaría cual globo reventado por un alfiler. No obstante, previo a un posible estallido había un asunto que pretendía clarificar.

—¿Y tus huesos?

—¿Qué les pasa? —se extrañó.

—Que siempre te quejas de que no puedes con ellos.

—De lo que se trata es de que ellos puedan conmigo, y a día de hoy no les va tan mal.

Lo dicho, que mi cerebro había saltado por los aires convertido en trocitos de plástico. ¡Ahora resultaba que ni la osteoporosis hacía mella en ella!

—¿Y después del baile? —quise hacerme una composición de lugar tras conseguir recuperar alguno de mis pedazos.

—Ya veremos. El día hay que apurarlo y la noche hay que gastarla.

Filósofa, mística ¡y poeta!, que al final iba a tener que recurrir a Hugo para que utilizara sus contactos en el mundo editorial con el propósito de que le publicaran sus versos. ¡Y la cubierta a buen seguro tendría un tono subido de verde!

«Si algo nos une a todos los seres humanos es la necesidad de ser amados»,

pensé, no obstante, bastante trascendental yo también..., o creí haberlo pensado, cuando en verdad debí de decirlo en voz alta, a tenor de la contestación que me ofreció Conchita:

—Yo lo dejaría aún más simple: la necesidad de ser.

De no haber sido suyo, habría dicho que se trataba de un comentario sabio, aunque procediendo de ella no me quedaba más remedio que añadirle un toque egoísta, por cuanto lo que primaba en mi tía era la necesidad de ser, sólo ella misma.

Una vez concluida la conversación, me daba la sensación de que Conchita había vivido en la adolescencia toda su vida, esa etapa a veces tan oscura, de la que acababa de salir para entrar en la infancia, feliz a más no poder, convertida en la versión femenina de Benjamin Button, ese personaje del escritor norteamericano F. Scott Fitzgerald que nace siendo viejo y muere recién nacido.

En cualquier caso, y puestos a no quedarme con ninguna duda, antes de colgar realicé una última incursión en los hechos sucedidos.

—¿Y por qué me has contado todo esto? ¡Y con todo lujo de detalles además!

—Como comprenderás, estoy bastante desentrenada —«y desenfrenada», me habría gustado añadir a mí, pese a que me lo callé—, de forma que algún consejo no me vendría mal.

Podría haberle impartido un máster, si bien tras unos segundos de duda consideré que a veces un tópico resulta más útil que cualquier lección que pueda provenir de la experiencia.

—Relájate y disfruta, aunque me da la impresión de que ya has empezado a hacerlo, y las dos cosas.

Nada más acabar de hablar con ella, y sin poder evitarlo, marqué el número de mi hermana para ponerla al corriente de las novedades.

—¿A que no sabes qué?

—Lo sé todo, más bien.

—Mira que me extraña...

—La tía Conchita me llamó antes que a ti —me interrumpió Olga.

—¿En serio? ¡Pero si no lo hace nunca!

—Bueno, al parecer, «nunca» no se aplica a situaciones desesperadas.

—¿Y ésta lo es? Pues desesperada no ha sido precisamente lo que me ha parecido a mí.

—Ya sabes lo presumida que es, y como no sabía qué ponerse, ha recurrido a mí por estar más próxima en edad a ella que tú.

—¿Y qué le has dicho? —quise saber con verdadero interés.

—Que si de verdad quería captar su atención que fuera desnuda, porque con toda seguridad ése era el único vestido que el dentista querría ver.

—Y, por descontado, te ha colgado, por irreverente.

—¡Qué va! Desde el otro lado de la línea yo podía oírla rumiar, intentando acoplar mi punto de vista a su vestuario.

Tras soltar una carcajada, hice una apreciación con la que consideré que las dos estaríamos de acuerdo.

—Lo que resulta evidente es que este asunto la ha rejuvenecido por lo menos cien años, así que ya no tiene los doscientos habituales.

—La última vez que hablé con ella acababa de cumplir los dos mil, de forma que, sí, admito que hoy es posible que haya descumplido un par de cientos.

A lo largo de los años había oído a Olga asegurar en numerosas ocasiones que a veces el amor calza babuchas, de manera que llega sigiloso, sin que apenas aprecies cómo se desliza sobre el suelo. Otras, sin embargo, luce *stiletto*s, con lo que resulta imposible no oír su repiqueteo. Pues visto el efecto que había causado en mi tía, habría que crear una tercera categoría en exclusiva para ella, consistente en esas zapatillas que incorporan luces, ruedas y hasta efectos sonoros, porque Conchita se había convertido en un coche de bomberos, salvo que, en lugar de acudir a apagar un fuego, se había

presentado como voluntaria para encenderlo. Así las cosas, lo único que hacía falta era que al final de la noche no se transformara en una ambulancia.

Unas horas después de haber mantenido nuestra conversación, cuando faltaban pocos minutos para su cita, le mandé un wasap a fin de desearle suerte. Su respuesta no tardó en llegar, aunque no se trató de un sencillo «gracias», como habría sido lo esperable, o cualquier comentario similar, sino una foto suya, que también envió a Olga, peinada de peluquería y con un vestido nuevo, color maquillaje, que, efectivamente, daba la impresión de fundirse con su piel.

Desnuda no iré, pero como él ve mal  
de cerca, tal vez lo piense.

Sin poder reprimir unas cuantas risas —y sin perder de vista lo poco que le había costado deshacerse de ese luto que la había acompañado los últimos cuarenta años—, miré con más detenimiento la imagen y, a decir verdad, el vestido no le sentaba nada mal, a pesar de sus kilos de más.

Ese sobrepeso —que yo había conseguido dejar atrás con mucho esfuerzo— era una característica que ambas compartíamos, si bien en lo que a mí se refería se debía a circunstancias genéticas, ya que yo lo había heredado de mi padre. Es decir, que, a diferencia de ella, en mi caso nunca se debió a la glotonería. Se trataba de mi constitución. Sin embargo, podía entender a todas esas personas que disfrutaban comiendo, ya que en mi opinión resultaba uno de los placeres de la vida y una forma maravillosa de compartir pequeños momentos de ella con los demás.

No obstante, lo que sí me resultaba triste era cuando ese acto social se convertía en uno solitario, tratando de sustituir con la comida, o tal vez con la bebida, una vida que no tienes, o que crees no tener, ya que, en mi opinión, siempre tenemos más de lo que creemos, sobre todo personas a quienes importamos más de lo que pensamos.

Me gustaba mucho una frase que leí en un periódico tiempo atrás en la que, como método para superar esos días en los que piensas que no cuentas para

nadie, sugerían recurrir a una certeza: «Al menos dos personas en este mundo morirían por ti». En lo que a mí concernía, una de ellas lo hizo, mi madre, y en cuanto a la segunda, mi padre, también murió por amor poco después.

Hasta Conchita, con su especial forma de ser —y bien me constaba que calificarla así era hacer un alarde de benevolencia verbal para con ella—, había sido capaz de encontrar a alguien que se interesara por ella..., «si es que no lo espanta antes de que acabe la cena», me dije.

Y es que si una verdad puede aplicarse a todos los seres humanos es que el amor tal vez no cambie lo que somos, pero sí nos transforma, al igual que un motor de combustión convierte en movimiento la energía, que, al fin y al cabo, es lo que nos conforma.

## El libro

El domingo amaneció con un derroche de sol, tras una tarde de sábado en la que el ocaso transcurrió suave, apenas perceptible el paso entre un cielo amoratado a uno negro.

Todas las horas de esa tarde, hasta que dejó de serlo, las pasé en la terraza, disfrutando de una brisa suave que olía a vainilla, con un toque a yema tostada y anís, ese olor almizclado que desprenden algunas noches de primavera y que la piel acoge como si fuera propio, para acabar impregnándose hasta en la ropa.

Nada hice en esas horas, salvo respirar, respirarlas, a ellas y a la noche. En general, yo era de la opinión de que el tiempo nunca hay que perderlo, ya que la vida es eso que ocurre, discurre y transcurre continuamente a nuestro alrededor. No obstante, a veces hay que buscarlo, sin hacer nada, a fin de encontrar el momento y el lugar en los que se debe emplear.

Y el mío lo que pedía era destinarlo a una persona, por la que sentía nostalgia sin en verdad haberla conocido, así como hacer algo que, al parecer, hasta el momento nunca había hecho, y se trataba de enamorarme.

La sombra de Hugo era la que proyectaban las velas situadas a mi derecha, en una mesa auxiliar en la que además también reposaba una limonada fresca, de la que a ratos bebía sorbos pequeños, lo que dejaba en mi paladar un regusto mitad ácido mitad dulce, el mismo resabio que me producía el recuerdo de mi cita del día anterior.

La frase, mi frase feliz, «ve, a donde sea, y haz que sea», oscilaba también entre las llamas tenues, cobrando cada vez más entidad, sin amedrentarse por

la cera que, poco a poco, mermaba el tamaño de las velas.

«Ve, a donde sea, y haz que sea», me repetí varias veces a lo largo de aquellas horas, tal vez tratando de encontrar la forma de hacerla real, quizá sirviéndome del teléfono o de un servicio de mensajería que me transportara a mí, en persona.

Visto con la perspectiva que te ofrece el tiempo, supongo que esa frase era una versión mejorada de mi *Topanga*, y adaptada a un dilema cuya solución necesitaba estar teledirigida para resolverse, como un misil impacta en un blanco prefijado sin que haya posibilidad alguna de error.

Con esa idea en la cabeza me fui a la cama bien entrada la madrugada, la misma con la que me levanté pocas horas después.

Sin embargo, dado que era domingo, otras tareas me reclamaron, pero lo que sí me quedó claro al acabar el día —tanto como se quedó mi casa después de la consabida limpieza semanal— fue que no podía demorar más la cuestión Hugo.

Así pues, a eso de las ocho de la tarde, y con su último libro entre las manos y la nota de disculpa enviada, me dispuse a solventar el asunto.

De entre las numerosas opciones que se me presentaban, la más sencilla y menos comprometida era dar la callada por respuesta, pero teniendo en cuenta cuáles eran mis sentimientos, así como mi forma de ser, tendente a no dejar flecos sueltos que pudieran dar lugar a malas interpretaciones, era la única que a buen seguro no iba a llevar a cabo.

Mientras dilucidaba cuál sería la más apropiada entre las restantes, ojeé el libro que me había enviado. Si no puede ser más cierto ese dicho que asegura que nunca debes juzgar una obra por su cubierta, también resulta evidente que puedes hacerlo tras haber leído los primeros capítulos, y desde luego habiendo acabado el último. Y ésa era la sensación que me producía Hugo, e incluso que lo había leído ya dos veces, por lo que me sabía sus frases al dedillo.

Es decir, que la buena fortuna que había acompañado a su patinazo se

traducía en que me había permitido conocer algunos de sus defectos, de entre las virtudes que previamente ya me había mostrado; o sea, que me había dejado ver tanto sus fortalezas como sus debilidades, lo que siempre constituye el mejor punto de partida para una relación por cuanto sabes a lo que te enfrentas, y también a lo que no.

Asimismo, siempre he preferido a las personas que vienen de frente a las que se acercan de lado, o llegan de espaldas, porque con las primeras sabes a lo que atenerte. Y, además, hasta mis gustos musicales confirmaban esa teoría, puesto que, en caso de duda, me quedo con una voz grave, aunque sea plana, antes que con una aguda empleando un falsete al desconocer la voz que tiene el cantante, si es que tiene alguna.

Al fin y al cabo, lo que les sucede a muchas personas cuando conocen a otras por primera vez y pretenden deslumbrarlas es lo que yo denominaba el *efecto punto de nieve*, esa especie de magia mediante la que una personalidad se convierte en otra con una apariencia radicalmente diferente, al igual que les sucede a las claras tras batirlas, que se transforman en una espuma casi etérea..., hasta que pierden su altura y su consistencia si se ignora cómo incorporar el siguiente ingrediente.

Por consiguiente, en determinadas circunstancias los seres humanos se convierten en una suerte de suflés, que se desinflan nada más salir del horno, recuperando el estado original que tenían antes de entrar en él.

Otro aspecto, por tanto, que solía tener muy presente cada vez que dudaba sobre cómo proceder con respecto a una posible pareja era no luchar contra mi intuición, puesto que habitualmente ese instinto cobraba tanta validez como la mejor de las razones argumentada a base de hechos.

Un wasap de trabajo, además de sobresaltarme, me sacó de mis pensamientos.

¿Podemos adelantar una hora  
el comienzo del montaje?

Se trataba del gerente de la floristería Bourguignon, cuyo escaparate tenía

previsto modificar a la mañana siguiente, y que solicitaba ese cambio a fin de asegurarse de que todo estuviera listo al mediodía, hora a la que habían convocado una rueda de prensa.

Sin problema. Nos vemos allí a las siete.

Aunque bien sabía yo que lo habría. Y es que si con algo tenía problema yo era con los despertares. Si dos certezas había en mi vida vinculadas al terreno laboral, la primera de ellas era que me encantaba mi trabajo, mientras que la segunda se basaba en que odiaba madrugar. Es más, creo que el despertador era lo único que odiaba en este mundo, ya fuera objeto, persona, circunstancia o condición, dado que con el resto de mis pertenencias en particular o existencia en general me encontraba bastante bien avenida, profesionalmente hablando o no.

Los fines de semana, por el contrario, disfrutaba enormemente con esa sensación de laxitud, la de poder abrir los ojos lenta y pausadamente, acomodándolos poco a poco a la luz del día que entraba a golpes por la ventana, cuando no se daba de coscorrones con mi cabeza de puro intensa que era, sobre todo al empezar a despuntar el verano. Y eso se debía a que una de mis normas domésticas era la de nunca bajar las persianas, ya que me gustaba la sensación de quedarme adormecida por las luces de la noche, y bañada —o incluso vapuleada en ocasiones— por las del día cuando las relevaban.

En esos momentos, a veces abría un ojo y lo cerraba a continuación, para media hora después abrir el otro repitiendo el proceso posterior en una suerte de duermevela que podía durar hasta varias horas. Mientras tanto, en las mañanas de invierno me encantaba arrebujarme debajo del edredón. En verano, por el contrario, no contaba con otra sábana que no fuera el aire fresco sobre mi piel, que incluso me hacía reconciliarme con el calor que me abrasaría unas horas después.

Desgraciadamente —o afortunadamente, dependiendo del punto de vista—, pocos de esos despertares iba a tener durante la semana que comenzaba, dado

que ante mí tenía cinco días laboralmente intensos. Así, aquella se inauguraba con un lunes madrugador, lleno de vestidos florales para Bourguignon, seguido de un martes zapatero, puesto que el escaparate que debía montar era precisamente el de una zapatería, Heels, de nuevo en la calle Ortega y Gasset.

Para ellos había previsto una ciudad en miniatura —incluyendo parques, estanques y calles—, aunque con una altura suficiente para resultar humana, de un metro en los edificios más prominentes, cuyo propósito era además poder ubicar en sus tejados o azoteas el calzado que la firma deseaba exponer. Al fin y al cabo, en lo que se refiere a las mujeres, los zapatos constituyen un objeto de deseo, excediendo de un mero complemento en el vestir y convirtiéndose en ocasiones en la pieza más importante del conjunto. Así pues, a tenor de esa evidencia, me pareció lo más apropiado concederles un destino prevalente y, por qué no, de altura.

El miércoles, por su parte, se vestiría de ropa infantil, la de la tienda Nanos, ubicada en Las Rozas Village, un *outlet* situado en las afueras de Madrid. En esta ocasión, lo que había ideado para los más pequeños —tratando de plasmar el escenario ideal de unas vacaciones felices— era un bosque, con un lago en su parte central, en el que destacaría una barca de madera sobre la cual colocaría algunos maniqués con los trajes seleccionados por la dirección del centro. Asimismo, sobre el agua —realizada con silicona— situaría al menos cuatro más, que, simulando estar nadando, lucirían los bañadores y bikinis que completaban la colección.

En cuanto al jueves, una tienda de chocolate era mi objetivo, Mon Chocolate, en Chamberí. En este caso, y dado que los dos expositores con los que contaba eran pequeños y se situaban justo en el pasillo de entrada al local, a ambos lados de la puerta, consideré que la única opción viable era ocupar la fachada, las dos paredes exteriores que sustentaban el edificio y donde habitualmente se exponían sendos carteles con el logotipo de la marca.

Para el primero de los muros había encargado una tableta de chocolate blanco gigante, de unos dos metros y medio de altura y ancho en proporción,

con la particularidad de que parecía que alguien la estuviera bañando en esos momentos con chocolate negro, ya que éste se escurría desde la parte superior hacia la base, creando un efecto completamente realista. Y es que, a pesar de estar realizada en cartón piedra, quedaba tan natural que ganas daban de darle un bocado. Y, con respecto a la segunda pared, mandé fabricar un bote, de grandes dimensiones también, con la apariencia del cristal y una tapa metálica en cuyo interior se encontraban cientos de bombones, cuyo envoltorio era el mismo que el de los verdaderos, que podrían adquirirse en el interior.

No obstante, el montaje que más ilusión me hacía era el del viernes, puesto que no sólo tenía que ceñirme al escaparate, o a la parte de fachada que le correspondía, sino que implicaba todo el edificio, que era nada menos que de tres plantas.

Se trataba de una librería nueva, cuyos dueños habían llegado a un acuerdo con los propietarios de las viviendas de los pisos superiores a fin de adueñarse estéticamente de la apariencia de todo el bloque, y que yo había decidido decorar con frases de escritores famosos, desde Jorge Luis Borges hasta Oscar Wilde, pasando por Miguel de Cervantes o William Shakespeare. Y, a fin de que esas frases —escritas en negro— destacaran lo más posible, había mandado pintar la fachada previamente de color blanco, que había cobrado ese aire encalado tan cálido que lucen las casas del sur.

Por lo que se refería al escaparate propiamente dicho, en lugar de los habituales libros, había planeado colocar, a media altura, un panel realizado con travesaños de madera en el que colgaría unas fotografías, primeros planos, tanto de las manos como de los ojos de algunos de los autores cuyos libros podrían encontrarse en el interior, como María Dueñas o Fernando Aramburu, que ya estaban listas gracias a la colaboración de su editorial y al trabajo de un fotógrafo profesional contratado para la ocasión.

Finalmente, debajo de todas ellas, ubicaría la última de las frases —tallada sobre un tablón—, aunque en este caso era de mi propia cosecha: «Su pluma y

su mirada descubren el mundo, y te lo acercan. Adentrarte en él, y disfrutarlo, también puede estar en tu mano».

Al fin y a la postre, o al menos en mi opinión, no siempre resulta necesario mostrar el producto que pretendes vender, sino lo que te sugiere, o lo que te va a hacer sentir cuando obre en tu poder, lo que a su vez puede convertirse en una estrategia de marketing mucho más efectiva que una mera selección de la mercancía colocada con mayor o menor acierto. Y aquél era exactamente el mensaje que yo pretendía transmitir con el expositor de la librería Papel, cuyo nombre, además, ya representaba una apuesta por un tipo de publicación que, lejos de haber caído en desuso, parecía estar cobrando adeptos con el paso de los años.

Mientras repasaba mentalmente todos los detalles de este proyecto, me acordé de Hugo. Sin lugar a dudas, de todas las empresas en que me había embarcado hasta el momento ésta sería la que más le gustaría, e incluso podría aventurar que le encantaría.

De cualquier manera, cinco días quedaban hasta que estuviera completado, en los que podían suceder muchas cosas, y no me refiero sólo a las personales, sino a más compromisos laborales.

A modo de explicación aseguraré que esta concentración de trabajos no era nada extraña en esa época del año. Así, cada seis meses, coincidiendo con el cambio de estaciones, y me refiero al otoño y a la primavera, las tiendas renovaban completamente sus escaparates, lo que, sumado a una climatología más benévola —que favorecía una mayor presencia de gente en las calles—, hacía que el período en que nos encontrábamos fuera el más atareado, profesionalmente hablando, para mí, descartando por supuesto la época navideña.

En algunas ocasiones, se me acumulaban tantos encargos que apenas podía descansar, ni tan siquiera los fines de semana, sin que en verdad eso me produjera un problema añadido, ya que como norma general disfrutaba enormemente con lo que hacía. De hecho, sin ir más lejos, en las próximas

semanas tenía tanta concentración que más de un día tendría que montar un escaparate por la mañana y otro por la tarde, lo que a su vez había convertido los meses previos en intensos por cuanto algunos montajes habían requerido un proceso de preparación muy largo y elaborado.

Incluso más de una vez había tenido que realizarlos por la noche al no disponer de otro momento libre por lo apretado de mi agenda. No obstante, en algunas de esas ocasiones era el propio cliente quien lo había solicitado, al no querer enturbiar el normal funcionamiento de la tienda, o pretender sorprender a la clientela con un cambio espectacular al abrir nuevamente las puertas.

En cualquier caso, aquella tarde de domingo todo estaba bajo control..., salvo Hugo.

Sin embargo, antes de zanjar ese asunto preferí llamar a mi amiga Patricia, lo que en mi cabeza también constaba como otro tema pendiente, a fin de averiguar si había realizado algún avance, o acercamiento, con respecto a Hernán.

—¿Cómo van las cosas? —le pregunté, pues, nada más descolgar.

—Van, que no es poco —me respondió, y en su tono de voz pude percibir algo de optimismo, por lo que deduje que tal vez se había producido entre ambos el encuentro definitivo.

—¿Alguna novedad que merezca la pena destacar?

—Lo cierto es que no, porque, y sin que sirva de precedente, he preferido pecar de precavida y esperar a que surja un momento más propicio.

Contenta en primer lugar por haberme equivocado en mi apreciación, di en pensar a continuación que si existe una verdad universal en cuanto a las relaciones que están destinadas a morir antes de nacer es que ningún momento es el adecuado para que arranquen, al estar condenadas a estrellarse. Además, había un segundo error en su planteamiento, y se trataba de esa presunción suya de riesgo, dado que a lo largo de todos esos años siempre había mantenido sus sentimientos en la retaguardia, protegidos por el más absoluto de los silencios.

En cualquier caso, y en aras de que la conversación discurriera fluida, no le hice constar ninguno de los dos extremos.

—¿Y tú con Hugo? —le tocó el turno de preguntas a ella acto seguido.

—Resuelto en mi cabeza, y a la espera de proceder, lo que sucederá en cuanto te cuelgue.

—Espero que sepas lo que haces —me conminó, puesto que previamente ya la había puesto al corriente sobre mis intenciones.

—Bueno, lo malo de tomar una decisión es que, una vez adoptada, ésta escapa a tu control, de forma que no sabes qué consecuencias resultarán de ella, o las que habrían resultado de las decisiones que no llegaste a tomar.

—Ya me sé yo esa historia. Al final todo se reduce a una moneda, la que tiras al aire. Y tu miedo es que te dé en la cabeza cuando caiga.

Sonreí al oír su comentario, que, aunque simplificado, puede que no anduviera falto de razón. No obstante, si un defecto no se me podía achacar en esos temas era el de precipitarme. De hecho, desde el mediodía del día anterior, momento en el que el mensajero me entregó el libro con su correspondiente disculpa, ninguna determinación había adoptado. Es decir, que había transcurrido un día y medio sin que hubiera procedido, en ningún sentido.

Sin embargo, en ese preciso instante, a las diez de la noche, vencía el plazo, la hora límite que me había impuesto a mí misma. Por tanto, tras colgar a Patricia, me dispuse a resolver la cuestión..., cuestión que tuve que aparcar, ya que el teléfono fijo sonó.

En un primer momento deduje que se trataría de mi tía, a la que había dejado innumerables mensajes y llamadas perdidas a fin de averiguar cómo se había desarrollado su cita con el dentista. Pero resultó que era Olga, con una historia que añadir a su relación de catastróficas desdichas como encargada del mantenimiento de su casa.

—¿Qué te ha pasado esta vez? —le pregunté en cuanto pude meter baza entre sus bramidos.

—La ducha del cuarto de baño, que ya no tragaba ni media gota más de agua, así que no me ha quedado más remedio que desatracar el desagüe.

—Pues por tu tono de voz parece que lo hayas conseguido, de manera que no sé dónde está el problema.

—En que el problema no estaba en el desagüe, sino en el bote sifónico. Y, además, el plato de ducha rebosaba algo de agua, que no ha desaparecido al levantar la tapa, por lo que tu optimismo, además de estar fuera de lugar, no encaja con el desarrollo de la situación.

Segundo fallo de apreciación en lo que iba de noche, pero lo que sí saltaba a la vista —u oído— era que estaba de un humor de perros, y mi siguiente pregunta no hizo sino exaltarla aún más.

—¿Y por qué no has llamado al seguro?

—¿Te crees que soy idiota y que no se me ha ocurrido?

—Mujer —intenté dulcificarla—, de buenas a primeras me ha parecido la mejor opción, y probablemente la más segura. ¿O acaso no te acuerdas de la última vez que ejerciste de fontanera? Aquella vez que decidiste usar el aguafuerte para solucionar un atasco que tenías montado en el fregadero de la cocina, a pesar de que lo que conseguiste fue cargarte no sólo tus tuberías, sino las del edificio entero, que literalmente se deshicieron.

—¿Y tú no te acuerdas de que entonces, cuando vinieron a arreglar el estropicio, ya me advertieron que como diera un parte más, además de cancelarme la póliza, me denunciaban por acoso, de tanto como llamaba?

No pude evitar soltar unas cuantas risas, aunque traté de hacerlo lo más silenciosamente posible, para no incomodarla todavía más, si bien no podía ser más cierto que sucedió como ella lo contaba.

—¿Y qué has hecho entonces? —me atreví a preguntar.

—Pues me he ofrecido de voluntaria para adentrarme en ese mundo ignoto y desconocido llamado bote sifónico.

Tras soltar otra carcajada, una vez más tuve que reconocer que no se trataba sólo de lo que le pasaba a Olga, sino de cómo lo vivía (tendente al

drama), y cómo lo contaba (convertido ya en un melodrama).

—Así que, haciendo gala de una valentía espectacular —prosiguió—, he procedido a levantar la tapa, aunque, eso sí, utilizando un cuchillo de postre, porque en esta casa un destornillador es un objeto tan desconocido e ignoto como el propio bote.

—¿Y lo has conseguido? —le pregunté entre risas.

—Yo tenía concentrados todos mis sentidos en darme cuenta de cómo se integraban las piezas del mecanismo, para poder montarlas igual después, cuando, de repente, tras dar un par de vueltas a la tuerca principal, aquello empezó a moverse por la fuerza del agua, que comenzó a salir y a salir y salir..., hasta que inundó por completo el suelo del cuarto de baño.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —le planteé, por cuanto no sabía si se trataba de una de sus exageraciones o su relato se ajustaba a la realidad de lo sucedido.

—¡Y tanto! Toda el agua que estaba retenida en la ducha salía por allí.

—Y, además de gritar, ¿fuiste capaz de hacer algo? Resolutivo, me refiero.

—¡Por supuesto! Me puse a rezar.

—¿Perdona? —inquirí llena de dudas, intuyendo que el momento tragicomedia, o sin el «tragi-» inicial, se acercaba.

—Pues sí, rezar —precisó—. Mientras toda aquella agua salía sin parar, a mí lo que más me preocupaba no era inundar mi casa, o la de abajo, sino que de repente apareciera por allí una serpiente que me fuera a devorar, porque ¿has visto en algún documental cómo se zampan a una cabra?, ¡y en cuestión de pocos segundos!

—¿Una serpiente? —le pregunté, tan perpleja como confusa.

—Pero ¿tú no has visto en las noticias a esos vecinos descerebrados que tienen una por mascota, y que siempre se les escapa para acabar en el inodoro del piso de arriba tras hacer una excursión por las bajantes? ¡Y en mi caso con ese boquete abierto, que era como un abismo, con comunicación directa con el centro de la tierra!

Si algo me había intrigado siempre con respecto a Olga era por qué se decantó por Económicas al elegir estudios universitarios, y no arte dramático, y con especialización en teatro griego además, en sus tragedias para ser exactos, porque ese tremendismo que se gastaba era digno de un escenario, y a ser posible del romano de Mérida, que por época es el más cercano a los helenos con el que contamos en este país.

—¿Te consta que alguno de tus vecinos tenga una? —aun así quise confirmar.

—¿Y cómo quieres que lo sepa? ¿Acaso crees que vivo en sus casas? Aunque me entraban todos los calambres sólo de pensarlo.

—Pero no sucedió, ¿a que no?

—Pues no, pero lo que sí ocurrió fue que, con tanta agua, me resbalé, y además no había manera de ponerme en pie, por lo que acabé nadando, como si fuera un pato mareado, intentando alcanzar alguna orilla seca.

«¡Y Antoñita la Fantástica ataca de nuevo!», me dije mientras esbozaba una sonrisa.

—Y entonces ¿qué pasó? —continué con las preguntas.

—Me fui a la cocina a buscar la fregona y el cubo, con tan mala suerte que, al empezar a recoger el agua, el palo se tronchó a la altura del mocho, con lo que ya ni siquiera podía achicar el agua.

—Pero tú eres una mujer de recursos...

—Sí, sobre todo humanos —me interrumpió—, la directora y única integrante del departamento, porque esas dos hijas mías, salvo grabar la escena con los móviles para subirla a sus historias de Instagram, poco más hicieron.

—Bueno, con tus dotes interpretativas seguro que hiciste el papel de tu vida —añadí.

—Sí, hay que reconocer que lo de hacer el ridículo, ya sea en público o en privado, se me da de perlas. Lástima que esa cualidad no lleve incorporada de serie un aspirador de agua.

—¿Y al final conseguiste dominar la situación?

—¡Claro! Llamando al vecino del piso de abajo, con la excusa, y amenaza, de que o me ayudaba o el agua se le iba a colar, y calar, hasta las entrañas.

—¿Subió?

—¡Raudo y veloz! Y en dos minutos tenía la situación bajo control. Lo primero que hizo fue meter la mano en el bote sifónico, sacar una maraña de pelos (suficiente para fabricar una peluca, cuya longitud alcanzaría la cintura, dicho sea de paso), pedirme una escoba, barrer el agua en dirección al agujero y ¡todo listo!

Si en algo conocía a mi hermana, bien sabía yo que lo que más le molestaba de toda la historia era haber tenido que recurrir a un tercero para que le solucionara el problema, ya que una de sus banderas era la autosuficiencia, como me reconoció cuando lo saqué a colación.

—Al parecer, se trata de un lujo que los inútiles domésticos no podemos permitirnos.

Y lo que yo tampoco podía permitir por más tiempo era no solventar la cuestión Hugo, de manera que, tras colgarle a Olga, cogí mi móvil con esa intención. Así, mientras se deslizaban los diferentes contactos entre mis dedos, lo que resonaba en mi cabeza eran mis propias palabras: «Ve, a donde sea, y haz que sea».

## La regla de las tres

Como norma general, yo siempre he sido de la opinión de que todo lo que necesitas para ser feliz se encuentra en tu interior, tanto si lo que pretendes es conformarte con tu vida, revelarte ante ella, hacer una reforma que afecte hasta sus cimientos o destrozarla por completo para volver a recomponerla. La única premisa que resulta imprescindible es quererte, y respetarte, ya que si esos dos extremos no se cumplen la felicidad será una espiral, esa línea curva que gira indefinidamente alrededor de un punto alejándose cada vez más de él.

No obstante, cuando el amor hacia uno mismo entra en escena habitualmente hay que limitar su presencia, puesto que una cosa es estimarte y otra muy distinta adorarte, que es lo que les sucede a muchas personas, mi tía incluida, como pude comprobarlo una vez más cuando me llamó el lunes por la mañana para informarme sobre su cita con el dentista.

Con ese don para la oportunidad que tenía, además, me pilló en uno de los peores momentos posibles, rodeada de flores, mientras las enhebraba en las rejillas que poco después darían forma a los trajes del escaparate de Bourguignon.

—Ya era hora de que dieras señales de vida —le recriminé nada más oír su voz—. Pensé que te había pasado algo.

—Esto de las citas es muy cansado y necesitaba descansar. Y eso es lo más importante en la vida. Cuidar bien de uno mismo.

No lo podía evitar. En su vida sólo había cabida para tres personas: ella, ella y también ella.

—¿Deduzco entonces que fue mal? ¿Y que te agotó? ¿O que te fue bien? ¿Y

que te agotó?

—Pues yo creo que un poco de las dos cosas. Pero para lo que sí me ha servido es para comprobar que los hombres son como los macarrones.

—¿Perdona? —le pregunté, sin alcanzar a comprender a lo que se refería con su comentario.

—A que hay que meterlos debajo del agua fría después de que hiervan.

De no haber estado sentada en el suelo, a buen seguro que me habría caído, del ataque de risa que hizo convulsionar todo mi cuerpo.

—¿Acaso se propasó y tuviste que pararle los pies? —pude preguntarle al fin, una vez que conseguí controlar mis carcajadas.

—A decir verdad, yo suponía que lo haría, y esperaba que lo hiciera —sonó su voz pícara al otro lado de la línea—, ¡pero es que lo hizo antes de llegar al restaurante!

—¿En plena calle?! —no pude por menos que exclamar.

—¡No, mujer! Pero ¿cuántas veces tengo que decirte que no es un neandertal?

—¿Entonces?

—Había quedado en pasar a buscarme por mi casa y, como buen caballero que es (al menos en teoría), tuvo el detalle de traerme un ramo de flores, así que lo invité a pasar mientras las ponía en agua.

—¿Y en remojo, pero de otros fluidos, quiso ponerte él a ti?

—¡Andrea, no seas vulgar!... Pero, sí, poco más o menos —se avino a reconocer.

—¿Y qué paso?

—Que mientras les quitaba el envoltorio a las flores, me sugirió que tal vez había otro envoltorio que podíamos quitar, cosa que dijo a la vez que echaba mano a la cremallera de mi vestido.

—¿En serio? —me sorprendí.

—¡Y tanto! —aseguró, aunque más divertida que ofendida.

—¿Y qué hiciste tú? ¿Soltarle un bofetón o servirte de esa mano para

ayudarlo a bajar la cremallera?

—Decirle que antes de comprar un traje hay que mirar bien la etiqueta, lo que, socialmente, es el equivalente a mantener varias citas.

—Bueno, estuviste recatada entonces.

—A decir verdad, a mi cuerpo no le habría importado un poco de algarabía, que muchos años lleva sin darse una satisfacción, pero si en algo conozco a los hombres, y a los seres humanos en general, es en que cuando consiguen algo demasiado pronto, y sin apenas esfuerzo, no lo suelen valorar.

Es decir, que al mismo tiempo que mi tía detenía el descenso de la cremallera, sujetaba sus ganas, que se quedaban retenidas en su interior a la espera de una situación más propicia, o simplemente posterior, como me desveló a continuación.

—Además, he leído en internet que en estos asuntos hay que cumplir la regla de las tres.

—¿A que te refieres? Porque a mí lo único que me suena con ese número son las circunstancias incompatibles con la vida: tres minutos sin aire, tres días sin agua y tres semanas sin comida.

—Ya te estás despistando, como siempre. De lo que hablo es de que, en relación con las citas, existe un proceso, y una progresión, que no puedes saltarte y que se resume en que en la primera te conoces, en la segunda te reconoces, y en la tercera decides si lo que has oteado te gusta lo suficiente como para intimar.

—¿Y eso es para gente de tu edad? —inquirí sorprendida.

—De la tuya, que lo he encontrado en un blog de treintañeras sin pareja, pero a la busca y captura de ella. Y el hecho de que no lo sepas explica por qué aún sigues soltera y sin compromiso, que yo a tu edad ya era viuda.

«Y desde el momento mismo de la concepción», estuve a punto de decir, pese a que logré contenerme a fin de que prosiguiera con su relato sobre el desarrollo de la cita, lo que me interesaba mucho más que una discusión matinal.

Por otra parte, una de las cuestiones que más me sorprendían de toda esa historia era lo desinhibida, y dicharachera, que se mostraba mi tía al relatar incluso cuestiones íntimas, para lo reservada y circunspecta que era habitualmente. Es más, me daba la sensación de que disfrutaba tanto viviéndolo como contándolo.

Por tanto, no sabía yo si la regla de las tres la acabaría cumpliendo, pero la que sí cumplía, y a la perfección, era la del papel higiénico, la que determina que una vez que el rollo ha comenzado a correr no hay manera de pararlo.

—¿Y no le pareció mal al dentista que desbarataras sus planes? —pregunté a continuación.

—La verdad es que no. Yo creo que contaba con ello, porque sin que se le descolocara mucho el gesto aseguró: «Si es cierto que la mayor parte de los avances de la ciencia se deben a equivocaciones, yo añadiría que el mundo no sólo lo conquistan los que lo logran, sino también los que lo intentan».

—Muy filosófico, aunque tal vez no lo más apropiado para la ocasión —puse de manifiesto—. Por cierto, ¿cómo se llama?

—Amador, Amador Canvás.

—¿Y qué tal fue la cena? ¿Te gustó él?

—Es un hombre triste.

—Si ha enviudado recientemente, es lo normal. Aún le dolerán las penas.

—No creo que las tenga, porque se las bebió todas, una detrás de otra.

—Es decir, que estaba tan encendido como apagado. ¿Y te sigue gustando? ¿Aunque sea triste y excedente, de espíritu y de alcohol, respectivamente?

—No serás tú de las ilusas que creen que el hombre perfecto existe, ¿verdad?, porque más que una utópica serías una atópica, una de esas a las que su propia piel les juega una mala pasada, generándoles una enfermedad incurable. Además, a tus más de treinta años ya deberías saber que esa clase de hombres no son una especie endémica, o en vías de extinción, sino que nunca ha existido.

—Yo diría que entre la perfección y el caos hay un mundo que puede no

estar tan mal descubrir —precisé, obviando la mayor parte de su comentario a fin de no entrar en polémica.

—¿Y tú crees que en ese mundo tuyo yo tengo mucho campo donde correr?

Visto así, razón no le faltaba. Y más con unos huesos como los suyos, que más que sustentarla la apuntalaban.

—Lo único malo de que empine el codo —prosiguió— es que, como el alcohol tarda en excretarse, tendrá todas las penas concentradas, y a la altura del hígado probablemente, cerca de la vesícula, lo que le acabará produciendo un cólico biliar que, por desagradable, espero no tener que presenciar.

—O sea, que, con todo y con eso, te quedas con el paquete completo, el todo incluido.

—Te estás poniendo cansina. ¿Tengo que insistirte una vez más en la inexistencia de la perfección masculina? Es más, salvo a mí misma, a nadie he visto lucir un cartel en el que estuviera escrita la palabra *perfecto*.

Lo dicho, que a egoísta, narcisista y modesta no había quien le ganara.

Tras colgarle, y pensar en su incipiente relación, que nacía algo coja, a mi mente se asomó el recuerdo de Hugo.

En su caso, lo menos que yo podría decir era que en él había mucho de valentía, porque la hay, en el hecho de reconocer un error. En su situación, la mayor parte de la gente habría escondido la cabeza debajo de la tierra, cual avestruz, prefiriendo ignorar para los restos a la persona agraviada a reconocer una equivocación. Sin embargo, con su actitud, lo que Hugo demostraba era que el orgullo no se encontraba entre sus defectos, y que me valoraba lo suficiente para no querer perderme.

Supongo que con su comportamiento lo que él probaba era que en el amor —o en su búsqueda y consecución— no hay soberbia que valga. En consecuencia, cuando hay afectos, si algún interés tienes has de ceder, ya sea la razón o los humos.

Así pues, con enamoramientos de por medio, nunca se debe dejar que el orgullo, o incluso el dolor cuando es la emoción la que hace acto de presencia,

te ciegue. Al fin y a la postre, la situación es la misma que en un matrimonio con hijos tras el divorcio, cuyos padres nunca deberían perder de vista que la única prioridad es el bienestar de aquéllos, y no tirarse los trastos a la cabeza entre ellos.

No obstante, incluso cuando intuyes ya sea que has obrado mal o que estás equivocado, resulta complicado maniobrar con ese tipo de sentimientos, por cuanto tus emociones suelen paralizar tu proceder al asignar al otro la culpa a modo de defensa.

Asimismo, en caso de conflicto, el amor —o su proyecto— suele ser egoísta, quedándose siempre rezagado, a resguardo de un posible dolor causado por un corazón ajeno, mientras que en período de paz se muestra generoso, colándose por todas las rendijas de la relación.

Sin embargo, ninguno de estos impedimentos había detenido la actuación de Hugo, lo que demostraba su nobleza, y su interés, pese a que la sensación que producía en mí era justo la contraria, que tras ver lo malo me había olvidado de todo lo bueno.

O sea, que el efecto que provocaba en mí se basaba en el mismo sistema de funcionamiento que ocasiona los atascos: más coches que espacio disponible en las calles o, dicho con otras palabras, que las tuyas me habían saturado.

Así pues, tras colgar a Olga la noche anterior, busqué el contacto de Hugo en el wasap para zanjar la cuestión. Y, dado que previamente ya me había posicionado, sólo me quedaba decidir con qué frase hacerlo.

Unos minutos me llevó pensarla, aunque no demasiados, los suficientes para que el mensaje, además de sentido, tuviera consistencia:

Te agradezco tanto el detalle del libro como la nota de disculpa que lo acompaña en forma de dedicatoria, pero, en mi opinión, ni tú eres escritor ni yo soy un personaje, ni suyo ni tuyo. De igual manera, tampoco veo la necesidad de apoyarse en la ficción a modo de justificación de unos actos que, desde mi punto de vista, no la

tienen. En el mundo real, en el que creo que vivo,  
o al menos en el que me gustaría vivir, las  
personas no dicen, o hacen, lo que otros les  
dictan, ni éstos lo pretenden, y menos aún  
mediante una superposición de voluntades. Callar  
y marcharme fueron las decisiones que tomé en  
su momento, las mismas que sigo manteniendo a  
día de hoy y en las que me reafirmo de cara al  
futuro.

Y, con vistas a él, te deseo lo mejor.

Antes de presionar la tecla de enviar, revisé el texto un par de veces para comprobar que no tuviera erratas y, lo que era más importante, que cada palabra estuviera en el sitio correcto y con el sentido adecuado. Y así era, por lo que mi dedo índice se encargó de cursar su salida.

Una vez enviado, y tras comprobar que Hugo lo había recibido, lo volví a leer para, mentalmente, dar mi conformidad, como así hice.

Afortunada o desafortunadamente, no hay nada que podamos hacer sobre las sensaciones que los sentimientos despiertan en nosotros, por muchas razones —propias o ajenas— que queramos aplicar sobre ellas y ellos. E intentar luchar contra esa circunstancia sólo es garantía de fracaso, tanto en lo amistoso como en lo amoroso, por cuanto dichas sensaciones dejan una impronta sobre nosotros que resulta más complicada de eliminar que un tatuaje en color. Así, una vez implantadas, la mejor estrategia es no combatir las, permitiendo que se instalen en nuestro interior y, por ende, que se asienten.

Antes de dar por concluido el asunto Hugo, me quedé un rato pendiente del móvil con el propósito de comprobar si los dos tics grises del WhatsApp pasaban a ser azules, pero ese trasvase de colores no se produjo en los siguientes minutos.

Así pues, me centré en mi nuevo objetivo, consistente en que mi frase feliz cobrara vida, y destino. «Ve, a donde sea, y haz que sea» me llevaba, pues, por otros derroteros que me alejaban definitivamente de Hugo.

Con esa idea clara en mi cabeza, cogí nuevamente mi teléfono a fin de

enviar un segundo wasap, en esta ocasión a mi hermana, en el que escribí una sencilla frase pero que, sin lugar a dudas, Olga entendería a la perfección:

¿Cuándo vamos al restaurante?

## El wasap

La mañana del martes se despertó repleta de luz, la de los relámpagos que anunciaban la tormenta que comenzaría poco después, llena de sonoridad y de lluvia, tan abundante que hacía que la apariencia de edificios y calles se distorsionara y que, además, auguraba un atasco monumental.

Desde mi punto de vista, lo malo que tienen las ciudades con una climatología en general favorable es que enloquecen cuando aquélla hace aguas. No obstante, un asunto que siempre me había intrigado en relación con los accidentes que tienen lugar a causa del mal tiempo era si superaban a los del bueno. Es decir, si los provocados por la lluvia, por poner un ejemplo, sobrepasaban a los que suceden por un exceso de sol, ese tan castizo, castigador y recurrente tanto a primera hora de la mañana como a última de la tarde, que se me antojaba tan canalla como aquélla, y muy capaz de hacer que te lleves a un peatón por delante.

En cualquier caso, lo que sí estaba demostrado era que la lluvia dificultaba el tráfico, que era el único fenómeno atmosférico que se desprendía del cielo en aquellos momentos, por lo que me di toda la prisa que pude en llegar a la zapatería Heels antes de que se hiciera imposible transitar por Madrid.

Y, a diferencia de lo que solía suceder la mayor parte de los días, aquella mañana no me costó demasiado salir de la cama. Y el motivo se debía a que la noche anterior, bien entrada la madrugada, había recibido la respuesta al wasap enviado a Hugo, lo que había impedido que conciliara el sueño con la normalidad habitual.

Un día y unas cuantas horas había tardado en llegarme, cuando en realidad

yo ya pensaba que no habría contestación por su parte, pero, al parecer, se había tomado su tiempo a fin de dar con la respuesta correcta, al igual que hice yo.

A decir verdad, lo que yo creía era que, a pesar de haber visto mi mensaje —nada más llegar, al iluminarse la pantalla tras la recepción del wasap—, pretendía ignorarlo, por cuanto los tics permanecían inalterablemente grises pese a que la actualización de su estado confirmaba que estaba usando la aplicación con normalidad.

Sin embargo, no sucedió así. Pero lo que sí ocurrió hizo que retrocediera un paso, cuando ya había dado otro hacia delante en la forma del mensaje enviado a mi hermana en el que la informaba de mi cambio de actitud con respecto a acudir al restaurante, wasap que ella apenas tardó medio segundo en contestar:

iPor fin has entrado en razón! iY no sabes cuánto me alegro! Ese chico está hecho para ti. Es más, si me apuras, yo diría que, aunque él no lo sepa, la única razón de su existencia es acabar contigo! Mañana por la mañana (es decir, dentro de un rato) tengo previsto pasarme por allí para dejar unos papeles, con vistas al contrato, así que ya me las ingeniaré para concertar un encuentro sin que se dé cuenta de que le estamos preparando una encerrona.

Miedo me daban esas palabras tuyas, porque si por algo no se distinguía Olga era por ser precisamente sutil.

No obstante, el planteamiento que me ofreció a continuación sí consiguió tranquilizarme, al menos al comprobar que partía de una estrategia.

Por de pronto, vete pensando en alguna receta, y tirando a espectacular, porque, aunque Ignacio sea cocinero y sepa hacerse sus propios guisos, si hay una verdad infalible es que los

hombres tienen dos órganos sensibles, así que vamos a atacar al menos visible, el estómago, pero sin perder de vista que el otro no es el cerebro.

No pude evitar reírme por su comentario, ni en honor a la verdad ignorarlo, por lo que, pese a ser tarde y a tener que madrugar más de lo habitual al día siguiente para el montaje de la floristería Bourguignon, empecé a darle vueltas a la cabeza a fin de dar con un plato a la altura de lo que Olga me pedía.

A pesar de que ya estaba metida en la cama entonces, tanto me motivó su sugerencia que me levanté para revisar el contenido del frigorífico, que era la mejor manera que yo tenía de inspirarme, gastronómicamente hablando. Y es que, lejos de recurrir a libros de recetas o a páginas especializadas en internet, con lo que más disfrutaba, y más creativa me ponía, eran mezclando ingredientes, en principio sin mayor orden o concierto, pese a que en mi cerebro existía una armonía que disciplinaba el caos.

Supongo que, en esos instantes, y aunque pueda sonar pretencioso, me sentía como un pintor cuando asegura que el lienzo le habla, o un escultor, al afirmar que es la piedra la que le susurra. O incluso un escritor, rodeándose de tantas palabras como ideas ante un folio que todavía está en blanco.

Vista a través de mis ojos, la comida se convertía en las piezas de un puzle que, poco a poco, iban encontrando su acomodo entre ollas, pucheros, sartenes y demás utensilios de cocina. Justo lo contrario de lo que, en mi opinión, constituye la esencia de los seres humanos, dado que nunca somos las piezas, sino el puzle en sí mismo.

Y en ese rompecabezas que era yo la comida tenía un lugar preponderante. Desde luego, mi caso no era el de esas personas que creen que cocinar es sinónimo de perder el tiempo, sobre todo teniendo en cuenta que lo que tardas horas en preparar desaparece en cuestión de segundos una vez ha sido devorado, en primer lugar, por la vista y, a continuación, por el paladar. Y el motivo se debía a que todo lo que nos haga disfrutar supone una suma, nunca una resta, y en mi caso se podría hablar hasta de una multiplicación.

Horas me pasaba en los fogones cada vez que organizaba algún evento en casa, y no sólo cocinando, sino disponiendo la mesa de una manera diferente cada vez, o acicalando la casa para que resultara especial.

En mi opinión, dedicar tu tiempo a las personas que quieres, en la forma que sea, constituye el mejor método para hacerles ver lo que te importan, porque si algo tiene valor en la vida de alguien es precisamente su tiempo.

Por ejemplo, lo que yo más apreciaba en un regalo no era el objeto en sí mismo, o su valor económico, sino el tiempo empleado en decidir qué comprar —siempre con el deseo de agradar—, así como el necesario *a posteriori* para realizar la compra.

Así pues, me dispuse a dedicar parte del mío a pensar qué podría inventar para sorprender a Ignacio, el chef del restaurante de mi hermana, lo que a buen seguro no sería nada fácil, teniendo en cuenta su profesión.

Entre lechugas, tomates, carne picada y demás alimentos que se me venían a las manos —y que no acababan de adoptar una forma común—, lo que sí estaba bien presente en mi mente eran los motivos que me habían hecho cambiar de opinión con respecto a la idea inicial de mi hermana, y todos me seguían pareciendo igual de correctos que un rato antes.

Si en un principio la había rechazado, además de por considerarla una de sus locuras sin ninguna base o fundamento real, se debía a que su aceptación se me antojaba un cartel, colgado de mi cuello, como si se tratara del anuncio de un local en alquiler, cuyo dueño está tan desesperado por ocuparlo que hasta reduce en varios cientos de euros el precio del arrendamiento.

Sin embargo, ni Ignacio tenía por qué saber cuál era mi situación afectiva o sentimental ni yo tenía por qué rechazar la oportunidad de conocer a un hombre que quizá fuera interesante, y que profesionalmente lo era, al menos para mí, con esa afición que yo tenía por la gastronomía.

Por tanto, mi conclusión fue —antes de enviarle el wasap a mi hermana— que, dado que nunca había conocido a ningún chef, a buen seguro podría aprender mucho de él, aunque nuestra relación no pasara de ser amistosa.

Además, la vida está llena de giros inesperados que la convierten en una carretera con abundantes curvas, esas que los conductores avezados aseguran son las más entretenidas de sortear y que en muchas ocasiones te transportan hasta un horizonte que jamás habrías alcanzado de haber perseguido otro camino.

Así pues, inventar un plato parecía poca cosa para lo mucho que podría ganar a cambio, y probablemente hasta sin inventarlo.

Si es cierto lo que afirman los expertos acerca de que la voz humana es el instrumento musical más perfecto que existe, las personas alojamos otro privilegio en nuestro interior, consistente en la capacidad necesaria para descubrir otros mundos a los demás.

Y yo confiaba en que con Ignacio sucediera así.

Pero hasta que ese momento llegara me había propuesto inventar una receta, lo que me estaba costando más de lo que era habitual en mí.

Los tomates, las lechugas y la carne picada de antes volvieron a desfilar ante mis ojos sin que llegaran a adquirir un aspecto conjunto en mi cerebro, hasta que reparé en otros cuantos alimentos que, de repente, se convirtieron en los ingredientes perfectos para mi plato estrella.

Siempre me han gustado las mezclas, tanto de sabores como de texturas, por lo que consideré que el queso de cabra y la mermelada de naranja constituirían una extraña pero bien maridada pareja. Y más aún si el horno los fundía a ambos, para lo que pensé en acomodarlos dentro de un cuadrado de masa de hojaldre, a modo de saco, y con su exterior bien embadurnado de huevo a fin de que el calor dorara su superficie.

Cierto era que este plato no tenía la espectacularidad que me había sugerido Olga, pero di en pensar que, como en cualquier faceta de la vida, la sencillez siempre constituye un plus, un extra añadido que beneficia tanto al ánimo como a los sentidos. Incluso podría decirse que es el estado en el que mejor se desarrolla y se desenvuelve la naturaleza humana.

Además, la ausencia de adornos o composturas no implica una falta de

dificultad o complejidad a la hora de abordar cualquier meta, o probablemente lo contrario, por cuanto para llegar a esa simplificación, a la esencia, y que resulte deben haberse atravesado numerosas fases nunca exentas de complicación.

Con mi mente ya relajada, pues, me fui a la cama con la agradable sensación de haber completado satisfactoriamente todas mis tareas, dejando pendiente para la tarde siguiente la elaboración de los saquitos, con el objeto de comprobar si la práctica funcionaba igual de bien que la teoría elaborada por mis gustos gastronómicos.

Y eso fue exactamente lo que hice tras regresar de la floristería Bourguignon y resolver otros cuantos asuntos relacionados con el montaje de la zapatería Heels, que tendría lugar a la mañana siguiente. Y, afortunadamente, el sabor fue incluso mejor que el esperado por mi paladar.

Por ese motivo, de nuevo aquella noche me metí en la cama satisfecha, pensando que había conseguido reconducir la contrariedad que me había supuesto el asunto Hugo de la mejor manera posible, y más aún al recibir un mensaje de Olga:

Siento no haberte escrito antes, pero he andado a tope todo el día. Como en la cafetería están enfadados porque me marchó, me lo están haciendo pagar de lo lindo. Afortunadamente, bien poquito me queda de aguantarlos. Pero, al grano, a lo que nos interesa: que he hablado con Ignacio esta mañana y ya está todo arreglado.

—¿Y no piensas decirme nada más? —le pregunté en cuanto me descolgó el teléfono, ya que el wasap se me hacía escaso para el grado de detalle que yo esperaba, por lo que opté por llamarla.

—Mujer, como es tarde no quería molestarte.

—¿Te habrá importado eso a ti alguna vez? —me reí mientras pronunciaba esas palabras—. Lo que pasa es que querías darle un toque de dramatismo a tu actuación. Vamos, que pretendías hacer una entrada triunfal.

—Pues no, pero sí te reconoceré que me apetecía ver si el tema te tenía reconcomida por dentro, y ya veo que sí.

—¿Y qué ha pasado entonces? ¿Cómo se ha desarrollado la conversación?  
—proseguí con mis pesquisas ignorando su comentario, a fin de que no fuera tan evidente que, al menos en esa ocasión, tenía razón.

—Después de entregar mis papeles en Contabilidad he entrado en la cocina para saludarlo, como he hecho siempre que me he pasado por allí, de manera que a ese respecto puedes estar tranquila, ya que no ha podido sospechar nada.

—¿Y después?

—Hemos hablado un rato de naderías, del tiempo, del tráfico, cosas sin importancia, hasta que he empezado a entrar en materia.

—¿Cómo? —comencé a asustarme.

—Me he interesado acerca de sus motivos para hacerse chef.

—¿Y qué te ha contado?

—Que lo llevaba en la sangre, porque sus padres tenían un restaurante, así que nació y creció entre fogones.

—Parece lógico...

—Y la forma en la que yo te he sacado a colación también —me interrumpió Olga.

—Miedo me da preguntar —le confesé.

—¡Que no, boba! ¡Que he estado muy comedida esta vez!

—Explícate —casi le exigí.

—Le he comentado que tu caso era justo el contrario, puesto que sólo se trataba de una afición que había nacido en ti de manera espontánea, pero que se te daba tan bien que, si algún día decidías cambiar de profesión, estaba segura de que triunfarías en el mundo de la restauración.

—¿Y ha dicho algo?

—Sí, que a qué te dedicabas.

—No me habrás colocado otro trabajo más glamuroso, ¿verdad?

El motivo de mi pregunta se debía a que Olga, con ese corazón tan enorme

que tenía, siempre batalló para que yo cursara estudios superiores, a fin de que alcanzara la vida profesional que a ella se le truncó debido a la muerte de mis padres y a la falta de generosidad de la tía Conchita. Sin embargo, yo no pude consentir que invirtiera ese dinero en mí, entre otras cosas porque no lo teníamos, dado que por aquel entonces, cuando cumplí la mayoría de edad — momento que marca el inicio de la universidad—, las gemelas tenían ocho años, con todos los gastos que de ello se derivaban. Es más, en nuestra casa, la necesidad inmediata no era la de un título colgado en mi habitación, sino unas manos que logaran ingresar más dinero, que fueron las mías. Así, además de la matrícula de la facultad, los libros de la carrera y el resto del desembolso que, año tras año, habría sido necesario efectuar, sobre mí pesaban las horas, las que tendría que haber dedicado a ir a clase o a estudiar, y no a trabajar.

No obstante, y a pesar de que Olga estaba orgullosa tanto de mi esfuerzo entonces como de lo que había conseguido después, en ocasiones se hartaba de que la gente menospreciara mi profesión, por considerarla escasa, o incluso inútil, de manera que solía inventarse algún trabajo de altura, como piloto, o de bajura, como espeleóloga, para dejar con la boca abierta a cualquiera y cortar de raíz los comentarios despectivos.

—¡Por supuesto que no! —se defendió ante mi insinuación—. Eso sólo lo hago con quien se lo merece, y él no es de esa clase de gente.

Mi hermana tampoco era así. Olga era un diez de mujer, y elevada a la enésima potencia y a su vez al infinito. Salvo sus primeros veinte años —en los que vivió protegida por mis padres—, los restantes, hasta los cincuenta actuales, no había hecho sino batallar, contra la vida, contra mi tía, pero siempre en beneficio mío, así como de sus hijas.

Recién cumplidos los treinta, cuando yo ya contaba con diez años y era lo bastante autosuficiente como para no tener que preocuparse por mí, Olga contempló la posibilidad de reengancharse en la universidad a fin de mejorar sus perspectivas laborales y, con ello, dar un vuelco a su vida. Sin embargo,

por una de esas bendiciones o maldiciones del destino, se quedó embarazada tras conocer a Álvaro, lo que provocó que su vida se volcara de nuevo.

No obstante, positiva como fue siempre, jamás dejó que sus circunstancias, esas pretensiones laborales insatisfechas o una vida sentimental inexistente, mermaran sus ganas de vivir, actitud que se hacía patente en cada hora, minuto o segundo que transcurría. Y es que, al igual que yo recurría a mis frases felices, ella hacía uso de otra, mucho más convincente, concluyente y contundente, a la par que tajante, consistente en un categórico por irrefutable: «Yo no me quedo en la mierda».

Y atrás la dejaba, a la primera oportunidad que podía, y a veces con la misma facilidad y celeridad con la que un perro se sacude el agua tras darse un chapuzón. En cualquier caso, en la mayor parte de las ocasiones, era sólo su ánimo lo que agitaba, dado que a lo largo de los años bien poco cambiaron sus condiciones de vida. Ahora, por el contrario, con las gemelas ya mayores y ese nuevo trabajo que había duplicado su sueldo, por fin podría aspirar a otras mejores.

—¿Y qué te ha dicho? ¿Le ha gustado a lo que me dedico? —le pregunté con verdadero interés a continuación.

—¡Le ha encantado! Me ha asegurado que le parecía algo muy creativo, y no uno de esos trabajos aburridos por repetitivos. Y parecía sincero.

A decir verdad, mi conclusión al respecto no podía ser determinante, pero la reacción ante mi profesión solía predecir el grado de sensibilidad de un hombre.

—No obstante —prosiguió Olga—, he vuelto a insistir en que, de quererlo, serías una magnífica chef. Y también le he dicho que disfrutaste mucho con la comida que nos preparó el día que fuimos a comer allí.

—Mira que ya me estoy empezando a poner nerviosa —comencé a replicar.

—¡Que no! Que todo transcurría muy natural, de verdad. Y tanto ha sido así que cuando le he comentado lo bien que cocinaba (que ya he visto yo ahí cómo su orgullo se inflaba), ha salido de él la invitación.

—¿Qué invitación? —me extrañé.

—A cenar allí las dos, el viernes por la noche, ya que va a preparar un menú especial ese día.

—¿En serio? ¿Y sólo para nosotras dos o también para el resto de la concurrencia?

—Eso no lo sé. Y lo cierto es que no he querido indagar para no resultar indiscreta. Para que luego te metas conmigo.

—Sí, por una vez me dejas sorprendida —no pude por menos que reconocer.

—Puedes creerme cuando te digo que yo no he tenido nada que ver, que todo ha sido cosa suya —volvió a insistir.

—Entonces ¿no hay exageraciones de por medio o alguna metedura de pata que hayas tenido que solucionar y que te dé miedo confesar? —quise cerciorarme, en cualquier caso.

—¡Que no, pesada! ¡Mira que eres cansina!

Después de varias decenas de exclamaciones, todas ellas peyorativas, Olga aseguró que la había agotado, que se iba a la cama y que, de paso, me recomendaba hacer lo mismo a fin de estar lo más descansada posible para el viernes, «porque con esa semanita que te espera no sé yo si vas a llegar caminando al restaurante o arrastrándote», sentenció.

Razón no le faltaba, por lo que decidí hacerle caso. Y, como en la cama ya estaba, lo único que me quedaba era cerrar los ojos e intentar conciliar el sueño, lo que conseguí hasta que, al cabo de un rato, mi móvil —que había olvidado poner en silencio— me despertó, hecho que rara vez sucedía teniendo en cuenta que habitualmente yo no dormía, sino que entraba en coma.

De inmediato supuse que se trataría de un wasap de Olga, con alguna instrucción olvidada para la cena del viernes, por lo que a punto estuve de ignorarlo. No obstante, por ser ya muy tarde, opté por coger el teléfono y cerciorarme, no fuera a ser que alguna de las niñas se hubiera puesto enferma y mi hermana necesitara de mi ayuda.

Así pues, alargué la mano hasta la mesilla y encendí la pantalla, lo que me permitió comprobar que no provenía de Olga, sino de Hugo, quien, además de despertarme, había logrado transformar mi sueño en pesadilla.

## El segundo wasap

Mientras sorteaba calles tan abundantes en coches como en lluvia para llegar hasta la zapatería Heels aquella mañana de martes, mi cabeza no podía pensar en otra cosa que no fuera el wasap que Hugo me había enviado la madrugada anterior:

Hola, Andrea:

Cuánto me ha sorprendido tu mensaje y cuánto lamento que hayas malinterpretado el sentido de mi nota. Es cierto que en ella me disculpaba por el trato que te había dispensado, actitud que mantengo, pero lo que en ningún caso pretendía decir era que deseaba volver a quedar contigo, ya que, para mí al menos, quedó claro que no eres la clase de persona por la que estoy interesado. En mi opinión, alguien con ese tipo de taras con respecto a su pasado, o a algo tan básico y fácil de abordar como la familia, constituye una garantía de fracaso en cualquier relación. Y de verdad espero que tomes mis palabras como un consejo, así como una lección de vida de cara al futuro, ya que con tu manera de proceder jamás conseguirás que una pareja funcione.

Por otra parte, puede que esta explicación te resulte algo brusca, y larga. Sin embargo, he preferido pecar de descortés y aclaratorio que correr el riesgo de que pueda haber algún género de duda esta vez. Así pues, dado que en la

primera nota al parecer no me expresé con bastante claridad, sí espero haberlo hecho con este mensaje. Y, por descontado, yo también te deseo lo mejor, aunque ese mejor ya aventuro será solitario, por lo que confío en que sea suficiente para ti.

Varias veces tuve que leer el wasap para cerciorarme de que las palabras que tenía ante mis ojos se correspondían con la realidad y no eran producto de mi imaginación debido a la hora, bien entrada ya la madrugada. Y cuando por fin se asentaron en mi mente y fui consciente de su alcance, no podía dar crédito a ese mensaje tan vengativo, rencoroso, insidioso e incendiario que acababa de recibir.

Sumadas a esas primeras emociones, que fueron las que de inmediato se despertaron en mí, en un segundo plano también se encontraba la indignación, y la humillación, ya que probablemente nunca en mi vida me había sentido tan despreciada y, por ende, ofendida, además de enfadada.

Así, lo que bullía en mi interior era similar a ese vapor que precede a la cocción y que, en unos pocos segundos, resulta tan intenso que es capaz de quebrar la horizontalidad del agua para llenarla de burbujas en erupción.

Por otra parte, y a pesar de estar un poco confusa todavía, sí pude atisbar que toda esa verborrea malintencionada era completamente gratuita, puesto que al haber dejado claro yo en mi mensaje previo que no deseaba volver a verlo, no había lugar a que él me aclarara que tampoco quería saber más de mí.

En consecuencia, ese alegato beligerante no era más que la pataleta de un niño, pero de uno endiosado y cruel, cuyas palabras e intenciones tenían mugre, y roña, porque eran roñosas y sucias, como sólo las de alguien ruin y mezquino podían serlo.

¿Cómo se atrevía a afirmar ese gañán de los galanteos que yo tenía taras? ¿O que mi futuro sentimental estaba seriamente amenazado por mi forma de proceder? ¿O pretender instruirme, o incluso adiestrarme, como si entre sus

dones se encontrara el de la infalibilidad? ¿Acaso se creía el papa de las relaciones? ¡Y precisamente él, con esos antecedentes!

Tan enojada como estaba, muy difícil me estaba resultando no hacer juicios de valor. Y es que conociendo su pasado sentimental —ese matrimonio que se rompió a los quince días de su celebración—, ahora se me antojaba que a lo mejor su mujer tenía una versión de la historia que era mucho más jugosa de lo que en principio había supuesto.

Por lo que a él se refería, por lo único que se distinguía ante mis ojos en aquellos momentos —además de por lo ya expuesto— era por su soberbia, defecto que engloba a todos aquellos que se creen superiores a los demás, motivo por el que desprecian y humillan al resto de la humanidad, lo que en mi opinión constituía su fin último para conmigo.

Asimismo, ni en mil años de vida, ni tras varios millones de explicaciones, habría conseguido entender a Hugo, con esa arrogancia suya, la esencia de mi postura, basada en el dolor que me causaba el recuerdo de mi infancia.

Curiosamente, en un primer momento, cuando lo conocí, consideré que si algo llamaba la atención en él era precisamente su sensibilidad, la que había mostrado hacia mi trabajo sin ir más lejos, pese a que sólo unos días más tarde su comportamiento me hizo ver que era su ausencia lo que lo definía.

No obstante, optimista como era yo, capaz de encontrar una aguja positiva en un pajar de negatividad, tras un buen rato dejándome llevar por la indignación acabé considerando que, por suerte, ese episodio me había permitido averiguar quién era realmente Hugo. Y esa circunstancia favorable para mí se la debía en exclusiva a mi intuición, al empujarme a rechazar sus disculpas, decisión de la que en su momento dudé.

Menos confusa ya tras ese ejercicio de positividad, lo que no se me escapaba era que aún me quedaba por resolver qué determinación adoptar para solventar la situación.

La primera postura que recaló en mi intención fue dar la callada por respuesta, lo que, además de elegante —un lujo que podría permitirme

perfectamente y que me haría sobresalir entre sus miserias—, implicaba el desprecio que lleva aparejado no hacer aprecio, como asegura el afamado refrán.

Sin embargo, mi ánimo estaba tan alterado que el silencio no parecía ser suficiente medida para acallar su necesidad de revancha. Así pues, a modo de resarcimiento, bien podría haberle llenado el WhatsApp de palabras malsonantes, de emoticonos con gestos obscenos o de *gifs* con una mezcla de ambos y, además, en movimiento.

En esa misma línea, también se me pasó por la cabeza enviarle por mensajero un cardo borriquero, bien nutrido de púas, acompañado de una simple pero ilustrativa nota, con el también popular y certero «porque tú lo vales».

En cualquier caso, lo único que tenía claro, y más todavía conforme transcurrían los minutos, era que en ningún caso iba a dejar el delito impune.

Por fortuna, su mensaje no había pasado de la pantalla de inicio de mi móvil, por lo que, aunque leído, a Hugo no le constaría como tal. Y eso me dejaba un margen para maniobrar que estaba dispuesta a aprovechar.

Aun así, tampoco pretendía demorar demasiado mi respuesta. Es decir, ni mucho ni poco. Ni pecar de impaciente, y que se diera cuenta de mi desazón, ni de indecisa o poco imaginativa, dejándole ver varios días después que no había sido capaz de idear antes la manera de desquitarme de mi agravio.

Por tanto, si no de inmediato —ya que la madrugada todavía estaba en proceso—, sí lo haría a lo largo del día que ya estaba en curso, a poder ser a primera hora de la mañana, cuando él supondría que yo leería el wasap tras despertarme, de manera que mi contestación surgiera como algo espontáneo o natural.

Con ese fin estuve largo rato discurriendo cuál podría ser la mejor respuesta, lo que conllevó horas de sueño de las que prescindí. Pero, a decir verdad, tampoco me veía capaz de conciliarlo teniendo en cuenta mi comezón. En consecuencia, mejor que desperdiciar el tiempo dando vueltas y más

vueltas recorriendo los cuatro puntos cardinales de la cama, opté por emplearlo en algo de provecho.

Y lo conseguí. E incluso dormir un par de horas tras lograrlo, ya con mi ánimo más relajado, el mismo con el que me levanté poco después una vez que la multitud de despertadores que se apelotonaban en mi mesilla de noche entraran en escena.

Una ducha larga y un café inflamable —al tener la consistencia del petróleo— obraron el milagro de espabilarme, e incluso de prepararme mentalmente para salir a recorrer unas calles anegadas tanto en lluvia como en coches.

Mientras conducía hasta la zapatería Heels, me reafirmé en que había hecho lo correcto al enviar el mensaje a Hugo antes de salir y, además, en que se trataba del mensaje correcto.

En otras circunstancias, de haber tenido algún género de duda, habría recurrido a Olga y a su vena mitad humorística mitad dramática, o incluso a Patricia y a su sensatez, de la que siempre hacía gala salvo para los temas relacionados con Hernán. Pero tan convencida estaba de que obraba bien que ni siquiera lo consulté con ellas.

Tras aparcar el coche, y antes de aparcar a su vez el Hugo *affaire* fuera de mi cerebro, concluí que, más que mi orgullo, lo que habían herido sus palabras era mi amor propio, ese estado de consideración y estima que una persona siente hacia sí misma y que la lleva a esperar el mismo trato proveniente de los demás.

Desde mi punto de vista, se trata de uno de los sentimientos más básicos, atávicos y prioritarios que debe experimentar el ser humano por cuanto te defiende, como un protector solar, de las agresiones externas, o incluso de las internas.

Por lo que concierne a las segundas, a lo que me refiero es a todas esas veces en que eres demasiado exigente contigo mismo, cuando ves defectos donde sólo hay desaciertos, lo que te lleva a olvidar que has nacido para ser real y no perfecto.

Y, en cuanto a las primeras, a modo de ejemplo, aquél te ayudará a gestionar el amor que te profesan los demás, de manera que sólo el bueno recale, y también te servirá para saberte merecedor de todas aquellas cosas buenas que la vida te depare, incluidos esos días que te ves con el guapo subido al mirarte al espejo.

Por otra parte, se trata del único amor que, sin lugar a dudas, es para siempre, motivo por el que hay que cuidarlo bien para que, como la dentadura, llegue lo más intacto posible hasta la vejez.

Bien adiestrado, además, te ayudará a perseguir tus metas o tus sueños, y a solventar las situaciones de crisis en las que tu valía es objeto de duda, como podría ser mi caso con Hugo.

Y lo que él me parecía a mí era un hombre con complejo de superioridad, de los que tratan de compensar sus sentimientos de inferioridad a costa de los demás. Más aún, con esas ínfulas que se gastaba, siempre parafraseando o emulando a escritores, probablemente albergara ese anhelo frustrado en su interior, razón de que desempeñara su trabajo y no otro, al ser el más cercano posible a su aspiración de entre sus habilidades.

Años atrás, uno de mis novios solía asegurar que, por si acaso el éxito era contagioso, cada vez que veía un coche de alta gama en la carretera, él se situaba detrás, con la esperanza de que se le pegara parte del triunfo del dueño. Sin embargo, lo que no llegó a pensar fue que lo único que se le pegaba era el humo que salía del tubo de escape. Y, sin lugar a dudas, ése era el caso de Hugo, que, asimismo, lo excretaba a los demás.

Afortunadamente, no iba a ser yo quien se colocara a su rebufo, de manera que ninguna humareda tóxica aspiraría de él.

Fuera ya de mi vida, pues, y con los pies dentro de la zapatería Heels, me dispuse a desarmar el escaparate que lucía la tienda en esos momentos con el fin de montar el que yo había previsto, que ya se encontraba en el almacén.

—Buenos días —me recibió el dueño de la tienda, al que no conocía, ya que mi contacto hasta ese momento siempre había sido su directora—. ¿Te han

entregado ya los zapatos que debes colocar coronando los edificios? — preguntó a continuación, haciendo referencia a la estructura de ciudad que yo había planeado para ellos.

—No, pero lo iba a hablar ahora mismo con Susana —le respondí mientras la buscaba con la mirada.

—Tus referencias como escaparatista son muy buenas. Espero que no haya ningún problema.

«¿Y por qué habría de haberlo?», pensé yo mientras ignoraba tanto sus palabras como su tono de voz, que me sonó entre desconfiado y ofensivo. Al fin y al cabo, ellos habían aprobado mi diseño y yo me había limitado a seguirlo escrupulosamente, como hacía siempre, por lo que nada fuera de lo esperado debería suceder. Aunque lo que sí esperaba yo, una vez oído su comentario, era que no se tratara de uno de esos clientes imposibles de satisfacer con los que alguna vez me había topado en el pasado, porque lo cierto era que no tenía yo el día para batallar con un insaciable, como los había apodado.

Claudio Ferrer, que era como se llamaba, debía de tener unos cuarenta años y lo que más llamaba la atención en él era su presencia. Así, se trataba de un hombre apuesto, y bien vestido, con esa elegancia que adquieren algunos de ellos con el paso de los años y que se les adhiere como una segunda piel.

De hecho, su atuendo se reducía a un pantalón vaquero, sin siquiera cinturón, y a una camisa blanca cuyos botones, eso sí, lucían el estampado típico del tartán escocés —esa tela de cuadros compuesta por una mezcla de colores en general vistosos, aunque con una clara preponderancia del rojo y el verde— y le aportaban un toque singular.

En cuanto al resto de su apariencia, Claudio podía ser considerado como un hombre guapo, con unos rasgos agradables a los que se sumaba el plus de contar con todo su pelo, lo que no resulta tan frecuente en los hombres cuando llegan a cierta edad. Además, salvo algunas canas que lo jaspeaban, conservaba su color original, un marrón oscuro con algunos reflejos cobrizos.

También era moreno de ojos y, sobre todo, de piel, por lo que, una de dos, o acababa de regresar de la playa o se había dado un festín dérmico de rayos UVA.

Sin que en aquel momento mediaran más palabras entre nosotros, yo me puse a trabajar, mientras que él se retiró al interior de la tienda, si bien al cabo de una media hora regresó, al parecer con la intención de supervisar, o supervisarme, para ser exactos.

—Parece que todo marcha bien —afirmó con un tono de voz que me sonó conciliador.

—Sí. La empresa que se ha encargado de la fabricación de la maqueta ha hecho un gran trabajo. Hasta han ensamblado ellos todos los edificios, lo que en un principio no estaba acordado —me mostré explícita yo, para que fuera evidente que, por mi parte, no había ningún resquemor con respecto a su comentario anterior.

—Supongo que eso hará más fácil tu trabajo.

—Efectivamente, así que acabaré antes de tiempo.

—Eso es una buena noticia. Me gusta que este tipo de cosas finalicen pronto. La sensación de desorden me incomoda.

Bien podría haberle respondido que para hacer una tortilla no queda más remedio que romper algunos huevos, o cualquier otra expresión similar. No obstante, por parecerme poco profesional, traté de dar con otra fórmula. Además, mentiría si dijera que yo no compartía esa sensación de desagrado con respecto al caos, salvo que, al ser éste de carácter laboral, en cierta medida era ajeno a mi persona.

—A mí también —le confesé, pues—, pero en tu caso no haría falta que atravesaras la niebla. Tan sólo esperar a que levantara.

De repente observé cómo su cara se transformó, con un gesto de agrado que superaba con creces el significado de la afirmación que yo acababa de realizar.

—Una frase preciosa, y una lección de vida —aseguró, sin embargo.

Un tanto confundida, preferí agradecerle sólo con una sonrisa su comentario, por cuanto se me antojaba que cualquier respuesta verbal por mi parte sonaría demasiado burda, o grandilocuente, y no era ésa la imagen que yo pretendía dar. Además, apenas un segundo más tarde, fue él quien retomó la palabra.

—No siempre hay que batallar contra todo, ¿verdad?

—Algunas batallas las pueden librar los demás —sí afirmé en esta ocasión, de nuevo sonriendo mientras pronunciaba mi frase—. Incluso algunas se ganan solas.

Esta vez fue Claudio quien sonrió, y quien también se encargó de proseguir con la conversación.

—Siento si he estado un poco brusco antes —se disculpó, lo que llamó todavía más mi atención que el efecto que mi anterior comentario había producido en él—. No pretendía desconfiar de ti, ni sugerir que no fueras capaz de hacerlo, como a la vista está que puedes.

—Gracias, pero no ha sido nada —le quité importancia al asunto.

—Hemos empezado con mal pie, el mismo, izquierdo, con el que me he levantado esta mañana. Será cosa de la lluvia, que me desestabiliza. Por cierto, no serás zurda por un casual, ¿verdad?, y he vuelto a meter la pata.

Solté una carcajada, por lo escrupuloso de su comentario ahora, que contrastaba con la ligereza con la que había pronunciado el primero.

—No. Puedes estar tranquilo, y aunque lo fuera daría igual —afirmé—. De sobra sé que es una expresión. Y te entiendo perfectamente con lo de la lluvia.

—¿En serio? ¿Por qué? —se mostró extrañado, lo que a su vez me extrañó a mí, puesto que, en general, para la mayor parte de la gente esa precipitación atmosférica supone tal incordio que no necesita de mayor aclaración.

En cualquier caso, y dado que no iba a explicarle mi razón última —consistente en esa necesidad que tenía yo de atrapar cada rayo de sol que mi padre no pudo sentir sobre su piel—, decidí idear otra versión sobre la marcha.

—Los días azules siempre me ha parecido que son transparentes, mientras que los lluviosos parecen opacos, y poco disfrutables, por húmedos e incómodos. Pero también he de decir que, con los años, he aprendido a apreciar tanto las nubes como la lluvia porque, evidentemente, la vida no sólo se compone de días de sol —afirmé, partiendo de la base de que mi sempiterna búsqueda de la felicidad iba más allá de la climatología. Y, en ese sentido, bien consciente era de que los días no disfrutados son días perdidos que jamás vuelves a recuperar.

—Lo que resulta tan aplicable al tiempo como a la vida en sí, ¿cierto? Y eso mismo pensaba yo antes, pero ahora me trae malos recuerdos.

De repente, sus palabras se interrumpieron y su gesto se transformó, hasta el punto de que su cara se transfiguró, adoptando un rictus mitad ausente mitad doliente.

De haber estado en mi lugar, Olga no sólo lo habría sometido a un interrogatorio, y de tercer grado, sino a tortura, incluso física, a fin de averiguar qué padecimientos se escondían detrás de su más que evidente sufrimiento. Sin embargo, yo era más de la opinión de no ahondar en las profundidades de los demás, a no ser que, explícitamente, te den la llave de la puerta que comunica con ellas.

Es más, ni siquiera me atreví a plantearle la socorrida pregunta de la que todo el mundo echa mano en estos casos, ese comodín llamado «¿te encuentras bien?», por cuanto me sonaba demasiado íntimo, para mí, y demasiado manifiesto, para él, que se había hecho evidente que no lo estaba.

En líneas generales, yo siempre he sido de la opinión de que la gente necesita de sus momentos de intimidad, independientemente de que éstos tengan lugar en el transcurso de circunstancias públicas, incluso entre dos desconocidos que acaban de cruzar sus primeras palabras.

Por otra parte, lo que tampoco se me escapaba era que, precisamente por esa condición de desconocidos, yo me situaba en el perímetro de ese vínculo

tan peculiar que a veces se genera entre extraños denominado conexión, cuando no se trata de cohesión.

Pero nada de esto sucedió, ya que, apenas unos segundos después, Claudio se había recompuesto y hecho con el control de la situación, aunque, eso sí, planteando una propuesta.

—Cuando hayas acabado el montaje tal vez te apetezca que vayamos a tomar un café, y así podríamos hablar del próximo escaparate, porque, por lo visto hasta ahora, no tengo ninguna duda de que quiero que te encargues también del siguiente.

—¡Por supuesto! —accedí de inmediato—. Y encantada. Yo calculo que dentro de una hora, más o menos, habré terminado. ¿Te parece bien?

—Perfecto —aseguró.

Pero para mí, en cambio, no lo era, con esa patología que me aquejaba —el sustantivo del adjetivo empleado por él, a la sazón, mi perfeccionismo— y de la que experimentaba brotes, o exacerbaciones, al igual que un alérgico se convierte en asmático tras entrar en contacto con el polen.

Lo que pretendo poner de manifiesto es que, desde ese instante, empecé a sentirme presionada por sus expectativas, por ese miedo que sentimos todos a no estar a la altura de lo que los demás esperan de nosotros, cuando en verdad ese listón lo marcamos nosotros mismos.

Tratando de evitar esa sensación, los siguientes sesenta minutos los pasé concentrada, lo mejor que supe y pude, en el proyecto que tenía entre manos, intentando abstraerme lo más posible de sus elogios y preparándome para el café que compartiríamos a continuación.

Mentiría si dijera que no me asustaba ligeramente haber visto esa ventana abierta al dolor en él, por cuanto podría perjudicar nuestra relación profesional. Y ése fue el motivo de que saliera de la tienda con la consigna mental de no ahondar en sus intimidades, así como con el convencimiento de que si Claudio necesitaba ayuda sería lo suficientemente adulto como para pedirla.

—¿Nos vamos? —me preguntó cuando, transcurrida la hora acordada, comprobó que su escaparate ya había dejado de ser un esbozo para convertirse en una ciudad con zapatos adosados a sus tejados.

Antes de formularme esa pregunta, Claudio no había escatimado alabanzas hacia mi trabajo tras comprobar el resultado del mismo, lo que me encantaba tanto como me incomodaba, a partes iguales, ya que los piropos profesionales no solía saber cómo encajarlos, si mediante palabras (con el riesgo de convertirlas en una verborrea que sonara falsa por excesivamente agradecida), o mediante el silencio (con el riesgo de que sonara falso por excesivamente humilde).

En esta ocasión opté por una frase, escasa —«¡Mil gracias!»—, acompañada de una sucesión de sonrisas, abundantes, que habitualmente generan más empatía que el lenguaje hablado.

—Acabo de salir a comprar un paraguas tipo golf, de esos que doblan el tamaño de los normales, para que quepamos los dos —comentó Claudio antes de poner un pie en la calle—. Al llegar he visto que no traías ninguno, y hay tanta gente en la acera ahora mismo que no creo que quepamos a no ser que lo compartamos.

Tenía razón. Desconcentrada como estaba tras las pocas horas dormidas, el mensaje de Hugo recibido la madrugada anterior y el que yo le había enviado justo antes de salir de casa, no reparé en coger uno, por lo que tuve que correr desde el coche hasta la tienda para no calarme... o calarme menos.

Por otra parte, me pareció un detalle tan encantador el de Claudio que no pude evitar sentir en el alma que él tuviera un desgarró en la suya en el que la lluvia estuviera implicada de alguna manera. Y más aún teniendo en cuenta que no nos quedaba más remedio que atravesarla para llegar hasta la cafetería.

Cuando al cabo de un par de horas me marché de allí —ya sabiendo, y con detalle, lo que le había sucedido un par de años atrás—, lo hice con una sensación amarga, y con sus últimas palabras tan instaladas en mi cabeza que ya parecían formar parte de mis neuronas, aquellas que me dijo mientras me

abría la puerta de mi coche para evitar que me mojara: «Lo más valioso que posee el ser humano se extiende más allá de su propia vida, y es la capacidad que tiene para perpetuarse, y no me refiero a la procreación, sino a permanecer en los demás, en su memoria, o a que seamos nosotros los que permanezcamos en ella cuando nos hayamos ido».

Tras nuestra conversación, mi corazón estaba tan encogido que llamé a Olga para contarle lo sucedido, con la esperanza de que compartiendo con ella la historia de la que Claudio acababa de hacerme partícipe aquél se estirara, aunque fueran unos pocos centímetros, los suficientes al menos para que dejara de dolerme.

—No me digas que tengo que anular la cena del viernes con Ignacio —fue, sin embargo, su respuesta.

—Boba, que no ha sido esa clase de charla. Y, además, es un cliente, y ya sabes que ése es un límite que nunca cruzo.

Era cierto. Por principio, y por principios, nunca había intimado con ninguno de ellos.

—Como alguien te prenda un buen fuego detrás, o dentro, vas a ver tú si lo cruzas o no.

—Te puedo asegurar que no es el caso —afirmé categórica.

Y con la intención de que ese tema se quedara definitivamente atrás, opté por cambiar el rumbo de la conversación.

—¿Qué tal tu día? —le pregunté, pues.

—Me he dado un golpe con el coche —me soltó sin más.

—Pero ¿estás bien? —me alarmé de inmediato.

—Sí, sólo es chapa. Y poca cosa. No creo que me echen del seguro por esto, esta vez.

—¡Menos mal! ¿Y qué es lo que ha pasado? —quise centrarme en la materia que era verdaderamente importante, y no en que ésa era la octava aseguradora que el coche de mi hermana había tenido el placer de conocer.

Tras contarme lo sucedido, no me quedó más remedio que sacar a colación

una obviedad.

—Que te quede claro, Olga: conduces fatal.

—La culpa la tuvo él.

—Te has dado un golpe contra un coche que estaba aparcado, y sin conductor.

—Había aparcado a lo loco.

—¿En su plaza de garaje? ¿En un garaje que no es el tuyo?

Al parecer, el problema había consistido en que mi hermana, con la lluvia, se había despistado, de manera que se había metido en el garaje del bloque de al lado, con el que, al pertenecer a la misma urbanización que la suya, compartía la clave de acceso del mando a distancia.

—¿Y tú? ¿Sabes algo de Hugo, después del mensaje incendiario que le has mandado esta mañana? —me preguntó a continuación, dando por zanjada su participación en los hechos.

Pero no, yo no sabía nada de Hugo. Y tal vez la razón se debía precisamente al fuego, ya que tanto puede quemar como templar, como sucede con el acero. Así pues, quizá fuera ése el motivo de su silencio: que alguien, por fin, le había templado el carácter.

## La segunda cita

Aquello no era un mensaje, era un menaje, pero de cocina, de tanto aparataje como contenía, y lo otro no era una melena, sino una pelambreira, y tirando a cancán, pero de los de Toulouse-Lautrec, los que dibujaba el pintor francés en el Moulin Rouge, y bien pletórico tanto de capas como de volumen. O sea, igualito que los del famoso cabaret parisino.

Y todo ello provenía de mi tía Conchita.

La razón se debía a que aquella noche, la del viernes, tenía la segunda cita con su dentista, que, curiosamente, coincidía en el tiempo con la cena prevista en el restaurante en el que en breve mi hermana empezaría a trabajar, a la que Ignacio —su chef— nos había invitado a Olga y a mí.

Desde el pasado martes, los días habían transcurrido tranquilos, para todas, salvo por lo que se refería a las cuestiones laborales en mi caso, dado que en ese sentido habían resultado frenéticos.

No obstante, había logrado llegar al mediodía del viernes intacta..., o casi, porque aún me quedaba enfrentarme a mi tía y a su cita.

En primer lugar, Conchita había acudido a la peluquería para hacerse una permanente, ese procedimiento capilar mediante el que el pelo se riza artificialmente con el fin de, además de ensortijarse, cobrar volumen. Y dicho extremo era algo que, a todas luces, había conseguido, ya que aquella cabellera era lo más parecido al aire en movimiento... un día de tormenta. Y ese efecto era lo que yo, en términos visuales, había hermanado con el recién mencionado cancán, tras recibir un wasap, foto incluida, de la cabeza

ondulante de mi tía, que más que encrespada parecía furiosa..., como el vendaval que generaba a su paso.

Por otra parte, aunque no menos importante, su melena había cobrado la apariencia de la de *Copito de Nieve* —aquel gorila albino del zoo de Barcelona que se hizo mundialmente famoso a finales de los años sesenta—, puesto que para evitar el tono amarillento que a veces cobraban sus canas se había aplicado una ampolla blanqueadora, con la que se había pasado tantos pueblos que había acabado en la luna..., una tan inmaculada que refulgía incluso de día, como sólo una dentadura de anuncio podría hacerlo.

Además, con el fin de parecer más alta —dado que su altura disminuía al mismo ritmo que se incrementaban sus años—, se había comprado todo tipo de artilugios para insertar dentro de los zapatos que más que plantillas parecían moldes de silicona, de los que se utilizan para dar forma a los bizcochos en su paso por el horno.

—Pero ¡si ya te conoce! —exclamé yo cuando me explicó el propósito de tamaño despropósito.

—¿Y tú crees que se va a acordar?

—Mujer, ¡que te vio la última vez hace menos de una semana!

—La batalla contra la edad no la pierden los años, sino la memoria, con el alzhéimer a la cabeza —sentenció.

—¿Y él lo tiene? —me alarmé, por cuanto constituiría una noticia que podría dar al traste con los planes de mi tía, cualesquiera que fueran.

—¿Tú crees que yo le presto tanta atención como para saberlo?

—Entonces ¿para qué quieres conocerlo si ni siquiera reparas en él? —le pregunté desconcertada.

—Paseo, contoneo y meneo. ¿Te parece poco?

A punto estuve de sucumbir a un ataque de risa. No obstante, transcurridos unos pocos segundos me vi capaz de organizar mentalmente mis pensamientos a fin de formularle una nueva pregunta.

—Pero te arreglas para él. ¿Qué sentido tiene, pues, si lo único que

pretendes es que al final te desarregle?

—Para que tenga interés. Los ojos son la puerta que abre el resto de los órganos de un hombre.

En esta ocasión casi me despeñé, de la silla en la que estaba sentada, a consecuencia del aluvión de carcajadas que me sobrevino.

—En fin —prosiguió la tía Conchita—, vamos a dejarnos de chácharas y a ver si nos centramos en lo que de verdad importa.

—¿A qué te refieres? —inquirí algo confusa.

—¿Tú qué crees?! —preguntó ella sin dar crédito a mis palabras—. ¿No te parece que a mi pelo le haría falta algún arreglillo? Desde luego, como haya tormenta, seguro que atraigo todo el aparataje eléctrico, como si fuera un pararrayos, y rezando para que sólo acabe chamuscada si llega el caso.

Sin poder reprimir la risa una vez más, y más aún imaginándome la escena, logré enfocar mis pensamientos hacia lo que me pedía.

—¿Y cuánto tiempo tienes hasta la cita? —le pregunté en ese sentido, aunque un tanto desganada, ya que me apetecía disponer del mío para arreglarme con tranquilidad con vistas a la cena, a mi cena.

—No lo sé —me respondió.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿No sabes a qué hora has quedado?

—Con los años te das cuenta de que sólo hay dos cosas importantes en la vida, y como la primera la vas a olvidar, enseguida eres consciente de que la segunda es apuntarlo todo, pero hasta eso se me ha olvidado esta vez.

A lo largo de mis treinta y un años de vida, jamás me había reído con Conchita, o todo lo contrario, ya que innumerables eran las veces que había llorado por su culpa. Sin embargo, ahora, nada más abrir la boca, una ristra de risas se escapaba de mi garganta.

Definitivamente, pues, mi tía se estaba convirtiendo en otra mujer, o en quien en realidad era y que había estado camuflada bajo esa fachada de amargada.

Por tanto, resultaba evidente que el amor, o cualquiera de sus derivados —

ya sea el deseo, la pasión o la mera necesidad de compañía—, convierte a los seres humanos en una tetera eléctrica, que en apenas unos minutos consigue hervir el agua.

Lo único que yo esperaba era que, al concluir su cita, mi tía no acabara escaldada (si fracasaba), escalfada (si el dentista no estaba a la altura), o calada (si simplemente llovía, lo que haría que su melena se le agigantara todavía más).

En esa línea, después de darle una serie de consejos básicos sobre cómo abordar su nuevo peinado —que ya parecía electrificado aun antes de que le cayera un rayo—, y que en esencia consistían en aplicarse al menos una tonelada de mascarilla capilar tras volver a lavarse el pelo, me centré en otro asunto que requería de mi atención antes de ocuparme de mí misma.

—¿Has hecho algo con respecto a Hernán? —le pregunté a mi amiga Patricia en cuanto me descolgó el teléfono.

—A punto he estado —aseguró.

—¿Y eso?

—Ha venido esta mañana a la tienda para traerme una nueva remesa de telas, y hemos intercambiado algunas palabras.

—¿Profundas o superficiales?

—Pues un poco de ambas, o de ninguna de las dos, para ser exactos.

—¿Qué quieres decir?

—Que yo creo que él ha estado dándole vueltas al asunto desde el otro día, cuando mantuvimos la conversación. Y creo también que ha llegado a alguna conclusión, aunque no se ha atrevido a desvelármela.

—¿Podrías ser más explícita? Porque la verdad es que no me estoy enterando de nada.

—Ha estado tremendamente educado. Bueno, además de educado, o para ser más precisa, yo diría que muy pendiente de sus palabras, de que fueran las correctas, o incluso perfectas, lo que a veces resultaba exagerado, o demasiado afectado.

—¿En qué sentido?

—Por ejemplo, a la hora preguntarme dónde colocar las telas en el almacén, lo ha hecho de la siguiente manera: «Por favor, dime el sitio exacto para que luego tú no tengas que cambiar los rollos de ubicación, que pesan mucho y puede que te hagas daño en la espalda», cuando lo normal habría sido algo así: «¿Ahí?», señalando a la vez con la barbilla el destino que él había dado por supuesto. Ya sabes, en época de barbecho nos dirigimos la palabra lo menos posible.

—Entiendo. ¿Y cuál es tu conclusión?

—Que está haciendo méritos.

—¿Para? —quise saber el resultado de su opinión.

—Hablar conmigo cuando él lo considere adecuado. Yo creo que está preparando el terreno, y tratando de asegurarse una buena cosecha.

—Por hablar contigo quieres decir que te confiese unos sentimientos que, según tú, ha tenido desde siempre, aunque no se haya dado cuenta hasta el café del otro día, cuando te comentó expresamente su intención de mantenerse alejado de ti.

—Sí, lo podríamos definir así.

—¿Y no se te ha ocurrido pensar que, al haber sido tan franco contigo en el terreno sentimental, tenga miedo de que eso repercuta en el terreno laboral? O sea, que al recapacitar se haya dado cuenta de que tú, en un acto de venganza, puedes ir con la queja a su padre para pedirle que no aparezca por la tienda nunca más.

—No se trata de eso. Estoy convencida —se mostró tajante.

—¿Y qué tienes pensado, entonces? ¿Esperar a que se declare o adelantarte tú? —seguí preguntando sin intentar disuadirla por cuanto, de antemano, me parecía una batalla perdida.

—Pues dependerá de mis nervios. Esta mañana he conseguido atarlos en corto, pero a medida que transcurría el día se me ha ido aflojando el nudo.

—Bueno, si era corredizo, igual que se suelta se puede volver a tensar.

—La gente cambia, ¿sabes? —afirmó respondiendo a las intenciones que se ocultaban detrás de mis palabras.

—Como ya te he dicho otras veces, la gente no cambia ni cuando se muere. No se hace mejor porque nosotros pensemos que lo sean o porque lo digan los panegíricos. Las personas, siempre, son lo que son, y eso es algo tan universal como inevitable, e inmodificable. Y la voluntad de los demás no tiene esa clase de fuerza, ni de poder: la necesaria para transformarlos.

Por un momento me sentí igual de doctrinaria que Hugo con respecto a mí, y juzgando a un hombre de la misma manera que él lo había hecho conmigo, sin apenas conocerme, lo que hizo que, de repente, me sintiera mal. Si había algo que odiaba en este mundo era esa clase de veredictos, sin proceso penal previo que fuera el que dictaminara, y con conocimiento de causa, el alcance de su personalidad, si era delictiva o no, porque conocimiento, lo que se decía conocimiento, yo no lo tenía de Hernán.

Hasta el momento, lo único que sabía de él —exceptuando unos años escolares en el mismo lugar, en el que probablemente nunca compartimos el mismo espacio— era una versión de su vida relatada por otras personas, y contada a través de su opinión. Por eso, tras recapacitar unos instantes, opté por callarme y no seguir adelante con mi alocución.

—Y tú, ¿sabes algo de Hugo desde el wasap que le enviaste el otro día? —cambió de tercio Patricia la conversación, tal vez adivinando que su fantasma se había aparecido en mi cabeza, o simplemente pretendiendo evitar un conflicto entre nosotras.

—Nada de nada.

—Eso es bueno, y significa que le callaste la boca, aunque, en mi opinión, lo que deberías haber hecho era enviarle al trabajo un globo gigante con el siguiente rótulo: «Lástima que éste fuera el tamaño de tu ego, y no el de tu miembro más masculino». Al fin y al cabo, es lo único que les revienta a los tíos, ¿no?, que se ponga en duda el tamaño de su hombría y, sobre todo, en público.

Me reí con ganas, y ciertamente, de verme en esa situación otra vez, sería una opción que tener en cuenta, aunque, a decir verdad, esperaba que no se diera el caso. No en vano, lo que mal empieza bien acaba a veces.

Nada más colgarle, el teléfono sonó de nuevo, con Olga al otro lado de la línea en esta ocasión.

—No se te habrá olvidado que la cena es esta noche, ¿verdad?

—¡Claro que no! —exclamé sorprendida.

—¿Y también te acuerdas de que hemos quedado a las nueve?

—¿Crees que de repente se me ha agujereado el cerebro y se me escapa la información por ahí o qué? —protesté.

A punto estuve de decirle que era a nuestra común tía a quien debería estar haciendo esa llamada, ya que no un agujero, sino un cráter era lo que tenía Conchita en la memoria, pero finalmente me contuve en aras del tiempo, que ya empezaba a escasear si pretendía arreglarme con un mínimo de tranquilidad.

—Y de Hugo, ¿sabes algo?

—¿Por qué a todas os da hoy por lo mismo, y por el mismo? —le pregunté extrañada.

—Porque a todas nos extraña que no haga nada al respecto. Parece un ser resentido, y algo sañado, por lo poco que sé de él.

—Pues yo opino que ya ha pasado demasiado tiempo.

—El tiempo no existe en la mente de los rencorosos y los vengativos. Y ya puedes recordar mis palabras, porque si de algo estoy convencida es de que atacará de nuevo, y cuando menos te lo esperes, por lo que más te vale estar preparada.

—Te agradezco la preocupación, pero de verdad creo que ese asunto ya ha pasado a la historia —aseguré.

—Lo que deberías haber hecho para dejarle las cosas bien claritas era haberle mandado al trabajo un muñeco gigante, tamaño 2 X 2 y tipo vudú, con una caja de alfileres gigantes también, así como un letrero colgando del

cuello: «¿Imaginas dónde voy a colocar el primero? ¿Quizá en un órgano que empieza por “p”?». Seguro que así, por miedo, te dejaba en paz.

Mientras me reía pensé que mi aproximación al asunto había sido mucho más sencilla, ya que había consistido en un simple wasap, aunque no exento de gracia, dicho sea de paso. No obstante, apenas tuve tiempo de reflexionar sobre ello, puesto que la pantalla de mi móvil se encendió de nuevo.

Llevo desde el martes pensando que tal vez me extralimité al contarte mi historia, por lo que he pensado que debería disculparme.

Se trataba de un mensaje de Claudio, el dueño de la zapatería Heels, del que —como él mismo aseguraba— no había vuelto a saber desde ese día. Y quise aplacar su intranquilidad desde el principio.

¡Tranquilo! No hace falta ninguna justificación por tu parte, de corazón te lo digo.

Tenía un mal día..., la lluvia, ya sabes.

Lo entiendo perfectamente. Y, por lo que a mí se refiere, puedes olvidarte completamente del tema.

No sabes cuánto te lo agradezco. La verdad es que estaba bastante incómodo con la situación. Por cierto, ya que hablo contigo, te contaré que he tenido unas cuantas ideas para el próximo escaparate, e incluso he hecho un boceto. Si no andas muy liada, tal vez te lo pueda acercar, a donde tú me digas, para que lo estudies y me des tu opinión. ¿Qué te parecería sobre las ocho?

Durante unos instantes dudé acerca de qué respuesta darle. En ningún caso se trataba de que pretendiera quedar con él, ya que yo tenía una cena

concertada que no pensaba cancelar, pero lo cierto era que no sabía cómo rechazar su oferta o, para ser exactos, qué palabras emplear para hacerlo.

Al final me decanté por una explicación lo más sencilla posible, y que a su vez se acercara lo más posible a la realidad.

Lo siento en el alma, pero esta noche tengo  
una cena familiar a la que no puedo faltar.

¿Por qué le había mentido? Es decir, estrictamente hablando, no lo había hecho, puesto que iba a cenar con mi hermana, que era mi familia. Sin embargo, en buena ley, ésa no era la verdad, o no toda, dado que lo que Olga tenía previsto para sí misma era ser el convidado de piedra en esa mesa. Así pues, ¿por qué no le había dicho simplemente que tenía un compromiso previsto con anterioridad, sin entrar en más detalles?

Pero podemos quedar mañana, si te parece,  
que tengo el día libre de familia.

Concluí mi mensaje. De nuevo, ¿por qué no había trasladado la propuesta hasta el lunes, día más laborable, con lo que ello implicaba de distancia entre ambos, tanto psicológica como profesional? ¿Y por qué había sido tan precisa en la descripción de mis circunstancias personales para la fecha en cuestión? ¿Tal vez porque quería darle a entender que de lo que estaba libre era de pareja?

Y así era, soltera y sin ningún compromiso. Sin embargo, justo en ese momento recordé la frase con la que había respondido al último wasap de Hugo, ya que para hacerlo no sólo me enovió, sino que incluso me casé, a fin de que resultara más divertida:

¿Y qué dices acerca de la soledad? ¿Que  
supones que el día de mañana, sí o sí, la  
monoterapia va a ser mi régimen de vida? Pues  
dice mi marido, que lo tengo aquí al lado, que  
menuda lástima que no vayas a tener razón.

Tener la posibilidad de herir a alguien y no hacerlo. Ésa era la gran diferencia entre Hugo y yo.

## El restaurante

Nunca he sido de la opinión de que la ropa bonita tenga que reservarse para los días importantes o especiales. De hecho, yo incluso estrenaba algunas prendas para estar por casa, porque eso me hacía sentir bien —como sólo la ropa te puede hacer sentir— el día que optaba por no salir. Y con esto no quiero decir que no adorara los fines de semana laxos llenos de pijamas o pantalones de chándal. Sólo que, en general, me arreglaba. Y la única razón se debía a que lo hacía para mí misma.

No obstante, cuando quedaba con alguien, especialmente del género masculino, lo que socialmente suele denominarse una cita, me esmeraba un poco más, pero de nuevo más por mí que por ellos; es decir, no para gustarles más a ellos, sino para gustarme más a mí, a la persona que sería cuando compartiéramos mesa.

Es falso pretender que siempre somos los mismos, o que no tratamos de mejorarnos por dentro al igual que lo hacemos por fuera. Habitualmente, en esas situaciones, intentas ofrecer tu mejor versión, por lo que te esmeras, lo que te conduce a su vez a mostrarte más simpática, o más divertida, e incluso a veces a soltar alguna mentirijilla si con ello crees que vas a capear mejor alguna coyuntura delicada; o a pasar de puntillas sobre temas que consideras van a resultar escabrosos.

Por tanto, ese consejo tan manido que todo el mundo suele ofrecer consistente en «sé tú mismo» debe de ser el más desusado de la historia con respecto a las primeras citas, puesto que, casi siempre, intentamos ser mejores a fin de agradar y de sentir que agradamos.

Y, por lo que a mi caso concreto se refería, aquella tarde de viernes me esforcé mucho en gustarme a mí misma, mucho más de lo que lo había hecho nunca en el pasado.

Tal vez el motivo se debía a que con ello intentaba despejar el pronóstico que Hugo había previsto para mí, ese futuro en soledad, emulando a quien sale con gafas de sol un día en que está prevista lluvia, creyendo que con ello va a espantar a las nubes.

Y es que, aunque no lo reconociera públicamente, esas palabras habían recalado en mí, quizá porque él a su vez había despertado una serie de sentimientos que no había conocido hasta conocerlo a él.

Sin embargo, lo que no se me escapaba era que probablemente dichos sentimientos nada tenían que ver con Hugo; es decir, que se habían despertado porque les había llegado su hora, tras un necesario período de hibernación o, dicho de otra manera, que el famoso reloj biológico tenía más de una aplicación y no sólo la de la procreación.

Y a fin de estar lo más presentable posible para lo que me deparara aquella noche de viernes había estado días preparándome, lo que a efectos prácticos significaba que la ropa que tenía prevista lucir llevaba esos mismos días preparada en su rincón.

Tras mucho dudar, al final había decidido ponerme un pantalón negro no excesivamente ancho y una chaqueta de algodón del mismo color —cuya longitud alcanzaba casi hasta las rodillas y cuyas mangas remangaría ligeramente—, que un cinturón realizado con la misma tela se encargaría de ajustar a la cintura. Por otra parte, y para alegrar un poco el conjunto, me pondría un maxicollar realizado con cuentas de nácar, planas aunque ligeramente onduladas, como los botones típicos de las chaquetas infantiles, sólo que en este caso su tono era un magenta sutil, con un suave efecto tornasolado.

Finalmente, un bolso también magenta, aunque oscuro y profundo esta vez, contrastaría con los botines, negros y de tacón alto, aunque lo suficientemente

ancho para que resultaran cómodos.

Aun a riesgo de parecer exagerada diré que pocas veces en mi vida me he sentido más nerviosa antes de una cita, y eso que ni siquiera lo era. A decir verdad, más me parecía a una quinceañera preparándose para su primer baile que a una adulta acudiendo a una cena cuyo único comensal sería su hermana.

Horas me pasé ante el espejo intentando que mi pelo cobrara algo de volumen y que mi cara —de natural redonda— lo perdiera bajo varias toneladas de maquillaje, el mismo tiempo que dediqué a hacerme la manicura, la pedicura y cualquier otro procedimiento, o tratamiento, que se me pasara por la cabeza y del que pensara me haría sentir mejor, más segura, y que, por tanto, aumentara mi autoestima.

Para cuando llegué al restaurante, tenía tal tersura en la piel que hasta la ropa me resbalaba. Y eso sin mencionar lo perfumado de mi aspecto, porque era tal la condensación de olor que éste traspasaba el ámbito de lo etéreo para situarse en el de los sólidos, cuando no en el de los pétreos, ya que como una piedra me sentía a veces de lo que me costaba respirar.

Una vez finalizado mi arreglo por completo, pues, me dirigí al restaurante y, tras aparcar, me di cuenta de un detalle en el que no había reparado hasta ese momento, y que era su nombre.

En cualquier ámbito de la vida, la elección de éste siempre resulta importante, ya sea el de pila o un apodo, o incluso el título de un libro, porque de alguna manera define, representa o precede a aquello que engloba..., lo que yo rezaba para que no sucediera en este caso.

Así pues, el suyo era ni más ni menos que Árkada, lo que en sí mismo no entrañaba ningún problema, salvo que si el acento en la «a» inicial no se apreciaba con claridad, inevitablemente sugería, o inducía a lo opuesto que un restaurante debería provocar, o sea, el vómito, hecho que esa «k» intermedia sustituyendo a la «c» de rigor no conseguía disimular.

A saber qué tendría el dueño del establecimiento en su cabeza cuando lo pensó, y el resto a los que consultó y que le dieron la razón, una y otra vez, ya

que al tratarse de una cadena de alcance nacional, más de uno, necesariamente, tuvo que intervenir en el bautismo del conjunto de locales.

Supongo que —sin apercibirse de las desgracias gástricas que esa tilde podría provocar de llegar a caerse— todos ellos creyeron que resultaba sofisticado, a la par que apropiado, y fonéticamente similar a ese término cabalístico al que se le atribuyen poderes mágicos —gastronómicos en este caso—, que era a lo que a mí me sonaba cuando el acento estaba colocado en su sitio. Y me estoy refiriendo a la palabra *abracadabra*.

No obstante, y dado que no era ésa la noche para pensar en desastres eméticos, me centré en localizar a Olga, que ya me estaba esperando en la puerta del restaurante cuando llegué.

—Tiene interés Ignacio —me confesó nada más verme—. Me ha llamado hace un rato para confirmar que veníamos.

—Mujer, o tal vez no quería quedarse con una mesa vacía un viernes por la noche.

—Tú sabes que los pesimistas son los que ven un bache en el camino y no se atreven a saltarlo porque piensan que caerán en el abismo, ¿verdad? Pues eso, y que a reventadora de cenas, y de esperanzas ajenas, no hay quien te gane.

No me quedó más remedio que reírme ante su comentario, lo que dio pie a Olga para proseguir con el relato de la conversación mantenida con el chef.

—Según me ha dicho, nos ha preparado una mesa en la terraza, y para mí que va a ser la mejor.

—Tú sabes que los optimistas son los que caen al abismo al creer que el agujero que había en el camino era sólo un bache, ¿verdad?

Esta vez fue ella la que se rio, y con ganas, con esa risa ancha que en verdad era una catarata y que salía en cascada de su garganta.

—Bueno, dejemos a la noche lo que tenga que ser —sentenció finalmente—, que además hoy está preciosa.

Tenía razón. Las lluvias de los últimos días habían despejado el poso de

calor que a veces impregna el aire en los días calurosos de primavera y lo habían llenado de un frescor que se colaba en los pulmones y, automáticamente, los ensanchaba.

—Sí, la verdad es que hace una noche perfecta para cenar en el jardín — reconocí, aviniéndome de alguna manera a sus razones.

No obstante, nada más traspasar la puerta de entrada, caí en la cuenta de que quizá nos habíamos olvidado de un detalle.

—¿Deberíamos entrar en la cocina a saludarlo? —le pregunté a Olga, pues.

—Yo creo que no. Debe de estar muy liado a estas horas y, además, tal vez parecería un poco forzado.

Por una vez era ella la sensata y yo la impaciente, lo que no solía ser habitual entre nosotras. Pero tras considerarlo unos segundos di en pensar que, en esos momentos, tal vez mi hermana era más objetiva que yo. Y más cuando pronunció su siguiente frase.

—Las situaciones son como los ríos: tienen que fluir.

Ganas me dieron de preguntarle si había hablado con nuestra común tía, porque esa afirmación me parecía sacada del nuevo decálogo de Conchita, mitad filosófico, mitad chistoso. Sin embargo, por si su mención nos aguaba la noche —porque nadie como ella, incluso ausente, para reventar cualquier evento o circunstancia, aunque fueran las nubes de un cielo que, a simple vista, no las tenía—, preferí abstenerme de realizar el comentario.

Cuando por fin entramos en la terraza me quedé impresionada, porque a lo bonita que ya me pareció vista de día había que sumarle lo espectacular que lucía engalanada con pequeñas luces enredadas en las copas de los árboles, así como perfilando el jardín que se encontraba bajo el suelo de cristal.

Hay algo en esa mezcla de oscuridad y luz que adorna las noches, esa luz difusa y a veces hasta confusa cuya procedencia te cuesta determinar, que empuja a pensar multiplicando por dos, a hablar en voz baja, a desatar las confidencias, a entrelazar las miradas, a rondar las manos ajenas que se sitúan sobre la mesa y los pies que se ocultan bajo ella o a dejarte atrapar por la

llama de una vela, que alumbra tanto como sombrea, y abandonarte a lo que sugiere, tanto a su fuego como a su calor.

En concreto, la que se situaba sobre nuestro mantel era perfumada, con un olor acolchado, que se absorbía tanto como se propagaba, y que se me antojaba mullido, como el musgo que se adhiere a las piedras y que encajaba, además, con el frescor que filtraba la noche.

Unos minutos antes, cuando el camarero nos acompañó hasta la mesa a la que Olga y yo ya estábamos sentadas, pensé que, por una vez, mi hermana había dado en el clavo, ya que aquélla no podía ser más especial. En primer lugar, estaba apartada del resto, y ubicada en un rincón, al abrigo de las miradas y las conversaciones ajenas. Además, lucía una decoración diferente, consistente en un mantel formado por hojas, que parecían reales e incluso recogidas de los árboles que rodeaban la terraza, puesto que eran similares en aspecto. Por otra parte, la vajilla proporcionaba las flores al conjunto, discretas por menudas, así como en relieve, y tan blancas como la loza de la que nacían, y en cuanto a la cristalería, parecía antigua, hecha de un vidrio verde tamizado en su color, en el que había talladas pequeñas estrellas que invitaban a hacer un brindis por ese cielo despejado que nos acogía y nos recogía.

Sin embargo, y a pesar del escenario en el que me encontraba, minutos después empecé a sentirme nerviosa al comprobar que Ignacio no aparecía. Así, poco a poco, fui convenciéndome de que había exagerado mis esperanzas, o de que yo no iba a estar a la altura de ellas. Es más, me veía como una novia plantada ante el altar, sólo que vestida de negro en mi caso —lo que se adecuaba al sentimiento de luto que comenzaba a invadirme, dicho sea de paso —, perfumada, enjoyada y emperifollada por demás, sin que hubiera existido un novio además.

Hasta empezaba a dudar ya de que Ignacio se acercara al final de la cena a saludar.

Intuitiva como era Olga, deduzco que debió de percibir mi ansiedad, por lo

que, a modo de chanza, comentó:

—Si tuviera un ansiolítico a mano te lo administraba, y en vena, pero lo único que llevo en el bolso es un laxante.

—Si me lo tomo, más que intranquila, estaría cagada.

Casi le dio a Olga un ataque de risa de los suyos, de esos cuyas carcajadas eran tan voluminosas que parecía que te abrazaban... hasta sofocarte, para después asfixiarte y finalmente aplastarte.

No se había recuperado todavía cuando el camarero que nos había acompañado antes a la mesa regresó con un mensaje:

—El chef les ha preparado un menú especial, con lo que no hace falta que elijan ningún plato, pero sí les traigo la carta para que puedan escoger el vino.

—¿Ves? Mujer de poca fe —aseguró Olga en cuanto se hubo marchado.

No lo dije, no fuera a ser que mi hermana me administrara el laxante a falta del Lexatin y el festín acabara en la *toilette*, pero en mi fuero interno sí pensé que sólo se trataba de un buen tío quedando bien con su compañera de trabajo... y con la pesada de su hermana, de la que sólo hacía que hablar.

—Cuando lo ha comentado conmigo hace un rato me ha dicho que iba a preparar un plato especial, pero me ha dado a entender que era para toda la concurrencia, no especial para nosotras —prosiguió Olga, con unas palabras tan llenas de asombro como de satisfacción.

—Bueno, al parecer ese chico da las bienvenidas a lo grande y, desde luego, por pares. A lo mejor piensa que somos Pin y Pon y que vamos siempre en pareja, y por eso nos ha invitado a las dos —ironicé—. Vamos, que habrá deducido que si tú fueras Peter Pan yo sería tu sombra, una vez cosida.

—Mira tú, a lo mejor en quien te conviertes es en Campanilla y echas a volar con sus polvos mágicos —se desternillaba Olga mientras acababa la frase.

—¡Cállate ahora mismo! —le recriminé—. Como el camarero oiga algo y se lo cuente, en quien te vas a transformar tú es en el capitán Garfio, pero con el muñón en la boca, para que no puedas volver a hablar.

De repente caí en la cuenta de que tal vez por quien en verdad estaba interesado Ignacio era por mi hermana. Al fin y al cabo, era una mujer preciosa, y se conservaba magníficamente para su edad, hasta el punto de que, de no revelarla, nadie la adivinaría. En cuanto a él, no sabíamos su edad, y yo ni siquiera lo conocía, por lo que poco podía aventurar, pero Olga —que donde ponía el ojo ponía la añada— aseguraba que treinta y cinco, y recién cumplidos, por lo que en absoluto podía ser considerada exagerada mi apreciación.

Yo aún desconocía cómo era Ignacio físicamente, ya que Olga se había negado a describírmelo, al asegurar que prefería que fuera una sorpresa, lo que en verdad no sabía yo si era bueno o malo. Y es que, en mi opinión, las sorpresas constituyen el camino más rápido para alcanzar la perplejidad, y de ahí a los chascos sólo hay un paso.

No obstante, obediente como solía ser para todo lo relacionado con mi hermana, me avine a sus condiciones sin siquiera protestar en demasía, no fuera a ser que por pesada hiciera una trastada de las suyas, como soltar una frase indebida en el contexto indebido.

Todavía recuerdo como si fuera ayer la primera vez que ejerció de celestina para mí y, por descontado, sin yo haber solicitado sus servicios. No tendría yo más de diecinueve años, y acababa de romper con Berto, mi primer novio, hecho que la traumatizó, ya que lo tenía en muy alta estima, entre otras cosas porque lo consideraba el apropiado para mí. Así pues, ni corta ni perezosa, en cuanto se enteró de que habíamos puesto fin a nuestra relación, la solución de la que se sirvió para remediarlo fue ponerse a rebuscar en las cajas donde atesoraba sus recuerdos, con el propósito de localizar un objeto que llevaba guardado casi diez años.

En cuanto lo tuvo entre sus manos, el siguiente paso consistió en hacerle una fotografía, meterla en un sobre y acompañarla del siguiente mensaje:

Esta rayita tiene tus ojos, así que ya estás pensando en un nombre, y de paso en un anillo para la futura madre.

Como no podía ser de otra manera, el objeto en cuestión era un Predictor, el suyo, el que confirmó la existencia de las gemelas y del que pretendió hacer uso para obligar a Berto a volver conmigo.

Pero lo peor de todo fue que Berto lo habría hecho, y encantado, dado que fui yo quien lo dejó. Más aún, incluso cuando se enteró de que todo era mentira al pobre aún le quedaron ganas de más, como lo demostró pidiendo mi mano de todas formas.

No obstante, antes de que llegara ese momento, el de la verdad, Berto se ciñó a las instrucciones de Olga, a fin de que yo no descubriera el entuerto, aunque sin ser consciente entonces de las segundas intenciones de mi hermana. Así, como continuación al texto señalado más arriba, ésta le escribió:

Por otra parte, yo creo que no deberías decirle a Andrea que lo sabes, no vaya a pensar que tienes ese gesto con ella sólo por lo embarazado de su estado, y no porque la quieres de verdad.

Y dicho y hecho. Berto me pidió en matrimonio y yo, tras alucinar, lo rechacé. Él, por su parte, tras alucinar, me lo volvió a pedir, con tanta insistencia que se le escapó el verdadero motivo —momento en el que yo ya me quise divorciar, incluso sin haber pasado por el altar, aunque de mi hermana y no de él—, situación que no constituyó ningún impedimento para que Berto volviera a hincar la rodilla en tierra una vez más, a pesar de haberle desvelado yo ya que ninguna semilla germinaba en el macetero.

Aquella relación fue la primera, la primera de tantas que rompí, porque en general era yo la que aplicaba la regla de la tijera o, en otras palabras, el tijeretazo.

Mil veces había pensado que tal vez esa propensión, o facilidad mía para las rupturas, se debía a la prematura muerte de mis padres, puesto que en el fondo de mi corazón quizá tenía miedo a que, si estrechaba demasiado algún vínculo o establecía un lazo demasiado profundo con alguien, éste acabaría desapareciendo, como sucedió con aquéllos.

Cierto era que Conchita seguía viva —es más, a ésa no había nada ni nadie

capaz de estamparle el «RIP» en la frente— y Olga también, si bien entre nosotras existía una unión que probablemente nuestros padres protegían desde allá donde sus almas estuvieran.

Pero de vuelta al restaurante Árkada y a la cena que las dos íbamos a compartir, esa en la que mis nervios amagaban con convertirse en los verdaderos protagonistas, yo era consciente de que mi ansiedad no se relacionaba con el hecho en sí. Y más todavía al presumir que era en mi hermana en quien Ignacio había fijado sus intenciones, extremo que prácticamente confirmé cuando al menos una veintena de platos empezaron a llegar en tropel.

—¿Vas a hacer tú el análisis de la situación o me dejas que lo haga yo? —me planteó Olga con una sonrisa tan gigante como el tamaño de las raciones que varios camareros se afanaban en traer.

—Si lo hago yo, lo mismo se te indigesta la cena —asegué con un tono circunspecto.

—A ver, además de una flatulencia mental producto de una acumulación de gases nocivos, ¿qué más se apelo-tona en tu cerebro en estos momentos? —me preguntó con más sarcasmo que verdaderas ganas de averiguar a qué conclusión había llegado.

—¿A ti no se te ha pasado por la cabeza que puedas ser tú quien le guste? Porque a mí cada vez me parece más evidente...

—Pues lo que a mí me resulta evidente es que tus nervios te han trastocado la razón —me interrumpió—. Para mí que esos gases tuyos te están provocando una mala digestión, pero de nuevo mental, y sin haber probado bocado.

Antes de que me acusara de haberme convertido en una fábrica de ventosidades, o incluso de estar sufriendo una deshidratación a causa de una insolación, consecuencia de esa afición mía tan desmedida que tenía por capturar todos los rayos disponibles de sol, procedí a explicarle mis razones.

—De sobra sabes que a los hombres les gustas mucho, independientemente

de su edad, o de la tuya, porque sin decirlo nadie podría adivinarla.

—Después de comentarle, como hice, que tengo dos hijas de veinte años, me parece a mí que difícilmente va a pensar que tengo treinta.

—Pero sí cuarenta, que sólo excede en cinco a los que tú le has echado a él, o incluso podrías tener alguno menos. Y, por cierto, esa parte de la conversación no me la has contado.

—No soy tonta —me reconoció, cosa extraña en ella por cuanto siempre solía acusarme de lunática en cuanto yo sacaba el tema—. Quería que me descartara —concluyó.

—A lo mejor le diste más alas —concluí yo.

—En absoluto. Le hice ver que en estos momentos mi nuevo trabajo era mi única prioridad.

—Bueno, ésa es otra manera de darle alas a un hombre. Dile que no a cualquiera de ellos y verás cómo se esfuerza por transformarlo en un sí. Al fin y al cabo, si una verdad se cumple con ellos es que siempre quieren lo que creen que no pueden tener.

—¡Uf! —protestó Olga—. Tanta negatividad me está empezando a dar una pereza...

—Por cierto —la interrumpí, al caer en la cuenta de repente de que había pasado un detalle por alto—, si (pongamos por caso) Ignacio cree que tú tienes cuarenta años, tal vez piense que mi edad se aproxima a la tuya, o incluso que la supera.

—Pues de nuevo la señorita negatividad se equivoca, porque le dejé claro que mi hermana podría ser la tercera de mis hijas.

—¿Y por qué no me habías contado nada de esto hasta este momento? —protesté.

—¿Para poder sacarte de quicio un rato y reírme a tu costa? —me contestó mientras su sonrisa se agrandaba tanto y durante tanto rato que se acabó haciendo pareja de hecho del guiño de uno de sus ojos.

Al mismo tiempo que Olga se burlaba de mí, platos y más platos llegaban

sin parar: *cupcakes* de pepperoni, galletas de patata, piruletas de pizza de fresa y beicon, minihamburguesas de pastel de cangrejo y alioli, buñuelos de maíz, *muffins* de huevo y verdura o miniaturas de calabazas rellenas de arroz salvaje y nueces, entre otras delicias, con las que disfrutaban tanto el gusto como la vista. Y es que a lo delicioso de su sabor se le unía su magnífica presentación, como en el caso de la ensalada de kiwi, sandía y mozzarella, preparada como si se tratara del cubo de Rubik.

No obstante, en honor a la verdad he de decir que tanta comida estaba poniendo en un compromiso a mi paladar, cuya consecuencia principal era la desorientación, al no poder priorizar qué sabor le entusiasmaba más, ya que si uno era sensacional el siguiente era espectacular. Y eso sin hablar de mi cerebro, que, replegado, estaba acordándose de esos ridículos saquitos de queso de cabra y mermelada de naranja que yo había creado para compartir recetas con él.

De repente, una duda sacudió mi mente, al ser consciente de que ese despliegue de platos no podía ser considerado normal para, simplemente, dar la bienvenida a una compañera de trabajo —incluso en el supuesto de que Ignacio tuviera en la cabeza el binomio mitad gastronómico mitad sexual cebar/zumbar— y a su hermana desconocida. Y este último extremo era categóricamente así, por mucho que Olga se empeñara en que se había quedado prendado de mí.

En ese sentido, mi hermana aseguraba que entre mi espejo y yo existía una disfunción, ya que la imagen que yo veía en él no se correspondía con la que en realidad me devolvía. Es decir, que yo era mucho más guapa de lo que creía y que mi sonrisa, cuando la lucía, no sólo llenaba una habitación, sino que era capaz de encender la luz.

No obstante, y aun concediéndole a Olga un voto de confianza, Ignacio no podía haberme visto, salvo de refilón. Y vista de reajo o no, por mucho que ella se empeñara, yo no era una modelo de pasarela. Es decir, que aunque mis rasgos eran más que correctos —unos ojos ligeramente rasgados que

aportaban algo de exotismo a mi cara, unos labios razonablemente gruesos que otorgaban volumen y una nariz pequeña que la dulcificaba—, tampoco podía considerármeme la Kate Moss morena, y menos aún en lo que se refería a la talla. Por otra parte, yo siempre achacaba a mi felicidad el hecho de que tuviera éxito entre los hombres, y eso era algo que Ignacio en ningún caso había podido percibir, puesto que, exceptuando respirar, poco más había hecho en su presencia.

Así pues, una vez que ese planteamiento se hizo meridiano en mi cerebro, una pregunta salió escopeteada de mi boca.

—Por un casual, no le habrás dicho a Ignacio que en mis ratos libres soy crítica gastronómica, ¿verdad?

La risa fue su única respuesta durante los primeros segundos, a la que siguió una mirada entre divertida y torturadora.

—Mucho me temo que tendrás que esperar a hablar con él para saber lo que le he dicho.

Todos los calambres me entraron, incluidos algunos en el estómago, donde esa comida tan maravillosa estaba encontrando su acomodo.

Si alguna vez me había dicho a mí misma en el pasado que hay una cierta belleza en la ignorancia, en aquel momento nunca lo desconocido me pareció tan feo... y me dio tanto miedo.

«¡¿Qué le habrá dicho de mí esta mujer?!», me repetí una y mil veces a lo largo de la cena, aproximadamente las mismas que le pregunté a ella, sin que tuviera a bien confesarme la verdad.

—Un poco de aventura siempre viene bien —fue su única respuesta en todas las ocasiones.

—Entre la aventura y el riesgo sólo hay un salto, y de ahí al descalabro apenas un paso —le contestaba yo sin conseguir que modificara su postura, la de cerrarse en banda.

—¿Te das cuenta de que no me estás dejando disfrutar de la cena? ¿Y de que ahora estoy incluso más nerviosa de lo que ya estaba cuando llegué?

—Pues tómalo como una lección de vida —me conminó—, la de aprender a bregar con la ansiedad.

—¿A qué viene ese comentario? —inquirí, por cuanto no alcanzaba a comprender su relación con la conversación que manteníamos. Además, feliz como era yo en mi día a día, la ansiedad no era precisamente una de mis batallas por librar, y por ende ganar.

—¿Tengo que ponerte ejemplos de ese perfeccionismo tuyo, que te conduce siempre a la necesidad de tenerlo todo controlado?

Era cierto. Y en eso no podía por menos que darle la razón. Y también en que algunas de las lecciones que me impartía —como ella misma acababa de mencionar— a veces cambiaban mi perspectiva de la vida.

De niña, por ejemplo, estaba muy lejos de ser una fan de la variedad alimentaria. Así, *Tiquismiquis* era el apodo con el que Olga me había bautizado, y bien merecido, por cierto, ya que salvo jamón serrano y espaguetis —sin tomate, para limitar aún más las opciones— pocas comidas me gustaban. En concreto, uno de los platos a los que tenía especial manía era a los huevos fritos, a causa de esa yema tan gelatinosa de la que pensaba haría presa a mi lengua, o se enredaría con mis cuerdas vocales en su paso por mi garganta, impidiéndome volver a hablar.

Nunca olvidaré un día, cuando sólo me quedaban unas pocas horas para alcanzar la mayoría de edad, en el que Olga me llamó a la cocina. Tras pedirme que me sentara a la mesa, y ponerme delante un huevo frito, aseguró contundente:

—Deberías probar esto antes de cumplir los dieciocho, para entrar en el mundo de los adultos siéndolo.

Y puede que ahora hubiera adoptado de nuevo la misma estrategia.

—Vas a tener suerte y no va a hacer falta que esperes más —afirmó Olga a continuación—. Ya se acerca Ignacio.

## La mirada

Suele decirse que la mano es más rápida que la vista. Sin embargo, en mi opinión, el más veloz de todos los órganos es el corazón, y el amor la emoción más vertiginosa, porque fue sólo intercambiar una mirada con Ignacio y desencadenarse un esprint en mi interior.

Es más, probablemente, la disciplina que practicaba mi corazón era el salto de pértiga, ya que más que correr, botar o brincar lo que hacía era volar, piruetas acrobáticas incluidas.

Ni yo misma creía que algo así pudiera pasarme a mí, o, más concretamente, que me estuviera pasando a mí. Si nunca había creído en el amor con mayúsculas, menos aún lo hacía en el amor a primera vista. Es más, para mí se trataba de una fábula, una de esas ficciones artificiosas creadas con algún fin, al igual que el día de los enamorados se inventó con el único propósito de hacernos un agujero más en el bolsillo.

Así pues, puestos a encontrar una razón, tal vez el motivo de mi sobrecarga emocional se debiera a los sentimientos que Hugo había despertado en mí y que, insatisfechos, se habían quedado macerándose en mis adentros.

Y es que, por lo que se refería al resto de mis órganos, sólidos o líquidos —ya fuera mi sangre, mis pulmones o mi cerebro—, amenazaban con rebelarse si no daba salida a dichos sentimientos, que hervían como un caldero dentro de mí.

Minutos antes de que Ignacio se presentara en nuestra mesa, anegada como estaba en nervios —que la conversación con mi hermana no estaba ayudando a desaguar—, intenté desviar la charla hacia otro terreno en el que me sintiera

más cómoda, gracias a lo que además me pudiera echar unas risas a su costa, que muy probablemente eliminarían de manera definitiva mi tensión.

—¿Y qué tal con las nuevas tecnologías? —le pregunté en esa línea a Olga.

—¡Uf! —exclamó cariacontecida, aunque sin añadir más palabras a su gesto.

—¿Alguna desgracia que merezca la pena destacar? —le apreté un poco más.

—A ver. La sangre todavía no ha llegado al río, pero sí que llevo unos días peleada con el corrector ortográfico del móvil, porque no hay manera de que escriba lo que yo quiero.

—Mucho me temo que tus dedos son poco ágiles —le ofrecí a modo de explicación.

—Debilidad que el corrector aprovecha para hacerse con el control, porque, además, nos ha salido fino el niño.

—¿A qué te refieres? —inquirí algo desconcertada.

—A que no le gustan los tacos y te vuelve loca antes de permitir que escribas uno, por habitual que sea.

—¿En qué contexto? —quise saber, con una sonrisa ya asomando a mis labios.

—Esta mañana, sin ir más lejos, estaba yo hablando con una amiga y protestando por lo difícil que es todo a veces, cuando he ido a escribir una expresión de lo más coloquial. Sin embargo, no le ha gustado en absoluto, así que, y a pesar de que lo he intentado hasta cinco veces, no me ha dejado salirme con la mía.

—¿Y cuál era?

—Compruébalo tú misma.

Pita vida.  
Puma.  
Punta.  
Puja.  
Puro corrector.

Tal como yo pensaba, una carcajada hizo que se aflojara mi tensión, y más aún tras escuchar su siguiente comentario.

—Y no te vayas a creer —prosiguió—, que tampoco le gustan las despedidas. Ayer, por ejemplo, quedé para tomar café con Piluca y, como llegaba tarde al trabajo, casi no me dio tiempo a decirle adiós. Por tanto, por la noche, le fui a mandar un wasap para disculparme, que tampoco me dejó enviarle.

—¿En serio? —le pregunté ya entre risas.

—¿Tú qué crees?

Siento no haberme desesperado de ti.  
Despejado.  
Desaparecido.  
Desalojado.  
Ya estoy hasta los huesos del porrector.

—Por tanto —continuó Olga mientras yo me desternillaba de risa—, toda esta situación, sumada a mis ineptitudes previas, ha provocado que hasta mis hijas se avergüencen de mí.

—¡Ya será menos! —exclamé al ver la vena exagerada de mi hermana avanzando sobre la mesa.

—¿Que no? Juzga tú misma. Anoche, un amigo le estaba explicando a Daniela algo que tenía que hacer con el móvil, y como no había manera de que lo entendiera, ¿sabes lo que dijo la niña, con cara de horror y voz de terror, y llevándose las manos a la cabeza en señal de desesperación?

—¿Qué? —pregunté yo mientras me preparaba para la carcajada que seguro me sobrevendría.

—«¡Dios mío! ¡Soy mi madre!»

Tal como yo pensaba, aquélla se produjo, si bien me duró menos tiempo del que suponía.

—Vas a tener suerte y no va a hacer falta que esperes más —afirmó Olga a continuación—. Ya se acerca Ignacio. Así que vamos a dejar el tema, que los

trapos sucios se lavan en casa, lo que incluye mi total incompetencia en una gran variedad de materias.

—¿Os está gustando la cena? —fue la primera frase que Ignacio pronunció al aproximarse a nuestra mesa, tras lo que clavó sus ojos en los míos.

Y fue precisamente esa mirada la que me sacudió, y lo que yo advertí en ella, porque de inmediato percibí que dentro de él no había un mundo por descubrir, como suelen decir, sino un paisaje, en el que había que adentrarse.

Así, lo que sentí entonces fue que, de repente, me encontraba en un autobús sentada en la primera fila de asientos, de manera que podía otear todo el horizonte tras la luna delantera, como espectadora de excepción. No obstante, lo que yo presentía era que las ruedas no devoraban los kilómetros, sino mis ojos, convertidos en ellas, e impulsando el autobús con más fuerza que el propio motor, con ganas siempre de ver más y, sobre todo, de traspasar el cristal.

Por una vez, escapatista como era hasta en la perspectiva con la que contemplaba la vida, me habría gustado que no existiera ese cristal, el de separación, entre los dos.

—Eres Andrea, ¿verdad? —prosiguió Ignacio—. Me alegro de ponerte cara por fin.

Y yo a él, entre otras cosas porque más impresionante no la podía tener o, dicho de otra manera, más guapo no podía ser.

Por lo que se refería a sus ojos, eran grises verdosos, o tal vez verdes grisáceos, o quizá de algún otro color similar que el desconcierto en que se encontraba inmerso mi cerebro me impedía concretar.

En cuanto a su pelo, era abundante y, sin llegar a ser largo, tenía la suficiente longitud y espesura para que peinarlo con los dedos se hubiera convertido en una costumbre para él, o eso parecía. Y lo que también parecía era rebelde, con una onda en la parte delantera que se asemejaba a un pequeño tupé, cuyo color era además ligeramente más claro que el resto, de un

profundo marrón oscuro, por lo que daba la sensación de que se hubiera barnizado ese mechón.

La nariz, por su parte, la tenía ligeramente torcida, a la altura del tabique, sin que eso mermara su atractivo, o, muy al contrario, lo acrecentaba, al conferirle un aire distintivo que lo hacía no sólo guapo, sino real. Y lo mismo sucedía con su dentadura, que era perfecta salvo por una de sus paletas, que se adelantaba ligeramente con respecto a su pareja.

Pero lo que más destacaba en él era su sonrisa, que no sólo aupaba sus labios, sino que los aproximaba hasta sus ojos, dotándolos de un brillo que acrecentaba su color.

Por lo demás, era bastante alto y tenía el aspecto de ser un hombre delgado, lo que lo hacía parecer más alto todavía, si bien sus manos —que bien recordaba yo como grandes y fuertes—, así como sus antebrazos, hacían suponer que su envergadura era mayor.

Sin embargo, poco de éstos podía verse, ya que llevaba una camisa de manga larga, aunque al estar ligeramente arremangada permitía intuir lo que la tela ocultaba.

Curiosamente, Ignacio iba completamente vestido de negro, luciendo un sencillo pantalón vaquero así como la mencionada camisa, y digo curiosamente porque no parecía el atuendo acostumbrado para un chef. Así, no lucía un uniforme rematado por un mandil o cualquier otra prenda similar que cumpliera esa función, ni tenía ninguna mancha, que más que de la cocina parecía recién salido de la ducha.

No es que yo esperara que se presentara con el típico gorro blanco de medio metro de altura, que suele ser la tarjeta de presentación de los cocineros, pero sí había supuesto que algo en su vestimenta recordaría a su profesión.

«¿Se habrá cambiado para salir a saludar?», me pregunté en cuanto pude reorganizar mis ideas, haciendo una anotación mental a fin de preguntarle posteriormente a Olga si existía alguna diferencia con la ropa que llevaba

habitualmente. En cualquier caso, segundos después también caí en la cuenta de que cabía la posibilidad de que su misión aquella noche consistiera únicamente en supervisar al personal a su servicio y no en trajinar sobre los fogones.

Mientras yo discurría acerca de estos asuntos, Olga permanecía callada, con sus ojos concentrados en Ignacio, realizando un escrutinio con el propósito de intentar averiguar sus pensamientos. No obstante, yo no fui consciente de su proceder hasta que ella me lo desveló al día siguiente —junto con un análisis exhaustivo de la situación—, ya que en ningún momento dirigí mis ojos hacia donde se encontraba por cuanto éstos estaban absortos, o mejor abducidos, por los de aquél, y habiendo perdido además la visión periférica, por lo que sólo podía verlo a él.

—Espero que los platos que aún faltan por salir os gusten también y, sobre todo, que os quede un poco de hueco para el postre, que también os he preparado algo especial.

Y vaya si lo fue, especial, y no sólo por la comida.

En realidad, lo verdaderamente importante de aquella noche fue que me di cuenta de que lo que yo intuía como amor es un champú, o mejor un segundo lavado, ese que remata el primero y te deja el pelo tan limpio como brillante.

Y es que, al parecer, hasta el momento, cada vez que me había metido en la ducha sólo me había dado un jabón. Bien es cierto que con Hugo amagué con agarrar el bote por segunda vez, pero no fue hasta conocer a Ignacio que me abalancé sobre él. Y, por lo visto, lo hice con tanto entusiasmo que volqué en mi cabeza el contenido del frasco entero.

## El postre

—¿Os está gustando la cena? —inquirió Ignacio solícito cuando se acercó a nuestra mesa a saludar.

—Está todo delicioso. Es más, si nos pidieras que eligiéramos cuál es el plato que más nos gusta, estoy convencida de que no podríamos.

Fue Olga quien contestó a su pregunta, evidentemente en nombre de las dos, al darse cuenta de inmediato de que mis palabras se habían quedado tan inmovilizadas como mi cerebro.

—¡Me encanta! —contestó él satisfecho—. Y también conocerte, porque eres Andrea, ¿verdad? Me alegro de ponerte cara y voz por fin.

Para entonces, mi síndrome catatónico —que para quien no lo sepa es un proceso neuropsiquiátrico caracterizado por la rigidez muscular y el estupor mental— había dado paso a un mutismo exacerbado, cuando no a una afasia, ese trastorno del lenguaje que se distingue por la imposibilidad de comunicarse mediante el habla.

—Sí —pude finalmente responder tras recibir un puntapié de Olga por debajo de la mesa, lo que me hizo recuperar algunas de las funciones básicas de mi sesera, no así la inteligencia, a tenor de mi siguiente comentario—. Yo también he oído hablar mucho y bien de ti.

Si había que presentarse a un concurso a la más original, a buen seguro que a mí no me dejaban ni rellenar la inscripción, lo que me llevó a otra conclusión, y era que si alguna vez hacía testamento vital debería recordar no donar mi cerebro a la ciencia, ni probablemente el resto de mis órganos, que andaban próximos al fallo total.

No obstante, Ignacio no pareció advertir mi necesidad, ya que sonrió, incluso agradecido. Y tampoco mi desasosiego, o incluso mi embeleso, puesto que retomó la conversación con naturalidad, sin percibir el efecto que su presencia provocaba en mí.

—Resulta curioso, ¿verdad?, cómo dos personas que no se conocen comparten una afición en un grado similar, porque según me ha comentado Olga eres una magnífica cocinera.

A punto estuve de ponerme tan roja como cualquiera de los tomates que Ignacio había utilizado de ingrediente en sus platos, pero, afortunadamente, Olga se hizo cargo de la respuesta, por lo que yo pude tomar el control de mi termostato interior.

—Si se lo preguntas a ella te va a decir que no, pero hazme caso a mí: se le da de maravilla.

—Pues eso hay que probarlo —sentenció Ignacio—. Y, hablando de probar, para ejercer de buen chef no me queda más remedio que comentaros un poco acerca de los platos que acabáis de degustar.

Desde ese momento, Olga permaneció en silencio, aunque no sólo escuchando las explicaciones culinarias de Ignacio, sino analizando todos y cada uno de sus gestos, así como de sus miradas hacia mí, según me comentó al día siguiente.

—Y lo que ahora espero es que los platos que aún queden por salir os gusten también y, sobre todo, que os quede un poco de hueco para el postre, porque os he preparado algo especial concluyó su argumentación Ignacio.

—Seguro que se lo encontramos, aunque la verdad es que nos va a costar un poco dar con algo de espacio libre —aseguró Olga con una sonrisa agradecida.

—Y ahora me temo que os tengo que dejar —continuó Ignacio—. Me encantaría quedarme a charlar con vosotras, pero todavía hay mucho lío en la cocina, así que he de volver —aseguró antes de marcharse.

En cuanto inició el paso atrás, de inmediato pensé que se podía ser más

muda pero no más boba, de manera que me reafirmé en mi anterior convencimiento: recordar no donar mi cerebro a la ciencia, y tampoco el corazón, dado que ya estaba próximo a necesitar la extremaunción.

Además, había algo en su forma de hablar que me paralizaba aún más, y era su profundidad, al contar con una de esas voces graves que penetran hasta acabar circulando tan fluidas como la sangre... y que se volvía a oír.

—Estoy pensando que, si podéis esperar un poco después de los postres, tal vez nos podamos ir a tomar algo —afirmó Ignacio tras regresar.

Por descontado que yo no pude ni reaccionar, pero sí Olga, que estaba al quite.

—¡Claro! —exclamó, y en su justa medida, sin resultar soso, ansioso... o pecaminoso.

—¿Sueños de sábanas blancas? —me preguntó con picardía en cuanto Ignacio se hubo marchado, lo que motivó que le devolviera el puntapié que ella me había propinado minutos antes—. Si es que consigues volver a ser persona —prosiguió—, porque menos mal que estaba yo, que más pava no se puede ser. Los dedos de una mano me dan para contar las palabras que has dicho.

—Me ha pillado de improviso —me justifiqué lo mejor que supe, sin desvelar el verdadero efecto que Ignacio había causado en mí, así como en mi corazón, que, tras resucitar, ya andaba haciendo acrobacias otra vez.

Tal como él nos había comentado, más platos fueron llegando, seguidos finalmente por una variedad de postres, entre los que destacaron el tartar de mango, la tarta de queso de mojito o la pizza de chocolate blanco y negro. Y, al igual que había sucedido previamente con lo salado, lo dulce igualaba o incluso superaba en sabor al menú degustación.

Desde luego, si para nuestro encuentro posterior mi lengua volvía a desatarse y entre los dos se producía algún intercambio de confidencias, gastronómicas, apañada iba si quería impresionarlo con mis recetas.

Sorpresivamente, para todo lo bocazas y chinchorrera que Olga solía ser en

esos casos, no volvió a sacar el tema de mi impasibilidad ante Ignacio ni las perspectivas —a cuál más escatológica— que me esperaban. Es más, lo evité, quizá para no ponerme más nerviosa de lo que ya estaba. Incluso derivó la conversación a cualquier otro asunto, por intrascendente que fuera, como la noche tan magnífica que hacía, a fin de evitar entrar en el meollo de la cuestión.

Cuando mi cerebro dejó de dar volteretas, cabriolas o demás piruetas mentales y pudo concentrarse en desarrollar algún pensamiento mínimamente coherente, lo que surgió en mi cabeza fue la preocupación. Así, lo que más temí en aquel momento fue que Olga —una vez que Ignacio se presentara a buscarnos— se sirviera de cualquier excusa a modo de justificación para ausentarse y dejarnos solos a los dos, lo que habría supuesto la confirmación de que esa cena había sido una encerrona para él, pero, afortunadamente, no lo hizo.

—¿Listas para marcharnos? —nos preguntó Ignacio tras acabar con sus tareas en la cocina.

Me llamó la atención que se hubiera cambiado de atuendo, lo que implicaba que el anterior debía de ser su uniforme de trabajo. Y el que ahora lucía era similar, aunque no así el color. Se trataba, pues, de unos vaqueros claros, desgastados, y una camisa —bastante ajustada, que dejaba intuir que, efectivamente, había más músculo en su interior de lo que su apariencia delgada permitía apreciar— de color caqui, aunque en un tono suave, que creaba un contraste perfecto con el pantalón.

Asimismo, y ya me había dado cuenta antes, parecía recién afeitado, y con tal perfección que se me antojaba hubiera sido un barbero el encargado de rasurarlo. Si la razón se debía a la pulcritud que necesita la profesionalización de la gastronomía, o por su gusto personal, era algo que le preguntaría a Olga también, a fin de averiguar qué aspecto lucía los días previos en que ella había acudido al restaurante.

—Conozco un sitio muy agradable que no queda lejos de aquí, de manera

que podemos ir dando un paseo. ¿Os parece bien? —nos preguntó Ignacio.

—Perfecto —respondió ella—. Siempre es un gusto no tener que coger el coche, sobre todo yo, que no soy especialmente diestra en la materia.

Desde ese momento, y durante todo el trayecto hasta el bar de copas, ambos estuvieron departiendo amigablemente, Olga recordando anécdotas que probaban lo pésima conductora que era e Ignacio riendo a la par que haciendo chistes al respecto, lo que evidenciaba que, además de ingredientes, su cabeza estaba llena de ingenio.

Por lo que a mí se refería, me quedé ligeramente rezagada, contemplándolos a ambos, cada vez más convencida de que era Olga en quien Ignacio tenía interés.

—¿Te hacen daño los zapatos? —preguntó ésta cuando la distancia que nos separaba empezó a ser notoria, aunque bien sabría ella, porque bien me conocía, cuál era la verdadera razón.

Por consiguiente, casi con toda seguridad, la causa de su pregunta se debiera a proporcionarme una excusa por cuanto habría advertido algún gesto de extrañeza en Ignacio al apreciar que me quedaba atrás.

—Es que no encontraba el móvil —mentí a modo de justificación, y bastante sorprendida de haber sido capaz de pronunciar una frase tan larga, y sin tartamudear, o sin que se apreciara ningún temblor en mi voz.

—¿Eres una adicta, como yo? —intervino de inmediato Ignacio, que pareció hasta aliviado al oírme hablar.

—Bueno, en general yo lo llamaría dependencia emocional —afirmé mientras esbozaba una ligera sonrisa—, pero en estos momentos es profesional. El motivo es que estoy esperando una llamada de trabajo —mentí de nuevo.

—¿A estas horas? —se sorprendió.

—Es lo bueno y lo malo que tiene ser autónomo, que al final estás disponible las veinticuatro horas del día.

—¿Y tus clientes no tienen otra cosa mejor que hacer un viernes por la

noche que llamarte? Y vaya por delante que me encanta a lo que te dedicas — afirmó contundente—, pero no me parece que un escaparate constituya una urgencia lo suficientemente importante como para tener que molestar a alguien casi de madrugada.

Razón no le faltaba y, en general, así solía ser, salvo que en esa ocasión había tenido que inventarme una historia a fin de justificar mi comportamiento, de manera que no me quedó más remedio que proseguir con mi embuste, que, en verdad, tampoco se apartaba demasiado de la realidad.

—El dueño de una zapatería quería entregarme un boceto que había realizado para el diseño del próximo escaparate y me ha propuesto quedar a las ocho. Como no podía, le he ofrecido vernos mañana. Y sólo quería saber si me había respondido, a fin de organizarme mentalmente.

—¿Un sábado? —se extrañó.

—Bueno, aunque nos pese, son laborables. Y no sabes lo legalistas que se ponen los clientes cuando te aplican la legislación vigente —sonreí, haciéndole ver que mi comentario no pasaba de ser una broma.

Mientras Ignacio y yo —o sólo yo— comenzábamos a perder el apresto, esa rigidez que caracteriza a los tejidos antes de sumergirlos en agua por primera vez, Olga permanecía callada, y expectante, tal vez esperando lo que yo llamaba el *momento hada madrina*: un toque de su varita mágica con vistas a desaparecer segundos después.

Pero no lo hizo, o al menos hasta que tuvo claro que yo me encontraba lo suficientemente ágil como para poder manejarme sola, sin lapsus mentales o estupideces varias, como no acordarme del nombre de la zapatería de mi cliente —al que, recordemos, le acababa de montar un escaparate y que como tal figuraba en mi lista de contactos telefónicos— o confundir los zapatos que le había colocado en los tejados con helados, que era el montaje que tenía previsto para el próximo lunes.

Al menos, esas dos cuestiones no brotaron de mi boca de manera espontánea, sino que respondían a sendas preguntas de Ignacio, que quiso

saber qué trabajo había realizado para él y cuál era el nombre de su establecimiento.

No obstante, tras ese período de inconsistencia, logré que mis neuronas —y mis pies— se pusieran de acuerdo para llevarme hasta el bar de copas sin decir ninguna sandez más.

Una vez allí, y dada la temperatura tan agradable que hacía, nos fuimos directamente al exterior, hasta una terraza que habían habilitado para las noches de verano. Y en honor a la verdad he de decir que, hasta donde me alcanzaba la memoria, era uno de los lugares más maravillosos en los que había estado.

Se trataba de un espacio razonablemente amplio, y cuadrado, en cuyas paredes —las cuatro que rodeaban el perímetro— habían colocado decenas de escaleras de madera a modo de decoración, hasta cubrir por completo su superficie. Y en todos y cada uno de sus peldaños habían ubicado adornos o luces, desde velas encendidas hasta flores frescas en botes de cristal. Al pie de ellas, además, habían dispuesto macetas, de diferentes estilos y tamaños, y en cuanto a la parte superior, las estructuras estaban unidas por una hilera de bombillas que alumbraba todo el ambiente.

Si hay sitios que invitan a respirar primero y a distenderse después, aquél era uno de ellos. Además, corría una suave brisa que esparcía por doquier la fragancia de las flores y que se colaba tan adentro como el mismo aire que hinchaba mis pulmones. Es más, toda la tensión que se había ido acumulando en mi interior desde el comienzo de la noche poco a poco empezó a desaparecer.

Y es que, si hay sitios que invitan a la calma primero y al sosiego después, no me quedaba la menor duda de que yo me encontraba en el mejor de todos ellos porque, con cada respiración, el aire que exhalaba se encargaba de ahuyentar los nervios, y de espantar los miedos, que desaparecieron por completo al recordar una frase de mi madre a la que Olga solía recurrir con frecuencia: «Nunca dejes que los miedos venzan a las ganas».

Y ése fue el momento, de la misma manera que tendría que averiguar si ésa era la noche, la mía, porque si hay sitios que invitan a la armonía, ése además lo hacía al amor.

—¿Qué os apetece tomar? —preguntó Ignacio tras conseguir localizar una mesa donde sentarnos.

De haber podido ser sincera, le habría pedido la esencia de esa misma noche, bien concentrada en una copa, o tal vez liofilizada, empleando ese método químico que logra conservar lo perecedero, que era lo que yo pretendía lograr con el ambiente que nos rodeaba, así como con los minutos, y con suerte horas, que vendrían después.

—¿Tres mojitos entonces? —quiso confirmar Ignacio por cuanto yo no había respondido a su pregunta, pero sí Olga, bien conocedora de mis gustos.

—Sí —le confirmé, ya con mi caos interior convertido en orden—. Es una de las bebidas que más me gustan. Me encanta su mezcla de sabores, dulce y ácido a la vez.

—Exactamente lo mismo que pienso yo —aseguró—. A poco que nos pongamos a hablar, me da la sensación de que vamos a encontrar muchas más cosas en común. ¿Hacemos la prueba?

Me sorprendió un poco su pregunta, y unos cuantos segundos atrás me habría sentido hasta intimidada, pero, ahora, con mis ganas victoriosas ya, habiendo vencido a todos mis miedos, no había oscuridad en esa noche que me arrebata.

—Hecho —le confirmé convencida.

—De acuerdo entonces —sentenció—. Voy a pedir las bebidas y en cuanto vuelva nos ponemos a ello.

—¿Te das cuenta ya de que no soy yo quien le interesa? —afirmó Olga satisfecha en cuanto Ignacio se hubo marchado.

—Puede que sólo sea un ejercicio intelectual —me desmarqué, más por miedo a gafar el momento que por no reconocerle a mi hermana que todo empezaba a indicar que ella estaba en lo cierto.

—¿Un ejercicio intelectual? —me rebatió—. ¿Te crees que estamos en una olimpiada de sudokus para evitar el alzhéimer? Pues, de ser así, esperemos que la tía no se entere, porque ésa se presenta aquí, ¡y con el dentista! ¡Menudo fin de fiesta ibas a tener! Conchita ejerciendo de viuda alegre y Amador de viejo verde. ¡Menudos esos dos! ¡Que parecen los Bonnie y Clyde de las relaciones!

No me quedó más remedio que reírme por su comentario, aunque bien sabía yo a lo que me refería, y era a que muchas formas hay de romper el hielo entre desconocidos que no necesariamente implican un acercamiento emocional.

—¡Venga! —exclamó Olga—. ¡Sacúdete esas malas vibraciones! ¡Ésta no eres tú, además! Siempre positiva, siempre feliz.

En eso no me quedaba más remedio que darle la razón, pero es lo que tiene el miedo, y la ignorancia, que te hacen cobarde, y por lo que a mí se refería, hasta aquel preciso momento yo nunca antes había experimentado esas sensaciones, que, en consecuencia, eran completamente desconocidas para mí.

—Mira qué noche —continuó—, mira qué flores, mira qué luces... ¿No prefieres ponerte del lado de la luz?

Si yo ya había decidido dejar atrás mis temores al acordarme de mi madre, las palabras de Olga hicieron que desempolvara mi verdadera personalidad, que parecía haber caído en desuso en las últimas horas.

—¿Comenzamos? —me preguntó Ignacio nada más llegar cargado de mojitos, mientras me miraba con una sonrisa expectante.

—Perdonadme, pero voy un momento al baño —se disculpó Olga.

—Comenzamos —aseguré rotunda, y con una sonrisa que, como si se tratara de una apuesta, superaba con creces la suya.

—¿Qué es lo que más odias de la cocina? —quiso saber en primer lugar.

—Cualquier lata en la que ponga «abrefácil». Es verlo y echarme a temblar, porque ya sé que voy a necesitar para abrirla uñas, dientes, cuchillos y hasta recurrir al ejército para que me preste algunas granadas de mano.

Tras soltar una carcajada, que parecía que no fuera a detenerse, Ignacio

afirmó:

—¡No puedo estar más de acuerdo contigo! Y en esas circunstancias mucha gente recurriría a su madre, pero yo prefería tener como padre a Darth Vader, que incorpora una espada láser.

Esta vez fui yo quien soltó la carcajada, que pareció ocupar todo el aire de la noche.

—Primera prueba superada —aseguró Ignacio divertido—. ¿Vamos a por la segunda?

—Hecho —confirmé.

—¿Cuál crees tú que sería el concepto de vida sana y equilibrada para la mayor parte de la gente? —prosiguió con sus indagaciones.

—¿Una botella de vino en cada mano?

Esta vez fuimos los dos quienes nos reímos al unísono, y yo cada vez más convencida de que aquélla iba a ser mi noche, porque ya lo estaba siendo, y él mi persona, esa que te despierta, y no me refiero sólo a los afectos, sino a la vida, porque cada vez me resultaba más factible que existiera otra vida en el amor a la que yo había estado completamente ajena.

—De nuevo, no puedo estar más de acuerdo contigo, porque a mí hay una cosa que me llama mucho la atención —reflexionó Ignacio.

—¿De qué se trata?

—Supuestamente, cada vez más gente lleva una dieta saludable, e incluso se machaca en el gimnasio o sale a caminar diariamente para hacer algo de ejercicio. Sin embargo, es ponerse tras un volante y matar por aparcar en el sitio más cercano a su destino. Pero es que algunos prefieren arriesgarse a que les pongan una multa, o a que el coche se lo lleve la grúa, con tal de no dar unos cuantos pasos más.

—Buen razonamiento —reconocí—, que se aplica al máximo en el parking de un centro comercial, donde algunos llegan a seguirte dentro de su coche mientras tú caminas en busca del tuyo con la esperanza de que esté situado cerca de alguna entrada.

—¡Acoso automovilístico! —exclamó Ignacio al oír mi explicación—. Habría que comunicarlo a las autoridades competentes para que adecuen la legislación vigente.

De nuevo, los dos a la vez, soltamos sendas carcajadas, que se completaron con dos miradas primero risueñas para después convertirse en hondas, de las que penetran hasta las entrañas, abarcando todo aquello que los ojos no pueden ver.

En su caso me pareció intuir un regusto, al advertir la complicidad que se estaba creando entre nosotros, y en el mío había sabor, el que llevaba paladeando desde el comienzo de la noche, porque empezaba a darme cuenta de que los afectos lo tenían, y a mí me sabían a gloria.

Además, puestos a comparar mis sentimientos con una comida que me provocara un efecto parecido, yo habría dicho que eran similares al caviar, porque explotaban al entrar en contacto con mi paladar, o a los Peta Zetas, esos caramelos que explotan al morderlos generando chasquidos. O, dicho de otra manera, que a poco que su mirada buceara en mi interior no tardaría mucho en encontrar los fuegos artificiales que habían organizado mis entretelas. Y es que si tras una comida la sangre se concentra en el estómago para propiciar la digestión, la mía se había desplazado al corazón, donde había alcanzado la temperatura necesaria para la ebullición.

—¿Utilizas mucho el coche? —retomó Ignacio el hilo de la charla.

—Continuamente. Olga siempre se mete conmigo asegurando que voy al cuarto de baño en coche.

—Bueno, quizá te interesaría instalarte uno dentro, así ahorrarías tiempo y, sobre todo, gasolina.

Además de sonreír por su comentario, y puestos a pensar en automóviles, y su relación con el amor, di en pensar que éste es similar a la dirección asistida, que no cambia el coche, pero sí te hace contemplar la conducción de otra manera. Es decir, que me había prendado de tal forma de Ignacio que a

cada frase que él decía yo le encontraba una vertiente emocional, o un paralelismo con mi rutina diaria y, por ende, con mi vida.

—Pues volviendo a la vida sana que comentábamos antes —prosiguió—, te contaré que yo tuve una novia con problemas de corazón...

—¿Provocados por alguna enfermedad cardíaca o sentimental? —lo interrumpí curiosa.

—Más de lo primero que de lo segundo, o eso me explicó nada más conocernos. Aunque puede que lo primero fuera consecuencia de lo segundo —afirmó convencido—. En cualquier caso —continuó—, me llamó mucho la atención en nuestra primera cita, en la que fuimos al cine, que se pidiera el cubo más grande de palomitas, unas patatas fritas para acompañar y un perrito caliente de postre.

—¿Qué corazón enfermo aguantaría esa dieta? —me sorprendí—. O incluso qué estomago sano —precisé.

—Uno roto, o eso fue lo que me dijo ella.

—Supongo que tú se lo recompondrías —di casi por sentado tras entermecerme un poco pensando en ella.

—Pues no te creas. Me parece que al final resultó que no lo tenía, ni sano ni enfermo.

Una vez más sonreí, generosamente, sobre todo por el gesto de desconcierto que utilizó para acompañar a sus palabras, pero, por encima de otras consideraciones, porque me encantaba esa cercanía que empezábamos a tener, gracias a la cual incluso podíamos hablar con humor de relaciones pasadas.

En ese sentido, hasta donde yo podía recordar, se trataba de la primera vez que el trabajo —ese comodín tan socorrido para mí— no ocupaba casi por completo la cita, si es que ésta podía considerarse como tal y, para mi sorpresa, me estaba resultando refrescante, relajante y, ante todo, divertido.

—Deduzco por tus palabras que vuestra relación no acabó muy bien —me atreví a preguntar a continuación.

—Los hombres tenemos dificultades para recordar las cosas que nos resultan desagradables, pero creo que debí de decir algo inapropiado, en línea con lo que te he comentado antes, que fue lo que puso el punto final.

—¿Qué quieres decir?

—Que una noche, después de una bronca, empezó a quejarse de un supuesto dolor en el pecho, como si nuestra discusión le estuviera provocando un amago de ataque, por lo que echó mano de un bote que tenía en el bolso. Y yo, en lugar de ceder y concederle con ello la victoria en la pelea, que probablemente era lo que pretendía, le espeté: «¿Todavía sigues tomando esas pastillas? Pensé que no tenías corazón».

—¿Te las tiró a la cabeza? —le pregunté divertida.

—No, pero sí quiso separarla del resto de mi cuerpo, porque de inmediato se lanzó a degüello sobre mí.

—Quizá fue bueno que acabara, porque parece una relación problemática —comenté, aunque con mucho tacto, sobre todo para que no advirtiera curiosidad en mi tono de voz, aunque en verdad me estuviera corroyendo por dentro por averiguar lo sucedido, antes, durante y después.

—¡Y tanto! Una de esas que te hacen ponerte en forma.

—¿A qué te refieres? —inquirí, al no entender el significado de la expresión que había empleado.

—A tener los músculos a tono para poder echar a correr en cualquier momento. Y es que a veces las parejas y los gimnasios van cogidos de la mano..., sobre todo esa que introduces en el guante de boxeo, que menudo gancho de izquierda tenía mi amiga.

Una carcajada me sobrevino al imaginarme la escena, que no pude desarrollar, ya que Ignacio quiso hacer una aclaración al respecto.

—Como comprenderás, estoy exagerando la situación, pero sí es cierto que Candela era muy vehemente, tanto con los gestos como con las palabras.

—Una mujer con carácter —añadí yo.

—Y temperamento, mucho temperamento, de ese que genera focos de calor.

—¿Perdona? —le pedí nuevamente que me explicara.

—¿Has visto en los telediarios, cuando ofrecen la información del tiempo en verano, esos mapas de los que se sirven, cuyas zonas distribuyen por colores? A lo que me refiero es a las áreas que marcan de un rojo incandescente, las que auguran que un sol de justicia va a convertir tu día en una sartén, y a ti en un filete a la plancha a poquito que pongas un pie en el asfalto.

—Me hago una idea —comenté divertida.

—Pues en lo que a Candela se refería, los focos rojos los tenía localizados en el interior de los ojos, como si se tratara de dos alertas contraincendios, sólo que en su caso era ella la que los provocaba, con su sola mirada.

—La mujer dragón...

—Sí —me interrumpió—, aunque adaptada a los tiempos modernos, porque ni tenía cuerpo de serpiente ni incorporaba alas. Es decir, que se trataba de una dragona mutante.

—Ya me imagino. En caso contrario, no creo que resultara muy atractiva para los hombres, tú mismo incluido. Pero ¿tenía algún problema? —no pude por menos que preguntar, aún entre risas por su anterior comentario—, porque tanta beligerancia no parece normal. Además de los cardíacos, por supuesto —apostillé.

—Por desgracia, sí. Y ahora ya hablo completamente en serio. Era celosa en extremo. Una de esas mujeres que incorporan un fantasma, sólo que es en ti en quien lo proyectan, como si fuera una sombra que siempre te acompaña.

Ignacio debió de advertir un gesto de extrañeza en mi cara, porque sin que mediara ninguna palabra más entre nosotros decidió proseguir con su explicación.

—Lo que quiero decir es que, nada más llegar a casa, por ejemplo, lo primero que hacía era registrarme. Y si me retrasaba, aunque sólo fuera un par de minutos sobre la hora prevista, ya estaba llamando a mi familia, amigos o simplemente conocidos para averiguar dónde me había metido y, sobre todo,

con quién estaba. Hasta programaba el despertador, de madrugada, para revisarme el móvil sin que yo, en teoría, me diese cuenta. Incluso llegó a seguirme, o a espiarme, para ser exactos. Y antes de que me preguntes te diré que no, que no tenía motivos para sospechar de mí.

Mentiría si dijera que no me gustó su sinceridad, porque de haber tenido él alguna culpa en los hechos nunca lo habría sacado a colación.

—Algo bueno tendría —aseguré—. Nadie aguanta ese infierno si no obtiene algún tipo de compensación.

—Por supuesto —reconoció de inmediato—. Y muchas cosas, sólo que vivir con alguien que presenta ese tipo de perturbación resulta muy estresante, ya que te mantiene en alerta todo el tiempo. Si una de las verdades universales relativa a los hombres es que nuestra atención es limitada, te aseguro que con una trastornada al lado no se cumple.

—¿Y hace mucho que rompisteis? —pregunté de manera casual, sin hacer ningún alarde de curiosidad, aunque me muriera por saber la respuesta. Y la razón se debía a que si la ruptura era reciente, Ignacio estaría atravesando todavía la fase de superación, uno de los peores momentos para iniciar otra relación al constituir garantía de fracaso.

—Unos cinco años, si no recuerdo mal —afirmó—. Aunque lo cierto es que la situación se prolongó en el tiempo unos cuantos meses más.

—¿Y eso? —le pregunté al advertir una sonrisa en sus labios un tanto pícara.

—Te juro que durante un tiempo pensé que Candela me había instalado un radar en el cerebro que indicaba mi posicionamiento porque, además de a ella, que me la encontraba por todas partes, atraía a todas las descerebradas del mundo. Parecía tener un cartel en la frente que dijera: «¡Dejad que las locas se acerquen a mí!».

—Radar en modo venganza: «¿No quieres locura? Toma dos tazas».

—Sí —se rio Ignacio—. Esa debió de ser su consigna. Pero es que una de las chicas, cuando fue consciente de que yo no tenía ningún interés en ella,

hasta me hizo un hechizo de magia para intentar atraparme.

—¿En serio?

—Como te lo cuento. Con un hilo rojo, un poco de romero, una moneda y un sobre para guardarlo todo. ¡Ah! Y una brújula, porque además había que decir, y varias veces, el nombre del interesado mirando a los cuatro puntos cardinales. Yo no sé si ella se perdió a fuerza de dar vueltas alrededor del sobre (hasta cincuenta veces, porque era otra de las consignas), pero, desde luego, al que sí perdió fue a mí.

Llegados a ese punto, yo me moría de ganas por indagar más, a fin de averiguar cómo era él dentro de una pareja, o cómo era él en realidad. Sin embargo, Ignacio optó por cambiar de tema.

—Pero ya está bien de hablar de amores fallidos. Vamos a ver qué más puntos tenemos en común, así que cuéntame algo de tu casa, de cómo organizas el espacio en el que vives, para hacerme una idea de cómo eres.

—No me gustan las casas desordenadas o sucias —afirmé casi sin pensar.

—Bueno, es cuestión de apagar la luz —aseguró con una sonrisa que buscaba complicidad a la vez que me guiñaba un ojo.

Yo también sonreí tras oír su comentario. No obstante, un poco de miedo provocó en mí, ya que miedo era lo que me daban los hombres en ese aspecto, porque, cuando son guarros, los son de verdad. De hecho, yo dejé de salir con un chico cuando me enteré de que, en lugar de lavar los calzoncillos, se los compraba nuevos, lo que *a priori* tampoco debería haber tenido mayor trascendencia..., salvo porque antes de deshacerse de los viejos los esquilaba; es decir, que no los tiraba hasta que no se le caían a trozos, de puro ajados y raídos, por no mencionar mugrientos y pestilentes. «Si alguien inventara los calzoncillos desechables seguro que se forraba», recuerdo haber pensado en aquel tiempo.

En este mismo orden de cosas, también hubo otro pretendiente con el que quedé un par de veces, hasta que constaté que no se lavaba el pelo, pero no porque fuera calvo. A modo de explicación me indicó que, precisamente, lo

que intentaba evitar era una calvicie, que seguro le sobrevendría si higienizaba con frecuencia su cabellera. De lo que, por desgracia, no se daba cuenta era de que lo que resbalaba por su melena no eran los pelos que perdía, sino la grasa.

—Es broma —continuó Ignacio, lo que hizo que mi cerebro volviera a respirar—. Soy bastante limpio, y ordenado. «Casa ordenada, mente ordenada», me enseñó mi madre, y te aseguro que lo cumplo.

—¿A rajatabla? —me mofé un poco.

—¡Y tanto! En mi casa somos cinco hermanos, todos chicos, con lo que cuando éramos pequeños mi madre era más un sargento que una madre. Y como tal nos aplicaba el reglamento, su reglamento, que consistía, por ejemplo, en multas cuando nos manchábamos la ropa o cuando nuestras habitaciones eran un caos, o un vertedero, como las llamaba ella.

—¿Qué clase de multas? —le pregunté intrigada.

—Económicas. O sea, que como no siguieras sus directrices no veías ni un duro de paga.

—¿Y consiguió su propósito? ¿Con los cinco?

—¡Cómo lo sabes! Ni en mil años que vivieras podrías conocer a cinco tíos más aseados, pulcros y organizados que nosotros.

—Bueno, logró lo que se proponía...

—Para mí que lo único que pretendía era ahorrar —me interrumpió—. Con cinco como éramos, debía de tener un agujero en el bolsillo que no había manera de coser.

—Eso es comprensible —quise justificarla.

—Puede. Pero lo que no lo es tanto era que nos amenazara.

—¿A qué te refieres? —inquirí un tanto alarmada.

—A que cuando nos veía cerca del frigorífico siempre nos decía: «Al próximo que pille comiendo entre horas me lo cargo. Es más, creo que voy a establecer un turno, como hacen con los coches en las grandes ciudades para evitar que contaminen: los pares comen los lunes, y los impares los martes».

No pude evitar soltar una carcajada, que fue seguida por otra suya, igual de

contundente que la mía.

—Así que ésas eran sus amenazas... —le recriminé con humor, señalándole con el dedo índice mientras mi boca se negaba a recuperar su posición horizontal habitual.

—Efectivamente —me contestó—. A las que se sumaban otras cuantas parecidas, como: «¡Tenéis que dejar de comer, que no me lo puedo permitir!».

—Lo llega a oír un vecino y la denuncia a Servicios Sociales —vaticiné.

—Nos habrían devuelto, por termitas, y tras el primer desayuno, porque es verdad que lo devorábamos todo. En realidad, más que el dinero, el mayor castigo que impartía mi madre era mandarnos a la cama sin cenar. Y en cuanto a los vecinos, lo que hacían era apiadarse de ella, por lo que de vez cuando, cuando cobraban la extraordinaria, nos invitaban a merendar, que para más no les llegaba.

—Pero tanto no podíais comer —lo interrogué, intentando que me reconociera que algo de exageración había en sus palabras.

—Pues para que te hagas una idea te diré que el consumo medio diario de leche era de unos diez litros, al menos una docena de huevos, cinco kilos de naranjas, y suma y sigue.

—¿En serio?

—Completamente.

—¿Y tu padre? —caí de repente en la cuenta.

—Era el sexto niño que mi madre no llegó a tener.

De buscar un adjetivo para calificar la carcajada que me sobrevino, éste habría sido *apocalíptica*, por grandiosa.

La despedida de Olga, sin embargo, no lo fue, grandiosa. O más bien todo lo contrario, ya que a ambos nos pasó completamente desapercibida. O al menos a mí.

Si algo dijo, ya fuera un «buenas noches» o un simple «adiós», esa información no traspasó la frontera de mis oídos. O tal vez desapareciera cuando fue al baño por arte de magia, como el hada madrina que era.

De hecho, sólo fui consciente de su ausencia cuando Ignacio y yo abandonamos aquella terraza.

—¿Te apetece que vayamos a un sitio que conozco? —me preguntó entonces.

Y vaya si me apeteció, sobre todo porque poco después allí estábamos los dos, justo debajo del amanecer, y eso significó mucho más que el día que ya empezábamos a contemplar juntos. Y no me refiero a la noche —con todos mis miedos, que se quedaban atrás—, porque no todas las noches tienen sombras. A veces las lucen bailan.

## El amanecer

Si existe un principio culinario, o incluso propio de la física, que se pudiera aplicar a las horas que Ignacio y yo permanecemos juntos después de abandonar el bar de copas, éste sería el que determina que cuando el aceite se calienta se licúa, lo que representaba el símil perfecto para el estado de mis emociones.

Y es que una sartén hirviendo parecían, con mis entrañas dorándose al calor de la lumbre que había prendido Ignacio.

Cuando éste me propuso acudir a un lugar que él conocía, supuse que se trataría de otro local. Sin embargo, a donde me llevó fue a un espacio abierto, tanto que desde él se divisaba todo Madrid. Y allí, los dos solos, en un lugar que nos abarcaba, me sentí abrazada, porque hay sitios que lo hacen, merced al aire que los recorre, al olor que desprenden y al paisaje que te muestran. Y, además, nos retenía, porque hay sitios que, a pesar de no tener barreras, atrapan tu voluntad, hasta el punto de inmovilizar tu cuerpo.

Allí, los dos solos, tan solos como únicamente las noches pueden propiciarlo, yo sentía que no era oxígeno lo que respiraba, sino azahar, y también azar, y después a él. En ningún caso se trataba de que estuviéramos tan próximos como para poder compartir el aire que penetraba en nuestros pulmones, pero era su presencia lo que yo inhalaba.

Su presencia, su cuerpo, sus manos, esas grandes y fuertes, que era lo único que yo había visto la primera vez que coincidimos, y que ahora además se me antojaban suaves, por cuanto un par de veces me rozó para ayudarme a llegar al lugar hasta donde me condujo.

Si yo siempre decía que, de un hombre, en lo primero que me fijaba era en las manos, con Ignacio no me iba a quedar más remedio que replantearme mi criterio, ya que mi mirada andaba un tanto desperdigada, sin saber muy bien en dónde recalar.

Por una parte, se encontraban sus ojos, con ese tono indeterminado, mitad gris mitad verde, que te invitaban a adentrarte, aunque sólo fuera para, desde dentro, determinar su color, por no hablar de tratar de averiguar el estado de sus pensamientos, sobre mí.

Otro aspecto que también me maravillaba de él era la forma en la que se expresaba, su elocuencia, así como los gestos con los que acompañaba sus palabras, que les quitaban solemnidad, porque la tenían. Es más, de cerrar los ojos, parecía que en lugar de hablar estuviera leyendo directamente de un papel, de tan hiladas como estaban sus frases.

A veces, no obstante, era el humor el que restaba oratoria a su discurso, o lo echaba por tierra, y ganas me daban a mí de hacer lo mismo, porque algunos de sus comentarios eran tan divertidos que me costaba mantenerme en pie tras escucharlos.

Para mí, además, el humor era casi o más importante que la felicidad, esa felicidad mía que era mi rasgo más distintivo, porque el humor no es la sal de ningún guiso, como suele decirse. Así, desde mi punto de vista, era el plato en sí mismo.

Muchas veces había leído anuncios cuyo eslogan era: «¿Te imaginas la vida sin música?», en un intento de prevenir la piratería, lo que siempre me pareció un mensaje muy acertado, tanto que yo lo aplicaba también a otros ámbitos de la vida, como el humor: «¿Te imaginas la vida sin una risa, sin una sonrisa, sin una carcajada?». Y, además, son gratis, tanto para el que las da como para el que las recibe, por lo que no hay necesidad de robárselas a nadie.

En mi opinión, la felicidad se compone de muchas partes, y de muchas formas o matices, ya que a veces es sinónimo de paz, de tranquilidad o de

quietud, mientras que otras se identifica con el entusiasmo, y ahí es donde aparece la risa y, por ende, el humor.

E Ignacio parecía hasta excedente de puro divertido que era, de forma que no hacía más que subir peldaños en mi escalafón, que no era otro que mi corazón. Y lo hacía con una agilidad que se asemejaba a la que tenía al andar, demostrando que la práctica de ejercicio constituía su rutina habitual.

Por lo demás, su forma de hablar era pausada, acompañada de gestos elegantes, lo que lo convertía hasta en sofisticado, pero con un toque natural, sin parecer remilgado, afectado o incluso amanerado. Es más, parecía tener el punto justo en todo, el perfecto equilibrio, el perfecto...

—¿Te gusta este sitio? —me dijo al poco de llegar, sacándome de mis pensamientos.

La verdad no era que me gustara, sino que no podía gustarme más.

—¡Es impresionante! —le respondí lo más rotundamente que pude.

Y vaya si lo era. Con ese azahar, y ese azar, el de las flores y el de las estrellas, que se habían coaligado para que Ignacio y yo estuviéramos debajo de ellas; que se habían confederado, y constituido en república, para decretar que Ignacio y yo teníamos que conocernos, ese día, aquella noche, que dentro de poco se convertiría en madrugada.

—Vengo aquí a menudo —me explicó—, y casi siempre de noche. Si he tenido un mal día me cambia el humor, y si lo he tenido bueno, me lo mejora.

—Es bueno tener un sitio así, que de alguna manera forma parte de nosotros mismos, o que nos prolonga —afirmé casi sin pensar, cayendo en la cuenta de repente de que quizá, contagiada por el espíritu de Conchita, me había excedido de filosófica.

—¿Tú tienes alguno? —me preguntó mientras asentía a fin de darme la razón, lo que de inmediato me tranquilizó.

—La terraza de mi casa —aseguré de nuevo de forma prácticamente inconsciente, temiendo por segunda vez haber pecado, aunque de íntima en esa ocasión.

—¿En serio? —se sorprendió.

—Sí. ¿Por qué te extraña? —me extrañó a mí a su vez.

—Porque la gente de nuestra edad suele vivir en cuchitriles, y suerte si tienen una maceta agonizando en el alféizar de la única ventana.

—La suerte la tuve yo al poder comprarla. Bueno —precisé mientras sonreía por lo divertido de su comentario—, quien la compró fue el banco, que es en verdad el dueño. A ver si yo puedo hacerme con ella de aquí a cien años.

—¿Sólo una hipoteca a cien años? ¡Tú eres una privilegiada! —exclamó con humor—. Teniendo en cuenta que la mayor parte de los treintañeros siguen viviendo en casa de sus padres, cuya hipoteca será lo único que hereden de ellos, no tengo más remedio que declararte mi admiración más incondicional.

Solté una carcajada, seguida de una segunda, e incluso puede que de una tercera, hasta que Ignacio retomó la palabra.

—Bromas aparte, te diré que yo vivo de alquiler. Como habrás notado por mi acento, soy gallego y hace pocos meses que estoy instalado en Madrid. Y, en cuanto al espacio en el que vivo, ni siquiera llega a alcanzar la categoría de cuchitril, que de zulo no pasa. ¿Has visto alguna película en la que al mismo tiempo que estás sentado en el inodoro puedes lavarte los dientes, de lo cerca que está el lavabo del váter? Pues no, ésa no es mi casa. En la mía puedes, además, cocinar a la vez.

De haber tormenta aquella noche, mis carcajadas podrían haberse confundido con cualquiera de sus truenos, de puro estrepitosas que eran.

Pero no, no había tormenta aquella noche. Había una noche dulce, como el olor del azahar, y del azar, y fresca, como la brisa, que además de suavizar nuestra piel al rozarla nos invitaba, e incitaba, a aproximarnos cada vez más el uno al otro.

—¿Tienes frío? —me preguntó atento en cuanto percibió que el aire alzaba su progresión—. No tengo ningún jersey en el coche, pero siempre podemos irnos...

—¡Gracias! —lo interrumpí de inmediato antes de que acabara su frase, que me producía más frío que cualquier aire, por tormentoso que fuera, lo que además no era el caso—, pero esta temperatura es perfecta para mí.

—Genial entonces —pareció alegrarse con mi respuesta—. Y siento si antes te he parecido un poco desagradable. De sobra sé que suena asqueroso, y más viniendo de un cocinero profesional, pero ¿has oído la expresión «como piojos en costura»? Pues en mi casa sólo cabe un piojo.

—Lo que me has parecido es divertido —le confesé entre risas—, exactamente igual que ahora. Por otra parte, con un poco de suerte, en cuanto lleves un poco más de tiempo aquí tal vez puedas hacerte con un piso mejor.

—Lo cierto es que no sé qué será de mi vida en un futuro próximo. La empresa para la que trabajo es de origen gallego. De hecho, el restaurante principal (el que dio origen a la cadena) se encuentra en Santiago de Compostela, que era donde yo trabajaba. Al comenzar la expansión, me pidieron que me trasladara a Madrid no sólo para encargarme de la cocina de éste, sino para supervisar la de los demás que se vayan abriendo, a fin de contratar yo al personal. Y, después de eso, no sé qué planes tendrán para mí. Tal vez me devuelvan a casa.

«¡¿Qué?!», gritaron unas cuantas veces mis entrañas, formando un coro con mis entretelas. ¿Había una posibilidad real de que se marchara, ahora que nos habíamos conocido, con todo lo que eso implicaba para mí, de descubrimiento de esos sentimientos que no había experimentado jamás, ni siquiera en la etapa Hugo?

Me daba a mí la impresión de que esa república independiente de estrellas, que se habían federado para unir nuestros destinos, se había transformado de repente en una república bananera. Por tanto, lo que me quedaba por averiguar era a quién había que untar, si a la Osa Mayor, a la Menor o a la Hidra —que, dicho sea de paso, era como me estaba poniendo yo— para que dejaran en paz a Ignacio.

—¿Te apetece que subamos un poco más, para tener mejores vistas? —me

preguntó a continuación.

El lugar al que me había llevado estaba situado a las afueras de la ciudad, a la altura de Torreldones, y el paisaje que se contemplaba desde él era espectacular, con Madrid a lo lejos, entreverado con el campo y su vegetación baja, que integraba la naturaleza con el asfalto.

Puestos a pensar, lo que sí me sorprendía era cómo, siendo él de fuera, conocía de su existencia, mientras que yo, habiendo nacido en Madrid, la ignoraba. Y, a tenor de su siguiente comentario, estaba claro que entre otras virtudes Ignacio leía la mente, o al menos adivinaba mis pensamientos.

—Lo descubrí por casualidad, viniendo de Galicia un día, al anochecer, cuando las vistas son especialmente bonitas, por cómo se refleja el color del cielo sobre los edificios. Creo que lo llaman el mirador de Torreldones, y la ventaja que tiene es que apenas tienes que desviarte desde la A-6 para llegar hasta aquí, de manera que es uno de mis destinos favoritos, tanto si vengo a apostar como cuando regreso de viaje.

El nuestro desde el centro de Madrid no pudo ser más agradable, con las ventanillas del coche bajadas, dejando que el aire de la noche se adentrara tanto en el interior del coche como en nosotros mismos, y se adueñara, al igual que lo hizo la música de Julia Michaels, uno de cuyos discos sonaba en la radio.

En concreto, la primera canción que escuchamos fue *Heaven* («Cielo»), que era exactamente donde yo me encontraba, o en cualquier otro paraíso alternativo.

—¿Te gusta? —me preguntó al ver que tarareaba la música.

—Me encanta —aseguré convencida—. Pero no sólo ésta, sino la mayor parte de sus canciones. Me parece una cantante con un toque diferente.

—Bueno es saberlo —afirmó él rotundo—. Si alguna vez hace una gira por España, ya sé a qué concierto tengo que invitarte.

Esa promesa de futuro, aunque sólo fuera de unas horas en común, me llenaba de ilusiones, de esperanzas, o probablemente sólo me llenaba, y me

revolucionaba. Y es que si alguna vez en el pasado había pensado que el amor era una *slow cooker*, esas ollas de cocción lenta que tardan hasta doce horas en cocinar un guiso —y de las que siempre dudé si acababan asando o achicharrando la comida—, ahora estaba firmemente convencida de que se trataba de una Thermomix, pero en su posición de batidora, o de trituradora, para ser más precisa, dado que ése era el estado en que se encontraban mis adentros: como si los hubieran convertido en hielo picado, y además se estuvieran cociendo en la posición ultrarrápida.

Así, cuando tan sólo habían transcurrido unas pocas horas desde que había conocido a Ignacio, había llegado a la conclusión de que con el amor sucede como con los días nublados del verano, que aunque tú no te des cuenta el sol te quema.

—¿Te parece entonces que subamos un poco más? —me preguntó él de nuevo al poco de llegar al mirador de Torreldones.

—¡Por descontado! —exclamé lo más rápidamente que pude—. Si algo me gustan son las alturas. Me encanta esa clase de perspectiva.

El problema radicaba en que yo llevaba tacones y, aunque anchos —garantizando una cierta estabilidad—, era altos, lo que me convertía en susceptible de acabar rodando hasta la capital, carretera de La Coruña abajo.

Para mi sorpresa, y sin tener que exponer mi problemática, ese lector de mentes en que se había convertido Ignacio cogió suavemente una de mis manos.

—Vamos a asegurarnos de que el fin de fiesta no acabe en Urgencias.

Y quizá no por ese motivo, pero sí por algún accidente cardiovascular —incluyendo un infarto, que fue el ataque con el que amagó mi corazón—, entraba dentro de lo posible que en el transcurso de la noche me tuvieran que atender en algún centro hospitalario.

En primer lugar, se debió a lo inesperado, y en segundo a lo sobresaltado, del momento, de mi reacción, de mi estado, porque de repente, sentir su mano...

Mil veces había oído decir que el primer contacto es como una descarga de electricidad. Sin embargo, entre nosotros en ningún momento se produjo una sacudida, un chispazo o un estallido, que tal vez podrían haber desembocado en una electrocución. Es más, yo lo calificaría como una marea, esa brisa fresca que te libera del calor en el ardor del verano, si bien segundos después se convirtió en una corriente, de aire, y también de agua, subterránea, para acabar transformándose en un maremoto, que mi piel a duras penas podía contener.

Así, una ola, tan sutil como suave, fue lo que sobrevino primero, seguida de una oleada y de un oleaje después. Y yo me aferraba a aquella mano, sin ansia, pero con afán, el de no querer soltarme jamás.

## La perfección

Una vez más tuve que agradecerle a mi hermana su idea. E incluso a mí misma por haber accedido a su plan, ya que de otra manera tal vez Ignacio y yo nunca nos habríamos conocido. O lo habríamos hecho de otra forma, más superficial, quizá algún día que yo hubiera acudido al restaurante a ver a Olga, con el inconveniente de que él habría estado en su ambiente, es decir, en un entorno estrictamente profesional.

En cualquier caso, una vez sucedido, nunca sabes cómo podría ser de haber ocurrido de otro modo. Además, cuando lo sucedido es perfecto, te cuesta creer que de otra forma podría haber sido mejor.

En el transcurso de aquella noche, en más de una ocasión pensé en mi tía Conchita y en su regla de las tres citas, con el propósito de saltármelas todas, incluida esa primera, que probablemente ni lo fuera o, de serlo, habría sido a ciegas.

Y, precisamente, fue ella quien me llamó a la mañana siguiente para darme cuenta de la suya, la que había tenido con su dentista.

—¿Qué tal te fue? —le pregunté con verdadero interés.

—Viento en popa a toda vela, no corta el mar, sino vuela, ¡una viuda bergantín!

¡Lo nunca visto! Mi tía no sólo citando a Espronceda, ¡sino reinventándolo!, o recreándolo, para adaptarlo a sus circunstancias, que no podían ser más peregrinas.

—¿Deduzco que bien, entonces? —inquirí, aunque apenas podía contener la risa tras oír la última parte de su comentario.

—¿Tú eres así de optimista desde que naciste o te has convertido con el paso de los años? —pareció sorprendida—. Bueno —recapacitó—, en cualquiera de los dos casos habría que aplicarte un control, pero de plagas, para que no te extiendas. Esa actitud tuya no puede hacerle bien a nadie.

—Pero si era la única deducción posible debido a tu entusiasmo... —amagué con protestar, hasta que me interrumpió.

—Nunca se debe confundir el entusiasmo con la velocidad, que es lo que tú estás haciendo, conduciendo a más de doscientos por hora, y corriendo el riesgo de que la policía de la vida te ponga una multa.

O mi tía había bebido en exceso la noche anterior, y todavía le duraba la melopea, o esa nueva filosofía suya de vida se estaba desmoronando y cayendo en el despropósito.

—Pero ¿qué es lo que ha pasado, entonces? —le pregunté, obviando con ello el resto de sus comentarios y demás diatribas lingüísticas.

—Digamos que la situación está estable dentro de la gravedad.

—¿Acaso habéis roto? —me extrañé.

—A pesar de que pesimista me gustas mucho más, ahora has frenado tanto que te has salido de la curva.

—¿Quieres dejarte de metáforas y decirme de una vez qué es lo que ha pasado? —empecé a impacientarme.

—Que no te estás ajustando a la realidad, o por exceso o por defecto —me concedió al fin.

—Y, a efectos prácticos, ¿eso qué significa? —tuve que volver a interrogarla.

—Que él sigue queriendo adelantar acontecimientos y yo retrasarlos. Así que ahí estamos los dos, en un ten con ten.

—Bueno, mientras tengas la situación en el punto que tú quieres, bajo control... —quise ponerme a su favor, hasta que me interrumpió.

—Querida, a mi edad no se tiene control sobre nada, incluidos los esfínteres y las encías; es decir, que nos movemos entre la diarrea y la piorrea,

por no hablar de la verborrea, con una enorme soltura. ¿O nunca has reparado en esos viejos que no paran de hablar?

Visto así, la incontinencia que mencionaba mi tía, tanto la anal como la bucal, se había transformado en vocal porque, efectivamente, de repente empezó a desvariar, sobre cualquier tema imaginable, desde la floración de la primavera hasta el magma de los volcanes, pasando por la esencia de las relaciones humanas.

—En mi opinión, la única palabra que necesita saber un hombre casado es *obedece*. En esas siete letras radica el secreto de todo buen matrimonio, y su única posibilidad para la supervivencia —concluyó.

A esas alturas yo desconocía lo que sucedería con mi tía Conchita y su dentista, y si llegarían a dar el paso hasta el altar, incluyendo ese voto de obediencia masculina por ella requerido entre los juramentos que realizar. Pero lo que sí me quedaba claro era que mientras permaneciera junto a Amador al menos éste tendría algún remedio para la piorrea, probablemente para la diarrea y con toda seguridad para la verborrea, aunque fuera una anestesia general.

Y yo también lo estaba, anestesiada, cuando llegué a mi casa tras la cita con Ignacio. Es más, ni siquiera quería desvestirme, ni desmaquillarme. Lo único que quería era quedarme tal y como había estado con él, en un intento de prolongar aquella noche un poco más. Y es que, si me acostaba, esa noche se habría acabado para siempre. Sin embargo, si permanecía despierta, con el traje y el maquillaje puesto, podría prolongarla unas horas.

Además, me sentía guapa, y para comprobarlo incluso me miré un par de veces en el espejo, a fondo, y también para cerciorarme de qué era lo que había visto Ignacio. Y el resultado me pareció tan aceptable que hasta me vi más delgada, como si la adrenalina que se había disparado al final de la noche se hubiera comido alguno de esos kilos que yo siempre pensaba me sobraban.

Así pues, evitando la cama, finalmente opté por salir a la terraza, arrellanarme en una de las tumbonas, cerrar los ojos y repasar mentalmente

todos y cada uno de los instantes compartidos con Ignacio.

Sin ser consciente de en qué momento, debí de quedarme dormida, pero no profundamente, como solía ser lo habitual en mí, ya que el sonido de mi móvil me despertó.

Se trataba de un wasap de Claudio, el dueño de la zapatería, que respondía a mi sugerencia de posponer un día nuestra cita laboral.

¿Te parece bien si quedamos a la una? Un  
buen aperitivo seguido de una buena comida se  
me antoja el mejor plan para este sábado.  
¿Hace?

¿O no era tan laboral?

## La conversación

Para muchas mujeres, la idea de la felicidad consiste en fines de semana en Ikea eligiendo muebles y comiendo albóndigas suecas mientras su cabeza se llena de tantos muebles como sueños, incluido un marido que cargue con los bultos a la salida mientras ella empuja el carrito de un bebé.

Pero yo no era así. Por lo que a mí se refería, mis sueños eran autosuficientes; es decir, que no dependían de nadie externo a mí para realizarse porque, en mi opinión, esa necesidad de otro para que se cumplan suele ser garantía de fracaso. Y más aún cuando dicha necesidad lleva implícito el amor, esa materia tan etérea, inconsistente y volátil.

Cierto era que en mi felicidad sí estaba incluido el amor, el que yo profesaba y me profesaban ciertas personas, como mi hermana, mis sobrinas o mis amigos, pero ellos formaban parte de mi materia, de mi esencia, y nunca se disociarían de ella, al igual que sucedía con mis padres, a los que ni siquiera llegué a conocer.

Además, por lo que a felicidad se refería, yo no era demasiado exigente. En esencia me bastaba con un cielo encima de mi cabeza en el que, de cuando en cuando, brillaran unos cuantos rayos de sol, por lo que, básicamente, era feliz todos y cada uno de los días de mi vida.

En esa misma línea, había una canción que me gustaba especialmente, *Happy*, de Natasha Bedingfield, en cuya letra la compositora se preguntaba por los motivos por los que nos ponemos la zancadilla a nosotros mismos, cuando tenemos tantas razones para ser felices.

La que también lo estaba, y en un grado superlativo, era Olga, que el

sábado por la tarde se presentó en mi casa a fin de que le contara, y con todo lujo de detalles, la parte de la cita con Ignacio en la que ella no había estado presente.

—Es una sensación extraña —comencé yo.

—¿Te refieres a que a veces la vida merece la pena porque tienes algo que ganar, algo que perder... o a alguien? —me planteó.

Como siempre, Olga, iba un paso adelantada con respecto a mí, tal vez porque ésas eran las mismas sensaciones que ella había experimentado cuando conoció a Álvaro, su marido y padre de sus hijas.

Yo, por mi parte, me negué a darle la razón, si bien empezaba a darme cuenta de que había un extra de felicidad que no había catado hasta la fecha, como esa bebida más grande, o esa mayor cantidad de patatas que te ofrecen en las hamburgueserías al hacer tu pedido y que en mi caso, además, me habían salido gratis.

—Pero empezamos desde el principio —prosiguió Olga—. ¿Conseguiste averiguar por qué nos invitó a nosotras dos solas a ese festín?

—Sí —afirmé rotunda—. Al parecer, nos utilizó como conejillos de Indias. Tiene previsto presentarse a un evento gastronómico de relevancia internacional que tendrá lugar en breve en Bélgica, por lo que necesitaba saber por qué platos decantarse para hacer su debut.

Mi respuesta pareció contrariar a Olga, que tal vez esperaba una contestación más grandilocuente, y adaptada a mi caso particular, pero ni siquiera mi hermana —con esa euforia suya que era una fuerza de la naturaleza, como los huracanes o los terremotos— había conseguido que se plegaran a sus razones las intenciones de los demás.

—Y yo también tengo otra pregunta para ti —caí de repente en la cuenta—. Cuando cocina, ¿siempre va tan bien vestido, tan bien afeitado, como si acabara de salir de la ducha? ¿Si es que parecía que ni los olores de la comida le afectaban!

—Pues sí. A mí también me ha llamado la atención cada vez que he ido al

restaurante, así que, o su contrato incorpora una cláusula que le garantiza una ducha portátil, que se desplaza con él, o no me explico cómo puede oler tan bien.

—Además de una estilista, con guardarropa incorporado, que deduzco será plegable —añadí divertida—, porque hasta para cocinar va hecho un pincel.

—Bueno, a fin de cuentas, lo único que importa es que es como la primavera: huele a flores y es muy deseado después de un largo invierno, porque ese frío sentimental en el que te encontrabas no podía augurar nada bueno.

En aras de avanzar en la conversación, decidí pasar por alto una vez más esa manía que tenía —y no sólo ella, dicho sea de paso— de subestimar mis relaciones, hasta el punto de hacerme creer que nunca había tenido ninguna.

—Y eso sin mencionar que es guapo y, sobre todo, buena persona, así que lo tiene todo —sentenció Olga.

—Y buen cocinero, no lo olvides —precisé—, que las cinco estrellas Michelin se las tiene ganadas, pero no puestas en una guía, sino luciendo en el firmamento.

Mi hermana sonrió, probablemente cayendo en la cuenta de que ya no hacía falta que hiciera más propaganda de Ignacio, al apreciar que ya había calado en mí, y muy hondo.

—Bueno, cuéntame, ¿qué pasó cuando llegasteis al punto más alto del mirador de Torreldones? —comenzó a interrogarme en relación con la parte de la que yo no le había puesto al corriente todavía.

Lo que sucedió fue que justo antes de llegar allí íbamos cogidos de la mano, o yo cogida a la suya, tan agarrada como aferrada, pero no sólo físicamente, sino a la idea, o al deseo, de que esa piel rozando la mía se adhiriera hasta acabar compactándose, para que no hubiera ningún fin en el camino capaz de separarnos. Sin embargo, una vez alcanzada nuestra meta, aunque suave y delicadamente, Ignacio soltó mi mano para, a continuación,

cruzar los brazos sobre su camisa a la vez que giraba su cuerpo para situarlo en dirección a Madrid.

—Me encantan las luces vistas desde la distancia —aseguró él en aquel momento—, esas luces minúsculas que parecen alfileres luminosos y que, sin embargo, en realidad son coches, que desplazan las vidas de sus dueños, o casas, donde las recogen. Incluso a veces me pregunto cuáles serán.

—Te entiendo perfectamente. En lo que a mí se refiere, hay dos tentaciones difíciles de resistir. La primera es asociar las nubes con formas reales y la segunda imaginar cuáles son las vidas de los demás cuando te cruzas con ellas.

—¿A ti también te pasa? —me preguntó extrañado.

—Hace tiempo que no voy en transporte público —le expliqué a modo de respuesta—, pero cuando lo hacía me entretenía intentando averiguar quién se escondía detrás de esos ojos que, durante unos segundos, chocaban con los míos.

—La pena es que nunca sabes si lo que has adivinado se corresponde con la realidad.

—A lo mejor mi ficción es mejor que su realidad —bromeé.

—Sí, con los sueños, ya sean propios o ajenos, hay que ser cuidadoso, porque pueden ser mejores que la realidad, y eso te puede descolocar —comentó, acompañando sus palabras de un guiño—. Lo bueno sería que fueran intercambiables, o prestables: si los tuyos no te gustan, te cedo los míos.

En ese instante sólo sonreí, sin aportar de momento otra contestación. Y el motivo se debía a que yo no deseaba para mí nada que ya no tuviera, o si acaso a él, si quería ser sincera conmigo misma.

—¿No estás de acuerdo? —me preguntó con interés ante mi silencio.

—Ya sé que esto puede sonar fatal, pero la verdad es que me encuentro bastante satisfecha con lo que tengo, sin necesidad de soñar más, o de que alguien sueñe por mí.

—¿Y no te apetece desear algo con tanta fuerza que hasta pierdas el sentido por ello? —se sorprendió.

—Bueno, desde mi punto de vista, la esencia de los sueños radica en soñar con cosas que no puedes tener. Y eso no va mucho conmigo.

—En mi opinión, la esencia de los sueños radica en creer que puedes tenerlas.

—A mí lo que me gusta es soñar que, grandes o pequeñas, mejores o peores, ya las tengo.

De inmediato noté que le gustó mi contestación, porque su sonrisa se rodeó de un halo de satisfacción, que hacía juego con el mío, ya que me encantaba la conversación que estábamos manteniendo. Cierto era que podría ser considerada como peculiar para una primera vez, pero es lo que tienen las primeras veces, que no hay nada previo a ellas, nada escrito o prefijado. Además, esa noche, en aquel lugar, con una brisa suave meciendo nuestras palabras, éstas alcanzaban, casi sin quererlo nosotros, el grado de confidencias, como si el aire removiera nuestras entrañas a fin de desentrañarlas, para que dejaran de serlo, y me estoy refiriendo a nuestras intimidades.

—Como casi siempre vengo aquí cuando el sol ya se ha puesto —prosiguió Ignacio—, a mí me gusta pensar que cada noche es el final donde comienzo.

Casi sin aliento me dejó su frase, y con ese mismo asombro lo miré, porque esas palabras no habían calado, o recalado, en mí, sino que me habían traspasado. Es más, de haber estado en mi casa me habría abalanzado sobre uno de mis cuadernos, esos que decoraba con *washi tape*, para que su fijación al papel la convirtiera en eterna, al menos para mí. Incluso empezaba a considerar la posibilidad de enmarcarla.

Si yo ya me consideraba afortunada con mi frase feliz, «ve, a donde sea, y haz que sea», la de Ignacio superaba con creces a la mía, porque era redonda en su concepción, como un círculo, que justo comenzaba donde acababa, con tanta sensación de continuidad como de determinación, así como voluntad.

De repente, además de en sus ojos, que se incrustaron en los míos, reparé en sus manos —lo único que conocí de él aquel primer día en el restaurante—

y en su recuerdo, o la impronta que habían dejado en mí: la de un hombre que agarraría con fuerza su propia vida. Y, efectivamente, sus palabras acababan de confirmar mi presentimiento inicial.

Éstas, a su vez, motivaron una respuesta física en mí, ya que mi carmín pareció cobrar vida propia a fin de dirigirse hacia sus besos.

—Pero ¿te besó? —interrumpió Olga mi relato.

—Ni siquiera lo intentó, pero yo a punto estuve, la verdad —me mostré completamente sincera en esta ocasión.

—Eso es porque es un caballero, además de un hombre listo, por supuesto —remarcó Olga, ignorando la segunda parte de mi explicación.

—¿A qué te refieres? —le pregunté un tanto desconcertada.

—A que si retrasa ese momento sabe que lo disfrutará más, y probablemente los dos.

Puede que Olga estuviera en lo cierto, aunque a mí, con esa idea tan perentoria de la felicidad que tenía, se me antojaba que no había que desaprovechar ningún momento, no fuera a suceder que no hubiera un segundo. No en vano, de segundas oportunidades fallidas están los cementerios sentimentales llenos.

—O que no le gusto —ofrecí una segunda interpretación a modo de justificación de su comportamiento, que, a mi entender, también entraba dentro de lo posible.

—Ya estamos a vueltas con la negatividad —protestó mi hermana—. Límitate a los hechos, bonita. ¿Tú crees que la gente le va soltando ese tipo de frases a todo el mundo? Ese hombre tiene interés en ti. Te lo digo yo. ¿O de verdad piensas que va a llevar a su lugar secreto a cualquiera? Si no le gustaras, te habría despachado en el minuto dos. Si por algo se distinguen los hombres en el terreno emocional es porque nunca hacen algo que no les apetece hacer. Y, desde luego, recorrerse medio Madrid, en mitad de la noche, para enseñarte su escondite no se corresponde con su práctica habitual.

Visto así, tal vez mi única opción consistía en darle la razón a Olga, pero a

mi cerebro todavía no le había llegado el momento de la retirada. Así pues, me dispuse a acometer la que sería mi última embestida.

—Lo que quizá no has tenido en cuenta es que la noche propicia situaciones, o emociones, que no existen en realidad, al igual que sucede con el alcohol.

—¿De verdad piensas que un poco de aire nocturno es comparable con una intoxicación etílica? Para que luego me digas que yo soy una exagerada. Pues menuda tajada, pero mental, tendría que tener Ignacio para confundir un par de mojitos con la brisa que levantan unas cuantas sombras.

A fuer de ser sincera debería reconocer que tal vez fue a mí a la que trastocó ese aire, que era como unas cortinas colgadas, recién lavadas y con una ventana abierta detrás, que, con cada golpe de viento, impulsan su olor a cada rincón de la casa, esa fragancia mezcla de humedad y suavizante que suaviza a su vez cualquier aspereza del ambiente. Y ése era el efecto que Ignacio provocaba en mí, su olor movido por el suave viento de la noche colándose en cada resquicio de mi ser.

—¿Y qué pasó luego? —inquirió Olga.

—Poco más, la verdad. Desgraciadamente, hoy tenía que trabajar, por lo que unos minutosl después iniciamos el camino de vuelta a Madrid.

No obstante, para llegarnos hasta el coche tuvimos que desandar el mismo trecho que habíamos caminado con anterioridad, y mis zapatos también seguían siendo los mismos, por lo que Ignacio adoptó de nuevo la misma actitud, que fue coger mi mano, anclándola a la suya, con tal naturalidad que parecía que fuéramos a encallar juntos, de por vida, o como si en alguna vida anterior las nuestras ya hubieran estado unidas.

Ese tacto, el de su piel abrazando la mía, era terso, incluso sedoso, lo que contrastaba con la apariencia de fuerza que desprendían sus manos. De la misma manera, la ausencia de palabras también sonó suave. Y es que, a diferencia de cuando iniciamos la marcha, a la vuelta Ignacio dio por sentado que había que repetir el mismo procedimiento, por lo que no consideró

necesario un consentimiento previo. Así, sólo intercambió una mirada fugaz conmigo, seguida de un atisbo de sonrisa que terminó con su mano abarcando la mía. Y ese gesto, sutil, fue suficiente para que yo fuera plenamente consciente de que, si no el resto de mi cuerpo, esa mano ya era suya, sólo suya.

De sobra sé que sonará a broma, pero en ese instante me imaginaba al llegar a casa, como si fuera una adolescente bendecida con el favor de su ídolo, sin lavarme durante meses la mano en cuestión a fin de preservar la esencia del momento, porque sin saber lo que me depararía el futuro, con o sin él, hasta ahora ése había sido el momento, mi momento con él.

Con respecto al resto del recorrido, apenas si hubo palabras entre nosotros, más allá de alguna instrucción a fin de que mis pies no trastabillaran con las piedras y yo acabara rodando como una de ellas.

Ya en el coche, de regreso a Madrid capital, los dos bajamos a la vez las ventanillas, en mi caso porque necesitaba saber si el aire que había respirado minutos antes seguía siendo el mismo y, sobre todo, si permanecía dentro de mí. Aunque tal vez lo que en verdad pretendía era respirarlo... a él.

—En cualquier caso, no es un mal fin de fiesta —sentenció Olga—. A mí me parece muy íntimo y romántico. Y, para desechar tus temores, cualesquiera que sean, te confirmaré que, efectivamente, los cocineros profesionales no tienen fines de semana. Es más, para ellos son los días más ajetreados.

Tras pronunciar su alegato final, mi hermana sonrió satisfecha, quizá pensando que sus planes con respecto a mí marchaban viento en popa, mientras que yo, más allá de pensar en mí misma en ese momento, en quien pensaba era en ella y en cederle parte de ese viento que supuestamente hinchaba mis velas para que las suyas pudieran al menos desplegarse.

Tan preocupada estaba siempre por los demás que mi hermana solía olvidarse de sí misma. Y, muy probablemente, ni siquiera ella hubiera sido capaz de recordar la última vez que se dedicó, no ya tiempo, sino un pensamiento a sí misma.

Si algún deseo podía pedir yo para que se cumpliera en ella era que un buen día, a poder ser cercano, un hombre que la quisiera la abrazara tan fuerte que consiguiera volver a recomponer todas sus piezas rotas, porque, a pesar de que Olga se negara a reconocerlo, las tenía. O probablemente lo que necesitara fuera la versión sentimental de un osteópata, ya que, aunque provocan algún chasquido inquietante mientras llevan a cabo el tratamiento, te acaban recolocando todos los huesos. Es decir, que precisaba de un reequilibrador, si no de sus sistemas corporales, sí de sus prioridades.

El pasado, su pasado, estaba repleto de las deserciones que había hecho de sí misma: primero fue la muerte de mis padres, en cuyo intermedio llegué yo, y escoltada por la peor versión de la tía Conchita. Y para cuando empezaba a despuntar hacia la luz, el que ella creía el amor de su vida desertó de la suya, dejándola a oscuras en un horno con dos bizcochos dentro, que no por dulces le resultaron menos indigestos.

Por eso yo consideraba que su momento había llegado. Además, era joven, inteligente, divertida, guapa, buena gente, mejor persona, cualidades todas ellas que la convertían en una mujer deseable por cualquier hombre. Pero, por encima de todas esas virtudes, había una en la que sobresalía especialmente, y era su fuerza. Años atrás, cada vez que la vida nos arrinconaba —que más que acorralarnos lo que parecía era que quisiera atracarnos—, ella siempre me defendía con una frase que jamás olvidaré, y que me gritaba como si fuera el puñal con el que hacía frente a cualquier agravio: «No te quedes pequeña, y sueña grande, porque los sueños siempre tienen que ser más grandes que nuestras aspiraciones, para que puedan soportar nuestro peso esos días en los que nos venimos abajo».

No obstante, ese descenso a los infiernos jamás lo observé en ella. Nunca la vi abatida, desalentada o incapaz de seguir adelante. Es más, siempre tuve la sensación de que cuando estaba con ella era un ejército el que me acompañaba, el que me respaldaba, el que me protegía.

«Si hay un pecado en la vida es no soñar —proseguía—, o, si me apuras,

un sacrilegio», solía completar su exposición. «Y es la única esperanza de los pobres», remataba Conchita la faena cuando andaba cerca.

Y yo, como siempre, le hacía caso, de manera que soñé, y soñé aún más, hasta que me di cuenta de que ya había alcanzado lo más ansiado por mí, que era mi felicidad, y que no necesitaba nada más.

Sin embargo, mi hermana sí demandaba más de mí, sobre todo información.

—Y, al final, ¿en qué quedasteis cuando llegasteis a Madrid? —me preguntó Olga a continuación acerca del desenlace de mi cita con Ignacio.

—En nada —le respondí escuetamente.

—¿Ni siquiera comentasteis, aunque fuera por quedar bien, que os lo habíais pasado muy bien juntos? ¿Y tampoco os disteis dos besos a modo de despedida? —se sorprendió.

—Bueno, eso sí. Las dos cosas. Y lo primero muy adornado, con frases enteras llenas de adjetivos, a cual más superlativo.

—¿Y entonces?

—Pues eso, que no concretamos nada. Bueno, él no sugirió una segunda cita y yo consideré que, en esas circunstancias, proponerlo estaba fuera de lugar.

—¿Ni siquiera te pidió el teléfono? —se extrañó Olga.

—Lo hizo, pero de una manera muy tangencial. Cuando yo ya tenía un pie dentro de mi coche, en el restaurante, hasta donde me llevó para que pudiera recogerlo, me dijo, pero de pasada: «Oye, por cierto, dame tu número y así estamos conectados».

Mientras yo observaba la decepción en el rostro de Olga, similar a la que se instaló en mi ánimo la noche anterior, no obstante pensé lo mismo que horas atrás: si bien era cierto que ese hecho impedía un broche de oro, la noche había sido tan dorada que aún brillaba en mi memoria. Y eso era algo que mi sentido de la felicidad no podía ignorar, y probablemente el de Olga tampoco, a poco que reflexionara sobre ello.

Tan sólo un segundo después de haber acabado con mi explicación mi móvil vibró. Y en la fracción de segundo en la que el cerebro de Olga tardó en

procesar la información observé cómo su gesto se transformaba, de la aceptación de la situación a la expectación..., y de ahí a la subversión, ya que se abalanzó sobre mi teléfono a fin de ser ella quien leyera el wasap que acababa de entrar. Y mientras lo devoraba con los ojos, antes de ponerle voz a sus palabras, por su expresión yo ya supe que todos los planetas del universo se habían puesto en fila para permitir que las antenas parabólicas captaran sin problema una señal, que provenía del móvil de Ignacio.

Entre plato y plato he conseguido averiguar que, desgraciadamente, Julia Michaels no toca esta noche en Madrid. Pero los que sí lo hacen son Blue October, un grupo de rock alternativo norteamericano a los que hace un par de años vi en Texas, y te puedo asegurar que tienen el mejor directo que he visto jamás. Tengo dos entradas y una de ellas tiene escrito tu nombre. ¿Le ponemos, además, tu apellido y lo hacemos oficial? ¿Te paso a buscar a las nueve?

Cuando acabó de leerlo, la cara de felicidad de Olga era mayor si cabe que la mía.

—No sé si octubre será azul —afirmó, sirviéndose de la traducción al castellano del nombre del grupo para hacer un juego de palabras—, pero desde luego abril sí lo es, tanto como ese cielo que te está saludando desde arriba.

Era cierto. Ese sol de la tarde no podía ser más azul, dando la bienvenida a una noche que ya se aventuraba despejada, sin una sola nube y, sobre todo, plena.

Finalmente iba a suceder, ese segundo momento que yo dudaba si tendría con él cuando caminábamos cogidos de la mano en el mirador de Torrelodones la noche anterior.

Una mezcla de incredulidad y de éxtasis me embargó, seguida de una vorágine de emociones —y a cuál más intensa—, que se acabaron

convirtiendo en conmociones segundos después, invadiendo tanto mi estómago, que destilaba calor, como mi cerebro, que restallaba en luz.

—¿Mujer de poca fe? —inquirió Olga sin llegar a formular ninguna pregunta, pero acompañando sus palabras de un gesto inequívoco, proveniente tanto de sus manos como de su cara, mediante el que pretendía poner de manifiesto la superioridad de sus apreciaciones sobre las mías.

En lo que a mí se refería, si la fe se define como la creencia en algo sin la necesidad de que haya sido confirmado, o demostrado, por la ciencia, la experiencia o la razón, lo único que podía afirmar era que confiaba en que el universo me hubiera otorgado la cantidad suficiente para que me alcanzara hasta que la noche finalizara, con la misma buena fortuna con la que había comenzado la tarde.

—Pero ¿y la cena? —caí en la cuenta de repente—. Como bien decías antes, no creo que un cocinero profesional pueda permitirse librar un sábado por la noche.

—Ya se habrá buscado él un suplente. Y no empieces a poner pegos tú al asunto, sobre todo cuando no las ha puesto él.

Tras restregarme unas cuantas veces ese comentario mío sobre que la razón para que Ignacio no me hubiera besado la noche anterior se debía a que probablemente yo no le gustara, Olga decidió marcharse a su casa con el fin de que pudiera arreglarme para el concierto.

No obstante, antes de abrir la puerta, aún me hizo una última pregunta:

—Y, por cierto, ¿qué tal ha ido la comida con Claudio?

## La comida

Aunque nunca me había confesado la verdadera razón, ya fuera por acercarse a sus hijas o al mundo en el que vivía, lo cierto era que mi hermana Olga hacía serios esfuerzos por integrarse en las redes sociales, sobre todo en lo que a Facebook se refería, aunque, eso sí, acompañados de esa particular manera que ella tenía de entender la vida.

Jamás olvidaré la primera vez que me comentó sus progresos en la materia, e incluso cómo estaba tratando de trasladar lo aprendido al mundo no virtual.

—Lo que me he propuesto es emplear el mismo método para hacer amigos fuera de Facebook, de manera que cuando paseo por las calles escojo a algunas personas para darles los buenos días, contarles lo que he desayunado, cómo estoy de ánimo y si tengo algún problema de salud, como una diarrea de esas que te hacen parecer una gallina hiperactiva poniendo huevos..., pero ya revueltos. A veces también les enseño fotos de las niñas, o de mis plantas, esas que se empeñan en morirse por más que yo intento resucitarlas a fuerza de anegarlas en agua. Y hasta pido consejo cuando no puedo aparcar. E incluso me marco un par de pulgares arriba cuando son ellos los que me cuentan cómo ha transcurrido su día o qué van a hacer por la noche. Y ¿sabes qué? ¡Funciona!, porque ya tengo cuatro seguidores..., un policía, un guardia civil, un detective privado y un psiquiatra.

La palabra *carcajada* no podría definir el rugido que surgió de mis pulmones, porque en verdad éstos se habían convertido en un estertor de risas, que se incrementaron todavía más cuando, unos meses después, ya con más

experiencia en esa red social, me puso al corriente de sus avances y, sobre todo, de sus opiniones.

—Desde mi punto de vista, Facebook es igual que una puerta.

—¿Perdón? —pregunté confusa, al no alcanzar a comprender cuál era el sentido de su afirmación.

—Sí, mujer, una puerta, como las de antaño.

—Creo que vas a tener que esforzarte un poco más si quieres que te entienda —le exigí.

—Me refiero a la puerta principal de una casa, pero de hace años. Tú eres demasiado joven para recordarlo, pero tiempo atrás cualquiera llamaba al timbre, ya fueran vendedores de enciclopedias intentando colocarte kilos de papel al peso, los testigos de Jehová para evangelizarte o el fontanero, que más que arreglar el fregadero lo que pretendía era ligarte. Exactamente lo mismo que sucede hoy día en Facebook.

Ya en ese momento, mi boca comenzó a aflojarse para adoptar la forma de una inevitable sonrisa, forma que no abandonó en los siguientes minutos, y que incluso parecía haberse convertido en un molde de tantas como, sucesivamente, fueron saliendo de mis labios. Además, efectivamente, Facebook denominaba *muro* a esa pared virtual en la que los internautas podían escribir sus mensajes, si bien, a la vista de lo acertado de los comentarios de mi hermana, tal vez debieran replantearse su rebautizo. Al fin y al cabo, cada uno de esos mensajes equivale a un golpe de nudillos sobre la madera y cada respuesta a ellos significa lo mismo que abrir tu puerta para dejar que esas personas entren en tu mundo.

—Y eso sin mencionar a los que únicamente pretendían sacarte dinero, sin más —prosiguió Olga con su relato ancestral, en el que refería el tipo de personajes que solían recalar en los descansillos ajenos con toda clase de propósitos, salvo la amistad—. Y en ocasiones empleando los argumentos más peregrinos, por absurdos, como que a tu abuela Juanita (esa que en verdad no tienes, aunque en ese momento no caigas en la cuenta) le han robado el bolso y

se ha quedado sin dinero a la altura de Gomorra, con lo que no puede regresar a casa.

—¿Gomorra? —inquirí algo desconcertada.

—Sí, Gomorra, porque a ti tampoco se te ocurre pensar qué hace esa abuela que no tienes en una ciudad que no existe, dado que, como estás en estado de *shock*, lo único que alcanzas a pensar es que debe de tratarse de La Gomera, en un intento de vincularte de alguna forma con la realidad. Por tanto, tu siguiente reflexión es que cómo ha podido llegar Juanita hasta las Canarias con esa artrosis que tiene, puesto que, siendo tu abuela, y partiendo de la base de que tú tienes ochenta años, ella debe de tener por lo menos ciento cincuenta, con lo que tendrá artritis hasta en las pestañas, si es que le queda algún párpado lo suficientemente enhiesto como para lucirlas. Y en ese punto, a ti, como buen nieto, lo único que se te pasa por la cabeza es cómo puedes ayudarla para que regrese a casa, y no a nado, a poder ser. E incluso le agradeces al buen samaritano que se haya molestado en venir (¡y nada menos que desde Canarias!) a ofrecerte su ayuda, a cambio de un módico precio, eso sí, aunque después de varias amenazas e intentos de agresión no resultara ser tan módico.

Tal como yo había imaginado al comenzar su relato, mis risas iban paulatinamente en aumento..., sólo que crecían parejas con mi incredulidad.

—¿Y de verdad que la gente conseguía dinero así?

—¡Que no te quepa la menor duda! ¿A ti no te suena el timo de la estampita? Pues éste era uno de éstos, uno de tantos en verdad.

—Bueno, al menos a través de Facebook el intercambio de dinero es más complicado —quise poner un punto de realidad en su exposición.

—¡Que te crees tú eso! —saltó de inmediato—. ¿No has visto los cientos de recaudaciones de fondos que organiza la gente?, y con los fines más peregrinos, como preservar la receta de la ensaladilla rusa o promover su extinción, que a saber qué mal habrá causado a la humanidad ese pobre plato para generar tanta animadversión. ¿Y nunca te han escrito por Messenger para

venderte desde una cabeza de corzo disecada a un *pack* de seis muñecos vudú hechos a mano, pasando por una estalactita o un detector de ovnis?

—Lo cierto es que no —le confesé ya entre carcajadas.

—Pues en esa línea de cosas disparatadas, a mí esta tarde me han ofrecido cuatrocientos euros por enseñar los pies.

—¿Qué?! —exclamé con más asombro que incredulidad en esa ocasión.

—Lo que oyes.

—¿Y cómo ha sucedido? ¿Qué es exactamente lo que te han dicho? ¿Y quién te lo ha dicho?

—Uno de mis seguidores, norteamericano para más señas. Y lo ha hecho directo al grano, no te vayas a pensar que se ha andado con florituras.

—¿Y con qué propósito? —quise averiguar algún detalle más.

—¿Te crees que se lo iba a preguntar? Me he limitado a ignorarlo.

—¿Y ha surtido efecto?

—Desgraciadamente, no, porque a las tres o cuatro horas me ha vuelto a enviar un segundo mensaje: «¿Qué pasa con esos pies? ¿Me los enseñas o no?».

—¿Y tú qué le has respondido? —le pregunté ya entre carcajadas.

—Que si subía la apuesta a tres mil euros me cortaba las uñas y se las enviaba por mensajería. Y que si la doblaba, hasta llegar a los seis mil, estaba dispuesta a limpiarlas antes de mandarlas.

Nueva tanda de carcajadas por mi parte, que, tras conseguir contener, dieron paso a una nueva pregunta.

—¿Y ha habido respuesta?

—Por descontado. Y en los siguientes términos: que además de ser un fetichista de los pies femeninos era un fanático de la mugre, con lo que los últimos tres mil se los ahorra. Pero que si me las pintaba de verde fosforito, para que refulgieran en la oscuridad, estaba dispuesto a pagarme siete mil.

—La verdad es que suena siniestro, casi tanto como repugnante —afirmé con un gesto que se acercaba bastante al sentido de mis palabras.

—Cierto —las corroboró mi hermana—, de manera que he zanjado la conversación asegurando que el verde fosforito no estaba de moda, y eso era algo que ni mis uñas ni yo nos podíamos permitir.

—¡Menos mal que eso es algo que no pasa todos los días! —exclamé con alivio.

—No te creas —rebató Olga mi teoría—. Desde que tengo un perfil abierto en Facebook (y no hace ni tres meses de ello), al menos treinta hombres me han declarado su amor incondicional sin haber mediado ninguna palabra previa entre nosotros; es decir, que lo han soltado a la primera línea que han pretendido intercambiar conmigo. Y otros quince me han propuesto matrimonio en idénticas condiciones verbales, es decir, inexistentes. Y que no se me olvide mencionar a los cinco que me han demostrado su amor y felicidad por los futuros esponsales mandándome una fotografía de sus partes más íntimas en estado de igual felicidad.

—¿En serio? —necesité de una confirmación, a fin de descartar que se tratara de una de sus habituales bromas.

—Completamente. Y sin exageraciones de por medio, te lo puedo asegurar.

—Me dejas de piedra.

—Por mi experiencia en Facebook, lo que a mí me sorprende son los extensos tratados que existen en internet repletos de consejos sobre cómo conseguir seguidores en esa red social, cuando, aparentemente, lo único que necesitas es subir una foto apañada para que al cabo de un par de días tengas una cola de ellos llamando a tu puerta, y de todas las nacionalidades, además.

—¿No habrás subido una foto provocativa, y por eso te encuentras con tantos miembros felices? —me alarmé al oír su comentario, creyéndola capaz de esa gamberrada y de algunas mucho peores.

—Si un primer plano de mi cara, con una sonrisa, te parece provocativo, pues sí, mucho me temo que tu hermana lleva visos de convertirse en una *pornostar*.

Una nueva sonrisa asomó a mi cara al imaginarme a Olga metida en esos

bretes, y una segunda instantes después cuando aseguró:

—Y, con todo esto, lo que ha quedado demostrado es que, al igual que sucedía antaño en la puerta de cada casa, ahora en Facebook también te acosan, exhibicionistas incluidos.

—Pues en Instagram los que te acosan son los de Herbalife —intervino Daniela en la conversación, que se había acercado junto con su hermana a mi casa para hacerme una visita rápida aquella tarde también, y cuyo comentario provocó sendas carcajadas, tanto por mi parte como por la de Olga.

—¿Herbalife? —preguntamos extrañadas y al unísono nosotras dos, imaginando que dentro de la gabardina, en lugar de un miembro feliz, se escondería un batido nutricional, presumiblemente acompañado de una sonrisa igual de feliz por parte de su portador.

—¡Uy, sí! Además, son tantos que parecen una legión. Resulta increíble cómo un negocio puede dar para tanto, y para tantos. No me extraña que en las biografías de muchos perfiles les hayan colocado la señal de prohibido el paso.

—Te advierto que son tan pesados como los escritores ofreciendo sus libros, o los músicos pidiéndote que te suscribas a su canal de YouTube —apostilló Jimena—, que de todo hay en Instagram.

Y fue precisamente esa red social el primer tema de conversación que abordamos Claudio y yo en nuestro aperitivo seguido de comida. Y el motivo se debía a que mi cliente quería servirse de ella como motivo principal en su escaparate de cara a la próxima temporada.

—¿Y cuál es tu idea exactamente? —le pregunté en cuanto nos sentamos a la mesa en el restaurante.

—Yo había pensado colocar, en la parte central, un marco gigante de una foto en Instagram, sólo que en lugar de una imagen aparecería un texto: «Elige tú el motivo», y delante una selección de nuestros zapatos. Al parecer, Instagram es la red con más tirón en estos momentos, de forma que podría proporcionar al escaparate un toque de actualidad.

Tras reflexionar durante unos segundos, consideré que su idea era buena, si bien tal vez se podría mejorar ligeramente, y así se lo hice saber.

—En mi opinión, para que el escaparate quedara perfecto, yo sí incluiría una foto dentro del marco, una cuyo estilo gusta mucho en Instagram, y que son unos pies tomados desde arriba incluyendo en el ángulo el suelo que pisan, una especie de selfi podal —precisé con algo de humor—, sólo que en nuestro caso los pies estarían descalzos y se apoyarían sobre un montón de hojas caídas, las típicas que cubren la tierra en otoño. Esas hojas, además, se escaparían de la foto hasta cubrir por completo la base del escaparate, y sobre ellas colocaríamos la selección de zapatos que tú consideraras oportuna, más unas letras, en relieve, conformando la siguiente frase: «Tú eliges tu propia compañía».

—¡Me parece una idea excelente! —exclamó Claudio entusiasmado—. ¡Está claro que tienes un don! En sólo un par de minutos has conseguido mejorar lo que a mí me costó horas pensar.

Como siempre ante los cumplidos, me vi en serias dificultades para reaccionar, circunstancia que Claudio pareció apreciar, por lo que optó por esquivar sutilmente el tema.

—En lo que a mí estrictamente se refiere, me produce una tranquilidad enorme saber que ya tengo solucionado el escaparate de otoño..., aunque aún nos queda el de invierno. ¿Te apuntas? —me brindó con amabilidad la que sería mi tercera oportunidad con la firma.

—¡Y tanto! —respondí de inmediato—. Y gracias de nuevo por la confianza, que espero poder corresponder.

—No me cabe ninguna duda —afirmó contundente—. Seguro que si no estás a la altura es porque la sobrepasas.

—¿Quieres que nos pongamos ya a pensar en el de invierno? —me ofrecí, tan profesional como solícita, intentando evitar nuevamente el terreno de los halagos.

—No. Yo creo que por ahora podemos descansar y tomarnos el resto de la

comida libre. Te lo has ganado.

Tras oír sus palabras asentí agradecida, aunque también algo nerviosa interiormente al darme cuenta de que, una vez descartado el trabajo, poco más tenía que hablar yo con Claudio, de manera que el resto de la comida no sólo iba a ser libre, sino larga, muy larga.

—Aunque, eso sí, te cedo la responsabilidad de que el montaje sea espectacular —concluyó su frase.

Y espectacular también era el lugar al que me había invitado a comer, el restaurante DiverXO, uno de los mejores de Madrid, con una comida tan especial como su decoración, con nubes de mariposas adornando el techo, esculturas que me recordaban a helados gigantes y cerdos partidos por la mitad adornando las paredes, aunque, eso sí, tan tiernos que bien podrían haber estado ubicados en una tienda Disney.

Cuando Claudio me envió su wasap a primera de hora de la mañana a fin de concertar la cita, o mejor concretarla, yo había dado por sentado que iríamos a un establecimiento más convencional, y por ende más económico, cuya factura incluso pensé en abonar yo al tratarse de una reunión de trabajo. Pero, una vez allí, mi Visa se echó a temblar cuando fue consciente de los precios a los que tendría que enfrentarse.

—Un día es un día, y la ocasión merece la pena —afirmó Claudio, quizá observando cómo mis ojos se habían convertido en una caja registradora... para calcular el dinero que no contenía, mientras que mis neuronas se habían transformado en detectives privados, tratando de averiguar cuál era ese acontecimiento tan especial que teníamos que celebrar.

Salvo porque su wasap era generoso, por lo extenso y pormenorizado de su invitación, nada me hizo sospechar que el evento fuera a ser tan magno, si bien es cierto que desde que me había confesado cuál era su dolor más profundo, y lo que lo había ocasionado, el fantasma de la intimidad planeaba sobre mi cabeza como una nube negra en un cielo de tormenta.

Yo, por mi parte, y haciendo un alarde de sinceridad, reconoceré que su

mensaje me sobresaltó, pero no sólo por el sonido, al despertarme, sino por lo que representaba, y me refiero a volver a vernos. Y para ser completamente franca admitiré, además, que no tardé ni tres segundos en responderle.

Me parece perfecto. ¿Dónde quedamos?

¿Por qué me alteraba? ¿Cuál era la razón por la que mi ánimo se sobresaltaba? Sobre todo ahora que mis prioridades sentimentales estaban claras. ¿O acaso en eso consistía el amor? ¿En que, una vez abierta la ventana que permite que salga, vuela libre sin ningún objetivo prefijado, incluso haciendo doblete? «Y rezando para que no sea triplete», me dije entonces, incapaz de abarcar más emociones de golpe. Tan sólo un instante después llegó la respuesta:

¿Te paso a buscar a las doce y media?

De acuerdo.

El hecho de que me recogiera en mi casa ya me hizo presuponer que nuestro encuentro tendría un carácter más personal. Una vez concertada la cita, mi cerebro se desconectó de todo lo que me rodeaba en ese momento salvo de mi armario, hacia donde se dirigieron mis pasos con la esperanza de dar con un conjunto que me hiciera sentir guapa, que me hiciera sentir bien.

Y, de nuevo, ¿por qué me importaba tanto mi apariencia, cuando no era algo que me preocupara especialmente para el trabajo, salvo en lo que se refería a ir conjuntada? Al menos, esa comida me serviría para tratar de averiguar qué era lo que me atraía de Claudio. ¿Tal vez su dolor? ¿O quizá me influyera la posibilidad de que mi relación con Ignacio hubiera acabado antes de haber comenzado? Al fin y al cabo, no habíamos concertado sobre la marcha una segunda cita y, en aquel momento, yo todavía no sabía que fuéramos a volver a quedar, de forma que entraba dentro de lo posible que mis sentimientos anduvieran buscando una mano que sirviera de espita.

Dejando mis disquisiciones a un lado, finalmente opté por castigarme a mí

misma, lo que a efectos de atuendos significaba elegir un conjunto típico de día laborable. De esta manera, por mi aspecto sería consciente de que, salvo trabajo, nada más habría que rascar allí.

—¿Te gusta el sitio? —me preguntó ya en el restaurante, una vez aparcada la cuestión laboral.

—Me parece muy original —aseguré sincera.

—La verdad es que tenía interés en venir porque me habían hablado muy bien de él, por lo que me pareció el sitio perfecto para una celebración.

—Me alegro de que el escaparate te gustara tanto el otro día como para querer festejarlo —afirmé, intentando apartarme lo más posible de cualquier tipo de confesión o intimidades varias.

—Eso también —precisó—, pero además hay otro asunto que celebrar, que me atañe a mí directamente, aunque a ti también como daño colateral.

Miedo me daba preguntar, casi tanto como limitarme simplemente a escuchar, si bien no parecía tener escapatoria a no ser que echara a correr, por lo que no me quedó más remedio que permanecer sentada a la espera de oír lo que tuviera que decirme.

—Como te comenté el otro día en el wasap —prosiguió—, me sentí culpable por haberte desvelado mis circunstancias, y avergonzado. Al fin y al cabo, sólo éramos dos desconocidos unidos momentáneamente por el trabajo, por lo que me pesaba haber estado fuera lugar.

—Ya te comenté que no había ningún problema con eso —me posicioné de nuevo a su favor—. Tus circunstancias necesitaban ser escuchadas y, afortunadamente, mis oídos estaban allí para atenderlas.

—Supongo que es esa empatía lo que me atrajo de ti..., o lo que atrajo a mis circunstancias —precisó con un guiño—, que bien poco les costó salir para lo mucho que llevaban escondidas.

—Hará cosa de un año leí los resultados de un estudio llevado a cabo por la Oficina de Estadística de la Unión Europea en el que se aseguraba que los madrileños son los que más viven del mundo, ya que la región cuenta, o al

menos en ese momento, con la mayor esperanza de vida, de casi ochenta y cinco años, superando incluso a Japón, que es el país que suele encabezar las listas. Y, además, esa cifra se incrementa hasta casi los ochenta y siete años en el caso de las mujeres.

—¿En serio? —se sorprendió Claudio, sin saber muy bien por qué sacaba a colación todos esos datos.

—Sí. Y si te cuento todo esto es por la entrevista con la que el periódico completaba la noticia sobre el estudio, en la que le preguntaban a un reputado psiquiatra acerca de los motivos de nuestra longevidad, porque además no sólo vivimos más, sino que vivimos mejor que los demás.

—¿Y cuáles son?

—En primer lugar, te diré que el médico extrapoló los resultados a nivel nacional, ya que las estadísticas eran muy parecidas. Pero, por lo que se refería a las razones (y una vez descartadas las obvias, como el tipo de alimentación y la climatología), destacó el hecho de que las mujeres en España hablan, haciendo especial hincapié en esa facilidad femenina para desahogarse, para compartir los problemas, lo que si no los resuelve al menos los minimiza, y los relativiza..., aunque sea a costa de que los terapeutas tengan mucho menos trabajo aquí que en otros países.

—¿Y qué pasa con los hombres? Porque al parecer no viven tanto —quiso saber Claudio, tras esbozar una sonrisa por el comentario final con el que el especialista había concluido su explicación.

—En su opinión, se mueren antes... para no tener que seguir escuchando a sus mujeres, y casi con toda probabilidad mueren sordos.

Los dos soltamos una carcajada a la vez, por ese sentido del humor con el que el psiquiatra interpretaba los hechos, que posiblemente fuera otro de los motivos por los que los españoles vivimos, más y mejor, que el resto del mundo.

—Pero resumiendo —me dispuse a concretar—, que mi intención al contarte todo esto es que siempre resulta beneficioso hablar cuando el cuerpo

te pide hacerlo, y que esta madrileña siempre estará dispuesta a escucharte.

Una sonrisa enorme cubrió por completo su rostro, de agradecimiento, pero también de felicidad, lo que más que complacerme me inquietó.

—Te lo agradezco en el alma —alma que puso tanto en la forma en que pronunció sus palabras como en su gesto—. Y es precisamente eso lo que quería celebrar, contigo.

Ese «contigo» me sonó, énfasis incluido, demasiado trascendental. No obstante, como parecía que aún no había acabado de hablar preferí esperar, mentalmente, antes de seguir elucubrando, dejándome guiar por esa infalible teoría consistente en no adelantar acontecimientos.

—Lo que me apetece festejar, pues —continuó—, es que al menos he sido capaz de abrirme a alguien, por primera vez en muchos años. Y, desde mi punto de vista, eso significa que estoy preparado y dispuesto a incorporarme a la vida de nuevo. Tal como yo lo veo, mi pasado ha salido a flote, de manera que ya no tira de mí hacia abajo.

Su pasado, el que me había confesado unos días antes, tal vez ya no tirara de él, pero lo hacía de mí, y probablemente de cualquiera que conociera su historia.

Ésta se resumía en un accidente de tráfico que acabó con la vida de su mujer y de su hija, de tan sólo seis años de edad, por supuesto, un día de lluvia. A favor de Claudio habría que decir que él no tuvo ninguna culpa en los hechos acontecidos, es decir, que no conducía, y que ni siquiera se encontraba en el interior del automóvil cuando sucedió, o cerca de él.

Sin embargo, minutos antes sí se había enzarzado en una violenta discusión con su esposa al acabar de descubrir que le había sido infiel con un amigo de la infancia. Y, según me comentó, en el transcurso del altercado, ambos sacaron lo peor de sí mismos, como suele ser frecuente cuando las circunstancias te superan.

—Mi mujer no trabajaba, con lo que la amenacé con dejarla sin nada, incluida la niña —me reveló aquel día—. No obstante, su respuesta tampoco

fue pequeña, ya que insinuó que si yo le apretaba las tuercas a ella, ella me las apretaría a mí, denunciándome por maltrato, lo que en ningún caso era cierto. «¿Te imaginas el buen recuerdo que le quedaría a tu hija si te viera salir de casa escoltado por la policía?», me advirtió. Y yo, que estaba desbordado por la situación, le devolví el golpe con un lamentable «ojalá te mueras» del que me arrepentiré toda la vida. Pero ¿sabes qué? Lejos de achantarse, la frase con la que me respondió, y que puso fin a nuestra pelea, fue: «Tal vez lo haga, para que pese en tu conciencia».

Y lo hizo, se murió, «aunque espero que no para vengarse de mí, sobre todo porque eso implicaría que, además de suicidarse, mató a nuestra hija, que en lugar de en el colegio donde acabó fue en el cementerio», se lamentó Claudio.

Al parecer, aquel día la lluvia era tan intensa que los investigadores del caso no pudieron determinar si se trató de un accidente fortuito o provocado, o sea, si se salió de la carretera aposta o perdió el control del coche al frenar en mitad de una curva.

Cuando Claudio me relató los hechos no pude preguntar nada, embargada por la pena como estaba, y aunque hubiera podido tampoco lo habría hecho, porque él sentía esa clase de dolor que necesita ser escuchado, no interrumpido por la curiosidad ajena.

En consecuencia, yo no hice ningún comentario, aunque sí recordé una frase que Olga solía decir: «Hay que ser más generoso al dejar de amar que cuando amabas, sobre todo si hay hijos de por medio. En mi opinión, resulta parecido a vigilar la distancia de seguridad cuando vas conduciendo, ya que no sólo tienes que preocuparte por el coche que va delante, sino por el siguiente, para observar si frena, a fin de evitar una colisión».

Ver un poco más allá, de tu rabia, de tu ira, de tu dolor, era el sentido que Olga quería otorgar a sus palabras, lo que en última instancia no sólo sería aplicable a Claudio y sus circunstancias particulares, sino a la vida en general.

Así, mientras lo escuchaba —y aún sin saber qué parte de emociones me correspondían a mí en su reflatamiento personal—, pensé en mi amiga Patricia

y en que ella también debería ser capaz de ver más allá, sentimentalmente hablando. Y es que ojalá pudiera experimentar la misma refluotación que Claudio, a fin de impedir que Hernán siguiera hundiéndola.

Ganas me daban de hacer con ella lo que a veces hay que hacer con la vida: agarrarla por las solapas y sacudirla porque, como también decía Olga, «de vez en cuando hay que patearle el culo como muestra de que no te conformas con lo que te ofrece».

De sobra sabía yo que existen ciertas circunstancias que escapan a nuestro control, sobre todo las que tienen que ver con los sentimientos de los demás, incluida su ausencia. Pero lo que sí puedes controlar es que no puedan contigo y, desgraciadamente, en ocasiones me parecía que Patricia carecía de esa clase de fuerza.

En cualquier caso, un amigo no es el que cambia o arregla a la gente, sino el que los quiere cuando están rotos. Y, si llegara a suceder, yo sería la que recogería sus pedazos.

## El concierto

Cuando empecé a pensar en qué ponerme para ir al concierto de Blue October con Ignacio nada parecía quedarme bien, aunque puede que la razón se debiera a que mis nervios impedían que nada me sentara, o me asentara, en condiciones, al haberse convertido en una culebrilla que serpenteaba por debajo de mi piel.

La lógica me decía que, para ese evento, la ropa más indicada comenzaba por unos vaqueros, pero no era la prenda que mejor me sentaba, habida cuenta de que mi trasero era respingón —y esa clase de pantalones lo realzaban todavía más—, de manera que intenté encontrar en mi armario algún otro atuendo informal, aunque con poco éxito. Y lo malo era que el tiempo se me estaba empezando a echar encima.

Acostumbrada a preparar mi indumentaria con días de antelación, tanta improvisación me estaba devorando, y sobre todo exasperando, y ése no era un estado de ánimo que me pudiera permitir con vistas a disfrutar lo más posible de la noche.

Así pues, tras probarme decenas de modelitos a cuál más adolescente o cincuentón, que de todo había en mi vestidor, lo que decidí ponerme encima fue una frase, de Olga, aunque para que me cupiera tuviera que hacerle un apaño: «Las únicas prendas que las mujeres deben dejar de llevar a partir de los cuarenta son las expectativas y los juicios de los demás».

En consecuencia, tras adaptar esa edad a mis treinta y uno en curso, consideré que unos vaqueros eran el pantalón que yo necesitaba llevar. «Adelante con ello», me confirmé a mí misma en cuanto los tuve puestos.

«Éste es mi cuerpo, y si no le gusta no es conmigo con quien debe estar. Mejor que lo vea y lo conozca cuanto antes, y yo a él, para también saber a lo que atenerme», concluí con mi razonamiento.

Una vez que estuve lista —y con quince minutos de adelanto sobre la hora a la que había quedado en pasar a buscarme—, además de dedicarme a adecentar una casa que siempre estaba decente por si subía después, repasé mentalmente la respuesta que le había dado a su ofrecimiento de poner mi apellido al tíquet y hacerlo con ello oficial.

—Primer apellido Salazar, y segundo Arcoíris, de manera que, además de servirte de compañía hoy para el concierto, siempre que quieras puedo espantarte las tormentas.

—¿En serio te apellidas Arcoíris? —preguntó discreto, conteniendo sus carcajadas.

—Totalmente. Y una vez superada la etapa infantil, en la que fui objeto de todas las burlas habidas y por haber, y eso sin mencionar los cientos de motes de los que fui objeto, la verdad es que me encuentro bastante a gusto con mi apellido.

Era cierto. Si nuestros nombres de pila de alguna manera nos definen, a mí me gustaba pensar que con los apellidos sucedía igual. Y a esa felicidad que tanto me había costado conseguir, y que solía ser mi estado habitual, le sentaba de perlas mi Arcoíris, esa luz multicolor que ponía fin a la lluvia y que, con un poco de suerte, daba paso al sol.

A las nueve en punto sonó el portero automático, al que respondí de inmediato para informarlo de que ya bajaba. Mientras esperaba el ascensor, cuánto agradecí haber tomado la decisión de vestirme con algo que estuviera guardado en el armario y no optar por alguna de mis necesidades habituales, como poner dos veces la lavadora, con sendos calcetines, noche que habría concluido conmigo contemplando una ventana empañada en agua cuyo interior daba vueltas, y no junto a Ignacio ante un escenario en el que en breve estaría Blue October.

—¿Los conoces? —me preguntó tras saludarme y darme los dos besos habituales.

En ese preciso momento dudé si decir la verdad o mentir, haciéndome pasar por una fan recalcitrante del grupo en cuestión. No en vano, hoy en día, con esa biblioteca tan instantánea como gigante llamada internet, nunca fue tan fácil adquirir conocimientos sobre la marcha, y sobre cualquier tema, por inhóspito que sea.

De haberlo hecho, mi motivo habría sido tratar de subir algún peldaño en su escalafón, con el propósito de situarme a mayor altura —y no sólo musical, sino intelectual—, si bien en mi respuesta finalmente pesaron mis vaqueros, o el mismo concepto que me había llevado a ponérmelos: ésa era yo y no iba a fingir algo que no era.

—La verdad es que no —confesé, pues—. Hasta hace un rato nunca había oído hablar de ellos. Y te diré que he pensado meterme en YouTube para ver algún vídeo suyo antes de venir, pero al final he resistido la tentación. Ya puestos, prefería descubrirlos en directo.

Para ser sincera, conmigo misma, mi única razón se debía a pretender que todo fuera nuevo para mí, un *pack* completo a estrenar, en el que estaba incluida la que en realidad era mi primera cita con Ignacio, así como las emociones que la acompañaban, que amenazaban con desbordarme.

Afortunadamente, el Palacio de Deportes, pabellón donde se celebraba el concierto, quedaba muy cerca de mi casa, apenas un par de minutos andando, de manera que en el camino hasta Felipe II conseguí que no se salieran de su cauce.

Una vez allí, en primer lugar, me extrañó la cantidad de gente que había acudido a ver a un grupo no especialmente conocido, y no sólo porque fuera desconocido para mí, sino porque el propio Ignacio lo había calificado de alternativo, lo que suele ser sinónimo de minoritario. Ciertamente era que yo no era una experta en la materia, pero sí me gustaba la música. Por tanto, solía estar al corriente de las novedades, pese a que Blue October me había pasado

desapercibido, no así a las quince mil personas que, junto a nosotros, esperaban en la cola para entrar. De hecho, ésa era la capacidad del recinto, en el que figuraba un gran cartel en el que se leía: ENTRADAS AGOTADAS.

Cuando ya estuvimos dentro, era tal el gentío que Ignacio me cogió de la mano a fin de que la riada humana no me apartara de su lado.

A diferencia de lo que había ocurrido el día anterior, en el mirador de Torrelodones, en esta ocasión no me pidió permiso, ni siquiera visual, para agarrarme. Sencillamente, lo dio por hecho, y con tanta naturalidad que parecía que mi mano estuviera hecha para la suya, incluso a la altura indicada para que él no tuviera que molestarse en mirar, al igual que un pianista no necesita sus ojos para reconocer el lugar en el que ha de colocar sus dedos sobre las teclas.

En cuanto a mí, nada más sentir el roce de su piel contra la mía, mi cuerpo entero comenzó a vibrar, o mejor a reverberar, como lo hacían los altavoces de cuyas entrañas ya salían canciones pregrabadas.

Mucho no tuvimos que esperar para que empezara el concierto, y en cuanto dio comienzo ya pude apreciar por qué las entradas se habían agotado y por qué Ignacio aseguraba que el grupo tenía el mejor directo que había visto jamás. En verdad, en mi opinión, era el cantante, Justin Furstenfeld, quien marcaba la diferencia, así como la impronta, e incluso podría asegurar, sin que resultara una exageración, que su voz tenía tal potencia, tal energía, que se habría oído igual de fuerte y poderosa en cualquier rincón del pabellón, incluso sin micrófono.

—Suscribo tu comentario, aunque lo afinó un poco más: creo que el cantante tiene la mejor voz que he oído jamás —le reconocí a Ignacio tras preguntarme si el grupo era de mi agrado.

Además, en cada letra, en cada nota, en cada gesto, en cada movimiento, Furstenfeld parecía dejarse no sólo la garganta, sino media vida, tal era la intensidad de su actuación.

Por otra parte, todas sus canciones eran excelentes, hasta el punto de que se

me antojaba un misterio cómo un grupo con esa calidad musical, y vocal, no era archiconocido mundialmente hablando.

—Cada vez que acudo a un concierto —me confesó Ignacio minutos después— siempre pienso qué es lo que debe de sentirse al otro lado, subido a un escenario, contemplando a miles de personas que a su vez tienen sus miles de ojos multiplicados por dos clavados en ti, expectantes, y que además te admiran, que han pagado por verte actuar y que hasta se saben tus canciones.

—Y en España tiene aún más mérito, porque estoy convencida de que la mayor parte de la gente ni siquiera entenderá sus letras.

—Bueno, en eso consiste la magia de la música, ¿no? En que no hace falta entenderla para sentirla, para que te haga sentir.

Y yo lo sentía, todo, pero sobre todo a él, tan cerca de mí cada vez que quería hablarme para que yo pudiera oírlo con el exceso de decibelios, tan cerca que lo que me parecía oír era su respiración, más incluso que la mía, o como si compartiéramos el aire y estuviéramos maravillosamente condenados a hacerlo mientras permaneciéramos allí.

—Tiene que ser un descomunal subidón de adrenalina estar ahí arriba —prosiguió Ignacio con su razonamiento anterior—, como una droga.

Poco después, alguien situado a mi derecha, que, además de cantar, bailaba, brincaba y botaba, me empujó con fuerza, tanta que hasta estuve a punto de caer al suelo. Sin embargo, Ignacio, más ágil que yo, me sujetó con más fuerza todavía, impidiéndolo.

Su brazo, el derecho, que pasó por detrás de mi espalda hasta alcanzar mi hombro, permaneció ahí durante varios minutos, hasta que él consideró que ya estaba lo suficientemente estable como para no necesitar su ayuda.

Quiso el azar, el musical, que justo en ese preciso instante sonara una de las canciones más emotivas de la noche, *Not Broken Anymore*, momento en el que los asistentes al concierto pusieron todos sus móviles en posición linterna, que brillaron especialmente al apagarse el resto de las luces del estadio durante unos segundos.

No recordaba haber vivido un momento más profundo en mi vida, ni más íntimo, a pesar de estar rodeados por miles de personas completamente desconocidas. No obstante, allí, para mí, sobre esas gradas, sólo estábamos Ignacio y yo, y de nuevo piel con piel, la de su brazo recorriendo mi espalda para poder abarcarme entera.

Mientras escuchaba la letra de la canción yo no conseguía recordar si había estado rota alguna vez en el pasado, como aseguraba Justin Furstenfeld, para dejar de estarlo gracias al amor, pero de lo que sí estaba convencida es de que jamás lo estaría en el futuro, al menos mientras el brazo de Ignacio me contuviera.

Cuando volvieron a encender los focos, la mano de Justin se dirigió hacia la luz, que acabó siendo un estallido, como el que provocaron en mí los ojos de Ignacio al cruzarse con los míos, su verde grisáceo, o gris verdoso, convertido en un reflector que iluminaba hasta lo más profundo de mi ser. De hecho, cada mirada que me lanzaba yo la sentía como un alud dentro de mí, ya que se abalanzaba, dejándome enterrada sin apenas espacio para respirar, puesto que en mi interior todo lo ocupaba él.

Sólo una canción más y el concierto terminó, con un enorme pesar por mi parte, y no sólo en lo que al apartado musical se refería. «¿Qué haremos ahora? —me preguntaba—. ¿Nos daremos dos besos de despedida y cada cual por su lado?»

Al menos, para salir del pabellón, Ignacio repitió el mismo procedimiento que para entrar, cogiéndome de la mano. Para ello se situaba delante, tirando suavemente de mí y girando continuamente la cabeza hacia atrás a fin de comprobar que me encontraba bien, y no presa del gentío. Sin embargo, un par de veces se situó detrás, lo que implicó que soltara mi mano para agarrar mi cintura con las dos suyas, o mis hombros, a fin de mantenerme pegada a él, mientras la gente se apresuraba hacia las puertas de salida.

Y cada centímetro de mi cuerpo que tocaba era un territorio nuevo que yo sentía como inexplorado, porque despertaba en mí sensaciones que jamás

había experimentado antes. Así, no se trataba de un cosquilleo que erizara mi piel desde dentro, o de una pluma que la encrespara desde fuera, sino de un par de alas, porque era eso lo que me parecían sus manos, porque más allá de acariciarme hacían que flotara.

De la misma manera, la luz que provenía de sus ojos y que ya lucía incandescente en mi interior alumbraba mi exterior, como si fueran dos farolas en una noche oscura, porque ahora se me antojaba que mi vida sin él había sido sólo eso, oscura.

En consecuencia, fuera cual fuese el desenlace de la noche al menos me quedaría ese recuerdo, el de su tacto descubriendo regiones ignotas en mi cuerpo y sus ojos circulando libres tanto por mis venas como por mi piel.

—¿Te ha gustado? —me preguntó en cuanto estuvimos en la calle, libres ya del bullicio.

—¿Bromeas? —le recriminé—. ¡Me ha encantado! Creo que a partir de ahora Blue October se va a convertir en mi grupo favorito. En cuanto llegue a casa lo primero que voy a hacer es incluir todas sus canciones en mi lista de reproducción.

—Me alegro un montón —sonrió satisfecho—. Desgraciadamente no me llevo comisión por la publicidad, pero me encanta haber sido yo el que te los haya descubierto. Siempre es gratificante enseñar algo bueno a alguien. De alguna manera te parece que formas parte del proceso.

—Pues esta noche ya has hecho la buena acción, musical, del año —bromeé.

La noche, aquella noche, que aún sonaba trepidante dentro de mis oídos, no podía ser más clara, en contraposición a la oscuridad en la que yo había cifrado mi vida anterior. De hecho, había una luna gigante, plena, que en verdad más se parecía a un redondel de mármol blanco, con algunas vetas grises, luciendo sobre un mantel negro que a su vez se asemejaba al terciopelo.

Un delito se me antojaba meterse en casa con esa noche situada sobre

nuestras cabezas y la adrenalina de las emociones torpedeando mi corazón, pero tan ensimismado estaba Ignacio describiendo las maravillas de la música de Blue October que me vi incapaz de interrumpir su discurso.

Además, sin haber mediado entre nosotros ninguna palabra al respecto, sus pasos se estaban dirigiendo instintivamente hacia mi calle, lo que me hacía sospechar que el fin de fiesta se encontraba cerca.

Cuando estuvimos situados frente al portal, pues, no tuve más remedio que formular una frase que nunca me habría gustado pronunciar:

—Me encantaría invitarte a tomar un café, pero dado que mañana trabajarás, supongo que habrá que dejarlo para otro día.

—He sobornado a mi suplente para que me cubra el mediodía también, de manera que estoy libre hasta mañana por la noche, así que, si sigue en pie, acepto encantado ese café.

Un aluvión significaron esas palabras para mí, de ilusión, de esperanza y, por qué no reconocerlo, de miedo, al darme cuenta de que ignoraba cuáles eran las razones que habían llevado a Ignacio a ausentarse, y en dos ocasiones consecutivas, del trabajo, y que se resumían en el siguiente concepto: ¿qué era lo que esperaba de la noche?

Tras dar vueltas en la cabeza a todas las opciones posibles en apenas una fracción de segundo, de repente caí en la cuenta de que esa manía que tenemos las mujeres de analizarlo y, como consecuencia, de embarullarlo todo —en lugar de limitarnos, simplemente, a disfrutar— me estaba impidiendo regocijarme en mi suerte, que era la de, al menos, poder alargar la velada un poco más.

«Habrá que dejarle a la noche lo que tenga que ser», se rindieron mis pensamientos finalmente, mientras que mis palabras invitaban a Ignacio a subir hasta mi casa.

No obstante, no se me escapaba que, con esos prejuicios que suelen tener los hombres —y en consecuencia la mayor parte de las mujeres, para evitar que piensen mal de ellas—, podría estar dándole a Ignacio la impresión de

que con mi ofrecimiento no sólo le estaba abriendo la puerta de mi ático. Es decir, que le podría estar proporcionando la munición necesaria para incluirme en la categoría de *chica fácil*, ese término tan horrible y peyorativo que describe a las mujeres que constituyen el sueño de todo hombre..., hasta que llega la mañana siguiente, en la que prefieren decantarse por aquellas que no pasaron una primera noche con ellos. O, dicho con otras palabras, que el motivo por el que eligen primero es el mismo por el que rechazan después.

Sin embargo, dado que entre mis defectos no se encontraba el de las contradicciones internas, opté por ser yo misma y no una versión mejorada (o empeorada, dependiendo del público al que me enfrentara). Y para mí las citas, independientemente del número que las precediera, eran similares a cualquier otra circunstancia de la vida: oportunidades de vivir que, en caso de rechazarlas, añaden un menos y no un más a dicho número.

En mi opinión, con tu vida sólo hay una cosa que puedes hacer, y es llenarla. Cuándo y de qué depende exclusivamente de ti. Pero, por lo que a mí se refería, yo lo hacía de todo tipo de experiencias, y hasta los bordes, y siempre que podía.

Así pues, sin apenas dudarle, le indiqué con la mano el camino para llegar hasta mi casa.

—No me extraña que tu piso sea tu lugar en el mundo —aseguró perplejo nada más poner un pie en el recibidor.

Tras explicarle los motivos que me permitieron comprarlo, le mostré la salida a la terraza, lo que para mí equivalía a la joya de la corona. Y tal vez fuera su influjo, porque no recordaba haberla visto nunca tan bonita. Iluminada desde la distancia por la luna llena, las antorchas solares incrustadas en las jardineras parecían absorber su luz para luego irradiarla, convertida en pequeños remolinos que, como los dientes de león, se disgregaba y dispersaba al entrar en contacto con la brisa de la madrugada.

Aunque no lo haya mencionado hasta ahora, otra de las maravillas de mi casa era una chimenea doble, que compartían la terraza y el salón, de forma

que la exterior se podía utilizar en cualquier época del año, lo que yo hacía con frecuencia. Para mí, uno de los placeres de mi vida era, incluso durante el invierno —en esos días luminosos en los que Madrid es tan prolífico, cuando el sol de enero alumbra y calienta el cielo—, salir bien protegida a la terraza, con la única compañía de una manta, un buen libro y un té ardiendo, así como unas llamas que, además de templar el ambiente, abrigaban mi alma. Y eso sin mencionar las comidas que, ya fuera para los amigos o para mí sola, organizaba alrededor del fuego.

—¿Podemos encenderla y tomar algo aquí fuera? —preguntó un Ignacio entusiasmado con la sola idea—. Hace una noche tan magnífica que sería una pena desperdiciarla en el interior, por muy bonito que sea.

—Por descontado —respondí solícita, tras lo que procedí a colocar la madera, así como los papeles de periódico de los que solía servirme para prender el fuego—. Y ahora sólo te queda elegir lo que te apetece beber.

Al final, el café que yo le había ofrecido inicialmente se transformó en una botella de vino tinto, escoltada por algunos acompañantes que pude reclutar sobre la marcha en la cocina, como unas tostas de aguacate, pavo y camembert, cuyo pan había impregnado previamente en aceite de oliva picante, macerado en ajo y pimentón.

—Eres una magnífica cocinera —afirmó Ignacio tras probar ese entrante.

—Y tú eres muy amable —le sonreí agradecida—, pero creo que exageras, y más siendo tú un chef tan estupendo como eres.

—Precisamente por eso estoy en posición de opinar, pero no porque sea bueno en lo mío, sino porque soy un profesional en la materia —aseguró.

—La que no tiene ningún conocimiento sobre el tema soy yo.

—En mi opinión, al igual que sucede en otros muchos trabajos, para la hostelería lo único que necesitas tener es algo de técnica y mucha intuición. Y ganas, aunque no me refiero a las que causa el hambre.

*Ganas.* Esa palabra definía mi momento. Sobre todo, de más.

Hasta ese preciso instante yo siempre me había considerado una experta en

felicidad. No en vano, llevaba realizando un máster ininterrumpido durante los últimos treinta y un años. Pero lo que desconocía era que aquélla sonaba. Y es que, de repente, acababa de descubrir el sonido de la felicidad, que era ese vino escanciándose en las copas, su voz relatando historias, el crepitar de la chimenea...

Además, aunque empezamos sentados en sendos sillones, a medida que la noche avanzaba —lo que motivaba que gradualmente la temperatura fuera descendiendo— nuestros cuerpos se fueron deslizado hasta acabar recostados sobre una alfombra gruesa, cada vez más próximos a la chimenea.

—Si tienes frío podemos pasar dentro —le ofrecí, por miedo a que prefiriera marcharse a su casa antes de entrar.

—En absoluto. Me parece una temperatura perfecta. Además, seguro que tienes alguna buena manta que usar en caso de que haga falta.

Estaba en lo cierto, y una tan suave y mullida como la alfombra en la que descansábamos, que me levanté para coger.

Al regresar a la terraza pensé que era buena idea poner algo de música, por lo que conecté mi móvil a un altavoz Bluetooth que solía guardar en el cajón de un aparador cercano, al utilizarlo con frecuencia.

—¿Blue October? —sonrió con un guiño.

—No me ha dado tiempo a incorporarlos a mi lista, pero está a la cabeza de mi relación de cosas pendientes —le confirmé.

No obstante, la canción que sonó en primer lugar fue tan mágica para mí como lo habían sido todas las del concierto. Se trataba de *Never Seen Anything Quite Like You* («Nunca he visto nada como tú»), de The Script, cuya letra se adecuaba perfectamente a mis sentimientos, ya que en ella se aseguraba que verbos como necesitar, querer o amar significaban mucho más de lo que sus palabras indicaban.

Además, la versión que yo había incluido era un directo en el que, antes de comenzar, el cantante solicitaba a todos los asistentes que, si habían acudido

con un novio o una novia —o alguien que pretendían que lo fuera—, se pusieran más cerca de él o de ella, que fue exactamente lo que hizo Ignacio.

—Habrá que hacerle caso, ¿no? —me susurró al oído.

Apenas tuve un segundo para reaccionar, y lo único que alcancé a hacer fue mirar al cielo, donde una luna, cada vez más blanca y brillante, lucía gigante.

—¿La quieres? —me preguntó con una voz que sonaba casi como un murmullo.

Pero yo empezaba a quererlo tanto que, si me la hubiera pedido, se la hubiera bajado yo a él.

## El beso

Tanto deseo como miedo. Así solía definir yo los primeros besos, ese placer anticipado contrarrestado por el temor, a que los labios no congenien, a que se sientan dispares, discordantes o incluso insuficientes. A veces hasta pensaba que los besos son una especie de purgatorio sensual, o el primer peldaño de una escalera que puede conducirte hasta el infierno (en caso de incompatibilidad sexual) o hasta el cielo (en caso de que se produzca la magia). Y es que, a pesar de no haber experimentado nunca las sensaciones que me producía Ignacio, en más de una ocasión sí había estado en el paraíso.

No obstante, aquella noche, con él a mi lado, no era el cielo lo que yo quería pisar, sino la luna, esa que nos respaldaba, nos animaba, nos incitaba, nos empujaba y, finalmente, nos acercaba.

—¿La quieres? —me preguntó, tan cerca ya de mí que era inevitable pensar que, más pronto que tarde, su boca recorrería los escasos centímetros que separaban mi oreja de mis labios.

Mis labios, que sentían tanto deseo como miedo, deseando que los suyos modelaran los míos, anhelando que se ajustaran y se acoplaran con movimientos tan intensos como acompasados, y miedo, a que su tacto, su pericia o su destreza no fueran suficientes, para él.

—La quiero —le susurré yo a su vez, pese a que el objeto de mi deseo no fuera precisamente ese astro, sino quien lo contemplaba; es decir, que traté de dotar a mis palabras de toda la sensualidad de que fui capaz a fin de que entendiera que yo no quería satélites, constelaciones o universos, sino sólo sus labios humedeciendo los míos.

Y yo notaba que se acercaban..., poco a poco..., convirtiendo en impacientes unos instantes en los que su respiración parecía tantear mi piel, que se erizaba con cada pulgada que él avanzaba. Yo a su vez quería respirarlo a él, para atraparlo tan hondo en esa inspiración que no le fuera posible retroceder en caso de querer..., aunque no parecía querer.

De hecho, yo lo sentía ya casi en las comisuras, deslizándose su piel suavemente, aunque sin llegar a tocar la mía, lo que provocaba a su vez un colapso en todos mis sentidos, que, colmados, o ahítos, de deseo, clamaban por romper la cadena que los sujetaba a mí para precipitarse sobre él. Así, mis oídos amagaban con reventarse si no percibían su voz susurrada dentro de ellos una vez más, mis ojos querían entrecerrar con los suyos, mi olfato pretendía atrapar su olor y con ello asirme a él, mi gusto ansiaba anidar en su paladar, y mi tacto perseguía abarcarlo, todo, todo él.

Cuando aún sus labios no se habían fundido con los míos, me sorprendí a mí misma pensando en ese paraíso en que el previamente había estado, si bien, jocosamente, lo que ahora se me antojaba era —tal era el poder de su presencia sobre mí— que no había pasado de Benidorm.

Incluso hubo un instante en el que temí que mi cuerpo no pudiera dar cabida a más deseo, o a riesgo de estallar, al presentir que el momento se acercaba, lo que hizo que me atenazara un segundo miedo, a no estar a la altura de sus besos, que serían tan perfectos como su aproximación.

Ese miedo..., que se hizo aún mayor al notar que mi respiración empezaba a ser tan intensa que casi duplicaba el movimiento habitual de mi pecho, con lo que corría el riesgo de asustarlo..., o tumbarlo, si la oscilación se incrementaba aún más.

En un intento de salvaguardar probablemente mi dignidad, traté de controlar el flujo de aire que entraba y salía de mis pulmones, a fin de que nada estropeará el instante que aún estaba por llegar, porque yo necesitaba ese beso, mi felicidad necesitaba ese beso, necesitaba a Ignacio, necesitaba sentir, sentirlo, y nada, ni nadie, ni siquiera yo misma, iba a impedir que sucediera.

Cuando presentí que el momento era inminente, tras notar su respiración colándose por mi boca y su aliento reblandeciendo mis labios, pensé en cerrar los ojos y simplemente esperar, dejar que ocurriera, permitiendo con ello que mis sentidos se relajaran al fin. Pero, alguno de ellos, mi vista sobre todo, reclamaba un papel más activo y permanecer alerta, en el caso de mis ojos para ver qué luz se escondía tras los suyos o, incluso, si tras ellos ya me encontraba yo.

Apenas si tuve tiempo de tomar una decisión, ya que lo sentí, ese primer beso, que se adhirió a mis labios como la lluvia penetra en la tierra, pasando a formar parte de ella y esponjándola, porque esos besos impregnaban mi esencia y me sabían a agua, a mar, a cielo, a sol, a luz, a todas las cosas que me hacían feliz en la vida..., esa luz que desprendían, que me cegaba y me anegaba..., y que se convertía a su vez en otras fuerzas de la naturaleza, como el viento, porque me soplaba, o los terremotos, porque me sacudían.

Minutos antes de suceder yo habría dicho que sus besos serían fuertes, como sus manos, pero en verdad también eran delicados, suaves, empleando la misma suavidad en acariciar mi cara, mi cuello, mi piel...

Al final, ese beso, o todos ellos, se acabaron convirtiendo en rotundos, plenos, una plenitud que me enardecía cada vez más, aunque a la vez me tranquilizara sentir, o presentir, que Ignacio estaba disfrutando del momento, si no más, al menos tanto como yo, sensaciones que adivinaba al observar el movimiento de su cuerpo, que se hacía más intenso a cada segundo que pasaba.

En consecuencia, yo intuía que él deseaba avanzar un tanto más, adentrarse un tanto más, si bien no parecía atreverse a tomar la iniciativa, quizá considerando que me podría molestar al tratarse de nuestra primera cita.

De hecho, un segundo después amagó con pronunciar unas palabras, que yo cercené con mis labios antes de que abandonaran los suyos, porque, de la misma manera que hay palabras que no se deben decir, hay permisos que no se deben dar, sino que se toman, y yo, implícitamente, ya se lo había concedido.

Yo quería abandonarme, y deshacerme con ello de todas las cortapisas, de todas las inhibiciones, que fue lo que hice. Ya que por fin estaba en el paraíso no iba a regresar de él sin haberlo explorado, sin dejar ni un solo centímetro sin recorrer, sin tocar, sin palpar, sin sentir.

Y yo notaba cómo Ignacio se estremecía bajo mis manos, cómo su cuerpo se encogía y se estiraba, cómo se acercaba cada vez más a mí, cómo me buscaba no sólo con sus labios, sino con sus manos, bajo mi ropa, bajo mi piel, bajo mi ardor, que nos compactaba a ambos, como si ese cuerpo, el suyo, de repente, no pudiera imaginar su vida sin mí.

Y yo lo notaba, así como un placer circular que se generaba en el mismo centro de mi ser y que desde ahí se propagaba hasta cada reducto, expandiéndose de manera concéntrica, como una piedra que se lanza al agua para acabar formando una espiral... de placer.

Poco a poco, nuestros cuerpos fueron perdiendo la verticalidad, hasta adoptar una horizontalidad que nos convirtió primero en tangentes y, segundos después, en superpuestos, sin que hubiera ningún peso que nos impidiera intercalarnos.

En ese momento pensé en mi tía y en su regla de las tres, que deseché tan pronto como se presentó. Si algo había aprendido de la vida es que a la felicidad hay que atraparla cuando pasa por tu lado, ya que es escurridiza y se intercambia con la tristeza con mucha facilidad. Además, no es como un pájaro, que se pueda enjaular, o, de serlo, es uno salvaje, de los que migran en invierno hacia climas más cálidos, dejándonos rodeados de nieve y sin sol que la derrita, hasta que, llegada la primavera, deciden volver.

Además, el presumible consejo de Conchita de mostrarme más recatada, y retrasar con ello el momento, nuestro momento, no encajaba con mi personalidad, ni con mi actitud, porque ésta seguía siendo la misma que horas antes, cuando decidí vestirme con vaqueros, aunque en ese instante ya no los llevara puestos. Ésa era yo, y si a Ignacio no le gustaba, en breve habría un amanecer en el que podría escabullirse.

Así pues, cayeron mis pantalones, cayó mi camisa, y también los suyos, en un desorden sobre el suelo que era parecido al que mostraban nuestras manos, nuestros brazos, nuestras piernas, nuestros labios, nuestro deseo..., hasta que ese caos de placer se compaginó, y se acomodó, tan adentro que era como un abismo insondable, teniendo detrás a una luna que parecía haber explotado, convertida de repente en fuegos artificiales.

Si un recuerdo tengo de aquella noche, más allá de nuestros cuerpos entreverados, es el de la brisa, que acariciaba nuestra piel desnuda tanto como lo hacían nuestras manos, conformando una mezcla maravillosa entre el calor que desprendíamos y el aire que lo sofocaba, un viento suave que yo, a veces, confundía con Ignacio, porque él también era brisa para mí.

Y, en cuanto a la noche, que había empezado, y continuado, con música, también prosiguió con ella cuando por el altavoz sonó la voz de Rachel Platten y su canción *Better Place*, que era en lo que se había convertido mi mundo, un lugar mejor, e incluso más feliz, porque Ignacio estaba a mi lado, si bien yo esperaba que en breve estuviera dentro de él.

En aquel momento habría sido un exceso de ambición por mi parte considerar, o esperar, que yo fuera la primera mujer para él, la primera en hacerle sentir las mismas emociones que él había despertado en mí por primera vez, pero no se me antojaba tan mal plan ser la última. Y es que algunas veces no se puede argumentar, o describir, con razones cómo nos sobrevienta el amor, o explicar qué percibes en una persona para que se produzca una metamorfosis en la tuya. Pero lo que sí puedes es reconocer que te conduce a un lugar donde ningún otro puede, y esa persona, así como ese lugar, era Ignacio para mí.

El resto de la noche lo pasamos en la terraza, a la intemperie, aunque al abrigo del fuego de la chimenea, tapados por una manta y destapados por nuestro deseo. Creo que nunca en el pasado tuve el sueño más ágil, ya que apenas notaba su cuerpo entrelazándose con el mío, pidiendo más, yo le respondía, dándole todo lo que tenía, que no era otra cosa que yo misma, junto

a él, incluyendo mi talla 40, que, desnuda, se había desvestido de toda la ropa, al mismo tiempo que de la vergüenza.

Al final, aunque en verdad no estuviera en el aire, el recuerdo que quedó en mis sentidos fue el del olor a tierra mojada, como ese efecto suyo que yo presentí, el de sus besos humedeciendo, y esponjado, la tierra, mi tierra.

Algunas veces, estando sola de noche en la terraza, me embargaba una sensación extraña, que consistía en ver estrellas que en realidad no estaban en el firmamento, sino en mi cabeza, aunque no en su interior. A lo que me refiero es a que yo sentía que llevaba puesta una especie de escafandra, de cristal, en cuyas paredes permanecían adheridas. Es decir, que en esos momentos yo no estaba en las nubes, sino en las estrellas, y más aún aquella noche, en la que el polvo de la luna se había transformado en pólvora, para explotar como fuegos artificiales, y en la que los ojos verdes grisáceos, o gris verdoso, de Ignacio, se habían convertido en dos más de esas estrellas.

Cuando se marchó al día siguiente sólo dijo dos palabras al despedirnos, las suficientes para que yo, al fin, pudiera definir en qué consiste el amor: soñarse, buscarse, encontrarse..., para lo que empleé sólo una más de las que él usó.

## La pizarra

En opinión de mi tía Conchita, sabes que sigues siendo joven cuando la gente se ríe de ti en caso de caerte por la calle. Por el contrario, si empiezan a correr asustados hacia ti con los móviles en la mano, pero no para hacerte una foto y subirla a las redes sociales, sino para marcar el 112, es que te has hecho mayor, cuando no viejo.

Así pues, de acuerdo con esa teoría, yo debía de ser muy joven todavía porque las risas de los peatones se debieron de oír hasta en mi casa, y eso que me encontraba bastante lejos de ella, llegando ya casi a la tienda de Patricia para ser exactos, que era a donde me dirigía.

Era lunes por la mañana, la mañana siguiente al fin de semana que compartí, casi en su totalidad, con Ignacio, y que significó nuestra primera vez. En ese contexto, supongo que mi cabeza andaría más despistada que concentrada, o al menos no lo suficiente para advertir la presencia de un coche, sobre el que me abalancé, literalmente; es decir, al que atropellé, de nuevo literalmente, básicamente porque estaba parado, y aparcado, aunque con el conductor dentro.

—¿Te encuentras bien? —se alarmó el dueño cuando me vio aterrizar, o mejor alunizar, para emplear un término más correcto y acorde con el objeto sobre el que mis huesos, y el resto de las partes blandas de mi cuerpo, fueron a parar.

En primer lugar, destacaré que agradecí enormemente que sus palabras fueran cordiales, ya que la situación no las propiciaba, puesto que acababa de abollar su coche merced a mi talla 40 cayendo de golpe sobre su luna

delantera, para acabar rebotando en su capó. Y, por otra parte, que gracias a ellas obtuve una segunda confirmación acerca de mi juventud, dado que me trató de tú, y no empleando esa fórmula tan geriátrica como antipática basada en el usted.

—No ha sido nada —le respondí en cuanto tomé tierra en la acera.

En realidad, sí lo había sido. Es más, de haber sido yo el coche, convencida estaba de que el perito del seguro habría catalogado el accidente como choque frontal, con varias vueltas de campana, que de haber tenido yo más edad habría sido considerado como siniestro total. O sea, que mi póliza no me habría cubierto los arreglos al costar más la reparación que el valor por matrícula del vehículo, a la sazón yo misma.

En consecuencia, ésa fue la tercera confirmación en lo que iba de mañana de que mis treinta y un años aún podían ser considerados escasos, al menos en lo que a términos automovilísticos se refería, si bien desconocía si me admitirían en el parte un jocosos, por surrealista, «lo que se destrozó fue la rabadilla».

Una vez recompuesta, aunque magullada y dolorida, me dirigí de nuevo hacia la tienda de Patricia, donde me estaba esperando para montar el escaparate de primavera.

—¿Qué te ha pasado? —me preguntó en cuanto me vio asomar cojeando.

—Que un coche se ha interpuesto en mi camino y he decidido acabar con él. ¡Pues no me he levantado yo animosa, y ambiciosa, esta mañana! —le confesé entre risas, mientras le explicaba a continuación la verdadera razón de mi renquera.

—¿No será que el fin de semana te ha dejado tan exhausta como asimétrica de algún que otro empujón y por eso andas así? —inquirió con picardía.

—Para nada —le quité importancia al asunto—. Además de contemplar la luna, poco más hicimos, con lo que, como no sea una tortícolis, no hay ninguna otra patología que se le pueda achacar a mi fin de semana.

—Bueno, ya me lo contarás cuando te apetezca, aunque espero que sea

pronto, porque me muero de la curiosidad —se conformó de momento.

El motivo de que no quisiera desvelarle lo que había sucedido se debía a que ciertas experiencias, para disfrutarlas en condiciones, tienes que dejarlas retenidas en tu interior durante un tiempo, puesto que una vez que las sacas al exterior las pierdes, al dejar de ser sólo tuyas. Y yo quería retener a Ignacio, dentro de mí, sólo para mí, el mayor tiempo posible.

Además, con todo lo que habíamos batallado Patricia y yo en el pasado por ese tema, el de la esencia y consistencia del amor, me costaba reconocer que ella estaba en lo cierto y que, por tanto, yo siempre había estado equivocada.

—Pues tú estás de muy buen humor —caí en la cuenta de repente—. ¿Tiene que ver con Hernán? ¿Has avanzado algo?

—Lo cierto es que sí, y me encuentro muy liberada y, a la vez, satisfecha conmigo misma —precisó.

Miedo me daba seguir preguntando, porque ya imaginaba yo el mundo de mi amiga Patricia desmoronándose en cuestión de días, puesto que si en algo parecía ser bueno Hernán era en las despedidas, porque despedía a todas sus novias con una velocidad pasmosa. En consecuencia, todo ese universo de fantasía con respecto a un futuro común para ambos, que Patricia llevaba años construyendo, se convertiría en cascotes en cuanto Hernán entrara y saliera, por la puerta grande para entrar pero dando un portazo para salir, hecho que sucedería apenas unos segundos después y que sería el que lo derrumbaría todo.

Aun así, finalmente me atreví a encarar el tema.

—Cuéntame.

—Ahora no —rechazó mi ofrecimiento—. Vamos a centrarnos en el escaparate, que es lo que más prisa corre, y lo verdaderamente importante, y de lo otro ya hablaremos delante de un café cuando acabemos.

—De acuerdo —me avine a sus razones, aunque sorprendida por la frialdad, o incluso el desapego, que se desprendía del tono de su voz.

Centradas ya en el trabajo, recordé con cariño que desde que Patricia

comenzó con su negocio, y casi quince años hacía ya de aquello, yo le había montado todos sus escaparates. A lo largo de ese tiempo había visto cómo aquél nacía, despegaba y, finalmente, prosperaba hasta hacerse internacional. No obstante, su única tienda era, y había sido siempre, la original, la que compró con la herencia de su tía, si bien había ido ampliándola adquiriendo los locales colindantes, uno de los cuales lo había destinado a taller.

Y la razón se debía a que, desde el principio, su estrategia empresarial se había basado no en sumar tiendas, o crear franquicias, sino en establecer puntos de venta en grandes superficies, o en establecimientos selectos, lo que le permitía un mayor control sobre su negocio, y, sobre todo, poder abarcarlo sin tener que delegarlo.

En la actualidad, sus prendas se vendían prácticamente en todo el mundo, y con un éxito más que notable, puesto que en muchos casos la demanda superaba la oferta, demanda que no podía satisfacer al tratarse de productos completamente artesanales. Y, lejos de constituir un inconveniente para la empresa, se trataba de una ventaja, ya que el precio de sus artículos se había ido incrementando poco a poco, hasta el punto de que su marca empezaba a ser considerada como un objeto de deseo, de esas firmas que incluso consiguen situarse más allá del lujo.

Básicamente, lo que Patricia hacía era vestir a la mujer desde dentro para sacar lo mejor de ella hacia fuera, sobre todo su esencia. Y es que mi amiga era esencial, lo que en su caso podría ser sinónimo de minimalista, y no sólo porque creyera firmemente que menos es más, sino porque pensaba que un traje ha de ser mínimo en su diseño para que su dueña lo maximice con su forma de ser. «Que el vestido nunca te tape, que jamás tape más allá de tu cuerpo», solía decir, refiriéndose a la personalidad de quien lo luce.

En esa línea, mil veces había oído yo decir a Patricia que algunas mujeres son víctimas de su ropa, porque las oculta, cuando no las aplasta, en todos los sentidos.

Por lo general, todos sus diseños eran sencillos, aunque con un pequeño

detalle que los hacía especiales, distintivos, lo que inevitablemente conducía a pensar que la persona que los llevaba también lo era. Así, un escote tan peculiar como asimétrico en un vestido o un bajo irregular en unos pantalones concedían a la prenda una identidad que se extrapolaba a su propietario. «La ropa no tiene que epatar a la concurrencia, sino empatizar con quien la lleva», aseguraba a su vez.

El único detalle maximalista que se permitía en ocasiones eran los collares, a veces intrincados, a veces sofisticados, pero siempre únicos.

Recuerdo una ocasión, con motivo de un premio que me concedieron a la mejor escaparatista del año, para cuya fiesta Patricia me diseñó el vestido más impresionante, acompañado del collar más espectacular, que jamás había visto. Se trataba de un traje negro, ajustado a todas y cada una de las partes de mi cuerpo, y que, sin embargo, me hacía parecer la mujer más esbelta de la tierra. Además, tenía la particularidad de que visto por delante parecía también el más recatado, ya que su manga sobrepasaba las muñecas, su largo alcanzaba el tobillo y su cuello era recto, cubriendo por completo las clavículas. Por el contrario, al girarlo, tenía toda la espalda descubierta, justo hasta su comienzo, lo que le aportaba un toque tan elegante como sensual.

Como único complemento me diseñó a su vez un collar, que en verdad era una flor, que se enroscaba alrededor del cuello, aunque sin llegar a unirse en la parte delantera. Así, la flor propiamente dicha —acompañada de un par de capullos que la precedían y superpuesta a unas cuantas hojas— caía sola hasta el nacimiento del pecho, mientras que el tallo rodeaba la nuca para acabar apareciendo a la altura de la garganta, convertido en un segundo extremo que, independiente, se componía únicamente de un puñado de hojas.

Mentiría si dijera que me había visto más guapa que aquel día, sintiéndome como la única flor de un jardín a la que todo el mundo quería mirar, cuyo color, rojo oscuro, era el mismo que el de mis labios, y el mismo a su vez que el de las pasiones que despertaba a mi paso.

No obstante, lo que nunca hubo entre Patricia y yo fue un intercambio de

dinero por los favores que nos hacíamos: yo los montajes de su escaparate y ella los vestidos o complementos que me diseñaba para las ocasiones especiales, porque, tal como la entendíamos nosotras, nuestra amistad estaba más allá del dinero.

Y para el escaparate que nos traíamos entre manos aquel lunes de abril nuestro planteamiento no iba a ser diferente.

—¿Qué es lo que tienes pensado para este año? —me preguntó en cuanto el trabajo centró nuestra conversación.

—Yo había previsto utilizar varios maniqués, a los que vestiríamos a cada uno de un color representativo de la primavera, en tonos pastel, por ejemplo, y a los que, en lugar de cabeza, les colocaríamos una flor gigante, y plana, a modo de tocado, aunque del tamaño de un paraguas aproximadamente. Y del mismo color que el vestido, o haciendo algo de contraste, rebajando un poco la intensidad.

—¿Decapitados? —se sorprendió Patricia.

—No, mujer —me reí con ganas—. Tendrían algo de cuello, para que quedara natural, pero la flor taparía completamente la cabeza al ser tan grande. Y para el exterior había pensado cubrir completamente los marcos de la puerta con una densa y tupida guirnalda de flores, las mismas que lucirían los maniqués, y en idénticos colores, aunque mucho más pequeñas, a tamaño real en realidad.

Por su gesto aprecié que la idea le gustaba, y mucho, como solía suceder. De hecho, nunca había rechazado ninguna de mis propuestas, o, muy al contrario, ya que solía alabarlas.

—¿Y para cuándo podría estar listo? —pasó a la siguiente cuestión, tras demostrar con sus palabras que, un año más, tampoco ponía ninguna objeción—. Porque en esta ocasión vamos con mucho retraso.

Tenía toda la razón. Había tenido tanto trabajo últimamente que la había desatendido por completo.

—Dame un par de días y lo soluciono. La empresa que me fabricaría tanto

las flores gigantes como las guirnaldas me debe un favor, de manera que no creo que tarden más de ese tiempo en hacérmelas.

—Perfecto entonces —aseguró convencida—. La situación no es tan grave como había pensado. Quedará tan espectacular como siempre y, más o menos, en plazo.

—Y tu situación con Hernán, ¿es estable dentro de la gravedad, o hay que operar a corazón abierto? —le pregunté, toda vez que ya podíamos dar el tema trabajo por zanjado.

Tras servir un par de cafés en la trastienda, que era donde nos encontrábamos, Patricia comenzó con su relato.

—Pues te diré que el sábado por la mañana por fin reuní el valor suficiente para hablar con él.

Ni quise adelantar acontecimientos ni arruinar su exposición con exclamaciones tremendistas, de manera que, en un alarde de paciencia impropio de mí, opté por quedarme callada a la espera de que Patricia acabara con su explicación.

—Como suele ser habitual en él últimamente —prosiguió—, me trajo unas telas de parte de su padre, y, al igual que ahora a ti, le ofrecí un café y un rato de charla.

—¿Exactamente qué le dijiste? —le pedí que precisara.

—«¿Te apetece un rato de conversación?» Creo que fueron ésas mis palabras.

—¿Y qué te respondió? —volví a preguntarle tras asentir.

—Pues no te creas, que le costó contestar, que parecía que mi propuesta hubiera vaciado su cabeza de palabras, ya que no había manera de que soltara ninguna.

—¿Y cómo resolviste la situación?

—Le dije que ni su padre me había sobornado para que le echara la charla ni el mío pretendía que pidiera mi mano.

—¿Y resultó? —inquirí, al resultarme un tanto arriesgada la segunda parte

de la frase.

—Al menos sonrió, y pareció que los músculos, los cerebrales, se le relajaron.

—¿Y eso tuvo alguna consecuencia en palabras?

—Efectivamente, al reconocer su extrañeza, ya que, según él, nada teníamos que tratar entre los dos.

—¿Y cuándo y cómo lo sacaste de su error? —proseguí con el interrogatorio.

—Bien poco después, ya que sin ninguna conversación previa que sirviera de colchón, aunque fuera hablar del tiempo, me resultaba difícil dar un rodeo para llegar a la cuestión.

—¿Se lo lanzaste a bocajarro? —casi exclamé.

—No, pero sí le dije que eso era algo que se podía solucionar con una cena de por medio.

—¿Y cuál fue su respuesta?

—Que ya me había comunicado el otro día su decisión de mantenerse alejado de mí, y su viceversa, es decir, a mí alejada de él.

—¿Cómo rebatiste su idea?

—Asegurándole que yo también tenía voz en esa ecuación y que, además, me resultaba raro, sobre todo ahora que nos veíamos con tanta frecuencia, que apenas nos dirigiéramos la palabra.

—¿Y cambió de opinión al oír tu argumento?

—Lo primero que hizo fue arrugar el entrecejo, para después asegurar: «Los hombres nos movemos con mucha dificultad en este terreno, el de las ambigüedades, así que a fin de ahorrarnos palabrería, y tratando además de evitar que haya malentendidos entre nosotros, me gustaría clarificar la cuestión. ¿Lo que me estás pidiendo es una cita?».

—¿Y tu respuesta fue tan clara como su pregunta?

—Sí, en ambos casos, ya que le contesté con un sencillo, claro y contundente «sí».

Pánico fue la emoción que me embargó a continuación, al imaginarme a mi amiga embarcada ya en el fracaso de su vida..., hasta que continuó con su relato.

—Y lo que jamás adivinarías fue su reacción.

—¿Me vas a hacer adivinarla de verdad o me la vas a contar? —protesté ante lo excesivo de su silencio.

—Me dijo que él nunca salía con mujeres que tomaban la iniciativa, porque ese papel les correspondía en exclusiva a los hombres, a los hombres de verdad, los que disfrutaban con la caza.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —puse en duda sus palabras, al considerarlas no sólo antediluvianas, sino fantasmagóricas.

—Como que me llamo Patricia y que tú eres mi mejor amiga. Que no te quepa ninguna duda al respecto.

—Pero ¿de dónde ha salido ese hombre?! ¿De las cavernas?! —proferí, con mi voz casi convertida en un grito—. ¿De verdad cree que a estas alturas ligar es prerrogativa de los hombres?

—E imagínate, además, lo que piensa de las mujeres que intentan ligar. ¿Que son unas busconas? ¿Que son unas perdidas? O que somos, para ser exactos.

—Para perdido, él, pero sobre todo porque no sabe en el mundo en el que vive.

—Pues mira lo rápido que encuentra repuesto para cada novia que despacha, porque lo hace con la misma facilidad, tanto lo uno como lo otro.

—¿Y no crees que el motivo de su salida de tono puede deberse a una excusa para evitar salir contigo, para protegerte de él? —le planteé, incluso dispuesta a otorgarle alguna cualidad de la que probablemente carecía, y que tampoco merecería. Y es que más surrealista no se me podía antojar que un pendón como Hernán rechazara a un pibón como Patricia, aunque sólo fuera para catarla una última vez.

—No lo veo yo capaz de semejante acto de generosidad —me respondió

sincera.

—Y tú, ¿le contestaste algo o lo echaste sin más? Porque estabais aquí, ¿no?

—De nuevo, sí, a las dos cosas. En primer lugar, le dije que si lo que le gustaba era la caza debía dedicarse a ella, pero con cuidado, no fuera a caer en una trampa y se pillara los huevos. Y, en segundo, que el taller estaba lleno de minas anticazadores (como las antipersonas, pero específicas para esa clase de tíos) que podía activar en cualquier momento, con lo que, o se marchaba rapidito, o las hacía explotar.

Me dio un ataque de risa al imaginarme la escena, seguido de otro de felicidad al comprobar lo entera que estaba mi amiga tras haber conocido el fondo del hombre del que llevaba años enamorada. Y, a decir verdad, no sólo estaba liberada, sino desatada.

—Yo hasta ahora le había perdonado cualquier cosa, pero que sea un misógino y un machista eso sí que no estoy dispuesta a transigirlo. En los tiempos que corren ¿y con las mujeres aún relegadas a un segundo lugar? ¿En el terreno que sea?

Bien podría haberle dicho en ese momento que a mí me parecía evidente por cómo las trataba, pero no quise hacer leña del árbol caído, aunque me daba la impresión de que ese árbol llamado Patricia estaba bien erguido, y con una savia nueva recorriéndolo entero.

—Está claro que lo que Hernán necesita es terapia —apostilló mi amiga.

—Puede —asentí—, pero no creo que se deje llevar al psicólogo.

—No me refiero a ese tipo de terapia.

—¿A cuál entonces?

—Lo que necesita, y probablemente desde que era niño, es una terapia de bofetadas. ¡Mira! A lo mejor el tratamiento se le podría prescribir con carácter retroactivo, hasta la infancia, que es cuando debió de comenzar.

Tras soltar una buena tanda de carcajadas, di en pensar que lo más curioso del caso era que, finalmente, ella estaba en lo cierto con respecto a la

importancia y trascendencia del amor y, por tanto, yo equivocada, mientras que mi teoría sobre Hernán era la acertada y, en consecuencia, la suya era la errónea.

—Y tú, ¿cómo te encuentras? —me interesé por ella, que, más que los hechos, era quien en verdad me importaba.

—Pues sorprendentemente bien. Me he tomado el fin de semana para reflexionar y he salido indemne. No te negaré que el sábado sentí algo de melancolía por esos treinta años que he perdido, sentimentalmente hablando, esperándolo. Y tampoco que el domingo no experimentara algo de vértigo al darme cuenta de que se trataba del primer día de mi vida en el que Hernán ya no estaría presente, en mi cabeza. Pero hoy, cuando me he levantado, lo que me parecía es que había transcurrido una década desde que ambos mantuvimos la conversación, y no sólo un par de días. Y ésa es la parte positiva con la que me quedo: que estoy definitivamente libre, sin ninguna carga, para empezar esa nueva vida que sé que me está esperando.

Mentira me parecía que, después de tantas tristezas y lágrimas derramadas, ese amor tan profundo que durante años había sentido Patricia se hubiera convertido en un suspiro que no había durado más allá de un fin de semana.

Así pues, lo que supuse fue que el amor no se trata de buscar a alguien con quien vivir, sino de encontrar a alguien sin el que no puedes vivir. Y eso fue exactamente lo que nos sucedió, tanto a Patricia como a mí, en el transcurso de aquellos dos días.

—Y ¿qué pasa contigo y con Ignacio? ¿Me vas a contar algo o te lo voy a tener que sacar con sacacorchos? —reclamó Patricia toda vez que el relato de su historia ya no daba más de sí.

Pero lo cierto era que aún no se lo había contado a nadie, ni siquiera a mi hermana, y eso que Olga podía llegar a emplear hasta técnicas dignas de tortura para sonsacarme.

Sin embargo, con la que sí hablé fue con mi tía Conchita, aunque no para ponerla al día del estado de mis entretelas, sino para saber qué tal les había

ido a las tuyas, ya que el domingo por la noche había tenido lugar su tercera cita con el dentista, la definitiva, según el orden establecido por esa norma que había decidido adoptar.

—¿Qué tal te fue? —le pregunté en esa línea nada más descolgar el teléfono.

—Pues como era la tercera yo suponía que íbamos a prosperar, y en todos los sentidos —me respondió con bastante picardía.

—¿Y no sucedió así?

—Pues no, aunque tal vez el sitio no fuera el más indicado.

—¿Qué plan teníais? —quise saber para hacerme una mejor composición de lugar.

—Cine —respondió escueta.

—¿Y se trató del local, o de la película, lo que no fue de tu agrado?

—Yo entré pensando que iba a ver las *Cincuenta sombras de Grey* —me explicó—, y lo que acabé viendo fueron los *101 dálmatas*, y lo peor de todo, contándolos, como si fueran ovejas, porque no había ni quien durmiera de lo soporífero que era. Puestos a ver una película antigua, yo habría preferido *Siete novias para siete hermanos*, pero siendo yo la única novia de los siete.

Casi me caigo al suelo, en primer lugar, de la risa y, en segundo lugar, de la impresión, al imaginarme a Conchita como protagonista de la versión pornográfica, y geriátrica, de ese largometraje.

—¿Y después del cine? —inquirí de nuevo.

—Nada. Cada mochuelo a su olivo, tal vez porque se le olvidó para lo que habíamos quedado, a pesar de que yo le había recalcado el número tres en varias ocasiones, tanto *in situ* como previamente. Hasta le tejí un cojín de ganchillo con ese motivo.

—¿A un hombre? ¿Olvidársele eso? —me extrañó—. Además, según tú, ése era el resumen de su interés en ti: el polvo, tanto el fisiológico como el doméstico, desfogarse en el primer caso y eliminarlo en el segundo.

—Voy a hacer como que no he oído esa ordinariez, pero lo que sí diré con

respecto a la primera parte de la cuestión es que con la edad te das cuenta de que el cerebro es como el triángulo de las Bermudas, porque todo lo que entra desaparece.

Con o sin polvo, resultaba evidente que a mi tía esa relación le había agudizado el ingenio, ya que su sentido del humor —ese que parecía haber surgido por generación espontánea— funcionaba como un arma, disparando a discreción; es decir, que no escatimaba balas.

—Supongo que volveréis a quedar en breve —añadí finalmente, tratando de quitarle importancia al asunto.

—Si somos capaces de recordarlo, deduzco que sí. Yo todavía quiero llevarme alguna alegría para el cuerpo antes de marcharme para el otro barrio. Al fin y al cabo, desde hace mucho tiempo ya sé en lo que consiste el ciclo de la vida: naces, creces, compruebas que la vida es una mierda y te mueres.

Risas y exabruptos aparte, lo que sí llamaba mi atención era la sabiduría que parecía haber adquirido mi tía a lo largo de su aparentemente insustancial vida, incluyendo la parte relativa al género masculino. Y ese hecho me extrañaba sobremanera, puesto que ella sólo había conocido a un hombre, al tío Primo, y bien poco que había durado ese conocimiento, dado que el pobre había pasado más tiempo bajo tierra que sobre ella.

Desde entonces, desde que el óbito tuvo lugar, no se había relacionado con nadie, ni del sexo masculino ni del femenino, ya que ni ella aguantaba a nadie ni nadie la aguantaba a ella, por lo que tal vez esa sabiduría fuera innata, como una cualidad intrínseca, o incluso genética, hecho que en cualquier caso me intrigaba.

En consecuencia, un buen día me armé de valor y decidí abordar la cuestión desde un terreno conocido, o sea, formulándole una pregunta cuya respuesta sabía —aproximadamente—, para desde esa posición acceder a algún otro tipo de información de mayor enjundia.

—¿Cuántos años estuvisteis casados el tío Primo y tú? —le pregunté, pues.

—Todos.

Su respuesta me dejó tan desconcertada —por demoledora a la vez que acertada, y en línea con esa sabiduría perenne que yo comenzaba a atribuirle — que no fui capaz de proseguir con el interrogatorio.

Cuando instantes después comenté con Olga el alcance de mi conversación, lo hice en los siguientes términos:

—Yo creo que al final va a ser verdad que, gracias a la acumulación de experiencias, aunque sean inexistentes, Conchita se ha vuelto sabia.

—No te confundas. Lo único que ha acumulado la tía a lo largo de su vida son equivocaciones.

Al final iba a resultar que la única de la familia que no era sabia era yo.

Pero dejando a un lado todas estas disquisiciones, y volviendo de nuevo al lunes post primer fin de semana con Ignacio, mi decisión cuando se fue la tarde anterior —con el tiempo justo para pasar por su casa a cambiarse de ropa antes de acudir al restaurante— fue la de dejar siempre una luz encendida en la mía. Así, al regresar pensaría que se trataba de la luz del día, que fue lo que él dejó en mí cuando se marchó.

Al poco de haberse ido aquella tarde, arranqué el ordenador para ultimar un proyecto que debía presentar al día siguiente. Y, como solía hacer habitualmente, abrí YouTube para escuchar música mientras lo finalizaba.

Sin prestar demasiada atención, elegí al azar la primera canción que me ofreció mi página de inicio, que además me resultó agradable, a la sazón, *Better*, de Tyler Ward. No obstante, instantes después, cuando reparé en el vídeo que la acompañaba, un objeto despertó mi curiosidad, y se trataba de una pizarra que el cantante pasaba a multitud de personas para que en ella escribieran, y describieran, cuál era su sueño, desde ganar un millón de dólares hasta tener cinco hijos, pasando por escalar el Everest o conducir a doscientos kilómetros por hora.

Sin embargo, de haber estado allí, lo único anotado por mí habría sido el nombre de Ignacio, escoltado por las dos palabras que me susurró antes de marcharse.

## El desayuno

Tras dormir en la terraza de mi casa con Ignacio la noche del sábado al domingo, después del concierto de Blue October, la mañana siguiente amaneció radiante, tanto ante mis ojos como dentro de mí, a pesar de ser, probablemente, la noche en la que menos había dormido en toda mi vida. Y el motivo no sólo se debía a que su cuerpo requiriera con frecuencia el mío, o el mío el suyo, sino al pensar que él podría desvanecerse al amanecer, al igual que lo había hecho la luna, de la que no quedaba ningún rastro cuando ambos abrimos finalmente los ojos.

Mis razones para suponer que Ignacio podría evaporarse no eran otras que el miedo, dado que siempre que mostraba mi cuerpo, en toda su desnudez, temía que me fueran a abandonar.

En realidad, ninguno de mis novios lo había hecho, pero yo sí recordaba, y como uno de los peores momentos de mi vida, una fiesta a la que acudí recién cumplidos los quince años, cuando mi cuerpo decidió que ya le había llegado la hora de acumular los kilos que la genética había previsto para mí.

Aquella tarde, en aquel garaje que un amigo del instituto había alquilado para celebrar lo que entonces llamábamos un guateque, fui la única que permaneció sentada en la misma silla, durante el 95,5 por ciento de la noche, sin que ningún chico la sacara a bailar. Y la causa no podía ser otra que mi gordura, ya que el resto de las chicas, todas y cada una de ellas, eran delgadas.

Por lo que se refirió al 4,5 por ciento del tiempo restante, lo dediqué a ir y venir del cuarto de baño, a fin de que fuera menos evidente el desahucio social al que mi obesidad y la falta de generosidad de los demás me habían

condenado. Aunque, en realidad, a fuer de ser sincera, sí hubo un breve instante en el que mi cuerpo se desplazó en brazos de otro.

—¿Quieres bailar? —me preguntó en un momento dado el organizador de la fiesta, ofrecimiento que yo acepté, aunque no tan encantada como cabría suponer, al darme cuenta de que a la canción en curso apenas le quedaban unos compases.

Aun así, lo hice, bailar, y también escuchar el comentario que les dirigió a sus amigos, cuando unos segundos después la melodía terminó y él se apartó de mí:

—Mi madre, que es amiga de su hermana, me ha pedido que la cuide, así que ya he quedado bien. La hermana sí que está buena, no como ella, que es tan fea como gorda.

A decir verdad, yo no era fea, sólo que mi cara era excesivamente redonda, como una hogaza de pan, mientras que él sí lo era, feo, con unas enormes orejas de soplillo y un tabique nasal que de recto tenía lo mismo que yo de flaca, ya que parecía una curva cerrada, de esas que anuncian con señales de tráfico desde varios kilómetros atrás. Sin embargo, era delgado, lo que lo hacía más agradable a los ojos de las chicas.

Además, para mayor ventaja suya, las mujeres no somos tan intransigentes con el físico de los hombres como ellos con el nuestro.

—¿Ya te vas? —me preguntó hasta con cara de alegría cuando vio que cogía mi abrigo y enfilaba hacia la puerta acto seguido.

—Sí. Me duele mucho el estómago, así que creo que es mejor que me vaya a casa.

Bien podría haberle recriminado su comentario, y su actitud, pero con mi negación de la verdad lo que pretendí fue no ponerme más en ridículo todavía, así como salvaguardar algo de mi dignidad. Por otra parte, no las tenía yo todas conmigo en cuanto a ser capaz de controlar mis lágrimas, ese mecanismo de defensa mediante el que el cuerpo se desahoga, pero que resulta tan poco eficaz, además de destructivo, para la autoestima, en según qué situaciones.

—Pues que te mejores, y dale recuerdos a tu hermana de mi parte — aseguró, con todas sus hormonas brincando delante de mis ojos—. Y vigila lo que comes, y sobre todo cuánto, que seguro que te encuentras mal por eso.

Suerte que me marché a tiempo, ya que las lágrimas empezaron a recorrerme entera en cuestión de segundos. Y es que, si llorar adelgazara, aquel día me habría convertido en un esqueleto.

Aunque mi niñez no fue buena, con mi tía no ejerciendo como tal, la puedo considerar como pasable gracias al amor de Olga trabajando como costurera, remendando siempre cualquier desgarrón que se produjera en mi alma. Lo verdaderamente malo fue crecer, y en todos los sentidos, también a lo ancho, porque hay un momento en la vida en el que tienes que soltarte de los hilos y las agujas de los demás y enfrentarte a tu mundo sola, siendo consciente de quién eres, o al menos en quién te has convertido.

Después de aquella fiesta comencé una dieta tan severa que básicamente consistió en no comer, aunque no hay dieta que cambie la constitución de las personas, y yo había heredado la de mi padre.

Sin embargo, mi ayuno empezó a dar sus frutos, de forma que las tallas comenzaron a descender, lo que provocó en mi vida social el efecto contrario al que había ocasionado la gordura, ya que de repente me vi convertida en la chica más popular, la que los chicos se disputaban, con la que todos querían bailar.

Pero, desgraciadamente, las tallas desaparecían al mismo tiempo que lo hacía mi salud, que fue cuando las alarmas de Olga saltaron, y bien alto que sonaron, que hasta mis padres debieron de oírlas allá donde estuvieran, con esa guillotina llamada anorexia acechando mi cuello.

No obstante, no hizo falta que recurriéramos a psiquiatras o psicólogos para que me ayudaran a salir del bache, ya que yo no podía consentir que Olga se gastara un dinero que no tenía en mí. Y la razón se debía principalmente a que eso podría haber llevado aparejado que les faltara algo a mis sobrinas

llegado el caso, culpa que era inasumible por mi conciencia, así que al final opté por vivir.

Además, cuando volví a recuperar el apetito descubrí que lo mejor de la comida no es el alimento en sí —con todo lo que conlleva de facilitador del placer y aniquilador de la ansiedad—, sino la compañía, la de las personas que te quieren y que comparten gustosos tanto tu mesa como tu vida, independientemente del número que figure en la etiqueta de tu pantalón.

Así pues, al final llegué a un acuerdo conmigo misma —el de cuidarme—, y con mi médico de cabecera, que fue el que me puso una dieta gracias a la que me establecí en una talla 40, que es la que he conseguido mantener a lo largo de los años gracias a una dosis considerable de fuerza de voluntad e igual cantidad de tesón.

Durante el tiempo que vestí la 34, todo el espacio que ocupaban los kilos que perdí lo llené de amargura, porque nunca como entonces fui consciente de la injusticia genética que comete el universo al convertir a algunos en hermosos y a otros en engendros.

En ese sentido, nunca olvidaré una conversación que mantuve con Olga cuando ya empezaba a recuperarme.

—¿Por qué yo? —le pregunté, siendo consciente de lo aleatorio del proceso, pero tratando de averiguar el motivo.

Puede que lo interpretara como que, en caso de haber podido escoger, yo habría preferido ser la elegida para la belleza y no para la desgracia estética, porque torció el gesto al oírme. En cualquier caso, su respuesta fue tan genérica como inesperada, e incluso inexplicable para mí en aquel momento.

—¿Y por qué no?

A decir verdad, su contestación no hizo que me reconciliara, ni con el universo ni con la humanidad (la parte de ella que era delgada). Es más, me hizo enfadar tanto que parecía un cono de tráfico, incluso fosforescente.

Años después, sin embargo, supe apreciar ese comentario en su justa medida, en plenitud de su sentido: porque es inevitable.

Hará unos tres o cuatro años, navegando por internet, descubrí por casualidad una canción que, más que reblandecerme el alma, me devolvió a aquella época, en la que yo intentaba con desespero agradar, físicamente, a los demás. Se trataba de *Try*, de Colbie Caillat, en cuya letra se reflejaba ese intento de transformación que hacemos de nosotros mismos para estar a la altura de las expectativas ajenas.

Pero, más allá de su contenido, lo que más llamó mi atención fue el vídeo que lo acompañaba, ya que todas las mujeres que lo protagonizaban estaban perfectamente maquilladas y peinadas al principio del mismo, para acabar desvestidas de todo artificio al final, con un mensaje en el que se interpretaba un mayúsculo: «Ésta soy yo». Y es que, al final, la única pregunta que tienes que hacerte no es si les gustas a los demás, sino si te gustas a ti mismo.

No obstante, al parecer, a Ignacio sí le agradaba, tanto mi cuerpo como mi compañía, puesto que se quedó, y no sólo para cubrir el expediente; es decir, desayunar y marcharse a continuación alegando una urgencia en el trabajo. O sea, que no sólo se quedó, sino que se arrellanó, a mi lado.

—¿Tenías algo previsto para el día, o te apetece que lo pasemos juntos? — me propuso ya a primera hora de la mañana.

—No tengo ningún plan —le confesé—, así que me parece una idea fantástica.

Puse todo el entusiasmo que pude en mi respuesta, a fin de que fuera evidente que no había mayor placer para mi día que su compañía. Además, teniendo en cuenta que, por lo general, solía dedicar los domingos a adecentar la casa, la alternativa no era ni por asomo comparable. Puede que me gustara mi casa oliendo a limpieza, pero mil veces prefería que oliera a gloria, que era el aroma que desprendía con Ignacio allí. Y más aún cuando se puso a cocinar.

—Yo creo que lo menos que puede hacer un chef es regalarte el desayuno —aseguró cuando fuimos capaces de recuperar la verticalidad contra la que tanto habíamos luchado en el transcurso de la noche.

—Y yo creo que una aficionada como yo debería ser tu pinche —me ofrecí solícita.

—O tal vez deberíamos hacer otra cosa: yo prepararte el tuyo, y tú el mío. ¿Qué te parece compartir fogones conmigo?

Mi cocina, además, se prestaba a ello, porque hasta para eso era fantástica. Grande, con seis fuegos, y de gas, como lo son las de los profesionales, y no porque yo me hubiera empeñado en ello, sino porque a la dueña anterior debía de gustarle cocinar tanto como a mí.

—¿Nada del diseño de esta casa es obra tuya? —me preguntó Ignacio en esa línea.

Bien podría haberle mentido —y, con ello, tratar de colocarme en algún podio imaginario—, al adivinar en su mirada la admiración que le producía mi piso, pero mis inexistentes pantalones vaqueros hablaron por mí.

—Apenas nada, pero no sólo en lo que a diseño se refiere, sino incluso a los muebles, o hasta los objetos que la decoran. Prácticamente la compré tal cual la ves.

Los ojos de Ignacio recorrieron entonces todo el espacio, prestando especial atención a la impresionante isla en la que se asentaba la cocina, en la que en verdad se incrustaba. Se trataba de una superficie realizada con madera tosca, apenas sin tratar, que contrastaba con el resto de los muebles, de color beige y ligeramente brillantes, y tan minimalistas que ni siquiera tenían tiradores.

—Pues la persona que la decoró tuvo gusto, pero tú mucho más al conservarla tal cual.

Me encantó su apreciación, así como su sensibilidad: que fuera capaz de advertir en mí la voluntad de no querer modificar nada, que en absoluto se correspondía con la dejación que me achacaban algunos de mis amigos. De hecho, cada vez que el tema salía a colación, su comentario solía ser el siguiente:

—Hazla tuya.

—Ya lo es —les respondía yo.

Y ésa era precisamente la forma de pensar de Ignacio.

—Hay gente que se empeña en dejar su impronta, lo cual acaba siendo una afrenta hacia algo que no necesitaba ningún cambio —prosiguió con su explicación—. Pero, afortunadamente, tú no has sucumbido a esa tentación.

No. Yo no lo había hecho, porque en esencia me había limitado a comprar un par de juegos de sábanas, otros tantos de toallas y a colocar mi ropa en el armario.

—¿Hace entonces un duelo de titanes? —me guiñó un ojo mientras se ponía el trapo que colgaba del horno a modo de mandil.

Esa idea también me encantaba, aunque, de repente, sentí pánico a no estar a su altura, a fracasar..., sensación que rechacé tras albergar la esperanza de no ser ni más ni menos para él, tanto si mi comida era de matrícula de honor como sólo de aprobado.

«Sólo permite que lo que sea que vaya a ser sea», me dije. Y asimismo que no sólo importa el destino, sino también el viaje, de forma que nuestro periplo juntos acababa de comenzar.

Y ese comienzo estaba provocando en mí el mismo efecto que los primeros sorbos de un buen vino, que sirven tanto para desinhibirte como para observar cómo tu cuerpo se abre en capas, de las que fluyen, y a gran velocidad, sensaciones, emociones y pensamientos, y que percibes con una claridad, una intensidad y una agudeza mayor a cómo los vislumbrabas segundos antes de haber ingerido el alcohol. Además, también sentía cómo la temperatura de mi cuerpo se elevaba, la risa fácil se desataba, e incluso la relajación muscular me empujaba, más aún, hacia él.

—¿Me das permiso para que eche un ojo al frigorífico? —me preguntó Ignacio cuando acabó de anudarse su improvisado mandil.

Mi respuesta automática habría sido el habitual «estás en tu casa», que no empleé al considerar que tal vez sonara excesivo, y lo último que yo pretendía

era asustarlo. Así pues, me decanté por una frase similar, aunque no tan genérica.

—Estás en tu frigorífico.

—Y ya veo que tienes de todo —se sorprendió al abrir la puerta—, sobre todo frutas y verduras.

—Me encanta la comida sana.

Era cierto y, además —siempre sin perder de vista mi salud—, de esa manera intentaba controlar el peso, para, si no rebajarlo, al menos no aumentarlo. En realidad, lo que solía hacer entre semana era comer de manera frugal, de forma que los fines de semana, sobre todo cuando quedaba con amigos, me despreocupaba de cuántas calorías tendría lo que ingería.

—Pues yo tengo un hambre que me muero, así que desde ya te aviso: esto no va a ser un desayuno, sino el avituallamiento de un ejército. Te voy a dejar la nevera tiritando.

—Toda tuya —le confirmé con palabras lo que mis manos ya le habían adelantado, con un gesto amplio, dándole a entender que todo su contenido estaba a su entera disposición.

—Pues manos a la obra o, mejor, ¡zafarrancho de combate! —se entusiasmó con la sola idea.

A pesar de aparentar ser un hombre delgado, Ignacio no lo era. Pero no me refiero a que tuviera exceso de grasa —de la que en verdad carecía por completo—, sino a que su musculatura era bastante superior a la que se podría adivinar cuando estaba vestido. Así pues, supuse que tanto músculo necesitaría de energía para estar en forma, o *al dente*, empleando un término culinario que venía muy al caso por cuanto se trata de un tipo de cocción para la pasta que implica un cierto grado de resistencia al ser mordida. Así, siguiendo ese procedimiento, la pasta queda firme, pero no dura, que era exactamente la sensación que me produjeron sus brazos cuando los recorría la noche anterior.

—¿Las sartenes?

Su pregunta me devolvió a la realidad, ya que mi mente se había instalado por un momento en las horas previas, cuando mis manos, o mis labios, descubrían al tacto, en cada centímetro de su piel, esa firmeza que me hacía estremecer.

—En el mueble que está encima del frigorífico —le señalé en cuanto conseguí regresar de mi viaje en el tiempo.

Dado que era alto, bastante más que yo, no necesitaría la banqueta de la que yo solía servirme para llegar hasta esa zona. «Otro motivo para que necesite comer mucho», me dije.

Cuando tuvo todos los utensilios a mano, procedió a elegir los ingredientes que pensaba utilizar para lo que ya se me antojaba iba a ser un festín.

—¿Te vas a quedar mirando o te vas a poner a cocinar? Porque si no me haces tú el desayuno me como el tuyo, que en realidad es el mío —comentó con humor al ver que yo miraba, o lo miraba, más que actuaba.

—Estaba esperando a que te ubicaras —mentí descaradamente—, pero si te has preparado ya, ¡es hora de que comience el espectáculo!

Y lo fue, a veces hasta de prestidigitación, con alimentos que desaparecían de la vista o que volaban por los aires antes de caer en la cazuela, como nuestras risas, que también volaban, o saltaban, en camas elásticas, de tanto como rebotaban en nuestros oídos.

Yo solía cocinar con música, porque me relajaba aún más, pero aquella mañana no hacía ninguna falta, porque era su voz la que me relajaba, o su risa, o el sonido del cuchillo deslizándose entre sus manos, o el chisporroteo de un aceite que cobraba vida en el interior de una sartén, como mi propia vida, que, segundo a segundo, entraba en otra dimensión, desconocida para mí hasta ese momento.

Si ya la noche anterior pensé no que habíamos alcanzado la luna, sino que la habíamos sobrepasado, horas después tenía la sensación de haberme mudado a otra galaxia en la que sólo se permitía la entrada a dos internautas, los dos que se afanaban en los fogones de mi cocina. Y es que esa felicidad

que yo empezaba a experimentar no era un estado, como era lo habitual en mí: era un lugar, con puerta de entrada e incluso con candado que impedía a cualquier otro traspasarla. Por tanto, esas emociones que me inundaban no me arrollaban en realidad, sino que me empujaban, o me conducían hasta mi sitio, porque Ignacio lo era, mi sitio en el mundo.

Y ese mundo, de repente, se había llenado de huevos, que, convertidos en espuma, se me antojaban mares en los que zambullirme y perderme con él; o de mandarinas recién exprimidas transformadas en una fragancia que perfumaba el aire, ese que era sólo nuestro; o de pan tostado adoptando la forma de un lecho sobre el que se derretía la mantequilla, siendo el pan una cama, mientras que la mantequilla era yo.

Champiñones acomodándose a un jamón que los salaba tanto como los enriquecía, o de leche adquiriendo una consistencia sólida merced al pan que la dignificaba hasta convertirla en una tostada francesa eran otros de los platos con los que Ignacio y yo competíamos. Y la razón se debía a que a los pocos segundos de comenzar a preparar nuestro desayuno éste se convirtió en un combate, o en un duelo, en el que nos robábamos los utensilios de cocina para impedir que el otro acabara con su cometido, o en el que intentábamos por todos los medios que el otro perdiera la concentración, a fin de ganar, de ganarnos, el uno al otro, en todos los sentidos.

En medio de ese juego a veces ni siquiera estábamos seguros de si lo que salpimentábamos eran los tomates, o las risas, o nuestros propios cuerpos, que se contorneaban escondiendo especias, a la vez que se contoneaban, presumiendo de haber vencido en alguna de nuestras batallas.

Una fresa robada aquí, un beso escamoteado allá, tan ácido como esa misma fresa, y tan dulce, porque nos dejaba con ganas de más, de mucho más, de no poder o no querer parar.

—Si no puedo acabar te acabaré comiendo a ti —me amenazó tras negarme a decirle dónde guardaba la levadura.

Pero esa amenaza, susurrada en mi oído, lenta y suavemente, alcanzó tal

profundidad en mis entrañas que deseé que fuera así, en ese mismo instante, sobre esa encimera tan espectacular, que más que de madera parecía estar hecha de mi propio deseo, que me gritaba, o me reclamaba, para que lo satisficiera.

Y es que había humedad en sus palabras, la misma que empezó a impregnar el aire. Además, con la escasa ropa que nos cubría a ambos, él vestido únicamente con su ropa interior y con su camisa entreabierta, y yo con una camiseta amplia de algodón, las manos se desplazaban con más facilidad y celeridad por nuestros cuerpos de lo que se dirigían hacia los platos que estábamos cocinando.

No obstante, con algo de buena voluntad por parte de los dos, finalmente logramos que toda la comida estuviera lista, y en un tiempo razonable.

—¿Desayunamos en la terraza? —me preguntó Ignacio tras colocar un par de vasos sobre la bandeja en la que lo habíamos dispuesto todo.

Habida cuenta del día que hacía, uno claro, luminoso y templado, habría sido lo apropiado. Sin embargo, yo tenía otros planes.

—No —le respondí rotunda—. Mejor en la cama.

De inmediato observé cómo se le iluminaba la cara, para asegurar a continuación:

—No creo que haya mesa mejor, ni más cómoda.

Después de acoplar la bandeja a sus pies —y sentarnos nosotros en el cabecero, con los almohadones a nuestra espalda a modo de improvisados respaldos—, Ignacio se acercó suavemente a mis labios a la vez que pronunciaba unas palabras, que acompañó de unos besos minúsculos, provocando en mi deseo el efecto contrario, ya que en apenas una fracción de segundo se había convertido en mayúsculo.

—Creo que para este desayuno no necesitas servilleta.

Yo en un principio no supe a lo que se refería, hasta que noté cómo sus manos comenzaban a trepar, desde mis piernas hasta mi estómago, que era donde se había arremolinado la camiseta al sentarme. Una vez alcanzada,

introdujo las manos en su interior para, desde dentro, acariciar mi piel al mismo tiempo que empujaba la tela.

Cuando llegó a la altura de mi pecho se sirvió, además, de su boca para desplazarla.

—Seguro que así el desayuno sabe mejor —afirmó cuando consiguió quitármela por completo.

—Creo que es imposible que este desayuno sepa mejor —le respondí mientras yo le desabrochaba los pocos botones que unían las dos partes de su camisa.

Su beso entonces fue tan denso, tan espeso, que llegué a pensar que mi mente iba a desaparecer en él, como si se tratara de la más tupida de las nieblas.

Si algo tiene el sexo de maravilloso es que te hace abandonarte, completamente, al otro, al deseo, al placer, a sentir, a no sentir otra cosa que no sea sentir, que no sea placer, que no sea deseo, que no sea el otro. Y, en mi opinión, abandonarte es dejarte hacer, dejar que te hagan, sin oponer ninguna resistencia, abriendo tu cuerpo, dejando que otro se haga dueño de él.

—No habíamos caído en que lo mejor de cualquier comida suele ser el aperitivo, así que me da la impresión de que ese desayuno va a tener que esperar —aseguró Ignacio mientras recorría mi cuerpo entero.

—Pues yo quiero postre —lo amenacé—. Y tampoco está en esa bandeja.

Toda la mañana, y la tarde, la pasamos entre aperitivos y postres, mientras picoteábamos la verdadera comida, que seguía a nuestros pies.

Cuando la hora de marcharse empezó a acercarse, una sensación de miedo me embargó, miedo a que los sentimientos que yo reconocía en mí —y que se me antojaban infinitos, además de eternos— no sobrevivieran en él más allá del fin de semana, o que incluso se extinguieran una vez traspasada la puerta.

—¿Te importa si me doy una ducha antes de irme? —me sacó Ignacio de mis pensamientos.

—Está a tu entera disposición —le ofrecí amable.

—Yo creo que esta ducha está pensada para dos —me ofreció igual de amable él a mí—. Y sería un feo hacia el arquitecto no hacer un uso compartido de ella.

La sensación que tuve mientras permanecimos juntos allí era que yo me escurría, tanto como el agua que resbalaba continuamente por nuestra piel, si bien él siempre me sujetaba, tanto dentro como fuera de mí.

Si tuviera que hacer una comparación entre Ignacio y alguno de mis novios —en el plano sexual, aunque sirviéndome de esa gastronomía de la que tanto disfrutábamos ambos—, diría que algunos de los hombres de mi pasado eran el equivalente a una comida rápida, una hamburguesa de *burger*, que no sólo no te sacia, sino que te hace dudar de si en verdad has comido algo. Ignacio, por el contrario, era un cocinero cinco estrellas en todos los sentidos. Y, sobre todo, un amante generoso. Y es que, al igual que sucede en tantos otros aspectos de una relación, el sexo puede ser solitario, aunque tenga lugar en compañía.

Cuando ya estuvo vestido y preparado para marcharse, yo no sabía muy bien qué hacer, o qué decir.

Suerte que él tenía las palabras perfectas preparadas en sus labios, y eso que sólo fueron dos:

—Quiero seguir.

## La luna

Cuando Ignacio me susurró ese maravilloso, sobre todo por inesperado, «quiero seguir», yo no tardé ni medio segundo en darle mi respuesta.

En verdad, la que me habría gustado darle habría sido una de película, a la sazón, «hasta el infinito y más allá», pero por miedo a que Disney me demandara por plagio o a que Ignacio echara a correr ante lo apocalíptico de mi planteamiento, al final opté por una versión más recatada:

—Y yo continuar.

Lo que pretendía con mis tres palabras era precisar que mi propósito era mantener algo que había comenzado, haciendo que permaneciera, que perdurara, y no sólo ir tras alguien, o algo, aunque fuera un sueño, o uno de esos milagros que hacen que se cumplan los sueños.

—Secundo la propuesta —aseguró Ignacio, sellándola con un beso suave en mis labios.

Tras marcharse, dediqué unas cuantas horas a regodearme en mi suerte, así como a agradecerle al universo que hubiera permitido que Ignacio y yo nos encontráramos y que yo pudiera, al fin, conocer esas emociones, esas sensaciones y esos sentimientos que, más que acercarme a la vida, me la daban.

Sin embargo, con esa insatisfacción tan propia de las mujeres que hace que ningún momento se convierta en totalmente feliz, a medida que pasaba el tiempo empecé a echar en falta algún wasap por su parte que confirmara que los momentos tan especiales que habíamos vivido no habían caído en el olvido por la urgencia del trabajo o la fuerza de la rutina.

En consecuencia, pasé el resto de la noche vigilando el móvil, comprobando que ningún mensaje hubiera entrado sin haberlo visto u oído.

Bien podría haberle mandado yo el wasap, para decirle que todos mis pensamientos los ocupaba él, incluso físicamente, ya que la sensación que tenía era que me había invadido entera, hasta la última fibra de mi ser. Pero una voz en mi interior me gritaba exigiendo prudencia.

Quizá fuera que, en el fondo, yo era consciente de que la noche del domingo, y probablemente hasta bien entrada la madrugada, Ignacio tendría que trabajar. Y, con lo poco que habíamos dormido el día anterior, era más que razonable pensar que estaría agotado, e incluso que pasaría buena parte de la mañana del lunes durmiendo.

No obstante, cuando llegué a mi casa ese mediodía, después de haber quedado con Patricia para hablar sobre su escaparate y solventar un par de compromisos laborales más, me entró un ataque tal de ansiedad que a punto estuve de ir corriendo hasta su restaurante a fin de comprobar que lo que había sucedido entre nosotros había sido real. Y el motivo se debió a que me puse a cocinar.

Todo en aquella cocina me recordaba a él, al notar todavía sus manos, tanto sobre su superficie como sobre mi piel. Y ese recuerdo generó en mí una sensación de abandono tan grande que ni siquiera tuve fuerzas para coger el móvil y mandarle un wasap, dando por sentado que los sentimientos del fin de semana se habrían desvanecido con la misma facilidad con la que el día había sustituido a la noche anterior.

Por primera vez en mi vida, y en mis propias carnes, entendía que el amor no sólo consiste en querer, sino en que te quieran y, sobre todo, en sentir que te quieren.

En consecuencia, ese amor, una vez que se ha mimetizado contigo mismo, no sólo te hace más feliz, sino más inseguro, al depender de otra persona para sobrevivir. Y ese sobrevivir mucho me temía yo que fuera a aplicarse en todos

los sentidos, tanto a lo que a los afectos se refería como a mi propia persona, una vez descubierto.

Inmersa como estaba en mi catástrofe sentimental, no reparé en el sonido del telefonillo hasta que repicó unas cuantas veces, las suficientes para hacerme suponer que quien llamaba al timbre no pensaba darse por vencido hasta que alguien le abriera la puerta.

Al igual que había sucedido en las anteriores ocasiones, me extrañó, puesto que no esperaba nada ni a nadie. Y, por tanto, sólo se me ocurrió pensar que se trataría de algún paquete proveniente de Hugo, con esa manía que tenía de mandarme encuadernados los mensajes.

«Pues no tengo el cuerpo yo para venganzas», me dije.

Aun así, abrí la puerta porque, al igual que sucede en un matrimonio divorciado con hijos, los mensajeros no tienen la culpa de los problemas de los padres.

—Paquete para la señorita —se dirigió a mí tan dicharachero como risueño.

—A ver qué es lo que contiene —pregunté en voz alta, si bien era una cuestión que en ningún momento le planteé a él. Si acaso, al aire o, como mucho, a la caja. En cualquier caso, fue tan atento que hasta me contestó.

—Un feliz y dulce día, creo yo.

Me encantó su respuesta, por positiva, por optimista, por desprendida, porque a veces la generosidad se demuestra con un comentario amable. Aunque, puestos a considerar, tanta amabilidad era excesiva para provenir de un desconocido, de manera que di en pensar que probablemente significara todo lo contrario: que la venganza de Hugo esta vez se había superado a sí misma.

A punto estuve de tirar el paquete a la basura, hasta que caí en la cuenta de que era algo más grande y pesado que los anteriores. Además, no era plano, ni rectangular, sino cuadrado, con lo que de un libro no podía tratarse.

Por otra parte, en la cara superior destacaba una pegatina gigante en la que

estaba escrita la palabra FRÁGIL, por lo que no me atreví a voltearlo, o a sacudirlo, para averiguar cómo sonaba.

«¿Una bomba dentro de un escaparate? —me dije sonriendo a la vez que recordaba el cuadro en tres dimensiones que me regaló con motivo del montaje de Louis Vuitton—. ¿O tal vez quiera hacer las paces? —me pregunté de nuevo—. ¿Una especie de borrón y cuenta nueva? ¿O de sequía tras la borrasca?»

Al fin y al cabo, puede que Hugo fuera una de esas personas que se llevan la tormenta consigo..., porque ellos son los nubarrones que la provocan.

Finalmente, y hasta divertida con la situación, me dispuse a abrirlo, sobre todo para poder calibrar mi respuesta, si mediante la indiferencia o con todas las armas que obraban en mi poder, y no me refería únicamente a mi propio ingenio, sino al de Olga y Patricia.

Pero, para mi sorpresa, el paquete no procedía de Hugo, sino de Ignacio, y se trataba de un objeto tan redondo como luminoso, acompañado de una nota:

Me pediste la luna, y la luna te entrego, aunque junto con una solicitud: dicen que es igual en todas partes, pero, como la experiencia es la madre de la ciencia, me gustaría comprobarlo. ¿Te apetece venir conmigo el fin de semana que viene a Bélgica, a un evento gastronómico en el que tengo que participar?

De la impresión, casi dejo caer al suelo esa luna, que en verdad era un pastel, una copia exacta de la que nos arropaba el sábado pasado en la terraza de mi casa, y que esa persona tan detallista, y maravillosa, que era Ignacio se habría pasado toda la mañana elaborando.

Muchos nervios, miles de sonrisas —sobre todo de las flojas, de las que se te escapan sin querer—, una enorme cara de satisfacción, así como la recuperación de la felicidad que creía haber perdido segundos antes fueron algunas de las emociones que experimenté en los siguientes minutos. Aunque, en verdad, en lo que esas emociones se habían convertido era en un tobogán. Y acuático, para más señas, porque tan sólo un instante atrás estaban ahogándose en el fondo de la piscina tras haber descendido a los infiernos, mientras que

ahora se situaban en el último peldaño, pero en dirección al cielo. Y dispuesta estaba a alcanzar la luna, esa que ya era mía, con mi propia mano, a pesar de ser de día.

Tan entusiasmada estaba haciéndome dueña nuevamente de la posición que creía haber perdido que no reparé en la última línea de la nota hasta que la releí entera para aprender de memoria cada una de sus palabras. Y lo que esa frase decía era lo siguiente:

P. D. Y se trata de un acontecimiento de altura.

De inmediato cogí el teléfono, pero no sólo para que me aclarara esa cuestión, sino para agradecerle, y con toda mi alma, ese gesto tan especial, o incluso único, que había tenido conmigo.

—No creo que te merezcas menos —aseguró, tras deshacerme yo en halagos hacia el pastel y en elogios hacia él.

A decir verdad, no sabía si lo merecía o no, pero me encantaba que él lo pensara, sobre todo porque no estaba acostumbrada a ese tipo de atenciones. Al fin y a la postre —y exceptuando a Hugo y su escaparate de Louis Vuitton en miniatura—, supongo que lo mismo que sentía yo por mis novios sentían ellos por mí, nada que mereciera un alarde tan extraordinario de facultades.

Visto así, tal vez en eso consistía el amor, en ser exagerado, desmesurado, desorbitado, como esa luna que se había quedado sin la suya y que reposaba sobre la encimera de mi cocina.

Nerviosa como estaba, no le pregunté por el significado de la última línea de su nota y, para cuando fui a hacerlo, ya era demasiado tarde.

—Si no te importa hablamos después. Tengo el restaurante lleno y la verdad es que no doy abasto. ¿Te llamo cuando acabe?

Ignacio tenía toda la razón. Se trataba de la peor hora, la de la comida. Y la altura de nuestra cita en Bélgica era un tema que bien podría esperar unas horas, aunque lo cierto era que la curiosidad me estaba matando por dentro.

Otro problema añadido que se me presentaba era que la felicidad solía

darme hambre, de manera que me tendría que contener para no comerme yo sola el resto del frigorífico, lo que había sobrevivido al apetito de Ignacio el día anterior.

Al final, haciendo un ejercicio de autocontrol me conformé con una ensalada, que me comí, eso sí, mirando mi satélite, mi luna, la misma que me vi incapaz de tomar como postre.

De haberlo hecho me habría parecido un sacrilegio sentimental. Yo bien sabía que, si no lo hacía, tarde o temprano se acabaría estropeando. Pero una cosa es morir de viejo y otra muy distinta en la flor de la vida, y más aún acabar devorada.

«Le haré miles de fotos —pensé como solución—, y después ya veré si soy capaz de hincarle el diente.»

Convencida, pues, me dispuse a recoger los restos de la comida cuando vi que la pantalla de mi móvil se iluminaba.

«¿Será un wasap de Ignacio?», me dio un vuelco al corazón con la sola idea de volver a tener noticias tuyas, y tan rápido.

Sin embargo, cuando me acerqué comprobé que se trataba de Claudio.

Desde la comida que compartimos el sábado anterior no había vuelto a tener noticias tuyas. Y en verdad tampoco las esperaba. O tal vez sí.

Contra todo pronóstico, o contra mis miedos, al final de la comida me pareció advertir que los ojos de Claudio no se habían posado en mí, en el terreno afectivo. En consecuencia, lo que alcancé a intuir fue que más que prendado lo que estaba era agradecido, por haberlo escuchado, y de alguna manera ayudado a iniciar una nueva vida.

En esa línea, entraba dentro de lo posible tanto que me llamara como que no volviera a hacerlo, ya que o bien consideraba que su agradecimiento había quedado saldado con la comida a la que me había invitado o que la intimidad que se había establecido entre nosotros, merced a su revelación, respondía al nombre de amistad.

¿Has hecho algún avance con

el escaparate de invierno?

En el transcurso de la comida había quedado claro que se trataba de un asunto que podía esperar, por lo que sus palabras me sorprendieron en extremo, a no ser que las interpretara como un intento de acercamiento hasta lo personal desde el terreno laboral.

Unos segundos dudé, sin saber muy bien qué actitud adoptar o qué respuesta darle, hasta que una bombilla se encendió en mi cerebro.

¿Estás libre el viernes por la noche? Si te apetece podemos quedar para cenar en el restaurante Árkada. Acaban de abrirlo y es un lugar que merece la pena conocer, tanto por su diseño como por su comida. Y para ese día ya tendré realizado un boceto del escaparate.

En la conversación previa mantenida con Ignacio me había comentado que no saldríamos para Bélgica hasta el sábado por la mañana, de forma que había tiempo para que esa cena se celebrara y, de paso, matar dos pájaros de un tiro.

Me parece perfecto. ¿Reservas tú o lo hago yo?

No te preocupes. Ya lo hago yo.

Genial. ¿Quedamos a las diez, por ejemplo?

Esa propensión suya a la anticipación, o al control, me incomodaba un poco. Yo para el trabajo tenía una actitud que podría ser considerada germánica, por inflexible, ya que cuando la gente deposita en ti tanto su confianza como su dinero no puedes sino dar lo mejor de ti mismo. No obstante, cuando los temas laborales se salpican con los personales, como ese pasado de Claudio que yo conocía, una cierta relajación no estaría de más.

Déjame que lo confirme primero con ellos, y te digo algo.

De acuerdo, entonces. Espero tus noticias.

Y bien que me constaba que lo haría. Por tanto, acto seguido llamé a mi hermana para comprobar que habría una mesa libre ese día a esa hora.

—¿Estarás trabajando ya el viernes en el restaurante? —le pregunté, pues.

—Sí. De hecho, ya he empezado a trabajar allí.

—¡Ah! Genial, entonces. ¿Me podrías reservar una mesa para el viernes por la noche?

—¿Vas a venir? —se sorprendió—. ¿No tendrías que estar haciendo la maleta?

—Mujer, me dará tiempo, que sólo vamos a pasar fuera dos días y una noche.

—¿Y para qué vas a venir? ¿Para cenar tú sola? —volvió a extrañarse—. Porque tanto Ignacio como yo estaremos trabajando.

—No. No voy a ir sola. Iré con Patricia. Quiero que conozca a Ignacio.

—¿Y no crees que es un poco pronto para que conozca a tus amigas? —afirmó una sorprendentemente juiciosa Olga.

—Puede, pero me apetece. Y, por favor, no se lo digas a él, que quiero que sea una sorpresa —le rogué.

En ningún caso pensaba llevar a Patricia, puesto que, como bien decía mi hermana, era demasiado pronto para ese tipo de presentaciones.

—Pero, resumiendo —intenté concretar—, ¿tendrás libre una mesa el viernes a las diez, en la terraza?

—Cuenta con ello —me confirmó—, pero ten cuidado. Yo que tú lo pensaría bien antes de hacerlo.

Tanto me advirtió que una nube de sospecha se adentró en mi cabeza. ¿Qué sabía ella de Ignacio para que saltaran sus alarmas? Al fin y al cabo, sólo se habían visto en un par de ocasiones antes de las copas que compartimos tras la cena a la que Olga y yo acudimos invitadas por él. Y, según ella, en esas ocasiones sólo habían hablado de generalidades.

Un buen rato seguí pensando sobre ello, sin llegar a ninguna conclusión,

hasta que caí en la cuenta de que no le había confirmado a Claudio la hora, lo que sería imperdonable desde su punto de vista.

Hecho. Cena a las diez el viernes en Árkada.

Como colofón del mensaje le envié no sólo la dirección del restaurante, sino su web, para que pudiera conocer el establecimiento donde iba a comer, de forma que su necesidad de control se viera satisfecha.

Tras trabajar un rato en el ordenador, realizando encargos para los próximos escaparates que tenía previstos, me dispuse a acometer la limpieza de la casa que no había podido llevar a cabo el día anterior, actividad que me gustaba hacer con música, ya que liberaba mis endorfinas, haciéndome más llevadera la tarea.

En mitad de la faena estaba cuando por fin llegó la llamada que tanto esperaba y ansiaba: la de Ignacio. Y tras un buen rato hablando sobre cuestiones sin importancia, fue él quien se encargó de centrar la conversación.

—Te cuento algo más sobre el sitio en el que cenarás el sábado. Menú principal: vértigo, y la recomendación para el vestuario es que no lleves chanclas. Y, por si no lo has adivinado todavía, el restaurante se llama Cena en el Cielo. Y hasta ahí puedo leer.

A mi entender, lo que íbamos a compartir el sábado no era una cena, sino una aventura, de las que convierten, al menos, un día de tu vida en un sueño. Y eso me hacía quererlo aún más.

Y por si albergaba alguna duda a ese respecto, nada más colgarle la canción que sonó en mi altavoz confirmó mis sospechas. Se trataba de una de The Script, titulada *I'm Yours*, «Soy tuya», lo que a esas alturas ya no podía ser más cierto.

## El enredo

La semana pasó en un suspiro, y me refiero tanto a la facilidad con la que los días se sucedían como a que yo no hacía más que suspirar, pensando en Ignacio. Y, además, tenía donde elegir para hacerlo.

Por una parte, mi memoria se deshacía recordando todos y cada uno de los momentos que habíamos compartido durante el fin de semana. En segundo lugar, aunque desde que se había marchado el domingo habíamos hablado todos los días, y hasta varias veces, no habíamos vuelto a vernos debido al trabajo, por lo que mi corazón andaba bastante ausente y cabizbajo; es decir, huérfano de él, dedicado única y exclusivamente a la tarea de echarlo de menos. Y es que, a pesar de no haberlo experimentado hasta ese momento, enseguida pude comprobar que el amor es como un matón, corpulento, y hasta violento, porque te arrolla, te tumba, te derriba, te deja sin aliento y sin escapatoria, de manera que no que te queda más remedio que sucumbir a él.

Y, en tercer lugar, mi mente se derretía ante la perspectiva de los próximos días que pasaríamos juntos. Y nada menos que en Bélgica, un país que ni siquiera conocía.

Pero antes de que llegara el sábado por la mañana —momento en el que partiríamos hacia allí— se celebraría una cena, prevista para el viernes por la noche, que yo misma había organizado en el restaurante de Ignacio y de Olga, y a la que acudiría Claudio.

En general, yo no solía ser muy celestina, o nada en absoluto, dado que ese papel en la familia ya lo interpretaba mi hermana. Sin embargo, en esta ocasión me sentía tan feliz, y con tanto amor para dar y tomar, que me convencí

a mí misma de que sería una buena idea que los demás también se beneficiaran, o participaran de él.

Al fin y al cabo, si yo estaba con Ignacio era gracias a Olga, quien se había empeñado, y emperrado, en que nos conociéramos. En consecuencia, como ser agradecidos es de bien nacidos, yo me dispuse a serlo, con ella.

—Te has acordado de reservar una mesa, ¿verdad? —llamé a Olga el viernes por la mañana para cerciorarme de que todo estaba bajo control.

—Por descontado —me aseguró—. Y va a ser la mejor de la terraza.

A Claudio, por el contrario, no hizo falta que se lo confirmara, ya que con lo previsor que era fue él quien me llamó.

—Nos vemos esta noche en Árkada, ¿no?

—Por supuesto —le respondí rotunda.

—¿Prefieres que pase a buscarte un rato antes o quieres que nos veamos allí? —me ofreció solícito.

—Quedamos en el restaurante, si no te importa —me desmarqué, puesto que ya desde el principio prefería desligar nuestros caminos, incluidos los automovilísticos—. Ando bastante liada y probablemente vaya directamente desde la tienda en la que llevo todo el día trabajando.

—De acuerdo, entonces.

A ciencia cierta, yo no sabía qué edad tendría Claudio, aunque yo le había calculado unos cuarenta. Así, si mi suposición era correcta, tal vez fuera un poco joven para Olga, pero nadie mejor que ella podría entender esa experiencia tan traumática que él había vivido en el pasado. Además, los cincuenta de mi hermana no eran los nuevos cuarenta, como suele decirse, sino los apenas treinta que en verdad aparentaba.

Por otra parte, Olga tenía una actitud tan resuelta e incluso beligerante para con la edad que un puñado de años no se me antojaba ningún problema para ella. De hecho, todavía me río cada vez que me acuerdo del consejo que me dio cuando entré oficialmente en la treintena: «A por ellos, que son pocos y cobardes».

Y por lo que a Claudio se refería, en su mano estaba enfrentar, y afrontar, la nueva vida que él ya había atisbado con un plus añadido, porque eso era lo que significaban los años de más de mi hermana. A la hora de comprar un coche, ¿quién se quedaría sólo con lo básico, con lo que viene de serie, pudiendo elegir todos los extras?

En mi opinión, formaban la pareja perfecta.

Y como estaba deseando comprobarlo, me fui con tiempo al restaurante, y además con la intención de ver a Ignacio, sorprendiéndolo con mi presencia allí.

Así pues, llegué a Árkada con casi media de hora de adelanto sobre la hora acordada. Desgraciadamente, ni Ignacio estaba disponible en ese momento ni mi hermana en su puesto, por lo que fue un camarero quien me acompañó hasta la mesa reservada a mi nombre.

—Me parece que ésta no es la mía —le indiqué—, porque aquí hay cuatro servicios, y yo había reservado sólo para dos personas.

—Lo siento, pero en el listado aparece muy claro: Mesa 8, terraza, Andrea Salazar. No obstante, en cuanto Olga acabe de hablar con el dueño, le comentaré el problema.

—Tranquilo, no pasa nada —le quité importancia al asunto.

Al fin y al cabo, el procedimiento era tan sencillo como retirar los dos cubiertos que sobraban, de manera que, obediente, me senté. Aunque, eso sí, sin alcanzar a comprender los motivos de Olga para obviar mis indicaciones. Y, conociéndola, convencida estaba de que no se trataba de un error.

Puede que la razón se debiera a haber previsto unirse a nosotros —o nosotras, ya que ella contaba con que mi invitada fuera Patricia— en algún momento de la cena. Y no sólo ella, sino también Ignacio, lo que no se correspondía en absoluto con lo que yo había ideado y, a decir verdad, no sabía si sería bueno o malo.

Mi plan era mucho más sencillo que todo eso y consistía en que, cuando Olga se acercara a saludar a Patricia, yo le presentaría a Claudio, con la

esperanza de que el factor sorpresa, sumado al hecho de que él era bastante atractivo, desencadenara en ella alguna reacción.

De haberlo hecho de otra forma, advirtiéndole de que iba a ser un cliente mío quien compartiera mi mesa, al que yo tenía interés en que ella conociera, se habría cerrado en banda desde el principio. Y es que Olga le había dado la espalda a su vida amorosa desde que fracasó su matrimonio con Álvaro. De hecho, no recordaba que hubiera tenido ninguna cita en los últimos veinte años, siempre centrada en sacarnos adelante a todas, a sus hijas y a mí.

Sin embargo, ya había llegado el momento de que el primer plano fuera para ella.

Y, en cuanto a Claudio, yo esperaba ese mismo deslumbramiento al conocerla. Además, en su caso, jamás advertiría que se había tratado de una encerrona, puesto que estaba más que justificado que acudiéramos a cenar a un restaurante regentado por mi hermana, circunstancia que le comunicaría al presentarlos.

Pero, visto el estado que cobraban las actuaciones, con Ignacio presumiblemente sentado a la mesa también, empecé a ponerme nerviosa, porque una cosa era entrar un minuto en la cocina a saludarlo y otra muy diferente compartir mesa y mantel con él... y con Claudio, quien además no estaba muy segura yo de que no sintiera algo por mí. Y si se lo hubiera advertido, el asunto habría tenido un pasar, pero, de sopetón, no lo tendría.

Además, si era demasiado pronto para presentarle a mi mejor amiga, fuera de lugar estaba hacer lo mismo con un cliente que muy probablemente deseaba ser algo más.

Con esa facilidad que tenemos las mujeres para adelantar los acontecimientos, así como para visualizar las escenas que están por ocurrir, de repente una secuencia me invadió: ¿cómo presentaría a Ignacio? ¿Con qué sustantivo? Mi novio, no, porque no lo era; mi amigo tampoco, porque tal vez se ofendería, y menos aún uno especial, porque a saber si lo seguiría siendo después de la presentación. ¿Simplemente el chef del restaurante? Si de algo

pecaba esa expresión era, precisamente, de simple. ¿Mi chef particular? Menos todavía, porque además de peyorativo sonaba despectivo y no se ajustaba en absoluto a lo que yo sentía por él.

Un sudor helado empezó a recorrerme todo el cuerpo, como el que se genera en una bebida fría cuando entra en contacto con la temperatura ambiente, que no hizo sino incrementarse cuando vi que dos personas se acercaban a la mesa.

—Hola, tía, ¿qué tal te va la vida?

Ese «tía» no se trataba de un apelativo coloquial, sino carnal, ya que quienes acababan de llegar eran mis dos sobrinas, Jimena y Daniela.

—Pero ¡qué sorpresa! ¿Qué hacéis aquí? —me alegré tanto como me sorprendí al verlas.

—Ni idea. Mamá nos ha dicho que viniéramos a cenar aquí, contigo y con Patricia, y no sabemos más. ¿Qué es lo que vamos a celebrar? —preguntó Daniela.

Un funeral era lo que íbamos a celebrar. El mío.

Pero ¿cómo se le podía haber ocurrido a Olga invitar a las niñas? Si ella misma pensaba que era demasiado pronto para presentarle a Ignacio a mi mejor amiga, ¡una debacle sería hacer lo propio con mis sobrinas! ¿En qué se iba a convertir aquello? ¿En una reunión familiar con el propósito de espantar a Ignacio? Y, lo que era aún peor, ¿qué iba a pensar Claudio?, ¿que era una encerrona para él?

Visto así, la única que me faltaba para que el funeral, el mío, estuviera completo era la tía Conchita.

Y, como no podía ser de otra manera, porque una vez que la cascada de las desgracias comienza a verter agua resulta imposible de parar, de repente Jimena comentó:

—Me acaba de escribir la tía Conchita para decirme que no os ha podido localizar a ninguna de las dos.

—¿Y qué quería? —me alarmé, más por las consecuencias que ese hecho

podiera ocasionarme, precisamente en aquellos momentos, que por lo que hubiera podido ocurrirle a ella y que necesitara de nuestra atención.

—Informaros de que ha tenido un accidente, pero que Macarena la lleva al hospital.

—Pero ¿qué le ha pasado? ¿Qué más te ha dicho? ¿Y qué le has dicho tú?

—Que quién es Macarena.

A pesar de las circunstancias de tanta zozobra en las que me encontraba, una carcajada me invadió.

—Mujer, que se va a ofender —le reocriminé, aunque con una sonrisa complaciente.

—¿Y qué importa?, se va a ofender igual —me respondió—. Además, seguro que lo que ha sucedido será algo sin importancia, como suele ser habitual en ella.

En eso no me quedaba más remedio que darle la razón.

—Me está contando ahora mismo que, al parecer, ha habido varios muertos y heridos graves.

—¡Dios mío! —me alarmé de verdad—. ¿Habrá sido un accidente de tráfico?

Obediente, Jimena tecleó la pregunta en su móvil, que apenas un segundo después ya había obtenido su respuesta.

—Dice que el accidente ha sido que ella se ha quedado sin ver «Supervivientes».

Imposible de evitar esa segunda carcajada, aunque con remordimientos por esas personas que habían muerto o resultado heridas. «¡Pobre gente!», me lamenté yo por ellos, ya que Conchita sería incapaz a pesar de haberlos tenido delante.

No obstante, aún seguía sin saber cuál era la raíz del problema.

—Pero ¿qué le ha pasado a ella? ¿Por qué está en el hospital? —inquirí, pues.

—No lo sé, aunque me acaba de mandar un audio, seguro que por error,

porque no me consta que sepa hacerlo, en el que se la oye hablar con un médico al que está increpando. Y sus palabras, textuales, son: «Ya que ha habido tres muertos, de lo que se trata es de que el cuarto no sea yo».

Las tres soltamos una carcajada a la vez, porque ésa era nuestra tía Conchita en su estado más puro.

—Ahora mismo le pregunto de qué tiene previsto morir.

—¿Y ya ha respondido algo? —inquirí.

—Sí, que de aburrimiento, mientras espera a que la atiendan.

Nueva ronda de carcajadas, que no me hizo olvidar que aún desconocía la razón por la que Conchita se encontraba allí.

—Según parece —continuó Jimena—, cuando iba andando por la calle, de camino hacia su casa, un objeto extraño, procedente de la colisión, ha impactado en su cuello.

—¿En serio?! —exclamé, ya imaginándome a mi tía desangrándose por culpa de un cristal clavado en su yugular.

—Completamente —confirmó Jimena—, tanto como el caramelo de tofe que se le ha adherido al pelo y que, como son tan pegajosos, no se puede despegar.

—¿En serio?! —volví a exclamar, esta vez imaginándome ya a la Conchita real, despilfarrando los recursos de la Seguridad Social y, lo que era probablemente peor, encabronando al personal.

—¿Pasa algo más? —le pregunté a Jimena al ver que se acercaba el teléfono para poder escuchar mejor.

—Sí. Un nuevo mensaje de audio. El médico al que ella increpaba antes la está increpando a ella ahora.

—¿Y qué le dice? —quise saber con una curiosidad que era malsana.

—Que como en los próximos dos segundos no abandone el hospital...

—¿Avisa a seguridad? —la interrumpí, al estar segura de conocía el resultado de la historia.

—Da instrucciones a la enfermera para que le rape el pelo al cero, que va a

ver cómo así se le despega el caramelo.

Tras soltar unas cuantas risas más, casi me congratulé de que mi tía hubiera encontrado la horma de su zapato.

—Espera, que sigue escribiendo —comentó Jimena.

—¿Se va a amotinar? —traté de averiguar su reacción, por cuanto la creía capaz de semejante despropósito.

—Contra nosotras. Pregunta por qué estamos celebrando algo sin ella. Dice que también tiene un papel en esta familia.

—¿Y qué le estás escribiendo? —indagué, al ver que Jimena sonreía de medio lado mientras tecleaba.

—Que el suyo es el higiénico.

La risa que me se escapó en primera instancia no fue óbice para que regañara a mi sobrina acto seguido.

—Eso no está bien. Y, además, conociéndola, se va a ofender.

—Le he puesto tres emoticonos, de los que se carcajean de lado, así que habrá que poner a prueba su sentido del humor.

—¿Y lo tiene? —me sorprendí al ver que Jimena se desternillaba mientras leía la pantalla de su móvil.

—Dice que al menos el suyo es individual y no de doble capa, como el mío, porque sin mi gemela no valgo ni para limpiar esa parte, sálvese la parte. Y que cuando aprenda a poner emoticonos seré a la primera a la que le mande una peineta.

Casi me caigo al suelo, pero no sólo por lo lenguaraz y viperina que se mostraba, sino por el ingenio que demostraba. ¡Ésa no podía ser mi tía!

—Ahora ha cambiado el discurso, para hacerse la mártir —indicó Jimena.

—¿Y qué cuenta? —pregunté, y de sobresalto en sobresalto.

—Que parece mentira, con todo lo que ha hecho por nosotras, que no contemos con ella como parte de la familia. «Qué triste llegar a vieja y saber que tu vida entera te cabe en el interior de una maleta, y sin tener a nadie que cargue con ella», son sus palabras exactas.

Y, precisamente, en la última parte de la frase radicaba la cuestión.

—¿Y qué le estás escribiendo ahora? —me alarmé, porque bien sabía yo que mi tía era capaz de presentarse allí e iniciar la tercera guerra mundial, puede que no física, pero sí verbal. Y es que si algunas personas emplean las palabras como si fueran mensajeros de la paz, otros lo hacen desde la perspectiva del soldado, empuñando granadas de mano.

—Que está obsoleta —me contestó Jimena—. Que hoy en día no es en una maleta donde cabe tu vida, sino en Instagram.

—¡Menos mal! —respiré aliviada, al intuir que el proceso de paz había dado comienzo..., aunque me equivocaba.

—¿Y qué dice ahora? —le consulté a Jimena al observar que sus ojos seguían devorando líneas de texto.

—Me pregunta si ahí también hay emoticonos, «porque mira que se me dan mal, así que si me enseñas te compro un cargamento entero de papel higiénico, del bueno, para que puedas disfrutarlo en soledad».

El cuerpo no me daba para sacudirme la risa, que se apelonaba, o amontonaba, en mi garganta, y que me asfixiaba más que me liberaba.

Definitivamente, algo había sucedido en mí tía que la había transformado o convertido en alguien diferente a quien fue, probablemente en la persona que siempre quiso ser, porque esa voluntad, verbal, que se adivinaba en ella sólo podía ser consecuencia de otra voluntad, existencial: la de sacar fuera todo lo que, durante años, había estado macerando dentro.

—Bromas aparte —intervino Daniela—, hay una cosa en la que Conchita tiene razón. ¿Qué es lo que estamos haciendo aquí? ¿Qué celebramos? Y, por otra parte, ¿por qué no ha venido Patricia todavía?

—Habíamos quedado a las diez y son menos cuarto, y además... —quise comenzar con la segunda parte de la explicación, hasta que Daniela me interrumpió.

—¡Ah! Ya entiendo. Mamá nos ha vuelto a engañar. Nos ha citado aquí a las nueve y media para asegurarse de que estábamos a las diez.

—Puedes estar segura —le confirmé, para a continuación comentarles a las dos que la persona que vendría a cenar no sería Patricia, sino un cliente, aunque sin entrar en detalles sobre mi incursión como celestina en la vida de los demás.

—Qué calladito te lo tenías —se sonrió Daniela al final de mi explicación.

—Así que eres una moderna —aseguró Jimena acto seguido—, que los tienes a pares. Y una valiente, porque los enseñas, y el uno al otro.

Por más que intenté convencerlas de que estaban en un error, y que con el único con el que había empezado una relación era Ignacio, no hubo manera de hacerlas entrar en razón... ni callar.

—Verás cuando salga Ignacio y vea al otro sentado a la mesa, aquí, en plan familia feliz con nosotras dos. Lo va a flipar —sentenció Daniela.

—Esto va a ser como una de esas cenas de Navidad en la que dos compañeros, borrachos como cubas, se lían; un tercero lo ve, que es amigo del marido de ella, al que avisa y que por descontento acude, de manera que se monta tal bacanal que al final tiene que intervenir la policía para que aquello no se convierta en una orgía, pero de sangre —vaticinó Jimena.

—¿Tienes bastante batería para grabar? —le preguntó Daniela a su hermana.

—A tope —le respondió contundente Jimena.

—Perfecto. Tú grabas la escena general y yo las caras de Ignacio y mamá cuando aparezcan. Hoy vamos a reventar Instagram, ya lo verás —se frotaba Daniela las manos mientras se deshacía en risas.

—Pero ¿os habéis vuelto locas, niñas? —les recriminé.

—Nosotras, no. Aquí la única loca eres tú si crees que vas a salir indemne de esto. Además, te vas a agenciar a dos ex de golpe, y no sabes lo peligroso que puede llegar a ser eso —me previno Jimena.

—¿De qué estás hablando? —inquirí, sin tener ni idea de a lo que se refería.

—Cuando se saben rechazados, por no decir cornudos, como en este caso,

algunos se enfadan, que son los mejores, porque se les pasa y punto. Sin embargo, los peores son los que no lo asumen, los que intentan captarte para su causa otra vez —me explicó Daniela.

—¿Cómo que cornudos...? —amagué con sacarla de su error una vez más, sin que Jimena me dejara acabar mi frase.

—Lo mejor que podemos hacer por ti es darte un par de consejos sobre lo que debes decir en caso de que se pongan demasiado cansinos. Y el primero de ellos es claridad: nada de palabras amables para no herir susceptibilidades —me aclaró Jimena.

—Por ejemplo —tomó el relevo Daniela—, cuando te insistan en que quieren volver, lo que tienes que decirles es que tú también pretendes que todo sea como antes.

—Pero ¿eso no es un contrasentido? —conseguí meter baza en la conversación.

—Así, cuando él te pregunte —ignoró Daniela mi comentario—: «¿De verdad quieres que todo sea como antes?!», tú debes responder: «Sí, cuando ni siquiera sabía que existías».

A pesar del entuerto, he de reconocer que estaba disfrutando enormemente con la charla, al poder ver de cerca a esas mujeres tan inteligentes y divertidas en las que se habían convertido mis sobrinas.

—Y, en caso de que el ex en cuestión sea un ser astral —intervino Jimena — y te diga algo así como que tú eres su sol, debes asegurarle que tú prefieres que él sea el tuyo.

—¿Y de nuevo no es una contradicción? —intenté hacer valer esta vez mi voz.

—No, porque cuando él te pregunte entusiasmado: «¿En serio?!», tú tienes que contestarle: «Claro que sí, así que aléjate unos ciento cincuenta millones de kilómetros y, una vez allí, préndete fuego».

Lágrimas tenía en los ojos provocadas por las risas, y orgullo en el corazón porque, al menos en una pequeña parte, yo había contribuido a que esas dos

personas que se sentaban junto a mí fueran maravillosas.

Cuando faltaban cinco minutos para las diez, la pantalla de mi móvil se encendió, como consecuencia de un wasap de Claudio.

Me vas a tener que disculpar, pero me temo que no voy a poder acudir a la cena. Ha habido un accidente grave y han cortado todas las calles por las que podría atravesar para llegar hasta allí.

Nunca en mi vida me había alegrado tanto de que me dieran plantón, vistos los malos augurios con los que se presentaba la noche, aunque a la vez rezando para que el pobre Claudio no fuera un daño colateral... de la tía Conchita.

Poco después, Ignacio —advertido por el camarero— se acercó a saludar y, a pesar de que en un primer momento se quedó algo desconcertado por mi presencia allí, así como por la de mis sobrinas, Jimena consiguió salvar la situación.

—Hemos venido todas a celebrar el nuevo trabajo de mi madre.

No obstante, cuando se volvió sobre sus pasos para regresar a la cocina, me pareció advertir un gesto de desagrado en su rostro, tal vez por haber perpetrado yo una intromisión en su mundo sin haberle advertido antes. O por lo que creyó que se trataba de una encerrona familiar.

«Menos mal que al final no ha venido Claudio», me alegré de nuevo, al considerar que habría sido la estocada final.

Por lo que se refería a mi hermana, entró poco después, acompañada del dueño del restaurante, a quien nos presentó. Y aunque cualquiera podría pensar que ya habría tenido bastante ración de *celestineo* por aquel día, en cuanto conocí a Vidal no pude por menos que pensar que era perfecto para Patricia.

Varios días llevaba dándole vueltas al asunto, al hecho de que mi amiga hubiera superado con tanta facilidad como celeridad su amor por Hernán, que había sido longevo, lo que en ningún caso podía ser realista. Por tanto, ante el temor de que recayera, en ese mismo instante decidí encontrar un ebanista, a

fin de conseguir que un clavo sacara otro clavo. Y a fe mía que Vidal parecía tener las manos de un experto carpintero.

Así pues, quizá a la vuelta de Bélgica podría organizar una cena en mi terraza para todos los allí presentes, incluidos los dos ausentes.

Absorta en esos pensamientos estaba, de camino hacia mi coche, cuando Ignacio me alcanzó de una carrera para, además de volver a despedirse de mí, formularme una sencilla pregunta:

—¿Para quién era la silla que estaba libre?

## El viaje

Ignacio y yo habíamos quedado a las seis de la mañana en el aeropuerto con destino a Bruselas, porque hasta el momento de poner un pie en el avión yo no supe a qué ciudad nos dirigíamos.

Lo que sí sabía era que saldríamos en el primer vuelo de la mañana, a fin de aprovechar el tiempo al máximo en nuestro destino, fuera el que fuese. Y, de igual manera, que volveríamos en el último la noche del domingo.

Una vez allí, en la puerta de embarque, con tantos nervios como expectación, pensé que si todos los viajes entrañan una pequeña o gran aventura por aquellos lugares desconocidos que vas a descubrir, éste además incorporaba un extra: compartir esos sitios que, con suerte, acabarían siendo nuestros, al menos en nuestra memoria.

—¿Lista para compartir el cielo conmigo? —me preguntó en el mismo sentido Ignacio justo antes de entrar, palabras que acompañó de un guiño, al que siguió una sonrisa.

Más que lista, lo que yo estaba era preparada, para paladear la gloria, esa que suele asociarse con la bóveda celeste que nos acoge, nos recoge y nos protege, y a la que yo identificaba con su presencia.

—Planteado así, ese cielo me parece el mejor sitio en el que estar —le respondí, envidando tanto su guiño como su sonrisa.

En consecuencia, en el momento de despegar, cuando el avión aceleraba para poder obtener la potencia necesaria que le garantizara el ascenso, la sensación que yo tenía era que mi corazón alimentaba sus motores, y una vez

que se desprendió de la tierra, que fuera mi estómago quien lo aupara hasta ese mismo cielo que él quería que compartiésemos.

Hasta ese momento yo había volado muchas veces, pero no recordaba haber sentido esa clase de intensidad, aunque quizá se debiera al entusiasmo, o a la vehemencia, de mis sentimientos hacia Ignacio, dado que ése sí era un territorio ignoto para mí.

Cuando ya estuvimos dentro, me cedió amablemente el asiento más próximo a la ventanilla, pese a que la mayor parte del tiempo la pasara inclinado sobre mí, con la excusa de ver el paisaje más de cerca, si bien lo que quería ver la mayor parte de esas veces eran mis ojos, o sentir mis labios, o el tacto de mi piel, sin soltar en ningún momento mi mano.

Las dos horas largas que permanecemos en el avión las pasamos jugando a ver hormigas donde cientos de pies más abajo habría coches, o casas de muñecas que en realidad serían ciudades, y también mares de nubes, que eran los que en verdad parecían transportarnos hacia Bélgica.

Tras aterrizar, un taxi nos condujo desde el aeropuerto hasta Bruselas, hasta el hotel, que no se correspondía en absoluto con lo que yo me había imaginado.

Sin saber muy bien por qué, había dado por sentado que nos alojaríamos en un hotel pequeño, aunque coqueto, ya que se me antojaba el estilo de Ignacio, por lo que mi sorpresa fue mayúscula al descubrir que se trataba de un cinco estrellas, el hotel Amigo, y probablemente uno de los mejores de la ciudad.

—Paga la organización —me respondió sin haberle preguntado yo, al apreciar el asombro en mi cara.

Y aún más me asombré cuando me contó que se trataba de un edificio histórico, que antiguamente fue una prisión, pese a haber sido reconvertido en hotel ya a mediados del siglo pasado.

—Según me han comentado, las habitaciones tienen una decoración muy cuidada, y son amplias.

E Ignacio estaba en lo cierto. Todo era moderno, aunque con algún toque

antiguo, así como una clara tendencia hacia la sofisticación. No obstante, más que el interior, lo que más me gustó fue la fachada, porque tenía alma, la de su historia, que se desprendía de unos ladrillos rojizos que iluminaban hasta el tono de la mañana, que lucía marengo. Además, todas las ventanas que daban a la entrada principal estaban adornadas con jardineras, de las que sobresalían pequeñas flores que esparcían su color más allá de las macetas que las retenían.

Por otra parte, otra de las ventajas del hotel era que estaba extraordinariamente bien situado, a sólo unos metros de la Grand Place, el centro neurálgico de Bruselas, y también turístico. Así pues, tras dejar las maletas, nos dispusimos a recorrerlo, desde al ayuntamiento a la Casa del Rey, pasando por el edificio de la Bolsa o la iglesia de San Nicolás.

—Entre otras cosas, Bruselas es famosa por sus iglesias —me indicó Ignacio al salir—. Hay muchas, y muy bonitas.

—Y no sólo las iglesias. Todo es precioso. Incluyendo esos edificios barrocos y góticos que tenemos delante —le señalé con el dedo.

—En su tiempo fueron la sede de los gremios —me explicó.

En la actualidad, sin embargo, se trataba de un conjunto de edificios deslumbrantes que transmitía una sensación abrumadora debido a sus exquisitos y abundantes detalles, verdaderas filigranas que convertían la piedra sobre la que se asentaban en poesía. Y que poco después dejamos atrás para llegarnos hasta el Manneken Pis, esa pequeña estatua de bronce que representa a un niño dando salida a sus aguas menores en la base de una fuente y que constituye uno de los símbolos de Bruselas.

—También tiene su equivalente femenino: Jeanneke Pis. Es decir, la fuente de la niña meona. ¿Te apetece verla? —me preguntó.

—¡Claro! —exclamé entre risas—. ¡No van a ser los chicos los únicos que hagan pis en público!

—Además —prosiguió con una sonrisa en los labios—, al lado está la cervecería Delirium Tremens, un sitio que sí o sí tienes que conocer. ¿Has

oído hablar de él?

—La verdad es que no —reconocí.

—Se trata de una antigua bodega reconvertida en cervecería, de la que dicen es la mejor del mundo, o al menos la que más variedad de cervezas tiene, más de dos mil clases. De hecho, está en el *Libro Guinness de los récords*.

Cuando llegamos allí lo que más llamó mi atención fue el techo, decorado con placas de esmalte de todas las cervezas imaginables. Además, repartidos por las mesas, que eran barricas añejas acomodadas para ese uso, se encontraban unos libros, con forma y tamaño de listín telefónico, en los que se recogían todas las especialidades.

Sin embargo, lo que más me gustó fue la luz, tenue y cálida, que inundaba todo el espacio y que se mezclaba con los olores de épocas pasadas —como el que se desprendía de la madera que conformaba los toneles centenarios—, lo que le confería un cierto halo de nostalgia al local, a pesar de estar abarrotado de gente.

—¿Sabes ya qué clase de cerveza vas a pedir? ¿Y una o varias? —me preguntó Ignacio.

—¡Pues como probemos las dos mil no llegamos enteros a la cena!, de la que, por cierto, aún no me has contado nada —le reproché.

—Y así va a seguir hasta que no me quede más remedio que desvelarte algo —me respondió misterioso—. Pero, hablando de comida, cuando acabemos aquí tal vez deberíamos ir a picar algo, para evitar que el alcohol cause estragos, que yo necesito estar despejado.

—Me parece una buena idea —acepté encantada, porque apenas había desayunado y la cerveza que en breve me tomaría mucho me temía yo que llegara antes a mi cabeza que a mi estómago.

—Yo creo que podríamos ir a Chez Leon, que no queda lejos de aquí, en la rue des Bouchers. Es el típico restaurante de comida casera, con manteles de

cuadros en las mesas, y donde preparan unos buenos *moules et frites*, que son el plato típico de Bruselas: mejillones con patatas fritas.

—Tú eres un experto en esta ciudad —aseguré tras aceptar complacida su propuesta.

—He venido unas cuantas veces en los últimos años.

—¿Y el motivo? —quise saber.

—Laboral, y no pienso contarte más hasta esta noche —se reafirmó después de dedicarme una sonrisa que era tan grande como la cerveza que puso delante de mí, una Delirium Tremens, para hacer honor al lugar que nos acogía.

Su color era rojo, muy oscuro, aunque con una espuma ligeramente rosada, mientras que su sabor era agridulce.

—Se trata de la variedad Red —me aclaró—, y, entre otras cosas, el color se debe al empleo de cerezas en su elaboración.

Lo cierto era que me gustaba, y mucho, así como la botella, de vidrio pintado imitando a la cerámica, en cuya etiqueta aparecía el mismo elefante rosa que colgaba del letrero de la puerta de la cervecería.

—Espero haber acertado. No es fácil elegir por otro.

A lo que Ignacio se refería era a que yo había delegado en él la elección, al verme incapaz de escoger entre tantas alternativas.

—También dicen de ella que es la mejor marca del mundo, así que era casi obligado que la probaras —me indicó a continuación.

—Sobresaliente —la catalogué—, y si me adelantas algo de lo de esta noche, te doy matrícula de honor.

—No pienso dejarme sobornar —me advirtió sonriente.

Tanto misterio me intrigaba, y me encantaba, porque despertaba tanto mi curiosidad como mi imaginación. No obstante, tampoco tuve demasiado tiempo para tratar de desvelarlo, ya que en cuanto acabamos con la bebida, y con la comida poco después, continuamos con nuestro recorrido por la ciudad.

A ratos paseábamos cogidos de la mano, a veces abrazados, otras nos

deteníamos para besarnos, rodeados pero aislados a su vez del bullicio proveniente de esa gente que se afanaba en entrar y salir de tiendas, de bares, de restaurantes, sin que nosotros tuviéramos ojos, u oídos, más que para nosotros mismos.

De vuelta a la Grand Place, tras un buen rato caminando, nos dirigimos hacia el hotel.

—Si te parece bien, nos cambiamos ya para la cena —me sugirió Ignacio—, aunque aún quiero llevarte a otro lugar antes de ir hacia allá.

Ante aquella situación me vi en la obligación de hacerle una pregunta que en verdad odiaba, porque me parecía típica de una mujer insegura y frívola. El problema radicaba en que, sin su respuesta, sin esa información que sólo él podría facilitarme, puede que la cena se convirtiera en un desastre.

—¿Qué me pongo? —le pregunté, pues.

Dado que no sabía ni adónde iba ni a lo que iba, ya me imaginaba yo acudiendo con un atuendo informal a un acto para el que se precisaba etiqueta. Y el problema no radicaba sólo en que yo desentonara, sino en que lo dejara a él en mal lugar, y eso era algo que no estaba dispuesta a consentir.

—Ponte cómoda —me contestó convencido—. Yo voy a ir en vaqueros. Además, lleves lo que lleves, no se te va a ver.

«¿Acaso nos esperan en una fiesta de disfraces, que nos van a colocar nada más entrar?», me dije. No obstante, al estar plenamente convencida de que no me respondería, ni siquiera me molesté en preguntar, aunque no así por nuestro próximo destino.

—Y entonces ¿ahora adónde vamos?

—A Mini-Europe.

Se trataba de un parque compuesto por unas trescientas cincuenta maquetas en las que se representaban algunos de los edificios más emblemáticos de la Unión Europea.

—Los que más me gustan —me desveló Ignacio— son la torre Eiffel, que tiene trece metros de altura, y el Big Ben de Londres, con cuatro metros.

—¿Y españoles hay alguno? —quise saber.

—Sí. A mí me encanta el monasterio de El Escorial. Y, al parecer, la catedral de Santiago necesitó veinticuatro mil horas de trabajo.

—¡Impresionante! —me asombré al conocer ese dato.

—Lo es —me reconoció—. Y también el precio, porque cuanto más detalladas son las maquetas más caras resultan. Por ejemplo, la Grand Place, de aquí, de Bruselas, costó unos trescientos cincuenta mil euros.

—¡Impresionante de nuevo! —exclamé.

Y el lugar también lo era, dado que, además de los edificios, Mini-Europe estaba repleta de jardines y elementos móviles, como molinos, camiones, trenes o barcos, e incluso una reproducción del volcán Vesubio en plena erupción. Uno de esos lugares donde, más que el adulto, quien disfruta es ese niño que no ha crecido y que se encuentra agazapado dentro.

—Bueno, y ahora creo que ya no puedo retrasar más decirte adónde vamos —se lamentó Ignacio con sus palabras, pese a que sus labios exhibían una monumental sonrisa.

—¡Por fin! —casi grité de la emoción.

—Vamos al Atomium.

—¿Y no piensas contarme nada más? —me quejé.

—¡Claro! ¿Qué es lo que quieres saber? ¿Que el Atomium es a Bruselas lo mismo que la torre Eiffel a París? ¿Que representa un átomo de hierro ampliado 165.000 millones de veces? ¿Que su estructura tiene ciento dos metros de altura y que está formada por nueve esferas de dieciocho metros de diámetro comunicadas entre sí por tubos con escaleras mecánicas? ¿O que se puede entrar en el interior de las esferas, en una de las cuales hay un restaurante?

—¿Y es ahí donde se celebra la cena? —quise atajar hacia el terreno que en verdad me interesaba, lo que además cuadraba con la información que me había facilitado la semana anterior, cuando me desveló que el nombre del establecimiento era Cena en el Cielo y que el menú principal sería el vértigo.

«Pero ¿y la mención a que no llevara puestas unas chanclas?», me pregunté.  
«Se trataría de una gracia», yo misma me respondí.

—No —me contestó rotundo.

—¿No?! —inquirí desconcertada—. Y entonces ¿qué hacemos aquí?

—Mirar el cielo.

Tal vez su cielo y el mío estuvieran en lugares diferentes aquella noche, porque lo único que yo alcanzaba a ver en el mío era un atardecer que, a lo lejos, ya se intuía.

## El cielo

—Al otro lado —me indicó Ignacio cuando ya estábamos en el Atomium—. Tienes que mirar al otro lado.

Sin embargo, por más que me esforzaba yo en escudriñar el cielo, incluso tratando de localizar alguno de esos objetos voladores no identificados que la gente suele denominar ovnis —y que no me habría importado que me abdujera si con ello conseguía resolver el misterio, dicho sea de paso—, lo único que apreciaban mis ojos era una tarde despejada, gracias a un viento suave que dejaba enormes huecos azules al arrastrar las nubes hacia otros confines.

—Pero ¿qué es lo que tengo que ver? —protesté, aunque más molesta conmigo misma que con él por mi incapacidad para ver algo que, probablemente, para otro fuera evidente.

—Esas estructuras de metal —me indicó finalmente, a la vez que giraba mi cuerpo hacia el plano opuesto a donde yo me había situado, a fin de que mirara hacia el parque Heysel.

—Lo siento, pero no entiendo nada —le confesé sincera.

A pesar de haber cambiado mi posición, lo único que yo advertía era una especie de brazos de hierro, aunque no completamente verticales con respecto al suelo, y a cuyos pies se encontraban unas plataformas rectangulares.

—Vas a cenar a cincuenta metros de altura, y yo voy a preparar tu comida —me desveló.

—¿Perdona?! —exclamé, sin alcanzar a comprender todavía el alcance de sus palabras.

—Has oído bien —me aclaró—. Si te fijas con detenimiento, verás que

esas estructuras en verdad son grúas, que elevan las plataformas. Hay diez en total, y en cada una de ellas caben veintidós personas alrededor de una mesa, en cuyo centro se sitúan otras cuatro más: un sumiller, dos ayudantes y un chef. Y yo lo seré de la tuya.

—Pero... —amagué con preguntar, hasta que comprobé que eran tantas las cuestiones que se me acumulaban en el cerebro que no sabía cómo priorizarlas, por lo que Ignacio procedió a explicarme sin necesidad de que yo interviniera.

—En primer lugar, quiero tranquilizarte con respecto a tu seguridad. Estarás sujeta con un arnés, como en una montaña rusa, al igual que lo estaré yo y el resto de los pasajeros, por llamarlos de alguna manera. La única diferencia es que, mientras que los comensales están sentados, nosotros estamos de pie, preparando los platos o sirviendo las bebidas.

—¿Y deduzco que sabes tanto del tema porque ya has cocinado allá arriba?  
—alcancé a preguntar.

—Unas cuantas veces —me reconoció—, y por eso conozco tan bien la ciudad. La diferencia es que habitualmente sólo hay una grúa, mientras que hoy serán diez.

—¿Por alguna razón especial? —me interesé.

—En realidad, ya se hizo lo mismo hace dos años, con motivo del décimo aniversario de la compañía, pese a que entonces los diez chefs elegidos fueron belgas. En esta ocasión, sin embargo, que festejan sus primeros doce años, se han vuelto internacionales y me han pedido que participe.

—Y me apuesto todo lo que tengo a que colgando del cielo estarán los mejores cocineros del mundo, ¿verdad? —aseguré convencida tras escuchar su explicación.

En un primer momento, Ignacio no respondió, limitándose a sonreír humildemente. No obstante, tras unos segundos me ofreció una respuesta con la que parecía encontrarse a gusto.

—Me honra que hayan pensado en mí.

Y a mí me enorgullecía que lo hubieran hecho, pero, sobre todo, que él me hubiera elegido a mí para estar con él.

—¿Y sólo existe en Bélgica? —proseguí con mis indagaciones.

—Fue el lugar donde comenzó la iniciativa, si bien la empresa ya está implantada en más de cincuenta países. Y, además, no sólo existen este tipo de plataformas, para este tipo de eventos. Con los años se han ido renovando, y adaptando, para poder organizar desde un casino hasta un bar de copas, o incluso celebrar una boda o un concierto, incluyendo el piano. ¿Te imaginas lo que debe de ser escuchar a Beethoven, por ejemplo, con la bahía de Sídney a tus pies?

Sin lugar a dudas, la experiencia sería memorable, pero la que estábamos a punto de compartir no se me antojaba menor, ni más pequeña.

Así, mientras las plataformas se elevaban, la sensación que yo tenía era de que los cables de acero que tiraban de nosotros también lo hacían de mi corazón, así como de mi estómago, ya que ambos parecían empeñados en abandonar mi cuerpo, al igual que nuestro soporte había dejado atrás el suelo.

Suspendidos ya, y antes de observar el paisaje o la tierra que acabábamos de abandonar, a quien miré fue a Ignacio, para comprobar su cara de felicidad, mirando a ese cielo en el que prácticamente estábamos y hacia el que mi corazón trepaba tratando de alcanzarlo a él también, a Ignacio.

Una vez situados en los cincuenta metros estipulados, sí que me detuve a contemplar los jardines, con esa hierba que ya sólo se adivinaba a nuestros pies y que además era similar al mantel que cubría la superficie de las mesas, hecho de un material parecido al césped artificial.

Asimismo, se me antojaba que los edificios que se observaban en la distancia, así como el campo que los rodeaba, no conformaban una ciudad, sino un mundo, que Ignacio me ofrecía, tanto con su invitación como con cada una de las sonrisas que me dedicaba.

—¿Te gusta? —me preguntó con una mirada radiante.

—¿Bromeas? ¡Me entusiasma! —exclamé todo lo eufórica que pude y, de

haber estado permitido, habría saltado de alegría para demostrárselo.

—Además, el día acompaña —aseguró a continuación, mirando aún más arriba para comprobar el estado de las nubes.

De nuevo, Ignacio estaba en lo cierto, porque la tarde era amable, y apacible, con una brisa ligera que hacía todavía más agradable la experiencia, más real.

—En general —prosiguió—, la temporada comienza un poco más adelante, cuando el tiempo es más cálido y, sobre todo, más estable, con menos riesgo de lluvias, pero este año, en esta ocasión, han hecho una excepción.

Mientras los drones captaban imágenes de todas las plataformas ya alzadas, y mientras los comensales levantaban sus brazos en señal de valor, al igual que lo hacen los pasajeros de una montaña rusa antes de iniciar el descenso, tanto Ignacio como sus ayudantes comenzaron a preparar los platos, aquellos que nos dio a probar a mi hermana y a mí en la cena a la que nos invitó en Árkada.

Unos minutos antes, cuando nuestros pies pisaban todavía la tierra e Ignacio me explicaba en qué consistía el evento, creí que, al no tenerlo sentado a mi lado, no se trataría de la cena más romántica. Sin embargo, me equivocaba.

Era cierto que no podríamos mantener una conversación íntima, o cogernos de la mano, pero esas ausencias se suplían con creces viéndolo trabajar, charlando con la gente, bromeando con ellos o detallándoles los platos que iban a degustar.

Ése era Ignacio, en su elemento, un magnífico profesional y, además, haciendo gala de un don de gentes que más de un relaciones públicas habría envidiado.

Por otra parte, ya lo era, atractivo, sin necesidad de que yo lo mirara con mejores ojos, pero al igual que hay personas que se crecen ante la cámara, su presencia se agrandaba en contacto con los demás.

Más de una vez había oído decir que el sexo es una de las actividades que más unen a una pareja. Sin embargo, allí, a cincuenta metros de altura, y

separados por un arnés y una mesa de acero, bien cabía asegurar que yo no podía sentirme más próxima a él.

Poco a poco, la luz del día fue cayendo y la del atardecer comenzó a ascender por el horizonte. Si hay momentos en la vida que son mágicos, en cuyo curso parece intervenir una fuerza divina o astral no controlada por el ser humano, aquél fue uno de ellos: el instante en que se encendieron las luces, pero no sólo las de las plataformas —situadas en el interior del techo transparente que nos protegía de las inclemencias del tiempo—, sino las del Atomium. Y es que, de repente, su estructura metálica dejó de ser plateada para convertirse en azul, si bien sus brazos adquirieron diferentes tonalidades púrpuras. Además, las luces de las plataformas se reflejaban en cada una de sus esferas, simulando ser bolas destellantes que bien podrían colgar de un árbol, gigante, de Navidad.

En cuanto a las plataformas, barcas de luz flotando en el aire era lo que parecían, iluminadas por pequeñas lunas doradas, del mismo color que ese atardecer que ya se había apropiado de todo el horizonte.

Cuando, siendo noche cerrada ya, las plataformas descendieron hasta ocupar nuevamente el suelo, una y mil veces lo besé, y mil veces me besó él a mí, porque en ocasiones no hay mejor forma de expresar la gratitud que la piel, piel con piel.

—Me agrada saber que no vas a poner una reclamación —aseguró divertido al ser partícipe de mi entusiasmo.

—Todo lo contrario. De escribir algo sería una aclamación.

—Me alegro mucho de que hayas disfrutado tanto, de verdad —afirmó complacido.

—No me extraña que haya listas de espera para comer aquí —comenté—, porque la experiencia no puede ser más maravillosa, aunque, eso sí, si a cada chef le permiten traer a un invitado, no sé yo si el negocio lo va a resistir, ni cuánto va a persistir.

No había acabado de pronunciar esas palabras cuando advertí un gesto de

incomodidad en él.

—Lo siento —me disculpé—. ¿He dicho algo que te haya molestado? Porque en ningún caso era mi intención...

—Claro que no —me interrumpió—. Es que estos temas no me gusta tratarlos, cuando hay dinero de por medio.

—¿A qué te refieres? —le pregunté, al no alcanzar a comprender a lo que se refería.

—Podría mentirte y dejar que siguieras creyendo que es la empresa organizadora la que ha pagado tu cena...

—¿La has abonado tú? —lo interrumpí yo en esta ocasión, y casi avergonzada—. Y ¿por qué no me lo has dicho? Lo habría hecho yo. Esta cena debe de ser de todo menos barata.

—A mí me apetecía mucho que vinieras, y ése es el fin de la cuestión. Y si lo aclaro es simplemente porque no me gusta ocultar cosas, y menos aún tonterías como ésa.

Esa declaración suya cayó como una losa en mi conciencia, ya que, la noche anterior, cuando yo ya me marchaba del restaurante y él se acercó con la intención de preguntarme para quién era la silla que nadie llegó a ocupar, le mentí.

—Para mi amiga Patricia —le aseguré entonces—, que es una segunda hermana para mí y que, como parte de la familia que es, también se merecía estar presente en la celebración del nuevo trabajo de Olga.

—Y ¿por qué has dudado al responder? —me preguntó él entre divertido y confuso.

—¿Lo he hecho? —volví a mentir, ya que nunca fue más cierto que ese día que las mentiras se tarda una fracción de segundo en elaborarse, mientras que las verdades fluyen inmediatas.

Bien podría haber elegido a Conchita como cuarto comensal, que tal vez hubiera quedado más natural, puesto que, y aunque nos pesara, ella sí que era

parte de la familia, al menos de la sanguínea. O haber optado por decir la verdad.

Por el contrario, me decanté por la creatividad narrativa, en primer lugar, porque me avergonzaba el papel de celestina que había decidido adoptar y, en segundo, porque dudaba si Ignacio entendería las razones por las que quise haber llevado a Claudio allí. Además, dado que finalmente el universo me había concedido la gracia de salir bien parada de mi despropósito al impedir que aquél se presentara, consideré que reconocer la verdad habría sido tentar a la suerte. Es más, creí que se trataba de una segunda oportunidad para enmendar el error inicial cometido.

No obstante, cuando acabamos nuestra breve conversación, yo fui plenamente consciente de que no se quedó convencido con mi explicación. De hecho, al despedirse me besó sólo en la mejilla, y no en los labios, como había hecho segundos atrás en la puerta del restaurante.

Así, yo llegué a temer que el final, nuestro final, se hubiera producido. Incluso estuve pendiente del móvil antes de acostarme, mientras preparaba la maleta, por si recibía algún mensaje suyo cancelando el viaje.

Sin embargo, a la mañana siguiente, cuando nos vimos en el aeropuerto, todo parecía haber vuelto a la normalidad, circunstancia que se mantuvo durante todo el día, y más aún al llegar la noche, o al reconocirme que él mismo había pagado una carísima cena para que pudiera compartir ese momento con él.

—El dinero nunca puede ser avión, que despegan con el viento en contra. Que siempre esté a nuestro favor.

Me encantó esa frase, y su significado más allá de sus palabras. Además, fue con la que Ignacio dio por concluida la conversación, sin permitir siquiera insinuarle que yo pagaría la cena, o mi parte de los gastos del viaje, que estaban corriendo todos por su cuenta, incluido el billete del avión real en el que habíamos volado.

—¿Tú me pediste venir? ¿A que no? Pues eso en mi mundo se llama invitar,

de manera que, mientras lo seas, mi invitada, mi Visa será la única que salga a pasear por las calles de Bruselas —dio la cuestión por zanjada.

Pero, además de su Visa, nuestros pies también recorrieron muchas de sus aceras aquella noche mientras regresábamos del parque Heysel hasta el hotel, trayecto que hicimos caminando.

—Hay noches que son perfectas para pasear, ¿verdad? —me preguntó Ignacio a modo de permiso para no coger un taxi, o cualquier otro transporte público.

«Hay noches que son perfectas», habría respondido yo, pero ante el miedo a que saliera corriendo por esas mismas calles si consideraba excesiva mi apreciación, para alejarse de mí, preferí limitarme a contestar con un no por sencillo menos sentido:

—Y calles que son perfectas para noches como ésta.

Desde luego, en lo que a la climatología se refería, la noche no podía ser más afortunada, diáfana y templada, «incluso demasiado para esta época del año en Bruselas», aseguró Ignacio.

Además, las farolas proporcionaban una luz tamizada al ambiente que, en ocasiones, se tornaba incluso sutil, propiciando perderse más y más adentro en la ciudad, sólo respirando un aire que, y bien lo sabía yo ya entonces, únicamente podía llamarse amor.

Y en ese camino, las risas, los susurros, las pequeñas intimidades desveladas, nos desbordaban, tanto como lo hacían los sentimientos y las emociones que rebosaban de nuestros cuerpos.

—¿Dónde estabas antes de llegar aquí? —me preguntó Ignacio, ambiguo, en un momento dado.

—Equivocándome —le contesté yo en igualdad de condiciones.

—Espero que sea Bruselas el lugar elegido para rectificar —me sonrió, como el que sabe que está navegando en aguas profundas, pero sin haber realizado todavía la inmersión.

—¿Acaso existe algún otro lugar?

Y es que, tras recorrer las calles de la ciudad, lo que advertí fue que todas ellas me dirigían hacia él, hasta Ignacio.

—Creo que para nosotros, no —aseguró en respuesta a mi pregunta.

Y ésa fue la confirmación, de haber cerrado el periscopio y sumergido el barco, porque aunque nuestros cuerpos, físicamente, seguían anclados en tierra, internamente ya estábamos buceando el uno dentro del otro.

Así pues, de cara a lo que nos pudiera deparar el futuro, no se trataba de que siempre habría un hueco en el recuerdo para Bruselas, sino que en nuestra memoria nunca existiría otro lugar que no fuera esa ciudad.

Su respuesta provocó en mí un beso, tan intenso como profundo, que tuvo su contrapartida en el suyo, el definitivo, el que te atrapa, el que atrapa todo tu ser y borra lo que sentiste antes, alguna vez, o fuiste antes, alguna vez, para sentirlo sólo a él y ser sólo suya, sólo de él.

Al llegar al hotel, las luces que iluminaban la fachada parecían acariciarla, una caricia suave y prolongada que se extendía desde las buhardillas hasta la puerta principal, matizando a su vez el tono rojizo de sus ladrillos, esos en los que, incrustadas, se encontraban las historias que habían conformado su pasado, y que ahora también contendrían la nuestra.

Cuando entramos en la habitación, los dos estábamos tan cansados después del madrugón, de todo el día caminando, de las emociones de la cena —que para Ignacio además habían significado trabajo—, que yo pensé que nuestros cuerpos no aguantarían un nuevo embate con la poca energía que les quedaba. Sin embargo, a veces una sola cerilla puede provocar una explosión.

—Nos va a resultar difícil superar esto —comentó Ignacio poco antes de quedarse dormido.

—Con buena voluntad por las dos partes...

Y vaya si la pusimos, y ya antes, sin tener que esperar a la siguiente vez, porque un estallido fue lo que hubo entre nosotros, de calor, de sonido, y hasta de luz, porque parecíamos dos seres electromagnéticos descargando relámpagos.

Mi conclusión al acabar fue que ese refrán tan conocido que dice «que Dios no te mande todo lo que puedes aguantar», cuya orientación es claramente negativa, también tiene una interpretación positiva, y sexual, consistente en que el cansancio físico o el agotamiento no son un impedimento para no disfrutar, incluso de la mejor noche de tu vida.

Y aquélla, ya antes de cerrar los ojos, supe que le pertenecía, pero no porque fuera de su propiedad, sino de la misma manera que perteneces al lugar en el que has nacido o crecido —que planta unas raíces invisibles en tu alma que se agrandan con el paso del tiempo—, o a la gente que te quiere, con la que te imbricas.

A la mañana siguiente nos levantamos todo lo pronto que pudimos, o en cuanto conseguimos que nuestros cuerpos se despegaran el uno del otro, dirigiéndonos entonces hacia el museo Magritte, uno de mis pintores favoritos.

El día se levantó claro, a juego con la noche anterior, y perfumado, como si la brisa cumpliera una única misión que fuera esparcir por doquier el aroma de los miles de flores que la primavera había hecho nacer.

Y de cientos de ellas pudimos disfrutar en el lugar al que Ignacio me llevó al mediodía a las afueras de la ciudad, una casa toda ella hecha de madera y en cuyo jardín pudimos comer gracias al buen día que hacía.

Se trataba de un espacio cuadrado, en cuya parte central habían dispuesto diez mesas de madera sin apenas tratar, en un tono indeterminado entre marrón y gris, con la particularidad de que encima de ellas, colgadas de un cordón que las sujetaba por el cuello, se situaban decenas de botellas de vino, vacías de alcohol, aunque sí llenas de agua y flores frescas, que conferían al ambiente un toque tan campestre como encantador.

Pero lo que más llamaba la atención eran las jardineras que se situaban alrededor de la valla de madera, en apariencia dispuestas al azar, si bien al observar con detenimiento se apreciaba una cuidada organización, así como distribución de la superficie existente. Y el motivo de que impactaran se debía a que, en lugar de maceteros, habían empleado botas katiuskas en algunos

casos, o cochecitos de bebé en otros, o incluso capazos, esos bolsos hechos de esparto que suelen utilizarse para la playa o la piscina.

El resultado era tan espectacular como silvestre, ya que, aunque los elementos empleados no se ajustaban a los que se podrían encontrar en la naturaleza, se adherían a ella como lo hace la piel a un guante.

—Una buena manera de adecuar el campo a la ciudad, ¿verdad? —afirmó Ignacio tras observar el efecto que el lugar producía en mí.

—Y una buena manera de crear cosas hermosas para el disfrute de los demás —le ofrecí mi perspectiva.

—Una frase que bien se te podría aplicar también a ti.

Tras unos segundos, los que tardé en ser consciente del significado de esas palabras, me quedé suspendida, como una de esas botellas que se situaban encima de nuestras cabezas, flotando en el aire, aunque atada a un cordón que se llamaba Ignacio, que era el que me impedía ascender hasta las nubes como un globo de helio.

—¿O acaso no lo crees? —preguntó al observar el gesto de extrañeza en mi cara.

A decir verdad, no era algo sobre lo que soliera pensar. Es más, a poco que ahondara, en mi fuero interno seguía siendo la misma niña gorda a la que, recién cumplidos los quince años, en un guateque, todos los chicos rechazaron por su aspecto. No obstante, no se trataba de una circunstancia que me impidiera relacionarme con los demás a esas alturas de mi vida, e incluso cabía la posibilidad de que se hubiera convertido en uno de los tantos escalones que había ascendido hasta alcanzar mi felicidad.

—Tal vez la gente ve algo en ti que tú ni siquiera ves —prosiguió al advertir ahora una mueca en mi rostro, la del escepticismo.

—Lo que uno mismo no puede ver dentro de sí no existe —respondí sincera, aunque acompañando mis palabras de una sonrisa, a fin de quitar dramatismo a la situación.

—No hay que ver para creer, mujer de poca fe... —dejó inconclusa su

frase, que finalmente cerró con una caricia que depositó en mi mejilla.

—La fe la necesitan todos los testigos de Jehová, para seguir creyendo que alguien, algún día, les abrirá la puerta.

Sin poder contenerse, Ignacio soltó una carcajada, enorme, tanto que hizo que nuestros vecinos de mesa se sobresaltaran.

—No sé cuál es tu pasado, ni sentimental ni personal, y no lo querré saber hasta que me lo quieras contar —afirmó a continuación—. De la misma manera, tampoco sé lo que no vieron otros en ti, pero yo soy plenamente consciente de lo que veo, y me gusta, mucho más que mucho.

Esa frase fue para mí más importante de lo que nunca lo hubiera sido en el pasado, tras la descalificación de Hugo, precisamente por no haberlo hecho partícipe de ese pasado. Y es que, por fortuna para mí, parecía haber encontrado a la persona, esa persona de la que me habían hablado que puede llegar a curar hasta las heridas que tú creías cicatrizadas, aunque en verdad nunca se cerraron para permitir que el dolor saliera con el fin de sanarlas para siempre.

—En mi opinión —prosiguió—, hay personas que nacen, y otras que nacen para estar juntas. ¿Qué tal si los dos probamos la fiabilidad de mi teoría?

Estaba tan abrumada, o desbordada, por sus palabras, por mis emociones, que apenas alcanzaba a pensar cuál sería la mejor contestación.

—Y no hace falta que me sueltes un discurso para responderme —bromeó ante lo evidente de mi silencio—. Con un movimiento afirmativo de la cabeza me sirve —aseguró divertido.

Salvo besarlo, no pude encontrar otra forma de aceptar su proposición, con la que, no obstante, pareció satisfecho.

Los segundos siguientes permanecimos callados, reconociendo nuestros ojos, poniendo en práctica ese silencio que necesita el amor para posarse, para asentarse. Poco después, sin embargo, y tras echar un vistazo a ese maravilloso jardín en el que nos encontrábamos, Ignacio afirmó:

—Cada persona tiene su lugar, y creo que el mío es contigo.

Si hasta ese momento yo pensaba que ya había experimentado todos los grados de felicidad posibles, de inmediato me di cuenta de que no podría haber estado más equivocada. Por eso, cuando unos segundos después Ignacio me indicó que mirara a lo lejos, donde unos niños hacían volar unas cometas realizando verdaderas acrobacias aéreas, yo sólo podía mirarlo a él, de la misma manera que las plantas que nos rodeaban dirigían sus hojas hacia la luz.

Cuando ya nos disponíamos a marcharnos, observamos que al lado de la puerta había una pequeña tienda en la que se podían adquirir los mismos maceteros que adornaban el jardín, tanto en el tamaño original como reducido.

—¿Te importa si echo un vistazo? —me consultó Ignacio—. Dentro de unos días es el cumpleaños de mi madre y aún no le he comprado nada. Y las plantas le encantan, así que yo creo que esta vez acertaré.

—¡Claro! Mira todo lo que quieras —aseguré—. ¿Tu madre vive en Galicia? —le pregunté acto seguido, aunque sin mostrar una excesiva curiosidad.

—Sí, y como no voy a poder estar, al menos me gustaría que tuviera un detalle.

—Seguro que le encanta —afirmé convencida.

Mientras él recorría las estanterías, en lugar de acompañarlo e incluso ayudarlo a elegir, preferí dejarle su espacio y su tiempo, porque hay ciertas tareas que es mejor resolver en soledad, y máxime cuando él y yo nos conocíamos desde hacía tan poco tiempo. De hecho, ni siquiera presté atención al macetero que eligió.

—¿Se lo envuelvo para regalo? —oí decir a la dependienta cuando Ignacio ya se había decidido.

—Sí, y me gustaría incluir una nota, si es posible.

—Por descontado —le respondió amable, acercándole tanto un papel como un bolígrafo.

—Listo —me susurró pasados unos minutos, al tener ya el paquete en su poder.

Apenas habíamos avanzado unos metros en dirección a la calle cuando Ignacio se volvió hacia mí para decirme:

—Siento haberte mentado, porque para el cumpleaños de mi madre aún quedan unos meses, pero es que quería comprarte algo, el típico recuerdo de turista para que lo coloques encima del televisor.

La sonrisa traviesa de la que se sirvió para pronunciar sus palabras no pudo mitigar mi torpeza, producto de mis nervios, a la hora de romper el papel, y que en ningún caso se debían al macetero, entendido exclusivamente como un objeto en sí. Por tanto, mi agitación era consecuencia de saber que yo ya estaba dentro de la cabeza de Ignacio, como una parte más de su presente, y también de su futuro. Y, si alguna duda tenía al respecto, la nota que lo acompañaba la descartó.

Así quedarán nuestros zapatos después de todos los caminos que, juntos, vamos a recorrer.

Se trataba de una pieza de cerámica que imitaba a la perfección a una bota de montaña, rota en la puntera y desgastada en el resto, tan real que hasta los cordones que la anudaban parecían deshilachados, y que me habría encantado lucir de haber sido físicamente posible a fin de demostrarle mi agradecimiento.

Es más, en ese instante, de existir papel suficiente en la tienda, me habría envuelto entera para entregarme a él como un regalo, no sabía yo si para colocarme encima de su televisor, pero sí para colarme definitivamente en su vida. Aunque, a tenor de sus palabras en el restaurante, ya formaba parte de ella.

En consecuencia, cuando ya estábamos volando con destino a Madrid, yo recostada sobre su hombro, pensé que no era cierto que la perfección no existiera, porque yo no sólo la había sentido, sino vivido.

Sin embargo, apenas unos segundos después pude comprobar que las verdades universales lo son por un motivo, y es demostrar la infalibilidad de

su teoría, que fue cuando me preguntó:

—¿Y ahora me vas a contar la verdad con respecto a la silla vacía? ¿Para quién era en realidad?

Con esa capacidad que tenemos en ocasiones para justificar nuestros propios errores, he de confesar que encontré excesiva su curiosidad por un asunto en principio tan banal, y fuera de lugar, al considerar que se había quedado zanjado en Madrid el viernes previo.

Por otra parte —y haciendo gala de esa contradicción tan habitual en aquellos que mienten, y que se creen con derecho a hacerlo—, también me molestó que no confiara en la explicación que le había ofrecido a modo de justificación. Es decir, que me molestó que no confiara en mí, aunque a la vista estaba que tenía todos los motivos para hacerlo.

Yo podía entender su disgusto por haberse sentido acosado en el trabajo, al no haberle advertido previamente de mi visita. A mí tampoco me habría gustado que él apareciera sin avisar por una de mis tiendas, al considerarlo poco profesional e irrespetuoso para mis clientes. Sin embargo, la diferencia estribaba en que, para lo bueno y para lo malo, él trabajaba en un restaurante, uno de esos lugares donde la gente come, y para más inri en el mismo que mi hermana, lo que me legitimaba para acudir, y más todavía cuando pagaba la cuenta.

Así pues, en mi opinión, de existir algún enfado por su parte debería circunscribirse exclusivamente al hecho de que no le comuniqué con anterioridad que iría, ya que el resto de los motivos se me antojaban irrelevantes por evidentes. ¿Y en verdad era tan importante ese descuido —aunque en realidad no lo fuera— como para estar hablando de ello dos días después? Y, en última instancia, el ocupante de la silla vacía no era asunto suyo.

—¿Me lo vas a contar? —insistió al observar que mi respuesta se demoraba demasiado.

En contra de lo que me gritaba mi inteligencia, mi sentido común y también

el de la supervivencia, de esa pareja que acababa de nacer, aun a sabiendas de que a veces es mejor una mentira a tiempo que una verdad arrastrada en el tiempo, se lo dije, la verdad.

Y el gesto que observé en él me hizo sentir como una mancha sobre un traje nuevo, que nunca desaparece, aunque consigas quitarla, porque ha arruinado su estreno.

## El despertar

A la mañana siguiente, tras regresar de Bruselas, yo no era capaz de salir de la cama, si bien el motivo no se debía a la enorme cantidad de sueño no satisfecha al haber pasado la noche en vela.

Lo que me invadía era el sopor, el que te embarga cuando sabes que al otro lado, en el de la vigilia, hay algo que va mal, aunque no seas capaz de identificar qué. A veces, incluso, tratas de incorporar esa sensación a tu sueño como mecanismo de defensa ante lo que parece una agresión, como sucede con el despertador, ese ruido insidioso que transformas —por ejemplo— en un teléfono sonando y que, en tu duermevela, decides no coger.

Si tuviera que definirla diría que se trata de una percepción remota, y en apariencia ajena, aunque tenga lugar en el interior de tu cabeza, en su centro más profundo, y que además intentas retener allí el mayor tiempo posible por cuanto eres consciente de que, al despertar, no habrá lugar en el que esconderte de esa realidad que te atenaza.

Como suponía que estaría cansada después del viaje a Bélgica, ya antes de marcharme había reservado esa mañana de lunes para trabajar en casa, organizando futuros escaparates. En consecuencia, no tenía una urgencia real en levantarme, al no tener compromisos adquiridos con ningún cliente, lo que me permitía una cierta flexibilidad en mi horario.

No obstante, al final lo hice, tanto despertarme como salir de la cama, aunque intentando despegar de mi mente esa realidad —que ya se había adherido a ella— tan pronto como recuperé la conciencia.

E incluso, en lugar de ponerme a trabajar, decidí limpiar la casa, ya que tal

vez el resultado —un entorno pulcro, ordenado y, por tanto, amable— podría serenar mi espíritu.

«Tal vez estás exagerando tu reacción», me dije, como si esa frase pudiera actuar como un antídoto del pegamento. Al fin y al cabo, puede que se tratara de un exceso de suspicacia por mi parte tras observar la reacción de Ignacio al despedirnos en el aeropuerto.

Después de todo, puede que el amor consistiera en eso, tanto en querer como en no querer perderlo, en el miedo a perderlo, emociones ambas que eran nuevas para mí al no haberlas experimentado nunca antes en el pasado.

Por otra parte, ya había tenido una sensación similar a la que me ocupaba, aunque de menor intensidad, a la salida del restaurante el viernes, cuando todavía estábamos en Madrid, ese único beso en la mejilla que me dio Ignacio y que me hizo sospechar que nuestra relación podría haberse acabado. Sin embargo, el maravilloso fin de semana que pasamos juntos después consiguió borrarla..., hasta que me dio un beso exactamente igual al marcharnos del aeropuerto, tras haber reconocido yo tanto mi papel de celestina como que la silla vacía era para Claudio.

Así pues, lo que en aquellos momentos desconocía era cuál sería la reacción de Ignacio tras asimilar los hechos, si aceptarlos, tal como hizo en Bruselas, o rechazarlos, y con ello a mí.

El motivo principal de mis sospechas se debía no sólo a ese único beso final, sino a que durante el viaje de vuelta se mostró callado, y ausente, lo que en ningún caso se me antojaba positivo. Y, además, contrastaba con el fin de semana que acabábamos de pasar, así como con todas las palabras cargadas de futuro que me había dedicado.

El domingo por la noche —ya de vuelta en mi casa—, yo decidí, prudentemente, no hacer ningún comentario al respecto. Y en esa misma línea seguí la mañana del lunes, aunque la ansiedad me estuviera devorando las entrañas.

Bien podría haberlo llamado, o mandado un wasap con cualquier excusa,

incluida la de agradecerle todas sus atenciones. Pero el miedo me detenía, el de averiguar la verdad.

No en vano, si algún beneficio conlleva la ignorancia es que está llena de esperanza.

De repente, el timbre del portero automático sonó, haciendo que me sobresaltara, tanto mi cuerpo como mi ánimo.

—¿Quién es? —pregunté todavía nerviosa al alcanzar el telefonillo.

—Mensajero.

Un segundo sobresalto me invadió, al considerar que, sin lugar a dudas, se trataría de un paquete de Ignacio. Y probablemente fuera un pastel con forma de bota de montaña, como la maceta regalada por él que ya adornaba mi mesilla de noche con una planta dentro, lugar que había elegido para que todas sus pisadas acompañaran mis sueños de ahora en adelante.

—¿Eres Andrea Salazar? —me preguntó antes de entregarme el paquete.

—Sí, soy yo —le respondí a la vez que alargaba mi mano para firmar en el terminal.

—No hace falta —negó con la cabeza al mismo tiempo que lo hacía con sus palabras—. Se trata de una entrega personalizada, de mano en mano.

Sin saber exactamente a lo que se refería, aunque sin ganas de averiguarlo, agarré el paquete, que se me antojó demasiado ligero para contener un pastel. No obstante, el hecho de que no tuviera remitente cuadraba con Ignacio, ya que la luna en su momento tampoco lo tenía. Asimismo, una etiqueta roja, en la que se leía la palabra FRÁGIL, confirmaba mi teoría.

Tras despedir al mensajero lo más rápidamente que pude, me dirigí a la mesa de la cocina para abrir con cuidado la caja, no fuera a destrozar la tarta que estaba segura contendría por un exceso de impaciencia.

Así pues, cogí un cuchillo y rasgué el papel adhesivo que sellaba la tapa y, para mi sorpresa, no fue un pastel lo que vi al levantarla.

Lo que se encontraba en su interior —y bien rodeado de virutas de corcho blanco para evitar que se volcara— era una maceta, pequeña, del tamaño de

un vaso de agua, llena de tierra. No obstante, la diferencia con una convencional radicaba en que, en lugar de la consabida planta, lo que salía de ella era una flecha, cuyo extremo puntiagudo profundizaba lo suficiente para dar a entender que algo se escondía dentro, para lo que era necesario escarbar.

Y, esta vez, sí, mi intuición fue correcta, ya que tras remover la tierra ligeramente di con una nota.

Había pensado en dejar correr el asunto, pero a medida que han ido pasando los días me he dado cuenta de que, por primera vez en mi vida, alguien me ha dado una lección, o en realidad dos. La primera de ellas es de humor, del que yo al parecer carezco; mientras que la segunda es de humildad, cuyo opuesto —la soberbia— puede que tenga en abundancia.

FIRMADO: LA ENVIDIA

P. D. Como ya pudiste comprobar en su momento, y ahora mismo al reconocerlos, no estoy falto de defectos. Pero el que no tengo es el de la estupidez, por lo que no quiero dejar pasar más tiempo sin reconocer que tal vez me equivocara y te juzgara mal. ¿Empezamos desde cero? ¿O mejor desde el subsuelo?

*A priori*, sin entrar en más valoraciones, lo que sí podía considerarse como una coincidencia astral que tener en cuenta era el hecho de haber recibido dos macetas como regalo, en dos días consecutivos, y ambas procedentes de sendos hombres. Y es que, aunque la segunda —la que acababa de recibir— no estuviera identificada, no podía provenir más que de Hugo.

Una vez superado mi asombro inicial, puesto que donde estaba él era precisamente en el subsuelo —tanto de mi memoria como de mi vida—, mi primera reacción fue equiparar a Hugo con una de esas comidas estomagantes, que se repiten.

De haber estado Olga allí, a buen seguro me habría dicho que lo único que pretendía era hacerme volver con él para, una vez sometida, dejarme de la peor manera posible a fin de demostrar su superioridad sobre mí.

Por lo que se refería a Patricia y a su posible opinión, segura estaba de que

me diría que Hugo estaba resultando un hombre con picos y valles, lo que constituía una mala señal, porque si algo bueno tienen los varones es que son planos. Es decir, que no tienen altibajos, ni emocionales ni intelectuales.

Y en cuanto a Conchita, la nueva Conchita, aseguraría: «Una de dos, o Hugo es muy inteligente, y lo sabe, lo que no es bueno desde el punto de vista de la mujer, o es gay, y no lo sabe, lo que es aún peor desde el punto de vista de la mujer».

Yo, y contra todo pronóstico, lo que acabé pensando fue que al menos alguien me valoraba lo suficiente para no querer perderme —a la sazón, Hugo—, e incluso hasta el punto de reconocer fallos y defectos, lo que no parecía ser el caso de Ignacio, que ni siquiera era capaz de perdonar los míos.

Así pues, si hasta ahora Hugo había significado para mí una decepción, al no haber estado a la altura de mis expectativas, de repente había adquirido un matiz positivo tras comprobar que sabía perder y, sobre todo, que no se arredraba a la hora de intentar recuperar el terreno perdido.

No obstante, precavida como era, opté por no tomar ninguna decisión sobre la marcha a fin de averiguar qué era lo que tenían que decir los posos, o tal vez sólo en singular, el poso que quedaría en mi ánimo al acabar el día.

Con respecto a Ignacio, el resto de la mañana transcurrió sin más sobresaltos, lo que significó que no me llamó, y que yo decidí hacer lo mismo, situación que se reprodujo por la tarde.

Por la noche, sin embargo, mi estómago se había convertido en un manojo de nervios. Yo era consciente de que, por el hecho de haber comenzado una relación, Ignacio no estaba obligado a contactarme cada cierto período de tiempo, pero yo sí necesitaba una confirmación acerca de cuál era el estado de la situación.

En consecuencia, me preparé un té de menta, cogí la manta —ya que un viento fresco se había colado en el aire— y salí a la terraza con el móvil en la mano dispuesta a ser yo la que diera señales de vida.

En un primer momento pensé en llamarlo, para poder apreciar su grado de

contento o descontento en los matices de su voz, si bien finalmente descarté esa opción por considerarla demasiado arriesgada para mí por cuanto podría poner en evidencia mi intranquilidad, o incluso que esa misma intranquilidad no me dejara percibir su estado de ánimo con respecto a mí.

«Un wasap», me dije convencida tras considerarlo un poco más, aunque iría precedido de una fotografía del macetero comprado en Bruselas, ya con su planta dentro, lo que se me antojó la excusa perfecta para iniciar una conversación y a la vez agradecerle todos los detalles que había tenido conmigo durante el fin de semana.

Además, no se trató de una foto casual, despreocupada o desatendida, sino de un bodegón digno de Instagram, consistente en un primer plano de la maceta —sobre la mesa de madera de la terraza, lo que aportaba al conjunto un toque rústico que resultaba muy apropiado—, desenfocando el fondo, aunque no tanto como para no apreciar que se trataba de más plantas —mis jardineras—, que, tupidas e iluminadas por las luces solares, parecían acogerla tanto como alumbrarla.

¿Y el motivo de que me esforzara tanto? Para que comprobara todo lo que lo apreciaba, tanto a él como su regalo.

Creo que esta planta no puede sentirse más  
agradecida por haber encontrado su lugar en el  
mundo, y no es el único ser vivo de esta casa que  
piensa lo mismo.

Tras releerlo un par de veces, finalmente presioné el botón de enviar al estar convencida de que era justo lo que quería decir, un mensaje breve pero profundo, y a la vez la respuesta a todas las afirmaciones que, en esa línea, él había realizado en Bruselas sin que hubieran tenido una contestación por mi parte. ¿Y el motivo? Mi estupefacción, o turbación, en aquel momento.

Una vez mandado, no levanté la vista de la pantalla hasta que comprobé que le había llegado, y aún permanecí con mis ojos pegados esperando a que los

dos tics cambiaran de color, del gris al azul, lo que indicaría que los suyos ya habrían leído mis palabras.

No debieron de pasar más de cinco o diez minutos, ya que aún quedaba algo de té en la taza cuando se produjo el trasvase de colores. Sin embargo, la aplicación no me indicaba que Ignacio me estuviera escribiendo una contestación, lo que me inquietaba tanto como me preocupaba.

Por el contrario, quien sí me escribió en ese tiempo fue Claudio, para disculparse una vez más por no haber acudido a la cena el pasado viernes y, de paso, para preguntar cuándo podríamos volver a quedar:

¿Estás muy ocupada esta semana?

Me temo que un poco.

Era cierto, aunque tampoco se trataba de la peor semana de mi vida. Pero, angustiada como estaba en aquel momento por la falta de respuesta de Ignacio y la posible debacle que podría derivarse de su ausencia de noticias, pensé que era mejor distanciarme un poco con respecto a Claudio. Al fin y al cabo, todavía no había descartado que tuviera algún interés, sentimental, en mí. Y bastante liado estaba ya mi cerebro como para hacerle un nudo más.

Así pues, le estuve dando largas a su insistencia, asegurándole que su escaparate de invierno no era un asunto de importancia vital en esa época, en primavera, y máxime cuando teníamos resuelto el de otoño. Es más, hasta le comenté que ya había encargado la fotografía de los pies descalzos pisando un suelo otoñal, así como el marco de Instagram que la contendría, a fin de tranquilizarlo.

Sin embargo, la que no estaba tranquila era yo por lo que se refería a Ignacio, de manera que cuando ya habían transcurrido un par de horas desde que éste leyó mi wasap, sin dignarse contestar, consideré que ya me había cansado de esperar. Pero, lejos de mandarle un segundo mensaje con un recurrente «¿te pillo en buen momento?», con el propósito de averiguar si estaba ocupado, me incliné por un acto de rebeldía, aunque sin saber muy bien

contra quién. No obstante, a poco que analizara la situación, no había nadie salvo Ignacio a quien quisiera escarmentar.

Molesta como estaba, pues, consideré que si el motivo de su silencio se debía a que le había fastidiado que hiciera de celestina y/o que quedara con Claudio —extremos que yo desconocía al no haber formulado él ninguna queja al respecto—, iba a tener una doble ración de ambos cuando llevara a cabo mi plan.

Haciendo un breve inciso, reconoceré que yo misma estaba realmente sorprendida con mi reacción, ya que en general mi modo de proceder era el opuesto; es decir, poco beligerante y acomodaticio, sabedora de que todas esas disquisiciones sentimentales eran más extrínsecas que intrínsecas a mí. O sea, que esa clase de emociones no me afectaban en la medida que no calababan en mí.

Por el contrario, Ignacio no sólo me había horadado, sino que había echado raíces, de las que hacen tambalear la estructura de un edificio. Y, en ese contexto, ante la perspectiva de un derrumbe, aunque no sepas qué hacer, tiendes a hacer algo, lo que en mi caso se tradujo en el visto bueno a la fiesta que ya había previsto organizar el pasado viernes antes de abandonar el restaurante.

¿Objetivo oficial? Dar la bienvenida al buen tiempo en la terraza de mi casa, al igual que solía hacer todos los años.

¿Objetivo oficioso? Que Claudio conociera a mi hermana y viceversa, y que Vidal conociera a Patricia, y viceversa.

¿Objetivo real? Poner celoso a Ignacio, a pesar de que tal vez no fuera ésa la razón de su problema.

Aquel día, aquella noche, en ningún momento de aquellas horas se me ocurrió pensar que pudiera estar ocupado, motivo por el que, pese a haber leído mi mensaje, no habría podido responderlo. Y es que, desgraciadamente, en esas circunstancias se suele considerar que existe un conflicto, cuyo origen eres tú, o que al menos parte de ti.

Así pues, decidí que la fiesta sería la mejor manera de hacerle frente.

En consecuencia, no me importó el desastre que había estado a punto de provocar al ejercer previamente como celestina. De hecho, la única lección que aprendí ese día fue que a Ignacio tenía que avisarlo con anterioridad, lo que por descontado haría, ya que sería uno de los invitados a la fiesta.

Al fin y al cabo, tanto Olga como Patricia siempre habían estado a mi lado, apoyándome, y qué menos podía yo hacer por ellas que poner de manifiesto mi agradecimiento en forma de ayuda ahora que la necesitaban, porque si de algo estaba convencida yo era de que la necesitaban.

El único punto que se me antojaba más conflictivo era Vidal, el dueño del restaurante, ya que apenas intercambié unas palabras con él tras al presentarnos mi hermana. Por tanto, difícil lo tenía para hacerme con su número de teléfono sin despertar sospechas, incluidas las suyas, a las que se sumaría su asombro por recibir la invitación para un acto a cuya organizadora casi ni conocía.

Poco sabía yo de él a su vez, si bien Olga me había comentado que estaba divorciado y que acababa de instalarse en Madrid.

«Hacerme la encontradiza», decidí tras considerar la situación desde varios puntos de vista. No en vano, si llevaba poco tiempo viviendo allí no conocería a mucha gente, lo que constituiría la excusa ideal para ofrecerle la oportunidad de hacer amigos. E ir una noche a buscar a Olga se me antojaba la solución a todos los problemas, los suyos y los míos.

Físicamente, Vidal parecía algo mayor que yo, probablemente de la misma edad que Claudio, rondando los cuarenta, lo que traducido a mi idioma, el celestino, quería decir que encajaba perfectamente con Patricia. Además, por lo que se refería a su aspecto, era un hombre agradable, más atractivo que guapo, y con las maneras típicas de aquel que sabe estar, educado, estudiado y viajado.

Por lo demás, su altura superaba con creces la media, no así su complexión, que era menuda, aunque con esa delgadez que dota a los cuerpos de elegancia,

porque ésa era la característica más destacada de Vidal. Incluso puede que se tratara de uno de esos hombres que son elegantes a pesar de ellos, a pesar de sí mismos, a pesar de su atuendo, ya que luzcan la ropa que luzcan en realidad lo único que llevan es su estilo, su propio estilo.

A modo de ejemplo diré que el día que lo conocí su atuendo consistía en unos sencillos pantalones vaqueros y una camiseta azul marino de algodón igual de sencilla. No obstante, no había mujer en la terraza que no girara la cabeza para mirarlo, pese a no tratarse de la vestimenta más apropiada para que el dueño de un restaurante saludara a sus clientes. Sin embargo, tal era la fuerza que tenía su presencia que hasta llegué a pensar que el resto de los hombres allí presentes habrían deseado intercambiarla, o eso era lo que aparentaban sus miradas.

Finalmente, mi interpretación de los hechos fue que encajaría a la perfección con Patricia, puesto que esa facilidad para conseguir que la ropa esté al servicio de la persona, y no al contrario, era una de las señas de identidad de mi amiga. De hecho, yo los veía tan compatibles que, de vender Patricia ropa masculina, Vidal no habría sido su mejor modelo, sino su embajador oficial.

Por otra parte, su pelo también lo ayudaba a conseguir esa prestancia suya, al ser abundante, ligeramente ondulado y razonablemente largo, que él lucía con tanto porte como despreocupación. Y en cuanto al color —tan castaño como el de sus ojos—, lucía íntegro, aunque con algunas canas entreveradas que, además de un toque añadido de encanto, le proporcionaban credibilidad.

Pero, volviendo a mi terraza, y a la noche en la que decidí organizar mi fiesta de primavera, cuando tuve todo el concepto claro en mi cabeza cogí mi móvil con la intención de convocar a todos mis amigos y, por supuesto, a Claudio.

Todos los años suelo celebrar una cena en la terraza de mi casa cuando empieza el buen tiempo. ¿Te apetecería venir? Dado que el

escaparate de invierno no es realmente urgente, yo creo que bien podemos esperar hasta esa fecha y charlar sobre ello entonces. ¿Qué te parece la idea? Se trataría de una reunión de pocas personas, no más de diez y todas ellas amigas, que tendría lugar dentro de un par de semanas. Ahora que, como tú dices, empiezas a vivir otra vez, quizá te venga bien conocer gente nueva. ¿Qué me dices?

La penúltima frase la elegí con especial cuidado, para poner distancia entre él y yo, a fin de que fuera consciente de que no era a mí a la que tenía que conocer mejor, sino a otras personas, a las que yo me encargaría de presentarle.

Por otra parte, no se me escapaba que con esta invitación a Claudio rompía una de mis reglas más sagradas, que era dejar que la esfera laboral invadiera la personal. Sin embargo, técnicamente, lo llevaba allí para mi hermana, con lo que en realidad no estaba infringiendo ninguna norma que yo misma me hubiera impuesto.

E inmersa en esos pensamientos estaba cuando llegó la respuesta de Claudio:

Cuenta conmigo, sin lugar a dudas. Y enormemente agradecido de que te hayas acordado de mí para esta ocasión.

Tras leerla, mi mirada se ensombreció al darme cuenta de que su contestación apenas había tardado un par de segundos, mientras que la de Ignacio brillaba por su ausencia.

Sin embargo, bien poco después la pantalla de mi móvil se iluminó gracias a un mensaje suyo, lo que me llenó de alegría a pesar de que no tuviera nada que ver con el que yo le había enviado.

¿Te vienes a pasar conmigo el próximo fin de semana a Suecia?

Y esa sola frase constituyó la confirmación de que la había vuelto a fastidiar.

## El segundo viaje

—Pero entonces ¿ya te has acostado con él?

La que preguntaba era yo, a mí tía Conchita, a la que a duras penas podía entender de tanta verborrea como se gastaba justo cuando ya estaba a punto de salir para el aeropuerto con destino a Suecia.

—Niña, no seas cotilla, y menos aún sobre temas tan íntimos —me reprendió.

—¿Y para qué me llamas si no es para contármelo? —protesté yo, dado que del cariz que estaban adquiriendo sus palabras no se podía extraer otra conclusión.

Y, además, ¿ahora se iba a poner mojigata conmigo? ¿Después de toda la retahíla de cuasi indecencias que me había estado soltando en las últimas semanas?

—Limítate a escuchar y a asentir —me conminó, a lo que accedí más por prisa que por verdadera voluntad, dado que ya veía yo peligrar mi presencia en el vuelo con destino a Estocolmo, y eso era algo que no estaba dispuesta a consentir.

—Pues fíjate —prosiguió— que a mí, de todo, lo que más me ha llamado la atención es que su cuerpo no parecía tal, sino un batido, porque, más que moversele, la tripa en realidad fluctuaba, como si la grasa que la rellenaba fuera líquida.

—¿En serio me lo estás diciendo?! —no pude por menos que exclamar, ante lo que se me antojaba el colmo de la injusticia comparativa. ¿O acaso su estómago era la tabla de la plancha? Porque precisamente de carnes estaba

ella bien sobrada, tanto como para convertirse en la versión viuda de cualquier cuadro de Botero.

—Pues sí. Llámame ilusa, pero yo esperaba una tableta de chocolate a la que hincarle el diente.

Tras soltar una carcajada —imaginando la escena, la de mi tía, con una futurible dentadura postiza, perdiéndola al clavarla en el *blandiblub* de Amador—, no me quedó más remedio que formularle una segunda pregunta, con un evidente tono de extrañeza.

—¿Y hasta ese momento no te habías dado cuenta de que tenía tripa? Porque yo creo recordar que me lo describiste como calvo y barrigudo.

—A mi edad tengo tanta memoria como vista. Y, además, ¿tú me has visto alguna vez con gafas? Yo veo el bulto, y cuando los ojos no ven, es la imaginación la que decide lo que ves. Y la mía es muy prolífica.

Reírme era poco para describir la reacción de mis mandíbulas, pero aún me quedaba una cuestión por aclarar.

—Si es como lo cuentas, no lo habrías visto de ninguna manera. Todo el mundo sabe que las personas mayores, sobre todo, ven mal de cerca.

—La vista se deja engañar, pero el tacto no —me confesó—, y ese sentido decía que su barriga era como una cama de agua.

—Bueno, caías en blandito, y te movías mecida por las olas —apostillé—. A mí no me parece tan mal plan.

—¿Tú te crees que ese hombre era el Mediterráneo, que es un mar de aguas tranquilas? —me espetó—. Amador era el Atlántico Norte, y el día que se hundió el *Titanic*. Y mucho me temía yo que fuera a transformarse en un tsunami, con toda su grasa cobrando metros de altura para al final acabar despanzurrándose encima de mí.

En aquel instante no sabía yo lo que me producía más risa, si la representación visual del momento que estaba llevando a cabo mi cerebro o escuchar su interpretación de los hechos. Y lástima no tenerla delante, ya que,

gesticuladora como era, me la imaginaba vapuleando el aire para que me hiciera una idea más precisa de la situación.

No obstante, y aun a riesgo de llegar tarde al aeropuerto, me vi en la obligación de hacer una matización.

—Tú sabes que el *Titanic* no naufragó por el mal tiempo, ¿verdad?, sino porque chocó contra un iceberg.

—¿Y con qué crees que choqué yo?

Casi me hundo yo, aunque dentro de mis propios pulmones, al respirar más carcajadas que aire.

—Pero como a todo hay que sacarle el lado positivo —prosiguió sin aportar mayores explicaciones a su último comentario—, la ventaja de que un hombre sea gordo es que nunca lleva la camisa arrugada, por lo que te ahorras un montón de horas de plancha.

—¿Acaso ése fue el fin de fiesta? ¿Un festín en el cuarto de la plancha?

—Digamos que, cuando me enseñó la casa, la panorámica se limitó a dos estancias: el lavadero y su habitación, aunque no en ese orden; en primer lugar, me enseñó el dormitorio y, media hora después, el anexo a la cocina.

—¿Y qué tal esa media hora? —pregunté, esta vez con más tacto—. ¿Mereció los cuarenta años de espera?

—Hay cosas que no cambian, querida, y esa clase de intimidad es una de ellas. En realidad, el sexo es como los hombres.

—¿A qué te refieres? —inquirí con verdadera curiosidad, y sorpresa, al haber mencionado ella, y expresamente, la palabra *sexo*.

—A que, hagan lo que hagan, nunca hacen lo suficiente.

Visto así, probablemente el noventa y nueve por ciento de las mujeres le daría la razón a mi tía. Y más aún después de haber oído la frase con la que cerró su discurso:

—Y, al igual que sucede con ellos, al principio siempre te parece que va a ser mejor de lo que en realidad es.

Para no llegar más tarde todavía no quise contradecirla, o expresarle mi

opinión, ya que precisamente yo estaba citada en el aeropuerto con uno de esos hombres capaces de demostrar que son mejores de lo que en realidad parecían.

—A Barajas, por favor —le indiqué al taxista en cuanto colgué y cerré mi maleta—. Y lo más rápido que pueda, que voy algo justa de tiempo.

—Pues entonces vamos a evitar la M-40, porque ha habido un accidente hace un rato y supongo que aún estará colapsada.

Tras escuchar su explicación, el primer pensamiento —y envuelto en miedo — que asaltó mi mente fue el de Ignacio, porque ¿y si era él el accidentado?

Además de la posibilidad de que le hubiera sucedido algo, me asustaba esa vulnerabilidad con la que te irriga el amor, esa infiltración de temor que arraiga en todos los tejidos de tu ser y que a su vez te recuerda lo frágil que, de repente, es tu alma, puesto que con un mero soplo de viento puede romperse, como un jarrón, en mil pedazos.

Curiosamente, además, se trata de la antítesis de la felicidad que se le presupone al amor y, en cualquier caso, la opuesta a la que vives cuando la piel de la persona a la que quieres roza la tuya, o en la que yo me desenvolvía antes de conocerlo, aunque ahora se me antojara que ésta era una ínfima parte de aquélla.

A fin de saciar mi intranquilidad, le mandé un wasap.

¿Ya has llegado al aeropuerto?

Todavía no, pero creo que dentro de unos cinco minutos estaré allí. ¿Y tú?

Tardaré un poco más, pero llegaré a tiempo.

Eso fue lo que le aseguré tras haber consultado con el taxista, que me dio su visto bueno. Si siempre es importante no perder un avión, aquel día lo era de una manera especial, puesto que, de nuevo, Ignacio tenía que trabajar ese sábado. Nuestro vuelo salía a las once de la mañana, de manera que, si todo iba bien, estaríamos a las tres en Estocolmo, con el tiempo suficiente para

pasar por el hotel, dejar nuestro equipaje y salir hacia el restaurante, donde Ignacio debía estar sobre las cinco de la tarde. Pero si por algún imprevisto nos retrasábamos peligraba la cena que tenía que preparar.

El motivo de su presencia allí radicaba en que había sido requerido como chef invitado, y nada menos que en uno de los establecimientos más prestigiosos de la ciudad, galardonado con dos estrellas Michelin: el Oaxen Krog.

Se trataba de un restaurante que se integraba en el ambiente que lo rodeaba, tanto por su diseño como por el tipo de gastronomía que ofrecía, muy vinculada a la naturaleza, utilizándola como fuente de inspiración para sus platos. De hecho, contaba con su propio huerto, de donde provenía la mayor parte de los ingredientes consumidos.

Por lo que se refería a su fachada, a tono con los edificios colindantes, lucía un llamativo color mostaza para sus paredes, así como rojo para el tejado, que a su vez presentaba una gran inclinación. De esta manera, una parte del establecimiento contaba con una considerable altura, cubierta hasta el suelo por una enorme estructura de cristal que filtraba la luz al interior del local.

Dicha altura, además, había permitido la colocación de barcas que, colgando del techo, adornaban a la vez que recordaban el entorno marítimo en el que se asentaba el restaurante: la isla de Djurgården, localizada al este de la ciudad. Es más, el local se situaba en el mismo borde del agua, sobre un embarcadero que finalizaba en una terraza de la que disfrutar en los días templados.

Por lo que se refería al resto de la decoración, yo la habría definido como industrial con un toque rústico, con abundancia de madera, cuero y algún que otro detalle contemporáneo.

—¿Te gusta? —me preguntó Ignacio nada más llegar.

—Me parece precioso —le confesé.

—Y fijate en cómo cuidan los detalles.

Tenía toda la razón, ya que desde los jarrones que presidían las mesas, con ramas primorosamente colocadas en las que se intercalaban algunas flores, hasta la vajilla que empleaban, toda dispar pero sutilmente armonizada, el conjunto no podía ser más equilibrado.

—Siento que en esta ocasión no puedas disfrutar de la cena, al tratarse de una celebración privada —me recordó Ignacio lo que ya me había advertido la semana anterior, tras invitarme a acompañarlo.

—No hay ningún problema —le recordé yo—. Yo ya estoy más que satisfecha sólo con el hecho de estar aquí. ¿O acaso crees que puedo tener alguna queja? Fin de semana en Estocolmo, ciudad que no conozco, de nuevo un hotel de cinco estrellas...

—Pero lo que no te he contado —me interrumpió— es que mi participación en el evento acabará pronto, como muy tarde a las siete (soy el primer chef en cocinar), por lo que tendremos tiempo para cenar nosotros después en horario español. Y ya tengo elegido el sitio.

—¿Y cuál es? —le pregunté con verdadero interés, imaginándome ya un restaurante situado en la copa de algún árbol.

—Se llama sorpresa.

—¡Qué novedad viniendo de ti! —exclamé, adjuntando una sonrisa a mis palabras.

—Efectivamente. Así que tendrás que esperar hasta que llegemos allí. Mientras tanto, yo creo que estarás bien en la terraza.

—Estaré magníficamente bien —aseguré convencida.

Lo habría estado en cualquier caso, pero, además, el día acompañaba. Era suave, tranquilo y reposado, con una luz que parecía adormecer el agua que se bamboleaba a mis pies.

Asimismo, Ignacio, probablemente sin pretenderlo, me demostraba continuamente que yo ya estaba dentro de su cabeza, acoplado tanto a sus pensamientos como a sus ideas, puesto que de vez en cuando me enviaba a algún camarero con bebidas o aperitivos. De entre ellos hubo uno que llamó

especialmente mi atención, pero no tanto por su sabor —que también—, sino por su presentación. Y es que el recipiente que habían elegido era un pequeño tronco de madera, ligeramente horadado en su superficie a fin de poder incrustar en él un par de alambres, retorcidos, para que tuvieran más consistencia y pudieran alzarse, como si de dos ramas metálicas se tratara, en cuyos extremos se situaban sendas plataformas sobre las que descansaban dos canapés.

Era tan delicado, tan exquisito, tan sutil, en un entorno tan maravilloso, que no pude por menos que sentirme afortunada, y agradecida, por poder vivir esa experiencia, y máxime cuando era Ignacio quien me la proporcionaba.

Vivir, en eso radicaba todo, vivir todo lo que hasta ese preciso momento ni siquiera había supuesto que existiera. A veces había oído decir que, a medida que los años van pasando, cuando se acerca el final, te arrepientes, o al menos echas en falta esas otras vidas que no viviste. Afortunadamente, yo ya podía tachar una de la lista: la que me había hecho conocer el amor, y todas las consecuencias que de ello se derivaban.

—¿Te pillo en mal momento?

Era mi hermana quien reclamaba mi atención, y lo cierto es que me alarmó, ya que al estar yo fuera de España no contaba con que me llamara.

—En absoluto —le respondí—. Ignacio está cocinando y yo estoy sola. ¿Ha pasado algo?

—¡Qué va! —me tranquilizó de inmediato—. Jimena, que me ha dado una nohecita que no te imaginas.

—Pero ¿le ha sucedido algo? —volví a preguntar algo nerviosa.

—A la que le ha sucedido es a mí, que no he pegado ojo.

—¿Qué ha ocurrido?

—Hemos dormido con la ventana abierta, porque esta noche pasada ha hecho bastante calor. Y cuando por fin había conseguido conciliar el sueño (que estaba yo en el séptimo cielo, además, creyendo que tenía superpoderes y

que era capaz de limpiar el polvo sólo con la fuerza de mi mente), de repente aparece Jimena en la habitación.

—¿Se encontraba mal? —inquirí tras soltar una buena carcajada.

—Para nada. Y ¿sabes qué? Confusa como estaba yo, me ha recordado a cuando era pequeña y se colaba en mi habitación arrastrando el oso amoroso aquél, ese que era fosforescente y que parecía una bola de discoteca andante, con el que me pegaba unos sustos...

—Pero ¿y por qué ha entrado en tu dormitorio? —quise centrar el tema, antes de que su mente se desperdigara por los cerros de Úbeda... y los de varios montes colindantes.

—Pues, de buenas a primeras, lo único que alcancé a oír fue: «Mamá, perdona que te moleste a estas horas (porque, inciso, la niña me ha salido muy educadita, que para eso me esforcé mucho yo), pero es que hay un bicho muy grande en el cuarto de baño, y me preguntaba si me lo podrías matar».

—¿Y tú que le respondiste? —le pregunté a Olga tras soltar una inevitable carcajada.

—«A quien voy a matar es a ti», la amenacé. «Con lo a gustito que estaba yo, ¿y vas y me despiertas? ¿Y por qué no lo matas tú, digo yo?», creo que fueron mis palabras exactas.

—¿Cuál fue su contestación?

—Que su tamaño era descomunal.

—¿Y qué hiciste entonces?

—Decirle: «Pero ¿tú has visto su tamaño y el tuyo? ¿Y el tuyo y el mío? Porque tú a mí me sacas más de diez centímetros».

—¿Se conformó?

—Desgraciadamente, no. Así que me espetó lo siguiente: «A mí me da miedo, y en esta casa el único adulto eres tú».

Una buena tanda de risas españolas inundó el aire sueco en aquel momento.

—¿Y no le dijiste que a los dieciocho años, sí o sí, te regalan el título de adulto? Con lo que a los veinte ya tienes el máster hecho.

—¡Pues claro!

—Y no se avino a razones...

—¡Pues claro que no! —me cortó—, porque me respondió que en casa el único título que contaba era el de madre, y la única con ese certificado oficial era yo.

—¿Y te levantaste? —le pregunté tras aflojar la garganta unas cuantas veces.

—Todavía no. Antes le sugerí que utilizara el otro cuarto de baño.

—¿Te hizo caso?

—No, puesto que a la niña también le daba miedo que el bicho migrara y se colara en su habitación.

—¿Y qué tal cerrar la puerta?

—Eso mismo le dije yo: «¿Pues no es tan grande? ¿Por dónde se va a escapar si cierras la puerta?».

—¿Tampoco le vino bien esa opción?

—Lamentablemente, no, ya que su argumento en esta ocasión fue el que sigue: «Nunca se sabe, a lo mejor se hace pequeño».

Ya me imaginaba yo la situación, mi hermana cada vez más encendida, con la cabeza como un fluorescente, haciéndole la competencia al tan recordado oso amoroso fosforito.

—¿Y qué pasó entonces? —inquirí.

—Mi respuesta: «Y ¿de verdad crees que ese milagro de la naturaleza, el que su organismo mute en cinco minutos, se va a obrar sólo para ti?».

—¿A que adivino su contestación? —me adelanté—. «Los caminos de la naturaleza son insospechados, y algunos de ellos responden al nombre de milagros.»

—Exactamente —me confesó—, de manera que, como última alternativa, recurrí al *fu-fu*, que ya nos vale en casa, que somos tan indocumentadas para cualquier asunto doméstico que no nos llegan los conocimientos ni para llamar por su nombre a los productos matabichos.

—¿Y coló esa vez?

—Ni por ésas. Me dijo que, puestos a obrarse milagros, entraba dentro de lo posible que el engendro soplara de vuelta el espray y que la que acabara muerta fuera ella.

—¿Y el desenlace de la historia?

—A esas alturas, y después de tres horas de conversación, yo estaba ya más que despierta (y cabreada, viendo que mis superpoderes se habían evaporado, por lo que el polvo se había vuelto a adueñar de la casa). Por tanto, me levanté dispuesta a asesinar a ese monstruo gigante que nos había invadido el cuarto de baño, aunque valorando la posibilidad de llamar a los de la protectora de animales para que establecieran un cordón policial a fin de protegernos no sólo a nosotras, sino a todo el vecindario. Y con lo que me encuentro es con una pulga que, ni vista con lupa, habría pasado de ser una polilla, y a la que para más señas me cargué de un puntapié.

—Y ahora la verdad. ¿De qué bicho se trataba? —le exigí.

—Un saltamontes —me confesó.

—¿Y cómo lo mataste en realidad?

—Lo acorralé con el secador y lo rematé con la plancha del pelo, con lo que pasará a la posteridad como el saltamontes muerto mejor peinado de la historia.

Aunque a veces me sacara de mis casillas, en general disfrutaba muchísimo con esa facilidad que tenía mi hermana para exagerar las situaciones y hacer que resultaran tan divertidas. Sin embargo, de repente, me entró una curiosidad.

—¿Y Daniela? ¿No se enteró de nada?

—¡Uy! ¡Claro que sí! Ella y sus diez mil seguidores de Instagram, que me enviaron cientos de mensajes de apoyo después de ver el vídeo que subió.

—Bueno, seguro que al final eres capaz de sacar algo positivo de la experiencia —comenté haciendo un alarde de optimismo tras soltar una última ristra de risas.

—¿Yo? ¡Por supuesto! Que según Daniela soy la puta ama del canal.

E, instalada todavía debajo de una nube de risas, que se habían quedado suspendidas encima de mí, retroalimentándose, estaba cuando Ignacio acabó en la cocina.

—¿Nos vamos? —me preguntó.

—Nos vamos —le respondí totalmente convencida—, aunque siga sin saber adónde.

—De momento, a esa lancha que ya nos está esperando —aseguró mientras señalaba una fueraborda.

Si algo me quedó claro en aquel momento fue que mi vida se estaba convirtiendo en una capitular, una de esas letras que dan comienzo a los capítulos en los libros y que resalta enormemente sobre todas las demás.

## El embarcadero

Tras señalarme Ignacio la lancha en la que en breve nos montaríamos, mi asombro fue tan grande que durante unos segundos acalló mis palabras. Sin embargo, poco después éstas volvieron a la carga.

—Y mi pregunta sigue sin respuesta... —dejé inconclusa mi frase para que fuera él quien la completara.

—Cerca, o tal vez lejos. ¿Acaso importa? —me respondió mientras me guiñaba un ojo.

—El principio o el fin del mundo..., o cualquier lugar entremedias —afirmé sonriendo—. Lo cierto es que todas las opciones son igual de buenas.

Y en verdad lo eran, tanto como ese paisaje que, velozmente, se iba renovando a cada segundo a medida que la lancha avanzaba saltando sobre el agua, porque más que surcarla era el modo en que se desplazaba. Así, ante mis ojos se sucedían edificios rojizos con tejados puntiagudos, de apariencia decimonónica, que contrastaban con casas de madera pintadas de diferentes colores, tan características de los países nórdicos —conocidas como *torp* en Suecia—, así como bosques frondosos que parecían ofrecer no sólo aire a la ciudad, sino también tranquilidad. Y es que ésa era la sensación que Estocolmo transmitía, la de una ciudad plácida y apacible.

—Me encanta viajar —me comentó Ignacio.

—A mí también —le confesé—, aunque no lo hago tan a menudo como me gustaría.

—Yo aprovecho cualquier hueco que tenga para hacerlo —prosiguió—. Cuando éramos pequeños, al ser tantos hermanos, tantas bocas que alimentar, y

tan voraces —afirmó mientras sonreía—, a mis padres no les llegaba el dinero para las vacaciones. Además, el negocio familiar, un restaurante de barrio, tampoco es que diera para hacer muchos dispendios, de manera que, salvo alguna escapada esporádica a la playa (y sin salir de Galicia, por supuesto), poco más conocimos.

—Nosotras tampoco viajábamos de pequeñas, e igual que vosotros, por motivos económicos.

Me sorprendí a mí misma sincerándome de esa manera. Hasta donde me alcanzaba la memoria, era la primera vez que contaba algo acerca de mi infancia. Y ese hecho no podía sino confirmar que Ignacio era la persona, mi persona, porque mi recuerdo había asomado de una manera natural, sin apenas pensarlo, o considerarlo. Incluso se podría decir que se había escapado, *motu proprio*, para reunirse con él, para acoplarse a los suyos y crear así un espacio intangible entre ambos, sólo nuestro, sólo de los dos.

—Y de mayor tampoco he podido viajar demasiado —precisé a continuación—. Ser autónomo tiene muchas ventajas, pero le acabas dedicando al trabajo mucho más tiempo que a uno convencional, por cuenta ajena, lo que te impide, entre otras cosas, conocer mundo.

—Pues uno de los objetivos que me propuse yo nada más empezar a trabajar fue ahorrar lo suficiente para viajar lo más posible. De hecho, aunque el dinero nunca ha constituido para mí una motivación laboral, sí me mueve lo suficiente. Es decir, que jamás ha sido un fin en sí mismo, pero sí un objetivo importante que lograr por las opciones que te permite.

Esa clase de ambición me gustaba. Me parecía sana. Y también que supiera cuáles eran sus metas, tanto profesionales como personales.

—Me encanta viajar —aseguró nuevamente—. En mi opinión, más allá de conocer paisajes o culturas diferentes, le proporciona libertad a tu mente.

Un buen rato más estuvimos hablando sobre ciudades, países y continentes, hasta que llegamos a una pequeña laguna interior, donde Ignacio apagó el motor de la lancha.

Se trataba de una de esas playas llenas de piedras enmoquetadas con musgo, que en verdad parecían pequeñas montañas surgidas del mar, y que Ignacio tuvo que ayudarme a sortear.

En aquel momento no faltaba mucho ya para que anoheciera. De hecho, la línea del horizonte comenzaba a desbaratarse, generando colores ocres que desvirtuaban el azul inicial. Poco a poco, además, los tonos terrosos fueron allanando el espacio hasta convertirse en madera, en una suerte de bosques de cielo que las nubes ayudaban a formar, al proporcionar mullidas copas a los árboles.

Unos cuantos metros anduvimos más, sin saber yo aún adónde nos dirigíamos. Y cada vez me encontraba más extrañada, y confundida, ya que el lugar parecía desierto, tanto de personas como de casas.

—Ya hemos llegado —aseguró Ignacio.

—El sitio me encanta —afirmé categórica—. Pero ¿ahora es cuando me dices dónde está el refugio subterráneo en el que vamos a cenar? Porque, salvo un paisaje maravilloso, no veo nada más.

—Como siempre, estás mirando hacia el lugar equivocado —comentó con una sonrisa mientras se encargaba de girar mi cuerpo.

Y, efectivamente, ahí estaba, una pequeña cabaña de madera, pintada de color rojo y con turba en el tejado, tan mullido que hasta parecía césped, y con tanta inclinación que bien podría ser una prolongación del suelo que pisaban nuestros pies.

—Proporciona al interior calor en invierno y frescor en verano —me desveló Ignacio al apreciar mi gesto de extrañeza—, e incluso impide las filtraciones de agua. Es típico de toda Escandinavia, y también en Islandia puedes encontrar edificaciones así.

—Desde luego, no puede existir mejor adaptación al entorno —manifesté al ser consciente de en qué grado se acomodaba a su esencia.

—Durante años, este tipo de construcción cayó en desuso —prosiguió con su explicación—. Sin embargo, últimamente se ha vuelto a poner de moda.

—¿Entramos? —le sugerí—. Me apetece ver cómo es por dentro.

—Después —descartó de inmediato mi idea—. Ahora nos toca cenar.

—Pero ¿no es ahí donde vamos a hacerlo? —le pregunté sorprendida.

—No. Si te giras un poco más verás el lugar.

De repente, mis ojos se posaron en un embarcadero que se adentraba ligeramente en el agua y sobre el cual destacaba una mesa grande, rectangular, en la que bien podrían haber cabido seis u ocho personas. Por el contrario, ya de lejos se observaba que sólo había dos servicios preparados y que el resto del espacio se había reservado para unos botes de cristal en cuyo interior se encontraban hileras de pequeñas bombillas enroscándose sobre sí mismas, alternándose con otros llenos de conchas, piñas o demás elementos en los que el mar y la naturaleza son prolíficos.

Asimismo, los dos extremos de la superficie de la mesa se habían horadado para permitir que sendos troncos de madera la atravesaran, a modo de postes, cuyo propósito era proporcionar la altura suficiente a la guirnalda de luces que los unía a ambos en su parte superior.

—Le he tenido que pagar al dueño de la cabaña un año de sueldo para que lo preparara todo, pero yo creo que ha merecido la pena —bromeó Ignacio.

Si hay momentos en la vida que son maravillosos bien por las circunstancias que los provocan, bien por la intención de quienes los promueven, ése lo era, en todos los sentidos, como un regalo que convierte en perfecto un instante que ya de por sí lo era.

—Estuve aquí hace unos años —continuó—, trabajando, y ya entonces me pareció el lugar perfecto para traer a la persona perfecta.

Con sus palabras, él incluso había llegado más lejos que yo, pero a ningún sitio donde yo no pudiera alcanzar, o muy probablemente donde ya estuviera..., paladeando el paisaje. Y es que si algún recuerdo tengo de aquella noche es el de la consistencia del sabor, porque hay paisajes que lo tienen, porque puedes saborearlos, como el amor, el que se escapaba de ese mismo paisaje para

colármese dentro; o tal vez era el que yo sentía en mi interior, que se me escapaba fuera para embellecerlo aún más.

Durante unos segundos no me atreví a responder. Me daba miedo. Pensé que si hablaba se rompería el aire, o se mancharía el cielo, el de esa tarde que dejaba de serlo para dar paso a una noche que se adivinaba ya.

—Hay momentos, lugares y personas que son insuperables —me aventuré al fin.

De inmediato noté que agradeció mis palabras. Yo supuse que, además de por el sentido que entrañaban, se alegraba por cuanto rompían el mutismo con el que había acogido sus anteriores comentarios, esos cargados de apego que me dedicó mientras permanecimos en Bruselas. Y su siguiente pregunta me hizo ver que no andaba falta de razón.

—¿Algo ha cambiado? —inquirió en esa línea.

Lo que había sucedido era que no podía seguir negando por más tiempo —ni a mí misma ni a él— el hecho de que hubiera ocurrido: yo estaba enamorada. Y que en el pasado jamás hubiera podido pensar que fuera a sentirme así, no impedía que lo sintiera. Y, además, esa noche era el fiel reflejo de cuáles eran mis emociones. Y es que, aunque no se pueda anticipar lo que te va a deparar la vida, sí había acumulado la suficiente experiencia para saber que, a veces, al volver la vista atrás, existen ciertos momentos que constituyen un culmen, porque así los cataloga y almacena la memoria. Y ése era uno de ellos.

—Yo diría que es alguien quien ha cambiado —precisé.

Era cierto. Incluso mis opiniones lo habían hecho. Así, si antes de conocer a Ignacio estaba segura de que en el cerebro se alojaban la inteligencia, los recuerdos, las emociones, las percepciones y también el corazón —en lo que a suministrador de afectos se refiere—, ahora estaba convencida de que, lejos de localizarse en algún punto ubicado en nuestra mente, circula libre por todo el cuerpo, haciendo suyos todos los órganos, sobre todos los vitales. Y en concreto me refería al corazón propiamente dicho esta vez, que se acelera; a

los pulmones, que se soliviantan; o al estómago, que se anuda. Y también a la concatenación de impulsos, tanto físicos como psíquicos, que se desencadena con ese torrente llamado amor, y nunca mejor empleado ese término, puesto que se introducen en el torrente sanguíneo, alcanzando cada reducto de nuestro ser.

—¿Con respecto a ti misma? —me preguntó un cuidadoso Ignacio, tal vez advirtiéndome que el cambio que se había obrado en mí abarcaba un espectro superior al suyo.

—Digamos que hasta el día de hoy nunca he profundizado demasiado en las relaciones que he tenido —afirmé de una manera un tanto ambigua.

—¿Nunca has vivido con nadie? —me preguntó él a modo de respuesta, y mucho más directo que yo.

—No —le reconocí, aunque sin ofrecerle más explicaciones, motivo por el que supuse que querría indagar más. Sin embargo, para mi sorpresa, optó por llevar el asunto a un terreno mucho más personal: el suyo propio.

—Pues yo lo he hecho en dos ocasiones. La segunda vez con Candela, de la que ya te he hablado. Y la primera vez con Lucía, a la que podría calificar cuando menos de peculiar.

—¿A qué te refieres? —inquirí, y con verdadera curiosidad.

—A que llevaba una vida bastante bohemia. De hecho, había invertido completamente los horarios. Es decir, dormía de día y vivía de noche.

—¿Por motivos de trabajo?

—En cierto modo, pero no obligada por una empresa. Era artista, pintora en concreto.

—Lo tendríais complicado para veros entonces —me imaginé.

—Pues sí. Pero eso no fue lo más complicado de la relación.

—¿No? —me extrañó.

—No. Se trataba de una de esas artistas que sufren con el proceso de creación, pensando que nada de lo que hacen es aceptable, lo que se acaba

extendiendo al resto de su vida, de manera que nada era lo suficientemente bueno para ella. Supongo que era un caso de perfeccionismo extremo.

—¿Y en ese concepto de insatisfacción incluía también a las personas?

—Sí, especialmente las más cercanas a ella. Ya sabes, donde hay confianza da asco.

—¿Te refieres a que ella no era suficiente para los demás o que los demás no eran suficiente para ella?

—Pues ambas cosas, dependiendo del día, o de la situación, porque a veces también experimentaba lo que yo llamaba el *momento ego*, que consistía en que se creía superior a todo, y a todos, con lo que nuestra convivencia era de todo menos afortunada. Y eso calificándola de una manera suave.

—Dicen que los artistas son seres muy apasionados. Y supongo que eso afecta a todas las facetas de su vida —quise encontrarle alguna explicación.

—Yo también lo he oído. Y desde luego encaja completamente con mi experiencia.

—Parece que las circunstancias te han convertido en un experto en relaciones torturadas —apostillé, aunque con un tono risueño, por si mi afirmación pecaba de exceso de gravedad.

—Tienes toda la razón —admitió de buen grado—. Parece que las elijo aposta, cuando menos mujeres complicadas.

—Yo no soy así —me desmarqué, incluso con algo de miedo por su posible reacción.

—Lo sé. Tú eres una persona feliz. Y ésa es una de las cosas que más me atraieron de ti. Y ya antes incluso de que habláramos. Me refiero a la primera vez que acudiste al restaurante con tu hermana.

—¿En serio? Pero si no pudiste verme...

—Tú a mí no, pero yo a ti sí —me interrumpió—. Y por eso me acerqué a preguntaros qué tal la cena, que es algo que nunca hago, a no ser que el cliente solicite mi presencia.

—¿En serio? —volví a preguntar, totalmente desconcertada—. Nosotras

pensamos que, dado que el dueño no estaba en ese momento, tú lo habías sustituido en ese cometido.

—En absoluto. Te observé desde la distancia, y la forma en la que hablabas con tu hermana, tu expresión, los gestos de tu cara y de tus manos me gustaron tanto como para acercarme.

Ganas me dieron de pronunciar el tercer «¿en serio?» de la noche, si bien me contuve, en primer lugar, para no resultar repetitiva, o para que no apreciara la confusión que su confesión estaba provocando en mí. Pero también para poder reflexionar durante una fracción de segundo sobre lo que implicaba esa revelación por cuanto, finalmente, Olga había estado en lo cierto desde el principio y yo, por ende, equivocada.

—Hay gente que te entra por los ojos —prosiguió—. Y ésa fue la razón de proponerle a tu hermana que vinierais a cenar las dos, porque me apetecía conocerte.

Mentiría si dijera que mi asombro no crecía por segundos... y mi embeleso hacia él, porque si yo ya era terreno conquistado, esa declaración me había colocado la bandera que lo probaba encima de mi cabeza.

—Y, por lo que he podido ver en los días que hemos pasado juntos —continuó—, me parece que contigo se ha roto el maleficio. ¡Por fin he encontrado a una mujer normal! Ya lo dicen: benditos los normales, esos seres tan extraordinarios... y extraños, por poco frecuentes.

No pude evitar soltar una carcajada al oír su comentario, y reblandecerme un poco por dentro también, puesto que a cada palabra que pronunciaba parecía más que evidente que, de alguna manera, yo ya formaba parte de su vida, y con visos de futuro.

—Y vaya por delante que me considero uno de ellos, pero sin mérito alguno en mi caso, porque yo soy como la mayor parte de los hombres: completamente plano, o sea, sin complicaciones —concluyó su exposición.

—Te voy a tener que llevar la contraria —aseguré tras soltar una segunda carcajada—, porque tú de normal y corriente tienes poco, ni por ti mismo ni en

tu relación con las mujeres.

—¿Qué quieres decir? —se extrañó.

—Que las haces sentir especiales —le aclaré—, o al menos a mí.

—¿Acaso no lo eres? —se sorprendió de nuevo—. ¿O es que no crees merecer que te traten así?

Me encantó, tanto el contenido como la forma con la que lo expresó, lo que provocó que, en lugar de palabras, le respondiera con un beso tan largo y tan profundo que, más que anegarnos en nosotros mismos, pareció abarcar el espacio entero, el que circundaba el paisaje que nos rodeaba.

De haber sido verano, creo que habría saltado al agua y arrastrado a Ignacio conmigo, para dar rienda suelta a ese torrente, convertido ya en un rápido, o incluso en una cascada volcando al mar.

En verdad, para hablar con propiedad, debería precisar que no se trataba de una catarata, sino de un tumulto, o incluso un motín de emociones cuyo lema al sublevarse era «para aprender a nadar hay que soltarse del bordillo», que era lo que reivindicaban.

Es decir, que mis incipientes afectos empezaban a ahogarme al exigirme que, por una vez en la vida, abandonara mi zona de confort y me lanzara a la piscina —o a la laguna—, sin importar que ese medio acuático no fuera mi hábitat natural. O, para ser sinceros, que nunca hubiera realizado ninguna inmersión.

En aras de mi supervivencia, la emocional, yo había intentado refrenarlos porque bien me sabía la teoría, consistente en que para nadar no hay que mover el agua, sino empujarla, y apartarla a la vez, para lo que resulta necesaria una cierta coordinación de extremidades. Y con la agitación que sacudía las mías, muy difícil veía yo que fueran capaces de sincronizarse entre sí, y menos aún de acompañarse del trabajo respiratorio adecuado a fin de no tragar agua.

Y es que a duras penas conseguía yo manejar ese enjambre de sensaciones en que se habían convertido mis entrañas, con cada parte de mi ser

transformándose en pequeñas abejas que zumbaban y revoloteaban de manera independiente, con vida propia, cuya consecuencia más inmediata era que yo no alcanzaba a oír ni mis propios pensamientos.

En consecuencia, sentir era lo único que podía hacer, pero un sentir mayúsculo que dejaba mis órganos internos expuestos, abiertos en canal, y mi piel convertida en un enchufe múltiple, que más que permitir el paso de la corriente eléctrica la descargaba en mí.

Y, en cuanto a mi corazón, la forma más fácil de describir su coyuntura sería decir que había perdido su capacidad habitual de producir latidos, al haberse convertido en un motor tras un acelerón, que lo coloca en apenas unos segundos a cuatro mil revoluciones y acercándose peligrosamente a la zona roja.

—Esa agua nos llama, ¿verdad? —pareció adivinar Ignacio mis pensamientos.

—De hecho, suena como una bocina, para que no escape a nuestra atención —ratifiqué su teoría.

—¿Esto encaja con tu idea de la felicidad? —me preguntó a continuación con una voz que se había convertido de repente en un murmullo, o una brisa, como la que bailaba en el aire.

Ya antes, cuando lo mencionó, me había encantado que me definiera como una persona feliz, incluso previamente a que se hubiera producido algún intercambio de palabras entre nosotros. Y, de no haber resultado demasiado convencional, le habría respondido que esa noche, y él en ella, representaba mi idea de la felicidad, más allá de lo que hubiera considerado hasta ese momento.

Así, hasta conocer a Ignacio, de haber tenido que concretar mi filosofía de vida lo habría hecho empleando cinco palabras, acompañadas de dos signos de interrogación: «¿Cueces o enriqueces la vida?». Y yo, que siempre había considerado que la enriquecía, empezaba a darme cuenta de que sólo la cocía, y sin siquiera un puñado de sal que hiciera bullir más el agua.

—¿Hay algo más en el mundo aparte de esto? —dije al fin.

Otro beso, esta vez por su parte en lugar de una contestación convencional, y tan profundo como esa agua que llevaba toda la noche llamándonos.

—A poco que nos descuidemos acabamos en ella —comentó Ignacio.

Era cierto. Y también que todo invitaba a bañarse desnudo, mecidos por un agua y unas luces que despertaban tantas sombras como las que despejaban. Además, hacía una temperatura tan agradable para estar en Suecia, noche cerrada ya y completamente a la intemperie, que a mí se me antojaba que todos los planetas de nuestra galaxia se habían colocado en hilera con el propósito de controlar hasta los grados para que todo fuera perfecto, perfecto para nosotros dos.

Finalmente, no acabamos cayendo al agua, pero sí arrastrándonos hasta el interior de la cabaña, donde nos mecimos, y después hasta el hotel, donde nos mecimos todavía más.

A la mañana siguiente, aún tuvimos tiempo para más agua, antes de regresar a España, al recorrer esa Venecia del Norte que es Estocolmo y que debe su apodo a su situación —justo en la confluencia entre el mar Báltico y el lago Mälär—, y no a sus canales, ya que carece de ellos. No obstante, en lo que sí es prolífica la ciudad es en islas, las veinticuatro mil que integran el archipiélago sobre el que se asienta, un verdadero laberinto en el que destacan algunas pequeñas y completamente desiertas, así como otras de gran tamaño y densamente pobladas.

En una de ellas, Fjäderholmarna, famosa por las tiendas de artesanos en las que se venden los productos típicos de la zona —desde la madera a los textiles, pasando por el vidrio—, pudimos degustar el pescado ahumado tan característico de Escandinavia, en concreto arenques, que, bien acompañados por un pan recién hecho y unas cervezas frescas, hicieron de nuestra comida una absoluta delicia.

Por la tarde aún nos dio tiempo a recorrer algunos sitios más, como Gamla Stan, el barrio antiguo de la ciudad. De hecho, su nombre significa la «ciudad

vieja», el lugar donde nació en el siglo XIII, y que está lleno de casas medievales con coloridas fachadas y de calles tan empedradas como estrechas.

Una de ellas, Mårten Trotzigs Gränd, llamó especialmente nuestra atención al tratarse del callejón más angosto de todo Estocolmo, con menos de un metro de anchura.

—Aquí la infidelidad entre vecinos nunca podría considerarse deporte de riesgo —bromeó Ignacio—, puesto que con sólo estirar un poco el cuerpo ya te has colado en tu casa, y viceversa. Desde luego, nunca fue más fácil escapar de visitas inesperadas.

Y aunque nosotros no nos escapamos, poco después no nos quedó más remedio que marcharnos de allí camino al aeropuerto, aunque, eso sí, tras visitar el Palacio Real, la catedral de Storkyrkan y beber una buena sidra en una de las terrazas con sabor a antiguo de Stortorget, la plaza mayor de Estocolmo.

Ya en el avión, recostada sobre el hombro de Ignacio y casi a punto de cerrar los ojos, caí en la cuenta de que para la siguiente semana había organizado un cuando menos peculiar encuentro en mi casa del que todavía no lo había hecho partícipe.

—¿Te apetece venir a una fiesta el sábado que viene? —le pregunté, pues.

—¿Qué fiesta? —inquirió, en principio con más recelo que satisfacción por la invitación recibida.

—Una en mi terraza, para celebrar la llegada del buen tiempo.

—¿Y quién va a ir? —fue su único comentario al respecto.

## La fiesta

De todos es sabido que los días nacen condenados a morir. Sin embargo, hay algunos que lo hacen con alharacas, hasta con aspavientos, ansiosos por cobrar un protagonismo que les garantice su supervivencia más allá de sus veinticuatro horas de estipulada existencia. Días egoístas, los llamaba yo, dado que lo único que pretenden es garantizarse un hueco prominente en la memoria, cuando no ocuparla entera, o incluso convertirse en leyenda para las generaciones venideras.

Y, sin lugar a dudas, el sábado posterior al fin de semana que Ignacio y yo pasamos en Estocolmo fue uno de ellos.

¿El motivo? Mi fiesta para celebrar la llegada del buen tiempo.

¿El resumen?

Claudio se presentó con un enorme ramo de rosas rojas, precedido por un abrazo potente, que, por supuesto, Ignacio vio.

Vidal se presentó con un ramo de rosas rojas gigante, precedido por un abrazo entusiasmado que, por descontado, Ignacio vio.

Hugo —que ni siquiera estaba invitado— se presentó con una plantación entera de rosas rojas y una nota entre ellas, aunque en realidad se tratara de una pancarta, habida cuenta de su tamaño, en la que se leía un ostentoso, a la par que presuntuoso y, por qué no, jocosos: «Sé que estás loca por mis huesitos. De lo que se trata es de que me lo digas pronto, antes de que, de puro viejos, críen artrosis y no nos sirvan para nada a ninguno de los dos». A lo que Hugo se refería era a que todavía no había respondido a su maceta-ofrecimiento, mediante la que me había pedido una segunda oportunidad para nuestra

relación. Y, visto el centenar largo de rosas con el que se presentaba ante mí ahora, de lo que no me quedaba ninguna duda era de que, tal vez por mí también, pero además él —por sí mismo, sin injerencias ajenas— se había vuelto completamente loco... por la floricultura. Y, como no podía ser de otra manera, su presentación concluyó con un abrazo tan intenso como extenso. A esas alturas, excuso decir que habría sido de todo punto imposible que Ignacio no viera todo ese aparataje, así como el resto de Madrid capital y demás poblaciones aledañas, teniendo en cuenta sus dimensiones. Es más, a mi entender sus ojos se habían convertido en lupas, que lo escudriñaban todo con tanta fruición como estupefacción.

En consecuencia, a Ignacio se le puso cara de bombilla, de las incandescentes, que alumbraba por sí sola no sólo la terraza de mi casa, sino las calles colindantes, y hasta habría contado con potencia suficiente para iluminar todas las plantas del cercano Corte Inglés de haber estado abierto, incluso Cortylandia de ser Navidad.

¿Mi conclusión? Que de haber sido florista yo, habría tenido bastantes rosas para abastecer a Cataluña entera en el día de Sant Jordi, y, por otra parte, que parecía que debajo de mi casa se hubiera instalado un vendedor ambulante cuyo género fueran los abrazos al peso, porque tanta abundancia, insistencia y consistencia me escamaba.

Tan nerviosa estaba yo en aquel momento —y algo descerebrada también, que no me duelen prendas reconocerlo— que lo único que se me ocurrió hacer fue ponerme a tirar pétalos de rosas, algunos al suelo y otros a la acera, en plan desgarrado, a lo Isadora Duncan. Pero, para mi desgracia, en quien finalmente me convertí fue en John Travolta bailando en *Pulp Fiction* junto a Uma Thurman, a la sazón mi hermana, que por no dejarme sola haciendo el ridículo me acompañó en esa tarea tan ingrata y poco valorada, aunque siempre jocosa a ojos de los demás.

En otro orden de cosas, en lo que concierne a los antecedentes, mentiría si dijera que yo no era consciente de que la noche pintaba mal ya desde el

principio, y no sólo desde su concepción, extremo que hasta yo misma podía intuir sin ninguna dificultad.

Lo que pretendo poner de manifiesto es que hasta ese mismo día Ignacio no me había confirmado su asistencia a la fiesta, y bien es cierto que ese día lo hizo, aunque con desgana. Por tanto, mi interpretación de los hechos, a lo largo de la semana, había consistido en una clara falta de interés, aunque él lo achacara al trabajo todas y cada una de las veces que le pregunté al respecto.

—Llevo muchos fines de semana seguidos sin aparecer por el restaurante. ¿O se te ha olvidado el concierto de Blue October, el viaje a Bruselas y este último a Estocolmo?

—Pero los dos últimos se han debido al trabajo, y, según me comentaste, eso es algo que tienes estipulado en tu contrato —protesté yo—, con lo que en buena ley no cuentan.

—En teoría tienes razón, pero, en la práctica, lo único cierto es que llevo ausente mucho tiempo, y eso no es algo con lo que me sienta cómodo.

No obstante, a primera hora de la mañana del sábado me envió un wasap en el que me confirmaba su asistencia, aunque mediante un escueto «cuenta conmigo» en el que yo adiviné incluso algo de malhumor.

Además, los días anteriores ya me habían demostrado que la mala disposición no era exclusiva de Ignacio, puesto que Olga se pasó la mayor parte de ellos enfadada conmigo.

—Pero ¿cómo se te ocurre? —me recriminó en cuanto se enteró.

A lo que Olga se refería era a que, siguiendo el plan que me había trazado, me hice la encontradiza con Vidal, el dueño del restaurante, a fin de invitarlo a él también a mi fiesta, lo que, a diferencia de Ignacio, provocó una actitud entusiasta por su parte.

—¡Cuánto te lo agradezco! —exclamó—. No conozco a mucha gente en Madrid, de manera que me viene genial no sólo para entablar amistades con gente nueva, sino para tener un plan un sábado por la noche.

—¡Estupendo! —manifesté encantada ante su buena predisposición, lo que

sólo podía augurar cosas buenas.

—¿Y va a ir tu hermana? —me preguntó a continuación, aunque más por cortesía que por verdadero interés, lo que fue fácil de deducir tanto por sus gestos como por el tono de su voz.

—Pues no lo creo, ya que ese día tiene que trabajar —le respondí sincera, aunque con la esperanza de que la segunda parte de mi plan funcionara, lo que afortunadamente sucedió.

—Eso está hecho. Desde ya tiene la noche libre. Cuando uno celebra una fiesta tiene que tener a la familia cerca..., sobre todo porque son los únicos que te ayudan a recoger —comentó con un sentido del humor que me agradó sobremanera.

«Perfecto para Patricia», me reafirmé una vez más.

Sin embargo, por el que no me preguntó Vidal fue por Ignacio, e indeciso como estaba éste no lo quise mencionar para no agrandar el problema laboral existente entre ellos..., si es que en verdad existía.

Desafortunadamente, quien sí evidenció la presencia de uno fue mi hermana.

—No me parece correcto —me reprochó al enterarse—. En primer lugar, porque me va a resultar incómodo estar allí, con mi jefe al lado. Y, en segundo, por los compañeros, porque tarde o temprano se acabarán enterando y lo interpretarán como una muestra de favoritismo, cuando no un intento de prosperar en la empresa por mi parte a costa de mi relación con él.

—Me parece que estás exagerando —me defendí.

—En absoluto. Y, para lo exquisita que eres con tu trabajo, me extraña que te hayas tomado el mío, y uno nuevo, además, tan a la ligera.

Casi con toda probabilidad, Olga estaba en lo cierto, pero cegada como estaba yo a causa de esa necesidad —que implicaba una urgencia, además— de emparejar a todo el mundo, no quería prestar oídos a razones que pudieran enturbiar mi propósito. Asimismo, cuando estás enamorada se te instala una generosidad en el cuerpo que resulta imposible ignorar y que se traduce en la

obligatoriedad de intentar que todos los que se encuentran a tu alrededor acaben tan amartelados como tú.

—Lo hecho, hecho está —sentencié, pues—, y tanto para lo bueno como para lo malo, lo mejor es que tienes la tarde-noche libre.

Y tan buen uso hizo de ella que hasta de la misma fiesta se olvidó. Al comprobar que ya pasaban de las ocho, la hora a la que habíamos quedado para que me ayudara con los preparativos, y no aparecía por casa le pregunté extrañada:

¿Dónde estás?

En la Odisea.

Su respuesta no permitía deducir ni su paradero ni el motivo de su retraso. Así que, tras recibir a continuación unos cuantos emoticonos enfadados a más no poder, Olga prosiguió con su explicación:

Pues nada, que al corrector del WhatsApp le ha dado por los clásicos hoy.

¿Perdona?

No entendía lo que me decía, pero una sonrisa asomaba ya a mis labios.

Que yo he escrito Ofiarea, donde estoy comprando unos bolígrafos para las niñas, y es verdad que hay mucha gente, pero tanto como para compararlo con la tragedia de Homero no sé yo. Me parece a mí que se ha pasado de dramático en esta ocasión.

A pesar del retraso en nuestra cita, e intuyendo que tenía ganas de contar más, esperé para recriminarle su tardanza a que hubiera completado su relación de cómicas desdichas con el corrector. Me decidí a llamarla.

—Y eso no es nada —continuó, tal y como yo había sospechado.

—¿Cuál es la segunda parte? —pregunté.

—La primera más bien, ya que sucedió hace un rato. Yo pretendía ir a una tienda, pese a que al final haya acabado en una lonja.

—¿Y hay de eso en Madrid? —quise saber, al extrañarme que, con o sin WhatsApp de por medio, existiera aquí, en un lugar tan alejado del mar, un espacio público dedicado a la compraventa de pescado fresco.

—A que yo quería pedirle a mi amiga Piluca que me acompañara a Leroy Merlin. Sin embargo, el corrector debe de haber pensado que era temporada de pesca.

—¿Y dónde te ha mandado?

—Mejor di qué le he mandado, porque «lote merluza» han sido las palabras exactas. Así que en breve le tocará al fletán, que será el equivalente a Ralph Lauren en el lenguaje pesquero del corrector (o anticonsumista, a saber), y que es a donde me gustaría ir a continuación si tuviera ceros suficientes en mi cuenta para pagar sus precios.

En ese instante ya no pude reprimir por más tiempo la carcajada que tenía retenida en mi garganta, que, eso sí, estalló casi al mismo tiempo que mi reproche.

—¿Y con tanto pescar no te has acordado de que tú y yo teníamos una cita para que me ayudaras con los preparativos de mi fiesta?

—¡Se me ha olvidado completamente! —exclamó apesadumbrada, actitud que, no obstante, abandonó en apenas una fracción de segundo—, lo que significa que mi subconsciente está convencido de que nada bueno puede salir de ahí.

Razón no le faltaba a Olga, ya que, además de lo expuesto previamente acerca de la convergencia de rosas rojas, así como la congregación de abrazos masculinos frente a Ignacio, ¿cuál fue el colofón de la velada? Mi tía Conchita, que hizo acto de presencia al objeto de informarme en persona de que su segunda vez con el dentista había sido incluso menos satisfactoria que la primera.

—Al menos (y también por edad) ya no me podrá pedir esa ordinariez que

se gastan los hombres; es decir, pretender ser mi tampón, como hizo el príncipe Carlos de Inglaterra con Camilla.

—Bueno, siempre te puede pedir un salvaslip firmado —afirmé reprimiendo las risas, para que fuera patente el despropósito que significaba tanto su comentario como su aparición en mi casa, especialmente esa noche.

—Más bien sería uno gigante —precisó—, de los que anuncia Concha Velasco, que de puro grande tendría espacio hasta para una dedicatoria.

Al apreciar las carcajadas que procedían de la concurrencia, lejos de arredrarse, Conchita se creció a fin de marcar su territorio y, como debido a su osteoporosis no podía levantar la pata, lo que sí que aupó, y con destreza, fue la lengua.

—Os estáis fijando sólo en el papel de envolver —aseguró enérgica—, y no en el regalo que se esconde en el interior. Aunque no os lo creáis, yo por dentro tengo sólo veinte años, y ni uno más, salvo que me ha salido una fachada rebelde que se niega en primer lugar a obedecerme, en segundo a adaptarse a mi verdadera edad y, sobre todo, a no desmoronarse por ello.

—Está usted estupenda, señora, para su edad y para cualquier otra —le regaló Hugo, que tendría el día tan embustero como halagador, tras soltar las decenas de risas que le produjeron sus palabras, a él y a todos los demás, dicho sea de paso.

—Te agradezco el cumplido, majó —le respondió Conchita—, y si fuera otra mi situación hasta te lo aceptaría, porque estás de buen ver. Y la verdad es que siempre deseé que un hombre me mirara y me dijera «¡fascinante!», sólo que no esperaba que el que lo hiciera fuera mi traumatólogo, como al fin y a la postre ha sucedido.

Desternillarse es poco para definir el talante con el que el público allí reunido acogió la perspectiva con la que mi tía analizaba sus circunstancias, lo que incluso alivió el momento de mayor tensión de la noche, que aún se respiraba en el ambiente cuando llegó Conchita y que tuvo lugar al cruzarse las miradas de Vidal e Ignacio.

—¿Así que éste es el funeral al que tenías que asistir y que te impedía acudir a trabajar esta noche? —le preguntó el primero al segundo, notablemente molesto.

Si de muertos se trataba, con toda seguridad, el primero que habría querido estar a dos metros bajo tierra en ese momento habría sido Ignacio, si bien yo le andaba a la zaga, y cavando mi propia tumba, además. Y es que, ¡cómo podía haber estado tan ciega, y tan sorda?!, porque bien que me lo había repetido Olga decenas de veces desde que supo que pensaba celebrar el evento y quiénes eran los asistentes: «Esa fiesta tiene un nombre propio: *fracaso*, y un apellido que la personaliza todavía más: *estrepitoso*». Y eso que mi hermana desconocía mis planes de emparejarla a ella con mi cliente y a Patricia, con su jefe.

Y lo que tampoco se me despistaba era cómo podía haber sido tan irresponsable de no advertir a Ignacio de la presencia de Vidal en mi casa.

—Ya sabía yo que algo no marchaba bien en tu cabeza desde que vi esa silla vacía en el restaurante aquella noche —me espetó Ignacio antes de marcharse—, y más aún cuando me confesaste la verdad. Si es que lo era.

—¿Qué quieres decir? —me asusté.

—Que la sensación que tengo es que no pretendías que Claudio y tu hermana se conocieran entonces, sino que yo viera que tienes muchos admiradores y, una de dos, o repasarme cuán afortunado era de tenerte, o que debía esforzarme mucho más si quería conservarte.

—Yo no soy así —me defendí, aunque con voz apocada, fiel reflejo del estado en que se encontraba mi ánimo en aquellos momentos.

—¿Y cómo eres? Porque lo cierto es que no encuentro ninguna explicación para lo de esta noche. ¿Querías hacer doblete, o triplete, incluyendo al del anuncio de los huesitos? ¿Y yo el mono que da palmas?

—Lo único que pretendía era que Claudio y Vidal conocieran a Olga y a Patricia, respectivamente —declaré al fin, aunque cada vez más avergonzada de mi actuación.

—¿Y en esa empanada mental que te has montado no se te ha ocurrido utilizar el ingrediente *dejar a la gente en paz*?

—No pensé que esto fuera a suceder.

—¿Y tú qué crees que pasa cuando invitas a un hombre a una fiesta en tu casa?

A lo que Ignacio se refería era a que, al final, resultó evidente, y para todos los allí presentes, que tanto Vidal como Claudio sólo tenían ojos para mí, y eso sin contar a Hugo, que parecía devorarme con los suyos tanto como pretendía hacerlo con los demás varones, para apartarme de su campo de acción.

—¿Acaso no tienes bastante conmigo? —prosiguió Ignacio—, ¿o quieres demostrarme que te los puedes llevar a todos de calle? Para tu información te diré que eso ya lo sé yo, sin necesidad de que tú me lo hagas ver. ¿Sabes?, esto funciona como el dinero de los ricos, que no hace falta que te lo repasen por la cara, porque resulta evidente por el coche que conducen, la casa en la que viven, la ropa que gastan. En consecuencia, si a mí me gustaste, y a simple vista, ya soy capaz de deducir que al resto de los hombres les pasará igual.

En ese contexto, el resultado de la noche fue que, en mayor o menor medida, todos los invitados acabaron enfadados, incluso algunos entre ellos —como Vidal e Ignacio—, si bien el denominador común fue que todos lo estaban conmigo, incluida Conchita.

¿Sus razones?

Por lo que se refería a Vidal, al parecer se ofendió por mi amplitud de miras, al considerar que las mías estarían centradas en exclusiva en él, ya que para algo me habría molestado en ir hasta el restaurante para invitarlo.

En cuanto a Claudio, me hizo ver que peligraba no sólo la contratación del escaparate de invierno, sino la supervivencia del de otoño, que ya estaba en marcha. «Pensé que mis sentimientos estaban a salvo contigo, pero ya veo que tiendes a compartir con mucha facilidad, y eso no es algo que yo pueda permitir, para mí o para mi tienda, que es una prolongación de mí mismo.» Lo

que él no dijo, aunque estuviera suspendido en el aire que yo respiraba, era que, en mi profesión, perder un cliente equivale a un reguero de pólvora que acaba explotando, con toda probabilidad en mi cara.

Hugo, por su parte, tan ejemplarizante como siempre, tuvo a bien destacar que «analizando con detalle este sarao que has montado, me da a mí que eres una de esas personas que no disfrutan ni de su propia compañía. Pero no desesperes, que esa clase de gente, con los años, se acaban acostumbrando a sí mismos».

Finalmente, Conchita, además de recriminarme que no le hubiera hecho el caso que se merecía, como era habitual en ella, se despidió dejando atrás una de sus frases lapidarias: «Como bien sabes, soy una persona que quiere hacer muchas cosas atrapada en el cuerpo de otra que no quiere hacer nada, que es a lo que he dedicado la mayor parte de mi vida. Y, visto lo visto, qué lástima que tú no hayas salido a mí en eso, porque este espectáculo tan lamentable que has dado bien nos lo podríamos haber ahorrado».

Razón no le faltaba en esta ocasión, puesto que mi necesidad había desembocado en necesidad, la de emparejar a todos los que estaban a mi alrededor, que, en un grado u otro, lejos de querer arrejuntarse, lo que querían era desperdigarse, sobre todo lejos de mí.

En cuanto a la que suscribe, al final de la noche yo ya no tenía ojos para nadie —ni siquiera para Ignacio— ni para nada, exceptuando mi tumba recién cavada, que se hacía más honda a cada instante.

Por otra parte, además de todo lo expuesto, en mi fuero interno reinaba la más profunda de las confusiones, dado que yo me consideraba una buena persona, incapaz de hacer daño a nadie. Es más, por lo general, prefería pecar de tonta que de mala, y siempre con una meta que cumplir: unos sueños igual de felices que mis días; es decir, que nunca viera mi conciencia convertida en un colchón duro, o en una almohada tan incómoda que me impidiera dormir.

En cambio, esa noche había demostrado que —con o sin intención— era capaz de obrar mal, y de hacer daño incluso a las personas que más quería.

Analizando la coyuntura, la única explicación sobre mi proceder que podía ofrecerme a mí misma consistía en que, al no haber contado con ninguna relación previa, no sabía cómo desenvolverse ahora que la tenía. O sea, que una vez soltada del asidero que me unía a mi habitual zona de confort, había perdido el control.

Sin embargo, y desgraciadamente, acababa de darme cuenta de que, más que ese control, a quien había perdido era a Ignacio. Y mi certeza se basaba en que, a la mañana siguiente, tras haberme pasado la noche en vela enviándole mensajes llenos de disculpas, recibí uno suyo. Y, al igual que había sucedido otras veces en el pasado, nada tenía que ver su contenido con el que yo le había enviado:

Me vuelvo a Galicia.

## La decisión

Aunque pueda resultar cuando menos peculiar, la razón última que me empujó a tomar mi decisión provino de Conchita.

«Los sueños suelen estar más allá de la sensatez», aseguró cuando le comenté mi idea, lo que abundó en la mía, ya que ése era el lugar exacto donde yo me encontraba. Y, si aún me quedaban dudas, las despejó todas con sus siguientes palabras: «Una de las mayores agonías que te puede deparar la vida es alojar una historia inacabada dentro de ti».

En este último punto yo inferí que se refería a su amor por el tío Primo, interrumpido por su muerte, si bien no quise indagar por cuanto no hay nada peor que preguntar algo, que con toda seguridad te van a contar, cuando en realidad no tienes ningún interés en saber. En consecuencia, cogí de ella la ración de información que me interesaba y la dejé rumiando lo demás.

En cuanto al resto de mis allegados, Patricia se posicionó en el lado opuesto a mi tía, al aconsejarme que no me dejara llevar por la urgencia, la de las emociones, sino por la importancia, la de los sentimientos, sin que al fin y a la postre tuviera en cuenta su opinión al obviar ella el factor más importante: la ausencia de discernimiento que se deriva de la abundancia, o incluso el exceso de amor presente en las primeras fases de una relación y que suele ser sinónimo de sinrazón.

Olga, por su parte, fue mucho más explícita.

—Te vas a equivocar —me aseguró contundente en cuanto se lo planteé—. Y si tienes algún género de duda, sólo tienes que echar la vista veinte años atrás y recordar mi historia.

—Efectivamente. Y ahí radica la clave, en que fue tu historia y no la mía. Equivocada o no, tú ya viviste la tuya, y ahora es a mí a la que le toca, y con suerte acertar.

—Va a ser un fracaso, y mucho más que personal —me advirtió—. Será un suicidio, en todos los sentidos. Además, tú ni siquiera tienes la certeza...

—La tengo —le respondí lo más convencida que pude—. Y por lo que se refiere a la primera parte de tu exposición me hace mucha gracia que me lo digas precisamente tú, la que tras pasar un único fin de semana con Álvaro se casó con él. ¡En sólo dos días! Yo al menos llevo un mes con Ignacio.

—¿Y nunca te has preguntado por qué no he vuelto a tener pareja desde entonces, o incluso citas? Porque me dejó tan tocada que miedo me ha dado repetir la experiencia y, como comprenderás, no quiero que lo mismo te pase a ti.

Mentiría si dijera que esa confesión no me hizo tambalear, en primer lugar, porque era la primera vez que Olga reconocía tener miedo a algo y, en segundo, porque jamás sospeché que la ausencia de relaciones en su vida se debiera a esa razón, sino a su celo por cuidar de nosotras tres, sus dos hijas y yo.

No obstante, obsesionada como estaba yo con la puesta en práctica de mi decisión, ni siquiera me detuve en ahondar en esa revelación, porque si algo logra el amor —y la necesidad de su consecución— es volverte egoísta. En otro momento, tan sólo un día atrás, habría hurgado entre sus entresijos, sobre todo con el propósito de hacerle cambiar de opinión de cara al futuro. Pero aquel día no, porque aquel día sólo existía mi decisión.

Por tanto, viré la conversación de nuevo hacia mi terreno, y dentro de él hacia la única parcela en la que podía sentirme victoriosa.

—¡Si hasta Conchita me da la razón! —exclamé, pues.

—¿Y eso no te da que pensar? ¿O no te indica que deberías reflexionar aún más? —me conminó.

En eso no me quedaba más remedio que darle la razón. Sin embargo,

teniendo en cuenta la nueva persona en la que se había convertido nuestra común tía, me inclinaba a darle un voto de confianza..., sobre todo porque era la única que comulgaba con mi plan, y en esas circunstancias —de locura emocional transitoria— siempre tendemos a ser afines con quienes comparten nuestro parecer.

—Es mi media naranja —argumenté de manera probablemente pueril, pero empleando una expresión que reflejaba a la perfección el estado de mis sentimientos.

—Eso no existe —me recriminó, incluso algo despreciativa—. Y me extraña que lo digas precisamente tú, que hasta ahora has ido de naranja en naranja. Y, en cualquier caso, te advierto que la otra media te habrá exprimido a ti en cuestión de días.

Pese a todos sus esfuerzos, lo único cierto en aquel momento era que no había palabras suficientes en el mundo para convencerme. Y la razón se debía a que yo ya había tomado mi decisión, previamente a nuestra conversación, en cuanto fui consciente de que me sentía como si me hubieran extraído todo el aire de los pulmones tras comunicarme Ignacio que Madrid había dejado ser su lugar de residencia, y con carácter inmediato, además.

Por tanto, lo único que yo necesitaba era aire, para volver a respirar, su aire, independientemente de que éste estuviera en Galicia o en Madrid.

## El tiempo

Era de noche cuando llegué y las hojas de los árboles no se movían: temblaban, debido a la fuerza del viento, mientras que la luna se escondía detrás de las nubes intentando refugiarse de su ira, aunque con poco éxito, ya que aquéllas mudaban de sitio con tanta facilidad como lo había hecho yo. Y como prueba allí estaba, en Santiago de Compostela, después de haber conducido más de seis horas con un tiempo infernal, prácticamente desde que dejé atrás Madrid.

A buen seguro que Olga me habría dicho que esa climatología constituía un mal augurio. Y, de hecho, hasta yo misma era capaz de intuir que la ciudad no me estaba dando la bienvenida. Sin embargo, convencida como estaba de haber tomado la decisión correcta, no quise advertir ninguna señal en ese hecho atmosférico y simplemente di en pensar que era el clima que Galicia se gastaba, con o sin mí. Así pues, más que una premonición, lo que yo intuí fue que se trataba de un aviso para navegantes; es decir, la constatación de que más de lo mismo sería lo que me esperaba de ahora en adelante.

—Pero si a ti lo que te gusta es el pareo —intentó desanimarme Patricia a última hora, poco antes de salir.

Razón no le faltaba a mi amiga, ya que, para mí, el verano —que bien poco quedaba para que entrara oficialmente, y que en Madrid ya se había instalado de manera oficiosa— era un festín de pareos, siempre a juego con mis bañadores. Y, por lo que se refería a mi destino predilecto para las vacaciones, solía reducirse a la tumbona, y con vistas al tumbonero, puesto

que los de la playa a la que Patricia y yo acudíamos habitualmente parecían modelos.

—Rectificar es de sabios, y yo voy camino de serlo —afirmé, por el contrario, y con la segunda parte de la frase especialmente dedicada a mí misma, a fin de que se convirtiera en un asidero más al que agarrarme para proseguir adelante con mi plan.

—O de necios, de aquellos que rectifican lo que no hay que rectificar y donde no hay que rectificar.

—Todo va a salir bien —intenté tranquilizarla—. De cine, ya lo verás. Hasta harán un guion con la historia y nos haremos famosas —comenté con algo de humor, intentando rebajar la tensión, que crecía por minutos.

—O de locos —prosiguió con su alegato—, que son los que confunden estrellato con estrellado, que es como vas a acabar tú y, además de estampada, empapada.

En ese último punto también tenía razón. Y es que al viento de hacía un rato se le había sumado una lluvia taladradora, porque más que calar perforaba la tierra con su fuerza y su intensidad. Y es que lejos de parecer que la siguiente estación, cronológicamente hablando, sería el verano, lo que se me antojaba era que la primavera ni siquiera había asomado la nariz por el calendario gallego, habiéndose quedado anclado en el invierno.

—¿Tú sabes que Galicia es una de las regiones más lluviosas del planeta? —intentó reducir mi voluntad Patricia atacándome por uno de mis flancos más débiles—. ¡Hasta ciento cincuenta días por año en ciudades como Santiago! Y, como bien sabes, cuando llueve no hace sol. ¿Te has planteado qué vas a hacer tú sin sol? Y, además, te vas a marchar justo ahora, cuando el verano (el nuestro, en el que hace calor) va a empezar. ¿Por qué no esperas hasta septiembre y, así, de paso, lo piensas mejor?

De nuevo era cierto. Yo necesitaba esa clase de verano, al igual que una luz solar recarga su energía durante el día para poder brillar por la noche. Es más, del verano me gustaba todo, tanto cuando hacía calor como cuando no,

probablemente por tratarse de una situación infrecuente y transitoria, que me hacía valorar aún más la luz del sol cuando volvía a lucir. Así, por ejemplo, me encantaban esos días nublados que resultan perfectos para refugiarse debajo de un árbol, con la única compañía de un buen libro, una brisa suave acariciando tanto el aire como mi piel y el sonido de las hojas solapándose las unas con las otras, que me hacían agradecer la tregua concedida por el sol.

Pero, mirando el historial climatológico de Galicia, más parecía que era la lluvia la que, de cuando en cuando, cesaba en las hostilidades, aunque sin llegar nunca a la cesación, o a un mero armisticio con el sol.

—Y no podrías haberte ido sólo un par de días, ¿verdad? O un par de semanas, para probar. Te has tenido que marchar tres meses, lo que es prácticamente como mudarse —se indignó Patricia.

—Puestos a hacer algo, mejor hacerlo a lo grande. Ésa es la mejor manera de no pasar inadvertida —bromeé yo.

—Desde luego, no va a ser el caso. Pero ¿y la otra parte? Ya sabes, esa que responde al nombre de Ignacio.

De momento me negué en redondo a contestar a esa cuestión, al considerar que se trataba de una parcela todavía infranqueable para nadie que no fuera yo, por lo que Patricia, al advertirlo, eligió otro flanco por el que atacarme.

—¿Y el trabajo? —señaló.

—Una vez que se sepa que la zapatería Heels, una de las mejores de Madrid, ha cancelado un escaparate conmigo, mucho me temo que voy a experimentar lo que profesionalmente se conoce como una fuga de clientes. Así he visto caer a muchos escaparatistas antes que yo, con lo que en realidad me estoy adelantando a los acontecimientos que sí o sí sucederán. Por tanto, ahora mismo tengo dos alternativas, y ambas son coherentes con la decisión que he tomado: la primera, poner distancia. Mejor no estar cerca cuando se produzca el derrumbe, para que no me caigan los cascotes encima. Y, en cuanto a la segunda, si mi carrera como escaparatista se ha acabado aquí, ¿por

qué no probar en otra ciudad, donde nadie me conozca o haya oído hablar de mí? A lo mejor triunfo y me quedo a vivir allí.

—Quizá lo del escaparate esté solucionado —insinuó Patricia.

—¿A qué te refieres? —pregunté desconcertada.

—A que, al acabar tu fiesta, Olga y yo nos fuimos a tomar algo con Claudio y Vidal, para ver si entre las dos conseguíamos convencerlos de que no tomaran ninguna decisión drástica, o definitiva, Claudio con respecto a ti y Vidal con respecto a Ignacio.

—¿En serio? —no pude por menos que preguntar al extrañarme ese final para la velada, que era justo el que yo pretendía, aunque por las razones equivocadas.

—Totalmente. Y en honor a la verdad he de decir que, a pesar de lo desagradable que fue el desenlace de la fiesta, los dos se mostraron muy amables y los cuatro pasamos un rato agradable —me confesó, de nuevo ante mi asombro.

—Pero Vidal ha exiliado a Ignacio a Galicia...

—Yo no estoy tan segura de que haya sido así —me interrumpió—, en primer lugar, porque lo que él se planteaba era despedirlo, no trasladarlo y, por otra parte, al marcharnos parecía bastante convencido de darle una segunda oportunidad.

—Cambiaría de opinión en el transcurso de la noche —aseguré tajante, e incluso cortante, tal vez tratando de reafirmar con la dureza de mis palabras la decisión que había tomado, que empezaba a tambalearse.

—¿Qué es lo que te ha dicho Ignacio a ti? —inquirió a continuación.

Ése era uno de los problemas, que Ignacio no me había dicho nada, salvo que regresaba a su tierra. Y, por más que había intentado llamarlo o enviarle mensajes, ninguna respuesta había obtenido por su parte. En consecuencia, había dado por sentado que había sido castigado, y deportado, por mi culpa.

Por tanto, necesitaba demostrarle que mis sentimientos eran tan fuertes que estaba dispuesta a abandonarlo todo por él. Y es que, si el motivo de su enfado

conmigo se debía a que pudiera haber pensado que yo picaba de flor en flor, ésa sería la única forma de demostrarle la solidez, o la consistencia, de mi amor por él.

Y con esa idea en la cabeza me reafirmé en mi decisión. Acto seguido traspasé todos mis proyectos a una escaparatista amiga, hablé con mis clientes para disculparme ante ellos esgrimiendo como excusa el cuidado de un familiar gravemente enfermo —lo que me impedía seguir adelante con sus montajes en los próximos meses—, cargué en el maletero lo que consideré imprescindible y dirigí las ruedas de mi coche hacia la carretera de La Coruña.

Afortunadamente, tenía algunos ahorros, que, bien administrados, podrían permitirme sobrevivir sin trabajar algunos meses, y desde luego los que había previsto estar allí, tiempo que consideraba más que suficiente para que la situación entre Ignacio y yo se arreglara. Incluso podría afrontar el pago de la hipoteca de la casa de Madrid y asumir un nuevo gasto: el de un pequeño estudio, consistente en una habitación con cocina y baño muy cerca de la catedral de Santiago.

Aunque me habría encantado pedirle a Ignacio que nos fuéramos a vivir juntos, siguiendo la inercia de locura que había establecido para mi nueva vida, en un arrebató de cordura consideré que serían demasiadas emociones juntas. Consecuentemente, me pareció más prudente que, al menos de momento, mantuviéramos la distancia, la que proporcionan dos casas, con sus respectivos techos y muros.

Y, por lo que se refería a los míos, no eran como yo los esperaba, pero al fin y al cabo eran los más baratos que había podido encontrar, por lo que la relación calidad-precio fue suficiente para contentarme en cuanto lo pensé una segunda vez.

Se trataba de un ático, que culminaba un edificio de tres plantas sin ascensor, al que tuve que subir todas mis pertenencias arrastrándolas más que

aupándolas debido a la extrema inclinación de la escalera y que, una vez arriba, apenas me cabían de puro escaso que era el espacio.

Éste era rectangular, y a simple vista ya advertí que la cama y el sofá cumplían la misma función, aunque en horarios diferentes; es decir, que el mueble era el mismo, sólo que sería sofá de día y cama de noche, mirando hacia una pared donde se apreciaba una inexistente televisión.

Justo a continuación se localizaba un armario, pequeño, de una sola hoja, enfrente del cual, y bajo la única claraboya de toda la habitación, se situaba una mesa, versátil por obligación, ya que no le quedaría más remedio que hacer las veces tanto de escritorio como de comedor.

Finalmente, en el extremo de ese pasillo que sería mi nueva casa en los próximos meses se localizaban dos minúsculos habitáculos completamente abuhardillados, en los que se ubicaban la cocina y el cuarto de baño. Con respecto a este último, su tamaño y su altura eran tan escasos que todas las acciones que debiera desarrollar en su interior tendría que llevarlas a cabo inclinada (como ducharme) o agachada (como pintarme). Y, en relación con la primera, tal vez pudiera poner de moda una nueva disciplina culinaria, consistente en cocinar... de rodillas.

No obstante, en aras de mostrarme positiva, consideré que, con un poco de suerte, mi tiempo allí sería escaso, en cuanto Ignacio y yo hubiéramos superado nuestras diferencias, si es que en verdad teníamos alguna.

Tras colocar la ropa en el armario, me dormí pensando que se trataba de la primera locura que había cometido en mi vida. Y, lejos de arrepentirme, me sentí bien. Siempre me había mostrado tan responsable, tan adulta, cargando auestas con esos cincuenta años que mi hermana me achacaba casi desde que nací que, ahora, a mis treinta y uno, me sentaba de maravilla haberme convertido en una quinceañera, con todas las consecuencias que de ello se derivaban.

A la mañana siguiente, cuando me levanté, las nubes eran tan densas y tan profundas en su forma y color que parecían albergar un paisaje dentro de ellas,

compuesto por montañas y valles grises que se sucedían y cuya proyección sobre la tierra generaba a veces oscuridad, a veces claroscuros. Pero ni eso me desanimó.

Así pues, en cuanto puse un pie en la calle tuve la sensación de que era uno de esos días en los que has de crearte tu propio cielo y tu propio sol. Y, feliz como me sentía, no tuve ningún problema con ello, dado que los alojaba en abundancia dentro de mí, azules intensos y amarillos brillantes, y, sobre todo, suficientes para compartirlos con Ignacio, para que nos cubrieran y nos iluminaran tanto a él como a mí.

Y bajo uno de ellos me acercaría hasta el restaurante al mediodía, a fin de darle la sorpresa, así como explicarle cuál era el estado de la situación. Sin embargo, hasta que llegara ese momento tenía dos tareas que cumplir.

La primera de ellas era de corte consumista, por cuanto —descabezada como estaba el día anterior con la toma y puesta en marcha de mi decisión— se me olvidó incluir un paraguas en mi equipaje, y precisamente para instalarme en Galicia, mientras que la segunda consistía en dar un paseo por Santiago.

En cuanto anduve unos pocos metros, una lluvia fina se empeñó en acompañarme en el recorrido y, lejos de hacerme desistir, me motivó a continuar aún más al observar cómo la ciudad se embellecía con su presencia. Y es que el agua vidriaba la piedra de sus edificios, convirtiéndola en una capa de esmalte que iluminaba sus fachadas hasta hacerlas brillar.

No obstante, poco después, aquélla arreció de tal manera que corrí hasta la primera tienda que pude encontrar y no uno, sino cinco paraguas compré, a juego con mis gabardinas, zapatos y bolsos, para que esa costumbre, o necesidad mía, de ir conjuntada tuviera una continuidad en Galicia que me hiciera sentir bien, que me hiciera sentir en casa.

Cuatro dejé allí, en mi ático, y me serví del quinto para protegerme en el camino hasta el restaurante. Cuando estuve ante su puerta, decenas de culebrillas invadieron mi estómago, que además de desplazarse frenéticamente

gritaban, tanto que era imposible no escucharlas. En un intento de acallarlas, respiré lo más hondo que pude, y con el propósito también de que el aire, insuflado a presión por mis pulmones, fuera capaz de armarme de valor para entrar, lo que hice a continuación.

—¿Podría ver a Ignacio, el chef, por favor?

## El encuentro

En el cuerpo hay algo más visceral que la mirada a la hora de expresar emociones, y son las manos. Y es que los ojos a veces pueden mentir, pero no las manos, y las de Ignacio demostraban exasperación.

—¿Qué estás haciendo aquí? —me espetó en esa línea en cuanto me vio.

—Pegar lo —alcancé a responder, y con una cierta rapidez a pesar de mi desconcierto y pesadumbre, al observar su reacción.

—¿De qué estás hablando?! —exclamó cada vez más irritado.

—Intentar pegar, como sea, lo que se haya roto entre nosotros.

—En primer lugar, te diré que no me parece ni el momento ni el lugar para hablar, de esa cuestión o de cualquier otra. Éste es mi trabajo y ya estuviste a punto de hacer que lo perdiera el otro día, así que a ver si con un poco de suerte y de buena voluntad por tu parte eres capaz de no fastidiar nada esta vez.

—¿Y en segundo lugar? —pregunté, al haberme quedado suficientemente claro el primer punto y, sobre todo, haber comprobado hasta qué grado seguía enfadado conmigo.

—Que teniendo en cuenta el tipo de persona que eres creo que lo más sensato es mantenerme alejado de ti. Por tanto, lo mejor es que cojas el avión, el tren o el autobús en el que hayas venido y te vuelvas a casa.

—He venido en coche —le aclaré, aunque sin ofrecerle más información en ese instante al considerarlo probablemente contraproducente.

—Como comprenderás, me da igual el medio de transporte que hayas elegido —aseguró enojado—. Lo único importante es que entiendas el sentido

de mis palabras. Y es que no debes estar aquí, ni conmigo.

—Puedo hacerme cargo de lo disgustado que estás, y de paso me disculpo nuevamente contigo por lo sucedido, como ya he hecho decenas de veces a través del WhatsApp, pero creo que todo se puede arreglar...

—La respuesta es no —me interrumpió.

—¿Y la explicación? —le reclamé, a fin de comprobar si podía encontrar algún resquicio por el que colarme dentro de esa negativa suya, para positivizarla.

—«No» es una frase en sí mismo que no necesita de mayor justificación —se cerró en banda.

—Debería costar, y constar, o costarnos más romper lo que teníamos —precisé, empleando un plural esta vez que, en verdad, era un gran singular dirigido única y exclusivamente a él—, que yo creo que era único...

—¿Cuánto va a durar esta frase, y esta fase? —me despachó, sin darme tiempo a terminar mi argumentación.

—Ignacio, tú mismo lo dijiste, que éramos perfectos el uno para el otro...

—A tu edad ya deberías saber que la vida no es perfecta, es complicada, sobre todo cuando la gente se empeña en hacerla más complicada todavía.

—Me dijiste que yo era perfecta, para ti...

Fue en sus ojos, y no en sus labios, donde encontré su respuesta, y en ellos se leía que era yo la que debía completar la frase, añadiendo las palabras necesarias, hasta igualarla con la suya. Es decir, que yo no era perfecta, y además complicada. Y miedo me daba preguntar si sólo para él o como concepto general que atañía a toda mi existencia y, en consecuencia, a mi relación con los demás, que era algo que Hugo ya había apuntado en su momento.

Al mismo tiempo, aunque apenas llevábamos unos minutos hablando, cada vez me sentía más cansada, invadida por esa clase de fatiga que te empuja a permanecer callada aun cuando tengas infinidad de cosas que decir, o como esos días en los que el agotamiento te impide conciliar el sueño.

Sin embargo, no había ido hasta allí para arredrarme por un puñado de palabras, o para dejarme vencer por la extenuación o el desaliento. Así pues, tras hacer acopio de valor y, como si mi boca se hubiera convertido en una catapulta, la solté, la verdad.

—Me he instalado aquí por un tiempo.

—Pero ¡¿tú estás loca?! ¡¿Me lo estás diciendo en serio?!

—Sí...

—Pero ¡¿cómo se te ocurre hacer algo así?! —prosiguió sin dejarme acabar—. ¡Y sin hablarlo previamente, sin consultarlo...!

—Lo intenté, pero no cogías mis llamadas ni respondías mis mensajes. Además, no creí que hiciera falta. Al fin y al cabo, la misma relación que podríamos haber mantenido en Madrid la podemos tener aquí...

—¿Ni siquiera eres capaz de ver la diferencia? ¿O las implicaciones de tus actos? —volvió a interrumpirme, y cada vez más alterado.

—Quería demostrarte...

—¡¿Que estás loca?! Pues lo has hecho, y sobradamente. Es más, si tenía alguna duda con respecto a nosotros dos la acabas de despejar.

De repente me sentí no una persona, sino un cliché, el de la típica niña boba, la estúpida niña boba que comete una locura por amor..., cuyo resultado acaba siendo un horror producto de la enajenación.

Al parecer, y muy a mi pesar, todas mis acciones lograban el resultado opuesto al esperado, por no hablar del deseado. Es decir, que me sentía como un jersey puesto del revés al que prefieren cortar antes que permitir que se dé la vuelta y mostrar su verdadera cara... porque Ignacio en ningún caso me dejaba explicarme.

—¿Sabes lo que te digo? —continuó—. Que allá tú con tu vida y con tus razones, pero, en lo que a mí se refiere, y aunque no quiero hacer leña del árbol caído, sí pretendo que quede claro que ésta es mi decisión: no eres bienvenida en la mía y, si me disculpas, me vuelvo ahora mismo al trabajo.

No obstante, pese a la declaración de intenciones tan rotunda con la que

acababa de ensartarme, no dio media vuelta para marcharse, sino que se quedó quieto, mirándome fijamente a los ojos, iniciativa que yo secundé. Y allí, clavada en el suelo, y pese al daño que sus palabras me hacían, no pude evitar pensar que el amor que yo sentía era tan intenso, tan real, que se me antojaba imposible que fuera irreal, o que no existiera en él.

En un intento de averiguar la verdad, o al menos de desbloquear la situación, di un paso hacia Ignacio, aunque sin perder de vista su mirada. Lejos de alertarse, lo que observé fue que no retrocedía, permaneciendo impasible mientras yo incrementaba el número de pasos hasta situarme a su altura.

Una vez allí me empeñé en abrazarlo, porque el tacto es uno de los pocos sentidos que no engañan, ya que mis ojos seguían diciéndome que él me quería, y hasta mis oídos se negaban a aceptar lo que acababan de oír, o pretendían interpretarlo de otra manera.

Sin embargo, mientras mis brazos rodeaban su cuello, los suyos siguieron anclados a su cuerpo, sujetos al suyo en lugar de sujetar el mío. Así pues, y desgraciadamente, no me quedó más remedio que admitir que en esos brazos yo ya no encajaba. De la misma manera, al retroceder pude apreciar que en aquellos ojos ya no estaba yo.

—¿Ya estás convencida? —afirmó convencido él, probablemente adivinando mis pensamientos.

Unos minutos antes, cuando iba hacia su encuentro, pensaba que echaba de menos sus besos, no sólo los que no me había dado mientras habíamos estado separados, sino los que me daría de ahora en adelante. Y, de haber salido bien mi maniobra de aproximación, se los habría reclamado todos. Instantes después, por el contrario, lo que echaba en falta era al menos un poco de calidez que mitigara el haberme convertido en un margen, el de un papel escrito a máquina, cuyo espacio en blanco no podía traspasar para llegar hasta él, hasta Ignacio.

De repente, en mi cabeza se instaló una resaca, como la que deja una

migraña al día siguiente de haberla padecido y que resulta mucho peor que una etílica, puesto que con la primera ni siquiera disfrutaste para alcanzar ese estado. Y para cuando me marché de allí la sensación que me invadía era la misma que cuando, al conducir, ves a través del retrovisor un cielo despejado. En cambio, delante de ti, el único que contemplan tus ojos es uno gris, que se va haciendo más y más oscuro a medida que te adentras en él.

Madrid era mi cielo despejado. E Ignacio, mi cielo gris.

Si yo siempre decía que mi bien máspreciado era mi felicidad, Ignacio me la había roto en mil pedazos. Y si solía decir que cada resbalón dado en el pasado era un peldaño ascendido hasta alcanzar mi felicidad, lo había hecho sin darme cuenta de que los escalones sirven tanto para subir como para bajar.

## La ciudad

La que mantuve con Ignacio no fue una conversación larga, aunque sí suficiente para comprobar que me había equivocado.

Cuando me marché del restaurante lo hice desandando las mismas calles que había recorrido con esperanza minutos antes, y bajo el mismo paraguas rojo cuyo color finalmente no consiguió arrancarle algo de luz al cielo, o a mi vida, que era lo que yo pretendía con su elección.

De hecho, al llegar a la que de ahora en adelante sería mi casa, y ver los otros cuatro paraguas recién comprados sobre la mesa —donde yo los había dejado apenas una hora atrás—, me invadió una sensación de tristeza tan enorme que pensé que, de seguir viva mi madre, sentiría pena por mí. Y de esa clase de pena que te muele el alma.

De la misma forma, al contemplar mis maletas, apoyadas contra el sofá, no pude por menos que pensar que salieron de Madrid llenas de ilusión, para vaciarse de esperanza al llegar a Santiago.

Y viendo, además, a través de la ventana esa lluvia que no dejaba de caer llegué a la conclusión de que, si yo antes era una feliz climática, ahora sería infeliz por la misma razón.

Mi felicidad. Mi antigua felicidad y sus respuntes. Yo, que llevaba todos los días de mi vida cosiendo para conseguirla, no había podido esquivar la incisión de unas tijeras. Y había bastado un simple corte para que se soltara el hilo que los unía a todos ellos. O, dicho de otra manera, se me habían soltado los puntos, los de una bufanda, cuando está ensartada en una aguja de tejer. O, de haber sido yo astronauta, me habrían arrancado el cordón umbilical, ese

cable que te sujeta a la nave y del que depende tu vida cuando estás suspendido en el espacio.

—¿Alguna novedad?

—Todavía no —le mentí a Patricia cuando me llamó para interesarse por la situación—. Ignacio no ha ido al restaurante al mediodía, así que volveré esta noche.

Mi mentira no se debió a que pretendiera engañarla, sino a la necesidad de acumular fuerzas antes de reconocer la verdad, evitando así desmoronarme.

Y, curiosamente, lo que más me estaba costando asumir no era el rechazo de Ignacio, sino mi propia necesidad, al haber considerado que el amor que yo intuía en él aguantaría mis defectos y mis equivocaciones.

En mi opinión, esa clase de sentimientos deberían ser como los colores, los sólidos, los que sobreviven al paso por la lejía y las temperaturas calientes. Sin embargo, y desgraciadamente, los de Ignacio se habían descompuesto al primer lavado. Es más, puestos a hacer comparaciones con tejidos, se me antojaba que Ignacio era como una toalla, un día secada en la secadora y al día siguiente al aire. Es decir, que, aunque la toalla seguía siendo la misma de un día para otro, su tacto había pasado de ser suave a áspero, tanto como la lija.

¿Qué? ¿Hace sol?

Ya estaba mi hermana mofándose de mí, pero no, no lo hacía, porque nada salvo la lluvia ocupaba el cielo. No obstante, para mí ese amor en el que pensaba justo antes de recibir su mensaje sí era equiparable a un estallido de sol, el que te ciega cuando conduces, el de primera hora de la mañana en concreto, que inunda todo el coche y te impide ver. Y yo, irresponsable como había resultado ser, en lugar de pararme hasta que mis ojos se acostumbraran a la descarga de luz, o al menos detenerme un segundo para echar mano de unas gafas de sol, opté por continuar con la esperanza de no atropellar a nadie, hasta que me di cuenta de que era a mí misma a quien me había llevado por delante.

Incluso podría decir que el amor para mí había sido una curva, esa cuya señal y tu sentido común te dicen que cojas a cuarenta kilómetros por hora, si bien tú la tomas a doscientos, velocidad a la que es imposible no estrellarse. Y, en cuanto al desamor —dentro todavía de ese coche imaginario en el que viajaba—, era la suciedad acumulada en la luna delantera, la que te impide ver la carretera que tienes delante porque tu vista sólo alcanza a lo que dejaste atrás.

¿Algún éxito o fracaso que destacar?

Mi tía Conchita también dio señales de vida, y bastante comedida para lo que era habitual en ella.

Teniendo en cuenta que lo que yo pretendía con Ignacio era haber obtenido una mayoría absoluta en nuestro particular referéndum sentimental, para que nada ni nadie —ni siquiera nosotros mismos— pudiera cuestionar las decisiones que tomáramos a partir de ese momento, mi situación actual sólo podría ser calificada como de descalabro.

Habrá que esperar hasta la noche.

Le respondí sucinta, en línea con la respuesta que previamente ya le había dado a Patricia. Pero mis emociones no estaban dispuestas a esperar. Es más, chupaban de mí hasta succionarme, como esos limones que se van haciendo más y más pequeños a medida que pasan los días, que cambian su color amarillo fresco por un ocre rancio y que, lejos de ser ácidos, se acaban convirtiendo en amargos. Salvo que en mi caso sólo había necesitado de unas pocas horas para que se produjera la transformación.

¿Te estás acoplando bien?

Esta vez tardé en responder el mensaje de Patricia, porque echaba en falta ese trabajo de respiración que deben realizar los raperos para recitar sus canciones... al no dar abasto mis pulmones de tanto llorar.

Infeliz como ya era, pensé en fustigarme un poco más y salir a pasear por

las calles de Santiago con la lluvia como única compañera y acompañante de mis lágrimas. Además, en esas circunstancias, segura estaba de no desentonar con la ciudad.

Así pues, en primer lugar, me dirigí hacia la catedral, donde subí a sus cubiertas y desde donde pude contemplar una perspectiva completamente diferente de la que se observaba desde abajo, con mi mirada deslizándose entre los tejados de los edificios circundantes y perdiéndose en los montes que se adivinaban en la distancia.

Allí, a treinta metros de altura sobre la plaza do Obradoiro, no pude evitar pensar en nuestra cena en el cielo, la que había tenido lugar en Bélgica unas semanas atrás. Aquel día me pareció que en verdad era el cielo lo que tenía al alcance de mi mano, mientras que ahora lo único que podía tocar eran torres, cúpulas y pináculos. Se trataba de un cielo de piedra en realidad, y no de ilusión y esperanza como aquel otro, tan distante ya incluso en mi memoria, al igual que lo estaban esos montes lejanos, casi desvanecidos por la lluvia.

De la misma manera, las calles —que bajo mis ojos trazaban los destinos de la ciudad— me recordaban a otras, ya fueran de Bruselas o de Estocolmo, aquellas que nuestros pies recorrieron al mismo tiempo que lo hacían nuestras manos, ascendiendo y descendiendo por nuestra piel.

Un escalofrío recorrió la mía, como una culebra insatisfecha en busca de comida. Desgraciadamente, en mi interior ninguna sobra o resto de mí quedaba que no hubiera sido triturado por el dolor. Y, además, allí no había frases felices que sirvieran de argamasa.

Y es que, con las prisas, había olvidado meter en la maleta mis cuadernos, mis cuadernos felices.

«Ve, a donde sea, y haz que sea», rezaba mi última frase. Y yo lo había hecho, sólo que no había obtenido el resultado esperado. Tal vez la razón se debía a haber introducido mal los datos en el navegador, probablemente porque los lugares felices no disponen de coordenadas, o a que mi Google Maps se había desorientado en algún punto del camino, conduciéndome hasta

un sitio cuyas circunstancias eran incompatibles con mi felicidad, o quizá la desencaminada era sólo yo, por haberla depositado en alguien ajeno a mí, que la había extraviado en algún paraje escondido imposible de localizar.

Dispuesta a comprobarlo, bajé la estrecha escalera de la catedral con la intención de seguir recorriendo sus calles.

En primer lugar, me llegué hasta la plaza da Inmaculada y el monasterio de San Martiño Pinario, para lo que caminé a través de un pequeño pasadizo situado a la derecha de la catedral. Después avancé hasta la plaza de Cervantes y desde ahí me dirigí hacia la calle Casas Reais, el lugar de llegada del Camino de Santiago, según me hizo saber un lugareño bien entrado en años al que la lluvia parecía gustar más que disgustar, dado que no se protegía de ella empleando ningún método impermeable, ya fuera un paraguas, una gabardina o una simple gorra.

—*Nunca choveu que non escampara* —me contestó en gallego y con una gran sonrisa tras confesarle mi asombro—. Y eso no sólo es aplicable a la lluvia —prosiguió ya en castellano.

Esas palabras, pronunciadas precisamente por un desconocido, me parecieron una señal, enviada tal vez por mi madre, a fin de infundirme unas fuerzas que me abandonaban más que flaqueaban y con la intención última de recordarme que no hay mal que cien años dure, o que todas las malas rachas acaban pasando.

Pero mis rachas parecían ser sólo de lluvia, acompañadas de ráfagas de viento, las que me hicieron dejar atrás el Centro Galego de Arte Contemporánea, así como el museo do Pobo Galego, y las mismas que me empujaron hasta la parte baja del parque de Bonaval, que conduce al antiguo cementerio. No obstante, dado que mi ánimo ya estaba bastante necrológico de por sí, me marché rápido de allí, hacia el mercado de abastos.

Incluso desde fuera era posible apreciar el olor de sus quesos, de la miel, del pan de millo proveniente de sus puestos. Sin embargo, como mi estómago

estaba del mismo talante que mi ánimo, opté por pasar de largo y seguir caminando hasta donde me llevaran mis pies, que fue a la plaza das Praterías.

—Los talleres de los orfebres estaban instalados aquí en la Edad Media, de ahí su nombre, plaza de Platerías en castellano —aseguró un hombre que bien podría tener mi edad y que se colocó a mi lado al observar que hacía fotos con mi móvil.

Me empezaba a maravillar esa amabilidad gallega, que llevaba a perfectos desconocidos a convertirse en cicerones de todo aquel que tuviera apariencia de turista. Y, por más que le daba vueltas al asunto, todo cuanto alcanzaba a pensar era que probablemente los motivos se debieran al orgullo que sentían por su ciudad, que quisieran difundir y transfundir a los foráneos.

—¿Y te has fijado en esa casa? —me preguntó a continuación mientras me señalaba un edificio barroco cuya fachada era impresionante.

—Es una verdadera maravilla —respondí sincera.

—Se llama la Casa del Cabildo. Y es cierto que el frontal es magnífico, pero lo más curioso está en su lateral.

Acto seguido me aproximé, tal y como indicó, y para mi sorpresa advertí que la profundidad de la edificación apenas si alcanzaba los tres metros.

—Curioso, ¿verdad? —quiso saber mi opinión.

—¡Y tanto! Pero también que hayas tenido el detalle de compartir conmigo esa información —afirmé en un intento de agradecerle su gesto.

—No vayas a pensar que soy guía turístico en busca de clientes. Éste un servicio gratuito que ofrecemos todos los gallegos como premio a aquellos turistas que no se arredran ante la lluvia —afirmó con un guiño—. Pero, ahora en serio, de verdad creo que cuando se conocen ciertas historias, las que forjaron los lugares, éstos cobran una perspectiva diferente y, sobre todo, se graban más fácilmente en la memoria. ¿No te parece?

—Totalmente de acuerdo. Y no puede haber objetivo mejor para alguien que viaja que, a la larga, no confundir recuerdos.

—Ya veo que estamos en la misma sintonía —aseguró satisfecho—. Por

cierto, me llamo Mateo. ¿Y tú?

—Andrea —le respondí de inmediato.

—Pues encantado de conocerte, Andrea, y bienvenida a Santiago, por las razones y los motivos que sean.

Y, una vez dicha esta última frase, dio media vuelta y se marchó.

Desde luego, si en algún momento había podido llegar a pensar que su propósito era ligar conmigo, su marcha acababa de disipar esa posibilidad.

No obstante, cuando apenas habían transcurrido un par de segundos, regresó dispuesto a ofrecerme un pedazo más de información.

—Se me olvidaba decirte que no puedes dejar de ver la rúa do Vilar, con sus soportales de granito labrado, bajo los cuales encontrarás restos del comercio tradicional que todavía queda en Santiago. Y si te apetece beber o comer algo, el lugar ideal es el café Casino.

—¿Qué tiene de especial? —inquirí con interés.

—En primer lugar, haber sobrevivido, ya que se fundó a finales del siglo XIX, pero también haber conservado el sabor de antaño, algo bohemio en su momento, aunque siempre fue considerado un café selecto, con piano, chimenea, techos altos iluminados por lámparas de araña y tallas de madera en las paredes. Y así sigue.

—Suena fantástico —reconocí—, así que no te quepa la menor duda de que haré una parada para conocerlo.

—Estupendo. Y ahora, si me disculpas, tengo que dejarte.

—¡Claro! Y gracias por los consejos turísticos.

—No se merecen, pero son bienvenidas de igual manera.

Mientras veía cómo se alejaba —esta vez sí, definitivamente—, reparé en la palabra que había empleado, la misma que segundos antes para asegurarme que mi presencia se acogía con agrado en la ciudad, todo lo contrario del sentido que le había dado Ignacio a la suya, aunque fuera idéntica en su morfología. «No eres bienvenida», me espetó él.

Así, parecía claro que mientras que Ignacio me rechazaba, Mateo me

aceptaba, lo que al fin y a la postre no cambiaba ni mi coyuntura ni mis circunstancias. Desgraciadamente.

Al menos, lo que sí había conseguido ese episodio había sido colocarme una sonrisa en la boca. Por tanto, decidí que había llegado el momento perfecto para enfrentarme a mi nueva casa, no sin antes asomarme por los cristales del café Casino para ver su interior.

«Es tal y como él lo ha descrito», me dije, incluido ese regusto que se desprende del pasado y que se impregna en el presente llamado identidad, esencia o personalidad.

Tras anotar en mi cabeza que tenía un café pendiente que tomar allí, me dirigí de nuevo hacia la catedral, muy cerca de la cual se encontraba mi piso.

En el camino hacia allá, y a pesar de que ya llevaba varias horas caminando y con mi paraguas rebosante, cuando no anegado en agua, no pude por menos que volver a maravillarme de la belleza que esa agua proporcionaba a la piedra que conformaba la mayor parte de los edificios que integraban la ciudad. Una piedra que exhalaba luz, la de la propia lluvia, y brillo, el del reflejo de todo aquel que se aproximaba a ella.

Si unas horas antes había pensado que los lugares sólo son hermosos, y felices, cuando lo son nuestras entrañas, ahora se me antojaba que también existe una cierta belleza en la tristeza, la que procede de la lluvia y que cala en tu interior tanto como en campos o aceras.

Conforme, pues, con ese nuevo sentimiento que acababa de despertar en mí, otro más básico se desadormeció a la vez, y fue el hambre. Y es que no había probado bocado en todo el día, ni comprado nada para llenar la nevera.

Afortunadamente recordé que en el portal de mi casa, a mano izquierda, había visto una tienda de alimentación, una de barrio, en las que se puede encontrar si no un poco de todo, al menos lo suficiente para sobrevivir, y que fue mi siguiente parada.

Una vez dentro me llamó la atención lo destartalado que parecía el establecimiento, y desangelado, frío a la vez que sucio, o tal vez fuera sólo el

desorden que reinaba por doquier el que hacía pensar que habían pasado décadas desde la última vez que alguien deslizó un plumero para desempolvar los estantes.

—¿En qué puedo ayudarte? —oí una voz femenina que parecía proceder de la trastienda y que, de momento, no pude asociar con ninguna cara.

—En primer lugar, saber dónde tengo que dejar el paraguas, porque voy a poner todo el suelo perdido si lo llevo conmigo hasta el mostrador.

—No eres de aquí, ¿verdad? —quiso confirmar, con esa costumbre tan gallega de responder con preguntas, aunque la suya nada tuviera que ver con la que yo le había formulado—. Lo digo por tu acento y por la incomodidad que se aprecia en tu tono de voz al hablar de la lluvia.

—No. Soy de Madrid. Y llegué anoche —la informé—. Y precisamente pensaba que acababa de hacer un pacto con ella —aseguré sorprendida.

—Querida, ante la lluvia sólo puedes hacer dos cosas: o mojarte o sentirla, y si te vas a quedar aquí por un tiempo más vale que sea la segunda opción.

A pesar de que me encantó su frase, si yo hubiera tenido que definirme a mí misma lo habría hecho equiparándome con un girasol que, como su nombre indica, gira alrededor del sol. No obstante, me impresionaron esas dotes detectivescas tuyas, capaces de advertir sólo por el tono de mi voz tanto mi rechazo al agua procedente del cielo como mi permanencia en la ciudad.

—¿A quién tengo el placer de conocer? —inquirió en cuanto su presencia se hizo visible para mí, al colocarse detrás del mostrador.

—Me llamo Andrea.

—Y yo soy Rosalía.

Rosalía era una mujer de mediana edad, con los ojos azules, el pelo algo canoso y muy delgada, tanto que a las venas que se apreciaban en sus brazos parecía faltarle cuerpo para acogerlas.

—¿Y cómo sabes tanto sobre mí? —no pude evitar preguntarle.

—¿A qué te refieres?

—A que acabas de decir: «Si te vas a quedar un tiempo por aquí...».

—¡Ah! Eso. Tranquila. No soy tendera de profesión, pitonisa de vocación y acosadora *de facto*. Te vi ayer cargando con varias maletas, las suficientes para suponer que no se trata de un fin de semana largo lo que vas a pasar aquí. Puedo ser vieja ya, pero no ciega.

No era tan mayor Rosalía como decía, como mucho sesenta años le eché yo, aunque mal asentados, sobre todo en lo que se refería a una pierna, que arrastraba al caminar.

—Y que conste que a mí no me importa hacerme vieja —prosiguió—, pero mi cuerpo lo está llevando fatal —concluyó su frase con una sonrisa cómplice.

Ese comentario suyo me recordó de inmediato a Conchita, si bien el talante de mi tía ante la vida parecía otro, radicalmente diferente del suyo. Y ese extremo lo pude confirmar en cuanto me contó su historia. Así, tras preguntarme los motivos por los que me había trasladado temporalmente a Santiago, ella me explicó los suyos, los que la habían llevado a convertirse en la propietaria de esa tienda.

—¿Amor? —inició Rosalía la conversación.

—¿Perdona? —inquirí, al no calibrar exactamente el sentido que pretendía darle a la charla que acabábamos de comenzar.

—Me refiero a que si es el amor el motivo que te ha llevado a venir hasta aquí.

—En teoría, sí —le confesé—, aunque, visto lo visto, tal vez sería mejor precisar que su opuesto. Y, por descontado, no estoy hablando del odio, sino del desamor.

Hasta a mí misma me sorprendió la facilidad con la que a continuación le detallé los hechos que habían determinado mi partida, el desarrollo de los acontecimientos y la conclusión que se derivaba de los mismos, que no podría haber sido más desafortunada. Yo, que llevaba todo el día escondiéndome tanto de Olga como de Patricia, por no mencionar a Conchita, de repente me había abierto como la compuerta de una presa ante una completa desconocida.

—Nunca te arrepientas de las decisiones que tomes, ni de los días que te

hagan vivir —me dijo al advertir pesar en mí—. En mi opinión, los días malos te proporcionarán experiencia; los peores, lecciones de las que aprender; los buenos, algo de alegría e incluso un poco de felicidad, y, en cuanto a los mejores, te inundarán de recuerdos maravillosos que, al final de tus días, se convertirán en tu mayor tesoro.

Más que reconfortarme, su consejo consiguió reconciliarme conmigo misma..., al menos durante un par de segundos, hasta que la realidad, la de mi coyuntura actual, volvió a aplastarme.

—No me esperaba este final, así que no sé qué sucederá —le adelanté con un evidente gesto de decepción en el semblante.

—No importan las circunstancias, sólo de lo que estás hecho. La misma agua hirviendo que ablanda la patata endurece el huevo. El éxito y el fracaso se van sucediendo en la vida, pero es tu coraje el que te conducirá, a salvo, en el viaje entre uno y otro. Y parece que valor no te falta, porque mucho hay que tener para dejarlo todo atrás, aunque sea durante unos meses. Laboralmente es un riesgo enorme.

—Quizá lo que tenga sea estupidez en abundancia —me desmarqué de su apreciación.

—La mayor parte de las cosas que son importantes en la vida están al otro lado del miedo, y hay que vencerlo para descubrirlas. Que lo que encuentres no se corresponda con lo deseado no quiere decir que fuera un fracaso o que, llegado el caso, no debas volver a intentarlo. Prueba y error, así avanza la ciencia, y también la vida.

De repente era como contar con una madre, la que nunca había tenido. Y mentiría si dijera que no me gustaba. Y ella, Rosalía, también me gustaba.

—¿Y qué hay de ti? —le pregunté acto seguido—. ¿Alguna historia interesante que contar?

—Yo soy el ejemplo, o la estadística —me desveló, aunque de forma tan enigmática que no alcancé a comprender el sentido de sus palabras.

—¿Qué quieres decir? —inquirí, pues.

—Que soy ese porcentaje del que hablan los políticos y los periodistas cuando se refieren a la gente que lo perdió todo, o casi todo, con la última crisis económica.

—¿Tanto te afectó? —me compadecí—. ¿Y de qué forma?

—Mi marido perdió su trabajo, y yo también. Incluso nuestra única hija. Es decir, que de los tres miembros de la familia ninguno teníamos ingresos, ni posibilidades reales de tenerlos.

—¿Y cómo sobrevivisteis?

—No lo hicimos. Mi marido murió a los dos años, de un infarto, cuando el banco se quedó con nuestra casa, en la que habíamos vivido toda nuestra vida. Y, poco después, para completar nuestra racha de desgracias, el novio de mi hija la abandonó cuando se enteró de que estaba embarazada, y sólo hace unos meses de ello.

De inmediato pensé en mi hermana, al ser parecida su situación, y también en mí misma, al ser consciente de lo duro que había sido salir adelante en aquellas circunstancias.

—¿Y dónde vivís? —quise saber a continuación, preocupada por las condiciones en las que se desarrollaría su vida.

—Tenemos alquilado un estudio, en esta misma casa, con lo que desde ya podemos considerarnos vecinas.

En ese momento sonreí, aunque más como un acto reflejo en respuesta a su sonrisa que por verdaderos deseos de hacerlo.

—Pero ¿y esta tienda? —pregunté, con la esperanza de que para ellas significara al menos una fuente de ingresos.

—Al morir Pedro, mi marido, cobramos una pequeña cantidad de dinero procedente de su seguro de vida. Un supuesto amigo suyo nos sugirió invertirlo en la compra de este negocio, o de parte de él para ser exactos, ya que el verdadero dueño es el banco. La cantidad que recibimos fue sólo la señal.

—¿Y por qué dices «supuesto»?

—Porque me aseguré que estaba comprando un establecimiento de lujo, «la gallina de los huevos de oro», según sus propias palabras.

—La zona es muy buena —afirmé tratando de aportar un poco de espíritu positivo a su aparente negatividad.

—Eso es cierto, pero ¿te has dado cuenta del estado en el que se encuentra?

—¿No viste el local antes de comprarlo? —pregunté, al extrañarme sus palabras.

—No. Nosotras vivíamos en un pueblo lejos de aquí, y el amigo nos aseguró que de no llevar a cabo la compra inmediatamente corríamos el riesgo de quedarnos sin la tienda, ya que «tenía muchos novios». Por tanto, le dimos un poder para que pudiera realizar todas las gestiones en nuestro nombre.

—Hasta que vinisteis para haceros cargo de ella y visteis lo que en realidad habíais comprado.

—Efectivamente —me dio la razón—. Luego supimos que estaba compinchado con el dueño. Nuestro dinero fue para pagar unas deudas que ambos tenían. Y lo que nosotras tenemos ahora es una hipoteca que no podemos cubrir, ya que apenas entra nadie a comprar.

—Con un poco de tiempo...

—Y de dinero querrás decir, para adecentar esto —me interrumpió—, que por supuesto no tenemos. Ni salud, ya que yo estoy coja tras una caída, y mi hija acaba de dar a luz, con lo que ya tiene bastante con ocuparse de la niña.

—Lo siento en el alma —le confesé sincera.

—Malas personas que se aprovechan de la vulnerabilidad de la gente buena. Ayer escuché en la radio que a una anciana, con su único hijo de cincuenta años en el paro, le habían estafado mil doscientos euros mediante un timo telefónico, casi todo el dinero que tenía en la cuenta.

—¿En serio?! —exclamé horrorizada.

—Y tanto. La mantuvieron un día entero colgada a uno de esos números de pago, con la excusa, y la promesa, de que estaban realizando todas las gestiones para conseguirle a su hijo un trabajo que, por descontado, no logró.

Mientras subía la escalera hacia mi ático me sentí egoísta, porque hasta que hablé con Rosalía interiormente sólo hacía que compadecerme de mí misma por lo pésima que había resultado ser mi vida, una de esas tantas mujeres que creen que, porque se les ha roto el amor, se les ha roto la vida. Por el contrario, ahora se me antojaba que era incluso afortunada en la comparativa con aquellos que no tenían ni amor, ni salud, ni dinero, ni perspectivas.

Incluso el estudio que había alquilado no me pareció tan sórdido, o ajeno a mí, como el día anterior. Eso no significaba que no echara de menos mi verdadera casa, la de Madrid, pero sí que había tomado posesión de la nueva.

Preparando la cena, cuyos ingredientes acababa de comprarle a Rosalía, recordé la frase con la que se había despedido de mí: «Lo más importante de los malos momentos es aceptarlos, y después llegar a un acuerdo con ellos, así como con la situación, para poder superarla».

Y ése sería mi único objetivo a partir de ahora.

## La batalla

De la misma manera que un hilo suelto puede hacer que se deshilache una prenda entera —como a punto estuvo de suceder con mi ánimo el día anterior—, otro puede servir para tejer una nueva, como sucedería hoy.

Así pues, bien provista de lana, agujas y el correspondiente movimiento de dedos, mi ánimo se había preparado para tricotar un jersey imaginario con el que protegerme de las inclemencias que me fuera a deparar el día. Y es que aquella mañana me había levantado recompuesta y dispuesta a batallar, si bien mi estrategia de momento consistía únicamente en no abandonar.

«Ignacio sólo está enfadado. Necesita tiempo», me dije a modo de consejo.

Además, en mi cerebro se había quedado grabada una frase pronunciada por Rosalía justo antes de despedirnos la noche previa para tratar de infundirme valor: «En la vida hay que ser leal, a lo que te prometiste a ti mismo, incluso cuando ha dejado de acompañarte el estado de ánimo en el que esa promesa se produjo».

Y, desde luego, en mi caso no podía ser más cierto que tomé mi decisión rodeada de entusiasmo, mientras que sólo un día después me encontraba instalada en la decepción. Además, ese contexto no sólo era aplicable a mi interior, sino al exterior, ya que mientras que en Madrid lucía un sol pletórico que hacía imposible considerar el fracaso, en Santiago la lluvia hacía suponer que el descalabro podía constituir la alternativa más probable. Y, para mi desgracia, se trataba de la misma lluvia que no había dejado de caer en toda la noche y que, posiblemente por inercia, seguía precipitándose sobre la ciudad al despuntar el día.

Y preparándome para él estaba cuando vi que la pantalla de mi móvil se iluminaba, a consecuencia de una llamada de Olga para cerciorarse de que me encontraba bien.

—¿Qué tal todo? —me preguntó con un tono de voz en el que se podía apreciar su preocupación.

—Todo bien —le contesté.

Bien sabía yo que no era cierto, y también que no me creería, pero intuitiva como era optó por callarse, sabedora de que yo no necesitaría añadir más presión a la que ya sentiría.

—Pues yo tengo una cita —cambió de tercio la conversación.

—¿Y eso?! —exclamé sorprendida, al tratarse de la primera vez que un hecho así tenía lugar desde que su matrimonio con Álvaro se rompió.

—Supongo que había llegado el momento.

—¿Y con quién has quedado? —pregunté, realmente intrigada.

—Se dice el pecado, pero no el pecador.

—¿En serio?! —exclamé atónita—. ¿No me vas a decir quién es el afortunado?

—No quiero gafarlo.

—Estarás de broma, ¿no? ¿Te crees que por pronunciar un nombre y explicarme cómo lo has conocido el universo se va a cebar contra ti?

—Nunca se sabe.

—Si no me hubieras contado nada..., pero has tirado la piedra y escondido la mano.

—Está bien —concedió—. Es un cliente del restaurante, al que acabo de conocer. Y ya no digo nada más.

—Está bien —concedí yo a su vez—. Y, ¿qué tal estás? ¿Tienes muchos nervios?

—¡No lo sabes tú bien!

—Lo que tienes que hacer es ponerte una canción, para que te dé ánimos mientras te arreglas, para que te suba la moral.

—¿Una canción? —se extrañó.

—Sí, una buena. ¿Quieres que te recomiende alguna?

—Déjate, que eso es lo mismo que hacía Bizcochito (uno de los protagonistas de la serie «Ally McBeal») con Barry White, y todas sus citas acababan siendo un fracaso. Mejor no tentar a los dioses de la música, no sea que descarguen una lluvia de notas sobre mí y termine como un perro, sacudiéndolas, cuando llegue al restaurante.

A pesar de que mi estado de ánimo no estaba en su punto más álgido aquella mañana, no pude evitar soltar una carcajada.

A decir verdad, no sé por qué Olga tenía miedo. A la vista estaba —y al oído también— que era divertida, lista, guapa... Así que, a poco inteligente que fuera su cita, yo estaba convencida de que no la dejaría escapar.

No habían pasado ni un par de segundos tras colgarle cuando la pantalla de mi móvil se encendió de nuevo.

En esta ocasión era Patricia, que llamaba con el mismo propósito que Olga: saber qué tal marchaba todo y comentarme que esa misma tarde tenía una cita.

—Pero ¿qué os pasa a todas? —aluciné—. Ha sido marcharme y ¡empezar a quedar como posesas! Aunque... no será con Hernán, ¿verdad? —me entró la duda de repente.

—No. Ya te dije que ese tema estaba zanjado.

A pesar de no estar tan segura como ella —porque es lo que tienen las malas hierbas, que sus raíces son profundas—, no quise contradecirla, no fuera yo a sembrar nuevamente una semilla que ya se hubiera secado.

—Entonces ¿quién es? —retomé la conversación, pues, alejada de mis dudas.

—Un cliente nuevo.

—Ésta debe de ser la semana de los clientes —me maravillé—. Y dos por el precio de uno.

Ya sólo faltaba que Conchita me llamara para decirme que tenía una cita con un cliente... del dentista, por el que lo había sustituido.

Sin embargo, no lo hizo, aunque sí me llamó para comentarme el último wasap que le había enviado Amador.

—Me dice claramente que me quiere. Pero ¿quién manda un mensaje para decir eso?

—¿Alguien que está enamorado? —asegué, tratando de intercalar un mínimo de sensatez entre sus quejas.

—¿Y qué tiene que ver el amor en esto? —protestó—. Porque, hasta donde yo sé, el amor y las relaciones no suelen formar pareja.

—Tómalo como un regalo de la vida —afirmé, obviando su último comentario a fin de no polemizar con ella.

—¡Uy! Cuidado con eso que tú llamas regalos de la vida, ya que la mayor parte de las veces en realidad son venganzas.

—¿Y qué le vas a responder? —me desmarqué nuevamente de sus palabras con el propósito de avanzar y poder alcanzar así alguna conclusión que la satisficiera, si bien una sonrisa asomó a mis labios al apreciar la ironía que se escondía detrás de su planteamiento.

—¡Pues ¿qué va a ser?! ¡Que gracias!

Al final iba a resultar una mañana mucho más risueña de lo que pensaba, porque no pude por menos que soltar la segunda carcajada del día.

Ella, ella y sólo ella. Ésa era la esencia de mi tía Conchita.

En cualquier caso, lo que sí le agradecí —al igual que a Olga y a Patricia — fue que no sacara a Ignacio a colación en la charla. No obstante, punzante como era, no pudo evitar dejar su impronta en la frase final con la que acabó nuestra conversación.

—Y ahí, en Galicia, hay mucho campo, ¿no? —inquirió enigmática en un primer momento.

—Pues sí —le respondí sucinta, aunque intrigada por el trasfondo que se escondería detrás de esa afirmación.

—Lo bueno de la naturaleza es que la gente se pierde —sentenció finalmente.

Tras imaginarme a Ignacio expiando sus culpas extraviado en mitad del monte —y bien vigilado por Conchita para que no encontrara el camino de vuelta—, me centré en planear el día, no sin antes caer en la cuenta de que, pese a su egoísmo y aparente desapego hacia nosotras, un instinto de protección se alojaba en su interior. Y esa constatación me hizo esbozar una sonrisa de complacencia, aunque sin desviarme de mi propósito principal para la jornada.

Y ya que había decidido concederle tiempo a Ignacio a fin de que se le pasara el enfado, ese primer objetivo consistía en ponerme a buscar trabajo, si no quería que mis ahorros dejaran de serlo.

Así pues, internet era el sitio más indicado donde realizar una primera batida. Sin embargo, no parecía existir ninguna oferta para escaparatas, lo que a fuer de ser sincera tampoco era algo que me extrañara, ya que no se trata de una profesión con esa clase de publicidad en caso de vacantes. De hecho, el boca a boca suele ser el anuncio más habitual.

Pero como mi fama laboral no alcanzaba hasta Galicia —y puede que la de Madrid ya estuviera arruinada sin yo saberlo—, mis opciones se limitaban a conseguir cualquier ocupación que me ayudara a pagar las facturas y, con algo de tiempo y algún contacto que fuera haciendo, rescatar de nuevo mi oficio, que era la estrategia que había trazado antes de abandonar Madrid. «Tres meses de prueba y a ver qué pasa», fue mi conclusión.

En consecuencia, tras comprobar que no había ningún escaparate disponible para mí en las tiendas de Santiago, revisé cualquier trabajo que pudiera desempeñar... con bastante poco éxito, ya que ni era ingeniera de sistemas ni diseñadora gráfica, que eran los puestos más demandados en aquellos momentos.

«Hugo se habría puesto las botas aquí», me dije, lo que lejos de desanimarme me impulsó a seguir adelante, probablemente al convertirse su recuerdo en un acicate con el que combatir esas previsiones tan negras con las que él contemplaba mi futuro.

Sin embargo, al cabo de un buen rato no me quedó más remedio que reconocer que ningún trabajo parecía acoplarse a mí, y que lo único que sabía hacer —e incluso considerarme una experta en la materia— era echarlo de menos, no a Hugo, por descontado, sino a Ignacio.

Afortunadamente, poco después mis ojos se iluminaron al toparse con el anuncio de un periódico médico en el que se solicitaba una recepcionista, puesto para el que no exigían una formación especial y que, además —a diferencia de otros muchos que había visto previamente—, era remunerado.

Esperanzada, en lugar de enviar mi currículum por correo electrónico, opté por una llamada telefónica, por si podía agilizar algún trámite, sobre todo el de la entrevista, con tan buena fortuna que la persona que estaba al otro lado de la línea decidió darme una oportunidad.

—Podrías empezar hoy si puedes y quieres, incluso ahora mismo, porque nos corre un poco de prisa.

—¡Por supuesto! —exclamé agradecida—. Voy inmediatamente para allá.

Me duché, me vestí y me arreglé lo más deprisa que pude, aunque prestando atención a la ropa que me pondría, para causar una buena impresión. Cuando tuve mi visto bueno ante el espejo, escogí el paraguas azul por ser el que mejor se adecuaba a mi atuendo y, acto seguido, me lancé a las calles de Santiago dispuesta a secarlas con mi sonrisa. Puede que mi alegría no fuera capaz de detener la lluvia, pero lo que sí haría sería deshumedecer el ambiente, al menos el mío, el que se había creado en mi interior tras el rechazo de Ignacio.

Y es que yo interpretaba el haber conseguido un trabajo tan rápidamente como una señal de que las cosas iban a salir bien..., hasta que salieron mal.

Nada más llegar, tras presentarme el redactor-jefe —que fue quien me recibió— al director de la publicación, así como al resto de la plantilla, ya me di cuenta de que quizá me había hecho una idea equivocada con respecto a las funciones que tendría que desempeñar.

Así, yo me imaginaba que éstas se limitarían a coger el teléfono, recibir a

los mensajeros y visitas y tal vez preparar los cafés, pero su respuesta a mi pregunta me llenó de asombro y preocupación.

—¿Cuál sería mi cometido? —inquirí en ese sentido, para hacerme una composición de lugar lo antes posible.

—Pues un poco de todo. Aquí valemos para un roto y para un descosido.

—Por supuesto —aseguraron convencidas mis palabras, si bien mis pensamientos no lo estaban tanto.

—Precisamente esta tarde hay un congreso médico al que vas a tener que acudir, porque la persona que iba a cubrirlo se ha puesto enferma.

—Pero yo no tengo ninguna formación en la materia... —amagué con protestar, hasta que me interrumpió.

—Tienes dos ojos, dos oídos, dos manos y yo adivino que sentido común, que son los únicos requisitos que se necesitan para ese trabajo. Y pareces espabilada, así que estoy convencido de que aprenderás rápido.

*A priori*, lo único que aprendí fue lo que era la angustia laboral, que la breve charla que me impartieron para informarme sobre las enfermedades más importantes y sus repercusiones sobre la salud no pudo mitigar.

—Aquí tienes un boli, un bloc de notas y una grabadora, a la antigua usanza, como se han hecho las cosas de toda la vida.

Con respecto a los dos primeros no tenía ningún problema, ya que me resultaban conocidos, pero la grabadora escapaba a mi control... y hasta a mi generación. «¿Siguen existiendo esos aparatos?», me pregunté alarmada, tras lo que me quedé atónita al comprobar que la que me entregaba era verdaderamente antigua, ya que incorporaba una cinta de casete.

—¿Y no puedo grabar con el móvil? —quise cerciorarme, por parecerme no sólo menos obsoleto, sino más operativo y, sobre todo, seguro.

—¡Claro que no! —rechazó mi idea de inmediato—. En caso de que tengamos que encomendarte otra tarea, otra persona tendría que desgrabar la información. ¿Y querrías quedarte sin tu móvil mientras tanto? Y eso debe de ser hasta ilegal si me apuras.

Visto así, su idea no parecía tan mala..., hasta que me informó de que también tendría que escribir una noticia sobre el acto.

—El evento en cuestión es un simposio sobre biotecnología aplicada, en concreto, acerca de la enfermedad de Gaucher y la importancia de su asociación a una deficiencia en la glucocerebrosidasa, lo que provoca unas importantes acumulaciones de glucocerebrósido en macrófagos y en células derivadas de los mismos, produciendo patologías en la médula ósea, el hígado, el bazo y el cerebro.

«¡Si no comprendo ni el enunciado, ¿cómo voy a ser capaz de desarrollar el contenido?!», me dije acongojada. Y, a esas alturas, el sentido común que él antes había advertido en mí lo que me gritaba era que echara a correr, aunque no hacia el simposio precisamente.

—Ya está todo claro, ¿no? Pues el congreso te espera —me despachó antes de que pudiera formular ninguna queja más.

Pero claro, claro, lo que se dice claro, no era el adjetivo que yo habría aplicado para describir la coyuntura en la que me encontraba, y menos aún para definir la situación que viví a continuación.

Así, las cuatro horas que duró el acto las pasé —o sufrí y padecí, para ser exactos— de horror en horror, escuchando hablar a varios especialistas mundiales en una jerga absolutamente incomprensible para el 99,99 por ciento de la humanidad, sin entender, por tanto, ni una sola palabra y, por ende, sin tomar ni un solo apunte.

En mi obcecación por captar algo, incluso trataba de leer los labios de los ponentes en un intento desesperado por captar en ellos la esencia del mensaje, si bien —como la lógica y la sensatez indican— fue de todo punto imposible.

Poco a poco, además, mi ansiedad —que es ese estado en el que la angustia te impide reaccionar— fue transformándose en malestar, para acabar convirtiéndose en enfado —que es ese estado en el que te resulta difícil no hacerlo—, en primer lugar, conmigo misma, por dejar atrás un trabajo que sabía hacer bien, y con él la vida que tanto me gustaba.

En consecuencia, la pregunta que circulaba en libertad por mi cabeza no se relacionaba con la enfermedad de Gaucher, sino con un proceso mucho más sencillo, aunque probablemente existencial, y que se resumía en el siguiente concepto: «Pero ¡¿qué coño estoy haciendo yo aquí?!».

No obstante, con el paso de las horas mi enfado fue haciéndose más amplio, y probablemente reivindicativo, ya que la emprendió con ese trabajo en particular y con el universo en general, que se había propuesto recordarme continuamente mi necesidad.

Tan indignada como estaba, hasta di en pensar que esos médicos utilizaban palabros infernales sólo para ponerme en un aprieto e impedir que consiguiera el trabajo, porque eso sería lo que sucedería cuando volviera a la oficina.

Sin embargo, un arrebató de cordura me condujo de vuelta a la realidad y, con ello, a la certeza de que el mundo no gira a nuestro alrededor, sino al contrario, por lo que sólo tendría que acomodar mi paso a la nueva situación..., hasta que llegué a la redacción y pude comprobar —*in situ* y en primerísima persona— que, al menos ese día, el mundo sí giraba a mi alrededor... para echarme fuera.

Durante la parte final del simposio, albergué la esperanza de encontrar algún sentido a las ponencias cuando desgrabara la cinta, lo que, a pesar de no corresponderse con la inercia con la que se estaban desarrollando los acontecimientos, me pareció una posibilidad bastante realista. Al fin y al cabo, sólo tendría que transcribir exactamente las palabras de los médicos y otorgar a sus frases un contexto lingüístico que las hiciera entendibles, no para mí — que seguirían siendo indescifrables si Google no se tomaba la molestia de inventar un traductor específico—, pero sí para el público al que irían dirigidas.

Desgraciadamente, al colocarme los auriculares comprobé con espanto que sólo había silencio donde debería haber sonido. Es decir, que no se había grabado nada. ¿La razón? Que, en lugar de presionar los botones de *Rec* y

*Play* a la vez —al parecer necesarios ambos, según pude averiguar después—, había apretado únicamente el primero.

—Ese sistema, además de obsoleto, es ridículo —intenté justificarme ante el redactor-jefe cuando me pidió explicaciones.

—Puede —me concedió—, pero tú además eres una inepta.

Por inepta. Ése fue el motivo oficial de mi despido. Y lo peor no fue el despido en sí, sino que acabé hipocondríaca, pensando que había contraído todas las enfermedades sobre las que me habían instruido al contratarme.

—Me recuerdas a nuestra tía —se mofó Olga de mí cuando se lo conté.

Conchita, por el contrario, parecía distraída cuando la puse al corriente.

—¿Te aburro? —le pregunté algo molesta, sobre todo al recordar la cantidad de veces que había tenido que escuchar su retahíla de enfermedades inexistentes.

—Digamos que con los años se pierde la capacidad de fingir interés.

«Si es que lo tuvo alguna vez», me dije ante lo lapidario de su comentario.

Pero el que sí lo despertó en mí fue el redactor-jefe, quien unas pocas horas después de ponerme de patitas en la calle me mandó un sucinto wasap:

¿Podríamos hablar?

## La lluvia

En Madrid, cuando llueve, tiendes a quedarte en casa. Sin embargo, si en Santiago la gente siguiera la misma pauta nadie saldría nunca..., que era justo lo que me estaba sucediendo a mí.

Además, esa opacidad que caracteriza los días de lluvia no favorecía en absoluto mi forma de vestir. A lo que me refiero es, por ejemplo, a que una mañana amaneció tan oscuro que me confundí de color al elegir mi atuendo, de manera que me enfundé en unos pantalones azul marino cuando deberían haber sido negros, lo que me arruinó el conjunto, mi estado de ánimo y, por extensión, el día.

Por otra parte, debido a la humedad que empapaba el ambiente, la ropa se secaba con dificultad, lo que dificultaba todavía más mi máxima estética, la de ir conjuntada.

Pero, exceptuando esos hechos aislados, lo único destacable de mi vida allí era que, habiendo pasado varios días desde mi llegada, mis circunstancias — incluida la lluvia— no se habían modificado: yo continuaba sin trabajo y sin saber nada de Ignacio, decidida como estaba a concederle un tiempo y un espacio que, en verdad, no me había pedido.

En consecuencia, y dado que no conocía a nadie allí, mis días transcurrían silenciosos, salvo por las charlas que mantenía con Rosalía, la dueña de la tienda de alimentación, a la que veía casi todas las tardes cuando bajaba a reponer existencias.

Me gustaba hablar con ella. Tenía esa clase de inteligencia que llaman emocional, así como una sabiduría que más que añeja se me antojaba

ancestral, porque parecía aglutinar en su persona todo el conocimiento de la humanidad.

No obstante, no me duelen prendas reconocer que el motivo principal para desear su compañía no era aprender de ella, sino mi egoísmo, puro y duro, dado que siempre me sentía reconfortada cuando me marchaba de allí. Incluso un día se lo comenté y, a diferencia de mí, ella sí fue generosa con su respuesta.

—No te juzgues con tanta dureza. Si me quieres aceptar un consejo es que seas amable contigo misma. Al fin y al cabo, la mayor parte de las veces lo estás haciendo lo mejor que puedes. Además, eso no es ser egoísta, pero, aunque lo fueras, tampoco pasaría nada malo por serlo. Hasta yo diría que de cuando en cuando hay que serlo, cuando te encuentras mal, para poder encontrarte mejor. En ocasiones hay que priorizar y ponernos a nosotros en primer lugar, porque sin primero no puede haber segundo. A veces tienes que ocuparte de ti. A veces está bien no estar bien.

Y no, yo no estaba bien, entre otras cosas porque veía señales donde no las había y porque me apropiaba de cualquier frase suya para reafirmarme en lo acertado de mi decisión.

—En general sólo triunfas en la vida en aquello que amas —me comentó en una ocasión, y a mí no me importó que ella se refiriera al trabajo. Es más, me faltó tiempo para adaptar su mensaje a mi relación con Ignacio.

Y es que eso era lo que yo seguía sintiendo por él, amor, por lo que no estaba dispuesta a abandonar mi plan ni a regresar a Madrid. Cierto era que no lo veía, pero me consolaba saber que estaba allí, cerca de mí.

Curiosamente, esa ausencia de contacto con él contrastaba con el exceso que provenía de Lucas, el redactor-jefe del diario médico, cuyos wasaps ignoré durante días.

Así, a un primer mensaje consistente en un indeterminado «¿Podríamos hablar?», lo siguieron un segundo, un tercero... y hasta un décimo escritos en términos similares, que yo fingí no ver.

No obstante, al cuarto día, y tal vez cansada de su insistencia, decidí que había llegado el momento de responder, aunque con sequedad, a fin de zanjar definitivamente el tema.

¿De qué quieres que hablemos?

Quería pedirte perdón, porque creo que fui demasiado brusco el otro día.

No se lo dije, pero en mi fuero interno pensé que no había llegado hasta allí para dejar que un puñado de palabras me arrinconaran, y menos aún las tuyas.

Tal vez podríamos quedar para tomar un café y charlar.

Ahora mismo ando ocupada buscando trabajo, con lo que me temo que no va a ser posible.

De inmediato decliné su oferta. Si para algo no estaba mi ánimo era para citas y, además, esas disculpas me sonaban a Hugo, y ya había tenido bastante ración del número 1 como para dejar entrar en mi vida a un Hugo 2.

Además, no se trataba de un hombre que me gustara, ni siquiera físicamente.

En el poco rato que había estado con él ya pude apreciar que Lucas no sonreía, sino que desabrochaba las sonrisas o, dicho con otras palabras, que una vez que había conseguido unir sus labios para modelar la primera, éstos se le enredaban a la hora de moldear la siguiente.

El resultado era una sonrisa raquítica, o tacaña, aderezada con una total falta de naturalidad, que producía más rechazo que sensación de cercanía.

Y, por si eso fuera poco, sus ojos se encontraban a diferentes alturas, siendo la nariz el escalón de comunicación entre ambos. Asimismo, tenía un olor corporal espeso, como el de la gasolina, de esos que se cuelan dentro de tus pituitarias y que son capaces de provocar una explosión si el momento

coincide con el de la digestión. Además, mucho me temía que su carácter se correspondía con el de su olor, que, como el de cualquier otro combustible, si le acercas una cerilla se prende fuego. Y lo último que quería yo era salir ardiendo, y menos aún por el hombre equivocado.

Sin embargo, cuando le conté el episodio a Olga, ésta criticó mi decisión.

—Y ¿por qué no le das una oportunidad? Al fin y al cabo, se ha disculpado, y eso dice mucho de él. La mayor parte de los hombres no lo harían.

—También lo hizo Hugo, y mira cómo resultó.

—Las probabilidades de que tenga lugar una segunda desgracia cuando ya ha sucedido una primera se reducen exponencialmente. Lo mismo que se aplica para los accidentes de avión sirve para la vida.

—Hasta que lo de Ignacio no se aclare no quiero meterme en más berenjenales —le expliqué—. Y no se trata de una cuestión de principios. Es que ni siquiera me apetece.

A esas alturas, yo ya había confesado tanto a mi hermana como a mi tía, y también a Patricia, el fracaso sentimental que había supuesto mi aventura gallega y, para mi sorpresa, ninguna de las tres utilizó esa fórmula tan esperable consistente en un vehemente «¡te lo dije!», o me apremiaron para que regresara a casa.

—No se puede decir de esta agua no beberé —me advirtió Olga, continuando con nuestra conversación.

—Tienes razón, pero para que eso suceda al menos tienes que estar cerca del agua, y yo ahora mismo camino por el desierto.

... En el que rápidamente mi hermana encontró un oasis.

Así, después de nuestra charla, yo me quedé convencida de que había tomado la decisión correcta, no así ella, que, activa y participativa como era en mi vida sentimental, decidió tomar cartas en el asunto. En consecuencia, un par de días más tarde recibí una llamada de un número de teléfono desconocido.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —pregunté al descolgar, dado que nadie me

hablaba desde el otro lado de la línea.

—Sí, verás —me respondió una voz masculina a la que, al parecer, le costaba encontrar las palabras—. Soy Marcelo, y mucho me temo que no voy a poder quedar contigo.

—¿Perdona? —solicité una explicación, al desconocer a lo que se refería.

—¿No sabes de lo que estoy hablando? —se extrañó él.

—No tengo ni idea —le confirmé.

—Pues lo que ha sucedido es que me ha llamado mi primo Pepe, de parte de su amigo Manuel y en respuesta a un mensaje de su cuñado Paco a su vez, para decirme que, como era el único soltero de la pandilla en estos momentos, tenía que quedar con la hermana de una tal Olga, que debe de trabajar en el restaurante del que Paco es proveedor de marisco en Madrid.

*Bochorno* era el término que definía mi estado de ánimo en el momento presente, y *fratricidio* el que ocupaba todos mis planes de futuro.

—Y yo habría estado encantado de hacerlo, ¿eh? —prosiguió Marcelo—. Eso que conste, que seguro que eres una tía estupenda, pero es que justo ayer conocí al que yo creo que es el amor de mi vida y no lo quiero fastidiar. ¿Me entiendes?

—¿Lo que me estás diciendo es que me llamas para romper conmigo antes de haber quedado, de habernos conocido o incluso de saber de tu existencia?

—Sí... —sonó su voz dubitativa a través del auricular.

—Pues entonces te he entendido perfectamente. Y mucha suerte con tu chica, que eso del amor a primera vista tiene que ser maravilloso.

Si hasta las citas a ciegas me abandonaban antes de hacerse visibles, parecía evidente que mi vida sentimental estaba abocada al fracaso. Y no sólo ésa, como puede apreciar unos días después, ya que a la laboral también le cayó una nueva mancha en el currículum.

Tras la conversación mantenida con Lucas —el redactor-jefe del diario médico—, supuse que no volvería a saber nada más de él al haberle dejado claro que no tenía ningún interés en su persona. Sin embargo, transcurridos

unos cuantos días, recibí un nuevo wasap suyo, aunque de carácter estrictamente profesional en esta ocasión:

Si todavía buscas trabajo, en el periódico  
Global (tranquila: es uno de información general)  
hay una vacante de secretaria.

Mentiría si dijera que, en un primer momento, su mensaje no me desconcertó, o los motivos que lo habrían llevado a enviármelo, porque, si pensaba de mí que era una inepta, ¿qué hacía recomendándome a un compañero de profesión? ¿O acaso había una venganza encubierta en sus intenciones? ¿O tal vez se había dado cuenta de que había sido injusto conmigo y quería reparar su error? Pero, incluso en ese supuesto, ¿por qué no me ofrecía él el trabajo? ¿Quizá debido a que el puesto ya estaba ocupado?

De cualquier manera —no sin antes devanarme un buen rato los sesos—, llegué a la conclusión de que cualesquiera que fueran sus razones me resultaban indiferentes, por cuanto lo único verdaderamente importante para mí era que su ofrecimiento me brindaba la posibilidad de encontrar trabajo.

Por tanto, le agradecí su gesto y me dirigí de inmediato hacia la sede del periódico, cuya dirección se indicaba al final del texto que me había enviado.

—¿Está Mariola? —pregunté nada más llegar, al ser el contacto que Lucas me había facilitado.

—¿Vienes por el puesto de correctora? —me preguntó a su vez la recepcionista.

—No. Por el de secretaria —aseguré convencida, no fuera a haber una confusión y me sentaran en la silla equivocada..., que me situara de nuevo en la puerta de salida.

No obstante, con esa certeza que parecían tener los periodistas gallegos de que todo el mundo valía para todo, finalmente fue el único trabajo que me ofrecieron.

—Yo no estoy cualificada —insistí varias veces.

—No te preocupes —intentó tranquilizarme Mariola, a la sazón la

subdirectora, según me informó al presentarse—. No tienes que escribir, sino corregir lo que escriben los demás. Y nos haces un favor si aceptas, porque ahora mismo estamos bajo mínimos en la plantilla: tres bajas en lo que va de día a causa de la gripe. Así que aceptaríamos hasta a un analfabeto.

Analfabeta no era, pero de ahí a ser capaz de rastrear y dar caza a las erratas había un trayecto que yo estaba segura de no poder recorrer, y más cuando vi el texto enmarcado que colgaba a la espalda del jefe de Cierre: «Donde pongo el ojo, pongo el boli rojo». Y la sonrisa cómplice con la que Mariola había concluido su alegato anterior no hizo que cambiara de opinión.

—Además, las normas básicas son muy sencillas —prosiguió—: cuando no puedes contener más la respiración, hace falta una coma; si te dan ganas de bostezar, pon un punto y coma, y si te duermes, pon un punto y aparte.

No pude evitar soltar una carcajada tras oír su comentario, que fue el que finalmente motivó que acabara firmando el contrato, porque ciertamente parecía sencillo..., hasta que me puse a ello y comprobé que esa máxima que asegura que cuatro ojos ven más que dos en mi caso daba un resultado negativo.

Para mi desgracia, la tecnología, que ya me había hecho perder mi trabajo anterior, se había propuesto no pasar desapercibida en éste tampoco, si bien en esta ocasión no se trataba de que estuviera obsoleta, o trasnochada, sino simplemente estropeada.

Varias veces intenté poner en conocimiento del personal del periódico que el teclado no respondía a mis órdenes, o, lo que era mucho peor, que las tergiversaba, ya que, por ejemplo, donde yo pretendía añadir un acento él se esforzaba por colocar una diéresis. Y la situación se agravó todavía más al observar que existía una desincronización con la pantalla, de manera que cualquier corrección que realizaba tardaba bastante tiempo en verse reflejada, si es que llegaba a verse.

Sin embargo, ocupados como estaban todos en sacar la edición adelante con tanta baja gripal, nadie me prestó atención, de manera que al final yo no

estaba segura de ninguno de los textos que habían pasado por mis manos.

Y razones más que fundadas tenía para recelar, puesto que, lejos de corregir para mejorar el trabajo de los demás, lo que hice fue empeorarlo. Y como ejemplo mencionaré que el hospital Clínico pasó a ser Cínico, o que — sin saberlo— empleé el adjetivo *púbico* en lugar de *público*, así como *semenciales* en lugar de *demenciales*, que a saber en lo que estaría pensando el sistema operativo en esos momentos, que fue quien verdaderamente tomó el control.

Pero el culmen de los despropósitos lo alcancé con la última errata, a consecuencia de la cual maté a veinte millones de personas a causa del tabasco, cuando deberían haber fallecido en 2030 debido al tabaco.

A la mañana siguiente, cuando el periódico ya estaba en la calle, las protestas de las empresas *tabasqueras* no se hicieron esperar, lo que motivó que yo acabara en idéntico lugar que sus ejemplares.

«Pero ¿qué demonios le pasa al universo?! —me dije indignada—. ¿Acaso se ha propuesto impedir que salga adelante?» Y es que a la vista estaba que todo lo buena que era en mi trabajo, el de escapatista, había resultado ser nefasta desempeñando cualquier otro, aunque, eso sí, contando con la inestimable ayuda de la tecnología para alcanzar ese estatus.

—¿Tú no buscas señales? —me dijo Patricia cuando se lo conté—. Pues ya las tienes.

Pero desde que me había trasladado a vivir a Galicia a mi cerebro se le había potenciado su capacidad para abstraerse, esa facultad que te permite aislarte de la realidad exterior para concentrarte únicamente en tus propios pensamientos.

Además, si un talento había permanecido intacto a pesar de la debacle en la que se estaba convirtiendo mi vida, ése era el de cambiar de tema.

—¿Qué tal tu cita? —le pregunté en esa línea.

—Genial —respondió feliz, aunque en su tono pude apreciar un matiz de desconcierto—. Y la verdad es que no pensé que fuera a ir tan bien.

—¿Por qué lo dices? —me extrañó su apreciación.

—Pues en primer lugar porque estoy algo desentrenada. He tenido tanto tiempo a Hernán dentro de mi cabeza que me cuesta, no sacármelo, porque ya está fuera, sino dejar que entre otro. Y, por otra parte, porque fue una cita la mar de peculiar.

—¿Qué hicisteis? —me picó la curiosidad.

—Cuando vino a recogerme, durante el trayecto en el coche mientras nos dirigíamos al restaurante para cenar, salió a colación el tema de la infancia, así que le comenté que una de las cosas que más eché en falta de pequeña fue que mis padres me llevaran al parque, porque solían estar tan ocupados que no tenían tiempo para eso. Y, a pesar de que lo entendía, a mí me daba mucha envidia cuando veía a otros niños, felices, jugando allí.

—¿Y qué pasó entonces?

—De repente paró el coche, lo aparcó, se bajó, me abrió la puerta y nos fuimos andando hasta un parque por el que casualmente pasábamos en ese momento. Al llegar, hizo que me sentara en uno de los columpios, me empujó unas cuantas veces para que cogiera más altura y después se colocó en el de al lado para hacer lo propio.

—¿En serio? —me sorprendió esa clase de sensibilidad en un hombre.

—Totalmente. Y me pareció el gesto más romántico del mundo, o al menos nadie había hecho algo parecido por mí hasta ese instante.

—¿Y después? —quise saber.

—Pues en lugar de irnos al restaurante carísimo donde había reservado, se fue a una tienda de chinos, de esas que están abiertas hasta las doce de la noche, y que estaba situada justo enfrente del parque, para comprar lo que podría considerarse una merienda: pan de molde para hacer sándwiches, jamón, queso, patatas fritas, refrescos..., y montó un pícnic sobre una manta que llevaba en el maletero del coche.

—¡Qué majo!

—¡Y tanto! Creo que es la mejor noche que he pasado en toda mi vida —

me confesó ilusionada.

—Lo que aún no me has contado es cómo os conocisteis. Sé que es un cliente, pero nada más.

—Todo muy normal. Es el dueño de un establecimiento multimarca, y quedamos para contratar un punto de venta de la mía en su tienda. Estuvimos un buen rato charlando, aunque no sólo de negocios, nos caímos bien y me invitó a salir.

En esa fase egoísta en la que me encontraba —y a pesar de que me alegraba enormemente por ella—, no pude evitar sentir una punzada de dolor en mi interior al recordar mi primera cita con Ignacio. Y de angustia al recordar cómo acabó.

—Además —prosiguió Patricia—, estoy especialmente contenta porque las primeras citas siempre son difíciles. La mayor parte de las vidas son aburridas, o eso es lo que nos parece cuando se las tenemos que contar a otro, por lo que nos cuesta presentarnos como especiales, que es la impresión que siempre queremos causar. Sin embargo, con él no hubo esa clase de presión. Creo que entre nosotros se ha creado ese tipo de conexión, ¿me entiendes?, la que hace que todo fluya.

Claro que la entendía, entre otras cosas porque apenas un mes antes yo me encontraba en la misma situación, que, desgraciadamente, se había volatilizado.

En otro momento, o en otro contexto, habría sometido a Patricia a un interrogatorio a fin de que me contara hasta el último detalle de su incipiente relación. Pero aquel día, no. De hecho, ni siquiera le pregunté cómo había terminado la cita o si ya habían quedado para una segunda.

Aquel día me pudo más la punzada de dolor... que no se alivió en los siguientes minutos.

—¿Sabes qué? —me preguntó Olga nada más descolgar yo el teléfono.

—¿Qué?

—Creo que he tenido la cita perfecta.

E iban dos.

—¿Qué habéis hecho? —inquirí.

—Nada.

—¿Y eso es bueno? —me sorprendió.

—Pues yo creo que sí, porque ha resultado muy natural, nada forzado. A mí me asustaba verme sentada en un restaurante, frente a frente los dos, estudiándonos las caras, pero sin nada que decirnos.

—Mujer, eso les pasa a los que llevan veinte años casados, no a los que acaban de conocerse.

—Y también a las que, como yo, llevan veinte años sin decirle nada a un hombre.

Visto así, probablemente Olga estuviera en lo cierto. Pero aún me quedaba una duda, que iba a tratar de resolver.

—¿Y en qué consiste no hacer nada? —le pregunté todavía algo confundida—. ¿En que os habéis ido cada cual por vuestro lado? Bien pensado, me parece el mejor sistema para que una pareja funcione: si no hay relación no hay fricción, con lo que será garantía de éxito.

—Pues no. Lo que hemos hecho ha sido pasear, por el centro de Madrid, que no sabes lo bonito que está. Y lo que tú necesitas para eliminar ese halo de negatividad que te rodea es un clavo.

—¿A qué te refieres? —inquirí extrañada.

—Ya sabes, un clavo, el que saca a otro.

—¿Un Marcelo de la vida? —le reproché mi abortada cita a ciegas—. Pues el resultado no es que sirva para subir la moral precisamente. Además, en lugar de un novio, ¿por qué no me buscas un trabajo, que me hace más falta?

Y maldita la hora en la que se lo pedí.

## La tienda

—Probablemente lo mejor de cada persona esté en sus sueños —aseguró Rosalía, para animarme, durante la conversación que mantuvimos tras ser despedida del periódico *Global*, al asegurarle que no servía para esos trabajos, y probablemente ya para ningún otro.

Pero aquello no era un sueño. O para que se cumpliera harían falta once mil millones de sueños juntos, y alineados, a fin de que pudiera hacerse realidad. Y en esta ocasión no me refería a mi relación con Ignacio, sino a solventar la situación financiera por la que atravesaba Rosalía, que empezaba a ser preocupante.

Con anterioridad ya me había comentado que apenas le quedaba dinero para pagar el alquiler y los gastos más básicos, y menos aún para hacer frente a la hipoteca de la tienda, cuyas mensualidades se iban acumulando. Y, además, la gente seguía sin poner un pie en ella.

—Vamos a hacer una cosa —le avancé—. Y no te estoy pidiendo tu opinión, o tu permiso, sino sólo comunicándote lo que va a suceder.

—¿A qué te refieres? —me preguntó alarmada.

—A que los problemas grandes, los económicos, tal vez no podamos solucionarlos de momento, pero los que sí podemos abordar son los pequeños, como el estado en el que se encuentra el local.

—Desde mi punto de vista, ese asunto tiene el mismo tamaño que el otro, puesto que, en mi situación actual, y en la de mi hija, no hay nada que podamos hacer. Además, los clientes vienen aquí a comprar comida, no un artículo de lujo, que necesita de un entorno especial. El pan es pan, en cualquier estante.

En mi opinión, lo que sucede es que la tienda ha entrado en una inercia que ha llevado a que la gente la haya descartado o tachado de su rutina. Y haga lo que haga con ella eso no va a cambiar.

—Lo último que quiero es ofenderte, pero no te voy a esconder que la impresión que causa tu tienda es la de abandono, y suciedad. Y a la gente no le gusta comprar, y menos aún alimentos, en un sitio que aparentemente está sucio. Además, y en respuesta a tu razonamiento anterior, sí te diré que te sorprendería lo que puede hacer un poco de cirugía estética... decorativa.

—Que, como la facial, es cara, y no me la puedo permitir.

—¿Sabes cuál es el truco más básico en decoración? Que, a veces, para que las cosas se vean mejor sólo hay que limpiar las bombillas, que es exactamente por lo que vamos a empezar aquí. Con algún que otro extra, eso sí. Así que, en una limpieza de cara, con un poco de bótox añadido, sí que nos vamos a embarcar.

—No...

—Me vas a decir que con tu pierna ni siquiera puedes trasladar cosas de sitio, ¿verdad?, pero resulta que a las mías no les pasa nada, así que ya me encargo yo. Y lo primero que voy a hacer es acercarme a la droguería que hay en la esquina para comprar unos botes de pintura.

—Pero ¿y el dinero? De verdad que yo no puedo permitirme más gastos de los que ya asumo —protestó.

—¿Y quién ha dicho que vayas a ser tú la que los pague?

—No voy a consentir que lo hagas tú —se mostró rotunda—. ¡Pero si no tienes trabajo y estás viviendo de tus ahorros! Además, esto es asunto mío y no tuyo.

—Y lo que yo no voy a consentir es que te hundas sin tirarme al agua para salvarte. Unos cuantos euros de más o de menos no me van a hacer ser más pobre. Y, por si se te ha olvidado, te recuerdo una frase que me dijiste el otro día: «Cuando no puedas cambiar las cosas, cambia de actitud, y de paso procura protestar lo menos posible, ya que te restará energía para ese

cambio». Pues ha llegado el momento de que te apliques el cuento... y de ser profeta en tu tierra, que es esta tienda.

Sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas, que alcanzaron hasta su sonrisa, que se hizo tan grande como la mañana que ya despuntaba en el cielo.

—Como verás —proseguí—, no predicas en el desierto. Presto atención a todas y cada una de tus palabras y, lo que es más importante, las pongo en práctica.

—¿Y luego dices que eres egoísta? —sugirió con dulzura.

—¡Desde luego que lo soy! —le respondí al mismo tiempo que le guiñaba un ojo—. Porque, ¿quién crees que iba a escucharme, y darme consejos, si te acaban echando de aquí? Tengo que proteger mis intereses.

—Confiemos en que no sean ruinosos...

—Y no lo serán —la interrumpí—, porque yo invierto en nuestra amistad. Y un amigo es el que da lo que puede, y lo que tiene, a veces tiempo, a veces palabras, a veces dinero. ¿Y de verdad crees que este último es el más valioso de todos?

—Lo que creo es que Ignacio cometerá el error de su vida si no recapacita y te da una segunda oportunidad.

Pero, de momento, a la única a la que se le iba a conceder esa segunda oportunidad era a aquella tienda.

Así, tras echar un vistazo al espacio, para calcular los litros de pintura que necesitaría, me dirigí hacia la droguería con una idea clara en la cabeza. Aquello no era un escaparate, lo que constituía mi especialidad, pero estaba segura de que no habría tanta diferencia. Además, el local sí contaba con uno, sólo que más parecía un almacén que un escaparate, al que, dicho sea de paso, yo pensaba darle otro uso totalmente diferente: el pertinente, el de dejar que la esencia de la tienda traspasara el cristal para alcanzar hasta la calle, y atraer a los clientes hacia dentro.

De antemano, mi punto de partida se basaba en una consideración que atañía al mundo de la publicidad en general y al de los anuncios en particular

—fundamento, al fin y al cabo, de cualquier escaparate, que no es otra cosa que una pancarta de la marca— y que radicaba en la medida.

Es decir, que si tu negocio es una agencia de viajes, no deberías ofrecer a tus clientes el fin del mundo, no vaya a resultar contraproducente. O si te dedicas a vender tampones no puedes prometer erradicar las consecuencias de la regla, no sea que el mensaje que capte tu clientela sea el de la esterilidad, o incluso la menopausia.

De la misma manera, los escaparates han de ser proporcionados, sobre todo con lo que vendes. O sea, que no deben despistar la atención, o esconder la mercancía, aunque sea detrás de un montaje espectacular.

Lo que quiero poner de manifiesto es que, una vez más, su sistema de funcionamiento resulta similar al de los anuncios, de forma que, por ejemplo, no puedes vender el concepto de felicidad si lo que vas a acabar ofreciendo es la escobilla para limpiar el váter. Es más, se corre el riesgo de que la gente recuerde el anuncio, en caso de ser magnífico, pero no tu producto, lo que sólo podría ser considerado como un resultado nefasto.

En otras palabras, que el escaparate nunca debe ser mejor que lo que anuncia, o anunciar otros objetos o conceptos que, por muy buenos o bonitos que sean, nada tienen que ver con nuestros artículos. Se trata de potenciarlos, nunca de ocultarlos.

Bajo esta premisa, pues, regresé de la droguería con todo lo necesario.

—Y ¿qué tienes pensado hacer? —me preguntó Rosalía, que había delegado cualquier decisión en mí.

—A partir de ahora los de Bimbo ya no van a ser los más frescos del barrio, sino los más glamurosos —le respondí risueña—. Pero si quieres algún dato un poco más concreto te diré que mi opción pasa por el blanco.

—¿Blanco? —se extrañó, al no saber a exactamente a lo que me refería.

—Sí, blanco.

En aquellos momentos, las paredes lucían un color indeterminado, pero afín con la mugre. Y las estanterías eran de madera clara, si bien aparentaban ser

un par de tonos más oscuras debido a la capa de polvo que las cubría, así como al desorden con el que estaban colocados los objetos.

—Lo voy a pintar todo de ese color —proseguí—, porque dará sensación de limpieza y pulcritud. Y, además, como los días aquí tienden a ser oscuros, el blanco atraparé toda la luz que provenga del exterior.

—¿No será demasiado radical? ¿Demasiado nuclear? —se alarmó.

—Tal vez te sorprenda, pero existen infinidad de tonos de blanco, y no sólo el deslumbrante, o puro, que es el que tú tienes en la cabeza. También están el cáscara de huevo, hueso o marfil, y esos son sólo unos ejemplos.

—¿Y va a quedar bien todo tan igualado?

—Para las estanterías he comprado pintura a la cera, para crear un efecto decapado, sobre todo en los perfiles, que es donde más se verá. Y, en cuanto al mostrador, al crear ese efecto le añadiré un tono turquesa oscuro, para que le dé un toque de color al conjunto. Y, de momento, ya está bien de charlas, así que cuelga tú el cartel de cerrado, que yo me voy a dedicar a trasladar toda la comida a la trastienda.

Al llegar allí con la primera tanda de latas, observé con extrañeza que había un montón de barras de pan tiradas en el suelo.

—¿Qué hacen ahí? —le pregunté intrigada.

—El pan hay que venderlo en el día. Lo que sobra hay que tirarlo, pero con la pierna como la tengo ni siquiera he podido sacarlas al contenedor.

—Pues ya tenemos escaparate —aseguré convencida.

—¿Qué vas a hacer con ellas? —me preguntó de inmediato, y con un tono de alarma en la voz.

Lo que hice, mientras esperaba a que se secase la pintura de las paredes y de las estanterías, fue cortarlas en rebanadas y aplicarles una capa de barniz transparente, que, además de evitar que soltaran migas, impediría la generación de moho. Acto seguido volví a salir, a fin de comprar un maniquí de mimbre que, por casualidad, había visto en una cestería en el camino de vuelta y que utilicé como base para fabricar un vestido de pan.

A lo que me refiero es que, cuando las rebanadas estuvieron secas, las fui pegando, una a una, alrededor del maniquí, dando forma a un vestido todo hecho de pan que acabó alcanzando el suelo, y hasta formando una cola, como si se tratara de un traje de fiesta. No en vano, eso era lo que significaba su presencia allí: una celebración, la de que Rosalía tendría una oportunidad de salir adelante.

Cuando, ya de madrugada, echamos el cierre a la tienda, yo lo hice pensando que el resultado sería perfecto y, sobre todo, equilibrado, ni más ni menos, o mejor menos, que suele ser más. Sencillo, pero con un toque sofisticado que, además de poner una sonrisa en los labios de todo aquel que pasara por delante del escaparate, generara un asomo de asombro, así como de excitación en el cerebro lo suficientemente intenso como para querer entrar.

A la mañana siguiente, ya con la comida de vuelta en sus estantes —aunque perfectamente ordenada en esta ocasión—, me reafirmé en mi presentimiento de la noche anterior.

—¡No parece la misma tienda! —exclamó sorprendida Rosalía.

—Esperemos que lo mismo piensen los clientes —le respondí yo.

—A ver cuánto tarda en entrar el primero.

Poco tardó en verdad. Y yo ni siquiera estaba para verlo, ya que me encontraba en la trastienda ordenando un pedido de arroz que acababa de llegar.

—¿Qué ha pasado aquí?... ¡Pero si esto era un vertedero!

La voz, masculina, filtrada a través de la puerta, que se había quedado entreabierta, me resultó familiar, si bien *a priori* no pude relacionarla con ninguna cara.

A fin de identificarlas, a ambas, me asomé por la rendija y, entonces sí, de inmediato supe de quién se trataba.

—No hace falta descalificar para alabar —afirmé dulce pero contundente, haciendo que mis palabras me precedieran.

—La verdad es la verdad —me contestó rotundo, aunque sonriente, en

cuanto estuve delante de él—. Y mejor que sea en ese orden: ascendente. Peor habría sido al contrario. ¿No crees?

—Lo que creo es que la segunda parte de la frase sobraba.

—«Si no tienes nada bueno que decir, no digas nada», me decía siempre mi madre cuando era pequeño. Y yo le he hecho caso: he dicho lo bueno, aunque puesto en su contexto.

Aquello empezaba a ser una conversación irremediabilmente divergente. Además, me daba cuenta de que, de seguir hablando en estos términos, acabaría descargando en él toda la frustración que llevaba acumulada desde que llegué a Santiago, lo que no sería ni correcto ni justo. Así pues, opté por cambiar el enfoque de mis palabras.

—¿Podemos ayudarte en algo?

—Sólo quería echar un vistazo, para ver de cerca el cambio, pero ya que estoy aquí voy a comprar una barra de pan.

—Aquí tienes —se la acerqué ya enfundaba en su correspondiente bolsa.

—Gracias —respondió amable en esta ocasión—. Y encantado de volver a verte —afirmó mudando su tono hacia el sarcasmo.

—O quizá no tanto —precisé en esa línea, frase que no obtuvo una contraprestación verbal, pero sí una mirada descontenta que no se modificó hasta que sus ojos no dejaron de estar frente a los míos.

Nada más marcharse, Rosalía me reprendió.

—En mi opinión, la mejor técnica de comunicación es ser amable. La mayor parte de la gente lucha continuamente en batallas de las que no tenemos ni idea, y no tenemos por qué empeorarlas o convertirnos en otro enemigo más.

Visto así, tal vez me había excedido en mis apreciaciones y, por ende, con mis comentarios. Pero, en cualquier caso, ya era demasiado tarde para rectificarlos.

—Y, por cierto, ¿quién era? No sería Ignacio, ¿verdad? —prosiguió Rosalía.

—No. Era un chico que conocí el otro día en la calle, que me dio un par de lecciones turísticas mientras hacía fotos en la plaza das Praterías. Se llama Mateo, y aquella tarde me pareció encantador, aunque esta mañana no me lo haya parecido tanto.

—Todo es cuestión del momento. Por eso, si en su momento te lo pareció, tal vez debas darle una tercera oportunidad, para deshacer el empate. Si sales a la calle ahora mismo tal vez puedas alcanzarlo y aclararlo todo.

—No es tan importante —rechacé su oferta.

—Todos los somos.

—Pero no para todos.

—Desde mi punto de vista —continuó Rosalía—, ante las personas hay que tener la misma perspectiva que para la vida: no pierdas el tiempo con lo malo, céntrate sólo en lo bueno. Y, además, es muy mono.

No pude evitar soltar una carcajada, por el gesto de picardía con el que acompañó sus últimas palabras. Al parecer, lo que buscaba Rosalía para mí era lo mismo que mi hermana: el clavo, el que saca al otro clavo, pero yo no estaba preparada para ese proceso de sustitución o reemplazo. Aunque no podía por menos que darle la razón en algo: Mateo era muy mono.

Sus ojos eran azules, oscuros, de un tono indeterminado que a veces parecía plomo y a veces añil, lo que los convertía en peculiares además de cálidos. Y, por lo que se refería a su pelo, casi negro, creaba un contraste tan pronunciado que te obligaba a no apartar la vista de ellos.

Por lo demás, Mateo era alto y delgado, aunque no de esos hombres escurridos cuya ropa parece sujeta por un milagro. En su caso la llenaba, y la lucía, con tanta naturalidad como personalidad. Así, en las dos ocasiones en que lo había visto, había observado que, si bien todos sus atuendos eran sencillos, siempre llevaba un detalle que lo convertía en singular, como una cazadora hecha con bolsillos de pantalones vaqueros, o una bufanda anudada de una manera poco convencional que, lejos de hacerlo parecer femenino, acrecentaba su masculinidad y demostraba su estilo.

No obstante, tampoco tuve demasiado tiempo para reflexionar sobre el asunto, dado que nada más acabar nuestra conversación recibí un wasap de mi hermana:

Tus deseos son órdenes para mí, así que ponte guapa y vete a la calle de Santa Clara, que tienes una entrevista de trabajo.

Por más que le pregunté a continuación de qué se trataba, no obtuve ninguna respuesta por su parte, con lo que me marché hacia allá sumida en la más completa ignorancia. «Y bendita ignorancia», me dije poco después.

Nada más llegar, me las di de feliz al leer el cartel con el nombre del establecimiento —El Cohecito Leré— y suponer que éste se correspondería con el tipo de negocio que sugería (una guardería, intuí). «Muy apropiado para mí», me dije incluso, considerando que ya desde pequeña había demostrado tener cualidades para el cuidado de niños, como había probado sobradamente con mis dos sobrinas.

Sin embargo, en lo que no reparé fue en el eslogan que figuraba bajo el nombre, ni tampoco en la atmósfera que rodeaba al salón en el que entré después de traspasar la puerta.

—¿Está Virgilio? —le pregunté a la recepcionista.

—Ahora mismo lo aviso. Supongo que vienes a hacer una entrevista, ¿no?

—Efectivamente.

—El puesto es de relaciones públicas —me informó, lo que me sorprendió, aunque no tanto el puesto como el tono de su voz, ya que me dio la impresión de que lo que pretendía era tranquilizarme.

—De acuerdo —afirmé de manera neutral, dado que, aunque no sabía cómo se podría promocionar una guardería, ya me encargaría de encontrar la forma de hacerlo.

—Es la segunda puerta a la izquierda —me indicó—. Y ya puedes pasar. El gerente te está esperando.

—Andrea, ¿verdad? —me tendió la mano en cuanto me puse frente a él.

—Sí, y muchas gracias por la oportunidad —le respondí amable.

—De nada. En realidad, gracias a ti por no dejarte influir por los prejuicios.

«¿Prejuicios?», me dije extrañada, aunque sin querer elaborar una teoría al respecto al preferir concentrar mis neuronas en su discurso.

—Ya sabes cómo es este oficio —continuó—. La gente tiende a pensar que es deprimente, por emplear un adjetivo amable, cuando en realidad es como cualquier otro trabajo.

—Claro —contesté de forma imprecisa, y sólo por decir algo que sugiriera que seguía el hilo de su discurso, puesto que lo cierto era que sus palabras comenzaban a asustarme.

—Es lo que tiene la muerte, que no cuenta con el beneplácito de nadie.

A esas alturas ya, y a pesar de que yo hacía todos los esfuerzos para que mi cara permaneciera lo más inalterable posible, la sombra de la duda bullía en mi interior como un caldero. «No matarán a niños aquí... —me dije, pues—. ¡Y, además, con el visto bueno de las autoridades autonómicas, nacionales y europeas!»

Mi asombro se debía a que en la pared frente a mí habían colgado infinidad de cuadros conteniendo títulos, diplomas, premios y demás reconocimientos oficiales en los que se acreditaba el buen hacer del establecimiento.

—Ése es el único motivo de que eligiéramos un nombre divertido para el negocio —prosiguió Virgilio—, seguido de nuestro eslogan: «Para que tu último tránsito sea un vaivén».

«¡Y encima se muestra orgulloso!», estuve a punto de exclamar.

—... Porque —reflexionó durante un segundo— he dado por sentado que nunca antes has trabajado en una funeraria. Y es así, ¿verdad?

«¡¿Qué?! ¡Unas pompas fúnebres!», aluciné. ¡Pero ¿dónde coño me había mandado mi hermana?! ¡¿Acaso se había propuesto matarme a mí también, pero del susto?!

Ahora sí, las piezas empezaban a encajar. Y no era de extrañar que

necesitaran de un relaciones públicas. A ver quién era el bonito que convencía a los vivos para que les entregaran a sus muertos, ¡y con ese nombre!, ¡y ese eslogan!, que más parecía que los difuntos iban a ser objeto de chirigota que de cristiana sepultura, o sepultura a secas.

No obstante, y dado que yo no tenía dónde caerme muerta —expresión que, además, se adecuaba muy bien al caso—, llegué a la conclusión de que bien podía darle una oportunidad al trabajo, aunque sin saber todavía en qué consistía.

—¿Y podrías empezar ahora mismo? —me preguntó ilusionado cuando le comuniqué mi decisión.

—Sí, sin problema —aseguraron mis palabras, si bien mis entrañas mostraron su disconformidad soltándome una descarga que, más que erizar, electrocutó mi piel.

—Tenemos un funeral en marcha, en el salón principal, y nos vendría bien un poco de ayuda, para reconfortar a los clientes en caso de que lo necesiten.

¿En eso iba a consistir mi trabajo? ¿En ser un paño de lágrimas? ¿El hombro en el que llorar?

Quizá me había precipitado en mis conclusiones y puede que al final no estuviera tan mal, y tampoco el sueldo, con un cero más de lo que me esperaba encontrar.

Así pues, lo seguí hacia la sala, en cuya puerta se informaba de que el finado era Magdaleno Galindo Torrequemada.

—*Magadalenito* para los familiares y amigos —me indicó Virgilio, con el propósito de que pudiera darle el tratamiento correcto delante de ellos.

En verdad, Magdalenito —que rondaría los ochenta años en el momento de su fallecimiento—, tenía poco de *ito*, sin lugar a dudas debido a una vida con una gastronomía plena a juzgar por el tamaño de su tripa, a juego con el resto de su cuerpo, ya que era orondo todo él. De hecho, su obesidad era tan mórbida que no había cabido en el ataúd que tenían previsto para él, de

manera que lo habían colocado encima de una mesa a la espera de que trajeran uno mayor.

Tal era su tamaño que incluso las dos partes de la chaqueta con la que lo habían vestido no alcanzaban a cubrirle su montaña estomacal. O eso pensé yo, hasta que su mujer se acercó para intentar abrocharle los botones.

Lo que más me llamó la atención de ella fue su volumen corporal, una tercera parte del de su marido, así como la artrosis, que había deformado sus manos hasta el punto de no poder acometer la tarea que se había propuesto.

—Ayúdala —me indicó Virgilio.

—¿A qué? —me sorprendí, puesto que no observaba yo que se encontrara especialmente afectada.

—¿A qué va a ser? A abrocharle los botones a su marido —me respondió incrédulo.

¿En qué línea del contrato estaba escrito que entre mis obligaciones se incluyera la de tocar la mercancía? Porque eso era algo que yo no había leído ni, por ende, firmado. Y, además, se trataba de una circunstancia que me producía una especial dentera.

—¿Vas o qué? —insistió.

En aras de la paz, o de que aquel funeral no se convirtiera en un bautizo — el mío, al objeto de cristianarme con el nombre de *despedida por tercera vez en apenas quince días*—, accedí a su petición, aunque, eso sí, con los ojos cerrados, para que la sensación de grima fuera menor.

Quiso la mala suerte, así como mi falta de destreza debido a mi momentánea ausencia de visión —a lo que se sumó que el cadáver se encontrara sobre una mesa minúscula en proporción a su tamaño—, que de tanto tirar acabara empujando, y con tanta fuerza que la tripa del difunto salió disparada hacia su viuda... y tras ella todo su cuerpo, en sentido literal, y horizontal.

«¡Que me quiten el muerto de encima! ¡Que me lo quiten!», gritaba la pobre desde el suelo, inmovilizada bajo el inmenso cuerpo de su esposo. Y se lo

quitaron, aunque cinco minutos más tarde, los necesarios para reunir a diez hombres con la fuerza suficiente para alzarlo, dado que los intentos anteriores resultaron en las abundantes carnes de Magdalenito rebotando continuamente sobre las escasas de su esposa.

En una cadera rota y una contusión en el costillar consistió el parte médico, el mismo que se incluyó en mi finiquito como prueba de mi incompetencia.

—¿Y no quieres que te arregle el escaparate? —le sugerí a Virgilio mientras me acompañaba a la calle para cerciorarse de que no regresaba.

—¿De qué escaparate estás hablando? Porque yo no veo ninguno.

—Bueno —rectifiqué al ser consciente de mi error—, tal vez podríamos entonces hacer una jornada de puertas abiertas...

—¿O sacar el género a la calle? —me interrumpió con un gesto en la cara en el que claramente se adivinaba estupor—. ¿Para que la gente pruebe los ataúdes, como si fueran un colchón? ¿O para aterrar a la gente creyendo que queremos enterrarlos?

A la vista estaba que no sólo había perdido ese trabajo, mi tercer trabajo, sino que estaba perdiendo la razón.

Mientras regresaba hacia mi casa, yo me imaginaba decorando el escaparate de Hermès y la sola idea me hacía nadar en felicidad. Esos bolsos, esos pañuelos, esas telas exquisitas confeccionadas con la mejor seda, que de puro suaves hasta se desharían en las manos..., nada que ver con lo que contenían las mías, que no era más que lluvia una vez más.

Bajo ella caminé durante todo el trayecto, con mi ánimo languideciendo a cada paso, hasta que al llegar a mi portal reparé en alguien que, apoyado contra la pared, me resultaba más que familiar.

—¿Hace una copa? O varias botellas, vista tu cara.

## El segundo encuentro

Tenía una de esas voces no que te transportan, sino que te movilizan, o que hacen que te mudes a otro lugar. Es decir, de las que logran hacer contigo lo que quieren. Y miedo me daba lo bien que le funcionaba.

A lo que me refiero es a ese juego del galanteo, de los requiebros, de la seducción, que, sensible como estaba yo, tenía todos los visos de prosperar.

En otras circunstancias, en Madrid, con mi vida feliz transitando por mis días, habría rechazado su invitación después del agrio intercambio verbal mantenido en la tienda de Rosalía unas horas antes, pero tras volver de la funeraria me encontraba tan decaída, y tan sola, que hasta me habría marchado con un diablo cuya única pretensión fuera ensartarme con su tridente.

Además, Mateo desprendía un olor que era especialmente atrayente para mí: el de un coche nuevo recién estrenado, que, hasta conocer a Ignacio, era lo que significaban las relaciones para mí. En otras palabras —aunque sirviéndome de la actitud que suelen tener las personas ante la ropa nueva para explicarlo en esta ocasión—, que mientras hay gente que reserva la prenda recién comprada para una ocasión especial, con lo que demuestran ser precavidos, otros no pueden evitar estrenarla a continuación, demostrando con ello premura y excitación.

«A lo mejor mañana me he muerto y encima me he muerto sin estrenar la ropa nueva», solía decir Olga, que, a esos efectos, era igual o peor que yo. Sólo que, en mi caso, yo trasladaba el concepto a los hombres, de manera que, por si acaso, los estrenaba... hasta que conocí a Ignacio, que fue cuando se me quitaron las ganas de estrenar nada, o a nadie más.

Aun así, accedí a tomar algo con Mateo por si podía aliviar en algo mi desidia existencial, y como consecuencia de su voz también, que me subyugaba.

—¿Fuiste al final al bar que te recomendé, al café Casino? —me preguntó como fórmula para romper el hielo.

—No. Aquel día estaba cansada —le confesé sincera—, pero sí me asomé para ver el interior.

—¿Y qué impresión te causó?

—Lo cierto es que muy buena, y es tal y como me lo describiste.

—¿Te apetece que vayamos allí entonces?

—¡Claro! —exclamé—. Me parece una idea estupenda.

A esas alturas, ninguno de los dos nos habíamos disculpado por lo sucedido unas horas antes, y no parecía que esa disculpa fuera a producirse en los próximos minutos, o posiblemente en lo que nos quedara de charla, y, a decir verdad, me parecía bien. Al fin y al cabo, él había tenido la deferencia de regresar a la tienda y, aparentemente, de esperarme bajo la lluvia, con lo que, siendo justa, si alguien estaba en deuda era yo.

—Al verte haciendo fotos en la plaza das Praterías pensé que eras una turista —prosiguió con sus preguntas.

—Bueno, aquel día lo era. Sólo que aspirante a algo más.

—¿Y se puede saber a qué?

Aunque mi corazón suplicaba que me sincerara con él, a fin de desahogarse, mi cerebro me gritaba que me mantuviera distante, a fin de preservar esa lejanía que produce la falta de intimidad, y me refiero a la verbal.

—A quedarme —le respondí, acatando al fin la orden imperativa emitida por mi cerebro.

—¿Y para qué, o por qué has venido?

—A contar cuántos días seguidos puede llover sin parar.

Sus sonrisas se multiplicaron hasta desembocar en una carcajada, y en una

mirada, en la que pude apreciar que esa distancia recién impuesta por mí comenzaba a acortarse.

—Pues vas a tener bastante trabajo —me advirtió—. Los informes meteorológicos avisan de que va a ser una primavera, seguida de un verano, bastante lluviosa.

—Entonces no me quedará más remedio que comprar más cuadernos y lápices para apuntar. Y otros cuantos paraguas más. Y tú, ¿a qué te dedicas? —opté por dirigir hacia él la conversación.

—Tengo una agencia de modelos.

—¡Qué interesante! —exclamé.

Ahora entendía yo su estilo al vestir, producto de una profesión relacionada con la moda. Y justo iba a preguntarle al respecto cuando él se me adelantó.

—¿Eres la dependiente de esa tienda, donde nos hemos visto esta mañana?

—No —respondí lo más escuetamente que pude, tratando de reponer la distancia que minutos antes había perdido.

—Pero algo tienes que ver, ¿no?

—Sí, llevo un par de días ayudando a la dueña, que es amiga mía.

—¿La escultura de pan del escaparte es obra tuya?

Me sentí halagada, por ese pedestal en el que, de repente, la había colocado, aunque en mi fuero interno bien sabía yo que su piropo no se correspondía con la realidad.

—Bueno, yo no la denominaría así, pero sí, la he hecho yo —le expliqué en esa línea.

—Desde mi punto de vista, es pan hecho arte, así que no existe otro nombre por el que se la pueda llamar.

Sonreí a modo de agradecimiento, mientras agachaba la mirada a fin de que no percibiera mi incomodidad en ese terreno tan inhóspito para mí como era el de los cumplidos.

—Y ¿a qué te dedicas cuando no cuentas gotas de lluvia? —preguntó Mateo a continuación—, porque la verdad es que estoy intrigado.

De nuevo sonreí, aunque esta vez más relajada.

—Soy escaparatista —le confesé.

—¡Qué interesante! —exclamó él en esta ocasión—. Desde luego, es un trabajo fuera de lo normal.

Sin embargo, a mí me parecía tan lejano ya que hasta se me antojaba irreal que alguna vez lo hubiera desempeñado.

—Pues, aunque no haya sido ése el motivo de quedar contigo —continuó Mateo—, sí me gustaría pedirte un favor: que me dejaras hacer unas fotos allí, para el *book* de un modelo nuevo al que acabo de contratar. Creo que podría quedar muy original.

La única manera de definir la sensación que me produjo su oferta sería con dos palabras: decepción en primer lugar, seguida de aceptación, ya que a Rosalía le vendría bien cualquier tipo de publicidad para su negocio.

—Por descontado —afirmé, y lo más rápido y contundente que pude a fin de que no apreciara mi primera emoción.

Y es que, aunque su intención inicial al invitarme fuera única y exclusivamente la de conocerme, su propuesta laboral había roto ese delicado equilibrio que su presencia había logrado restaurar, cuando mi ánimo se encontraba hundido tras ser despedida una vez más.

Lejos de mi verdadero trabajo, lejos de mi verdadera casa, lejos de mis verdaderos amigos, yo estaba inmersa en uno de esos días en que lo único que quieres es que alguien te aprecie, por ti misma. Y muy probablemente sin importar quién, lo que tampoco decía mucho a mi favor.

No obstante, a fuer de ser sincera, lo cierto era que sí me importaba, porque era Ignacio el único en quien yo pensaba, y el único con quien yo quería estar.

De repente, una necesidad me invadió, la de marcharme de allí —para poder respirar, para poder reflexionar, para poder llorar, para poder sentir pena de mí misma—, por lo que farfullé un adiós precipitado y, acto seguido, me puse en pie.

—¿He hecho o dicho algo malo? —se extrañó Mateo.

—En absoluto. Es sólo que había olvidado una gestión importante que tengo que hacer. Y, con respecto a las fotos, pásate por la tienda cuando quieras. Ya me encargo yo de avisar a Rosalía, la dueña, para que esté al corriente y no te ponga pegas.

Mientras caminaba hacia esa casa que no era la mía, por las calles empapadas de una ciudad que tampoco lo era, decidí que a la mañana siguiente volvería al restaurante para intentar hablar con Ignacio.

Al fin y al cabo, ya habían pasado quince días desde mi llegada, en mi opinión tiempo más que suficiente para que su enfado se hubiera asentado, o esfumado. Con un poco de suerte, pues, su animosidad contra mí ya habría revertido, o disminuido, o al menos sabría a lo que atenerme.

Pero no era sobre Ignacio sobre quien Rosalía quería preguntarme, como pude apreciar nada más llegar.

—Mateo ha venido a buscarte —aseguró, acompañando sus palabras de una sonrisa pícaro, en la que se adivinaba la curiosidad por saber cuál había sido el desenlace de nuestro encuentro.

—Sí, quería permiso para hacer unas fotos con el vestido de pan del escaparate. Por cierto, ¿qué tal el día? ¿Has vendido mucho? —desvié el tema de la conversación.

—El mejor desde que estoy al frente de la tienda. Es más, incluso sumándolos todos, me parece que hoy la caja ha sido mayor.

—No sabes lo contenta que estoy —afirmé, valiéndome yo también de una sonrisa, enorme en mi caso, para demostrarle lo mucho que me alegraba.

—Lo malo es que yo creo que este interés pasará, que será como una moda pasajera, o que lo único que pretendían hoy era cotillear.

—Pero han comprado, ¿no? O sea, que no sólo han entrado para mirar.

—Sí, pero dudo que dure mucho ese interés.

—Es el miedo el que habla —aseguré convencida.

—Pues tal vez debería escucharlo.

—O transformarlo en esperanza.

A la mañana siguiente, decidida como estaba a ver a Ignacio, quise aplicarme mi propio consejo y vestirme con esa misma esperanza. Además, si la vida es un gerundio, yo lo estaba poniendo en práctica, dirigiéndome ya hacia él.

—Déjate de infinitivos —me animó precisamente Rosalía la noche previa cuando le conté mi idea—. Si es lo que sientes, hazlo. Te puedo asegurar que al final de tu vida sólo te arrepientes de las oportunidades que rechazaste, de las relaciones que te dio miedo comenzar o de las decisiones que tardaste demasiado tiempo en tomar.

Envalentonada, pues, me encaminé hacia el restaurante, si bien al llegar me temblaba algo la voz al preguntar por él.

—¿Podrías avisar a Ignacio, por favor?

—Un segundo, que voy a buscarlo —me respondió amable el camarero que me atendió.

Y, efectivamente, sólo un segundo tardó en presentarse ante mí.

—¿Todavía estás aquí? Pensé que ya habrías regresado a Madrid —afirmó displicente.

—No, he previsto quedarme durante un tiempo porque estoy convencida de que...

—¿No hemos estado aquí ya? —me interrumpió, dándome a entender que no se refería al lugar, sino a la situación.

—Pero... —intenté amagar nuevamente.

—¿No te lo he dicho una, dos, tres o cuatro mil veces que lo nuestro se acabó?

En verdad no me lo había dicho nunca, o no así de claro.

—No te llevo en la sangre, que es por donde deberías correr —afirmó señalando unas venas que, de repente, se me antojaron vacías, de mí—. Sólo somos amigos, ¿quieres que te lo deletree?

Pero no, yo no quería, porque de querer escuchar alguna palabra

descompuesta ésa sería *amor*, el amor que él ahora me negaba pese a que yo lo sintiera tan inmenso en mi interior que mentira me parecía que no alcanzara hasta él. Y es que, tonta de mí, pensé que el mío sería capaz de abarcarlo todo, de impregnarlo todo, incluido a Ignacio. Sin embargo, él se había recubierto de una pantalla protectora que invalidaba mi campo de acción.

—Y de ahora en adelante no te humilles más. Ten algo de dignidad —me espetó hiriente.

—Le dijo el vencedor al vencido cuando lo estaba apuntando con un revólver en la sien —le respondí yo desafiante.

—No vuelvas más por aquí —pidió a continuación, ignorando mi último comentario—. Éste es mi lugar de trabajo y no quiero problemas. Asume la coyuntura y sigue con tu vida, que no tiene nada que ver con la mía.

Más allá del dolor que me causaban sus palabras, lo que escapaba a mi entendimiento era a quién pertenecía el cuerpo que se situaba frente a mí, ya que, una de dos, o Ignacio padecía esa enfermedad mental conocida como doble personalidad o el hombre que yo había creído conocer no se correspondía con quien en realidad era.

Mientras regresaba caminando hacia mi casa, lloviendo como todavía seguía, el recuerdo de la conversación mantenida me manchaba tanto como lo hacían los coches salpicando el agua al pasar a mi lado.

En eso se había convertido Ignacio para mí, en un coche. Y no se trataba de que yo hubiera comprado la versión gasolina de un modelo y resultado ser diésel, con esa disparidad en las marchas que afecta a la forma de conducir y que, en ocasiones, hace que el motor se revolucione en exceso o que incluso se cale. Lo que había sucedido era que yo creía haber adquirido un Ferrari, si bien lo que me habían entregado era una patata, y además la podrida, con ese olor tan nauseabundo que desprenden.

Positiva como solía ser, intenté relativizar mi situación, pensando en lo afortunada que era por seguir teniendo una familia y amigos que me apoyaban

hasta en un día como aquél..., uno de esos en que te consuela saber que, para alguien, lo eres todo, porque te sientes como nada.

Y así me sentía yo, como esos lunes a los que nadie quiere.

Analizado bajo esa premisa, tal vez mi vida a partir de ahora fuera a consistir en un conjunto de lunes, repetitivo y consecutivo, sin que ningún otro día participara en el proyecto, y menos aún un fin de semana. De esta forma, mi vida se reduciría a un triste lunes continuo, contrastando con los once mil días, tan felices como festivos, que le precedieron.

Para mi desgracia, además, el panorama no mejoró al llegar a mi casa, puesto que desde la distancia ya advertí que Mateo se encontraba allí realizando las fotos para el *book* de su recién contratado modelo. Y el remate lo puso que, nada más verme, echara a correr hacia mí.

—¿Pasó algo ayer? —me preguntó en cuanto me alcanzó.

—Nada en absoluto —quise poner distancia entre nosotros ya desde el primer momento.

—Bueno..., quizá ayer no, pero hoy sí, ¿verdad?

Por su tono pude apreciar que mi cara debía de ser lo suficientemente elocuente como para no necesitar palabras..., ni las mías ni las suyas, que aun así tuve que oír.

—¿Huyes o persigues? —inquirió un tanto enigmático, aunque de inmediato capté la esencia de su mensaje.

—Estoy —le respondí lo más exiguamente que pude, y tratando de zanjar así cualquier amago de conversación, porque si para algo no tenía yo el cuerpo era para confraternizar.

—Yo también escapé en busca de alguien —se decantó *motu proprio* por la segunda de las opciones—. Y no resultó, por lo que puedo servirte de ayuda.

A tenor de su revelación, o Rosalía se había ido de la lengua o Mateo, además de inspirar historias con su voz, era capaz de adivinarlas.

—Lo único que tienes que pensar —prosiguió— es si persigues a alguien o algo, la persona en sí o el concepto, lo que te hace sentir. A lo mejor de lo que

te has enamorado es de una idea y no de un hombre.

De haber querido responderle habría dicho que anhelaba ambos contextos, porque eso era lo que significaba Ignacio para mí: el compendio de todo.

Afortunadamente, la pareja que se nos acercó evitó que tuviera que contestar.

—¿Qué? ¿Seguimos? —preguntó el sector femenino de la misma.

—Te presento a Eva, nuestra fotógrafa, y a Alejandro. Es el modelo del que te hablé ayer.

Nada más intercambiar nuestras miradas ya aprecié que Alejandro era un *tester*, una de esas personas a las que les gusta probar... a todas, y una de esas personas también ante las que te ves en la obligación de contar los dedos después de haberte estrechado la mano. Y no porque fuera a robarte, sino porque se adueñaba fácilmente de la voluntad de los demás. Es decir, que era un encantador de serpientes. Y guapo a rabiar, tanto que probablemente no podría ser otra cosa en la vida salvo modelo.

Era moreno, de piel, de pelo, de ojos, grandes pero alargados estos últimos, felinos incluso, que encajaban a la perfección con unos pómulos muy marcados y una cara que más que delgada era enjuta, pero con ese atractivo que tiene una piel joven adhiriéndose a la esencia que la conforma.

Por lo demás, era alto, musculoso y con una presencia tal que hacía imposible no fijarse en él, así permaneciera callado y estuviera de espaldas en una habitación repleta de gente.

Mientras los cuatro caminábamos de nuevo hacia la tienda, Mateo me sujetó por el codo con la intención de que desacelerara el paso, a fin de concluir la conversación que había iniciado segundos antes.

—Ayer tenía intención de disculparme, por lo sucedido en la mañana, pero te marchaste tan rápido que no me dio tiempo. Siento mucho lo que pasó. Un mal día tuvo la culpa, lo que constituye una explicación tan penosa como cierta.

—Tranquilo, no pasa nada —afirmé sincera.

Al fin y al cabo, ése era el menor de mis males en aquel momento.

—Y yo siento también si exageré, o si estuve fuera de lugar —me disculpé a continuación—. Si tú tuviste un mal día yo llevo una mala quincena, una explicación tan penosa como cierta, aunque algo más longeva que la tuya.

Tras sonreír con dulzura, Mateo realizó acto seguido toda una declaración, pero de intenciones.

—Yo estuve tan solo como tú aquí hace un par de años —me confesó—, y hubo gente que me ayudó, así que me veo en la obligación de hacer lo mismo contigo, no sea que el universo se enfade y me retire su favor.

Esta vez fui yo la que sonrió, probablemente agradecida.

De haber estado allí Rosalía, a buen seguro que habría ratificado sus palabras, e incluso añadido algunas más. «Cuando tú recibas, ofrece algo a cambio, y, si aprendes algo, enseña a su vez», habría sido su discurso.

Por lo que a mí se refería, llegados a ese punto ya me daba igual si ella había hablado de más o si Mateo era mitad empresario mitad adivino. Ésa era mi vida, la consecuencia de mis decisiones, y no tenía nada de lo que avergonzarme, porque nunca hay que avergonzarse de lo que haces por amor.

Y claro que lo disculpé, a Mateo, y de corazón, entre otras razones porque, egoístamente, yo deseaba que ésa fuera la actitud que Ignacio adoptara conmigo. A ver si había suerte, el universo contemplaba mi gesto y, como consecuencia, me compensaba por ello.

Sin embargo, el mundo parecía ensañarse conmigo, comportándose como un ladrón, el que te roba el coche cuando acabas de llenar el depósito, pasar la revisión —incluso la ITV— y pagar el seguro anual, a todo riesgo, el mejor y más caro, el que te incluye vehículo de sustitución cuando el tuyo está en el taller.

Y es que, por más que sumaba, las cuentas no me salían: por muy grave que hubiera sido mi falta, ésta no se correspondía con la sentencia dictada por Ignacio, a la sazón, el exilio, que era exactamente donde yo me encontraba.

Y es que para mí el amor —o al menos el que yo sentía por él y pensaba

que él sentía por mí— era como la seda de la araña, el material más resistente que existe.

## La ensalada

—Pero ¿te dejan salir con un cliente? —le pregunté a Olga tratando de tirarle de la lengua, dado que bien poco me había contado de su primera cita, al referirme ella que volvían a quedar.

—Mujer, cuando se va del restaurante deja de serlo y, además, esto no es la consulta del psiquiatra. Aquí lo más que podría revelar de su intimidad sería si ha tomado carne o pescado y, la verdad, no me parece tan grave.

—¿Y me vas a decir ya cómo se llama?

—Ramón.

—¿Y cuántas citas lleváis? ¿Ésta es la segunda? —seguí con mi interrogatorio.

—No. Ésta será la tercera.

—¡Pues te has saltado una! —exclamé, y algo indignada, al ser consciente de que me había privado de una parte de la historia.

—Puede.

Por su tono de voz advertí que esa omisión se había producido a propósito. Es más, en ese instante supe que, de no haberle preguntado yo, tampoco me habría puesto al corriente de esa tercera.

Supongo que, dada la situación en que me encontraba, lo último que pretendía mi hermana era añadir más gotas de infelicidad a mi estado emocional. Pero, aunque una leve punzada de dolor se me clavara ante la dicha ajena, a lo que no estaba dispuesta yo era a enturbiar la de los demás, esas personas a las que tanto quería, o a mantenerme al margen de ellas. O al menos me esforzaba para que esto último no sucediera.

—¿Y qué tal la anterior? —seguí preguntando, pues.

—Genial. Lo cierto es que estoy muy ilusionada —me confesó escueta, aunque transparente en esta ocasión.

—Pero ¿qué pasó? ¿Qué hicisteis? —quise saber más.

—Al igual que la primera vez, nada especial. Pasear y ya está.

—¿Por dónde?

—Esta vez fuimos al planetario. Y es bonito sentirte pequeño ante un cielo inmenso cuando estás en compañía.

Me gustó esa definición, que bien podría aplicarse a la vida.

—¿Y ahora te arrepientes de no haber quedado antes con otros hombres? —proseguí con mis indagaciones, aunque sentimentales en este caso.

—No —me contestó rotunda—. Las decisiones que tomé en su momento fueron las correctas, sobre todo porque no pude tomar otras.

Sin lugar a dudas, Olga era sabia, producto de ese conocimiento existencial que te otorga la experiencia, pero también por haber conocido de cerca el dolor.

—Además, así, Ramón y yo nos hemos encontrado —continuó—. A saber dónde estaría si hubiera tomado otro camino. Me gusta pensar que lo vivido hasta ahora me ha traído hasta aquí, que es exactamente donde tenía que estar.

Esa frase me recordó a una conversación mantenida con Rosalía justo el día anterior, cuyos términos eran similares.

—No estoy donde pensé que acabaría al iniciar este viaje —le confesé, refiriéndome al plano emocional.

—Tal vez aún no hayas llegado —me respondió ella.

Puede que Rosalía estuviera en lo cierto y que aún me quedara algún trayecto por recorrer, pero la sensación que yo tenía era que o bien me había quedado sin gasolina o me encontraba ante una calle cortada. O puede que ambas.

—Pues si la de hoy es la tercera cita —retomé la conversación con mi hermana—, según la regla de las tres de la tía Conchita, en breve tendrás que

tomar grandes decisiones... de carácter muy íntimo —le señalé con un tono de picardía en la voz.

—Me parece que lo tengo fácil porque, afortunadamente, no hay nada que decidir. Tal vez el momento y, si me apuras, ni siquiera eso, ya que cuando tenga que ser, será. Y estará bien dejarle al tiempo que se encargue él.

Aunque pueda parecer contradictorio, había determinación en ese abandono, en esa dejación de funciones en beneficio de la improvisación, y de la sorpresa: la del que sabe que está en el sitio correcto y con la persona correcta, de forma que el momento sólo ha de llegar.

Tras colgar a Olga, y considerando que Patricia quizá podría haber adoptado la misma actitud de silencio que mi hermana, la llamé a fin de salir de dudas.

—Ya hemos salido cinco veces —me desveló, confirmando con ello mis sospechas.

—¡No me lo puedo creer! ¡Y no me has contado nada!

—Bastante tienes tú ya —afirmó como única justificación.

A punto estuve de replicarle, para asegurarle que sus alegrías siempre eran bienvenidas, incluso entre mis penas. Y más en su caso, con esa vida sentimental tan desastrosa que había llevado en el pasado, porque si alguien se merecía ser feliz, en ese terreno —al igual que sucedía con Olga— era precisamente ella. Sin embargo, al final opté por callarme, dado que, puesta a ser sincera conmigo misma, sí era cierto que sus alegrías hundían un poco más mis penas.

—Entonces ¿ya ha habido tomate? —le pregunté en su lugar.

—Dos veces —me confesó.

—¿En serio?! —exclamé—. ¿Y qué tal?

Vaya por delante que, en ningún caso, le pedía yo detalles íntimos. Así, lo único que pretendía averiguar era si la conexión entre ambos había sido satisfactoria.

—Pues la ensalada nos ha salido muy rica —comentó con humor—. Yo

creo que los tomates eran de buena calidad y, en cuanto al aliño, estaba en su punto justo. Vamos, que se va a convertir en ese plato que repites una y otra vez cuando acudes a comer al mismo restaurante.

Me encantó su definición, que, además, bien podría extrapolarse a fin de abarcar un concepto más amplio. No en vano, en eso consistía el amor, con su correspondiente monogamia: en ser fiel de por vida al mismo establecimiento.

Pero dejando de lado mis teorías sentimentales, y llegados a ese punto, sólo me quedaba hablar con Conchita para completar una mañana repleta de amores satisfechos, por lo que decidí llamarla.

—¿Qué tal vas con tu dentista? —le pregunté, pues, tras unos breves preliminares acerca de la persistencia de la lluvia gallega.

—Para ser franca, te diré que estoy desinflada. A diferencia de él, que parece un globo de helio cada vez que quedamos.

—Pero ¿seguís quedando entonces? ¿A pesar de que no disfrutes con él? Y en ningún sentido, según creo recordar.

—¿Y eso qué tiene que ver con lo que yo te estoy contando? ¿Es que no me escuchas cuando te hablo? —se indignó—. Pero, por si hace falta refrescarte la memoria, te recordaré que cuando llegas a viejo la vida se convierte en un tobogán... en el que debido a tu edad tienes todas las papeletas para descarrilar y dar vueltas de campana en el descenso, antes de acabar en el suelo, por lo que más vale que haya alguien esperándote abajo para ayudarte a levantarte.

Visto así, razones no le faltaban para proseguir con su relación. Sin embargo, tal vez había pasado por alto que, precisamente por su edad, al elegido se le podría partir la espalda en la maniobra.

—¿Y no sería mejor sola que mal acompañada? —me atreví a sugerir en esa línea—. Y hacerte con un bastón de cuando en cuando —frase que acabé con picardía, para que se diera cuenta de que hablaba en sentido figurado.

—¿Te crees que voy a salir con un andador? —me respondió ácida.

Tras soltar una carcajada, por lo agudo de su comentario, me dispuse a

matizar el mío.

—Lo que quiero decir es que no necesitas a alguien siempre a tu lado...

—¿Y de verdad crees que lo tengo ahora? ¿O que alguna mujer lo tiene, por muy casada que esté? —me interrumpió—. En este mundo no existe concepto más relativo que ese siempre tuyo.

—¿Y por qué no lo hablas con él? Quizá si le explicas lo que echas en falta...

—Querida, yo tengo una norma en mi vida que rara vez incumplo —me cortó de nuevo—, y es que para pagar siempre hay tiempo, y para decir la verdad también.

Sobre la primera parte de su filosofía existencial no me quedaba ninguna duda, teniendo en cuenta cómo transcurrió mi infancia y la juventud de Olga. En cambio, la segunda parte sí me sorprendía, ya que nunca habría dicho de ella que fuera de las que se quedan con algo dentro, sobre todo si se trataba de una crítica. Pero quizá el género masculino obrara ese milagro en ella.

—Los hombres son un mundo aparte —me explicó, adivinando con ello mis pensamientos—, y, además, son como el polvo: no hay que atraparlo, hay que cazarlo. Y, por cierto, ¿has cazado tú ya a alguien?

Un mes había pasado desde que llegué, y tras mi última visita al restaurante no había tenido noticias de Ignacio. Y, a decir verdad, yo tampoco había intentado contactar con él.

Durante ese tiempo, infinidad de veces había pensado en regresar a Madrid, ya que la historia de amor que provocó mi partida parecía muerta, y sin visos de resucitar a tenor de nuestra última conversación.

No obstante, fue el orgullo, y no el amor, lo que en última instancia me retuvo allí.

Así, si había sido su ausencia lo que provocó que saliera huyendo de Madrid, no quería que fuera su negación lo que me hiciera salir corriendo de Santiago. Necesitaba no escapar en esta ocasión, y también conseguir algún éxito que superponer al fracaso que había supuesto la única aventura que había

emprendido en mi vida. Y, dado que la cosecha sentimental se había echado a perder, sólo me quedaba que la siembra laboral diera algún fruto. Pero hasta eso se me resistía.

Una semana después de haber sido despedida de la funeraria, me enteré gracias a un anuncio en el periódico que una residencia necesitaba una monitora para excursiones de la tercera edad.

Ni corta ni perezosa, me duché, me puse mis mejores galas para causar buena impresión y me fui hasta la avenida de Compostela, la dirección que se indicaba en el anuncio.

Una vez allí, apenas me hicieron preguntas sobre mi capacitación para desempeñar el puesto, pero sí una de carácter práctico, que solía ser recurrente por aquellos lares.

—¿Puedes empezar ahora mismo?

—¡Claro! —respondí de inmediato.

—Es que tenemos un plan en marcha y la persona que iba a acompañar a nuestros residentes se ha puesto enferma.

—Sin ningún problema —le confirmé, considerando que con ese clima no me extrañaba que tanta gente enfermara, lo que al menos se cumplía a rajatabla para mis predecesores en casi todas las empresas a las que acudía—. Y encantada de poder ayudar.

Era cierto. Ese trabajo me parecía perfecto. Aunque yo no tenía padres a los que agradecer lo que hicieron por mí, me gustaba pensar que podría llevar a cabo ese gesto en la persona de otros, y con ello saldar algún tipo de deuda que yo creía haber contraído, probablemente con la sociedad, por haberme permitido crecer junto a mi hermana Olga.

—El autobús acaba de llegar. Podéis marcharos ya —me indicó la directora unas horas después, tras haber solucionado todo el papeleo y presentarme al personal del centro—. La vuelta está prevista para las diez de la noche —me informó a continuación.

Desgraciadamente, sobre lo que no me puso al corriente fue sobre la

idoneidad del grupo —compuesto por sesenta ancianos—, su salud mental o física, incluida la falta de control fisiológico de uno de sus componentes, que nada más arrancar el autobús se anegó en sí mismo, es decir, que se hizo pis encima.

Pero el asunto empeoró al llegar a nuestro destino —un mitin del PSOE, según pude saber sobre la marcha—, ya que dos de los ancianos se desorientaron, mientras que un tercero directamente se perdió.

Tras dar varias vueltas al local conseguí localizarlo, si bien al regresar con el resto del grupo observé con horror que los cincuenta y nueve restantes les habían declarado la guerra a los asistentes a un congreso de oncología médica, cuyo evento coincidía con el mitin en el mismo edificio, aunque no en la misma ala.

Por razones que nunca llegué a averiguar, los representantes de la tercera edad creyeron que los médicos allí reunidos eran simpatizantes del PP, que habían acudido a boicotear su acto, de forma que decidieron tomar cartas en el asunto y hacer lo propio con el suyo.

En primer lugar, y aquejados como estaban todos ellos de incontinencia urinaria y demás patología prostática, les colapsaron los cuartos de baño. No obstante, hubo una segunda fase en la estrategia, incluso más belicosa que la primera, en la que ancianos con verdaderos problemas motores la emprendieron a bastonazos con los facultativos, mientras que ancianas en sillas de ruedas les tiraban, como arma arrojadiza, las zapatillas de cuadros de andar por casa, que era lo que calzaban a modo de zapatos.

La situación se desbordó de tal manera que el personal de seguridad del mitin, incapaz de hacer frente a mi grupo, temió por la integridad de los médicos, de manera que llamó a la policía para desalojar a las fuerzas vivas del local.

La última imagen que conservo de aquel grotesco día es la del director del congreso cubriéndose la cabeza con las manos para protegerse de su atacante, una mujer, que a buen seguro los noventa ya no los cumplía. Y es que la buena

señora la había emprendido a golpes con un paraguas y él, incapaz de emplear la fuerza contra una anciana, se defendía gritando «¡Oncólogo, oncólogo!», palabras con las que no logró el efecto esperado, ya que la respuesta de la dama fue tan contundente como sus paraguazos: «¡Eso, tu puta madre!».

Lejos de haber acabado la tragedia, aunque ya de vuelta en el autobús, aún había un fin de fiesta que me aguardaba: los sesenta abueletes se pusieron de acuerdo —y mira que eso en España ya es meritorio de por sí, que tantas personas, y con tantos años, sean capaces de coincidir en algo— para despedirme por no haber mostrado fehacientemente mi repulsa ante los fachas.

En esta ocasión yo pensaba que, al haberla fastidiado con anterioridad un número suficiente de veces, ya me tocaba apropiarme de mi parte de las estadísticas, las que me garantizarían al fin una victoria. Y que se extendiera a lo que me quedara de vida, a tenor del despropósito que habían representado los fracasos anteriores. En cambio, lo que comprobé, y en primerísima persona, fue que no hay ciencia más inexacta que las matemáticas.

Y, de paso, que el refranero español tampoco es fiable, puesto que ese dicho que asegura que a la cuarta va la vencida resultó ser una perfecta majadería.

Por lo demás, exceptuando los altibajos que me producía mi —a la postre— inexistente vida laboral, mis días transcurrían con esa calma que llaman chicha, esa tranquilidad no exenta de nerviosismo por cuanto predice que alguna tormenta acabará descargando. Sólo que, en mi caso, el único temporal subyacente capaz de hacerme zozobrar llevaba el nombre de Ignacio.

Dado que no tenía nada que hacer, la mayor parte de los días ayudaba en la tienda a Rosalía, con la que hablaba mucho, y poco con el resto de la gente, incluido Alejandro, el modelo, que de cuando en cuando me llamaba para hacerme sucumbir a sus encantos, si bien yo resistí todos y cada uno de sus embates.

Probablemente, Alejandro y yo compartíamos una particularidad, y se trataba de que no teníamos ninguna historia sentimental que nos hubiera

marcado (o, en mi caso, hasta que conocí a Ignacio). Salvo que en el suyo existía una voluntad expresa de contarlas, mientras que yo lo único que había pretendido siempre era vivirlas.

Mateo, por su parte, se pasaba a menudo por la tienda para saber qué tal me encontraba e invitarme a salir, lo que hicimos en un par de ocasiones, en una de las cuales me desveló los motivos que lo llevaron a mudarse a Santiago, que, tal y como me había adelantado, resultaron ser muy similares a los míos.

—Yo soy de Orense, y he vivido allí toda mi vida, hasta que conocí a alguien —me explicó.

—¿Que vive aquí? —inquirí a fin de situarme en el contexto correcto.

—Sí. Desde siempre.

—¿Y cómo os conocisteis? —pregunté intrigada.

—Casualidades de la vida, ya que ninguno de los dos estábamos en el sitio en el que debíamos estar.

—¿Y eso?

—Se suponía que yo debía volar a París, para asistir a un congreso para la empresa en la que trabajaba.

—¿A qué te dedicabas?

—A los videojuegos. Nada que ver con lo que hago ahora, ¿verdad? Pero esa historia te la contaré después.

—De acuerdo —accedí, y de buen grado, dado que respetar el orden cronológico suele ser garantía de entendimiento.

—El caso fue que, a última hora, y debido al mal tiempo, todos los vuelos se cancelaron, de manera que me quedé en tierra, y con un estupendo fin de semana por delante con el que no contaba.

—¿En qué lo empleaste?

—Lo típico de los currantes: dormir, dormir y, cuando me cansé de dormir, ir al museo Municipal, donde había una exposición que me apetecía visitar.

—¿Y la otra parte?

—Justo lo contrario que yo. Estaba en Orense por motivos de trabajo y,

debido al mal tiempo, que afectaba incluso a las carreteras, tuvo que quedarse a pasar el fin de semana aquí.

—Y como no tenía otra cosa mejor que hacer se fue de museos, ¿no?

—Efectivamente.

—Y fue ahí donde os conocisteis.

—Efectivamente multiplicado por dos.

—¿Qué pasó? —continué con mis indagaciones.

—Un pisotón.

—¡Pobre! —me compadecí.

—Pobre yo, voy a precisar, porque fui yo el que lo recibió, y con tan mala pata (nunca mejor dicho) que se me rompió un dedo, el meñique para más señas.

—Empezasteis con mal pie, y nunca mejor dicho —le copié yo sus palabras en esa ocasión.

—Y tanto, porque me tuve que ir a Urgencias.

—¡Madre mía! Se desharía en disculpas, ¿no?

—¡Y tanto! Yo aseguré que no pasaba nada, que había sido un accidente. Pero insistió en acompañarme al hospital.

—Un buen detalle por su parte —quise reconocerle ese mérito.

—No te creas —bromeó—. Decía que era lo más interesante que le había pasado en todo el día, así que no pensaba perderselo.

Tras soltar una carcajada, imaginándome la situación, proseguí con mis preguntas.

—¿Qué pasó cuando salisteis del hospital?

—Creo que los dos nos lanzamos a vivir una historia para no tener que arrepentirnos en el futuro de no haberlo hecho.

—La historia, entonces —precisé.

—Sí, esa historia, la que sucede una vez en la vida. O eso cuentan.

Exactamente igual que me ocurrió a mí, porque eso mismo fue lo que sentí yo.

—¿Y cuando llegó el domingo? —continué indagando.

—El domingo se extendió hasta el lunes, porque el mal tiempo no cesaba. Pero, ya de noche, cuando nos despedimos, lo que había vivido durante el fin de semana entrañaba una intensidad tal, y mis sentimientos eran tan profundos, o yo los sentía tan arraigados, que no lo pude evitar. Al regresar a mi casa, empaqueté lo más necesario, llamé a mi jefe para despedirme y cogí el coche dispuesto a mudarme a Santiago.

—¿Cómo resultó? —le pregunté a continuación, aunque todavía conmovida por sus palabras, que no eran sino un fiel reflejo de mis emociones un mes atrás.

—En un desastre sin paliativos. Cuando a la mañana siguiente llamé a su puerta, en su cara sólo aprecié horror donde yo suponía que habría amor. Además, por encima de otras consideraciones, yo estaba seguro de que apreciaría el gesto, el de dejar todo atrás por el amor que sentía. Sin embargo, fue todo lo contrario, porque lo despreció.

—¿En qué términos?

—Locura, enajenación... Supongo que te puedes hacer una idea del resto del discurso.

Y tanto, porque era el mismo con el que Ignacio se había dirigido a mí.

—Yo creí que se había convertido en esa persona sin la que no puedes vivir —prosiguió—, y lo que resultó fue que no podía, o no quería, vivir conmigo. Además, ni siquiera me dio la oportunidad de intentarlo, de salir poco a poco, como una pareja convencional. En aquel momento dio por zanjada la relación. Punto final de la historia.

—¿Y por qué no regresaste a Orense?

—Me había quedado sin trabajo allí y, por otra parte, no quería volver con las manos vacías y sintiéndome el hombre más estúpido de la tierra. Así que, puestos a empezar de cero, me daba igual hacerlo aquí. Y así estaría cerca, por si cambiaba de opinión.

Hasta en eso coincidía nuestra historia, si bien su proceso fue incluso más

rápido que el mío, al circunscribirse a un único fin de semana. Pero la esencia era la misma. Y no negaré que, en mis circunstancias, encontrar a alguien que ante una coyuntura similar tomó las mismas decisiones que yo me reconfortaba.

—Durante los tres días que permanecimos juntos —continuó—, solíamos bromear asegurando que a nosotros no nos había unido el destino, sino el desatino, el del clima gallego y el de sus pies, torpes a más no poder. Sin embargo, al final resultó que el desatino fue sólo mío.

A esas alturas del relato, lo que a mí no se me escapaba era que dos forasteros, viviendo en la misma ciudad, a la que habían llegado por idénticas razones, parecían predestinados a estar juntos. No obstante, en lo que a mí se refería, puede que el lugar fuera el correcto, pero no el momento. Y, además, ese tipo de casualidades me escamaban, lo suficiente para dar por cierta la teoría de Mateo: que entre el destino y el desatino sólo hay un paso, que yo no iba a dar.

—Madrid está un poco más lejos que Orense —añadió—, con lo que tu apuesta fue más arriesgada que la mía, pero entre los dos tenemos una bonita historia común para contar a los nietos.

Si esa frase constituía una propuesta para formalizar nuestra relación, yo no me hice la madrileña en esa ocasión, sino la sueca, si bien unos segundos después opté por clarificar mi postura.

—Pobres nietos, la de rollos que les habrán caído a lo largo de la historia. Y la cantidad de hijos que habrán sido engendrados sólo para echarles charlas a los que ellos engendrarán a su vez.

De inmediato observé un gesto de decepción en su expresión, así como un amago de decir algo, que yo combatí con una nueva pregunta, a fin de desviar el tema de la conversación.

—En alguna ocasión me has dicho que alguien te echó una mano para salir adelante aquí. ¿Quién fue?

—Yo tenía algunos ahorros —me explicó, aunque con un matiz de

desencanto en su voz, que yo achaqué a mi comentario anterior—, que me permitían vivir unos meses sin ahogos, pero preferí ponerme a buscar trabajo lo antes posible, que fue ese mismo día. Y, al igual que te está sucediendo a ti, no me resultó nada fácil. Las semanas pasaban y no conseguía nada, estuviera relacionado o no con mi profesión. Hasta que conocí a Guillermo.

—¿Quién es?

—Un periodista.

—Por un casual no trabajará para el periódico *Global*, ¿verdad? —inquirí, recordando mi fracasado intento de convertirme en correctora.

—No, para *El Heraldo*.

—¿Y de qué forma te ayudó?

—Nos conocimos por causalidad, tomando un café rápido en un bar. Él estaba buscando modelos masculinos para un reportaje que estaba preparando y, al pensar que yo lo era, se acercó a mí con la intención de ofrecerme el trabajo. Cuando lo saqué de su error y lo informé de mi situación, me comentó que sería una buena idea crear una agencia en la ciudad, ya que a él le estaba costando mucho conseguirlos. Pero, además de la idea, puso a mi disposición todos sus contactos para que pudiera montar la empresa, que finalmente ha resultado ser un éxito.

—¡Cuánto me alegro! —exclamé sincera—. Y el tal Guillermo parece una buena persona —aseguré convencida.

—Lo es. Y tengo que llamarlo para que haga un reportaje sobre la tienda de tu amiga. Ya sabes que los medios de comunicación funcionan como un altavoz. Seguro que la publicidad le viene bien para aumentar las ventas del negocio.

—Te agradezco mucho el gesto, pero, honestamente, no creo que lo merezca. Sólo es una tienda de alimentación a la que le han lavado la cara.

—Seguro que él encuentra el ángulo correcto para enfocar la idea —afirmó rotundo—, como los mejores escaparates de Santiago o algo así. Y seguro que también se le ocurre algo para ti. A mí me encantaría darte trabajo, pero para

hacerlo tendría que despedir a alguien, y no me parece justo. Aun así, te tengo en mente, así que la primera oportunidad que surja será para ti.

—Gracias de nuevo... —amagué con corresponder mediante palabras a su amabilidad, que no llegué a acabar de pronunciar.

—No me las des —me interrumpió, pues—. O dámelas cuando lo consiga.

—Es duro verse así —le reconocí.

—Nadie te entenderá mejor que yo... —aseguró con dulzura—, ni te ayudará como Guillermo. ¿Sabes lo que me dijo un día que yo andaba por los suelos, en plan «se me ha caído el mundo encima y no tengo nada a lo que agarrarme»?

—¿Qué? —pregunté intrigada.

—«¿Estás seguro de eso? Porque yo veo un montón de escombros a tu alrededor, así que deja de quejarte y ponte a construir con lo que tienes.»

## El café

Aquello se parecía a mi fiesta, la que tuvo lugar en mi casa y que motivó que Ignacio saliera huyendo de mi lado.

Y si me lo recordaba era porque, de repente, yo estaba rodeada de hombres con sus ojos puestos en mí.

La razón se debía a que Mateo me había citado en el café Casino, su favorito de la ciudad, para presentarme a su amigo Guillermo, el periodista. Al encuentro, además, había decidido acudir Alejandro, el modelo, que no se perdía ninguna oportunidad de pernoctar..., o de conseguir pase de pernocta, en alguna cama ajena, que era lo que pretendía conmigo desde el principio.

A pesar de haber coincidido con él sólo en unas cuantas ocasiones, por lo poco que lo conocía bien podía asegurar que Alejandro era uno de esos seres humanos inmensos, tanto en sus alegrías como en sus penas, y que, en consecuencia, tanto en lo uno como en lo otro, acaban siendo agotadores. Es decir, que se trataba de uno de esos hombres que se asemejan a los limpiaparabrisas de los coches en un día de tormenta: que no dan abasto para despejar una oleada de emociones, cuando ya les ha caído encima la siguiente.

Su voz, además, parecía premonitoria de su personalidad, ya que la tenía arenosa, similar a la arena de la playa, tan suave al tacto como áspera al caminar.

Por otra parte, y por lo que se refería a su físico, en ningún caso se le podía negar lo atractivo que era. No obstante, su resultado final —incluyendo ya su aspecto—, más que señalarlo como modelo lo identificaba con un expositor. Y la razón se debía a que lucía las prendas sin gracia, hasta el punto de que más

que una novia —o un sucedáneo para pasar el rato, que era a lo que él aspiraba— de lo que estaba verdaderamente necesitado era de una estilista.

Sin embargo, su conversación era tan divertida que, gracias a ella, Alejandro acababa convertido en una de esas personas que no puedes evitar que te caigan bien, a pesar de lo que son.

En cuanto a Mateo, a medida que lo iba conociendo en profundidad, más me gustaba esa amabilidad suya, y esa predisposición a ayudar, una muestra de la que probablemente fuera su mayor virtud: la generosidad. Y, finalmente, por lo que concernía a Guillermo, el tercer varón sentado a aquella mesa, la primera impresión que me llevé de él fue que era la personificación de la cortesía.

Pero como no hay tres sin cuatro, de repente observé cómo un cuerpo que me resultaba muy familiar caminaba hacia nosotros.

—¿Aún no has regresado a Madrid? —me preguntó claramente molesto, y sin que hubiera mediado entre nosotros ningún otro saludo previo.

Evidentemente, se trataba de Ignacio, que, por esas desgraciadas casualidades de la vida, acababa de llegar al local con un amigo.

—De momento vivo aquí —le espeté desafiante a modo de respuesta.

Mis palabras sonaron tan cortantes que rompieron el ruido tanto de nuestra mesa como de las colindantes, dando paso al más sepulcral de los silencios.

—Ya veo, y también que te gustan los tríos, o que te siguen gustando, para ser exactos —trató de apedrearme con sus palabras.

A pesar de que mis ojos estaban fijos en los de Ignacio, no se me escapó que los músculos de mis tres acompañantes se pusieron tensos, si bien fue sólo uno de ellos el que de inmediato se puso en pie.

—Hay ciertas personas que sólo tienen un sitio en el que estar, llamado calle. Y creo que aquí no hace falta que nadie diga más. A no ser que quieras disculparte.

Para mi sorpresa, quien me defendió no fue Mateo —que era quien más me conocía y que había vivido una experiencia similar a la mía—, o Guillermo —

que parecía todo un caballero—, sino Alejandro, que, además de sus acertadas palabras, se sirvió de su mayor altura y musculatura para intimidarlo. E incluso, aunque pueda resultar peculiar, de su atractivo.

Así, lo que yo percibí fue que Alejandro lo hizo sentir pequeño, o insuficiente, en todos los sentidos, consiguiendo que Ignacio se retirara, pero no hasta la barra, o hasta otra mesa, sino que abandonara el local.

Hasta ese momento, si una certeza tenía acerca de mí misma era que no necesitaba que nadie me defendiera, ya fuera hombre o mujer. En cambio, en aquella circunstancia agradecí enormemente que Alejandro diera la cara por mí. Estaba tan cansada, y me quedaban tan pocas fuerzas ya, que lo bendije por prestarme las suyas, por preocuparse por mí, por ocuparse de mí.

No obstante, más allá de un caballero de brillante armadura que blandiera su espada por mí, lo que yo necesitaba era un resucitador, de corazones, que le administrara una descarga al mío, porque a medida que los minutos transcurrían hasta yo misma era consciente de que estaba más muerta que viva. Así pues, lo que me hacía falta no era alguien que defendiera mi honor, sino que reanimara mi alma. Y, curiosamente, fue de nuevo Alejandro, aparentemente el más superficial de los tres hombres allí presentes, quien se dio perfecta cuenta de ello.

—Me da la sensación de que, ahora mismo, lo que tienes que hacer no es redecorar tu casa, como dicen los de Ikea, o tu vida, como diría un gurú, sino tu alma.

No lo dije entonces, pero bien sabía yo también que, en ocasiones, al reformar una casa, en realidad, lo que se pretende remodelar son las vivencias, sobre todo las futuras.

Sin embargo, por lo que se refería al presente, cuando Ignacio se marchó, me limité a beberme de un trago el café que había pedido, a pesar de haberse quedado frío.

«Además de gélido, es el más amargo de mi vida», me dije apesadumbrada.

A partir de ese momento, ya no escuché los comentarios de mis compañeros

de mesa, porque mis oídos se habían taponado debido al efecto producido por las palabras de Ignacio, similar al que genera una onda expansiva. En realidad, más que la herida que pretendía infligirme al empuñarlas, con su significado, el daño que me causó fue el de hacer aún más evidente que nunca habría un mañana para nosotros, o simplemente un nosotros.

Dado lo hundido de mi estado de ánimo, y su tendencia a sumergirse todavía más, poco tardé en marcharme de allí.

—Si me perdonáis, no me siento bien, así que me voy a ir a casa —aseguré a modo de excusa cuando habían transcurrido sólo unos minutos desde el incidente, aunque, bien pensado, no era tal, dado que así me encontraba yo, e incluso mucho peor.

Concentrada como estaba en mis miserias, Ignacio me pilló completamente desprevenida a la salida del bar.

—Siento si he estado grosero ahí dentro.

Mi respuesta consistió en un respingo, más por el susto que su inesperada presencia allí me provocaba que por la disculpa. Pero, lejos de quedarme para hablar con él, me limité a seguir caminando, y con la intención de que fuera en soledad.

—Parece que estás muy escoltada por tus amigos —continuó él, sin embargo, andando unos pasos detrás de mí.

Lo más indiferente que pude ante sus palabras, yo proseguí con la estrategia que me había marcado, que no era otra que el silencio y que, para mi desgracia, Ignacio estaba decidido a no respetar.

—Y me resulta admirable, porque los tíos sólo nos soliviantamos de esa manera cuando las mujeres nos importan —me indicó.

—Lástima que tú te dediques a atacarlas y no a defenderlas —no pude por menos que decir, invalidando con ello mi plan: el de permanecer callada. No obstante, en mi defensa diré que tenía tanto dolor retenido en mi interior que empezaba a funcionar no como un volcán extinguido, sino como uno latente, que más tarde o más temprano recupera su actividad, erupcionando de nuevo.

—¿Y quiénes son? ¿Los has conocido aquí? —me preguntó a continuación, ignorando completamente mi comentario.

Así que era eso lo que quería: curiosear. Es decir, que yo le importaba una mierda y, de la misma manera, le daba igual si yo estaba hecha una mierda, porque lo único que pretendía era cotillear.

—El que se ha levantado es muy guapo —afirmó, confirmando con ello mis sospechas.

—¿Acaso te lo quieres ligar? —inquirí mordaz.

Poco a poco, Ignacio comenzó a aproximarse a mí, acelerando sus pasos a fin de ponerse a mi altura.

—¿No me lo vas a contar? —insistió mientras me cogía suavemente por el codo, mano de la que yo me desprendí con un movimiento brusco.

Cada vez era más evidente que, al igual que en mí, Ignacio no reparaba en mis respuestas, porque sólo le preocupaban las suyas, las que pretendía obtener de mí.

—¿Ahora te intereso porque ya no estoy sola? —le espeté en esa línea—. Pues te diré que sigo siendo la misma.

—Eso es completamente falso —me rebatió—. Las personas cambian dependiendo de quién las mira.

En eso no me iba a quedar más remedio que darle la razón, en especial en su caso, y tristemente en el mío, a la vista de los derroteros hacia donde dirigía la conversación.

En los siguientes minutos que duró nuestra charla, llegó un punto en el que me sentí hasta intimidada, tal era la intensidad de sus preguntas, e incluso acorralada, cuando me negué a responderlas. Así pues, lo que parecía era que Ignacio se hubiera propuesto un acoso y derribo en mi persona, sin dejarme ningún espacio —ya fuera físico o verbal— para desembarazarme de él, y de ellas.

—¿Y qué es lo que le has dicho al final para librarte de él? —me preguntó Olga cuando se lo conté al llegar a casa, tras recibir una llamada suya—.

Porque lo has hecho, ¿no?

—He hecho, y dicho, lo que he considerado necesario —le indiqué, y cambié de tema acto seguido, al ser consciente de que, anímicamente, no podía seguir adelante con ése—. ¿Y tú qué tal? —le pregunté, pues.

—Pues lo más destacado que me ha pasado hoy es que he tenido un encontronazo con una paloma —me contestó obediente, sin intentar sonsacarme, sabedora de que, tras cerrarme en banda, como lo acababa de hacer, aquélla sería una batalla perdida.

—¿Mientras ibas conduciendo? —inquirí para dar paso a su relato y dando por supuesto a su vez que el pobre animal se habría estampado contra la luna delantera del coche.

—No, se me ha colado en el salón, cuando he abierto la ventana para ventilar.

—¿Y qué has hecho para sacarla? —quise saber, y con verdadero interés, puesto que mi hermana y las aves, las vivas, no hacían buenas migas precisamente.

—En primer lugar, he llamado al 112, pero te diré que me han colgado sin darme ni la oportunidad de explicarme —me contó con un resto de indignación todavía en la voz.

—No me extraña. ¿Tú sabes que ése es el número en el que salvan vidas?

—¿Y te crees que la mía no estaba en peligro? Con esas garras afiladas y esos ojos asesinos con los que me miraba...

—Que estamos hablando de una paloma, no de un águila —la interrumpí, tratando de imponer un poco de sensatez en su discurso.

—Que no te engañe el tamaño —me advirtió—, que un mosquito puede matarte tras inyectarte la malaria, y eso es sólo un ejemplo.

—Bueno, al grano —la corté—. ¿Qué es lo que ha sucedido después?

—Pues que he repetido el proceso con la Policía Nacional y la Guardia Civil, con idénticos resultados; es decir, que han pasado de mí, y amagado con detenerme... por incordio.

—No me extraña —aseguré tras soltar unas cuantas carcajadas imaginándome la escena, lo que incluía a mi hermana haciendo un alarde de exageraciones varias y demás aspavientos tratando de convencerlos—. Pero ¿de verdad esperabas que vinieran a echar a la paloma?

—¿No son un servicio público, a disposición del ciudadano? Y yo, ¿qué soy?, ¿una extraterrestre? Porque, desde luego, una paloma no.

«La aspirante a exterminadora», me dije, pese a que no quise compartir ese pensamiento con ella en aras de conocer lo antes posible el desenlace de la historia.

—¿Y cuándo has sido consciente de que estabas sola ante el peligro? —continué con mis pesquisas, pues.

—Sola, lo que se dice sola, no estaba, puesto que las niñas andaban por casa en ese momento, pero bien escondidas detrás de mí en cuanto se enteraron, las muy cobardes.

«Tanto como su madre», me dije de nuevo, frase que también murió en mi interior a fin de no iniciar una polémica con ella.

—¿Y después? —proseguí preguntando.

—He llamado a todas las protectoras de animales habidas y por haber, desde los Amigos del Cerdo hasta el colectivo Salvad a las Abejas. Yo he sido extraordinariamente simpática, haciéndoles ver que le tenía fobia a todo lo que tuviera garras y alas, y ellos han sido extraordinariamente amables... en su negativa, a venir a rescatarme a mí y, de paso, a la paloma.

—Pero algo más te habrán dicho, ¿no?

—Por supuesto. Hasta me han ofrecido información científica, asegurándome que las palomas son más listas de lo que la gente cree.

—¿En serio?

—Eso me han contado, si bien yo les he respondido que debían de ser las antiguas, las mensajeras, porque las actuales, y como ejemplo la que se había colado en mi casa, no era capaz de recordar ni el sitio por el que había entrado, una ventana enorme situada justo frente a ella. «Me da a mí que salvo

en lo que se refiere a procrear, y defecar, cometidos ambos en los que cada vez son más prolíficas, no se trata de una especie que haya evolucionado satisfactoriamente con el paso de los años», les he asegurado yo.

Ésa era mi hermana en estado puro: inteligente, aguda y, sobre todo, divertida.

—¿Y no te han dado algún consejo? —continué indagando tras superar mi ataque de risa.

—Sí, y algunos de ellos para idiotas...

—¿Como cuáles? —la interrumpí, al picarme la curiosidad.

—Abrir la ventana. ¿De verdad existirá alguien en el planeta Tierra que pretenda echar a una paloma con la ventana cerrada? ¿Sirviéndose del espiritismo, a fin de convocar a los del más allá, con el objetivo de desintegrar a todas las palomas que ejerzan de ocupas en el más acá?

Otra tanda de risas prendió fuego a mi garganta que me costó bastante sofocar.

—¿Y qué otras indicaciones te han dado? —pregunté a continuación.

—Poner una sábana en el suelo, para intentar arrastrarla.

—¿Lo has hecho?

—Sí, pero salvo para cagarla, la sábana (y el intento), de poco más ha servido.

De nuevo las risas sacudieron mi garganta durante un buen rato, al término del cual volví a la carga con más preguntas.

—¿Y qué más te han aconsejado?

—Que le hiciera un caminito de pan hasta la ventana, a lo Hansel y Gretel. Lástima que al otro lado de la ventana no hubiera una vieja bruja sañuda que se comiera a la condenada paloma.

—Deduzco entonces que el sistema no ha funcionado —comenté entre risas.

—No, porque ha avanzado lo suficiente para comerse todo el pan, para después regresar hasta el punto de partida..., donde lo ha cagado a gusto.

La de mi hermana llevaba camino de convertirse en la historia más

peregrina, y más larga, jamás contada, pero me estaba divirtiendo tanto que yo era la primera interesada en prolongarla un poco más.

—¿Y qué más métodos has empleado? —seguí preguntando, pues.

—Sujetar una sábana con las manos, a modo de cortina, para cerrar visualmente el espacio y dejar delimitado únicamente el que conducía hasta la ventana.

—¿Algún éxito que destacar?

—Lo único que hemos conseguido con eso ha sido proporcionarle más intimidad... para que se cagara todavía más.

Las risas me ocupaban entera, sobre todo al imaginarme a mi hermana metida en faena.

—Supongo que si estás hablando conmigo y no batallando contra ella en estos momentos es porque la cosa acabó bien —le planteé—. ¿Te armaste de valor al final y la agarraste para echarla?

—Pues no. Viendo que pasaban las horas y la situación no se desbloqueaba, ni por su parte ni por la nuestra, mandé a una de las niñas a buscar a una vecina, quien a su vez mandó a su marido, que fue quien la echó.

Ahí le dolía a mi hermana, y bien lo sabía yo. Toda la vida enseñándonos, tanto a sus hijas como a mí, que las mujeres somos fuertes, valientes, independientes, que no necesitamos de ningún hombre para sobrevivir, y un buen día llega una paloma y echa por tierra todas sus teorías, dejando además la tierra llena de cacas, que no le quedaría más remedio que limpiar.

—Y lo peor de todo —se lamentó Olga— es que Andrés me ha dicho que hay un nido en el tejado, con lo que no va a ser la última vez que esto vaya a suceder.

—¿Y qué vas a hacer?

—He leído en internet que si cuelgas unas hileras con CD, a modo de cortinas, el brillo tornasolado que desprenden las espanta.

—¿Y no se acostumbrarán? —dudé yo.

—Pues entonces les pondré el último de Bisbal.

A esas alturas ya me dolían los músculos de la cara de tanto reír, lo que no me impidió pensar en alguna alternativa que ofrecerle.

—Yo alguna vez he oído hablar de un búho que funciona con pilas, por lo que se mueve, y que al parecer las asusta —la informé.

—Hasta que se acostumbren y las palomas acaben encima del búho, cagándole en la cabeza —sentenció.

Tras colgar el teléfono, un buen rato estuve con la sonrisa implantada en mis labios, hasta que el recuerdo de Ignacio y de nuestra conversación se abalanzó sobre mi memoria, entristeciéndola.

—¿Tanto que querías verme y ahora que estoy aquí, delante de ti, lo que no quieres es hablarme? —me dijo poco antes de marcharme.

—¿Desde cuándo hablar es sinónimo de cotillear? —aseguré—, que es lo único que tú pretendes.

—¿Y qué te hace pensar eso? —me preguntó irónico.

—Será que es a lo que huele el aire.

—¿No te huelo bien? —volvió a preguntar, aunque adoptando un tono sarcástico en esta ocasión—. Pues antes bien decías que mi olor te sabía dulce.

—Yo diría más bien que era dulzón, como el que desprende una cebolla podrida.

## El tercer encuentro

De repente, Ignacio se había convertido en esa clase de personas que son fantasmas invocados para perseguirte.

Un mes más había transcurrido desde mi llegada a Santiago, por lo que el verano ya campaba a sus anchas por doquier, aunque se tratara del verano gallego, con más lluvia que sol.

No obstante, a pesar del clima, en el transcurso del mes pasado había salido en varias ocasiones con mi triunvirato protector, tanto juntos como separados, sobre todo con Guillermo, que se había trazado como meta encontrarme trabajo.

—No te prometo la luna, pero algo te conseguiré —me aseguró nada más conocerme.

Y, efectivamente, gracias a él decoré algún que otro escaparate, e incluso me vestí de azafata para sujetar el micrófono en un par de congresos que se celebraron en la ciudad, dinero que era muy bien recibido por mi parte al permitir que la sangría de mis ahorros fuera menor.

Tal como yo lo veía, Guillermo era el prototipo de hombre amable, afable y encantador, aunque con un punto distante, o inaccesible, que lo hacía aún más atractivo. Su físico, además, se correspondía con su carácter, porque resultaba agradable de ver.

Era moreno, con los pómulos muy marcados, los labios prominentes y una nariz pequeña, que minimizaba lo acentuado de sus otros rasgos. Asimismo, lucía ya algunas entradas, pero compensadas con una abundante mata de pelo allá donde lo tenía.

Por otra parte, también resultaba agradable de escuchar, gracias a una voz grave, algo rota, que rasgaba el aire antes de adueñarse de tu interior. Tal era su corpulencia —la verbal— que bien podría haber sido cantante, locutor o actor de doblaje, si bien, en conjunto, por lo que más se distinguía era por ser un facilitador, aunque de los desinteresados, esa clase de personas que te sitúan más cerca del destino al que te has propuesto llegar. Es decir, que una de sus mayores cualidades era la generosidad.

Sin embargo, el que para mí estaba resultando una verdadera sorpresa era Alejandro, el modelo, porque, a medida que lo conocía más, menos se correspondía con la imagen que me había formado de él. Y mi cambio de opinión no se debía a que me hubiera defendido ante Ignacio —al encontrarnos con él en el café Casino un mes antes, y empleando además las palabras correctas y el tono apropiados para ponerlo en su lugar—, sino única y exclusivamente a su forma de ser.

Desde entonces, unas cuantas veces me había topado con él, con Ignacio, ya fuera en bares o por la calle, lo que me hacía sospechar que, de cuando en cuando, me seguía. Y, lejos de agrardarme, esa presencia repentina suya en mis días me incomodaba, dado que invalidaba, o complicaba, todos los esfuerzos que yo hacía por olvidarlo.

De hecho, uno de mis mayores anhelos entonces era que inventaran una pastilla que me permitiera dejar de quererlo, pero, desgraciadamente, los sentimientos no aparecen y desaparecen a nuestro antojo, sino al suyo propio, que no siempre se corresponde con nuestros intereses.

Así, si malo es un amor no correspondido, peor es el dolorido, por abandonado, que fue lo que le sucedió al mío, contra el que además batallaba —y con bastante poco éxito— para que dejara de existir.

Por lo que a Ignacio se refería, yo achacaba su comportamiento a que estaba celoso, si bien se trataba de esa clase de celos que surgen de la basura, la que él había desechado, y que tal vez pretendía recuperar al darse cuenta de

que ésta —a la sazón, yo misma— podría estar convirtiéndose en el tesoro de otro.

En otras palabras, que se trataba de un niño que, cansado de un juguete, lo había tirado a la calle con la certeza de que no despertaría el interés de nadie, pero, al darse cuenta de que otro podría estar divirtiéndose, quería hacerse de nuevo con él..., algo para lo que estaba dispuesto a perseguirme hasta lograrlo.

Y es que mis sospechas con respecto a que Ignacio me seguía se confirmaron una tarde cuando se hizo el encontradizo conmigo en la tienda de Rosalía.

—¿Qué quieres? ¿A qué has venido? —le pregunté visiblemente molesta.

—A tomar un café, a hablar... varios días si es posible —aseguró lo más dulcemente que pudo.

—¿De qué? —le respondí yo, por el contrario, lo más duramente que pude.

—Creo que te he tratado con excesiva dureza.

—Y eso, a efectos prácticos, ¿qué significa? —inquirí a fin de situarme en el contexto correcto.

—Es, en primer lugar, una disculpa...

—Que no acepto —lo interrumpí—, ya que has tenido tiempo más que de sobra desde que llegué para reflexionar. Sin embargo, lo único que has hecho durante estos meses es infligir todavía más daño. Y ¿cuál es el segundo punto de tu discurso?

—Admitir mi error e intentar arreglar la situación —afirmó rotundo, sin dejar que mis palabras anteriores lo intimidaran.

—¿Podrías ser más preciso? Porque esas dos frases tuyas me suenan tan ambiguas que no sé si estás hablando de la conquista de la luna o de la vida secreta de los patos.

—Lo que te estoy pidiendo es una segunda oportunidad, para mí y para nuestra relación —declaró, empleando para ello un tono más contundente todavía y clavando a la vez sus ojos en los míos.

—A lo largo de estos meses, yo ya he asumido que me presenté aquí, por

descontado sin contar contigo, pero, además, dando por sentado unos sentimientos que en verdad no tenías, según me has indicado claramente todas las veces que nos hemos visto desde entonces. ¿Y ahora resulta que sí los tienes?

—Eso es lo que siento —manifestó aparentemente sincero, y sin demostrar contradicción interna alguna.

—Desde mi punto de vista, a un adulto lo menos que se le puede pedir es que sea capaz de mantener una estabilidad sentimental que dure más allá de cinco minutos. Y eso sin mencionar el control de las emociones. No somos sacos llenos de ira, sin ningún poder sobre ella.

—Si te va a hacer sentir mejor puedo decirte que lo siento.

—¿Si me va a hacer sentir mejor? Dicho así parece que ni siquiera lo sientas en realidad —me indigné.

—Puede que me sienta culpable por lo sucedido, pero la culpa tiene fecha de caducidad —me advirtió—. Y te aseguro que no es suficiente motivo para cambiar de actitud o modificar un comportamiento, lo que constituye la garantía de mi sinceridad.

—¿A qué te refieres? —le pregunté, ante lo confuso de su planteamiento.

—A que si te estoy pidiendo una segunda oportunidad no es porque me sienta culpable por cómo te he tratado en los últimos meses, sino porque siento que la necesito, que te necesito, que la necesitamos, que nos necesitamos.

No habiendo estado enamorada nunca antes en el pasado, y careciendo por tanto de esa clase de experiencia —incluyendo el desamor que suele llevar aparejado—, a Ignacio le resultaría mucho más fácil engañarme que a cualquier otra mujer más curtida en la materia. Y es que yo no sabía a lo que atenerme.

Por una parte, mi instinto se había convertido en una señal de alarma, o mejor en un grito de alerta desgañitándose en mi cerebro, cuyo aullido me

prevenía de que, una vez recuperado el juguete, el niño volvería a aburrirse de él.

Pero el amor, el que yo todavía sentía por Ignacio, estaba bien provisto de cascos, capaces de atenuar la intensidad del sonido, o incluso de eliminarlo, y también de aislarme, sobre todo de mi voluntad. Y si algo me decía el silencio resultante era que Ignacio era esa persona a quien permitirías que te rompiera el corazón dos veces.

Y en esos mismos términos se lo planteé.

—¿Para qué quieres una oportunidad? ¿Para después dejarme tirada, y por partida doble?

—Lo que quiero es besarte —afirmó, tan suave como si en verdad fueran sus palabras las que pretendieran acurrucarse en mis labios.

Mentiría si dijera que su proposición no desordenó mis intenciones, centradas como estaban en combatir sus argumentos, enredando a su vez mi respuesta, que una vez formulada probablemente no fuera la más adecuada.

—No es buena idea —le contesté, pues.

—¿Por qué? —me preguntó inocentemente, o al menos en apariencia.

—Porque me gustaría.

En ese desbarajuste de ideas en que se había convertido mi cerebro, el caos provocó que en el trasvase hasta hacerse audibles se me colara algo imprevisto, como fue la sinceridad.

No obstante, y gracias a mi instinto —no al sentimental, cuyos alaridos habían sido previamente acallados por el amor que nunca había dejado de sentir por Ignacio, sino a uno mucho más básico y primario como es el de la supervivencia—, acto seguido me marché.

Ya en mi casa, me indigné, con él en primer lugar, por ser tan voluble, pero también conmigo misma, por ser tan vulnerable, por no haber sido capaz de mantener sólida mi voluntad, que se había convertido en líquida al igual que lo hace la mantequilla cuando le aplican calor.

Además, una duda inmensa corroía mis entrañas entonces, consistente en

qué hacer.

¿Debía darle una oportunidad o, por el contrario, negársela?

Si algo no se me escapaba era que, dos meses después de haber tomado mi decisión, allí seguía yo, en Santiago, pese a que bien podría haber regresado a Madrid en cualquier momento, sobre todo al comprobar el persistente rechazo de Ignacio —que hasta aquel día no había dado muestras de que fuera a modificarse— y los términos en los que lo planteaba. Y, por lo que se refería a mi vida laboral, o social, tampoco justificaba mi presencia en Galicia por más tiempo, por cuanto era prácticamente inexistente, y en ambos casos. Ese conjunto de circunstancias, pues, lo único que evidenciaba era que mi subconsciente todavía anhelaba recuperarlo, por más que mi consciente pretendiera alejarlo.

En cualquier caso, desconcertada como estaba mientras hablaba con Ignacio minutos antes por lo inesperado de la situación, no había reparado en que había una serie de cuestiones que no podía ignorar antes de tomar una decisión. Y a la cabeza de todas ellas se encontraba qué fue tan grave aquella noche en Madrid, en la fiesta que organicé, como para provocar su partida y, con ello, mi abandono.

Y es que, por más que me había devanado los sesos en los meses siguientes, no podía entender cómo pudo no perdonarme si los planes de futuro que me susurraba tanto en Bruselas como en Estocolmo eran ciertos.

Así, aun admitiendo mi error, ¿no debería ser el amor más perdurable y no desaparecer al primer revés?

Confusa como estaba, consideré que un buen consejo podría situarme en el camino correcto, ya fuera para no moverme de mi casa o para dirigirme al encuentro de Ignacio. Y, curiosamente, la primera persona que se paseó por mi mente como susceptible de ofrecerme el mejor fue mi tía Conchita.

«Al fin y al cabo, será la única que no se ponga de mi parte —me dije a modo de justificación—. Más objetiva que ella no la habrá», me dije de nuevo a fin de reafirmarme en mi decisión, la de llamarla.

—Pero ¿tú que sientes por ese chico? —me preguntó tras ponerla en antecedentes.

Para mi sorpresa, lo cierto fue que me costó contestar, lo que me hizo ver que ya no estaba tan segura de mis sentimientos como antes y lo que Conchita interpretó a su vez como una señal positiva.

—Eso es bueno —afirmó—. Al menos, no te has abalanzado sobre el optimismo en general o sobre el amor en particular. Y lo único que eso puede significar es que la duda ya está implantada en tu cabeza, y ése es el germen.

—¿De qué?

—De la respuesta que estás buscando. Y para llegar hasta ella lo que tienes que hacer es desbrozar.

—¿Como en un jardín? —inquirí, considerando que finalmente podía no haber sido tan buena idea llamarla, por cuanto parecía haberse alistado en la liga de los locos, en lugar de en la de los cuerdos, que era donde yo pretendía estar.

—Me refiero a que debes separar las emociones de los hechos —me aclaró— y, una vez logrado, el resultado será prístino. Vamos, meridiano. No te quedará ningún género de duda sobre lo que has de hacer.

«Ardua tarea donde las haya», me dije por lo que se refería a la primera parte, ya que después de saber que me hallaba instalada en un paraje frondoso, la maleza se había adueñado de mi interior, haciéndome imposible desligar las plantas de las malas hierbas.

—Creo que necesito hablar con él, y que no podré avanzar si no lo hago —me aventuré a decir, no obstante.

—Adelante entonces —me recomendó—. Si una cosa he aprendido en la vida es que no hay que esperar a estar en tu lecho de muerte para decirle a la gente lo que piensas de ella. Aprovecha el presente para decirles que se vayan a la mierda.

No pude evitar soltar una carcajada, tras la que no me quedó más remedio que darle la razón: tenía que decirle a Ignacio lo que pensaba y, de paso, que

contestara a esas preguntas que necesitaban respuestas.

—Y como aviso para navegantes —prosiguió— te diré que, cuando te plantees dejar regresar a alguien a tu vida que ya te ha hecho daño en el pasado, recuerda siempre que no importa cuántas veces una serpiente mude su piel, porque siempre es y será una serpiente.

—Pero...

—Mi boca no es una pastelería —me interrumpió—. Si quieres palabras endulzadas tendrás que cambiar de tienda.

La objeción que yo pretendía interponer no era sino el reconocimiento de mi parte de culpa en la situación —al celebrar una fiesta por los motivos equivocados, e invitando a las personas equivocadas—, objeción que murió anegada en risas debido a lo jocoso de su comentario. Y también a la confirmación de que, contra todo pronóstico, mi tía había tomado partido, claramente a mi favor, lejos de la objetividad que yo le presuponía.

Tras colgarle, lo que no se me escapaba era que, quizá, lo único que yo necesitaba era tiempo, para olvidar. Y, de paso, un tónico facial, pero aplicable al alma, aunque con el mismo efecto exfoliante de aquél, con el propósito de eliminar todas las células muertas que aún se alojaban en mi ánimo. Es decir, esa parte de Ignacio que todavía quedaba en mí y que se resistía a abandonarme.

De cualquier manera, yo ya había tomado una decisión, e iba a mantenerla. Además, el *impasse* me estaba matando, ese tiempo muerto en el que no sucedía nada, parecido a esas inamovibles tardes de verano en las que hace tanto calor que no se desplaza ni una sola gota de aire.

Asimismo, si la pelota estaba en mi tejado, me tocaba hacer el saque inicial, el que da comienzo al partido, aunque para ello tuviera que doblegar mi amor propio, que me exhortaba a no presentarme —y rebajarme— ante él.

Pero el amor, o tal vez el dolor, pesan más que el orgullo, por lo que finalmente me atuve a mi decisión de volver a verlo, pese a que tuviera que retrasarlo en el tiempo.

Si algo me resultaba evidente ahora, tras nuestros encuentros previos, era que el restaurante en el que trabajaba no era el sitio más apropiado para hablar, por lo que recurrí a Olga a fin de que me facilitara su dirección en Santiago, la que figuraría en la base de datos de la empresa.

—No es buena idea —aseguró tajante.

—¿Acaso prefieres que lo deje estar? —le pregunté sorprendida.

—No, que lo dejes correr. Esa relación está viciada. Lo único que sacarás de ella serán quebraderos de cabeza, problemas y complicaciones.

Un buen rato estuvimos las dos con ese tira y afloja, hasta que Olga fue consciente de que no cejaría en mi empeño y, lo que era aún más importante, que necesitaba de esa conversación con Ignacio para poder avanzar, en el sentido que fuera.

Aun así, un par de días tardó en conseguirme la información y, cuando lo hizo, además del nombre de la calle lo que obtuve fue una ración de desconcierto.

—No vive en Santiago, sino en Ferrol —me desveló—. O al menos ésa es la dirección que figura en el ordenador.

Extraño me parecía, dado que unos cien kilómetros separaban ambas ciudades, y, aunque no imposibles, sí resultarían incómodos de recorrer diariamente.

No obstante, me lo tomé como una excursión, la que no había realizado desde que me instalé en Santiago un par de meses antes, y una oportunidad, la de descubrir el maravilloso paisaje gallego.

Lo que más llamó mi atención a medida que abandonaba la ciudad fue el musgo presente en cada rincón, enroscándose en las piedras del camino. Y también la vehemencia de la luz, que convertía en esponjosa la hierba de los campos, de un verde anhelante de lluvia, cuyas plegarias fueron escuchadas poco después, lo que se materializó como una monumental tormenta.

Tal era su intensidad que a punto estuve de abortar mi misión y regresar a casa, ya que los truenos parecían un tambor retumbando en el cielo, y, además,

con cada golpe de baqueta se prendía la luz, la que desprendían los relámpagos que sembraban de ramificaciones fosforescentes el cielo.

Sí. Aquella tormenta debería haberme desanimado, pero yo me limité a rogar que nada sucediera, o que fuera bueno lo que ocurriera, ahora pensando ya en Ignacio, aunque sin ser capaz de determinar en qué debería consistir ese «bueno».

Lo que sí sabía, y a ciencia cierta, era que sería la última oportunidad.

En ese momento me sentí como una pestaña, desprendida del párpado, pero superpuesta a la piel del rostro, una de esas a las que las niñas atribuyen propiedades milagrosas, consistentes en convertir en realidad los deseos tras depositarla en el dorso de la mano y conseguir que desaparezca después de soplarla con ímpetu. Y es que a mí me habría gustado soplar, o soplarme, al menos con la misma fuerza con la que la tormenta empujaba al viento fuera, para asegurarme de no quedarme adherida a mi propia piel.

A pesar del mal tiempo, no tardé demasiado en llegar a Ferrol, ni tampoco en encontrar la casa de Ignacio, situada casi al final de una empinada cuesta.

No obstante, lo más complicado no fue subir por el empedrado de la calle, sino atar mis nervios, para lo que tuve que respirar hondo varias veces antes de llamar al timbre.

—¿Quién es? —sonó una voz afónica al otro lado de la puerta.

—Ignacio, soy Andrea —aseguré lo más amablemente que pude, a fin de empezar la charla con buen pie, o incluso temiendo de repente que hubiera cambiado de opinión y no quisiera abrirme.

Afortunadamente, de inmediato oí el sonido de la llave desbloqueando la cerradura.

—¿Y qué es lo que quieres de él? —me preguntó sin mayor preámbulo una mujer, a quien pertenecía la voz afónica que acababa de oír.

Me quedé tan atónita por su presencia allí que apenas si acerté a ordenar por prioridad todas las preguntas que se me acumulaban en el cerebro, si bien finalmente me decanté por la más acuciante, y dolorosa, de todas ellas.

—¿Vives aquí con él? —inquirí, pues.

—A veces —me respondió visiblemente molesta—. Cuando no está en ese picadero que tiene alquilado en Santiago, con la excusa de que esto queda demasiado lejos de su trabajo. Y, por cierto, ¿tú quién eres? ¿La nueva?

—¿La nueva? —pregunté, más por la inercia de la conversación que por verdaderas ganas de averiguar la verdad.

—Pero, por tu acento, está claro que no eres de aquí —prosiguió, ignorando mi cuestión anterior—. Así que deduzco que eres alguna conquista que hizo en Madrid.

—Yo...

—Y supongo también que si has llegado hasta aquí es porque ya te habrá despachado —me interrumpió—. Le habrás dado algún problema. Y no le gustan, ¿sabes? A la primera señal sale corriendo, porque para problemas ya tiene los que le doy yo. Claro que eso se va a acabar también. Me prometió que no sucedería más, y ante mí tengo la confirmación de que ha vuelto a incumplir su promesa.

—¿Y desde cuándo vivís juntos? —pude al menos preguntar tras lograr recomponer mi voz, aunque no así mis entrañas, que se desgarraban a medida que sus palabras penetraban en ellas.

—Estamos casados, cariño, y desde hace cinco años. Y yo soy la segunda esposa. Ya hubo una antes que yo.

A la vista estaba que Ignacio no había tenido dos grandes amores en su vida, como me había hecho creer, ni que los celos patológicos de una de ellas fueran infundados. Así, la realidad era que había tenido dos esposas, con una de las cuales todavía estaba casado.

—¿Y tú crees que vas a ser la tercera? —se dirigió a mí esta vez con desprecio—. Pues yo te aseguro que habrá una cuarta, porque no eres precisamente su tipo.

A diferencia de mí, ella era delgadísima y, además, guapísima, una mujer que, si no lo era, bien podría ser modelo, tanto de publicidad como de

pasarela, circunstancia de la que se sirvió para escupirme sus últimas palabras no mirándome a los ojos, sino a mi cuerpo, al menos tres tallas mayor que el suyo.

Ganas me dieron de decirle que, a buen seguro, ella era una de esas mujeres que lo único que tienen es belleza, y un objetivo, sacar partido de ella, pese a que Ignacio no hubiera resultado ser el mejor partido.

En consecuencia, bien podría haberme defendido, o recriminado su actitud, que no era otra que esa injusta y cruel manía, o costumbre, que tenemos las mujeres de vengarnos de la otra, cuando en verdad de quien deberíamos habernos vengado —y las dos— habría sido de él. Sin embargo, rota como estaría ella también, preferí ignorar su comentario, que, no obstante, caló en mí.

Así, mientras bajaba por la escalera a trompicones después de darme ella con la puerta en las narices tras pronunciar esas últimas palabras, me vi rechazada, sobre todo por insuficiente.

Y es que el dolor, la rabia y la ira, que a su vez sentía, habían pasado momentáneamente a un segundo plano merced al poder que tiene el vencedor para hacer sentir inferior al vencido. Cierto era que ella tampoco había salido victoriosa en la batalla, porque también había perdido a Ignacio en la contienda, pero al menos, en el pasado, lo había tenido.

Ya en la acera, sin saber qué hacer, adónde ir o incluso qué pensar, reparé en el letrero que colgaba del edificio frente al que yo me situaba, donde figuraba el nombre de la calle, que ya había llamado jocosamente mi atención cuando Olga me lo facilitó.

Yo había dado por sentado que el motivo de su peculiar nombre se debía a lo empinada que sería, lo que había resultado ser verdad. Pero, además, ahora estaba convencida de que era una señal, de lo que a Ignacio le depararía su futuro, sentimental, y que se correspondía a su vez con lo que yo le deseaba. Y a poder ser el mismo número de veces que indicaba su portal.

Es decir, Rómpete el Alma, 3, o, dicho de otra manera, que le partieran el

corazón al menos tantas veces como él los había roto. O que experimentara en sus propias carnes el proceso del amor, desde el inicio hasta su disolución.

Es más, de haber estado sola en aquella calle habría gritado, con la misma fuerza con la que tronaba aquel cielo de tormenta: «¡Maldito hijo de puta! ¡Ojalá te engañen, te mientan, te traicionen! Y ojalá también, y desde este preciso momento, no vivas otra cosa que no sea querer y que no te quieran. Y, más aún, que al final de tus días te mueras solo, sin nadie a tu lado, pero con un corazón roto que también te haya roto la vida».

Lo que yo le deseaba era que sufriera el dolor que produce el amor, en su grado máximo. Y, por la experiencia que había adquirido gracias a él, bien podía asegurar que es comparable a las piezas de una cubertería: primero está la cuchara, que lo atrapa y lo recoge; después entra en escena el cuchillo, que lo corta y lo separa de su origen, y finalmente interviene el tenedor, que lo pincha, aunque no para degustarlo, sino para reventarlo.

Y así estaba mi alma, como lo estaría la de Ignacio si ese cielo de tormenta que se situaba sobre mi cabeza se llenara, además de agua, de justicia poética, porque ésa era mi sentencia.

Rómpete el alma.

## El desencuentro

Se sentía la sal en el aire. Y el dolor en mi corazón, tan pesado que se hundía, y yo con él. De hecho, de haber sido un barco a buen seguro que en aquellos momentos estaría naufragando en ese océano inmenso que tenía ante mis ojos.

Tras dejar atrás la casa de Ignacio en Ferrol, acorralada y acobardada como me encontraba, tanto por su recuerdo como por su condición de farsante profesional, pensé que nada como un mar para desencajonar la mente y, de paso, para que mis pulmones tuvieran aire suficiente para poder respirar de nuevo.

Sin él me había quedado durante varios minutos en aquella calle, junto a aquel portal, Rómpete el Alma, 3.

Eso era lo que yo le deseaba a Ignacio, pero también el resumen de lo que había sucedido con la mía, aunque en mi caso ese tres se hubiera multiplicado al menos por tres mil, que era el número de pedazos en los que se había roto mi alma. ¿El motivo? Haber averiguado quién era Ignacio en realidad y saber que yo había sido la víctima de su engaño.

Mientras iba de camino de la playa, a lo lejos vi un barco de vela. Sin embargo, a medida que me aproximaba observé que se trataba de un catamarán, una de esas embarcaciones compuestas por dos cascos paralelos de igual tamaño, unidos por su parte central.

«En eso debe de consistir el amor», me dije, el de los demás, porque al mío se le había roto el nexo de unión y los dos elementos navegaban de forma independiente, salvo que uno de ellos lo hacía a la deriva.

Cuando aparqué el coche y puse un pie en el suelo, no fui capaz de

movilizar el siguiente, por lo que tuve que sentarme en la acera durante unos minutos a fin de recobrar fuerzas. Me sentía tan extenuada que realmente creí que no podría sobrevivir a aquello: al amor que todavía sentía por Ignacio, a su engaño, a su traición, a que me hubiera hecho sentir culpable por, en su opinión, jugar con la verdad, cuando él ocultaba la más terrible de todas ellas.

Y, además, descubrirla había cercenado cualquier esperanza de reanudar nuestra relación, porque tuve claro desde el principio que aquello no era algo que se pudiera ignorar, perdonar u olvidar.

Mi teléfono sonó unas cuantas veces mientras permanecí allí, sentada, sobre ese frío suelo, sin que me alcanzaran las fuerzas para descolgarlo, pero tan insistente se volvió en los siguientes minutos que al final no me quedó más remedio que atenderlo.

—¿Qué tal ha ido todo? —me preguntó Olga al otro lado de la línea.

—¿Cómo lo pudiste superar cuando Álvaro te abandonó? ¡Y además embarazada! Eres digna de admiración —aseguré tras relatarle brevemente lo sucedido.

—En absoluto. No tuve otra opción. Ciertas actitudes tienen mérito cuando estás en disposición de elegir, lo que no fue mi caso.

—Esa humildad resulta admirable —le reconocí—, pero la opción de abandonar siempre está ahí.

—No te negaré que hubo un momento en que todas mis alternativas parecían conducir a la palabra *punte*, y precedida a su vez por otras dos disyuntivas: *debajo* y *desde*. Sin embargo, sólo me hizo falta reflexionar un poco para llegar a la conclusión de que, puestos a saltar, mejor que sea hacia arriba.

Pero para eso hacía falta energía, de la que yo carecía. No en vano, rendirse es un proceso pasivo —y, por tanto, mucho más fácil y cómodo—, mientras que resistir es activo, y luchar participativo, lo que resultaba inasumible para mí en aquellos momentos.

—Te va a sonar a tópico —prosiguió Olga—, pero necesitas tiempo, para

que borre el dolor y, sobre todo, su rastro.

Desgraciadamente, más que un tópico lo que se me antojaba era insuficiente, como si al acudir al hospital te colocan una tirita en una herida que necesitaría puntos de sutura, cuando no cirugía cardíaca de supervivencia, lo que habitualmente se conoce como una operación a corazón abierto.

Sentada como estaba todavía sobre la acera, y aunque ignoro la razón, mis ojos se clavaron en una de las ruedas de mi coche.

«Puede que el amor se acabe convirtiendo en eso —di en pensar—, en una rueda, pinchada por un clavo, que pierde aire muy lentamente sin que te des cuenta, hasta que un día el neumático aparece muerto sobre el asfalto con el caucho desgastado por completo.»

Y ésa era yo, aquel día.

—No dejes que te venza —pareció adivinar Olga mis pensamientos—. El único día que estás derrotado es en el que abandonas. Y el día que abandonas es el que estás muerto.

Visto con un negro sentido del humor, tenía hasta su gracia que el que tú considerabas el amor de tu vida acabe siendo el de tu muerte... en vida.

—Hazme caso. El único día que pierdes es en el que abandonas.

Decenas de veces la había oído referir un consejo que su suegra le ofreció justo antes de dar a luz a las gemelas: «Cuando crees que no puedes más, porque las fuerzas no te alcanzan y el dolor te supera, es cuando jamás debes rendirte, porque lo bueno está a punto de llegar».

—Levántate y ve a por ello, a recuperar tu vida —me dijo en consonancia de nuevo con mis pensamientos.

Al menos en una cosa tenía razón, y era que ya que había llegado hasta allí al menos podría ponerme en pie para ver el mar.

Mis pasos me habían llevado hasta la playa de Santa Comba, cuyas aguas color turquesa me sorprendieron e impresionaron tanto como el blanco arenal que las precedía. Además, se hizo todavía más atractiva a mis ojos al contarme un paseante —con esa costumbre tan gallega consistente en informar

a los turistas— que la ermita que se divisaba desde donde nos encontrábamos tenía su origen en una leyenda.

—La imagen de la santa que da nombre a la playa, acompañada de su hijo, llegó en una barca de piedra hasta aquí. Y ése fue el motivo de que, en su honor, se construyera la iglesia, allá por el siglo XII —aseguró, y con tanto conocimiento como amabilidad.

No obstante, y a pesar de la belleza innegable del lugar, algo en él me resultaba insuficiente, probablemente porque yo necesitaba de otro espacio, o de otro escenario, con otra perspectiva que me permitiera distanciarme, tal vez de mi vida, o quizá de la vida.

Y mi guía improvisado pareció adivinar mi inquietud.

—No puedes dejar de ver los acantilados de Vixía de Herbeira, que no quedan lejos de aquí. Son lo más altos de Europa, o de la Europa continental, para ser exactos, y te garantizo que la vista es espectacular, abierta al Atlántico. El punto más alto es la garita, una antigua construcción de piedra que está justo al borde del acantilado y que era un puesto de vigilancia costera en su momento.

—Suenan fantástico —afirmé convencida, y agradecida—. Está claro que no me lo puedo perder.

—Te aseguro que no te arrepentirás. Y también que ese abismo enorme que tendrás delante de ti no es un reflejo del que sientes en tu interior ahora. Ya verás cómo, cuando des un paso atrás y regreses de nuevo a tu vida, ésta va a mejorar, de la forma que sea.

Una de las dos, o aquel hombre con apariencia de jubilado era en realidad un superhombre, dotado de una visión con rayos X —mentales—, o era el embajador de ese país tan lejano llamado optimismo, que yo hacía tiempo que no visitaba. O ninguna de las dos cosas, y simplemente me había calado.

En cualquier caso, esa actitud suya tan positiva no se correspondía en absoluto con la de mi estado de ánimo, que andaba de turismo en el polo

opuesto, en esa nación conocida como pesimismo, aunque finalmente decidiera abandonar momentáneamente sus fronteras para visitar Herbeira.

Unos cuantos minutos permanecimos hablando mi nuevo guía y yo, los suficientes para que él pudiera hacerse una perfecta idea de cuál era mi situación. Y, por esa razón, cuando yo ya estaba sentada al volante de mi coche, aseguró:

—Uno de los fallos más recurrentes de los novatos conduciendo es que se confunden de pedal y aceleran en lugar de frenar. Pero ¿sabes qué? A nadie le quitan el carnet por eso, y menos aún cuando no se ha producido ningún accidente, como ha sido tu caso. Estás íntegra y de una sola pieza. Arranca de nuevo el coche y vuelve a circular.

A pesar de que sus palabras sonaban reconfortantes, no estaba yo tan segura de que *íntegra* fuera el adjetivo que mejor me definiera en aquellos momentos, y mi alma rota en tres mil pedazos era una buena muestra de ello.

—Y recuerda siempre —prosiguió— que las etapas de la vida son como las marchas de este automóvil que conduces. Hay que apurarlas, para tener suficiente potencia al entrar en la siguiente. Y yo creo que eso es lo que tú has hecho.

Puede que no le faltara razón en esa apreciación, pese a que lo que yo percibía era que las había apurado tanto que había quemado el motor.

No obstante, al de mi coche aún le quedaba energía suficiente para llevarme hasta los acantilados de Herbeira, que eran todavía más impresionantes de como los había descrito mi nuevo consejero, tanto turístico como sentimental. Y es que entre sus palabras no incluyó la imponente fuerza del viento, el intenso olor del mar o las robustas olas chocando contra una costa verde esmeralda, que no había perdido su color a pesar del gris que reinaba por doquier en ese cielo ahíto de tormentas que se situaba sobre mi cabeza.

Allí, a más de seiscientos metros de altura sobre un mar bravío, mirando a un océano que parecía infinito, yo, de repente, no me sentí pequeña en

comparación porque, sola como me encontraba entonces, pensé que todo aquello era mío, que me pertenecía.

En consecuencia, y en consonancia, un rugido, parecido al de las olas rompiendo contra las rocas, reventó en mis entrañas y después mi garganta.

«¡Topanga! ¡Topanga! ¡Topanga!», grité una y mil veces, para lo que me erguí sobre mis pies, sobre todo mi cuerpo, a fin de que mi voz cobrara volumen, y altura, para lo que también desplegué mis brazos en cruz, abiertos a un cielo y un mar descomunales con los que pretendía mimetizarme.

Nada conseguí con mi grito, tal vez porque lo que yo perseguía era que el universo me escuchara. Sin embargo, el universo se había colocado tapones para no tener que hacerlo. O quizá la razón se debía a que nadie te escucha si antes no te has escuchado a ti mismo. De esa manera, para conseguir mi propósito tendría que invertir el grito, dado que la ayuda que yo le reclamaba al mundo sólo podría provenir de mí misma.

Pero, desgraciadamente, mi interior había sido arrasado por las llamas.

Lástima que, en caso de fuego, el corazón no se pueda evacuar, porque era lo que necesitaba el mío al estar ardiendo. Y ni siquiera ese océano gigante cuya inmensidad se perdía en la distancia podía sofocar el incendio.

De haber tenido mis cuadernos allí los habría tirado todos al mar, esos en los que anotaba mis frases felices. La última de todas ellas, «ve, a donde sea, y haz que sea», me había llevado hasta allí. Y, salvo Finisterre —el que antaño fue considerado como el fin del mundo, y que no quedaba lejos de donde me encontraba—, no se me ocurría ningún otro lugar más lejano, recóndito o solitario en el que estar.

Y es que cuando me marché de allí lo hice con una verdad incuestionable grabada en mi retina: que, tristemente, los paisajes fascinan, pero no sanan.

—Lo único bueno que he sacado de todo esto —le confesé a Patricia mientras regresaba hacia el coche— es que ahora tengo la frase perfecta para adornar una camiseta, o quizá mejor una taza, para desayunarme con ella todos

los días en recuerdo de mi necesidad: «Ya puedo decir que una vez estuve enamorada».

—Lo deseable sería —comentó ella— que al enamorarte el universo te regalara un casco, como los de las obras, para que, cuando el desamor haga acto de presencia y el mundo se venga abajo, no te caigan los cascotes encima. Pero no, no lo hace.

Cuando finalmente llegué al coche y arranqué el motor, una canción sonaba en la radio: *But We Lost It* («Pero lo perdimos»), de Pink. Y era cierto. Lo habíamos perdido, lo que tuvimos, y lo que yo esperaba, además, era no perderme a mí misma en el proceso posterior.

Para evitarlo, lo que tal vez necesitara fuera hablar con Ignacio, para arrancarme la rabia que me corroía por dentro y que amenazaba con convertirse en un demonio que, si no lo sacaba fuera, me acabaría devorando.

De sobra sabía que Olga y Patricia me lo desaconsejarían. De hecho, esta última ya me lo había advertido al final de nuestra conversación anterior.

—Algunas veces, cuando la gente que supuestamente te quiere te hace daño, no merece la pena recriminarles nada, porque si tu amor no fue suficiente, ¿crees que tus palabras lo serán? Lo que correrás es el riesgo de que las tuyas te hagan más daño a ti.

No obstante, yo ya notaba el tridente de mi demonio clavándose en mi estómago, por lo que opté por buscar una opinión afín a la mía. O eso presupuse.

—Haz lo que te parezca a ti —me indicó Conchita, a la que se lo planteé en los términos anteriores—. A medida que me voy haciendo mayor, cada vez me parece mejor llevar una vida que los demás no entienden.

Me hizo gracia su comentario, si bien consideré que esa libertad —según ella, tardía— a la hora de elegir su estilo de vida era una característica que no se había modificado con el paso de los años y que, de alguna manera, la definía.

—Pero —prosiguió—, si vas a ir, recuerda que por mucho que le digas, la

situación, tu situación, no se va a arreglar, ni siquiera va a mejorar. Es más, aunque con el tiempo lo superes, nunca volverás a ser quien eras antes, lo que no tiene por qué ser malo.

Afortunadamente, Conchita incluyó esa última frase en su discurso, dado que ya andaba yo pensando que era única para dar ánimos y, por ende, que había llamado al teléfono equivocado.

—Por otra parte —continuó—, no olvides que uno de los aspectos claves en la vida es saber controlar tus propias emociones y sacar el mejor partido de ellas, incluyendo las negativas. No obstante, ten en cuenta que la ira suele ser útil, pero que la amargura nunca lo es. Sírrete de la primera cuando estés frente a él, pero no te instales en la segunda cuando te marches de allí.

Sabio consejo me pareció, e impropio de ella, por cuanto implicaba afecto, e incluso ternura.

—¿Y si me pide una segunda oportunidad y no puedo resistirme? —le pregunté a continuación, lo que constituía otro de mis demonios, o hasta un fantasma circulando por mi cabeza en estado de libertad, porque yo en aquellos momentos era consciente de que lo odiaba tanto como todavía lo quería—. Al fin y al cabo, todo lo malo se olvida. Es más, a veces me da la sensación de que, en estos casos, a la gente no le queda recuerdo del dolor, porque vuelven a caer una y otra vez.

—Querida, por experiencia te diré que las personas tienden a olvidar lo que les hiciste, o lo que les dijiste, pero no cómo los hiciste sentir.

Una astilla de dolor se me clavó al advertir un regusto de pena en el fondo de su voz. «Está hablando de sí misma», me dije, sin que ese pensamiento se transformara en palabras a fin de no incomodarla. Por tanto, procedí a plantear la que, sin lugar a dudas, era la pregunta más relevante para mí.

—¿Y si Ignacio era el amor definitivo? ¿El amor de mi vida?

—A mí me da que sólo es un traficante de sueños. Y, en cualquier caso, el amor es como el pelo, que de vez en cuando hay que cortarlo para sanearlo,

sólo que en esta ocasión vas a tener que aplicar la tijera bastante más que a las puntas. Pero puedes estar tranquila: tu pelo volverá a crecer.

Mi tía Conchita, la clase de persona que tenía un problema para cada solución, se había convertido —y contra todo pronóstico— en Google, porque, como decía Olga, allí es donde todo problema encuentra su solución. Es decir, que finalmente se trataba de una persona positiva intentando ayudar.

Convencida, pues, y ya de vuelta en Santiago, dirigí mis pasos hacia el restaurante de Ignacio, sin importarme esta vez si era el lugar más indicado para mantener la que sería nuestra última conversación.

—Ya te dije que no debías venir por aquí —aseguró enfadado en cuanto me vio.

—Cierto, e incluso me lo has dicho varias veces. Sin embargo, lo que nunca me dijiste fue que estuvieras casado —me crecí yo.

De pronto observé cómo se ponía lívido, para enrojecer instantes después, lo que en ningún caso significó que se quedara mudo.

—Es asunto mío y de nadie más —me espetó, casi con violencia.

—¿Y tampoco de tu mujer? —me mofé—. Porque hace un rato ella no parecía compartir tu opinión.

—A ella no la metas en esto.

—¿Y la he metido yo? —le formulé esa pregunta retórica con toda la ironía del mundo.

—Lo que no se deben meter son las narices en los asuntos de los demás.

—¿Ni siquiera en esa infinidad de caminos por recorrer, juntos, que me ofrecías hace bien poco? —comenté ahora con sarcasmo—. Porque hay que ver lo concurridos que están de repente.

—La vida está llena de frustraciones, así que más vale que te acostumbres.

A la vista estaba que su cinismo y su desfachatez no tenían límite, y también que Patricia estaba en lo cierto al afirmar que sus palabras, en respuesta a las mías, me harían daño.

—Yo no soy como los demás hombres —me indicó acto seguido, tal vez a

modo de justificación.

—Por supuesto que no. Eres mucho peor —aseguré convencida.

—Yo lo doy todo, cuando lo siento...

—Excepto información sobre tu estado civil —lo interrumpí.

—En mi carnet de identidad no figura ese dato, por lo que, en esencia, soy un hombre libre.

—Una libertad en la que, salvo para ti mismo, no hay espacio para nadie más.

—Cuánto me alegro de que por fin te hayas dado cuenta.

—Sí, y sólo unos días más tarde de que me pidieras una segunda oportunidad.

—Errores que se cometen en la vida.

A esas alturas, lo que más me indignaba era que no se amilanara ante ninguno de mis ataques, atiborrados de verdades, y también que, en su actitud, o en su comportamiento, no existiera ni sombra de arrepentimiento.

Lo único bueno de aquella situación era que, al menos, mis miedos, los de volver con él en caso de que me lo pidiera, se habían disipado como el humo después de haber apagado un fuego.

¿Era Ignacio la definición de locura? ¿O lo era yo?, recuerdo haberme preguntado entonces, en su caso por pretender que lo injustificable fuera lo correcto, y en el mío por pretender que lo correcto sustituyera a lo injustificable en su *modus operandi*.

No obstante, aunque ya fuera consciente de que ese hecho no se iba a producir, en mi corazón tenía una astilla clavada que aún me tenía que arrancar.

—¿Cómo pudiste reprocharme mi comportamiento en la fiesta que celebré en mi casa? —le recriminé, pues.

—Le dijo la mierda a la porquería —fue su única respuesta.

Tanto me enojó, y ofendió, su comentario que le escupí todo lo que pensaba sobre él, el ser depravado que era en realidad. Y lo hice sin tapujos, con toda

la acritud de que fui capaz, ante lo que él se revolvió.

—¿De verdad quieres pelea? —me amenazó—. De acuerdo, entonces. Vamos a hacernos daño ahora mismo. Vamos a poner en práctica que el amor duele y causa pena.

Pero yo ya había tenido bastante ración para aquel día, y probablemente para el resto de mis días, de manera que di media vuelta con la intención de marcharme, no sin antes girarme para decirle:

—¿Sabes lo que te digo? Que vives en la calle perfecta para un alma sucia como la tuya. Y ojalá nunca te mudes de allí, para que te la rompan no tres, sino tres mil millones de veces.

Equivocadamente, se suele pensar que sacar los demonios fuera te va a hacer sentir mejor por dentro, e incluso que va a lograr que la vida dé un giro inesperado, en esencia beneficioso. Por el contrario, y por desgracia, el proceso resulta similar a cuando la gente muere, al creer los vivos que aquélla se va a detener, durante al menos un segundo, o que se va a ralentizar para permitirnos asumir el dolor. Sin embargo, la vida siempre sigue su curso, y a la misma velocidad.

## La enfermedad

Enfermé. Después de aquel día en los acantilados de Herbeira contraí un mal, con una tos que no era de perro, sino de jauría, y con un color en las expectoraciones que era similar a mi tono de voz: de verdulera, cuando no de barriobajera, y, finalmente, con mis entrañas convertidas en generadores de estertores, ese sonido bronco y ronco que se produce al respirar cuando tus pulmones ya no pueden más.

Cualquiera habría dicho que el motivo de mi enfermedad se debía a la tormenta que descargó sobre mí mientras permanecí allí sin contar con la protección de un paraguas, pero bien sabía yo que la verdadera razón se circunscribía exclusivamente al amor, o a la falta de él, así como a haber descubierto quién era Ignacio en realidad.

Cuando su mujer me desveló que estaba casado me costó procesarlo, o probablemente entenderlo, o darlo por cierto, como esas bombillas de bajo consumo que tardan unos segundos en alcanzar su pleno rendimiento. No obstante, la luz resultante no fue blanca, o al menos neutra, sino mortecina, que poco a poco se fue apagando hasta acabar yo en la más absoluta oscuridad.

Como consecuencia, me encamé, un día, y al siguiente también. Y, después, los días siguieron transcurriendo sin que yo mejorara o pudiera salir de la cama. Es decir, que los días pasaban sin que pasara nada.

Me sentía tan mal, y tan sola, como esos *youtubers* que relatan sus penas en los comentarios de las canciones. Incluso me planteé hacerlo yo misma, como desahogo, si bien la vergüenza me contuvo en última instancia. Pero lo que sí aprecié debido a los cientos de ellos que me leí fue que lo único que se

necesita en YouTube para comenzar una guerra es decir algo, en el sentido que sea, y esperar.

Desgraciadamente, de poco me servía ese conocimiento adquirido para conseguir avanzar o, al menos, atar en corto a mi vida. Y es que ésta se estaba convirtiendo en un coche bajando por una cuesta en punto muerto, sin ninguna marcha que frenara el motor. En otras palabras, que estaba fuera de control.

Así, todo mi esquema de valores se había venido abajo, comenzando por mi felicidad, que de ser mi pilar existencial había pasado a dejar de existir. Y, en segundo lugar, por el egoísmo, ese que ya había percibido en los meses previos y que se había agrandado ahora, sustituyendo a mi habitual generosidad.

—Para que estés a bien con los demás, primero tienes que estar bien contigo misma —me descargó de culpabilidades Rosalía cuando se lo comenté—. Fíate de tus instintos. Si el cuerpo te pide sólo preocuparte por ti, hazle caso. El fundamento es el mismo que cuando te pide carne, o pescado, o el alimento que sea: porque tiene los niveles bajos y lo necesita para sobrevivir.

Pero mi egoísmo iba más allá, de forma que, aunque no le deseaba ningún mal a nadie, mentiría si dijera que no me hacía sentir peor que a los demás les fuera bien.

Hasta Conchita le estaba cogiendo el gusto a su dentista. Y, por lo que se refería a Patricia, incluso se estaba planteando irse a vivir con su enamorado. Y Olga no se quedaba precisamente atrás en esa competición sentimental que parecía haberse establecido entre las tres, dado que ya les había presentado a su pretendiente a mis sobrinas.

En cuanto a Rosalía, aunque su caso nada tenía que ver con el amor, la tienda empezaba a prosperar, de manera que, poco a poco, los ingresos le alcanzaban para pagar la totalidad de sus gastos y alguna de sus deudas.

Sólo me iba mal a mí.

—No te preocupes —intentaba calmarme Rosalía—. Tarde o temprano tu suerte, y también la persona que fuiste, volverá a ocupar su lugar.

—No lo creo —le rebatí yo—, porque esa persona ha dejado de existir.

Así me sentía yo. Y sin posibilidad de recuperarla, puesto que el amor, o su opuesto, había ejercido como una trituradora de órganos en mi interior, convirtiéndolos en líquidos y entremezclándolos entre sí, tan indistinguibles como imposibles de recomponer.

—Estoy hecha añicos por dentro —continué con mi explicación, tratando de hacerle ver cuál era mi realidad interior.

—Los mosaicos están hechos de piezas rotas, y son preciosos —me aseguró cariñosa, como lo fue siempre durante aquel tiempo, y siempre cerca de mí.

En esa misma línea, el que tampoco me dejó de lado fue mi trío de amigos, Mateo, Alejandro y Guillermo, que acudían casi a diario a mi casa para interesarse por mí.

En el pasado yo siempre había dado por sentado que los hombres se sentían atraídos por mi felicidad. Sin embargo, a raíz de mi descalabro emocional, comencé a considerar la posibilidad de que los motivara mucho más la pena —o mis penas, para ser exactos—, que intentaron mitigar, y con Mateo a la cabeza de todos ellos.

Además, según me confesó, nuestros respectivos casos eran todavía más parecidos de lo que me había desvelado en un principio. Y es que el verdadero motivo de que el amor de su vida lo echara de su casa con cajas destempladas fue, precisamente, porque ya la compartía con alguien, a la sazón, su marido.

—Es decir, que se tomó un fin de semana de vacaciones, matrimoniales, que nunca pensó en prolongar —aseguró—. Y la razón de que no te lo haya contado antes se debe a que no quería que pensaras que esa posibilidad existía con Ignacio, como al final, por desgracia, ha sucedido.

Así pues, al haber pasado por una experiencia gemela a la mía, fue el primero en ofrecerme su ayuda, y también el más batallador, ya que nunca aceptaba un no por respuesta.

—Coge un bañador y una toalla, que nos vamos a la playa —me dijo un día a finales de agosto—. Nada como un baño en el Atlántico para despejar las ideas.

Una vez allí, lo que en realidad me despejó el baño fue la circulación, la sanguínea, pero en el sentido de que me la cortó.

—Esto no es un mar, es un cuchillo —le indiqué en esa línea nada más meter un pie en el agua.

—Ya sabes lo que dicen: que lo que no te mata te hace más fuerte.

—Si no te amputa algún miembro por el camino —sentencié yo.

Poco previsora como era, y de Mediterráneo, además, no caí yo en que el bañador tendría que haber sido de neopreno, y de cuerpo entero, y a poder ser acompañado de una de esas toquillas que tejía Conchita —más parecidas a una manta zamorana que a una mañanita—, para minimizar el impacto de la salida.

En consecuencia, el resultado fue que todo lo que para entonces había mejorado de mi enfermedad lo acabé empeorando, y mis toses sonando como una carraca de feria constituían la prueba.

Guillermo, por su parte, se centró en el aspecto laboral. O sea, que seguía suministrándome trabajos esporádicos, con la mejor de las voluntades, aunque con más o menos acierto, en línea con los que yo misma me buscaba.

El más peculiar de todos ellos fue de teleoperadora, obviamente no por el puesto en sí, sino por la empresa en la que había que desempeñarlo. Y lo que tenía de particular era, en primer lugar, que junto a la mesa de la secretaria se encontraba una bicicleta aparcada, no para que ella se trasladara hasta su casa, y viceversa, sino para que el resto de la plantilla la usara... dentro de la oficina.

—Los trabajadores se quejaban de que pasaban tantas horas aquí que no podían ni ir al gimnasio —me explicó el dueño mientras me enseñaba las instalaciones—, así que decidí traérselo.

No sabía yo si el Consejo Superior de Deportes aceptaría unas ruedas, unos

pedales y un sillín —y bastante tiñoso, por cierto— como sinónimo de esos centros en los que se puede practicar una gran variedad de deportes, pero lo que sí resultaba evidente era que los empleados la usaban, y a pleno rendimiento, hasta el punto de existir una rigurosa lista que asignaba su utilización.

—Lo malo es el tráfico que genera y los accidentes que provoca —prosiguió con sus explicaciones—, que más de uno se ha tragado una columna, y algún otro que ha sido atropellado.

En ese punto tuve que hacer un verdadero esfuerzo para contener la risa, y también cuando vi una máquina tragaperras apoyada contra la pared del cuarto de baño.

—El estrés —se justificó—, que hay que liberarlo como sea.

«Y la codicia», pensé yo, la que lleva a propiciar que los trabajadores pierdan parte de sus salarios para que reviertan de nuevo en la empresa.

Pero lo más surrealista de todo lo visto allí no fueron objetos, sino un loro, de nombre *Rasputín*, quien, tal como pude comprobar en cuanto me asignaron una mesa, se colocaba sobre tu hombro así cogías el teléfono con la intención de dejar en evidencia al personal.

—¡Hijo de puta! ¡Hijo de puta! —repetía sin cesar y, además, con ese tono tan estridente, gangoso y desagradable que tienen los loros, lo que empeoraba aún más la situación... ante los posibles clientes, los que se situaban al otro lado de la línea y que daban por sentado que el epíteto en cuestión iba dirigido a ellos.

—Es la mascota del dueño —me ofreció como única explicación mi compañera de al lado.

Mascota a la que el resto de la plantilla habría adiestrado para que dijera lo que todos ellos opinaban de él, deduje yo. Y lo que provocó además que, en lugar de vender seguros —que era para lo que me habían contratado—, tuviera que dedicar toda la mañana a disculparme asegurando que no era yo la que

pronunciaba ese calificativo tan despreciativo, sino un loro cabrón al que no había manera humana de cerrar el pico. Y nunca mejor dicho.

Según me comentó esa misma compañera poco después, *Rasputín* —aunque ninguna duda había de que tuviera personalidad propia, y bien sonora— no era sino un sustituto, el de *Pepín*, a la sazón el loro anterior, que murió alcoholizado a causa de las borracheras que se pillaba con el propietario de la empresa. Éste, al parecer, en lugar de utilizar las manos para trabajar, las empleaba como prolongación de su codo, que empinaba, lo mismo que hacía el difunto *Pepín* con su pico con idéntico fin.

—Una tarde, *Pepín* se pilló tal cogorza que ni volar podía, por lo que acabó descerebrándose contra ese archivador que tienes ahí enfrente — completó la información mi vecina de mesa.

De inmediato di en pensar que esa muerte me tendría que haber sido comunicada con carácter previo a la firma del contrato, al igual que sucede con los fallecimientos abruptos que ocurren en las casas, y que han de ponerse en conocimiento de los posibles compradores antes de consumir la venta. Y la razón se debía a que, ahora que sabía que el óbito había tenido lugar, ya me imaginaba yo el ánima del extinto *Pepín* planeando sobre mi cabeza, y cagándola, como la paloma de mi hermana sobre el imaginario búho. Y ése era un escenario que yo no me podía permitir, porque necesitaba ese trabajo.

Ganas me dieron de construirle un altar, para ahuyentar los malos espíritus, incluido el suyo, si es que era el caso. No obstante, a pesar de que el estrellado debería haber sido el dueño, por permitir que el loro bebiera, no pude evitar pensar que probablemente esa muerte lo librara de otra más indigna: un coma etílico o una cirrosis hepática, si es que los psitácidos tienen hígado, o algo que se le parezca.

De cualquier manera, con o sin loros de por medio, acabé perdiendo el trabajo bien poco después debido a una reestructuración de la plantilla, consecuencia a su vez de una inspección de Hacienda. En otras palabras, que el emborrachador de aves ahorró en nóminas el dinero que le debía al fisco. Y

como los últimos en llegar son los primeros en salir, a mí me devolvió al paro, que en los últimos meses parecía ser mi hábitat natural.

Instalada de nuevo en casa, pues, mis días se redujeron otra vez a vegetar la mayor parte del tiempo, a echar una mano a Rosalía en la tienda cuando lo necesitaba y a recibir las visitas de Alejandro, que era prolífico en ellas, casi tanto como en consejos.

—Aunque no lo creas, tienes mucho poder —me aseguró en una de nuestras charlas—. Lo sigues teniendo, no para cambiar las cosas que te suceden, pero sí para decidir cómo las afrontas. Y, en mi opinión, resistir como lo estás haciendo también es ejercitar ese poder.

Por el contrario, lo que yo creía era que me dejaba arrastrar, como una hormiga en una riada.

—A pesar de que cuanto más lo intentes parezca que menos lo consigues —concluyó su exposición, frase que añadió tal vez al observar mi gesto de desaprobación por su planteamiento anterior.

—La vida no es justa —me limité a responderle, y valiéndome de una obviedad.

—Pero aun así es buena —me rebatió.

—La de los demás siempre lo parece —aseguré yo—. El problema surge cuando tienes que bregar con la tuya propia.

—La vida es un lugar maravilloso...

—La vida es como una novela, que cada cual interpreta a su manera —lo interrumpí—. Y en la mía no dice eso.

Lo que se leía entre líneas en mis párrafos era que, a veces, el amor duele tanto que te impide ser positiva, y todavía más al presuponer que el desamor nunca te va a abandonar. Así, lo que estaba escrito en la sinopsis de mi libro era que yo, verdaderamente, no sabía si lo iba a poder superar.

Decenas de veces había oído decir a escritores que los personajes de sus obras cobran vida propia. Y, para mi desgracia, a mí me había sucedido lo mismo, salvo que en mi caso era al amor al que no podía controlar.

La consecuencia más inmediata fue que, por primera vez en mi vida, adelgacé sin dejar de comer, dos tallas en cuestión de días. Y, en cuanto a Ignacio, se convirtió en una raya, la que se instala en la ropa cuando la tiendes húmeda y que no consigues eliminar así la planches mil veces. Es más, se trataba de una de esas que ya vienen marcadas de fábrica, en los pantalones, y que nunca abandonan la prenda así pase días sumergida.

Es decir, que incluso ausente de ella, Ignacio se había instalado en mi vida, pero al parecer no con el propósito de quedarse, sino de aniquilarme. Al fin y al cabo, eso es lo que hacen los animales salvajes, especialmente los depredadores, y él lo era.

De hecho, el alma me dolía cada día a causa de los zarpazos con los que su recuerdo me acometía.

—No le des tanta importancia —solía decirme Conchita—, o empieza a preocuparte cuando no sean los demás los que interroguen a otros al respecto, sino tu propio cuerpo el que te pregunte si todavía sigues viva, como sucede cada mañana con el mío.

Pero más allá de la risa momentánea que me provocaban sus comentarios, yo tenía una sensación de pérdida irreparable, de orfandad sentimental, convertida en una piedra instalada en el estómago. O quizá se tratara de mi conciencia, transformada en sólida, y también saltarina, porque botaba, para que no me olvidara en ningún momento de mi necesidad.

Botar. Ese brinco en el corazón con el que mi hermana describía siempre el amor que sintió por Álvaro nada más conocerlo y que la llevó a casarse con él en tan sólo dos días. Incluso yo misma querría volver a sentirlo, porque ya no lo hacía de esa manera, ni siquiera por Ignacio.

—Yo soy la única culpable —se desahogó Olga una de las tantas veces que hablamos en el transcurso de aquellos meses—. No debería haber insistido para que os conocierais.

—Tú lo único que hiciste es ser una buena hermana, así que la culpa vamos a dejársela a quien de verdad la tiene, que es Ignacio.

No obstante, yo también me sentía culpable —si bien no quise reconocerlo ante ella para no aumentar su pesar—, culpable por haber malgastado una parte de mi vida y, sobre todo, por seguir haciéndolo.

Y es que los días continuaron pasando, y después los meses, muchos más de los tres que había previsto inicialmente, sin que ningún cambio obrara en mi ánimo, por lo que, recién comenzado diciembre, mi hermana me ofreció un consejo que, en realidad, incorporaba una orden:

—Vuelve.

Pero si me hubiera marchado entonces debería haber dejado mi corazón, enfermo, allí. Y eso era algo que no podía hacer. Debía sanarlo antes de regresar a Madrid.

## El máster

Empecé a preocuparme por mí misma al observar que lo más interesante que me sucedía en el día —o con lo que más me divertía— era que al camión de reparto de Coca-Cola se le cayera la mercancía en la calle. Aunque, eso sí, en mi descargo diré que fue épico el estropicio que causó, con toda la calzada llena de espuma, de cristales rotos y de latas rodando por doquier, que el pobre conductor en su desesperación trataba de recuperar..., lo mismo que toda la chiquillería que lo precedía en el intento y con la que tenía que batallar tanto o más que con la cuesta por la que se alejaba rápidamente el género. Y eso sin mencionar el atasco que montó.

Pero la situación se volvió realmente inquietante cuando calificué como lo mejor del día que el carrito de la compra no estuviera enganchado en su lineal; es decir, que me saliera gratis, lo cual, además de falso, es una soberana estupidez, por cuanto nunca te cuesta dinero, ya que te lo devuelven al acabar. E incluso, si no quieres adelantarlo, puedes pedir al personal del supermercado que te desenganche uno alegando falta de monedas.

Bien pensado, así era cómo había evolucionado mi vida, pasando de conducir un hipotético coche de lujo a un carrito de la compra, que, además, era yo la que lo tenía que empujar si quería que me llevara a algún lugar, y cuyas ruedas, para más inri, renqueaban.

—Desde luego, esta estancia tuya en Galicia te está sirviendo para conseguir un máster —aseguró Conchita en una de nuestras conversaciones mantenidas al poco de comenzar diciembre, al comentarle yo en lo que consistía el transcurrir de mis días.

—¿En qué? —le pregunté sorprendida, porque nada de lo que hacía, que a la sazón era nada, se me antojaba digno de mención, y menos aún lo suficientemente bueno como para facilitarme un mejor futuro profesional, o simplemente alguno.

—En autocondolerte, y en postergarte.

—¿A qué te refieres? —inquirí, más por la segunda parte de la frase que por la primera, ya que el significado de ésta estaba meridianamente claro.

—Una de las mejores actitudes que puedes adoptar es la de la anticipación. Te pondré un ejemplo. Al igual que sucede con las arrugas en la piel o con la vista cansada, que son inevitables, otra de las certezas de la vida es que vas a pasar por la crisis de la mediana edad. El problema radica en que, al desconocer cuánto tiempo vas a vivir, si, pongamos por caso, falleces a los treinta, no la habrás experimentado. O si mueres a los cien y la tuviste a los cuarenta, no ocurrió cuando correspondía, que debería haber sido diez años después. Para evitarlo, mi sistema consiste en que yo tengo esas crisis todos los años, e incluso todos los días.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —requerí de una segunda confirmación, puesto que el planteamiento se me antojaba el colmo del despropósito, aunque acorde con su personalidad.

—Por supuesto —afirmó tajante—. Y eso es lo que tú necesitas, anticiparte al siguiente golpe que te dará la vida, porque éste no va a ser el último, y, desde luego, no hundirte o quedarte atrás cuando te los propine, como estás haciendo ahora.

Pero, si a duras penas podía yo batallar con el hoy, difícilmente podía prepararme para afrontar el mañana, y encima tan negro como ella lo pintaba.

—Comete algún acto de rebeldía —me recomendó—. Tatúate una cebolla en la axila o tíñete el pelo de rosa, aunque, eso sí, sé coherente con lo que elijas.

—¿Qué quieres decir? —volví a preguntar entre risas.

—A que si te lo tiñes de fucsia no le pidas a la peluquera un acabado

natural, que, además de un sinsentido, sería insuficiente para nuestros propósitos. Da rienda suelta a tu lado salvaje, y disfruta de él.

—Por desgracia, ese lado salvaje ya ha salido, para mudarme aquí, y mira cómo me ha ido —le rebatí.

Además, la perspectiva de tener por cabeza el lazo de Hello Kitty no se me antojaba un motín existencial, sino una sandez, y cromática también. Y más aún tener una hortaliza pegada a la axila para el resto de mis días, y precisamente ésa, y ahí, prototipos ambos de mal olor. Asimismo, por mucho que me gustara cocinar, una aberración me parecía que una parte de mi anatomía constituyera uno de los ingredientes más habituales en las cazuelas.

—Y, por otra parte —proseguí—, supongo que sabrás que si por algo se distingue la cebolla es porque hace llorar. Y lo último que necesito yo en estos momentos es que me ayuden a hacerlo todavía más.

—Llorar está bien —me concedió—, pero nunca en exceso. Recuerda que las prendas húmedas pesan más y de necios sería hacer que tu carga fuera más pesada de lo que ya es. Por tanto, quizá lo que debas tatuarte sea una tableta de chocolate. Por algo dicen que es el alimento más feliz —comentó divertida.

Pero, independientemente de qué comida fuera, la vida se me había hecho bola en la boca, imposible de tragar y, por tanto, de digerir. Y, en cuanto al amor, se había convertido en un grano, no de arroz, sino de los que se enquistan, o de los que crecen hacia dentro, que sólo con rozarlos duelen.

—La felicidad hace tiempo que se quedó atrás —argumenté, pues—, y sólo necesito recordar para ser consciente de ello.

Siempre había oído decir que se es más feliz cuando se está enamorado. Sin embargo, la que yo también echaba en falta era la felicidad de cuando no lo estaba, incluyendo en el *pack* mi cuenta corriente, que gozaba de mucha mejor salud entonces.

—¡Los buenos recuerdos son horribles! —exclamó mi tía a modo de advertencia al hilo de mis palabras anteriores—. Hay que mantenerse alejado

lo más posible de ellos. Además, las mujeres no sólo somos capaces de recordar hechos, sino sentimientos, lo que empeora mucho más la situación.

Como siempre, sus comentarios, mitad ciertos, mitad peregrinos, eran capaces de aupar mis labios hasta conseguir dar forma a una sonrisa.

—Así que mi consejo es que cortes ese vínculo de unión con el pasado, y con los que fueron pasado también —concluyó su argumentación.

Sin embargo, para mi desgracia, yo aún me sentía unida a Ignacio, aunque fuera a su decepción, como ese cable de la tele del que no puedes deshacerte a pesar de que siempre moleste en la decoración. Y es que, desafortunadamente, siempre queda algo debajo de lo que fue, como si al amasar el hojaldre parte de la harina espolvoreada hubiera salpicado un cubierto, cuya silueta permaneciera al retirarlo de la mesa.

Advirtiendo el desacuerdo entre sus palabras y mis intenciones, Conchita optó por cambiar radicalmente de estrategia.

—Nadie te lo va a decir, así que me veo en la obligación de hacerlo yo: te estás convirtiendo en un auténtico coñazo. Ni eres la primera ni la última mujer en tu situación, así que un poquito de dureza de carácter, por favor. Cuando algo malo te sucede en la vida sólo puedes hacer tres cosas: dejar que te destruya, dejar que te defina o que te fortalezca. Y la elección únicamente depende de ti. Por otra parte, han pasado ya tantos meses que el asunto empieza a atufar, como esa cebolla de tu axila, que hasta desde Madrid percibo yo el mal olor. Y el hecho de que no hayas regresado en el plazo que tú misma te impusiste lo que significa es que has decidido quedarte para regodearte en tu dolor. Además, aunque tú digas que has estado ociosa la mayor parte del tiempo, me da a mí la sensación de que lo que has estado es demasiado ocupada, evitando superarlo.

A pesar de la sorpresa que me causó su discurso —en primer lugar, por lo inesperado, pero también por su rudeza, y crudeza—, en honor a la verdad debería reconocer que lo que peor me sentó de todo fue la posibilidad de que tuviera razón.

—Yo creo que ya ha llegado el momento —prosiguió— de que te des cuenta de que ese amor tuyo por Ignacio se ha convertido en un paraguas vuelto del revés a causa del viento, que, salvo para arrastrarte y calarte, no te sirve para nada más. Y, viviendo en Galicia, creo que sabrás muy bien de lo que te hablo.

Sin lugar a dudas, bien lo sabía yo, sobre todo porque aquel invierno estaba resultando especialmente húmedo, frío y gris.

Y de esa gama de colores quería hablar precisamente Conchita.

—Además del negro, también existe la escala de grises, e incluso el morado, colores que alivian el luto, que es ese tono, y estado, en el que te instalaste nada más llegar allí. No obstante, que no se te despiste, que a lo que tienes que aspirar es al tecnicolor.

Tras reflexionar un buen rato sobre sus palabras, empecé a darme cuenta de que estando con Ignacio había visto el amor. Sin embargo, verlo, o incluso tocarlo, no nos hace estar más cerca de él, emocionalmente hablando, al igual que sucede con la felicidad de los demás.

Asimismo, más que a Ignacio, o a nuestra relación fallida, lo que verdaderamente echaba en falta era el amor, en general, esa sensación tan maravillosa que te produce estar enamorado.

Así, tal vez eso era lo único que quería sentir otra vez, lo que, con un poco de suerte, llevara aparejado volver a ver la vida con el tecnicolor de mi tía.

—Como bien sabes, yo no soy muy partidaria de esos estados de ánimo —continuó mi tía—, pero la gente dice que la felicidad y el optimismo suelen ser saludables. Y, visto que sus opuestos no te han servido de nada, ¿por qué no pruebas a ser feliz de nuevo? Y a ver qué pasa.

Lo que pasó fue que, por primera vez desde que contaba con mi trío de amigos, fui yo la que los llamó para quedar e invitarlos a cenar a fin de agradecerles sus atenciones y sus desvelos.

—Podemos ir a la Raíña —sugirió Alejandro cuando se lo propuse—, que es una calle muy corta pero llena de bares, con unas tapas estupendas y que, a

diferencia de lo que sucede en Madrid, aquí son gratis.

—A mí me gusta especialmente el Trafalgar, y sus mejillones picantes — comentó Mateo.

—Y a mí el Orellas —afirmó Guillermo.

—Pues los recorreremos todos y ya está —ofrecí yo.

Y así lo hicimos, con una breve parada en la plaza de la Quintana para después continuar por la calle del Franco.

—Nosotros tres tenemos una proposición que hacerte —aseguraron nada más llegar al último de los bares que visitamos.

—¿Y de qué se trata? —pregunté realmente intrigada.

—De un viaje —me aclaró Guillermo.

Mentiría si dijera que la perspectiva de salirme de mis días, de alejarme de esa rutina tan claustrofóbica en la que yo misma me había recluido, no me parecía un buen comienzo para recuperarme, y con ello mi vida. No obstante, antes de tomar una decisión necesitaba averiguar cuánto me costaría, dado que mis trabajos eventuales no conseguían taponar el boquete abierto en mi cuenta corriente. Y, de paso, también me interesaba saber adónde, pese a que esta última cuestión no me habría importado que constituyera una sorpresa. Y es que, pese a que a muchas personas les desagrada enfrentarse a lo imprevisto, en mi opinión existe un cierto placer en esa alteración emocional producto de lo inesperado.

Aun así, en última instancia opté por salir de dudas, en todos los sentidos.

—El lugar es Santorini, en Grecia —me respondió Mateo al planteárselo.

Verano en invierno. La sola idea de volver a paladear el sol, de zafarme del frío y darle esquinazo a la lluvia, se me antojaba el paraíso. Y no sólo climatológicamente, sino en mi vida, que por fin volvería a entrar en calor.

—Y, con respecto al dinero —prosiguió Mateo—, no te costaría nada.

—No voy a consentir que lo paguéis vosotros —me negué en redondo.

—Y no lo haremos. Lo pagará mi periódico —aseguró Guillermo.

—¿De qué estás hablando? —inquirí extrañada.

—Nosotros nos vamos allí a realizar un reportaje de moda. Guillermo como periodista, Alejandro como modelo y yo como su representante —me desveló Mateo—. Y necesitamos una estilista.

—Yo nunca he desempeñado ese trabajo —le respondí asustada.

—Pues tienes una semana para aprenderlo, porque no vamos a aceptar un no por respuesta —se mostró firme Guillermo—. Y ten en cuenta que te van a pagar por ello. Además, a todas las chicas os encanta la ropa. Seguro que es más fácil de lo que imaginas.

—Eso es lo que opina todo el mundo del trabajo de los demás: que cualquiera puede hacerlo. Desgraciadamente, cuando te metes en faena te das cuenta de lo insensata que ha sido tu lengua y de lo falto que estás tanto de la destreza como de los conocimientos necesarios.

—Mira lo que hiciste con unas barras de pan en el escaparte de tu amiga —afirmó Alejandro—. Como en cualquier trabajo creativo, lo único que hace falta es imaginación, y en ese campo parece que tú estás bien servida. Además, aquí ya cuentas con la materia prima, que es la ropa. Lo único que hace falta es combinarla.

Y, para averiguar cómo hacerlo, el resto de la semana lo pasé revisando revistas de moda, analizando las tendencias y los estilos, porque, tal y como me había advertido Guillermo, no admitió mi negativa. A pesar de que el reportaje resultara ser exclusivamente de moda masculina.

—Muchos diseñadores de ropa femenina son hombres, así que, ¿por qué no va a poder encargarse una mujer de vestirnos a nosotros? —esgrimió ante mis protestas—. Eso es lo que se llama igualdad, o justa compensación.

La verdadera compensación que obtuve yo, sin embargo, no fue humana, sino divina, y tampoco fue producto del trabajo, sino del viaje, o, mejor, del destino. Y es que aquel lugar era un pedazo, enorme, del cielo en la tierra.

## El gran azul

Si a veces, en los días buenos, cuando notas que el universo te bendice con su favor, puedes llegar a pensar que el mundo se ha enamorado de ti, otras eres tú quien te enamoras de él, como me sucedió a mí, ante aquel cielo, ante aquel mar, nada más llegar a Santorini.

En días claros, todos los mares son azules por cuanto ése es su modo de reflejar la luz. No obstante, la vehemencia de su color allí era tal que se convertía en eléctrico, con una tonalidad además igual que la del cielo. Es más, ambos parecían competir por aventajar al otro en la intensidad de sus colores.

—La gente suele identificar Santorini con dos de los pueblos construidos sobre el acantilado —me desveló Guillermo al aterrizar—, pero en realidad ése es el nombre de la isla, y también del archipiélago al que pertenece. Las localidades en cuestión se llaman Oia y Fira, que es la capital.

Cuando llegamos allí, tras un considerable ascenso en taxi para salvar la diferencia de quinientos metros con respecto al nivel del mar, pude comprobar que las palabras de Guillermo eran erróneas, puesto que esos pueblos no los habían edificado: los habían colgado, directamente, sobre el acantilado, que además era de origen volcánico.

Así, si dejaba volar mi imaginación, las casas parecían superpuestas sobre la roca, sujetas a ella tal vez por una invisible alcayata gigante o adheridas por un pegamento ancestral.

No obstante, poco había que imaginar allí, dado que aquella isla lo englobaba todo: el mar, el cielo, la luz, la paz. Y si ya pensé que era

espectacular mientras recorriamos las calles empedradas de Oia —que era donde nos alojaríamos—, escoltadas todas ellas por casas encaladas, cuyas puertas y ventanas eran de un intenso y profundo color azul, más aún lo hice cuando llegamos a nuestro hotel, de nombre Perivolos.

Se trataba de un establecimiento en apariencia sencillo, pese a que una vez dentro no me quedara más remedio que cambiar de opinión. Y es que, además de las vistas, que eran magníficas, abiertas al mar Egeo, el estilo de la construcción era impecable, acorde con el de la isla, con todas sus habitaciones y demás dependencias excavadas en la roca volcánica de la montaña, como si de modernas cuevas se tratara.

—No se pierdan el atardecer —nos aconsejó el camarero al llevarnos las maletas.

—Es verdad —confirmó Guillermo—. Tiene fama de ser el más bonito de toda Grecia, y uno de los más bonitos del mundo.

—Y es la joya de Oia —concluyó aquél.

Sin embargo, la joya de aquel hotel era la impresionante piscina infinita, que, más que volcada al mar, parecía situarse sobre el filo de un abismo, abriéndose al gran azul que eran esas aguas.

El horizonte que se mostraba ante mis ojos era de una belleza tal que cegaba, tanto como lo hacía la luz del sol descomponiéndose en miles de partículas brillantes sobre la superficie del mar.

Del sol cuentan que tiene propiedades curativas, al resultar beneficioso —por poner un ejemplo— para la salud de los huesos, paliar las depresiones y minimizar las cicatrices. «Y no sólo las dérmicas», me dije, al comprobar que también las anímicas sanaban, puesto que resultaba imposible estar allí y no estar bien.

—Como hasta mañana no haremos las fotografías, yo creo que podemos tomarnos la tarde libre y dar una vuelta por el pueblo —nos ofreció Guillermo, que, como representante del periódico allí, ejercía de jefe de todos nosotros.

El paseo que dimos fue maravilloso, y no sólo por las calles empinadas colonizadas por burros como medio de transporte, o por las cúpulas azules que redondeaban unas casas en su mayor parte cúbicas, o por los molinos cuyas aspas parecían volatilizarse movidas por el suave viento del mediodía. La verdadera razón se debía a que, de repente, la risa volvió a mí, tanto como lo hizo el aire pleno a mis pulmones.

Ganas me daban de acercarme al borde del acantilado no con la intención de gritar «¡*Topanga!*!» esta vez, sino «¡Rómpete el alma!», mi nuevo grito de guerra para dar la bienvenida a los buenos tiempos, dado que los malos parecían haberse quedado atrás.

A modo de celebración, subí y bajé con frenesí esas calles dispuestas en forma de terrazas, rodeando sus casas escalonadas a fin de contemplar el paisaje desde cualquier perspectiva posible. Y a punto estuve de descender los cientos de escalones que separan, o acercan, Oia hasta el mar, para festejar mi vuelta a la vida envuelta en las aguas de ese piélagos gigante.

No obstante, dado que estábamos a mediados de diciembre y que un invierno templado nunca puede ser sinónimo de verano, opté por, en lugar de un bañador, vestirme de sensatez en esa ocasión.

Paso a paso, me movía con tanta agilidad que hasta dejé atrás a mis tres amigos.

—Deduzco que te gusta —comentó Guillermo cuando finalmente me alcanzó—. Y mucho —añadió tras observar mi cara de satisfacción—. Me alegro de verte tan contenta.

—Feliz —precisé—. Y no me gusta. Me encanta. Es el sitio más maravilloso en el que he estado jamás.

Al mismo tiempo que pronunciaba esas palabras, aparqué lo más atrás que pude en mi memoria el recuerdo tanto de Bruselas como de Estocolmo —lugares ambos relacionados con Ignacio—, como quien deja apostado un coche lo más lejos posible del destino a fin de asegurarse una buena caminata al

regresar a por él. La diferencia estribaba en que yo lo había hecho para garantizarme no volver a transitar por esos lares.

—No pareces la misma —afirmó Mateo con una sonrisa enorme cuando se situó a mi altura.

—Probablemente porque no lo soy —le respondí sonriente yo también—. Y tampoco la que fui. Con un poco de suerte, seré mejor.

—Pues inmejorable vas a ser entonces —sentenció Guillermo.

—Una buena meta es ésa para los días venideros —comenté con un guiño—, aunque sea difícil de alcanzar.

Lo que sí alcanzamos a ver fue el atardecer, ya de vuelta en el hotel, aunque a decir verdad aquél se nos echara encima, y no porque llegáramos faltos de tiempo, sino porque su belleza era tal que resultaba abrumadora.

Así, en primer lugar, una fina capa de nubes cubrió el cielo, todas ellas delgadas, alargadas y agrupadas, como si constituyeran una bandada de pájaros, aunque habiendo adoptado la apariencia de la arena rastrillada.

Por otra parte, poco a poco, el sol fue descendiendo y, con ello, adquiriendo una tonalidad anaranjada, color que fue absorbido por las nubes, que, de inmediato, adquirieron un aspecto flambeado al mezclarse con su tono blanquecino.

Además, el azul que aún permanecía en el horizonte pareció inclinarse, con la intención de reflejarse sobre ese maravilloso pueblo encalado, que, de improviso, adquirió suaves matices azulados.

Finalmente, cuando todos los tonos se fundieron en el cielo, la amalgama de colores descendió sobre las casas blancas, que más que impregnarse se apropiaron de la esencia de ese atardecer único.

—Uno de los regalos que, de cuando en cuando, te hace el universo —aseguró todavía absorta Eva, la fotógrafa que trabajaba para Mateo, y que justo había llegado unos minutos antes de que la puesta de sol comenzara, al no haber podido ajustar su horario al nuestro por coincidir nuestro vuelo con una sesión de fotos programada con anterioridad.

«Y la vida», me dije yo, en línea con su planteamiento.

Si un atardecer es un ocaso, yo quise pensar que aquél era el de mi vida anterior. O quizá se tratara de un amanecer precoz, el de mi vida futura, porque algunos tienen lugar de noche, para permitirnos aventajar al día.

—Este sitio es maravilloso —afirmó Eva.

Sin lugar a dudas, lo era. Además, con la noche ya en ciernes, el personal del hotel había encendido la iluminación exterior, sutil, suave, acompañada de la luz trémula proveniente de unas velas colocadas sobre las mesas.

—Y el contraste de colores también lo es —aseguró Mateo.

Él estaba en lo cierto a su vez, puesto que las luces tenues de la terraza en la que nos encontrábamos chocaban contra un cielo ya oscuro, pese a que se resistiera a mostrarse negro.

Allí, los cinco, tapados por unas mantas y con nuestros cuerpos descansando sobre unas tumbonas de madera, nos sentíamos tan parte de ese paisaje que no podíamos abandonarlo ni para ir a cenar.

De repente, Alejandro se levantó, pero no para marcharse, sino para sentarse a mis pies.

—¿Y esa nueva persona que eres ahora está abierta a mantener relaciones? —me preguntó.

Más claro no podría haber sido, ni más directo.

—Ahora mismo estoy abierta a este mar, y a este cielo —le respondí—. El resto dependerá del tiempo.

Yo no lo fui tanto como él, porque no podía, y porque no quería. Ese fin de semana era sólo mío, mío y de mi alma, que por fin sonreía.

No obstante, él lo entendió como un rechazo, que intentó revertir.

—Yo creo que, al menos, deberías darle a alguien la oportunidad... de decepcionarte —comentó con humor.

—Puedes estar tranquilo a ese respecto, porque ya lo han hecho sobradamente con anterioridad, y mucho. E incluso yo me he decepcionado a mí misma más que ningún otro.

—Yo creo que lo más importante ahora es que la experiencia que has vivido no te haga juzgar, y rechazar en consecuencia. Y hasta me ofrezco como ejemplo para que entiendas lo que quiero decir. Convencido estoy de que piensas que soy un bala perdida, pero, por muy perdida que esté, tarde o temprano cualquier bala en circulación acaba impactando en un punto, y de ahí no la mueve ni Dios.

Me encantó su forma de definirse, así como de definir su situación, tanto como me divirtió. Sin embargo, sus palabras no tenían la fuerza suficiente para romper mi voluntad. Aun así, no escatimé las mías para hacerle ver lo mucho que lo apreciaba.

—Lo que creo es que hay un hombre maravilloso, cariñoso y profundo debajo de ese recubrimiento que tú llamas bala. Y, además, uno de los que más me ha sorprendido conocer.

No pude ser más sincera, pero también conmigo misma, al reconocer que mis sentimientos no estaban centrados en nadie en particular, puesto que habían estado demasiado ocupados buscando su lugar. Y, ahora que lo habían encontrado, necesitaban espacio, como le hice saber a continuación.

—Me hace falta algo de tiempo en soledad —le expliqué, pues.

—Una de las mejores cosas de la vida es la soledad, sobre todo cuando es en compañía.

Había tanta ternura en su tono de voz que logró conmoverme, pero no lo suficiente para modificar mi postura. Además, de habérmelo preguntado, ni siquiera podría haber estimado el tiempo que necesitarían mis afectos para volver a estar a disposición de alguien. Por tanto, allí, colgados los dos de un acantilado en mitad de las Cícladas, lo más que podía asegurar era que me gustaba, y como persona.

Asimismo, lo único que tenía claro con respecto a mis sentimientos era que necesitaban desperezarse, estirarse y respirar, tras haber estado constreñidos durante meses, encogidos en ese lugar tan hondo llamado dolor.

—¿Salimos a tomar algo? —propuso Mateo, interrumpiendo con ello mis

pensamientos y nuestra conversación—. Y así, de paso, vemos lo bonito que debe de ser el pueblo de noche.

La noche le sentaba maravillosamente bien a Oia, cuyas casas, impecablemente blancas bajo la protección del día, se tornaban azuladas tras el crepúsculo merced a la luz proveniente de las piscinas. Además, la que desprendían era ondulante a causa del movimiento del agua, lo que creaba unas espectaculares sombras turquesas sobre sus paredes.

Asimismo, las farolas exhalaban un fulgor a veces dorado, a veces achampanado, otorgando a sus calles un mérito más: el de convertirlas en la senda de una isla tan bella de día como de noche, por lo que no le había quedado más remedio que convertirse a su vez en una postal.

—¿Qué os parece este bar? —sugirió Alejandro cuando ya habíamos recorrido la mayor parte del pueblo.

Se trataba de una taberna tradicional, un local con todo el sabor de la tierra y donde se podía degustar comida griega, por lo que a los cinco nos pareció la mejor elección. Así, entre lo que probamos se encontraban la conocida *moussaka* —un pastel elaborado con berenjenas, patatas, carne picada y bechamel—, la *tiropita* —una empanada de queso feta y un finísimo hojaldre llamado filo—, y la *yemistá* —tomates y pimientos asados rellenos de arroz y carne picada—, platos todos ellos deliciosos tanto para el paladar como para la vista.

Y es que, después de tantos meses de inapetencia, en todos los sentidos, incluido el gastronómico, sentí que aquel restaurante, de nombre Medoussa, debía de ser rebautizado para pasar a llamarse El Paraíso, porque era donde yo me encontraba, rodeada de una buena compañía, una buena conversación y, por descontado, una buena comida.

Cuando ya nos marchábamos de allí, mientras Guillermo pagaba en nombre de su periódico, y Eva y Alejandro se adelantaban para inspeccionar un emplazamiento con vistas a las fotografías que realizaríamos al día siguiente, Mateo se acercó a mí.

—Parece que por fin has superado el dolor —me comentó.

—En parte, aunque creo que la otra parte permanecerá conmigo para siempre —le reconocí sincera.

—Bueno, eso es algo que no tiene importancia, porque, cuando alguien te quiera, te querrá con tus heridas.

Al igual que había sucedido minutos antes con Alejandro, Mateo no personalizó sus palabras; es decir, que no les acopló una primera persona. Sin embargo, la fuerza de su mirada era tal que a mí no me quedó ninguna duda, ya que había clavado sus ojos a los míos, y con un martillo, para que nos los pudiera desclavar.

—Creo que, antes de buscar el amor en los demás, tengo que volver a aprender a quererme yo misma —me desmarqué, no obstante, de sus palabras.

En cualquier caso, y de nuevo de la misma manera que me sucedía con Alejandro, Mateo era un hombre que me gustaba. Y no me refiero a que quisiera extraer determinadas cualidades o características de cada uno de ellos para crear un tercero acorde con mis preferencias o necesidades. Los dos eran perfectos, en sí mismos..., pero no para mí, o al menos no en aquel preciso momento. Probablemente, con un poco de tiempo, mi balanza sentimental se acabara inclinando del lado de uno u otro, porque ambos me gustaban lo suficiente como para intentarlo, pero ese día, durante aquel fin de semana, no.

—Además —proseguí en esa línea—, prefiero darme un margen antes de equivocarme de persona otra vez. Ya he salido bastante malparada en esta ocasión.

—Quizá nunca más se vuelva a dar el caso. Y tal vez debas plantearte la siguiente hipótesis: si pudiste querer tanto a la persona equivocada, ¿te imaginas cuánto te querrá a ti la persona correcta?

Mis pies se tambalearon ligeramente por la fuerza de esas palabras, por su calado, por su significado y por lo que implicaban. Es más, de haber podido atribuirle alguna propiedad humana ésta habría sido la clarividencia: ¿me

querría alguien alguna vez como yo había querido a Ignacio?, me pregunté a mí misma, porque ésa era la pregunta que me atenazaba tras la experiencia vivida.

—Aún me duele el amor —aseguré en cambio, tratando de posicionarme de mi lado, porque ya advertía yo que en el suyo tenía todas las de perder... para perderme... en él.

—En mi opinión —continuó Mateo—, hay dos tipos de dolor, uno el que sólo te hace daño y otro el que te hace cambiar.

Nuevamente, sus palabras me dejaron sin aliento, por acertadas, por ciertas, por imperativas, al obligarme a reflexionar sobre la necesidad de asentar la transformación que ya había iniciado a menos que quisiera seguir instalada de por vida en la congoja y la aflicción.

A la vista estaba que Mateo tenía la profundidad emocional del que ha sufrido, y del que sabe conectar con el que ha sufrido, como sucedía conmigo. Y eso me atraía tanto como me asustaba, porque me acercaba, irremisiblemente, hacia él, hasta él.

—Espero que el segundo sea el tuyo —concluyó con esa voz tan poderosa que tenía, capaz de dominar tormentas tanto como domar voluntades.

De vuelta en el hotel, estremecida como todavía estaba por las palabras de Mateo, y conmovida también por el recuerdo de las de Guillermo, no me podía dormir. Así pues, opté por salir a la terraza para contemplar una vez más las vistas. Asimismo, puestos a gastar ese tiempo, prefería que, en lugar de horas de sueño, se convirtiera en horas de paisajes, que tal vez nunca volvería a contemplar.

Afortunadamente, nada más poner un pie en ella ya pude advertir que no me había equivocado en mi decisión.

Recién entrada la madrugada, los colores con los que el pueblo se engalanaba apenas se habían modificado con respecto a unas horas atrás, si bien el cielo, lejos de haberse ocultado tras un velo de negrura, había optado por adquirir un espectacular azul prusiano. De hecho, era la misma tonalidad con la que se cubrían el mar y los islotes cercanos, pese a que éstos mostraran

otra intensidad de color, más afín con la oscuridad esperable de una noche cualquiera.

Pero aquélla no lo era, porque en realidad se trataba de un día que se resistía a dejar de serlo, y que el universo, sirviéndose de pigmentos etéreos, había encontrado el modo de hacerlo posible.

Decidida a quedarme allí, me preparé un té en la habitación gracias a la tetera eléctrica que reposaba en un mueble junto a la cama y que, una vez listo, me dispuse a beber tras sentarme a una de las mesas que se situaban junto al borde de la piscina infinita.

Entre sorbo y sorbo, me entretuve jugando con mis manos, cerrándolas y abriéndolas al máximo para observar cómo la luz procedente de una vela proyectaba sombras a través de ellas, dando vida a formas imposibles de clasificar. Y tan absorta estaba con mi distracción que no advertí una figura que se aproximaba, correspondiente con un cuerpo, a la sazón, el de Guillermo.

«Y aquí está el tercero», me dije, pecando quizá de un exceso de engreimiento al presuponer que se habría acercado con fines sentimentales, pero que, en mi opinión, estaba justificado debido a lo sucedido con Mateo y Alejandro horas antes.

Como le ocurriría a cualquier mujer, yo me sentía halagada por el interés que mostraban en mí, si bien lo que me parecía en última instancia era que entre los dos —y presumiblemente ahora los tres— se había desatado una competición que todos ellos tenían previsto ganar. Y eso empezaba a incomodarme. Y a empacharme, como esos alimentos que tu estómago repele por haberlos comido en exceso.

Sin embargo, una vez que Guillermo se sentó a mi lado, de inmediato pude comprobar que me equivocaba. Así, sin que su voz emitiera ninguna palabra, ni siquiera a modo de saludo, se limitó a acomodarse —eso sí, a mi lado—, a colocar los pies sobre una silla cercana y a disfrutar del paisaje, exactamente lo mismo que hacía yo.

Horas permanecemos allí los dos, sólo envueltos por una manta que nos protegía del leve frío de un invierno cálido, y rodeados de silencio, sólo interrumpido de cuando en cuando por el rumor de las olas rompiendo contra la base del acantilado.

«Una de las mejores cosas de la vida es la soledad, sobre todo cuando es en compañía», recordé entonces la frase de Alejandro, que interioricé, a fin de que cobrara el sentido que él le otorgaba, porque mentiría si dijera que no se trató de un momento maravilloso.

Durante todo el tiempo que permanecemos juntos, no hubo miradas cálidas entre nosotros, ni tan siquiera miradas, salvo alguna de refilón por mi parte que no creo que él advirtiera. Y tampoco hubo roces, o acercamientos de sillas para provocarlos.

Lo único que había allí eran dos personas decididas a estar juntas por cualesquiera razones, y compartiendo un ritmo quizá vital, porque ya a los pocos minutos de llegar Guillermo observé que nuestra respiración se hizo acompasada.

Por otra parte, había un asunto con respecto a Guillermo que me intrigaba, y era que, salvo para ayudarme, nunca había intentado acercarse a mí, sentimentalmente hablando, a diferencia de Mateo y Alejandro, cuyo interés — a mi entender— resultaba evidente.

Guillermo, por el contrario, siempre se mostraba introvertido, e incluso distante. De hecho, bien poco sabía acerca de su vida, exceptuando que no mantenía ninguna relación, información que fue Mateo quien me la facilitó en el contexto de una conversación.

«Si, por lo general, todos tenemos una historia que nos ha marcado, ¿cuál será la suya?», me pregunté, pues.

No obstante, a decir verdad, y más en aquella noche tan especial, ese asunto no me importó lo suficiente como para preguntarle sobre él, por cuanto esa cuestión, o cualquier otra, rompería un silencio que se había convertido en mágico para mí.

Cuando el sueño empezó a vencerme, antes de irme a la cama, aún jugué un rato más con mis manos y las sombras que proyectaban, si bien hubo un momento en que dejé la mano izquierda completamente extendida sobre la mesa, instante en el que Guillermo se incorporó para recorrer con su índice el espacio comprendido entre mis dedos, aunque sin llegar a tocar mi piel.

Y ahí estaba, de nuevo, esa punzada, la del deseo, la de querer estrenar caricias y robarle estrellas a una noche que todavía nos acogía.

## El piano

—Por mi parte está todo preparado. Y tú, ¿ya tienes previsto el estilismo? — me preguntó Eva a la mañana siguiente tras el desayuno, cuando nos disponíamos a salir del hotel para realizar la sesión fotográfica.

—Toda la ropa a punto y el estilismo pensado —le confirmé.

Más que pensado, estaba requetepensado, puesto que me había pasado la semana anterior, entera, dándole vueltas al asunto, aunque con mis neuronas más pendientes del miedo que me provocaba el proyecto que de mi supuesta capacidad para sacarlo adelante, lo que había llevado aparejada una nula generación de ideas. Hasta que decidí que mi método de aproximación al problema debía ser el mismo que empleaba habitualmente para mis escaparates en caso de bloqueo creativo: servirme de un agarradero no convencional para salir del atolladero. Asimismo, ya que Guillermo había confiado en mí para ese trabajo, me veía en la obligación de dejarlo en buen lugar ante sus jefes, por lo que no me quedaba más remedio que dar lo mejor de mí misma, coyuntura que implicaba a su vez dejar de lado cualquier propuesta cómoda o rutinaria. Y si, de paso, podía divertirme, mejor que mejor.

Convencida, pues, de que si algo hace disfrutar al ser humano es lo inesperado —y yo esperaba que con los lectores de su publicación se aplicara la misma regla—, me decanté por esa perspectiva.

Además, la persona que había elegido el destino para la realización del reportaje debía de ser de la misma opinión que yo, puesto que Santorini —un lugar que suele identificarse con calor y verano— resultaba el contraste

perfecto para la ropa de invierno que teníamos que retratar. En concreto, el motivo de nuestro viaje se debía a la realización del especial de fin de año para el dominical del periódico, que saldría publicado justo una semana después de regresar nosotros.

Mi apuesta consistía en desestructurar los atuendos o, lo que es lo mismo, no fotografiar dos prendas juntas, ni tampoco en la parte del cuerpo supuesta o a la manera tradicional. Es decir, que una camisa, por ejemplo, decidí abrocharla en la espalda, y ni siquiera todos los botones, sólo los suficientes para que se acoplara, pero que a la vez dejara ver la musculatura masculina en una posición de fuerza.

En cuanto a la consabida pajarita, tan típica en las celebraciones para festejar la entrada del nuevo año, no la mostré en el cuello, sino en la muñeca, y a la hora de fotografiarla opté por acercar la mano a la cara a fin de que tapara por completo uno de los ojos, dejando sólo el otro —así como la pajarita— al alcance de la cámara.

Y, por lo que se refería a la tradicional bufanda, en lugar de que se anudara a la garganta, envolvimos con ella todo el torso de un modelo que estaba aparentemente desnudo..., modelo que no era otro que Alejandro.

No me duelen prendas al reconocer que Alejandro era un modelo soberbio, y no sólo porque su cuerpo fuera igual de espléndido que sus dotes, sino porque se trataba de una de esas personas que se crecen ante una cámara. Es decir, que son capaces de mejorarse a sí mismos y, con ello, a una materia prima que, *a priori*, parecía insuperable.

Por otra parte, tenía un rasgo muy característico, y profesional, consistente en interpretar cada prenda, como si además de ser modelo fuera actor.

Desde mi punto de vista, al acabar la sesión de fotos únicamente había dos conclusiones posibles que extraer: la primera de ellas, que Alejandro valía cada euro que le pagaran, y, en cuanto a la segunda, que llegaría muy lejos en su profesión.

—Tuviste mucho ojo al contratarlo —le comenté a Mateo cuando ya

regresábamos hacia el hotel, después de haber realizado cientos de fotografías, en cientos de emplazamientos diferentes y con cientos de atuendos distintos.

—No tuve ninguna duda. Hay personas que tienen algo dentro, y traspasa — me respondió, tratando a su vez de traspasar mis ojos con los suyos.

No obstante, y a pesar de que su mirada me taladró, yo seguía decidida a mantener mi independencia y, afortunadamente, Guillermo acudió en mi rescate para conservarla.

—El estilismo ha sido espectacular —aseguró tras alcanzarnos a ambos.

—¿De verdad te ha gustado? —le pregunté dubitativa, puesto que, cuanto más arriesgadas son las apuestas, mayor puede ser la pérdida.

—A mí me ha encantado. A ver qué piensan en el periódico, pero yo creo que la cosa pinta muy bien.

Más confiada, pues, me dejé llevar por la conversación intrascendente que comenzaron Guillermo y Mateo, hasta que Eva nos adelantó.

—Daos prisa o no vamos a llegar —nos advirtió.

A lo que se refería era a que en el hotel nos habían informado de que esa tarde, al anochecer, iba a tener lugar un espectáculo en el puerto de Santorini —situado bajo Fira—, consistente en un concierto de piano.

Ese evento, que ya de por sí nos resultó interesante, se convirtió en más atractivo todavía al conocer que el piano estaría emplazado en una balsa de madera, sobre el mar, idéntico lugar en el que emplazarían a los asistentes.

De entre las diferentes opciones existentes para bajar hasta allí, tras habernos desplazado ya hasta Fira, y una vez descartados los seiscientos escalones —por considerarlos excesivos— o el descenso en burro —por considerarlo maltrato animal—, optamos por el teleférico, cuyas vistas supusimos serían espectaculares, como así fueron.

Una vez abajo, en la orilla, pudimos apreciar de cerca el montaje, que, efectivamente, consistía en unas balsas amarradas al muelle mediante sogas

que unos marineros se encargarían de desplazar unas decenas de metros mar adentro y en las que habían acoplado unas sillas, también de madera.

Asimismo, en una de ellas habían instalado un gran piano de cola, con dos banquetas, lo que nos hizo deducir que el concierto sería a cuatro manos.

Esta última balsa, además, era poco mayor que las demás, y no sólo para que el piano cupiera con holgura, sino porque todo su contorno estaba delimitado por faroles de diferentes tamaños conteniendo velas.

—Qué suerte hemos tenido con que esto se celebre estando nosotros aquí —comentó Alejandro cuando ya habíamos ocupado nuestro lugar en la embarcación asignada.

—Y tanto —aseguró Eva convencida—. Otro regalo inesperado.

Sentada allí, mecida por el suave vaivén de las olas, me resultó imposible no reconciliarme con la vida, en aquel atardecer cuyo cielo caía sobre el mar en forma de salpicaduras de luz y que, poco a poco, brochazo a brochazo, dio paso a un anochecer convertido en ráfagas de cielo.

El mar estaba en calma, pese a que yo percibía que la música hacía vibrar el agua, una música que, más que clásica, era contemporánea, ya que la mayor parte de los compositores interpretados eran actuales, y entre ellos se encontraba Yann Tiersen, uno de mis autores favoritos.

Lo que más me gustaba de él eran algunas de sus piezas lentas, las más íntimas y melancólicas, ya que en ellas la sensación de espacio cobraba tanto protagonismo como la propia melodía. Y la razón se debía a que, a veces, el alma de la música reside precisamente en la ausencia de notas, minimalismo que los dos pianistas transmitían a la perfección.

Y es que, tal como habíamos supuesto al ver sendas banquetas, la balsa central la habían ocupado dos pianistas, un hombre y una mujer, que estaban tan compenetrados con sus manos como con sus ojos.

—Se miran con tanta ternura que yo creo que están enamorados —comentó Eva, que estaba sentada a mi izquierda—. Fíjate: se miran más entre ellos que a las propias teclas.

—Y, si no lo están, lo estarán, porque es imposible no enamorarse aquí —aseguró sonriente Guillermo, situado a mi derecha.

Por un instante deseé que esa frase estuviera dirigida a mí. Sin embargo, se la dedicó al aire, donde se acabó perdiendo, o entremezclándose con los compases que marcaban la cadencia de la música.

La noche anterior, durante todas las horas que permanecimos juntos en la terraza, no pasó nada entre nosotros, ni siquiera al despedirnos..., porque no lo hicimos. Así, tras recorrer él con su dedo índice el contorno de mi mano, se puso en pie, acarició ligeramente mi mejilla —con un gesto más fraternal que romántico— y, sin decir nada, se marchó a su habitación. Y yo me quedé inundada por esa sensación tan humana consistente en, cuando te dan menos, querer más.

Considerando la situación con una pizca de humor negro, tenía hasta su gracia: tantos hombres interesados en mí concentrados en aquella isla y el único que yo quería que lo estuviera era precisamente el único que no lo estaba.

—Eso es querer lo que (crees que) no puedes tener —aseguró tajante Conchita—. Estoy convencida de que, si se te insinuara, serías tú la que perdería el interés.

El motivo de sus palabras se debía a que, al llegar al hotel, quise poner al corriente de la coyuntura tanto a Olga como a Patricia en primer lugar, que no pudieron atenderme al estar ocupadas con sus respectivos novios.

Conchita, por el contrario —que parecía haberse convertido en mi mayor y mejor confidente en los últimos tiempos—, se mostró encantada de poder darme su opinión.

—Pero lo que de verdad creo —prosiguió— es que te está engañando.

—Pero si no salimos, ¿cómo me va a engañar ya con otra? —casi le recriminé, por el despropósito que significaban aquellas palabras.

—Está claro que a ti estos amoríos te atocinan —se defendió.

—Entonces ¿a qué te refieres? —inquirí todavía desconcertada.

—A que le gustas de verdad y está montando esa pantomima sólo para captar primero y mantener tu atención después. ¿Por qué, si no, se va a quedar un montón de horas en una terraza mirando el mar en el más absoluto de los silencios? Te lo digo yo, una farsa como otra cualquiera.

—Me parece un poco exagerado, o incluso rocambolesco, ¿no? —puse en duda su teoría.

—¡Ay, querida! Pero ¡qué inocente eres! ¿Todavía no has aprendido cuánto se parece la gente a la literatura?

—¿De qué me estás hablando? —volví a preguntar, aún más extrañada.

—Pues que, además de los dos géneros que acabo de mencionar, hay días que somos poesía, otros una sátira, o un drama, o una tragedia, o una comedia, y las más de las veces, ¿sabes qué somos?

—¿Qué?

—Puro teatro.

## La boda

—Yo he preguntado si iban a hacer oficial la unión, para saber si voy a poder ejercer de dama de honor y llevar así uno de esos trajes que aportan un toque de desesperación a las bodas, lo que, además de ridículo, resulta muy realista, dado como suelen acabar los matrimonios.

La que preguntaba a su vez —y en su línea jocosa habitual— era mi tía Conchita, y se refería a mi amiga Patricia, quien finalmente había decidido irse a vivir con su nuevo novio.

—Y yo ni siquiera lo conozco —protesté cuando me puso al corriente de sus planes.

—En realidad, sí lo conoces —me respondió Patricia.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté extrañada, y temerosa, al contemplar la posibilidad de que me hubiera estado engañando durante todo ese tiempo y su enamorado no fuera otro que Hernán.

—Que ni es un cliente ni voy a establecer ningún punto de venta en su tienda.

—Pero y entonces ¿quién es? —insistí, presa aún del miedo.

—Claudio, el dueño de la zapatería Heels.

—¿Me lo estás diciendo en serio?! —exclamé, todavía sin dar crédito a sus palabras.

—Completamente. Tal como te conté en su momento, después de tu fiesta Olga y yo nos fuimos a tomar algo con él y con Vidal, para evitar que tomaran represalias contra ti o contra Ignacio. Y nos caímos bien, por lo que decidimos repetir... una y otra vez.

—Pues ¿te lo puedes creer? En aquella fiesta con quien yo pretendía emparejarte era con Vidal. Y a Olga con tu Claudio. De hecho, fue el verdadero motivo para organizarla.

—Es broma, ¿no? —se sorprendió ella en esta ocasión.

—¡Qué va! Y a la vista está que mis dotes de cupido no iban mal encaminadas, salvo que mis flechas se equivocaron de destinatario.

—Bueno, digamos que tuviste el acierto de la planificación, y nosotros dos establecimos la estrategia de aproximación.

«Al menos algo bueno salió de aquella fiesta», me dije, y que ponía el contrapunto a lo sucedido con Ignacio y conmigo, lo que motivó que le planteara la siguiente cuestión.

—¿Y estás segura de irte a vivir con él? No hace tanto que os conocéis.

—¿Le dijo la sartén al cazo? —me preguntó con ironía.

—Precisamente por eso lo digo, con la sabiduría y la cautela que procede de los errores.

—Sin querer reabrir la herida, tu caso y el mío no tienen nada que ver. Tú te marchaste a Galicia tras dejarte Ignacio, y sin saberlo él. Y, además, sólo llevabais juntos un mes. Nosotros llevamos seis.

—En eso tienes razón —le reconocí.

—Por otra parte, yo estoy segura ahora —prosiguió con su explicación—, y con eso me basta. ¿Qué pierdo si sale mal la experiencia? Probablemente cuando de verdad pierda, sobre todo tiempo, es si no me arriesgo a vivirla. En conclusión, que lo que creo es que no gano nada si espero.

—¿Y él qué dice? —le pregunté de una manera un tanto ambigua, aunque confiando en que entendiera que me refería a Claudio y a las trágicas circunstancias por las que había atravesado en el pasado.

—Que ya esperó lo suficiente, a que pasara el dolor. Y que no piensa esperar más.

—Y ¿por qué no me dijiste que era él desde el principio? ¿Por qué te inventaste esa otra historia? —quise saber, al tratarse de una cuestión que me

intrigaba.

—Pensé que, al ser tu cliente, a lo mejor te hacía sentir incómoda, así que creí que era mejor esperar hasta ver si nuestra relación funcionaba.

Lo cierto era que, al fin y a la postre, tanto daba el momento, siempre y cuando fuera el oportuno para ella. Y, al parecer, Mateo se había propuesto algo parecido conmigo: encontrar el nuestro, nuestro momento, o el que él pensaba que debía ser.

—Acabo de ver la selección de fotos de Santorini y creo que han quedado fantásticas —me comentó un par de días de después de haber regresado de la isla.

—¡Cuánto me alegro! —exclamé entusiasmada—. Tengo muchas ganas de verlas ya publicadas.

—Quizá es algo que te podrías plantear de cara a tu futuro, y me refiero al laboral —me propuso acto seguido—. Tal vez como escapatista no haya mucho trabajo en Santiago, pero sí como estilista, y más teniendo yo una agencia de modelos y Guillermo trabajando en un periódico.

—Te lo agradezco un montón, sobre todo el voto de confianza, pero llevo unos días pensando en que quizá haya llegado el momento de tomar una decisión más drástica a ese respecto.

Era cierto. Ya en Santorini había considerado que, una vez recuperada como parecía estar, no podía seguir retrasando por más tiempo mi regreso a casa. De haber prosperado la relación entre Ignacio y yo, probablemente habría optado por quedarme, pero, en aquellas circunstancias, unas hipotéticas perspectivas laborales no se me antojaban razón suficiente para posponer mi vuelta más de lo que lo había hecho ya.

Cuando me marché de Madrid, lo hice convencida de que se trataba de una especie de ensayo: tres meses a prueba, meses que se acabaron multiplicando por dos debido a mi precario estado de salud emocional. Sin embargo, por fortuna, ya había conseguido superar esa coyuntura y, además, recibido una llamada: la de mi antigua vida, que me esperaba.

—¿De qué decisión estás hablando? —me preguntó Mateo entonces, con una inequívoca inquietud en su tono.

—De volver a Madrid.

—Pero yo pensé que, si no lo habías hecho al principio, o durante, era porque habías optado por quedarte, por empezar de nuevo aquí.

Parecía confuso, tal vez al haber dado por sentado que su caso era exactamente igual que el mío, y que sus decisiones se corresponderían con las mías.

—Tú estás cerca de casa —le expliqué—, o has conseguido que ésta sea tu casa. Pero yo tengo otra, incluso una física cuya hipoteca sigo pagando, a la que quiero regresar.

—¿Y el trabajo? —argumentó—. ¿Vas a partir de cero otra vez allí? Porque en alguna ocasión me has comentado que, profesionalmente, estabas muerta en Madrid.

—Eso pensaba. Sin embargo, en los dos últimos días he hecho unas cuantas llamadas, para tantear el terreno, y todos mis antiguos clientes estarían encantados de que volviera.

No lo engañaba. Nada más llegar de Santorini había descolgado el teléfono, a fin de hacerme una composición de lugar, y lo que me encontré al otro lado de la línea fue la sorpresa de que mi reputación estuviera intacta. «Ya te dije que Claudio no iba a cancelar tu escaparate, y menos aún hablar mal de ti con los dueños de otras tiendas —me confirmó Patricia tras comentarlo con ella—. Así que, si tú les dijiste a tus clientes que te marchabas fuera unos meses a cuidar de un familiar enfermo, eso fue lo que creyeron», concluyó.

Y que al final resultara que el familiar enfermo hubiera sido yo misma no invalidaba el concepto.

—Además —proseguí con mis explicaciones a Mateo—, mi clima está allí, mi sol está allí, mi gente está allí.

—¿Y nosotros? ¿Dónde estamos nosotros? ¿O acaso no somos tu gente

también?

A pesar de haberse servido de un gran plural, de inmediato supe que se refería a sí mismo. Y, aunque mi alma se arrugó al apreciar su desconcierto, en el punto vital en el que me encontraba, después de haber hipotecado mi vida durante seis meses por un hombre, y apenas haberla recuperado, bajo ningún concepto contemplaba la posibilidad de volver a hacer lo mismo por otro.

Asimismo, entre Mateo y yo no había sucedido nada, ni físico ni emocional, salvo una posible conexión que, al fin y a la postre, nunca se sabe si va a acabar provocando un cortocircuito.

—Claro que sí, pero tú estás aquí, y seguro que éste es tu lugar —le respondí en esa línea.

Así pues, si el cuerpo me pedía regresar a casa, a casa sería donde regresaría, lo que no era óbice para que no sufriera con su evidente decepción.

—Tal vez una persona, aquí, ya te haya reservado un lugar junto a él.

Esas palabras, que sonaban más a un ruego, o a una súplica, que a una confesión, conmovieron cada pedazo de esa alma mía que todavía estaba arrebujaada tras su declaración anterior. Sin embargo, yo era de la opinión de que el amor nunca debería implorarse, y sí esperarse. Pero dado que mi corazón parecía estar firmemente sujeto a su caja torácica, sin querer marcharse de excursión otra vez, no parecía el mío el que le fuera a llegar.

Prácticamente decidida, pues, pasé el resto de la semana con la idea de regresar a Madrid cobrando forma en mi cabeza, hasta que Guillermo se presentó en mi casa para realizarme una propuesta laboral.

—En mi trabajo han quedado encantados con el tuyo en Santorini y quieren una segunda colaboración.

—¿Y de qué se trata? —pregunté tras agradecerle sus palabras y, de nuevo, la oportunidad que me dio entonces. Y, por descontado, la que me ofrecía ahora.

—Es también de moda —me informó—, aunque en esta ocasión femenina. Y lo único que me han dicho es que quieren que sea algo espectacular.

Difícil abordaje, tanto por grandilocuente como por impreciso, pero con unas elevadas expectativas en la parte contratante, que son precisamente los que tienen más posibilidades de fracasar.

—A lo mejor aquí no tienes futuro como escaparatista, pero sí como estilista —me planteó a continuación, en línea con la sugerencia efectuada por Mateo días antes.

—O puedo hablar con el cabildo para que me monte un par de cristales en la catedral, y ya verás lo rápido que les organizo yo a los curas un escaparate con la mejor selección de sus casullas. Y no sólo alcanzaría el éxito, sino que me garantizaría el cielo.

Una carcajada enorme ascendió por la garganta de Guillermo que, una vez sofocada, dio paso de nuevo a su oferta anterior.

—Deberías pensarlo. Además de por las perspectivas laborales, por el dinero. Te lo van a pagar muy bien.

A fuer de ser sincera, ese dinero constituiría una bendición para mi cuenta corriente, dado que a esas alturas el único adjetivo que podría aplicárseles a mis ahorros sería el de *exiguos*.

Así, bien pensado, tal vez podría retrasar mi partida a Madrid unos días, los suficientes para realizar el reportaje fotográfico, que, según me informó Guillermo, sería inmediato.

—Cuenta conmigo —le dije, pues.

Y esas palabras, exactas, fueron las que Olga me dirigió a mí —aunque reconvertidas en un mayúsculo «Cuento contigo»— tras comunicarme que Conchita y su dentista habían solicitado un aguinaldo de cara a las próximas fiestas navideñas. Es decir, que entre los dos habían montado un sarao para el que requerían que los asistentes aflojaran el bolsillo. En otras palabras, que se casaban, y nada menos que en Nochebuena.

—¿En serio?! —no pude por menos que exclamar cuando me informó sobre la noticia.

Tantas protestas, tantas quejas, sobre Amador en particular y sobre el amor

en general, tanta frase supuestamente profunda y tanta teoría sentimental para acabar comportándose como la mayor parte de las mujeres: que no saben lo que quieren.

—¡Y no me ha dicho nada! —aseguré todavía conmocionada por la sorpresa—. Y no será por el número de veces que hemos hablado en los últimos días, que la compañía telefónica me va a retirar la tarifa plana.

—Estará demasiado ocupada buscando el traje de novia, que es el único motivo por el que yo me he enterado del acontecimiento antes que nadie.

—¿A qué te refieres?

—A que me ha obligado a acompañarla para elegirlo.

—¿Y qué tal ha ido? —pregunté con toda la intención, al presuponer que el supuesto honor se habría convertido en una muestra cualquiera de indignidad... por parte de nuestra común tía.

—Te ahorraré los detalles y te resumiré los hechos en una sola una palabra: policía.

—¿De qué me estás hablando? —inquirí, aunque más proclive a la risa que a la preocupación.

—De que la policía ha tenido que intervenir.

—Pero ¿qué ha hecho esta vez?

—Se ha pegado con otra por un traje.

Sin necesidad de que Olga me describiera la escena, ya me imaginaba yo a mi tía asestando perchazos a su oponente, a la sazón, una novia octogenaria que ahora precisaría de una silla de ruedas para llegar hasta el altar.

—Y no te vayas a pensar que su contrincante era de su edad —contradijo mi hermana mis pensamientos—, que más se acercaba a la tuya. Pero ha sido verse vestida de blanco y a Conchita le han entrado unos bríos que ha conseguido no sólo reducir a su presa, sino sus años, y a la mitad.

Imposible no soltar una carcajada, o varias..., decenas de ellas, y más aún al continuar con su explicación.

—Para que te hagas una idea: la tía parecía un guerrero ninja y la otra una

cabra saltando en una cama elástica.

—¿Y qué razones les ha dado a los policías para justificar su comportamiento? —le pregunté cuando pude sobreponerme a la risa.

—Que si estaba en posesión de una certeza era que, con los años, la vida empeora, aunque con mejor ropa. «Y esa yogurina no me va a robar una de las pocas ventajas que tiene esta vejez de mierda», creo que han sido las palabras exactas con las que ha concluido su alegato.

—¿Y qué ha pasado al final? —proseguí con mis pesquisas, al considerar que tal vez Conchita podría estar entre rejas en la comisaría en aquellos momentos.

—Nada. La policía ha tranquilizado los ánimos y todo se ha quedado en una anécdota. No obstante, yo sí le he recriminado que, siendo tan religiosa, se haya comportado así.

—¿Qué le has dicho exactamente? —quise saber, al intuir el cataclismo que habría sobrevenido después, que era lo que solía suceder cuando se cuestionaba su proceder, sobre todo en asuntos piadosos.

—«¡¿No te da vergüenza?! Tanto ir a misa para...»

—¿Y qué más?

—Nada más, porque me ha interrumpido para decirme: «Para entrar en una iglesia no hace falta confesarse».

Sin lugar a dudas, si algún defecto se le podía achacar a mi tía no era la falta de agudeza mental... y la sinceridad.

—¿Y cómo ha acabado el asunto? —volví a preguntar.

—«A veces el amor no es platónico, sino patético», he dicho yo.

—¿Y ella?

—«Pero ¿quién está hablando de amor? Porque, que yo sepa, lo único que yo tenía entre manos, y por ende en mi cabeza, era un vestido blanco, que es una de las pocas cosas por las que una mujer debe pegarse.»

Genio y figura. Y tradicional, porque al final iba a resultar que lo único que pretendía desde el principio era lo que tantas otras mujeres de su generación:

un paseíllo hasta el altar.

—Y tú, ¿qué? ¿Vas seguir los pasos de Conchita? ¿Y en todos los sentidos?

—bromeé, imaginándomela también a ella en mitad de una pelea indumentaria.

—Pues alguna novedad hay.

—Ya me lo estás contando, pero ahora mismo —le ordené, e impaciente a más no poder.

—Pues, aunque no sería inmediato, nos estamos planteando irnos a vivir juntos.

—¡Madre mía! Pues sí que os lo habéis tomado con ganas: primero Patricia y ahora tú.

—Sí, nosotros un poco más lentos que ellos, sin prisas... pero sin pausas. Y ¿sabes qué? Estoy feliz, como nunca pensé que me volvería a sentir. Durante todos estos años, mi vida habéis sido vosotras tres, las niñas y tú, lo que ha sido maravilloso. Pero en mi fuero interno siempre albergué la esperanza de que, en algún momento, una parte de esa vida fuera sólo para mí. Y parece que al final va a ser así.

Nadie como ella se lo merecía, y yo lo sabía mejor que nadie, porque presencié todos sus esfuerzos por bandear las penurias que atenazaban nuestros días. Y siempre con la mirada al frente y el sentido del humor reventándole la piel.

Recuerdo como si fuera ayer una mañana cuando, al salir de casa, la cerradura se estropeó, por lo que tuvimos que marcharnos sin poder girar la llave y, en consecuencia, dejando la puerta abierta... hasta el mes siguiente, tiempo que Olga necesitó para reunir algo de dinero a fin de poder afrontar ese gasto imprevisto.

«Si entra un ladrón en casa a robar, me pongo a robar con él y lo obligo a llegar a un acuerdo conmigo. “¿Qué tal a pachas?”, le ofrecería. “Y cuando quieras vuelves, que yo pongo la casa”, le diría después», solía decir entonces.

—Y ahora lo vas a tener todo —comenté en esa línea—: amor, un buen

trabajo con un buen sueldo...

—Que no creo que, de momento, me vaya a faltar —me interrumpió.

—¿Por qué lo dices? —le pregunté, al extrañarme su comentario.

—Porque mi novio no es un cliente, sino mi jefe. Es Vidal, el dueño del restaurante.

—Pero ¿¿qué os pasa a las dos?! —exclamé asombrada—. ¿Y por qué me has tenido engañada tú también durante todo este tiempo? ¿Por qué no me lo has querido decir?

—Sé que suena estúpido, pero me daba la sensación de que si contaba la verdad corría el riesgo de gafarlo y no quería, porque me gustaba mucho.

—¿Y te gustó desde el principio? —quise saber, dado que nunca había hecho ningún comentario al respecto, ni siquiera sobre él.

—Cuando lo conocí me cayó bien, pero en realidad me empezó a gustar a raíz de tu fiesta, cuando nos fuimos los cuatro a tomar algo, Patricia, Vidal, Claudio y yo. Y creo que a él le pasó lo mismo.

«Bendita fiesta después de todo», me dije. Al fin y al cabo, yo salí malparada, pero otras cuatro personas acabaron bien. Y, bien pensado, gracias a ella también pude averiguar quién era Ignacio en realidad, lo que, una vez superado el sufrimiento que me causó, únicamente podía considerarse como beneficioso, y no sólo en su caso particular.

Así, más allá de ese desafortunado hecho, lo que descubrí a lo largo de aquellos meses fue que el amor quema, al igual que hace el fuego con la madera, pero que también templea, como hace con el acero. Y yo había salido revestida de sus llamas con una aleación especial.

Asimismo, en cuanto a la segunda lección aprendida, bien podría resumirse en que sólo porque el pasado no fue como tú esperabas, no significa que el futuro no vaya a ser mejor de lo que imaginas.

## El espectáculo

Cuando llegué a la tienda de Rosalía, me la encontré con la cara desencajada y un décimo de lotería en las manos.

—¿Qué te pasa? —le pregunté preocupada.

—Que en esto es en lo que he empleado mis últimos euros.

—¿A qué te refieres? ¿Hay algún problema con la tienda? —inquirí ahora alarmada, y extrañada, por cuanto, hasta donde yo sabía, las ventas no sólo no se habían estabilizado, sino que iban en aumento, lo que le estaba generando unos buenos ingresos.

—Con la tienda no, pero con el banco sí. No se aviene al calendario de pagos que habíamos establecido para saldar la deuda que contraje al dejar de pagar las mensualidades de la hipoteca.

—Y eso, en términos prácticos, ¿en qué se traduce?

—En que o les pago cinco mil euros de golpe antes de que acabe el año, para lo que como bien sabes sólo quedan unos días, o me desahucian.

Casi desahuciada y ya devastada. Así era cómo se encontraba Rosalía, viendo cómo su única posibilidad de salir adelante, sus ilusiones, su esfuerzo y su lucha pasarían a ser propiedad de un ente cuya mejor cualidad era la voracidad.

—Y ¿por qué han roto los términos del acuerdo al que llegasteis? —quise saber.

—El director de la sucursal ha cambiado y el nuevo se ha propuesto cuadrar la caja. Y por más que he intentado explicarle cuál era mi situación, no ha habido manera de que me escuchara. Aun así, como gesto de buena

voluntad, he vaciado mi cuenta y vendido cualquier objeto que tuviera valor, y gracias a eso he conseguido reunir dos mil euros, pero aún me faltan los otros tres mil que me exigen.

Por mi mente pasaron todo tipo de posibilidades, desde realizar una campaña de recaudación de fondos a través de Facebook hasta recurrir a la prensa —incluido Guillermo—, considerando que al afearles públicamente su conducta tal vez se retractaran, a fin de evitar ese cuchillo que es la opinión pública.

Pero, por desgracia, cualquier opción requería tiempo, con el que no contábamos. Así pues, si no quería ver abandonada a su suerte a Rosalía tenía que actuar, y rápido, aunque, a decir verdad, poco había que pensar, ya que sólo había una opción.

La cantidad que le reclamaba el banco era todo el dinero que me quedaba a mí en el mío, dinero que si le entregaba a ella me impediría hacer frente en los próximos meses tanto a mi hipoteca como al resto de mis gastos.

Su salvación económica, pues, implicaba necesariamente mi suicidio financiero. Sin embargo, a diferencia de ella, yo tenía un asidero a la vista: el cobro de mi trabajo como estilista en Santorini y la nueva colaboración con el periódico que tendría lugar próximamente.

Por tanto, la gestión que debía realizar era hablar con Guillermo para conseguir que me adelantaran lo más posible el pago de ambas.

—Lo intentaré —me aseguró cuando se lo comenté—, pero no te lo puedo garantizar. En teoría, los colaboradores cobran a los tres meses.

Desafortunadamente, a Rosalía no le quedaba ese tiempo, sino unos pocos días, por lo que había que tomar una decisión y, tras analizar el contexto, la única solución existente la marcaban las prioridades, las cronológicas, las que finalmente convirtieron a Rosalía en la receptora de ese dinero.

—No lo voy a consentir —afirmó rotunda tras comunicarle mi plan.

—Esta conversación ya la hemos tenido —rechacé de inmediato su negativa—, y no la vamos a volver a tener. O me das tu número de cuenta o

subo a tu casa y me hago con cualquier recibo.

Aun así, unos cuantos minutos estuvimos con ese toma y daca, hasta que se convenció de que mi voluntad no se iba a doblegar ante sus palabras.

—Si me apuras —le señalé—, esto es más importante para mí que para ti. Alguien lo dio todo por mí cuando era pequeña, y creo que ha llegado el momento de que yo tenga un mínimo gesto con el universo para corresponder.

Además, si no lo empleaba en ella, bien sabía yo que ese dinero se me acabaría atragantando. Y es que si éste nunca proporciona la felicidad, menos aún cuando no se destina a las personas a las que más aprecias y que lo necesitan más que tú.

Y, curiosamente, esa misma mañana Alejandro también quiso compartir algo conmigo, aunque no se tratara precisamente de dinero.

—Te paso a buscar —me comentó misterioso nada más descolgar el teléfono.

En línea, además, con esa actitud, cuando llegó a mi casa su boca estaba llena de sonrisas, pero de ninguna explicación que las justificara.

—En breve lo sabrás —fue su única razón.

Una vez sentados los dos en el coche, dejamos atrás Santiago hacia algún destino que siguió siendo desconocido para mí durante un buen rato. En el trayecto, una de las canciones que sonaron en la radio llamó especialmente mi atención, y no sólo por su belleza, o su singularidad, sino porque me pareció perfecta para el paisaje que se mostraba ante nosotros debido a su clara inspiración celta, en la que Galicia es pródiga.

—La cantante es Loreena McKennitt, y la canción se llama *All Souls Night* —me informó Alejandro al observar cómo mis pies se movían al ritmo de sus compases.

«La noche de todas las almas», me dije, un título tenue que contrastaba con su esencia, ya que era más vigorizante que apaciguadora. En su desarrollo, la voz de la cantante, aguda a la vez que profunda, se compenetraba a la perfección con los instrumentos —que parecían ser decenas—encadenándose

los unos a los otros sin cesar, algunos de ellos con reminiscencias ancestrales —como una gaita o un laúd—, mientras que otros sonaban recientes, como una batería o una guitarra eléctrica.

—Un buen ejemplo de cómo deben fusionarse el pasado con el presente en materia musical, ¿verdad? —comentó, tal vez adivinando mis pensamientos.

El que también se fundía con sus notas era el cielo que nos contemplaba, uno ausente de lluvia, aunque frío y gris. No obstante, de cuando en cuando, se le abrían boquetes entre las nubes, dejando pasar enormes haces de luz.

—Esperemos que no haya tormenta —comentó Alejandro, de nuevo compartiendo frecuencia con mis cavilaciones, lo que empezaba a inquietarme —, o si la hay que sea del tipo rabieta de niño pequeño, que, aunque intensa, pasa rápido.

Me hizo gracia su comentario. Y pensé en pedirle que me detallara cuántos tipos de tormentas existían en Galicia y con qué clase de emociones negativas se correspondían. Sin embargo, la llegada a nuestro destino interrumpió mis planes.

Y, para mi sorpresa, no se trataba sólo de un lugar maravilloso por descubrir, a la sazón, la playa de Agueira —rodeada de dunas, una suave arena de color blanco y unas aguas tranquilas—, sino de un árbol que, solitario, se erigía en su orilla.

—La Navidad se acerca y, como no sabía si estarías aquí para entonces, he querido darte tu regalo por adelantado —me explicó a continuación.

Se trataba de un pino que Alejandro había comprado y trasladado hasta allí, y que —una vez clavado en la arena— se había molestado en decorar, con conchas que simulaban ser los adornos y redes de pescar que pretendían ser el espumillón.

Me quedé sin habla, por lo especial de su regalo, por lo singular de su felicitación, pero, sobre todo, por lo esmerado que parecía ser el cariño que sentía por mí.

—Madrid no tiene playa, ni decoradores marinos —bromeó—. Te perderás

esto si te vas.

A diferencia de la primera parte de su frase, la segunda estaba revestida de seriedad, y de ternura, tanta que me resultaba difícil de soslayar.

—¿Te irás? —me preguntó al fin.

No obstante, a pesar de lo conmovida que me dejó su ofrenda navideña, y el ofrecimiento —sentimental— que llevaba aparejado, no pude darle una respuesta, en ningún sentido, ni aquella mañana ni en los días posteriores. Y la razón se debía a que todos mis pensamientos tenían que centrarse, entre otras cosas, en el estilismo que Guillermo me había encargado para su periódico.

Como era de esperar, las modelos procederían de la agencia de Mateo y, por lo que se refería a la ropa, tampoco había ningún género de dudas, dado que la jefa de cuya sección dependía el reportaje me había indicado su preferencia por los vestidos de gasa, amplios, etéreos, esos que el viento hace desplegarse y volar.

Pero, en mi opinión, ésa sería la salida fácil, a la que cualquier estilista recurriría, lo que quedaba muy lejos de lo que a mí se me había pedido y que yo a su vez me había exigido a mí misma: algo espectacular.

Así pues, me decanté por lo opuesto al aire; es decir, por el agua, que mecería y ondularía las telas con la misma ligereza, aunque con más originalidad. Asimismo, para que resultara aún más llamativo decidí que la sesión se realizaría en el acuario de La Coruña, en el tanque en el que más de cincuenta especies marinas convivían, realizando las fotografías desde el cristal exterior.

Yo era consciente de que me estaba tomando atribuciones que, como estilista, no me correspondían, lo que me preocupaba por cuanto podría herir alguna susceptibilidad. Sin embargo, cuando comenté mi idea con Eva, la fotógrafa, se mostró tan entusiasmada como yo.

—De los permisos me encargo yo —se ofreció—, y habrá que informar a la maquilladora para que sepa que tiene que hacer un trabajo especial. Y, lo que

nos cobre de más nos lo ahorraremos en peluquería, porque ese servicio sí que no nos va a hacer falta —bromeó.

Por lo que a mí se refería, me convertí en los días previos en un manajo de nervios, por lo arriesgado de la apuesta y por las elevadas probabilidades de que el abordaje del proyecto no fuera del agrado del cliente, por inusual o fuera de lo común.

Por fortuna, mis miedos se despejaron incluso antes de que acabara la sesión fotográfica, puesto que tanto Guillermo como el personal del periódico allí presente se deshicieron en elogios.

—Magnífico —fue el comentario más generalizado entre todos ellos—. Has superado con creces nuestras expectativas.

En realidad, lo era, magnífico, gracias a esas modelos que, ingravidas, ascendían y descendían movidas por el leve impulso de sus manos y sus pies, lo que provocaba que los vestidos de fiesta que lucían oscilaran para acoplarse al suave movimiento del agua. Asimismo, a su alrededor, decenas de peces las acompañaban en su desplazamiento, creando una hermosa, por extraña, sensación de irrealidad.

Y sólo tuvo que transcurrir un día para que Guillermo me confirmara que esa sensación no había sido sólo mía, momento en el que volvió a contactar conmigo.

—Que sepas que lo de ayer, o lo de Santorini, fue sólo el principio. En mi trabajo te quieren contratar —aseguró eufórico.

Sin embargo, ese ofrecimiento a mí no me hacía sentir de la misma manera. Cierto era que a nadie le amarga un dulce —en forma de piropo profesional, sobre todo por llevar aparejado el fin de mi sequía laboral—, pero tal vez no estaba en la pastelería correcta.

A lo que me refiero es a que en mi balanza de futuro pesaba más la idea de marcharme que la de quedarme. Y lo que sucedió a continuación tampoco hizo que aquélla se inclinara más a favor de Galicia.

—Mateo se ha pasado por aquí para dejarte un paquete —me informó

Rosalía cuando me acerqué a la tienda a última hora de la tarde para saludarla —. Y no sé lo que contendrá, pero su cara era el vivo recordatorio de que el amor existe.

A decir verdad, a lo que me recordaba a mí era a los tiempos en los que Hugo —del que afortunadamente no había vuelto a saber nada— e Ignacio —del que por suerte tampoco había tenido noticias— se sucedían el uno al otro para enviarme regalos sirviéndose de una mensajería. Aunque, una vez abierto, de inmediato pude comprobar que más se parecía a los del segundo que a los del primero.

Así, se trataba de un segundo árbol de Navidad —o de un conjunto de ellos — realizado con *cupcakes*. Para hacerlos se habían servido de unos capacillos de papel rojo, de un color idéntico a la magdalena sobre la que reposaba un barquillo de helado en posición invertida, para crear el efecto cónico necesario, y sobre el que habían esculpido las hojas gracias a una manga pastelera. Finalmente, sobre éstas, pequeños copos de merengue, de diferentes tamaños, simulaban ser de nieve, creando un efecto que no podía ser más bonito, ni más enterecedor, tanto como la nota que los acompañaba:

Las Navidades compartidas son las más dulces.

Cuando lo llamé para agradecerle el detalle, lo único que me preguntó en respuesta a mis palabras fue una sencilla cuestión:

—¿Te vas?

—Tengo dudas —le confesé sincera.

—Dudar es bueno. Y, si me aceptas un consejo, cuando no se sabe qué hacer lo mejor es no hacer nada.

Pero seguir su indicación implicaba permanecer en Santiago, y yo no estaba segura de que ésa fuera la decisión correcta. Asimismo, dado que tenía que regresar a Madrid para la boda de Conchita —que tendría lugar en Nochebuena—, mi sentido común me decía que ése sería el momento perfecto para instalarme de nuevo allí.

No obstante, sus palabras pesaban en mí, así como las de Alejandro, e incluso las inexistentes de Guillermo, probablemente las únicas que yo quería oír y que no decía. Pero, aunque se diera ese caso, bien cierto era que me había prometido a mí misma no volver a hipotecar mi vida por un hombre.

—¿A ti qué te parece? —le pregunté a Rosalía, por si podía encender alguna bombilla que alumbrara en mi oscuridad.

—¿Qué te impide regresar ahora mismo? —me planteó antes de ofrecerme ninguna recomendación.

Si pretendía ser sincera conmigo misma, no podía obviar que, además de mi trío de amigos, había una cuarta pata para el banco llamada amor propio, y en esa línea le respondí.

—Si me marcho será el reconocimiento de un fracaso.

—Nunca hay que avergonzarse de empezar de nuevo. Siempre es una oportunidad de volver a construir, y de construir mejor esta vez.

Como siempre, sus palabras eran sabias, y reconfortantes, pese a que algo en mi interior no se adecuaba a ese espíritu.

—¿Y por qué me siento mal entonces al pensar en regresar? —inquirí, pues.

—Cuando la vida quiere que crezcas te hace sentir incómodo.

—¿Tanto como para doler? —argumenté yo.

—Hay ciertos dolores en la vida que son ineludibles, y el amor es uno de ellos.

No supe si se refería a Ignacio, o a mi situación actual, pero antes de preguntarle al respecto sí quise hacer una puntualización, hasta que me interrumpió.

—Ya lo hice mal en ese campo, y hace bien poco de ello... —amagué con decir.

—Deja de preocuparte por lo que has hecho mal y empieza a prestar atención a lo que puedes hacer bien.

## La segunda decisión

Intentar postergar o deshacerse de los problemas sin resolverlos no los soluciona, sólo los cambia de momento y de lugar. Y, además, ése era el principal problema: el lugar. Y el tiempo se acercaba —y casi me acechaba—, el de tomar una decisión, la de regresar a Madrid o no.

Sin embargo, aún me quedaba un tercer lugar que añadir a mi lista de pros y contras, y se trataba de uno de los más fascinantes en los que yo había estado jamás.

—Ponte unas katiuskas —me dijo Guillermo únicamente cuando me llamó.

Yo no sabía qué me encontraría allá donde fuera a llevarme, si otro árbol de Navidad marítimo al estilo de Alejandro, o repostero, como el de Mateo. O quizá fuera una mera cuestión laboral, en el caso de que quisiera encargarme un nuevo trabajo, ya que, a decir verdad, Guillermo no había demostrado ninguna inclinación o interés por mí. No obstante, en lo que a mí se refería, mentiría si dijera que no me dio un vuelco el corazón al oír su voz al otro lado del teléfono. Y un segundo al proponerme un plan, cualquiera que fuera.

Probablemente, y muy a mi pesar, a medida que los días habían ido transcurriendo yo había empezado a notar cómo Guillermo tiraba de mí, en sentido contrario a donde debería; es decir, hacia Santiago en lugar de hacia Madrid, en cuya dirección comenzaba a posicionarse mi sentido común.

Él, por el contrario, se mostraba inalterable. O sea, que no sobrepasaba el campo profesional, y ni por asomo se aproximaba al terreno personal o penetraba en el íntimo. De la misma manera, tampoco me desvelaba nada de su pasado en particular o de su vida en general.

En consecuencia, por segunda vez en el mismo año volvía a darme cuenta de lo involuntario que es el amor, e inconsciente, puesto que una irresponsabilidad se me antojaba sentirme tan atraída por un hombre del que apenas sabía nada, y máxime después de la coyuntura vivida con Ignacio. Y, siguiendo esa misma línea, también podría calificarlo de inexperto, dado que a la vista estaba lo poco que me había servido la experiencia adquirida gracias a él.

En cualquier caso, como medida preventiva para evitar salir herida una segunda vez, había decidido dejar bien replegados esos sentimientos en mi interior, sin permitir que asomaran al exterior. O al menos hasta comprobar que éste se trataba de un campo libre de minas, cuyas bombas no me hicieran saltar por los aires, para acabar convertida en mil pedazos de nuevo.

—Hay un sitio que quiero que conozcas —me dijo Guillermo cuando ya estuve dentro del coche—. El trayecto es largo, unas dos horas, pero merece la pena.

—Entonces no se me ocurre otra manera mejor de emplear el tiempo —le confesé lo más sonriente que pude, tratando de hacerle ver lo que me agradaba su idea, lo que en absoluto se contradecía con mi pensamiento anterior.

Y, en verdad, escasa era la curvatura de mis labios para la emoción que me proporcionaba la información que acababa de facilitarme. Y es que, al parecer, nuestra escapada nada tenía que ver con el trabajo. Por tanto, cualquier viaje, y cualquier destino, se me antojaba el sitio perfecto para ir... y, sobre todo, para estar con él.

—¿Y dónde vamos? —le pregunté, intentando que mis palabras adoptaran un tono lo más natural posible, ajeno a la excitación que bullía en mi interior.

—A la playa de las Catedrales, que está en la provincia de Lugo.

—Suená majestuoso —afirmé impresionada.

—Lo es, o eso creo yo.

¿Me estaba llevando a su lugar secreto? Sin lugar a dudas, Olga me habría dicho que sí, y también que lo interrogara al respecto, alcanzando cotas de

suplicio y tormento de ser necesario. Pero, prudente como era yo, preferí adoptar la postura de la paciencia, a pesar de que suele conllevar una espera.

—Además —precisó—, es un sitio especial para mí.

Pues parecía que sí y, a su vez, que mi prudencia había obtenido su recompensa.

Hasta ese preciso momento yo había contemplado la posibilidad de que lo que me atrajera de él fuera la distancia que nos separaba. En otras palabras, que queremos lo que pensamos que no podemos tener, a diferencia de lo que sucedía con Mateo y Alejandro, que aparentemente bebían los vientos por mí. Sin embargo, ahora que esa distancia se acortaba, o que estaba a punto de desaparecer, el vendaval que se había desatado en mi interior me hacía ver que no podía haber estado más errada.

De cualquier manera, el viaje hasta la costa de Lugo transcurrió exento de confidencias por su parte, pero colmado de esperanzas por la mía. Y la conversación intrascendente que mantuvimos durante todo el trayecto no impidió que yo convirtiera todas sus palabras —cualquier palabra— en ilusiones.

Asimismo, sus ojos se hacían cada vez más cálidos a los míos, sus sonrisas más próximas a las mías, sus gestos más cercanos a los míos, y su voz más suave, allanando los kilómetros que nos separaban de la playa de las Catedrales.

Una vez allí, de inmediato pude comprobar el motivo por el que había sido bautizada con un nombre tan sacro, y se debía a que los arcos y las bóvedas que remataban sus formaciones rocosas se asemejaban a los arbotantes de las catedrales góticas. Asimismo, en algunos casos, el tamaño de dichos arcos probablemente superara los treinta metros de altura, por lo que ascendían hacia el mismo cielo, del que a su vez parecían descender.

—Sólo se pueden contemplar con la marea baja —me indicó Guillermo.

Ahora entendía yo la exigencia de llevar katiuskas, para poder pasear entre ellos sintiéndote uno más entre los millones de granos de arena sobre los que

se asentaban.

—Y se llaman *ollos* —precisó a continuación.

Lo que a mí se me antojaban eran agujeros, creados por la fuerza del oleaje y del viento, y que se erigían sobre la playa para su mayor gloria. No obstante, no parecían consecuencia del desgaste producto de las fuerzas de la naturaleza, sino de la voluntad, la de una roca gigante que se resistía a ser devorada tanto como a dejar de ser el acantilado que otrora fue.

—Por otra parte —prosiguió—, las Catedrales es el nombre turístico de la playa, ya que el real es el de Aguas Santas.

—En cualquier caso, todos muy religiosos —comenté.

«E incluso divinos», consideré acto seguido, puesto que, paseando entre sus grutas, escuchando cómo el sonido de las olas del mar rebotaba contra sus paredes, era inevitable pensar que formaban parte de un plan mayor.

Es más, tal era su belleza que, si es cierto que algunas tierras tienen alma, la de este lugar, además, tenía magia, que se cernía sobre nosotros a fin de adueñarse hasta del aire que respirábamos.

El día, a su vez, nos había bendecido con un cielo seco, mitad azul mitad gris, que competía en intensidad con el color de unas aguas rematadas por una puntilla tan blanca como abigarrada al romper contra la arena.

El horizonte, por su parte, nos había regalado un paisaje desierto de gente. Así pues, allí, estando los dos solos ante un océano que más que inmenso parecía infinito, y eterno, yo me sentía extasiada y, más que feliz, afortunada. Y también agradecida, porque presentía que ese mundo que nosotros contemplábamos, y que al mismo tiempo nos contemplaba, estaba dispuesto a darme una segunda oportunidad, con suerte para hacer las cosas mejor esta vez, y que al fin resultaran bien.

—Es precioso. De hecho, creo que ningún lugar podría ser más bonito —aseguré sincera, aunque enfatizando mis palabras a fin de intentar acercarme, emocionalmente, a él.

—Estoy completamente de acuerdo, y como te he comentado antes, es

especial para mí. Fue el último lugar al que vine con mis padres.

—¿Qué quieres decir? —inquirí, aunque con un atisbo de duda sobre si mi pregunta era pertinente o no, al advertir un deje de dolor en su voz.

—Mis padres murieron cuando yo era un niño.

Tercer vuelco del corazón en lo que llevaba de día. Y segunda casualidad sentimental, o existencial, desde que había llegado a Galicia. Así, primero fue Mateo con su amor viajero y no correspondido, exactamente igual que el mío, mientras que ahora era una infancia rota lo que me unía a Guillermo.

—¿Eras un bebé cuando sucedió? —le planteé en línea con mis antecedentes.

—No. Acababa de cumplir doce años.

A pesar de que sentí su dolor como si fuera mío, también experimenté algo de alivio, ya que tal vez nuestras historias fueran mellizas, pero no gemelas.

—¿Qué fue lo que pasó? —me atreví a preguntar a continuación.

—Un accidente de tráfico. Los embistió un conductor borracho. Por injusticias de la vida, a él no le pasó nada, pero ellos murieron en el acto. Además, se trató del peor final para un día feliz, porque mis padres estrenaban coche ese día. De hecho, acababan de salir del concesionario e iban a buscarme al colegio, para celebrarlo. Sin embargo, el único coche que llegó fue el de la policía.

—¿Fueron ellos quienes te comunicaron la noticia?

—Sí. En compañía de un psicólogo, la directora del colegio y, por supuesto, los Servicios Sociales.

—¿Tuviste que irte con ellos? —me armé de valor para formularle esa cuestión, ya que mi ánimo se acobardaba a medida que Guillermo avanzaba en su relato.

—Desgraciadamente, sí.

—¿Te cuidaron bien?

—Todo lo bien que pudieron, dadas las circunstancias. Sobre todo porque yo me negaba a asumir el hecho. Ya sabes, la negación suele ser la primera

fase en todo duelo, y también rebelarse contra quien te informa. Los mensajeros no disparan el arma, pero reciben la bala.

Miedo me daba seguir adelante con mis preguntas, puesto que bien me constaba que apenas nadie adopta a niños de esa edad. Y me horrorizaba pensar que hubiera tenido que pasar el resto de su infancia y su primera juventud bajo la tutela del Estado y, por ende, viviendo en un orfanato.

—¿Y tenías familia que pudiera ocuparse de ti? —proseguí no obstante, aunque temerosa.

—Sí y no. Es decir, la tenía, pero no quisieron hacerse cargo de mí. Y eso que mis padres tenían el dinero suficiente para que yo no hubiera resultado una carga económica para nadie. Pero les bastó saber que un juez supervisaría el uso que se hacía de mis bienes para que me rechazaran. Así pues, más allá de otras consideraciones morales, su decisión me demostró lo que significa la sangre: interés todo, amor ninguno.

En ese instante no pude evitar pensar en Olga, y en cómo se dejó la piel día tras día para que permaneciera a su lado. Y es que fue su fuerza quien me crio, y digo «quien» porque fue tan poderosa como puede llegar a serlo una persona, como ella misma, siempre rebosante de valor, siempre inasequible al desaliento, siempre adelante, hacia ese lugar tan cierto para ella llamado esperanza.

Por fortuna, pues, en mi caso, la fórmula de Guillermo se invertía radicalmente: interés ninguno, amor todo. Pero las lágrimas se me saltaban pensando en el dolor que tuvo que sentir él al verse descartado, como una mercancía que no es lo suficientemente valiosa para merecer la pena conservarla. Y los labios me temblaban también antes de hacer la siguiente pregunta, que incluso planteé dando un rodeo, o empleando un subterfugio, con el propósito de que fuera más sutil.

—Entonces ¿el Estado pasó a ser tu tutor?

—No. Tuve la inmensa suerte de que unas vecinas solteras, tres hermanas que vivían juntas y que me cuidaban cuando mi madre no podía, se ofrecieran

para hacerse cargo de mí.

—¡Cuánto me alegro! —no pude por menos que exclamar, mientras mi alma daba un brinco, al saber que tuvo dos posibilidades de experimentar el amor incondicional: primero, el de sus padres, y después el de unas personas ajenas a su sangre que lo quisieron tanto como para dedicarle su vida, como poco después me confesó.

—Y te puedo asegurar que yo también —aseguró convencido—. Gente buena, que no puede evitar serlo, lo que me llevó a tener cuatro madres en lugar de una, porque nunca olvidé a la mía, ni ellas habrían consentido que lo hiciera. Además, jamás tocaron ni un céntimo de mi dinero. Toda mi educación, cualquier gasto, corrió enteramente de su cuenta. Es más, alquilaron el piso propiedad de mis padres y el dinero obtenido se ingresaba en una cuenta a mi nombre para que yo pudiera disponer de él al alcanzar la mayoría de edad. Pero no ellas. En cualquier caso, lo más importante de todo fue que me convirtieron en el centro de sus vidas, y que me dieron lo único que en verdad necesita un niño: cariño, saber que lo quieren.

Sus palabras perforaron de tal manera mi piel que no lo pude evitar. Y no me refiero sólo a llorar, sino a contarle mi historia, mi pasado, mi infancia, mi adolescencia, mi juventud. Todo se lo conté. Y la razón se debió a que por primera vez en mi vida había encontrado a una persona, a la persona, con la que compartir el dolor, y éste fluía, tanto como lo hacían mis palabras, que parecían coger carrerilla para finalmente atropellarse en mi boca, incapaces de priorizar.

Horas estuvimos hablando, haciendo que nuestros recuerdos convivieran, o se hermanaran, porque ese dolor compartido empezaba a establecer una conexión entre nosotros tan o más grande que la que suele producir el amor, o al menos eso era lo que sentía yo.

No obstante, allí, estando los dos solos, envueltos por un aire que nos revolvió tanto como nos acercaba, paseando entre esos orificios gigantes labrados en la piedra —y que ahora se me antojaban puertas abiertas a un

espacio que parecía sólo nuestro, creado en exclusiva para nosotros dos—, tuve que rendirme a la evidencia de que me había enamorado por segunda vez... de un hombre que ni siquiera había rozado mi piel. Y si estaba segura de ello se debía a que los síntomas eran los mismos que los experimentados previamente con Ignacio.

Sin embargo, esta vez, aun sin conocer lo que me depararía el futuro, lo que sí sabía era que, de alguna manera, Guillermo estaría en él.

—Y tú, ¿has conseguido superar lo que te trajo hasta aquí? —me preguntó ambiguo a continuación, aunque posicionándose claramente en el terreno sentimental.

—Sí —afirmé rotunda—. Y también he aprendido mucho.

—¿Como qué? —inquirió curioso.

—Que al amor deberían ponerle un lacre, como a las peras, para que dure más.

Sonrió en respuesta a mi comentario, y generosamente, antes de volver a hablar.

—Supongo que fue el suyo el que no duró —precisó.

—Supones bien, lo que a su vez me demostró lo débil que podía llegar a ser yo.

Puestos a hacer confesiones, ésa era yo, y quería que me conociera, pese a que esa revelación me hiciera sentir vulnerable, que es ese estado en el que, fácilmente, pueden hacerte daño. No en vano, como él mismo había asegurado segundos antes, «a veces el pasado no hay que asumirlo, hay que conquistarlo». Y eso estaba haciendo yo con el mío, colocándole la bandera que demostraba que lo había superado, tanto como para poder hablar de él.

—Yo diría que a veces ser fuerte es una debilidad —afirmó en línea con mi argumento anterior—. El dolor hay que sentirlo, para que te permita avanzar.

Me encantó, su definición, pero sobre todo que se pusiera de mi parte, o así lo interpreté yo.

—¿Cuál era su problema? —quiso saber acto seguido con respecto a

Ignacio.

—Que no resultó quien parecía ser —le confesé, explicándole a su vez los pormenores de nuestra relación.

—Me hago cargo. Está claro que hay gente que tiene principios, y gente que decide mantenerlos, mientras que otros se posicionan en la opción contraria, y en todos los sentidos.

Había acertado de pleno, y también con su siguiente cuestión.

—Y deduzco que ahora tienes miedo a lanzarte de nuevo. Pero ¿sabes qué? La mayor parte de las veces, cuando te enfrentas a tus miedos, salen corriendo.

—No sé yo si sería capaz de correr mucho —afirmé, tras pensar no obstante en lo acertado de su frase—, porque, tal como yo lo veo, el amor es como un hueso del cuerpo cuando se rompe, el de una pierna sin ir más lejos, que aunque suelde te da miedo volver a apoyar.

—Como tengas necesidad de ir tras algo, o alguien, ya verás cómo lo apoyas —comentó con una sonrisa, a la que le siguió un guiño, con el que pretendía hacerme cómplice.

—¿Y tú? ¿Tienes alguna historia que te haya marcado especialmente? —desvié hacia él el tema de la conversación, no fuera a convertirse ese guiño en la primera deflagración de la jornada.

—Lo cierto es que no —aseguró rotundo—. He tenido algunas relaciones, pero completamente pasajeras, que no han dejado mucha impronta ni en mi vida ni en mi memoria.

Visto así, Guillermo parecía mi mellizo en materia de amores también, al menos antes de que Ignacio entrara por mi puerta dispuesto a convertirse en un elefante en una cacharrería.

—Hasta el momento —prosiguió—, en lo único que me he centrado ha sido en convertirme en el hombre que a mis padres les habría gustado que fuera y a cuidar de mis tres madres, para que nunca les faltara de nada, tanto en la parte económica como en la afectiva. Desgraciadamente, la tercera acaba de fallecer.

—No sabes cuánto lo siento —me compadecí de él, aunque también me conmoviera ese hombre tan maravilloso que se había esforzado en ser.

—Te lo agradezco. Y saber que es ley de vida no duele menos, pero si de algo estoy convencido es de que ellas querrían que siguiera adelante y, por encima de todo, que fuera feliz.

Feliz como volvía a ser yo, el paraíso se me antojaba que, además del dolor que ya habíamos compartido horas antes, pudiéramos hacer lo mismo con la felicidad. Pero, feliz o no, lo que nunca se debe confundir es la ansiedad por alcanzar un estado con el ansia, que era lo que yo estaba empezando a experimentar. Por tanto, no me quedaba más remedio que echar el freno y dejar que los acontecimientos ocuparan su lugar, cualquiera que la vida les fuera a conceder.

—Y seguro que la felicidad está a la vuelta de la esquina, o al otro lado, con un poco de suerte al otro lado de alguien —concluyó.

Mientras pronunciaba esas palabras me miró tan fijamente que sus ojos se me antojaron clavos, y su voluntad un martillo con un solo propósito: el de traspasarme, para clavarme a él.

Durante el tiempo que permanecí con Ignacio, en varias ocasiones comparé el amor con un Ferrari: veloz, potente, vigoroso, y que despierta las envidias de todos aquellos que no lo poseen. Meses después, por el contrario, ese coche se había transformado en un toro salvaje imposible de dominar en lo que a mí se refería, y, en cuanto a él, al cuarto acelerón se le había quedado el depósito vacío.

Así pues, tras el huracán Ignacio, había decidido optar como medio de transporte sentimental por una bicicleta, cuyo tránsito es mucho más suave y, sobre todo, sostenible, puesto que sólo necesita el impulso de las piernas de quien la monta. Es decir, que me había decantado por un amor limpio, como la energía que utiliza, y unipersonal. Pero me daba la sensación de que, a partir de ahora, iba a necesitar un tándem, puesto que esos ojos de Guillermo ya estaban clavados en mis adentros.

—Y, si no, mira a Mateo y a Alejandro —apuntó a continuación.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté extrañada.

—Que se encontraron.

—Sigo sin comprender.

—¿No sabes que son pareja? —inquirió dubitativo.

—¿Qué me estás contando?! —exclamé atónita.

—¿Acaso te parece mal?

—En absoluto. Todo lo contrario. Lo que me resulta es sorprendente, porque jamás lo habría sospechado.

Es más, lo que sospeché fue exactamente lo opuesto: que ambos bebían los vientos por mí.

Esforzándome por encontrar una justificación para tamaño despropósito, di en pensar que tal vez —debido a ese egoísmo emocional en el que me había instalado para poder sobrevivir a Ignacio— necesité creer que todos los hombres que se situaban a mi alrededor se sentían atraídos por mí, a fin de compensar el rechazo de aquél. O sea, que mi autoestima se había extralimitado en sus funciones hasta invadir el campo del orgullo, cuando no del engreimiento.

—Pero ¿y ese amor por el que Mateo dejó Orense para instalarse aquí? —caí en la cuenta de repente.

—¿En algún momento te dijo que se trataba de una mujer? ¿O lo dedujiste tú?

Sus palabras no podían ser más ciertas, lo que comprobé tras poner a trabajar a mi memoria con la intención de repasar todas las conversaciones que habíamos mantenido al respecto.

No obstante, en ese nuevo contexto en el que me encontraba, todavía no había conseguido cuadrar todos los comentarios en defensa del amor que habían hecho tanto Mateo como Alejandro, empujándome de nuevo hacia él. Y eso sin mencionar su insistencia para que permaneciera en Galicia.

¿O quizá el motivo se debía a que ambos estaban en la misma barca, y

remando juntos en la misma dirección, que no era otra que Guillermo? Por tanto, ¿habían estado funcionando como sus casamenteros, de forma que todas las veces que yo había oído sus piedrecitas chocando contra mi ventana, en realidad me las lanzaban en nombre de Guillermo?

¿O de nuevo mi autoestima estaba haciendo de las suyas y se dedicaba a inventar afectos en la persona de Guillermo, al igual que ya lo había hecho con Mateo y con Alejandro meses atrás? ¿Y si, como ellos, aquél también era gay?

Así las cosas, existía una posibilidad real de que la única razón de su comportamiento se debiera a que eran tres excelentes amigos y personas, cuyo único objetivo fuera que me reconciliara con el amor. Y, en última instancia, hacerme sentir bien, en un lugar para ellos mejor en el que construir esta vez.

En consecuencia, y a pesar de que mis sentimientos por Guillermo sí eran reales, resultaba evidente que debía tomar sola mi propio camino, y dejar el suyo a los demás.

## La carretera

Salí hacia Madrid el día 22 de diciembre, a media mañana, con el sol bien alto presidiendo un cielo que me despedía con honores, y me refiero a los climáticos, porque se trataba de la mañana más clara y luminosa de cuantas había visto allí.

El día anterior, lluvioso a rabiar, lo dediqué a despedirme de mi trío de amigos, incluyendo una reprimenda hacia Mateo y Alejandro por no haberme puesto al corriente, no de su condición, sino de su relación, la que ambos mantenían. Y, justo antes de marcharme, hice lo mismo con Rosalía, a primera hora, antes de que abriera la tienda.

Cuando llamé a su puerta descorrió el pestillo de inmediato, y con cara de felicidad extrema, aunque poniendo su dedo índice en posición vertical sobre su boca, dando forma a ese gesto inequívoco que solicita el más absoluto silencio.

—No hagas ruido —me pidió, pues, y bajando ella al mínimo su tono a su vez—. La niña nos ha dado una mala noche y están las dos dormidas. Y no quiero que se despierten. Además, tengo que hacer una cosa urgentemente antes de que se levanten, así que siéntate aquí y espera un segundo mientras lo hago.

Caminando lo más sigilosamente que pudo, Rosalía se dirigió hacia su bolso, que reposaba sobre un aparador cercano. Una vez allí, lo abrió con mimo, sacando su cartera a continuación, de donde extrajo un décimo de lotería. De inmediato supuse que se trataba del mismo que vi entre sus manos el día que el banco decidió embargarla, en el que me reconoció haberse

gastado sus últimos euros. Asimismo, de pronto caí en la cuenta de que ese día se celebraba el sorteo de la lotería de Navidad, por lo que mi corazón empezó a palpar ante la sola posibilidad de que hubiera resultado premiado.

—¿Te ha tocado?! —exclamé en silencio, sin servirme de mi garganta; o sea, hablando únicamente con mi boca, así como con el resto de mi cara, que gesticulaba al máximo.

—¡Sí! —afirmó ella de la misma manera que yo.

—¿El gordo?! —le pregunté, proponiéndome soñar a lo grande, aunque sólo fuera durante una fracción de segundo.

—¡Sí! —repitió de idéntica forma— ¡Cuatrocientos mil euros!

Una oleada de emoción me invadió, tan grande e imposible de contener como un tsunami, lo que provocó que me pusiera en pie activada por ese resorte llamado exaltación dispuesta a abrazarla, movimiento que ella sujetó con la mano.

—Espera —me indicó, y por sus gestos advertí que estaba casi más ilusionada por la tarea que estaba a punto de acometer que por lo que acababa de suceder.

Acto seguido se dirigió hacia un segundo bolso que se encontraba sobre una silla, a escasos centímetros del aparador, y que deduje sería de su hija, en el que repitió el mismo procedimiento: abrió la cremallera, sacó el monedero y de él otro décimo de lotería.

—Éste lo compró ella —afirmó mientras lo movía ligeramente en el aire—, pero no ha tocado.

Sin entretenerse en más explicaciones, y lo más rápido que pudo, introdujo el suyo en su lugar, guardándose el otro en el bolsillo de su chaqueta y devolviendo el billetero a su lugar original.

—Y ahora vamos a celebrarlo en la cocina —me indicó, señalándome el camino.

Una vez allí, y tras abrazarla todo lo que pude y me dejó, sacó el boleto, lo rompió en mil pedazos y lo tiró a la basura.

—Ponte cómoda —volvió a indicarme, señalándome una silla en esta ocasión—, que voy a cerciorarme de que no me ha visto, porque me ha parecido oír un ruido.

Mientras la esperaba, mi cara se llenó de lágrimas tan felices como prolíficas, y escurridizas, compitiendo entre sí por alcanzarse las unas a las otras. Lógicamente, el motivo se debía a la buena fortuna de Rosalía, que cambiaba radicalmente sus perspectivas de futuro, pero también por haber podido comprobar *in situ* que, a veces, el mundo se pone de acuerdo para favorecer a quien más lo necesita, y merece.

—Todo en orden —me dijo al regresar.

—¡Te ha tocado! —exclamé nuevamente, aunque todavía algo incrédula debido a lo asombroso de la situación.

—Al décimo, sí, a mí no —me respondió—. Ella lo necesita más que yo, y no lo aceptaría si supiera que es mío; pero puedes estar tranquila, porque te devolveremos tu dinero en cuanto éste esté cobrado.

—No hace falta. Tú lo necesitabas más que yo —le contesté sincera, empleando para ello sus mismas palabras.

Un buen rato estuvimos las dos charlando acerca del futuro tan diferente que le esperaría a su hija a partir de ahora, ideando, imaginando, porque, aunque suceda en raras ocasiones, a veces existe un día en el que no hace falta soñar.

—Ese dinero no le resuelve la vida —apostilló—, pero sí le garantiza muchos años de tranquilidad.

—¿Y no has pensado en ningún momento en quedarte con una cantidad? Un pequeño colchón, para tu vejez —le aclaré.

—Mejor que sea uno solo, y grande, para que en él quepan las dos, mi hija y mi nieta —concluyó.

Cuando me marché de allí lo hice con la esperanza de que si algún día me convertía en madre estuviera hecha de la misma pasta que Rosalía. Y me fui con una certeza también: que cuando tiras la toalla, a veces la vida te está

esperando a la vuelta de la esquina para devolvértela, con el propósito de que te seques el sudor con ella y sigas adelante, lo que en ocasiones conlleva recibir un premio a la perseverancia.

Sentada ya en mi coche, arranqué el motor con una gran sonrisa asomando a mi cara. Sin lugar a dudas, se trataba de la mejor noticia, y en el mejor día, con ese sol inmenso con el que el cielo gallego me despedía.

Mientras circulaba por las afueras de la ciudad para coger la carretera de La Coruña en dirección a Madrid, eché un vistazo a los paisajes que se quedaban atrás, paisajes que te enamoran, a veces a pesar de ti. Y es que mucho había sufrido allí.

No obstante, como Rosalía aseguraba, si una característica distingue al ser humano es que es como el aire, porque, pase lo que pase, más tarde o más temprano siempre se levanta. Y yo lo había hecho, al igual que lo hice siempre en el pasado.

No negaré que hubo muchos momentos en los que llegué a pensar que el amor, y con ello mi vida, se había convertido en una rueda desinflándose poco a poco hasta que muere sobre el asfalto. Sin embargo, ahora mis cuatro ruedas eran nuevas y yo estrenaba un nuevo camino con ellas con un único destino: que mañana sea mejor que hoy, cada día.

Yo, además, no estaba hecha de caucho, ni tampoco de agua en un sesenta y cinco por ciento, como asegura la ciencia. Los seres humanos estamos hechos de personas, pero no llenos de nosotros mismos, sino que son los demás los que nos conforman, aglutinándose en nuestro interior hasta formar una aleación imposible de romper. Y de quienes hablo es de todos aquellos que nos quieren incondicionalmente, con los que en breve me encontraría yo.

Al final había podido comprobar —tal y como había pensado siempre antes de que el ciclón Ignacio arrasara mi vida— que cuando algo malo ocurre sólo tienes que esperar a que lo bueno llegue y, con un poco de suerte —como en mi caso—, a que sea mejor de lo que fue.

Para ser exactos, a lo que me refiero es a que, a mi derecha, sentado en el

asiento del acompañante, la cara de un hombre sonreía tanto como la mía.

La noche anterior, cuando ya había empezado a empaquetar mis pertenencias, recibí una llamada suya.

—¿Es un viaje de ida y vuelta? —me preguntó en primer lugar.

—En principio, sólo de ida. Aunque, en algún momento, en un futuro próximo, habrá una vuelta, para saludar —le aclaré.

—¿Y hay sitio en tu coche para uno más? —inquirió a continuación.

—Por descontado —respondí de inmediato, y sin pedirle explicaciones, pese a estar cada vez más extrañada por su repentino interés en desplazarse hasta Madrid—. Y hasta para tres más si hace falta.

—¿Puedo acercarme ahora a dejar la maleta? —me pidió acto seguido.

—¡Claro! —contesté, y a punto estuve de ponerme a indagar sobre los motivos de su viaje, para averiguar si se trataba de un mero transporte o de algo más. Sin embargo, su siguiente frase interrumpió mis propósitos.

—Ahora hablamos —me dijo, pues, antes de colgarme.

Nerviosa como todavía estaba tras acabar de tomar la decisión de regresar definitivamente a Madrid, al considerar que ése era mi sitio —al menos, para mi persona física, porque a Galicia le reservaba uno especial en mi corazón —, apenas si pude seguir guardando mi ropa en las maletas mientras lo esperaba.

Es más, cuando abrí la puerta de mi casa me encontraba en un estado tal de excitación que no sabía si iba a ser capaz de mantener una conversación. Pero, afortunadamente, cuando llegó el momento a ninguno de los dos nos hizo falta.

Así pues, cuando me vi frente a él, sus ojos funcionaron como un imán, atrapando los míos, a los que siguieron sus manos, que se apoderaron de mi cintura, y después de mi espalda, a fin de atraerme lo más posible hasta él.

Ese proceso no fue lento, ni rápido, sólo perfecto, y suave; aunque no sumiso, o manso, sino rebelde, con fuerza, con aspiraciones, de progresar, de prosperar, de triunfar..., lo que consiguió sin ningún esfuerzo.

Cuando nuestras caras estuvieron tan próximas que yo podía incluso oler su

respiración, ambos sentimos el impulso de frenar, un segundo, pero sólo para reconocer el terreno antes de acelerar, o para disfrutarlo más al acelerar, un terreno que resultó ser esponjoso, como una magdalena recién hecha, y mullido, como un cojín que te absorbe, y sedoso, como el satén acariciando la piel al deslizarse entre los dedos.

Ese beso, nuestro primer beso, me recordó a la luz del amanecer, que te calienta mientras te despierta, y sus labios a la miel, porque impregnaban los míos para desbordarse después, dejándome con ganas de rebañar. Pero, sobre todo, me inyectó la dosis de vida que mis entrañas necesitaban para revivir.

No obstante, ninguna duda tuve —ni antes ni después de que sucediera— acerca de que él se tratara del clavo, del que saca al otro clavo, porque lo único que consiguen dos clavos mal puestos es que el cuadro se caiga al suelo. Y el mío lucía enhiesto a más no poder en su pared.

—Esto es todo lo que tenía que decirte —me susurró cuando nuestros labios por fin se despegaron—. Y el resto habrá que dejárselo al tiempo. ¿No crees?

Yo no podía estar más de acuerdo con sus palabras, y más aún cuando me explicó en qué consistía su planteamiento.

—Para mí el amor no implica una presencia física, aunque nunca está de más —precisó—. En cualquier caso, en mi opinión, va más allá de sentir. Se trata de estar. Y aquí es exactamente donde estoy yo. Y esto es todo lo que puedo ofrecerte.

Si, de cara al futuro, uno de mis miedos con respecto al amor consistía en que nadie me quisiera como yo había querido a Ignacio, en aquel momento pude comprobar que mis temores eran infundados, porque él me quería precisamente así, dispuesto a dejarlo todo atrás por mí.

—No obstante —prosiguió—, las palabras poco peso tienen, así que habrá que esperar a ver qué prometen los días.

Me encantó su sinceridad, su sencillez, su forma de entender el amor, y de expresarlo, aunque habiendo pasado yo por una experiencia similar me

inquietaba su futuro laboral. Y así se lo hice saber.

—Pero ¿en qué vas a trabajar? —le pregunté, pues.

—Nunca he vivido ninguna aventura de este tipo, ni he tenido ninguna relación sentimental que haya merecido la pena, así que yo creo que ya va siendo hora de que las tenga, y una de cada.

Sus palabras me recordaron a mí misma antes de la debacle que provocó Ignacio en mi vida. Y es que, al igual que me sucedió a mí entonces, él había intuido que yo podía ser su persona, la definitiva. Y, por fortuna, esa misma sensación volvía a recorrerme entera.

Además, sonreía cada vez que me miraba, y eso me bastaba.

A la mañana siguiente, cuando arranqué el motor del coche tras haber pasado nuestra primera noche juntos, lo hice con una certeza: que el amor no es ser menos, sino ser más; que no es perder, sino ganar, y menos aún perderte tú, sino ganarlo a él; es avanzar, no ir para atrás.

Mientras conducía me entretuve haciendo un repaso de mi vida hasta ese momento, para llegar a la conclusión de que ésta había consistido en seis meses azarosos más los once mil días felices que los precedieron. Y lo que yo esperaba para el futuro era que al menos me quedaran otros once mil igual de felices para vivirlos junto a él, y que, con un poco de suerte, se convirtieran todos y cada uno de ellos en once mil maneras diferentes de decirle «te quiero», porque ésos eran exactamente mis sentimientos hacia él.

Asimismo, lo que llenaba mis maletas a la vuelta de Galicia era una lección asimilada —que uno aprende a ser feliz cuando se da cuenta de que estar triste no sirve para nada— y los cinco paraguas que compré a mi llegada y que, más que de la lluvia, me protegieron de las inclemencias del amor.

Lejos de abandonarlos allí, consideré que debían regresar conmigo a Madrid, aunque transformados en un símbolo, el de no olvidar lo que fue para que nunca volviera a ser. O incluso asignados a un nuevo propósito: el de convertirse en mis paraguas para los días de sol, que serían los que tendría a partir de ahora junto a él.

—¿Paramos un rato, echamos gasolina y aprovechamos para estirar las piernas? —me sugirió cuando ya llevábamos recorrida la mitad del camino.

—Buena idea —afirmé—, que el trayecto es largo y nos vendrá bien descansar un rato de coche.

Al ir a pagar y sacar para ello mi monedero, me llamó la atención un papel doblado en el que había un texto escrito a mano y que, además, por su grosor, parecía contener algo en su interior.

No compré uno, sino dos. Y no te molestes en devolvérmelo, porque no lo aceptaré. Su sitio está contigo, como fue mi idea desde el principio. Dos veces salvaste mi tienda cuando estabas falta de recursos y eso no hay papel que lo pague, ni siquiera uno como éste.

Me puse tan nerviosa que todo el cuerpo me temblaba, por no hablar de mi voz, que, ausente, era incapaz de contarle a Guillermo lo que acababa de suceder. Y es que entre mis manos tenía cuatrocientos mil euros, que no sólo pagarían mi hipoteca en los próximos meses, sino todos mis gastos de los próximos años.

Saltos, brincos, gritos cuando pude recuperar la voz —rebosante de incredulidad primero y de euforia después— fueron algunas de las explosiones tanto físicas como emocionales que experimentó mi cuerpo en los siguientes minutos, a los que siguieron un agradecimiento inmenso y una sorpresa mayúscula.

No obstante, instantes después caí en la cuenta de que seguramente Rosalía había colocado el décimo en mi cartera cuando me dejó en la cocina para, supuestamente, cerciorarse de que su hija no la había visto meter el suyo en su bolso, proceso que debió de repetir con el mío, dado que yo lo había dejado en la entrada al llegar.

Un décimo para su hija, otro para mí y ella se había quedado sin ninguno. Si hay personas que son grandes por sus gestos, Rosalía era un coloso, de esa clase de gente tan generosa que es capaz de renunciar a un regalo así —que le permitiría disfrutar de todo lo que el dinero puede ofrecer— en beneficio de

los demás. Además, ni siquiera había barrido para casa, puesto que bien podría haberle entregado a su hija los dos, lo que le habría garantizado un futuro económico con el doble de tranquilidad que el actual. Pero hasta en eso demostró su generosidad.

—«Ser agradecidos es de bien nacidos», me enseñaron mis padres, y el dinero no va a hacer que traicione la educación que me dieron —aseguró a modo de explicación cuando la llamé para darle las gracias.

—Pero es muchísimo...

—La cantidad no es lo relevante —me interrumpió—, sino el gesto, y si tú dices que yo soy generosa por ello, tú lo eres tanto o más que yo.

Un buen rato estuvimos las dos con ese tira y afloja, yo intentando convencerla de que debía quedarse con el décimo y ella negándose en redondo a hacerlo.

—Si la vida pone a las personas en su lugar, a ti te ha colocado a las puertas de la delegación madrileña de Loterías y Apuestas del Estado —concluyó.

Tras soltar unas cuantas risas, y antes de iniciar la marcha hacia Madrid, llamé a mi hermana para ponerla al corriente de la buena nueva, momento que ella aprovechó para informarme de otra, aunque estrictamente climatológica en esta ocasión.

—No hay más que sol en el cielo.

Durante un segundo, mi mente se extasió ante la perspectiva de un cielo azul impoluto, sin una sola nube, cuya presencia yo la sentía como un abrazo lejano de bienvenida. No obstante, mi alma se preparaba para jerséis cómodos, calcetines gruesos, chimeneas encendidas y un viento crujiente que rizaría el aire tras los cristales de mi casa, que era lo que me sugería mi nueva actitud ante la vida.

Y la razón se debía a que, si algo había aprendido durante mi estancia en Galicia, de sus paisajes, era que hay una belleza incommensurable en esa naturaleza que se adapta a sus circunstancias, ya sea frío, humedad, viento o

lluvia. Y así sería yo a partir de ahora, capaz de adaptarme a cualquier circunstancia que me deparara la vida.

Asimismo, la Andrea que regresaba era más sabia que la que se marchó, porque la que se fue lo hizo exclusivamente por Ignacio, mientras que la que volvía lo hacía por sí misma.

Y, además, estaba él.

Sí. Ésa era la realidad, porque yo volvía enamorada de Guillermo y, de paso, habiendo recuperado mi vida. Así pues, cuando arranqué el motor para proseguir el viaje pensé que, al final, mi aventura gallega había resultado ser lo opuesto a lo que parecía cuando llegué a Santiago: un rotundo éxito, completamente opuesto al fracaso que yo misma aventuraba.

Y, por si fuera poco, había logrado restablecer el concepto de felicidad que siempre había tenido. En mi opinión, para ser feliz no hace falta ser exigente con lo que necesitas. Es más, en ocasiones basta con que en la radio suene tu canción favorita para que sus compases se conviertan en una inyección de vitaminas con la que atravesar el día.

Precisamente, ése fue el caso en aquel momento, ya que en cuanto las ruedas se pusieron en movimiento en la radio comenzó a sonar *Don't Stop Me Now* («No me pares ahora»), de Queen, una de mis preferidas por cuanto su música era tan revitalizadora como su letra.

De hecho, lo que me hizo volver a la vida definitivamente aquella mañana fue redescubrir algunas de las cosas que más amaba: el sol desadormeciendo mi piel al amanecer; el olor del café despertando el día; leer una frase feliz y emocionarme con ella; una cierta melancolía o nostalgia por el ayer que me recordaba que siempre sería capaz de sentir, y también conducir, con o sin ningún destino prefijado, porque a veces sólo necesitas la carretera perfecta —como la que se desplegaba entonces ante mis ojos—, la canción perfecta y la compañía perfecta para sentirte infinito.

## El final

A pesar de considerarme una persona feliz por antonomasia, nunca me gustaron los finales felices *per se*, esos que incluyen y concluyen con un festín de perdices, ya que, ¿quién no es feliz tras el primer beso del que considera su verdadero amor?

El problema sobreviene con el peso, poso y paso del tiempo, que suele ejercer como una trituradora humana, tanto de los afectos como de las perdices, que acaban siendo el objeto del sistema excretor. Es decir, que se convierten en el motivo de una o varias descargas de nuestra cisterna sentimental.

Por tanto, para esta ocasión decidí poner en práctica la misma regla que se aplica a los gobiernos, ese período de gracia consistente en los cien días que se les otorgan antes de empezar a extraer conclusiones sobre su gestión. Y tanto para mí como para todos aquellos que formaban o formaron parte de mi vida entonces.

Así, cien días después de mi regreso de Galicia, el panorama era el siguiente:

- En primer lugar, Rosalía y su hija decidieron ampliar su modesto establecimiento empleando el dinero obtenido con la lotería, ampliación que resultó ser tan provechosa que acabó convertida en una exitosa cadena de franquicias, cuyo sello distintivo era un vestido de pan adornando los escaparates.
- Con respecto a Patricia, Claudio y ella se casaron al poco de haber comenzado a vivir juntos, y no sólo modificaron su estado civil, sino que

alcanzaron el de buena esperanza inmediatamente después. Por otra parte, además de a los zapatos y a la ropa de mujer, se dedicaban a la crianza de perdices en el salón de su casa, que debían desayunar, almorzar, comer, merendar y cenar —y tomar como tentempié también—, a tenor de su estado permanente de felicidad.

- Vidal, por el contrario, no resultó el hombre que Olga necesitaba..., ya que era incluso peor para los asuntos domésticos que mi propia hermana. Y como muestra diré que cuando los visitabas te entregaban un destornillador, pero no, como buenos anfitriones, uno bebible —cuyos ingredientes son el vodka y el zumo de naranja—, sino palpable, con la esperanza de que ejercieras de manitas a la par que de huésped. Y, por descontado, un casco con una linterna incorporada, porque las luces brillaban por su ausencia, y nunca mejor dicho. Por lo demás, más felices no podían ser en el chalet que se compraron en las afueras, salvo por el exceso de compañía..., el de las palomas, que se habían hecho fuertes en el espantapájaros colocado para ahuyentarlas, al que más a gusto no podían cagar.
- Mateo y Alejandro, por su parte, se habían convertido el segundo en un modelo de talla internacional y el primero en empresario del año, sobre todo por ofrecer oportunidades a personas en dificultades para obtener trabajo, en línea con esa generosidad que lo caracterizó siempre. Y, además, seguían siendo una feliz pareja.
- En lo que a Hugo se refería, finalmente aceptó la oferta de la editorial norteamericana, lo que lo llevó a trasladarse a Nueva York, donde pasó a vivir el sueño disfuncional americano. O sea, que cosechó tantos éxitos profesionales como fracasos sentimentales, hecho que me conduce a pensar que probablemente sea verdad que atraemos lo que nos merecemos.
- En cuanto a Ignacio, desconozco si el alma se le rompió, tal como yo deseé en su momento, pero lo que sí se le rompió fue una muñeca, y por decenas de sitios, y precisamente bajando por su calle en uno de esos días de lluvia infernales. En consecuencia, necesitó de decenas de operaciones para recomponérsela, que resultaron inútiles, por lo que se vio imposibilitado para volver a ejercer de chef. Si bien es cierto que yo no le deseaba esa clase de castigo, no negaré que me alegró saber que pagas en vida el mal que haces... y con suerte la persona a la que se lo hiciste se entera.

- Por lo que concernía a Conchita, una segunda juventud —física— floreció en su vejez, sobre todo después de operarse de ambas caderas. Y para celebrarlo decidió comprar una academia de baile, lo que decía ser el sueño de su vida. No obstante, tan joven como se creía, optó por realizar todas las gestiones a través de internet —y sin la ayuda de las gafas de cerca—, de manera que lo que acabó agenciándose fue una distribuidora de aspiradoras. En cualquier caso, cierto era que bailar, lo que se dice bailar, bailaba, e incluso se atrevía con ritmos salseros, sorteando las decenas de Roombas, Congas y demás robots que adquirió. Y, mientras tanto, Amador le batía las palmas.
- Por último, yo me decanté por hacer las paces con el pasado en primer lugar, como fórmula para establecer las bases de mi nueva vida. Y lo mejor que se puede hacer con el pasado es no olvidarlo. Así pues, nada más llegar de Galicia dejé, permanentemente, una de mis maletas en la zona del vestidor —la correspondiente a la preparación de atuendos—, vacía de prendas aunque llena de enseñanzas, en concreto, la extraída de un paraguas rojo, que me recordaba a uno de los peores momentos de mi vida, cuando Ignacio me rechazó por primera vez.

El primer día que Guillermo la vio, ya viviendo juntos, me preguntó extrañado:

—¿Nos vamos a algún sitio?

—No lo sé, pero lo que sí haremos será volver.

A lo que yo me refería era a una certeza que se adueñó de mí cuando comencé a descubrir el amor, y es que si un abrazo puede ser un lugar, del que nunca te quieres marchar, el amor es ese sitio al que siempre quieres volver.

Y, con su respuesta, Guillermo me demostró que no sólo adivinaba mis pensamientos, sino que yo era ya una parte inseparable de él:

—Y tanto, porque tú eres el lugar al que siempre quiero volver.

Esa maleta, sólo ocupada por un paraguas rojo, la llenaba a su vez una frase, lo único de Ignacio que conservé: «Me gusta pensar que cada noche es el final donde comienzo». Y eso significó Galicia para mí, el final donde comencé.

## Referencias a las canciones

*Heaven*, Republic/Universal/FSF, interpretada por Julia Michaels.

*Happy*, Sony Music Entertainment UK Limited, interpretada por Natasha Bedingfield.

*Not Broken Anymore*, Up/Down-Brando Records under exclusive license to Membran, interpretada por Blue October.

*Never Seen Anything Quite Like You*, Sony Music Entertainment UK Limited, interpretada por The Script.

*Better Place*, Columbia Records, a Division of Sony Music Entertainment, interpretada por Rachel Platten.

*Better*, Tyler Ward Music, interpretada por Tyler Ward.

*Try*, Republic Records, a division of UMG Recordings, Inc., interpretada por Colbie Caillat.

*I'm Yours*, Sony Music Entertainment UK Limited, interpretada por The Script.

*But We Lost It*, RCA Records, a division of Sony Music Entertainment, interpretada por Pink.

*All Souls Night*, Quinlan Road Music, interpretada por Loreena McKennitt.

*Don't Stop Me Now*, Hollywood Records Inc., interpretada por Queen.

## Biografía

Ana Martín Méndez aprendió a escribir cuando era pequeña de la mano de su padre, quien, como afición, se carteaba en verso con un amigo. De esta manera, entre algunos sonetos y muchas risas, descubrió lo hermoso que era hilar las palabras. Desde entonces no ha pasado un solo día en el que no haya escrito algo, aunque sólo sea una idea compuesta por dos simples palabras.

Con los años escogió periodismo como carrera, medio en el que tuvo a los mejores maestros, como Carmen Rico-Godoy o Alfonso Rojo, quienes trabajaban entonces en la revista *Cambio 16*, una de las publicaciones más importantes de la época.

Tiempo después se inclinó por el periodismo médico, pasando a encargarse —entre otras funciones— de la publicación de libros especializados, tarea ardua donde las haya.

Y fue en 2018 cuando descubrió su verdadera vocación, la novela romántica, y publicó con una muy buena acogida *Veinte comedias de amor y una noche desesperada*.

Aunque nació en Toledo, en la actualidad vive en Madrid con sus dos hijas, combinando su pasión por la escritura con la lectura, los viajes, el punto, el cine y las buenas series.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

Facebook:

<<https://www.facebook.com/anamartinmendez.escritora/>>

Instagram:

<<https://www.instagram.com/anamartinmendez.escritora/>>.

# Notas

1. Por cuestiones de espacio, no he podido incluir a todos mis seguidores, de manera que en esta relación sólo aparecen los nombres de aquellos que escribieron un comentario en mi perfil antes de la fecha indicada más arriba, el 3 de julio de 2018. No obstante, en mi pensamiento están todos los demás, los que día tras día ponen un corazón en mis fotos, y también en mi vida. Millones de gracias.

*Tú eres el lugar al que siempre quiero volver*  
Ana Martín Méndez

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la cubierta: Lauren Burke - Getty Images

© Ana Martín Méndez, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia. El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2019

ISBN: 978-84-08-21013-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima  
lectura!**

NOVELA  
**ROMÁNTICA**



**¡Síguenos en redes sociales!**



Ana Martín Méndez

Tú eres el lugar  
al que siempre  
quiero volver

